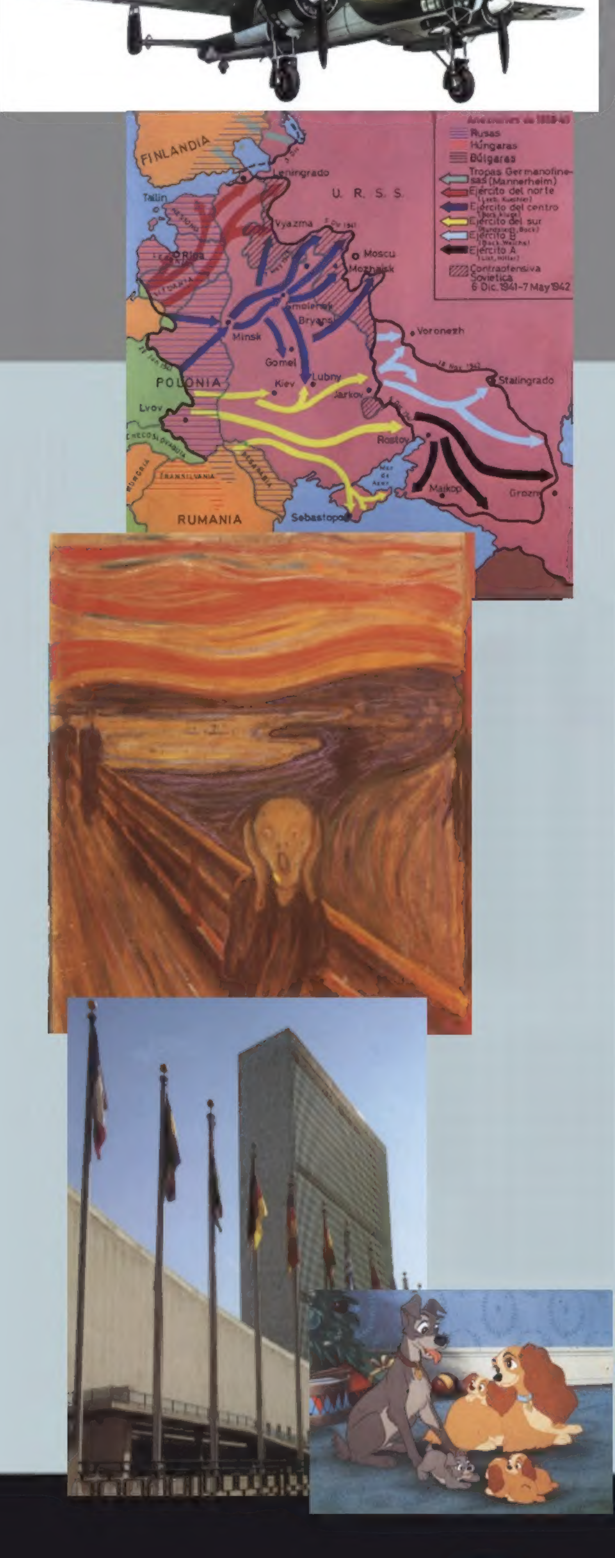
5



1940-1949

El mundo en guerra

HISTORIA GRÁFICA DEL SIGLO XX



ibercultura

HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

VOLUMEN V

1940 ~ 1949

EL MUNDO EN GUERRA

EDITORIAL LABOR, S.A.

ISBN: 978-84-3352-700-4 Obra Completa
ISBN: 978-84-3352-705-9 Tomo V

Impreso en España

www.ibercultura.net

Sumario

Pág.

Las peligrosas paradojas del siglo XX

Por ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

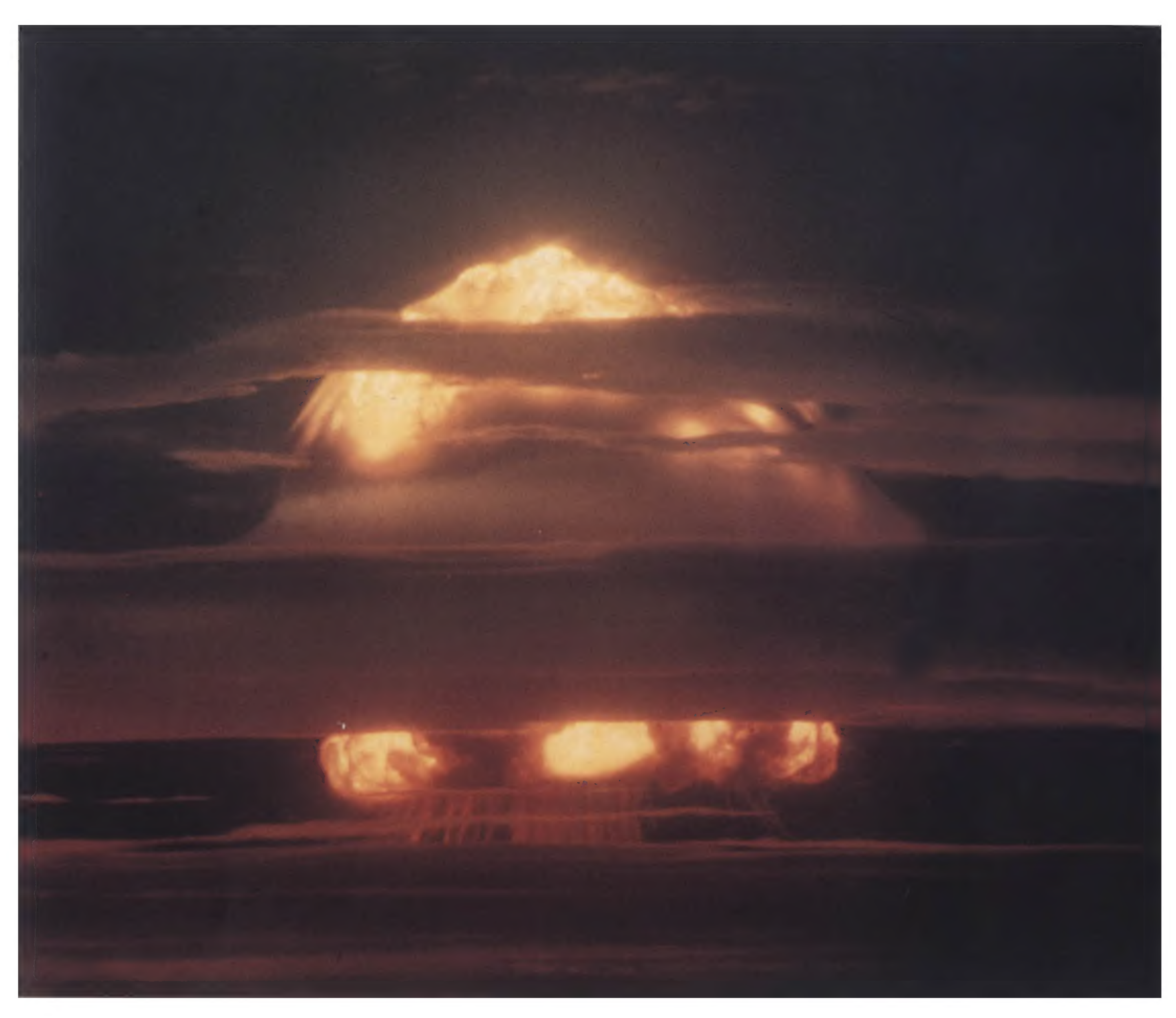
La idea que uno puede formar del siglo en que ha vivido, del tiempo histórico que le ha tocado soportar, sólo puede lograrse, aproximadamente, mediante referencias a los acontecimientos, grandes o pequeños, históricos o cotidianos, que se han sucedido en ese espacio de tiempo. Es decir, mediante una especie de triangulación de las cimas emergentes de nuestro paisaje vital, desde el punto de vista de nuestra vida personal. Aun el individuo de vida más anónima y oscura toma la medida de los hechos históricos referidos a la circunstancia de su fluir biográfico. Las cronologías son listas de fechas que marcan el acontecimiento histórico; el rayo real que las refiere a nuestra vida se tiñe de un tono más o menos alto en la escala de colores que se registra en ella en el punto en que incide en nuestra vida; algo como una espectrografía. En la vida de un hombre que es más viejo que el siglo XX (nací en 1898), el paisaje ante el que ha transcurrido su existencia está repleto de cimas montañosas, es decir, de acontecimientos históricos de capital importancia por su trascendencia, no ya de esta centuria, sino de toda la historia universal.

Pero de ello, de la importancia que adquieren con el tiempo, sólo nos damos cuenta cuando hay una cierta distancia perspectiva. De los primeros años de la infancia no es posible tener conciencia de su significación histórica, que luego despierta con la lectura y la relación con las gentes contemporáneas. Cuando yo nacía tronaban los cañones de la hoy primera potencia mundial, Estados Unidos, contra los barcos de madera de nuestra escuadra en Cuba. El siglo XIX, enzarzado en guerra civil, pronunciamientos y pobreza nos había distanciado de la Europa de la revolución industrial, motor de la prosperidad y la modernización. Como ahora se repite tanto, habíamos perdido el tren que podía llevarnos a esos parajes.

Empezábamos el siglo con desencanto y pesimismo; ahora vemos que estos factores provocaban una toma de conciencia que comenzaba a servir de revulsivo; la generación del 98, tan discutida, acusaba este propósito de crítica y contrición que iba a producir, en la literatura, en las artes y en el pensamiento un medio siglo de oro, cotizable hoy como un valor positivo, pese a las diferencias en su estimación. España no sacó de su derrota colonial la consecuencia de una revolución política, como había sucedido en ocasiones en otros pueblos en trances semejantes. Esto hay que tomarlo en su valor; el español mostró aquí, una vez más, el resignado heroísmo de su aguante. Surgieron ilusiones de regeneración.

La crítica iba acompañada de esperanzas. La belle époque *de la Europa fin de siglo parecía vivir feliz, sin sospechar la proximidad de una crisis profunda, mientras avanzaba hacia la guerra del 14. Pero la colonización casi total de Africa y Asia enriquecía a los pueblos colonizadores mientras —paradoja hiriente— fomentaba los nacionalismos orgullosos que engendraron las nuevas discordias europeas. Por otra parte, comenzaba lo que un escritor español, Luis Díez del Corral, ha llamado con acierto el* rapto de Europa. *La ciencia, los avances técnicos e industriales saltan las fronteras y extienden la explotación de las riquezas del mundo a países recién llegados a la cultura moderna, que pueden alcanzar la riqueza y la fuerza siguiendo los métodos que de Europa copian: Japón es el más llamativo ejemplo. Rusia, derrotada por Japón, ve agitarse su arcaica sociedad por el influjo de ideas que no ha creado. En China, la sociedad que ha hecho pervivir un régimen insostenible, se descompone, inquieta; es el país de mayor potencial demográfico del mundo; se habla ya del* peligro amarillo.

La Europa próspera de la belle époque *se arruinaría a sí misma, en pura pérdida. Sólo los políticos revanchistas franceses, como Clémenceau, se creerían vencedores en 1918. No lo eran; la guerra había supuesto la derrota alemana sólo por obra de la intervención militar, tardía, de Estados Unidos, que comenzarían con ello su intervencionismo en el viejo continente. La paz de Versalles, acorralando no al militarismo germánico, sino a Alemania toda, desesperada y empobrecida, empujó a su pueblo a un nuevo y disparatado neo-nacionalismo que acabaría, pensando a su vez en su revancha, en el nacionalsocialismo de Hitler y en una nueva guerra mundial. Pero entretanto, la paz de Brest-Litovsk había dejado las manos libres a Rusia, en plena guerra, para entregarse a la orgía de sangre de su revolución comunista que rompería los lazos de Rusia con el mundo occidental por muchos años y daría lugar al establecimiento de un férreo régimen asentado sobre la pérdida de toda libertad de reacción y los dogmas cuasi religiosos del marxismo materialista. Una ola de sangre y de hambre serían las primeras consecuencias, pero lo que se presentó como el éxito de las reivindicaciones proletarias tendría una capacidad de convocatoria podero-*



sa sobre los pueblos descontentos o sojuzgados. El comunismo internacional sería su resultado. Alemania fue su primer ensayo de expansión, pero la propaganda mesiánica de Hitler y su nazismo prevalecieron y fueron la causa de nuevas catástrofes.

Australia se anuncia como un continente cargado de futuro. Si el mundo hubiera disfrutado de unos decenios de paz, estos problemas inquietantes, aquietados, hubieran dado un respiro a un mundo progresivo bajo la ciencia y el orden. Las arcaicas ilusiones de los países europeos, y sobre todo la ambición imperialista, anacrónica, de Alemania, el país más admirado por el desarrollo de su cultura en el siglo XIX; el auge de las ideas de hegemonía que encarnó un personaje como Guillermo II, que soñaba, en el siglo XX, con emular a Napoleón o a Carlomagno; el revanchismo chauvin de Francia que quería sacarse la espina de su derrota de 1870, llevaron a la catástrofe. Para derrotar a Alemania no fue suficiente una alianza franco-italiana, ni a Alemania bastó su alianza con el Imperio austro-húngaro. Este conglomerado poco sólido de países germánicos, checos, eslavos y húngaros, con larvados y explosivos nacionalismos, produjo el primer chispazo, que puso en juego la santabárbara europea con el atentado de Sarajevo que, por paradoja, fue obra de un estudiante judío (!). Rusia vio una ocasión para acreditar su paneslavismo e intervenir para poner en práctica su política de apoyo a los eslavos del Sur. Fue el inicio de la guerra.

La guerra es siempre el mal. La victoria es una ilusión de amor propio del bando que se cree vencedor. Italia, bajo la desilusión de una guerra oficialmente ganada, pero ante la realidad de una crisis económica profunda se entregó a Mussolini, un antiguo socialista, propagandista de un nuevo nacionalismo que se llamó fascista, en realidad antiliberal y antidemocrático. Fascismo italiano y nazismo alemán estuvieron condenados a entenderse, en pura pérdida para Europa. El nazismo hitleriano acabaría en racismo; su deificación de la raza aria derivó a la persecución

antisemita que condujo durante la Segunda Guerra Mundial al inaudito exterminio de millones de judíos. Ante la creciente amenaza hitleriana, Europa titubeó; los políticos franceses e ingleses cedieron, y así se llegó al vergonzoso pacto de Munich. Los occidentales, inermes y aterrados, entregaron países enteros a la arrogancia hitleriana. No sirvió de nada. El nazismo alemán, que dijo asentarse sobre un anticomunismo radical, pactó con Rusia para tener las manos libres en su ataque a Francia e Inglaterra de 1939; Francia cayó pronto, desarmada moralmente. A Francia siguieron Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega. El fascismo italiano era un aliado débil. Pero Inglaterra resistió en su isla. Y además se atrajo la ayuda decisiva de Norteamérica, que iba a ganar otra vez una guerra europea, desarrollando su potencia militar hasta un extremo increíble que la constituía en la primera potencia del mundo.

La ciencia —hélas— había hecho avanzar —¡otra paradoja!— las artes de la guerra. La aviación que había hecho tímidos avances, en la guerra de 1914-1918, alcanzó progresos inimaginables, dando al transporte aéreo la posición en que hoy se encuentra. Las alas de los aviones dominan el mundo y hacen posibles hazañas que nunca imaginó el siglo XIX. La técnica electrónica ha roto fronteras increíbles en las comunicaciones humanas. Progreso, sí, pero utilizable para la guerra y el mal.

Pero ya estaba en marcha el rapto de Europa. Todos los avances científicos eran aprovechados por los países que no habían contribuido a la ciencia moderna, pero que podían copiarlos y aprovecharse de ellos. El viejo espionaje diplomático se había convertido en espionaje científico y armamentístico. Cuando los alemanes en los últimos estertores de la guerra del 39 al 45 descubrían un proyectil capaz de provocar una explosión a larga distancia —Von Braun—, los americanos se apoderaban del secreto y lo desarrollaban. Paralelamente, los descubrimientos sobre la estructura del átomo y la posibilidad de manipularlo con fines de guerra llevaron a la bomba atómica, destructora total, no de un enemigo localizable, sino capaz de extinguir toda vida en un vasto entorno...

Los americanos, al utilizarla en Hiroshima provocaron la rendición del Japón e intimidaron al mundo. La incautación por los soviéticos de los científicos alemanes, que les pusieron en poder del secreto, les permitió proseguir en el conocimiento y desarrollo del poder atómico.

Otras naciones lograrían después asumir este terrible poder, y así se ha llegado a una situación en que es posible que una guerra pueda llegar a la capacidad de extinguir al hombre y toda vida vegetal y animal sobre la faz de la Tierra. Es el Apocalipsis, el suicidio de la humanidad y de la vida. Con esta posibilidad en las manos, las dos máximas potencias de la Tierra, se enfrentan con recelo y temor, porque tienen en su poder la posibilidad del holocausto. El hombre gira por el espacio extraterrestre, ha puesto sus plantas en la Luna, pero no ha aprendido a controlarse moralmente porque el tremendo progreso científico y técnico no ha ido acompañado de un análogo progreso de la moral del hombre que pudiera frenar estas horrendas perspectivas. Ha aumentado la capacidad para el mal solamente; mientras, se erosionan los principios religiosos o éticos que pudieran contrapesar tales efectos. El cristianismo pareció estancado prácticamente, en gran parte del siglo, a pesar de la tenaz y modesta labor misional cerca de los pueblos del tercer mundo. Un rebrote de inspiración pareció advenir al catolicismo con la aparición en el solio papal de la egregia figura de Juan XXIII, cuya convocatoria del ilusionado Concilio Vaticano II constituyó una sólida esperanza de renovación, refrendada hoy por la persona del actual pontífice, Juan Pablo II, el papa misionero que trata, en contraposición con el inmovilismo pontifical predominante en los últimos siglos, de llevar su profesión de fe y de esperanza a los más apartados lugares de la Tierra.

El mahometismo ha tratado de resurgir de su letargo secular, pero apoyándose, sobre todo, en aspiraciones políticas y seculares, fundado en el enriquecimiento ocasional y súbito de varios países musulmanes en los que los científicos occidentales descubrieron riquezas ignoradas: los pozos de petróleo suministradores de materias primas indispensables a la vida económica e industrial del mundo moderno.

España ha permanecido durante el siglo XX en su apartamiento de los problemas que le eran comunes con el mundo occidental. Sus intentos de acercarse a ellos no han sido afortunados. Liquidadas las guerras coloniales en 1898, España había descuidado su acción internacional. Neutralidad en las dos guerras europeas, inquietud política interna, manifestada esporádica y catastróficamente por reflejo de ideologías importadas y exacerbadas en nuestro país; Semana Trágica de 1909, de signo predominantemente anarquista, cambio de régimen de 1931, revolución antidemocrática de octubre de 1934, guerra civil de 1936-39, dictadura 1923-31 y de nuevo, tras la cruenta guerra civil, dictadura de 1939-75. Epoca de Franco. Restauración monárquica y democrática de 1975. Atentados de signo anarquista contra los políticos españoles más capaces: Cánovas, Canalejas...

Nos quedan pocos años del siglo. ¡Dios haga que el signo de la prudencia y de la paz presida su historia para finar esta centuria, abrumada por guerras, crisis económicas y fieros males de los que la humanidad necesita repararse para mirar con sensatez y esperanza un porvenir mejor en el siglo XXI.

Enrique Lafuente.

WINSTON CHURCHILL, EL ULTIMO VICTORIANO

1940

CRECIÓ en el centro del Imperio que encarnaba la reina Victoria, creyéndose parte del pueblo elegido por Dios para regir los destinos del mundo. A lo largo de su vida vio cómo, pese a todos sus esfuerzos, la Gran Bretaña victoriana desaparecía y perdía su liderazgo. Participó en una de las últimas cargas de caballería y tuvo la ocasión de comprobar los efectos devastadores de la bomba H. Durante cincuenta y seis años conservó su escaño en la Cámara de los Comunes. Conoció el poder y el fracaso, del que siempre sacó fuerzas para la batalla. Apasionado, infatigable, controvertido, no sólo dedicó toda una vida a la política sino que consiguió también el premio Nobel de Literatura en 1953, fue pintor aficionado de cierto mérito y entretuvo sus ocios con la cría de peces ornamentales.



Tras la invasión hitleriana de Polonia, en septiembre de 1939, y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, millones de ciudadanos británicos se acordaron de los vaticinios de un ex ministro y entonces oscuro diputado conservador, alineado con los sectores más reaccionarios y antipopulares del partido tory. Winston Churchill venía denunciando desde 1936 la debilidad de las democracias frente a los totalitarismos, especialmente la ambigua actitud del premier británico Chamberlain, ante el imparable ascenso de Hitler al poder y el rearme de Alemania. Los acontecimientos le dieron la razón y en mayo de 1940 fue nombrado lord del Almirantazgo (ministro de Marina) y primer ministro, encargado de dirigir la guerra contra los nazis. Churchill prometió ganarla y la ganó, pero advirtiendo a su pueblo que el precio sería «sangre, sudor y lágrimas». En la fotografía, Churchill, con casco y su inseparable cigarro puro, espera en un aeródromo inglés la llegada de su avión mientras, al fondo, tres cañones antiaéreos protegen el campo de aterrizaje de las incursiones de la aviación alemana.

Churchill prometió a su pueblo ganar aquella guerra, y la ganó.

En la fotografía, el ilustre político y escritor, sir Winston Leonard Spencer Churchill, retratado en 1880 cuando contaba cinco años de edad. Este niño, hijo del también político conservador sir Randolph Henry Spencer Churchill, sería luego un mal estudiante, cadete militar, periodista, corresponsal de guerra, pintor, diputado conservador, liberal y, de nuevo, conservador, subsecretario, ministro y primer ministro. El hombre público más popular de su país durante el período transcurrido del siglo XX. Fue la encarnación viviente del «viejo león británico», el último «grande» de un Imperio en franca decadencia por imperativo de los tiempos modernos.



Winston Spencer Churchill, niño de la época victoriana.

El heredero de Mambrú

Winston Churchill nació el 30 de noviembre de 1874 en el transcurso de un baile celebrado en el Palacio de Blenheim, cerca de Oxford, propiedad de su abuelo paterno. Su madre, la bella norteamericana Jenny Jerome, no esperaba el suceso hasta dos meses más tarde, pese a lo cual el parto se produjo sin complicaciones. El padre de Winston, lord Randolph Churchill, era hijo del séptimo duque de Marlborough, descendiente directo del «Mambrú» de la canción infantil, el héroe de las guerras con Luis XIV de Francia a principios del siglo XVIII. Desde entonces, la familia había tomado parte activa en la historia política y militar de Gran Bretaña.

Winston no fue un niño feliz. Lord Randolph, miembro destacado del partido conservador, cuya carrera se vio contrariada por distintos avatares, no le prestaba ninguna atención, pese a lo cual el pequeño Churchill siempre conservaría por él una admiración casi ilimitada. La intensa vida social de lady Jenny era poco compatible con las tareas maternales, y el niño creció al cuidado de una nodriza. A los siete años inició sin éxito su vida escolar.

Finalmente, su padre le encaminó hacia la carrera militar, que consideraba la única posible para un joven poco dotado y de buena familia. Churchill tardó tres años en aprobar el examen de ingreso para la escuela militar de Sandhurst, aunque posteriormente se centró en el aprendizaje y consiguió graduarse con cierta relevancia en 1895, el mismo año de la muerte de lord Randolph. Ingresa entonces en el 4.° Regimiento de Húsares, convertido en el cabeza de familia y con una herencia menguadísima, que contrasta con sus ambiciones políticas y militares. Pronto vuelve sus ojos a Cuba, donde la guerra de independencia contra España le brinda la oportunidad de disfrutar del olor de la pólvora. Allí pasa dos meses como corresponsal del *Daily Graphic,* iniciándose de esta forma en su faceta de periodista, que tan espléndidos dividendos habría de reportarle. De Cuba trajo, también, su legendaria afición por los puros habanos.

En 1896, marcha a la India con su regimiento y recoge sus impresiones sobre la campaña que se desarrolla en la frontera afgana en *The story of Malakand Field Force* (1898), libro que le proporciona cierto éxito en Londres, al igual que su primera y única novela, *Savrola* (1900). Su fama de indócil, arrogante y presuntuoso le acarrea algunas dificultades entre sus jefes, pese a lo cual consigue ir al Sudán, como corresponsal del *Morning Post* y oficial del 21.° de



Una fotografía de la época en que ejerció como periodista.



Black and White ***publicó en portada la foto de su boda.***

Fotografía de Winston Churchill joven, tomada en el famoso Studio Bassano. Eran los años de inicio de la carrera periodística y literaria de uno de los estadistas más grandes del siglo XX. Premio Nobel de Literatura en 1953, Churchill construyó numerosos discursos parlamentarios de gran belleza, erudición y efectividad práctica. Entre sus obras literarias destacan La crisis mundial *(4 volúmenes, 1923-1929),* Memorias de la guerra *(6 volúmenes, 1948-1954) y* Los grandes hombres de nuestro tiempo, *espléndida colección de breves biografías políticas editadas en 1937.*

Procedente de una familia conservadora de rancio abolengo, en la línea de la mejor tradición británica, e hijo también de una norteamericana vuelta a las tierras de sus antepasados ingleses, la vida privada de Churchill y sus hazañas aventureras durante la guerra de los boers *fueron temas codiciados por las revistas del corazón de la época. En la foto, portada del* Black and White *(España imitaría después este tipo de revista con el* Blanco y Negro*) recogiendo la boda de Churchill con la bella e inteligente escocesa Clementine Hozier, en 1908. En el seno de este matrimonio nacerían cinco hijos.*

Churchill inició su carrera política en cargos de responsabilidad con los liberales de Lloyd George, siendo nombrado subsecretario de Estado para las Colonias en el gabinete de Campbell-Bannermann. De 1908 a 1910 desempeñó el cargo de ministro de Comercio bajo las órdenes del premier Asquith, y de 1910 a 1911 se hizo cargo de la cartera de Interior en una época de gran agitación social. En la fotografía, el ministro Churchill declara en el proceso seguido contra los revoltosos causantes de los desórdenes públicos de Sidney Street (Londres), reprimidos duramente por la policía, dependiente del político «antibolchevique». Su dureza le granjeó una gran impopularidad en los ambientes obreros. En la página opuesta, arriba, Churchill posa ante un pez espada de más de 100 kg, capturado durante unas vacaciones en la costa estadounidense de Florida. Abajo, el líder británico, fotografiado poco antes de la Segunda Guerra Mundial entre los escritores Somerset Maugham (izquierda) y H. G. Wells.

Lanceros, y participar en la campaña contra los derviches de 1898. Allí intervino en una de las últimas cargas de caballería de la historia, haciendo honor cumplido a lo que más tarde sería considerado como inquebrantable valor.

Churchill relató la campaña del Sudán en un nuevo libro, *The River War*, y decidió consagrarse a la literatura y a la política. En 1899 se presenta como candidato conservador por el distrito de Oldham y es derrotado. Parte entonces a Sudáfrica, nuevamente como corresponsal del *Morning Post*, para narrar la guerra contra los *boers*. Allí consigue evitar que un tren blindado británico caiga en manos de los rebeldes, es hecho prisionero y protagoniza una espectacular fuga de la prisión militar, todo lo cual le convierte en un personaje de renombre en Gran Bretaña. En julio de 1900 vuelve a Londres y consigue sin esfuerzo —en Oldham— el escaño que, excepto por dos años, conservaría hasta la muerte.

De «tory» a liberal

Una serie de artículos y conferencias pronunciadas en su país y en Estados Unidos sanean sus finanzas antes de consagrarse a la política. Coincide este momento con la muerte de la reina Victoria, a principios de 1901. Pero Churchill, sin comprender los profundos cambios que se avecinan en la sociedad inglesa, se apega al ejemplo de su padre. En la Cámara de los Comunes es impulsivo y apasionado, pero poco profundo. Sus intervenciones se ven deslucidas por un leve ceceo que nunca perdió y, pese a estar bien construidas, resultan poco ágiles. Defiende al gabinete en la cuestión sudafricana, pero, con ocasión del debate de los presupuestos militares, se vuelve contra los *tories* exigiendo más austeridad, tal como hiciera lord Randolph quince años antes, al considerar superfluo el incremento de los gastos en armamento.

Ferviente defensor del *laissez faire*, Churchill se rebela abiertamente contra las nuevas medidas proteccionistas que impulsa su partido, uniéndose a las críticas de la oposición. Los conservadores le repudian y, en 1904, decide cambiar su asiento en la Cámara para unirse a los liberales, lo que muchos consideraron como una traición a su clase. En las elecciones de 1906 se presenta por el partido liberal, obteniendo sin dificultad su escaño en Manchester. Es nombrado subsecretario de Estado para las



Churchill declara en un proceso. Su dureza le hizo impopular en ambientes obreros.



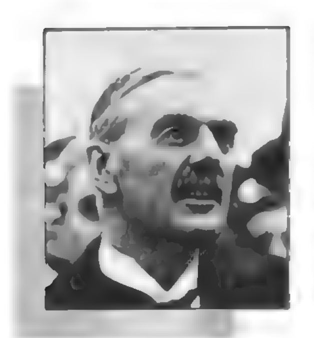


Una pequeña batalla ganada a un pez espada de más de 100 kg.

Colonias, en recompensa a sus vigorosos ataques contra los líderes *tories.* El joven parlamentario demuestra una notable capacidad de adaptación a su nuevo partido. Ahora contribuye a liquidar con eficacia el conflicto sudafricano, abogando por la libertad de gobierno para los vencidos *boers.* También batalló junto al radical David Lloyd George por las reformas laborales y sociales, política que intensificó cuando, dos años más tarde, fue nombrado presidente de la Cámara de Trabajo, el equivalente a ministro de Trabajo.

En 1908 contrajo matrimonio con Clementine Hozier, una bella escocesa de familia liberal con la que tuvo cinco hijos.

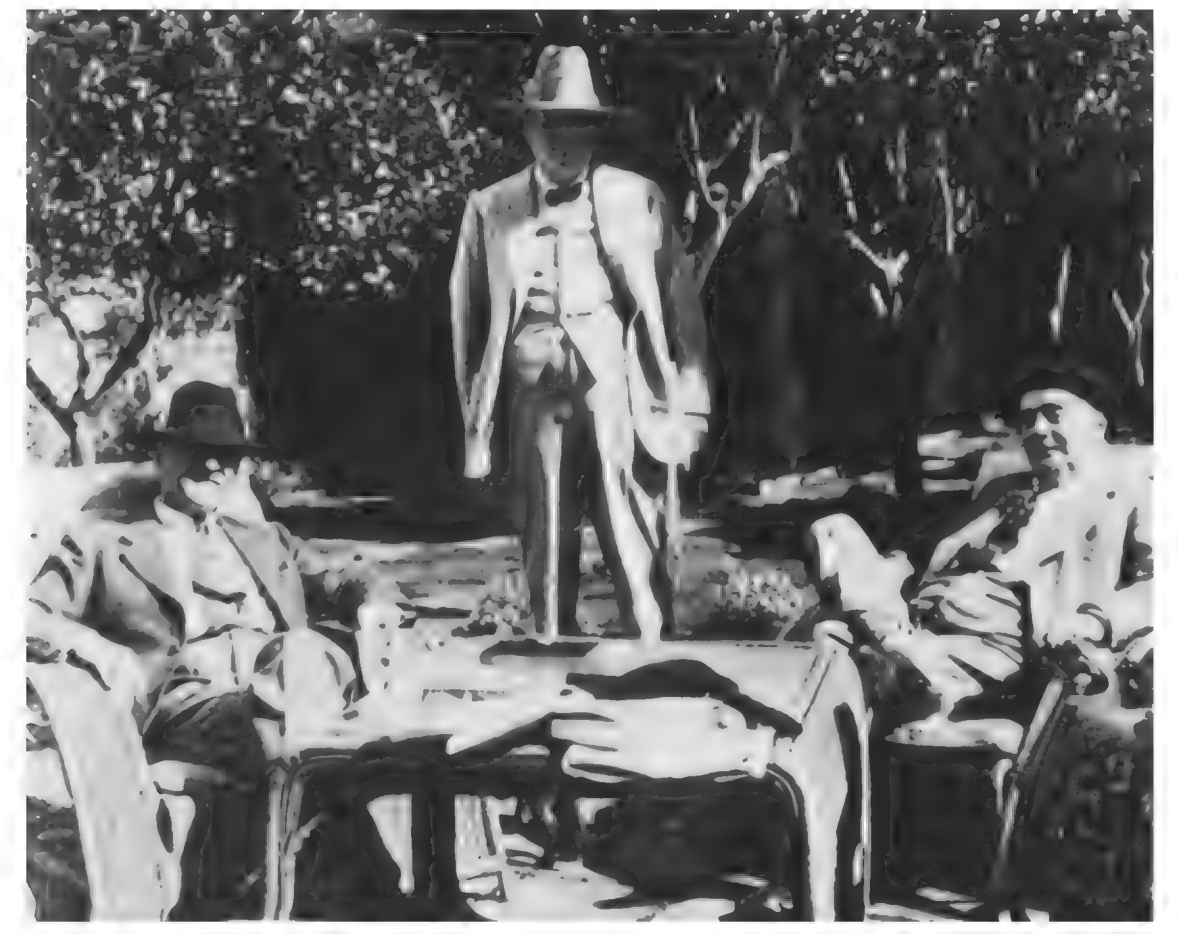
El belicoso cadete de Sandhurst, que alguna vez había suspirado nostálgicamente por las antiguas guerras entre «hombres blancos», había pasado su primera década en los Comunes bajo el signo del aislamiento y el pacifismo. Pero en 1911 vuelve a efectuar uno de sus famosos y radicales giros. El envío por parte de Alemania de un cañonero al puerto marroquí de Agadir —entonces protectorado francés— le hizo cambiar de opinión. Comenzó a pensar que la guerra era inevitable y a estudiar la situación militar de su país, llegando a la conclusión de que era necesario reforzar el ejército: la



ARTHUR NEVILLE CHAMBERLAIN (Birmingham, 1869-Heckfield, 1940)

Hijo del célebre político Joseph Chamberlain, uno de los artífices del imperialismo inglés de finales de la era victoriana, y hermano de padre de Austen Chamberlain, que desempeñó un papel importante en la elaboración del tratado de Locarno, Neville Chamberlain se incorporó tarde a la política tras una brillante carrera como hombre de negocios. En 1915 fue elegido alcalde de Birmingham, y desde diciembre de 1918 fue miembro de la Cámara de los Comunes. Ministro de Salud (en 1923, de 1924 a 1929, y en 1931) y ministro de Hacienda (de 1923 a 1924 y de 1931 a 1937), obtuvo un éxito considerable en este último puesto al adoptar una serie de medidas monetarias, fiscales y arancelarias que consiguieron la recuperación de la economía británica en una época crítica.

El 28 de mayo de 1937 sucedió a Stanley Baldwin como primer ministro. Desde entonces asumió directamente la iniciativa en la política exterior, lo que terminó por provocar la dimisión de Anthony Eden, titular del Foreign Office. Creyendo que podría romper el Eje Alemania-Italia, reconoció la supremacía italiana en Etiopía, a pesar de haber sido uno de los defensores de las sanciones económicas cuando se produjo la invasión. Dentro de esta misma óptica, se esforzó por mantener a Gran Bretaña totalmente al mar-



Somerset Maugham, W. Churchill y H. G. Wells.

gen de la Guerra Civil española, limitándose a las inútiles actuaciones del Comité de No Intervención. El 27 de febrero de 1939 reconoció al gobierno de Franco como el legítimo de España, encargándose personalmente de defender esta decisión ante el Parlamento británico.

Durante la crisis de los Sudetes adoptó, una vez más, una actitud contemporizadora y se entrevistó con Hitler en Berchtesgaden y poco después en Godesberg; finalmente firmó, junto con Edouard Daladier, los acuerdos de Munich (29 de septiembre de 1938), por los que Inglaterra y Francia cedían frente a Hitler prácticamente en todo. La entrada de las tropas alemanas en Praga le hizo modificar profundamente su política. Manifestando por primera vez una voluntad de oponerse a cualquier nueva agresión, firmó pactos de asistencia con Polonia, Grecia y Rumania, y estableció, por primera vez en la historia de Gran Bretaña, el servicio militar obligatorio. Sin embargo, a pesar del ultimátum a Berlín tras la invasión de Polonia, mostró reticencias antes de lanzar a su país a una nueva guerra mundial, lo que le valió la animosidad de los laboristas.

Una vez declarada la guerra (3 de septiembre de 1939), incorporó a su gabinete a dos de sus mayores críticos, Winston Churchill y Anthony Eden, pero los liberales y los laboristas se negaron a entrar con él en un gobierno de coalición. La derrota de los aliados en Noruega, en abril de 1940, le obligó a dimitir el 10 de mayo, aunque aceptó el puesto de presidente del consejo en el gobierno de coalición presidido por Churchill. Finalmente, su deteriorada salud le hizo dimitir de este puesto y de la dirección del partido conservador. Falleció pocas semanas más tarde.



En París asiste al Consejo Supremo de Guerra de los aliados.

Armada no podría enfrentarse sola a un ataque de Alemania contra Francia. En octubre de aquel mismo año fue nombrado primer lord del Almirantazgo, el tercer puesto en importancia del gobierno.

Arriba y abajo

Como primer lord del Almirantazgo, Churchill se dispuso a preparar la Armada para la guerra. Trabajó intensamente, en estrecha colaboración con el secretario del Ejército, y apremió hasta el límite de sus posibilidades al gobierno para conseguir más recursos. A partir del asesinato de Sarajevo decidió la movilización total de la flota y defendió con ardor la intervención. Se mostraba, en palabras del primer ministro Asquith, «muy belicoso». El 4 de agosto de 1914 Gran Bretaña declara por fin la guerra a Alemania, y Churchill cree que ha llegado su momento. Grave error.

El primer lord del Almirantazgo cometió la imprudencia de sacrificar la política a la acción. Aunque sus previsiones sobre el curso de la contienda se cumplieron durante los primeros meses de la misma con sorprendente exactitud, Churchill mostró pronto una irresistible tendencia a encontrarse en el centro de las operaciones, pero lejos de su despacho. Dio un fuerte impulso a las fuerzas aéreas y apoyó la fabricación de los primeros tanques, siempre partidario de cualquier innovación.

En octubre fue enviado a Amberes con la misión de apoyar moralmente al rey Alberto hasta que llegaran los refuerzos británicos. Pero inmediatamente se hizo dueño de la situación dirigiendo personalmente el ejército belga, pese a lo cual, a los cinco días caía la ciudad. Aunque estos cinco días permitieron la retirada de las tropas y evitaron la caída de los puertos del canal en manos de los alemanes, Churchill recibió fuertes ataques. «Las características del señor Churchill hacen de él un peligro y una ansiedad para la nación en los momentos actuales», diría el *Morning Post.*

Las sucesivas derrotas de la Armada en las costas de Africa occidental y en el Indico aumentaron sus problemas. Pero aún tendría que soportar peores fracasos. Partidario de ganar la guerra de un solo golpe, a principios de 1915 Churchill proyectó una operación militar en los Dardanelos, el estrecho que une el Mediterráneo con el mar Negro, con el objetivo de capturar la península de Gallipoli y Constantinopla. En contra del consejo de sus colaboradores, decidió utilizar únicamente a la marina, que inició el intento el 19 de febrero. Los primeros contratiempos de la flota inclinaron el gabinete en contra de Churchill, que vio desoídos sus deseos de reanudar el ataque inmediatamente y fue privado de la dirección real de la empresa. El ejército británico acudió a la zona sólo dos meses después, y aunque las tropas conquistaron Gallipoli, fueron incapaces de hacer ningún avance. En diciembre tuvieron que retirarse, con el balance de un cuarto de millón de bajas a cambio de nada.

Churchill había ideado la operación, pero el primer ministro y otros miembros del gabinete habían dado su apoyo a la misma. Además, no

había tenido la oportunidad de realizarla a su modo. Sin embargo, toda la responsabilidad cayó sobre él. Acosado por los *tories* y visto con suspicacia por los propios liberales, se vio obligado a dimitir en mayo de 1915, cuando ya era evidente el desastre de los Dardanelos.

Fue un duro golpe para Churchill. El nombramiento de canciller del ducado de Lancaster, un título puramente ornamental le convierte de hecho en un ministro sin cartera. En noviembre renuncia y decide marchar al frente. Trata de conseguir el mando de una brigada, pero tiene que resignarse con el grado de teniente coronel y la dirección del 6.° Batallón de Fusileros. Permanecerá en las trincheras flamencas hasta mayo de 1916, sin ninguna ocasión notable para demostrar su heroísmo, lo que le produce una gran amargura.

Cuando vuelve a Londres y ocupa su escaño sin ningún cargo político por primera vez en muchos años, se ve condenado al ostracismo. La opinión pública le es francamente adversa y, para paliar su desencanto, se refugia en la pintura. Esta situación dura hasta julio de 1917, cuando Lloyd George, que preside un nuevo gobierno de coalición, decide repescarle y le nombra ministro de Suministros, con gran indignación de los *tories*. Sin embargo, esta vez, su actuación será más afortunada. Trabaja incesantemente, organizando con eficacia los recursos y los hombres a su cargo. Intensifica la producción de tanques y pronto consigue grandes éxitos con los mismos. Corta de raíz las amenazas de huelga en las fábricas de armamento y, en conjunto, hace funcionar a la perfección la máquina que le ha sido encomendada. El 11 de noviembre de 1918, día del armisticio, conoce nuevamente el aplauso de la multitud.

Ministro de la Guerra

El nuevo gobierno de coalición, presidido por Lloyd George —aunque el Parlamento era mayoritariamente conservador—, también contó con Churchill, que fue nombrado ministro de la Guerra. En una operación organizativa de gran envergadura consiguió la desmovilización total del ejército en el plazo de seis meses. Pero ahora la Rusia bolchevique ocupaba toda la atención del curioso «liberal», que, en contra de las simpatías laboristas e incluso de su propio partido por la revolución soviética, se convirtió en un desaforado antibolchevique. Sus intentos de contribuir con las tropas británicas a la victoria de los rusos blancos fueron recibidos con alarma y hostilidad entre sus compatriotas. Lloyd George terminó por situarle en un pues-



El conocía la dureza del sacrificio que había pedido a su pueblo.

En la página opuesta, Churchill fotografiado en París a finales de 1939 a la entrada del Ministerio de la Guerra, poco antes del inicio de una sesión del Consejo Supremo de Guerra aliado. Junto a Churchill, de izquierda a derecha, el general John Dill, M. Beaudoin, Ronald Campbell, Attlee y Paul Reynaud. En esta página, arriba, en el camino del Parlamento al número 10 de Downing Street, tradicional domicilio de los primeros ministros de Gran Bretaña, Churchill entrega un donativo a una postulante para las víctimas de uno de los numerosos bombardeos aéreos que sufrió Londres. Abajo, el barrio de la catedral de Saint Paul, sede de la city y las finanzas londinenses, tras sufrir un bombardeo alemán.



Londres tras uno de los bombardeos alemanes.

Abajo, fotografía tomada en Cherburgo (Francia) el 6 de junio de 1944, horas después del desembarco aliado en las costas de Normandía. Un obrero francés ofrece fuego al imperturbable Winston Churchill que viaja hacia el frente en el coche descubierto del general norteamericano Cecil Moore, derecha, siempre con su inseparable cigarro entre los labios.

to menos conflictivo, y en 1921 le nombró secretario de Colonias.

Tuvo una brillante actuación en la solución del problema con los turcos en Oriente Medio, donde utilizó a Lawrence de Arabia para llegar a un acuerdo satisfactorio, que transformó a Irak en un país independiente y creó el reino de Transjordania. Abogó por la partición de Irlanda y la creación del Estado libre del Eire, solución a la que se llegó en diciembre de 1921. En septiembre del siguiente año, ante la amenaza de Turquía sobre los Dardanelos pro-



Un obrero francés enciende el ya familiar puro del líder británico.

tegidos por fuerzas británicas, adoptó una postura de fuerza que, aunque resultó efectiva, le hizo ser tachado de aventurero por los *tories* y por la opinión pública y contribuyó a debilitar la coalición gubernamental. En las elecciones de 1922 perdió su escaño y consiguió, además, enemistarse con los liberales por su declarado propósito de crear un nuevo partido.

Durante algún tiempo se dedicó a la pintura y a escribir. Su obra *The World Crisis*, una historia de la guerra que le presentaba bajo brillantes colores, levantó muchas controversias y le hizo ganar cien mil dólares. Paulatinamente fue acercándose a los conservadores, sobre todo a partir de la formación de un gabinete de coalición liberal-laborista. Los laboristas se habían convertido ahora en su nuevo caballo de batalla, y a combatirlos dedicaba toda su exuberante retórica, que pronto los *tories* empezaron a considerar como una excelente munición. Después de dos nuevos fracasos electorales, recuperó su escaño en Epping, como independiente, pero con la anuencia del partido conservador, que ganó por amplia mayoría. En una jugada inesperada, el primer ministro Baldwin le nombró canciller del Exchequer, tratando de neutralizarle e impedir que formase otro partido.

Un pésimo canciller

Churchill carecía por completo de conocimientos y habilidad para la economía. Para colmo, su antiobrerismo en aquella época era tan notable y obsesivo que le convertía en un interlocutor imposible. Estaba convencido de que la clase obrera haría la revolución a menos que se la tratase con mano dura. Y sólo consiguió ganarse su enemistad eterna. El retorno de la libra al patrón oro y su revaluación en un 10 por 100 —algunas de sus primeras medidas— fueron nefastos para la competitividad de la industria británica y aumentaron el paro y la pobreza. El 4 de mayo de 1926 se declaró la huelga general, en buena parte por la intransigencia de Churchill. Aún seguiría en su puesto otros tres años, pero cuando los conservadores perdieron el poder en 1929, su impopularidad era más que notable.

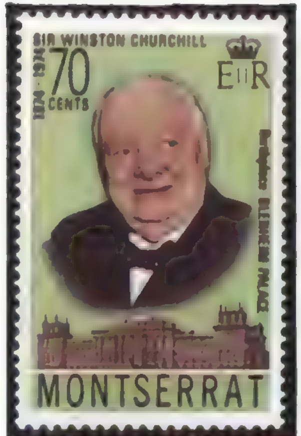
A lo largo de la década aún habría de aumentar. Continuó escribiendo y conservó su escaño, desde el que defendió distintas causas perdidas. Clamó, en vano, contra el proyecto de autogobierno para la India. Luchó contra el poder creciente de los sindicatos. Y, desde 1932, trató de alertar a su pueblo sobre el creciente poderío alemán. En una Gran Bretaña concentrada en la crisis económica, su llamada no podía ser más impopular. La tendencia dominante era la del pacifismo, y Churchill contempló con desesperación cómo a la subida de Hitler al poder en 1933 seguían proyectos de desarme para Francia. Se dedicó a vigilar el desarrollo de la potencia militar de Alemania, previendo que la guerra sería inevitable. Llegó a crear un servicio privado de inteligencia, con contactos en París y Berlín, lo que le permitía efectuar análisis de gran precisión y clarividencia. Pero sus palabras fueron recibidas como los gritos alarmistas de un hombre acabado.



El primer ministro británico Winston Churchill, en el centro, con prismáticos, casco y habano, observa desde una elevada cota militar un ejercicio de defensa antiaérea para mitigar los efectos de los bombardeos de la Luftwaffe o aviación alemana sobre el cinturón industrial de Londres. Estos continuaron a pesar de la encarnizada defensa antiaérea y la valerosa actuación de los pilotos de caza de la Royal Air Force (RAF) o aviación británica. Durante meses, Londres y otras ciudades industriales inglesas sufrieron bombardeos aéreos noche tras noche, a cargo de oleadas de aviones alemanes que despegaban desde Francia, Holanda o Bélgica, en las zonas ocupadas por los nazis al otro lado del canal de la Mancha al que los británicos siguen empeñados en llamar English Channel *(canal Inglés).*
A pesar de todos los sufrimientos y privaciones impuestos por la guerra, la moral del pueblo británico se creció ante las dificultades y no se reparó en sacrificios para asegurar el triunfo de las democracias sobre el fascismo. La máquina de guerra, dirigida por Churchill funcionó a la perfección y en pocos días las cacerolas de aluminio solicitadas por la RAF eran convertidas en fuselajes de aviones, mientras que las tradicionales verjas de hierro de los jardines británicos eran fundidas y transformadas en cañones.

Churchill observa los ejercicios de defensa aérea de la RAF.

Abajo, emisiones filatélicas de diversos países con la efigie de Winston Churchill, verdadero héroe de la Segunda Guerra Mundial en todas las naciones aliadas contra el fascismo. En el centro, la histórica conferencia de Yalta, celebrada en territorio soviético en febrero de 1945 y en la que se trazaron las grandes líneas divisorias de influencia política del mundo contemporáneo. De izquierda a derecha, el premier británico Winston Churchill, el presidente norteamericano F. D. Roosevelt y el mandatario soviético José Stalin.





Yalta fue el triunfo y el pago por los esfuerzo realizados.



El primer ministro anuncia a los británicos el fin de la guerra.

El 8 de mayo de 1945, antes del tradicional boletín de noticias de la BBC, el primer ministro británico, Winston Churchill, anunció a su pueblo el fin de la guerra y la victoria aliada sobre la Alemania hitleriana, momento que recoge la fotografía. Para Churchill era el triunfo de la democracia parlamentaria —que a pesar de los diferentes puntos de vista de los partidos no tiene por qué ser débil en cuestiones de Estado— sobre el totalitarismo nazi. Había una frase del político y militar griego Pericles que Churchill gustaba recordar: «Ellos, decía Pericles, refiriéndose a los persas, son bárbaros porque obedecen ciegamente a un tirano, un hombre que los domina despóticamente. Nosotros somos un pueblo de hombres libres que sólo obedecemos a la ley que entre todos hemos acordado».

En 1937, Chamberlain fue nombrado primer ministro y se rodeó de un gabinete marcado por el signo de la mediocridad. Churchill, que tenía más de sesenta años, vio perder una nueva oportunidad de volver al poder. En marzo de 1938, los nazis invadieron Austria ante el silencio de Francia y Gran Bretaña. Un mes después, Hitler empezó a presionar sobre Checoslovaquia. Churchill denunció en todos los tonos sus verdaderas intenciones y, poco a poco, empezó a hacerse oír. Cuando los alemanes invadieron Checoslovaquia violando el pacto de Munich, muchos británicos empezaron a escuchar atentamente al viejo político, incluidos algunos prominentes liberales y laboristas.

«¡Winston ha vuelto!»

El 1 de septiembre de 1939, Hitler invadió Polonia y comenzó la Segunda Guerra Mundial. Churchill se vio convertido, de repente, en el único hombre adecuado para la situación. Cuando, ese mismo día, Chamberlain le nombró primer lord del Almirantazgo, los ingleses respiraron aliviados. «¡Winston ha vuelto!», era el comentario general. Inmediatamente se puso a trabajar con su acostumbrada energía. Se concentró en la persecución de los submarinos alemanes y consiguió un número elevado de éxitos. Pero fuera del Almirantazgo los asuntos languidecían. La guerra parecía estancada, y en abril de 1940 Chamberlain anunció que veía próxima la victoria. Cinco días después, Alemania invadía Noruega y Dinamarca, y al mes siguiente, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Chamberlain, totalmente desacreditado, se vio obligado a dimitir. Ese mismo día, el 10 de mayo, Winston fue nombrado primer ministro.

Por primera vez tenía toda la autoridad en sus manos. El que le hubiese llegado en uno de los momentos más negros de la historia no parecía importarle demasiado. Entre sus muchos defectos nunca se había contado la cobardía. Estaba dispuesto a jugar fuerte y a vencer. «Sólo puedo ofreceros sangre, sudor y lágrimas», dijo a sus compatriotas. Y éstos se mostraron dispuestos a aceptar la oferta.

Nombró un gabinete de coalición y se reservó para sí la cartera de Defensa. Pese a que se rodeó de hombres competentes asumió personalmente buena parte del poder. Entre sus primeras preocupaciones estuvo la de intensificar sus contactos con el presidente norteamericano, Roosevelt, que, pese a su buena disposición, se veía maniatado por el Congreso y la opinión pública, partidarios de la neutralidad. Pronto tuvo que concentrar su atención en Dunkerque, donde 350.000 soldados aliados se habían quedado aislados entre destacamentos alemanes. La evacuación fue un éxito, pero señaló claramente la caída de Francia. El 25 de



Winston Churchill, ya muy anciano, responde al cariñoso saludo de un conciudadano en las calles de Londres. Incluso muchos votantes laboristas y otros simpatizantes de la izquierda británica que nunca elegirían al político conservador para cargos en la posguerra reconocían el valor de su figura de estadista y líder nacional durante la contienda.

Su persona quedó unida a la idea de fuerza de decisión y amor por la patria.

junio entró en vigor el armisticio firmado con Alemania por el mariscal Pétain, y Gran Bretaña se quedó sola frente al enemigo.

La triple alianza

Pero Churchill no capituló. Estaba seguro de que Hitler trataría de invadir Inglaterra, y se dispuso a resistir. Personalmente planeaba la estrategia a seguir con los generales. Su valor, su inflamada oratoria y su inquebrantable decisión y optimismo fueron una inyección de moral para los ingleses a lo largo de aquel terrible verano, en el que las bombas alemanas llovían sobre Londres. La RAF también desempeñó un excelente papel, repeliendo a los agresores y realizando constantes incursiones de castigo. A comienzos de 1941 la situación empeoró. Grecia y Yugoslavia cayeron, y Rommel hacía estragos en el norte de Africa, con más eficacia que sus aliados italianos. Afortunadamente, Hitler cometió un error de cálculo y se volvió contra Rusia, con la que mantenía un pacto de no agresión.

El objetivo de Churchill era ganar la guerra y, olvidando su fobia al comunismo, abrió los brazos a la nación agredida. En diciembre de 1941, una nueva esperanza se abría para los ingleses. El ataque japonés a Pearl Harbour hizo entrar en la guerra a Estados Unidos. Pocos días después, Roosevelt y Churchill se entrevistaron en Washington, en una visita que constituyó un gran éxito personal para el líder británico. Aunque aún quedaban muchos momentos oscuros, la guerra comenzaba a cambiar de signo. Los rusos resistieron heroicamente en Stalingrado, y miles de soldados alemanes perecieron. Los generales Alexander y Montgomery lograron expulsar a Rommel de El Alamein y, en diciembre, recibieron los refuerzos americanos al mando de Eisenhower. Desde el verano, los japoneses se vieron obligados a retroceder en el Pacífico.

A partir de 1943, Churchill, Roosevelt y Stalin comenzaron a bosquejar la paz. En numerosas reuniones y conferencias trazaron planes para el futuro. Churchill veía con tremendo recelo a Stalin y trataba de poner a Roosevelt a su lado frente a lo que consideraba amenaza de expansionismo soviético. Paradójicamente, a Roosevelt le preocupaba mucho más el historial imperialista de Gran Bretaña y consideraba a Stalin como un hombre de buena voluntad. Los intentos de fuerte alianza anglo-americana de Churchill fracasaron definitivamente en Teherán, en noviembre de 1943. Cuanto más se acercaba el fin de la guerra, más claro veía el primer ministro que Stalin trataba de absorber la mayor parte posible de Europa Oriental. Pero, una vez más, sus palabras cayeron en el vacío.

De Normandía a la paz

El desembarco en Normandía marcó el final de la guerra en Europa. Churchill, que trataba de frenar los avances comunistas, luchó en muchas ocasiones para que fueran las tropas anglo-americanas, y no las rusas, las que liberaran distintas ciudades, pero Eisenhower no estaba dispuesto a sacrificar hombres por razones «políticas», y Roosevelt no deseaba ensombrecer con discordias la victoria. La conferencia de Yalta, en febrero de 1945, selló las bases para el nuevo reparto del mundo.

Churchill recibió la mayor ovación de la historia de la Cámara de los Comunes cuando anunció la victoria. Era necesario convocar inmediatamente elecciones. Durante aquellos años la opinión inglesa se había inclinado claramente hacia el laborismo. Habían pasado demasiadas cosas, y la gente exigía cambios profundos. La única oportunidad para Churchill residía en basar su campaña en sus triunfos en la guerra. En vez de esto, se lanzó a atacar los programas de nacionalización laboristas con un estilo extremadamente conservador. Y el hombre que había mantenido el peso de la guerra perdió las elecciones.

Muchas veces había caído, pero ésta sería la más amarga, por lo que implicaba de ingratitud. Sin embargo, continuó en el Parlamento, dirigiendo la oposición y prediciendo la ruina para la Inglaterra «socializada». Tampoco pudo detener la expansión del comunismo, pese a vislumbrar con claridad la situación y acuñar, en 1946, la expresión «telón de acero». Apoyó el proyecto de creación de la OTAN y, paulatinamente, alcanzó a comprender que su país había dejado de ser la primera potencia del mundo.

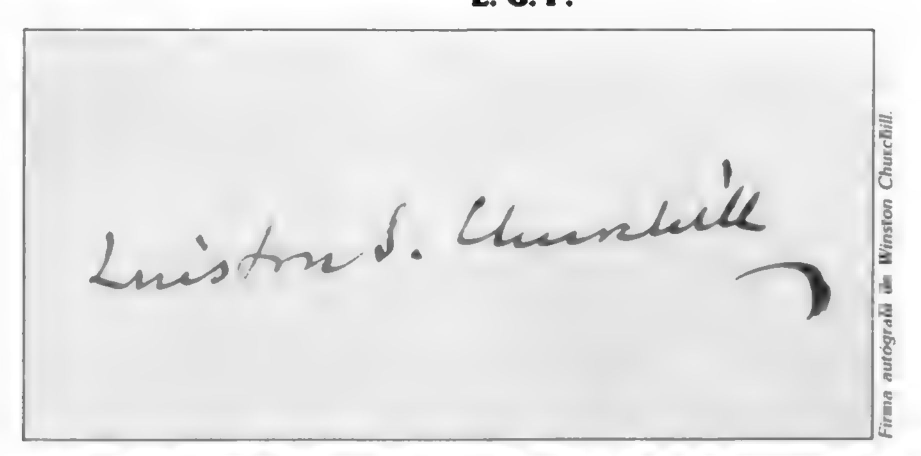
Pero aún había de volver al poder. En 1951, los conservadores ganaron las elecciones y fue nombrado nuevamente primer ministro, por primera vez en unas elecciones y no por circunstancias excepcionales. Fue un período fructífero y de grandes satisfacciones para el viejo político. Aunque desnacionalizó la siderurgia y los transportes, mantuvo muchas de las realizaciones laboristas. Su impulso a la empresa privada hizo posible la recuperación económica y garantizó el poder a su partido durante una década. En uno de sus peculiares giros defendió la coexistencia pacífica con Rusia, abogando por una conferencia tripartita en una época en la que en Estados Unidos imperaba un anticomunismo galopante. En 1953 recibió la Orden de la Jarretera y el nombramiento de *Sir* de la joven reina Isabel II. Ese mismo año recibió el Nobel de Literatura. El día de su ochenta aniversario, los Lores y los Comunes se reunieron en el salón de Westminster para rendirle homenaje. Pero un año después, los líderes de su partido le pidieron que se retirara. Churchill no se consideraba viejo. Tenía todavía muchas cosas que hacer. Sin embargo, accedió. El 5 de abril de 1955 anunció su renuncia, aunque conservó su escaño.

Comenzó a escribir un nuevo libro, *Historia de los pueblos de habla inglesa* (1956-58), un proyecto monumental para cualquiera y casi inconcebible para un anciano. Viajó por el Mediterráneo en los yates de algunos amigos, entre ellos Aristóteles Onassis. Su familia fue fuente de graves disgustos estos últimos años. Su hija Sarah, después de alcanzar una equívoca notoriedad por su agitada vida sentimental y sus intentos de convertirse en actriz, cayó en el alcoholismo. Diana, su primogénita, se suicidó en 1964 después de ver frustrado su matrimonio. Aunque lady Clementine permanecía infatigable a su lado, fueron durísimos momentos para ambos.

Pero quizá lo peor ocurrió cuando tuvo que renunciar a su escaño por consejo médico. El 27 de julio de 1964 hizo su última aparición en los Comunes. «Pobre Winston», dijo sir Thomas Moore, el decano de la Cámara, «lejos de Westminster no tardará en morir». Murió el 24 de enero de 1965, a consecuencia de un ataque cerebral.

E. G. P.

Arriba, un grupo de jóvenes aclaman a Winston Churchill durante una de sus tradicionales visitas anuales a la escuela donde se educó junto a otros muchachos británicos de «buena familia», en el severo internado de Harrow. Abajo, firma autógrafa del gran líder y estadista británico.





Los jóvenes de Harrow vitorean al viejo compañero.

– ETAT FRANÇAIS –

TRAVAIL — FAMILLE — PATRIE

APPEL AU PEUPLE FRANÇAIS

FRANÇAIS,

les armées allemandes et anglo-saxonnes sont aux prises sur notre sol. La France devient, ainsi, un champ de bataille.

Fonctionnaires, agents des services publics, cheminots, ouvriers, demeurez fermes à vos postes pour maintenir la vie de la Nation et accomplir les tâches qui vous incombent.

Français, n'aggravez pas nos malheurs par des actes qui risqueraient d'appeler sur vous de tragiques représailles. Ce serait l'innocente population française qui en subirait les conséquences.

N'écoutez pas ceux qui, cherchant à exploiter notre détresse, conduiraient le pays au désastre. La France ne se sauvera qu'en observant la discipline la plus rigoureuse. Obéissez donc aux ordres du Gouvernement. Que chacun reste face à son devoir.

Les circonstances de la bataille pourront conduire l'armée allemande à prendre des dispositions spéciales dans les zones de combat. Acceptez cette nécessité, c'est une recommandation instante que je vous fais dans l'intérêt de votre sauvegarde.

Je vous adjure, Français, de penser avant au péril mortel que courrait notre pays si ce solennel avertissement n'était pas entendu.

LE MARECHAL DE FRANCE
Chef de l'Etat
Philippe PETAIN.

Con el fin de no agravar las desgracias, como dice el bando, Pétain pide un «dejarse llevar» a los franceses.

1940



El joven soldado Philippe Petain

LA FRANCIA DE VICHY

TRAS la declaración de guerra a Alemania, la falta de preparación de los mandos del ejército francés ha quedado completamente al descubierto. Se desencadena una crisis gubernamental que acaba dando el poder al héroe de Verdún, el mariscal Pétain, al que muchos siguen ciegamente como posible salvador de la patria. Lo que no esperaba gran parte de sus seguidores es que el gobierno de aquél, francés por excelencia, se pusiese prácticamente a las órdenes del invasor, entregando incluso una parte del territorio nacional.

La Resistencia comienza su lucha para conseguir una Francia libre.

Jorge Renales Cortés, autor de este artículo, es escritor y profesor de Historia Contemporánea.

Gobierno para un país desorientado

El 3 de septiembre de 1939, Francia declara la guerra a Alemania. Durante todo el invierno de 1939 a 1940, las fuerzas armadas de los dos países, acantonadas a lo largo de la frontera, se mantienen en una completa inactividad: es la llamada *drôle de guerre* (algo así como «¡Vaya una guerra!»). La guerra no le interesa mucho a nadie: los comunistas, siguiendo la línea del pacto germano-soviético, la denuncian como imperialista, mientras que toda la derecha se basa en ese pacto para considerar a la URSS (y al comunismo) como el enemigo principal. El ejército, y todo el país, se pregunta por el sentido de una guerra en la que no hay combates.

El 10 de mayo de 1940, Alemania lanza una ofensiva hacia el oeste. El ataque alemán en la zona desguarnecida de las Ardenas y, sobre todo, la «guerra-relámpago» y la combinación de aviación y unidades blindadas sorprenden por completo a un mando francés anclado en concepciones estratégicas adquiridas en la guerra del 14 (las trincheras, la guerra de bloqueo, etc.). En once días, las principales fuerzas franco-británicas son cercadas en el norte de Francia (Dunkerque), de donde son evacuadas, perdiendo todo su material. En poco más de un mes, el ejército francés se desploma prácticamente en medio de un caos indescriptible, agravado por el «éxodo» de las poblaciones civiles ante el invasor. Media Francia es ocupada por los alemanes.

El gobierno francés dimite y le sucede otro, encabezado por el mariscal Pétain. Su primer acto consiste en solicitar a Alemania un armisticio, que se firma el 25 de junio. Sus cláusulas son duras: Alemania ocupa el 75 por 100 del territorio francés, Francia paga los gastos de ocupación, etc., pero conserva sus colonias y su flota de guerra, así como una parte de su territorio sin ocupar (la «zona libre»).

La derrota y el caos en que se debate el país crean las condiciones propicias para un cambio de régimen político. Los argumentos de la derecha, autoritaria y enemiga del parlamentarismo, hacen responsable a los políticos y las instituciones de la Tercera República de la situación, y encuentran eco en grandes sectores de la nación. El 10 de julio, las Cámaras reunidas conceden plenos poderes (incluido el de redactar una nueva Constitución) al mariscal Pétain, cuya inmensa popularidad, adquirida en la guerra de 1914-19 (el «vencedor de Verdún») le hace aparecer en esos momentos como un salvador de la patria, casi como un padre para los franceses.

A partir de ese momento, el gobierno de Pétain, instalado en la ciudad balnearia de Vichy, en zona no ocupada, comienza a reorganizar el «Estado francés» (ya no la República). En este gobierno participa toda una derecha tradicionalista, antiparlamentaria y partidaria del Estado corporativo, así como políticos más oportunistas, convencidos de lo inevitable de la victoria alemana, como Pierre Laval, y sectores del ejército, la alta Administración, etc., entusiasmados por verse libres del control de los partidos políticos.

El nuevo Estado se configura según los principios de la llamada «revolución nacional». Se trata, en primer lugar, de una dictadura personal en que todo el poder procede de Pétain sin control alguno. El culto a la personalidad del mariscal alcanza extremos que rozan lo grotesco. Se implanta un régimen autoritario que disuelve partidos, sindicatos y organismos electivos, y establece una fuerte censura de prensa y tribunales especiales para reprimir a sus adversarios. Comienzan las persecuciones contra los masones y los judíos, excluidos de determinados cargos públicos y profesiones.

Por otra parte, la economía es encuadrada dentro de una organización corporativa, controlada por la gran patronal, a pesar del confuso discurso anticapitalista oficial, que defiende el «retorno a la tierra» y a la artesanía tradicional. El tradicionalismo de Vichy también aparece en su política de protección a la familia y en sus relaciones con la Iglesia, que recibe facilidades para controlar la enseñanza. «Trabajo, familia, patria» es su divisa. Los ex combatientes, agrupados en una Legión de Combatientes, deben formar los cuadros del nuevo régimen, aunque no existe partido único, como en los sistemas fascistas. Más que a un fascismo típico, la Revolución Nacional se parece a las dictaduras de Franco o de Salazar, y sus raíces ideológicas están en el pensamiento de la extrema derecha francesa, en la época anterior. En un primer momento, el régimen de Pétain goza de un cierto apoyo por parte de la sociedad francesa, desorientada y sensible al paternalismo y al mito del mariscal.

Inmejorables relaciones con el invasor

Pero la cuestión clave de la política francesa es la de la relación con la Alemania invasora. Las tres cuartas partes del territorio bajo ocupación militar, la posibilidad de cortar las comunicaciones entre las dos zonas de Francia (la ocu-



Desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939 hasta mayo de 1940, los alemanes se abstienen de atacar hacia el oeste, lo que hace concebir a los franceses esperanzas de invulnerabilidad de su línea fronteriza de fortificaciones, conocida como Línea Maginot. Nada más lejos de la realidad, ya que, a partir del 10 de mayo de 1940 las divisiones alemanas ocupan Holanda, Bélgica, Luxemburgo y traspasan sin dificultad la frontera francesa, conquistando París el 14 de junio. En la fotografía, un inmenso almacén subterráneo de víveres e intendencia, encargado de surtir a los defensores de la Línea Maginot, cae intacto en manos de los invasores alemanes. La efectividad militar francesa brilló por su ausencia.

La Línea Maginot cayó tan pronto como la moral francesa.

pada y la «libre»), millón y medio de prisioneros, son, entre otros, los medios de presión de Hitler sobre Vichy, para poner al servicio de sus objetivos militares las colonias y la flota francesa. Los ministros de Pétain fluctúan entre una política de estricta aplicación de las cláusulas del armisticio (manteniendo incluso contacto con los aliados), y posturas de abierto apoyo al Reich, como la de Pierre Laval, partidario de lo que él llama la «colaboración» con Alemania, que garantice a Francia una buena posición en la futura «nueva Europa» de los nazis victoriosos.

Esta política recibe el apoyo de una minoría, los llamados «colaboracionistas». Subvencionados por las autoridades de ocupación, forman partidos según el modelo nazi que controlan la radio y la prensa de París. Desde allí denuncian las vacilaciones de Vichy, o exigen la entrada de Francia en guerra junto al Tercer Reich. En julio de 1941 llegan a formar una Legión de Voluntarios Franceses que combate en el frente ruso en las filas alemanas.

Pero el colaboracionismo no es sólo una posición política, también es un heterogéneo medio social, donde coinciden los dirigentes de los partidos fascistas franceses, muchas veces tránsfugas del movimiento obrero, como Doriot, ex comunista, con periodistas e intelectua-

A la izquierda, el mariscal Philippe Pétain desfila al frente de su gobierno por las calles de la ciudad balneario de Vichy, capital del supuesto «Estado francés libre» o, mejor sería decir, de la Francia no ocupada por los alemanes, quienes controlaban directamente las tres cuartas partes del territorio nacional galo. Abajo, el rapidísimo ataque alemán en el frente del oeste siguiendo el principio de «la guerra relámpago» desbarata todos los intentos de resistencia de los ejércitos aliados. La retirada se convierte en muchos lugares en una auténtica «desbandada». Los efectivos británicos se van concentrando en la zona costera de Dunkerque, esperando la posibilidad de ser evacuados y transportados hacia la orilla inglesa del canal de la Mancha, mientras son ligeramente hostigados en las playas por la aviación alemana.

Pétain desfila con su gobierno por las calles de Vichy.



Un destructor inglés llega a las costas de Dover.

El gobierno del mariscal Pétain se llama a sí mismo «gobierno del Estado francés», obviando una institución tan arraigada en el pueblo galo como es la república, instaurada tras la revolución francesa de 1789. Basado teóricamente en el corporativismo y autoritarismo fascista, en la práctica es un gobierno títere del ocupante alemán a quien ayuda a saquear económicamente el país. Arriba, entrevista de Pétain con Hitler en Montoire, el 24 de octubre de 1940. Abajo, dibujo del mariscal con un mapa del territorio sureño dependiente de Vichy.

les que animan la prensa y las revistas literarias de París (entre ellos algunos de los mejores escritores de la Francia de entreguerras como Céline o Drieu la Rochelle), fascinados por la potencia alemana. Las personalidades mundanas del *tout Paris* se mezclan con «colaboracionistas económicos», a veces traficantes enriquecidos en negocios turbios con el ejército de ocupación o en el mercado negro, pero también grandes industriales que contrataban con Alemania (como Renault, nacionalizada después de la guerra por esto), e incluso con verdaderos gángsters reclutados por la Gestapo para servir de policías auxiliares.

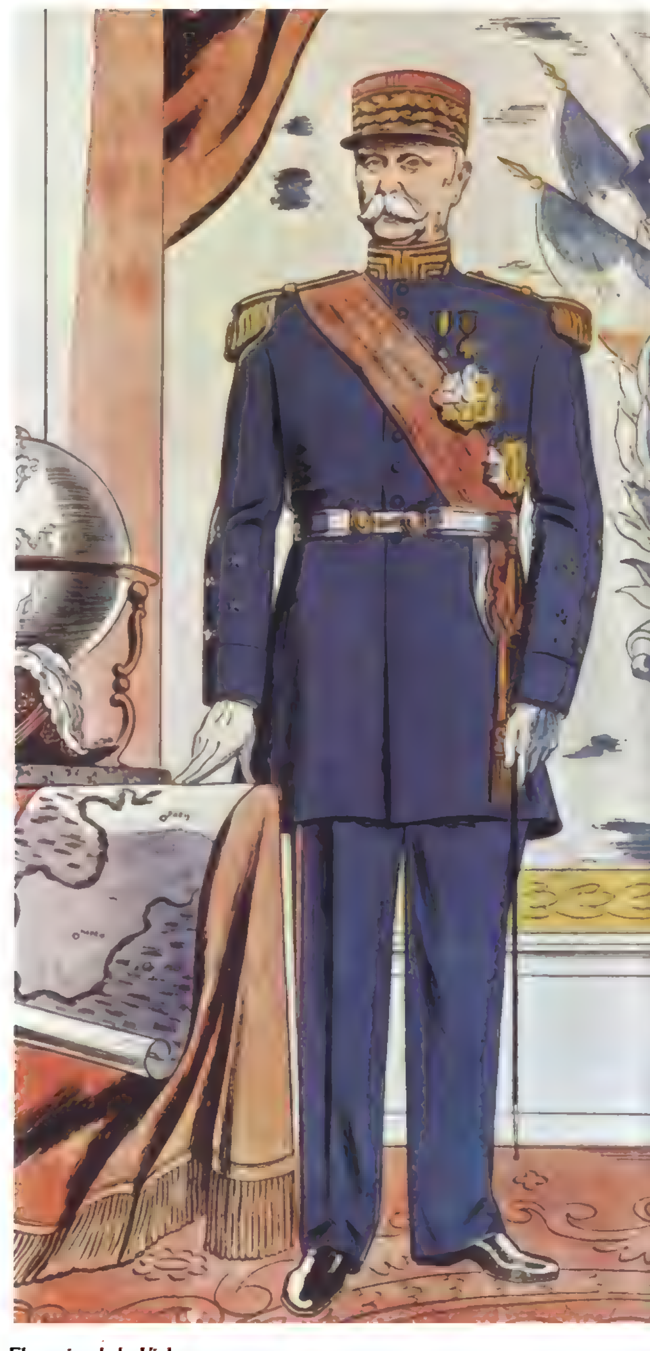


Extraño patriotismo el de este apretón de manos.

Empieza la Resistencia

Frente a todo esto, algunos grupos, en estos primeros meses de ocupación, tratan de crear un movimiento de resistencia al invasor. Se trata, por el momento, de una minoría muy pequeña que se limita a difundir en Inglaterra y algunas colonias, a través de la BBC de Londres, los llamamientos del general De Gaulle, creador de la «Francia Libre», y a intentar entrar en contacto con los servicios aliados de información para ayudar al esfuerzo británico de guerra. Por el momento, la opinión pública conserva su confianza en el mariscal Pétain. En junio de 1941, Alemania invade la URSS. El partido comunista francés se vuelca en la Resistencia. Trata de transformarla en una acción de masas, organizando protestas y huelgas contra las dificultades de la vida cotidiana y, sobre todo, lanzándose a la lucha armada. Los atentados se multiplican, y los alemanes endurecen la represión llegando a la ejecución de rehenes (a veces hasta 50 presos políticos por un solo militar alemán). El régimen de Vichy también se endurece: medidas antisemitas agravadas, nuevos tribunales especiales, persecución contra la Resistencia, etc., mientras que en Siria, sus tropas se enfrentan con las fuerzas británicas de la Francia Libre. La ficción de una Francia situada por el armisticio fuera de la guerra, en espera de poder conseguir una revancha sobre los alemanes —fuente en parte del apoyo de la población al mariscal— va disipándose.

Los hechos que se van a suceder acaban con la imagen de la Francia pacífica. En abril de 1942, los alemanes imponen que Laval, destituido por Pétain a finales de 1940, vuelva al gobierno. «Deseo la victoria de Alemania, porque sin ella el bolchevismo dominaría toda Europa», esta declaración de Laval marca su línea política de abierta colaboración con los nazis. La mano de obra francesa debe ser puesta al



El mariscal de Vichy.

La resistencia contra el ocupante alemán y los colaboracionistas franceses comenzó inmediatamente a la invasión hitleriana en un gran movimiento nacido inicialmente en bases muy diversas, casi siempre agrupadas en torno a una publicación clandestina (Combat, Liberation, Defense de la France, *etc.). El elemento aglutinador de los diferentes grupos, en los que participaron numerosos republicanos españoles en el exilio, fue la emisora de radio británica BBC. La auténtica Francia Libre del general De Gaulle, con el apoyo de socialistas y comunistas, centralizaba desde Londres la actividad de la Resistencia en una Oficina Central de Información y dirigía por radio tanto la propaganda como la acción. El representante de De Gaulle en el Consejo Nacional de la Resistencia del interior era el mítico Jean Moulin, delatado por los colaboracionistas y asesinado por los nazis. A la izquierda, el general De Gaulle se dirige a un grupo de franceses evadidos de un campo de concentración alemán que ingresan como voluntarios en las tropas de la Francia Libre. A la derecha, cartel de propaganda del gobierno de Vichy.*

servicio de las necesidades del Reich. Al fracasar el «relevo» de los prisioneros de guerra por obreros voluntarios, en septiembre de 1942 se implanta el Servicio del Trabajo Obligatorio (STO). Gracias a estas medidas, 600.000 franceses son enviados a trabajar en la industria alemana. Después de las grandes redadas en julio de 1942 (en que fueron detenidas 12.000 personas sólo en París), los judíos, obligados a llevar una estrella amarilla y despojados de sus propiedades, comienzan a ser llevados a los campos de concentración alemanes.

Mientras, la población...

En noviembre de 1942, los aliados desembarcan en el norte de Africa, posesión colonial francesa. Después de unos días de confusión, todo el Imperio francés entra de nuevo en la guerra. A pesar de las presiones que el sector más nacionalista de Vichy hace sobre el mariscal para que se ponga a la cabeza de esta lucha, el gobierno se limita a condenar a los jefes militares —algunos cercanos colaboradores de Pétain— que se han unido a los aliados. El ejército alemán ocupa todo el territorio francés. Vichy pierde la poca independencia que le quedaba: las fuerzas armadas que el armisticio le permitía mantener, la flota —hundida en Toulon—, las colonias. A partir de este momento, Francia es uno más de los estados dominados por el Reich.

En estos dos primeros años después de la derrota, a pesar de los combatientes de la Francia Libre (junto a los ingleses en el norte de Africa) o del desarrollo de la Resistencia, los franceses se habían mantenido bastante al margen de los acontecimientos narrados. Sus principales preocupaciones habían estado centradas en las dificultades de la vida cotidiana. La situación de guerra hace más complicados los abastecimientos, pero la escasez se debe sobre todo al auténtico saqueo de la economía francesa llevado a cabo por los ocupantes (en los dos primeros años el 34 por 100 de la producción industrial y el 22 por 100 de la agrícola; más adelante, bastante más). Todos los productos de primera necesidad se ven sometidos a racionamiento entre 1940 y 1941. Las raciones se hacen cada vez más escasas. En 1942, la alimentación entregada por el racionamiento no supera las 1.200 calorías diarias (más o menos la mitad de lo necesario). La mayoría de los franceses viven obsesionados por la cartilla de racionamiento, los tickets, las colas, los rumores o las noticias de que se va a repartir esto o lo otro y, sobre todo, la necesidad de conseguir ilegalmente lo que las autoridades no proporcionan. Y así el «mercado negro» alcanza unas dimensiones quizá tan amplias como las del comercio legal. Los precios, que según los productos pueden ir desde el doble a una cantidad treinta veces superior a la oficial, permiten un enriquecimiento rapidísimo a los traficantes y unos ciertos beneficios a pequeños comerciantes y campesinos de algunas regiones. El frío,



De Gaulle, el líder de la Francia Libre.



Cartel propagandístico en la Francia de Vichy.



El hambre fue una forma de presión para los ocupantes

Los alemanes utilizaron la Francia ocupada como proveedora de alimentos y de mano de obra gratuita, expoliación que llevó la miseria a millones de hogares franceses. En la foto, una maestra distribuye entre los niños de un parvulario una cesta de naranjas. La obsesión de la comida llegó a ser lo más importante para un buen número de franceses durante la ocupación.

las dificultades para la correspondencia entre las dos zonas (hasta 1942) o para recibir noticias de los parientes prisioneros, el toque de queda, la presencia de los soldados alemanes, los edificios requisados por la autoridad de ocupación, los letreros en alemán, etc., también forman parte de la vida habitual de los franceses.

Pero a partir de 1943, la opinión pública cada vez se aparta más de Vichy, considerado como un satélite de los invasores, y comienza a apoyar masivamente a la Resistencia. Este hecho se da sobre todo cuando miles de jóvenes se niegan a ir a trabajar a Alemania y forman los primeros *maquis* (guerrilla) en las zonas montañosas. Coordinada con la Francia Libre de De Gaulle (que logró imponerse como interlocutor de los aliados, gracias al apoyo de los resistentes del interior) y dirigida a partir de mayo de 1943 por un Consejo Nacional que coordina la acción de todos los movimientos, la Resistencia practica todas las formas de lucha: la guerrilla, la información, el atentado y el sabotaje de la producción de interés militar, la prensa y propaganda clandestina. Agrupa todas las tendencias políticas: desde militares nacionalistas deseosos de devolver a Francia su papel perdido hasta comunistas, pasando por socialistas, cristiano-demócratas, etc. Pero en general los resistentes son antifascistas, su lucha va tan dirigida contra Vichy como contra Alemania, y también aspira a renovar la vida política y social del país. El programa del CNR plantea grandes reformas económicas (nacionalizaciones, planificación, etc.) e institucionales.

Unos grados más de represión

Contra esta actividad, cada vez más amplia, de la Resistencia, la represión, ejercida por la Gestapo, las SS y sus auxiliares franceses, se hace más salvaje. Las detenciones masivas, la tortura, las ejecuciones de rehenes o la deportación a los campos alemanes de concentración, utilizadas de modo indiscriminado, afectan a un número creciente de franceses, y así alimentan el espíritu de la Resistencia. Absorbida por este mundo de constante riesgo y tensión, de nombres de guerra, de citas clandestinas, de documentaciones falsas, gran parte de la juventud francesa supera la humillación de la derrota de 1940 (alimentada por la retórica oficial de Vichy, que se complacía de un modo casi masoquista en insistir en las faltas anteriores a 1940 y la necesaria «expiación»).

A principios de 1944, la Resistencia forma ya un verdadero Estado clandestino, con sus fuerzas armadas (las Fuerzas Francesas del Interior, FFI), con contactos a todos los niveles de la Administración de Vichy, con su prensa, que llega a editar un millón y medio de ejemplares en 1944, sus tribunales, que pronuncian sentencias contra los colaboracionistas, e incluso su literatura, con editoriales y revistas clandestinas *(Les Lettres Françaises)*, en las que destacan los poemas de guerra de Eluard y Aragon.

Frente a esto, el régimen de Vichy se hunde. El mariscal Pétain y sus primeros colaboradores se encuentran cada vez más marginados frente a Pierre Laval y, sobre todo, frente a los colaboracionistas más pronazis, que en enero de 1944 entran en el gobierno por presiones alemanas.

El más importante de todos ellos es Joseph Darnand, que organiza la Milicia, formación paramilitar reclutada entre los colaboracionistas, y recibe autoridad entre todas las fuerzas de orden público. La Milicia se dedica a ayudar a las SS en una represión verdaderamente brutal contra los judíos, y, sobre todo, contra miembros de la Resistencia.

Los primeros meses de 1944 son dramáticos. El enfrentamiento entre los *maquis* y los alemanes, con sus auxiliares colaboracionistas, alcanza las dimensiones de una verdadera guerra civil: se libran batallas, con represalias alemanas exasperadas, en las que destruyen pueblos enteros de las zonas de guerrilleros y exterminan a su población. La situación alimenticia se agrava hasta extremos increíbles: los habitantes de París reciben una media de 200 gramos de materias grasas y 300 gramos de carne *al mes*. La ración diaria proporciona unas 850 calorías. Falta energía eléctrica, lo que paraliza la industria. Los bombardeos aliados, que tocan los puertos, las zonas industriales, además de causar víctimas (60.000 durante toda la guerra), desorganizan las comunicaciones y empeoran gravemente la situación. El hundimiento paulatino del régimen de Vichy y las injerencias alemanas están a punto de causar un verdadero colapso administrativo.

Y sin embargo, se daría una imágen inexacta de los años de ocupación en Francia si no se mencionara la excepcional calidad de la producción cultural del momento, por sorprendente que parezca esto. No sólo las obras comprometidas de los autores resistentes, sino también otras menos directamente relacionadas con los acontecimientos. Son los años de *El extranjero* de Albert Camus, de *Las moscas* y *A puerta cerrada* de Sartre, y de su réflexión filosófica en *El Ser y la Nada,* del teatro de Montherlant, y de las primeras películas de Bresson o de Marcel Carné. Las corrientes intelectuales que predominan en la Francia de posguerra, como el existencialismo, se preparan en ese momento.

El régimen de Vichy termina su existencia en los meses que siguen al desembarco en Normandía. Las FFI, en coordinación con el mando aliado, desencadenan una oleada de acciones de guerrilla y de sabotajes que perjudican muy seriamente el esfuerzo militar alemán. Antes incluso de que el avance aliado, después del desembarco en Provenza, obligue a los nazis a replegarse, abandonando todo el sur y el centro de Francia, la Resistencia libera, sola, algunos territorios. Formaciones populares, entre las que son muy numerosos los republicanos españoles exiliados, toman el poder a niveles locales. Se desencadena una verdadera insurrección popular, que culmina en París el 19 de agosto. Al aproximarse los ejércitos aliados, la población de la ciudad se subleva y combate durante varios días contra las tropas enemigas, hasta la llegada de la división francesa libre, que manda el general Leclerc. El 26 de agosto, el general De Gaulle instala en París el gobierno provisional de la República Francesa, constituido en Argel. El avance aliado continúa. Para el 15 de septiembre de 1944, la mayor parte de Francia había sido ya liberada, y se cerraba y olvidaba la etapa abierta con la derrota de 1940.

J. R. C.

Pétain juzgado por Francia tras la victoria sobre Alemania.



Visita de Franco a Montpellier para entrevistarse con Pétain.

Arriba, el mariscal Pétain es juzgado por un tribunal francés en el verano de 1945, tras la derrota alemana y la vuelta voluntaria de su exilio suizo en abril del mismo año. Condenado a muerte, le fue conmutada la pena y falleció en su confinamiento en la isla de Yeu en 1951. Durante el juicio se negó a decir nada en su defensa. Abajo, entrevista Franco-Pétain, en la ciudad sureña francesa de Montpellier, en febrero de 1941. Mientras Pétain hace el saludo militar, Franco levanta el brazo «a la romana», al estilo fascista.

LA ENTREVISTA DE HENDAYA

FALSEANDO su sonrisa, Hitler murmuró hacia Von Ribbentrop: «Mit diesen kerlen kann man nichtsmachen» («Con estos tipos no hay nada que hacer»). El barón de las Torres, el primer introductor de embajadores e intérprete de Franco, captó la frase, optando lógicamente por ignorarla. Estaban ya descendiendo del lujoso vagón de sesiones del tren especial de Hitler, Erika, *en el que tres horas antes se había iniciado el* tête-a-tête *pedido —casi ordenado— por el* Führer *del Tercer Reich. Hitler, su ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop y un intérprete no excesivamente hábil, apellidado Gross, por parte alemana. Franco, su concuñado y ministro Ramón Serrano Súñer —el* Cuñadísimo, *según el chiste en boga— y el barón de las Torres, por parte española. La entrevista debía haber empezado a las dos y media de la tarde de aquel 23 de octubre de 1940; pero había comenzado realmente una hora después, por retraso del convoy del Caudillo. Este retraso, callado entonces por la prensa, más el hecho de que aquella reunión fuera vacua en cuanto a pactos y tratados, sirvieron posteriormente para que los hagiógrafos franquistas levantaran una leyenda acerca de cómo Franco logró resistir ante las demandas del amo de Europa. La verdad es que hubo leyenda, y el propio Franco lo reconoció treinta años más tarde. Pero no menos verdad fue que España no se adhirió al Eje, ni entró como combatiente en la Segunda Guerra Mundial.*

José M.ª del Val, novelista y catedrático de universidad, es el autor de este artículo.



Hitler descendió hasta Hendaya para conseguir sus propósitos y volvió con las manos vacías.

Los hechos

Ante el Tercer Reich había claudicado ya toda Centroeuropa —salvo Suiza— más Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda y la Francia de la inoperante Línea Maginot. La mayor victoria de los aliados había sido una retirada —la de Dunkerque—, e Inglaterra sufría los bombardeos abrumadores de la *Luftwaffe*. Ese era el escenario del otoño de 1940, en el que Wendell Willkie contendía con el presidente F. D. Roosevelt por el despacho oval de la Casa Blanca, y Hitler alentaba en silencio dos grandes operaciones: la *León Marino*, desembarcar la *Wehrmacht* en Gran Bretaña, y la *Barbarroja*, atacar a la URSS, con la cual le unía en estos momentos el ominoso pacto firmado cuarenta horas antes de que ambos comenzaran a devorar Polonia en el día que se considera como inicio de la catástrofe: primero de septiembre de 1939.

1940



A la izquierda, Franco y Hitler se dan efusivamente la mano poco antes de iniciar en Hendaya su histórica entrevista, la tarde del 23 de octubre de 1940. Abajo, vista panorámica del puente internacional de Hendaya, sobre la frontera hispano-francesa que marca el río Bidasoa. Debido al diferente ancho de vía ferroviaria española con respecto a Europa, por medio de un acuerdo internacional, los trenes hispanos podían llegar con su anchura de vía hasta la estación de Hendaya, ya en territorio francés. Allí era obligado el transbordo.

Hitler acariciaba asimismo otra operación, de menor envergadura, para el caso de que la *León Marino* requiriera una demora. Se trataba de *Félix:* conquistar el peñón de Gibraltar con la colaboración de las tropas españolas, a las que incluso reservaba un papel protagonista.

A través de los múltiples caminos de presión que su poder le permitía, el *Führer* decidió aquel mes de septiembre del 40 culminar la reordenación política de todo su ámbito de influencia. El suceso supremo sería la firma del tratado tripartito Italia-Alemania-Japón, que ya se conocía como Eje, y cuya ceremonia fundamental tuvo lugar el 27 de dicho mes. A aquella ceremonia berlinesa asistió, como invitado excepcional, el entonces ministro español de la Gobernación, Ramón Serrano Súñer, que había llegado a la capital del Reich doce días antes, y no precisamente en viaje de placer. Su estancia en Berlín se debía a las conminatorias invitaciones que el *Führer* había hecho a Franco para discutir el tema de la entrada de Espa-

Franco, «Caudillo de España y Generalísimo de los Ejércitos», ataviado con gorra cuartelera, botas de caña y un fajín de general terminado en una gran borla, saluda a la bandera del Tercer Reich y pasa revista, en presencia de Hitler, a las tropas germanas que le rindieron honores. Hitler observa al mandatario español, a quien nada podrá sacar durante la entrevista de Hendaya.

ña en la guerra. Durante aquella compleja estancia, el ministro había tenido que departir varias veces con el despótico Von Ribbentrop —personalmente se odiaban, lo cual dice mucho en favor del ministro español— e incluso con Hitler. Paralelamente había cruzado correspondencia urgentísima con Franco, que a su vez escribió a Hitler, exponiéndole las razones y apreciaciones por las cuales España no podía entrar de inmediato en la guerra, a lo que añadía una extensa lista de peticiones económicas y de armamento, sin olvidar un pliego de reivindicaciones territoriales, fundamentalmente a costa de Francia (no sólo en Africa, sino allende los Pirineos).

Serrano Súñer logró volver a España sin haber dejado resuelto ni un solo punto acerca de las relaciones entre los dos países, lo que le valdría —de parte de Von Ribbentrop— el calificativo de «jesuítico». Pero con la situación geopolítica de entonces, tal éxito diplomático no pasaba de temporal victoria pírrica. Hitler entendió que la clave de España estaba en el Caudillo, y decidió emplazarlo a una reunión cara a cara durante el viaje que pensaba hacer por Francia, y en el que viviría el día más feliz de su existencia, según él, al patear París y ver cruces gamadas en la tumba de Napoleón.

Franco saluda a la bandera del Tercer Reich.

Hitler fijó la entrevista en la estación de Hendaya, el confín de su imperio, el miércoles 23 de octubre de ese año. El día anterior se reunía con el primer ministro de Vichy, Laval, y el día siguiente con éste y el jefe del Estado, Pétain. De esta entrevista Hitler quería salir con un acuerdo de sumisión española en su bolsillo, similar al que por esas fechas conseguiría de Rumania, Eslovaquia y Bulgaria.

Un hecho imprescindible de subrayar es la sustitución, cinco días antes del 23, del ministro de Asuntos Exteriores, decretado por Franco según su ceremonia favorita del motorista y del sobre. Hasta entonces el cargo lo había ocupado el coronel Beigbeder; le sustituyó Serrano Súñer, que prácticamente ya había actuado como tal en su septiembre berlinés. Este relevo hay que entenderlo a través de las imágenes públicas que tenían esos dos próceres del régimen. Serrano Súñer procedía de la CEDA y de la Falange, poseía una sólida formación de jurista y se le consideraba encendido partidario del fascismo y del nacionalsocialismo. Beigbeder era coronel de Estado Mayor, y a finales del 39, siendo Alto Comisario de Marruecos, se había comportado como destacado germanófilo. Sin embargo, tras su traslado a Madrid al ser nombrado ministro, entró en frecuentes contactos con miembros de la embajada británica, y en pocos meses volcó sus actitudes hacia el bando aliado, hasta extremos incalificables. En todo ello tuvo probablemente mucho que ver un asunto de faldas inglesas, e incluso dinero, según los comentarios que el embajador alemán Von Stohrer dedicaba al citado ministro.

Este relevo en Asuntos Exteriores se entendió sin ambages como una muestra de amistad de Franco hacia los nazis, y muchos pronosticaron la adhesión de España al Eje. La realidad era bastante más compleja. La presencia de Beigbeder en la reunión de Hendaya hubiera sido tal bofetada para Hitler, que éste le habría echado a Franco encima todas las *panzerdivisionen*, la *Luftwaffe* y la *Kriegsmarine*. Y tenía poco sentido saltarse el protocolo histórico, acudiendo a una reunión internacional con otro ministro que no fuera el de Exteriores. A lo que hay que añadir que Franco y su cuñado habían ido perfilando a dúo la estrategia a seguir ante las pretensiones hitlerianas.

Junto a los hechos públicos, ese otoño fue pródigo en actividades rayanas en el espionaje, y a veces más allá de él. Es imposible aquilatar

las consecuencias y efectos de estas acciones, y cómo influyeron en la actitud de Franco hacia Hitler. Pero, imprescindiblemente, hay que anotar que el almirante Canaris, jefe de la *Abwehr* (Servicio de Información de la *Wehrmacht)* estuvo en España varias veces antes de la reunión de Hendaya, e incluso le recibió Franco. Conviene añadir que Canaris sería ejecutado por orden de Hitler tras el atentado que éste sufriera en 1944, y que Canaris era un marino puro, sin vinculaciones nazis. De hecho, durante aquellas gestiones suyas en España se comportó más como agente de Franco —informándole fehacientemente— que del propio Hitler.

Más extraña y oscura que la visita de Canaris fue la que hizo a España Heinrich Himmler, dueño y señor de la Gestapo y las SS, y enemigo personal de Canaris, del que jamás se fiaron ni él, ni sus lugartenientes Heydrich y Schellenberg. Himmler puso mucho empeño en que la prensa divulgara sus donativos para las víctimas de las inundaciones y su admiración por la corrida que vio en Las Ventas. Por entonces no habían trascendido al público sus artes malignas ni había iniciado la «solución final del problema judío». Pero resulta obvio que su visita contribuyó —y quién sabe de cuántas maneras— a aumentar el clima de presión que se cernía sobre Franco en vísperas de su viaje a Hendaya.

Tampoco dejaron los británicos de urdir enredos. Al caso Beigbeder hay que añadir las presiones comerciales, en gran parte secundadas por Estados Unidos, y la amenaza medio secreta de la operación *Peregrino*, que tenía por objetivo la toma del archipiélago canario.

En toda la crisis de Hendaya es necesario recordar que Gibraltar fue el telón de fondo. Los alemanes ofrecían a España la ocasión de recuperarlo. Los británicos, la promesa de una cuasi-devolución, acabada la guerra, si España permanecía neutral, más la citada amenaza sobre Canarias.

En esta fotografía tomada el 6 de octubre de 1940, en la madrileña plaza de toros de Las Ventas aparece, en el centro, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Franco, Ramón Serrano Súñer, el Cuñadísimo, acompañado de su esposa (hermana de Carmen Polo de Franco) y de un grupo de oficiales alemanes. Puestos en pie corresponden a los saludos del público asistente a la corrida. Muchos españoles germanófilos creían en «el nuevo orden europeo» que impondría el Tercer Reich.



Toda la política de los enviados alemanes se dirigía a conseguir el apoyo de España.



La División Azul, el precio que por fin se pagó.

En la fotografía, aspecto de la Estación del Norte de Madrid de donde partieron varios trenes de voluntarios españoles de la División Azul para luchar, codo con codo, como aliados de los alemanes en el frente ruso. De la euforia inicial pronto se pasaría al dolor de la guerra, a más de 4.000 kilómetros de la patria, soportando bajísimas temperaturas en las heladas estepas soviéticas y tropezando con la resistencia encarnizada del pueblo ruso. Dos días después de la invasión hitleriana de la URSS (22 de junio de 1941) el ministro Serrano Súñer iniciaría la campaña de reclutamiento de 20.000 voluntarios (luego irían solamente 18.000) con un célebre discurso en el que entre «mueras» al comunismo se decía: «¡Rusia es culpable! Culpable de nuestra guerra civil. Culpable de la muerte de José Antonio... El exterminio de Rusia es exigencia de la historia y del porvenir de Europa...»

Los protocolos de Hendaya

Aquel día 23 de octubre de 1940 fue auténticamente inacabable para los mandatarios españoles. A las tres y media comenzó la reunión, con un retraso de una hora según la versión más aceptada —por culpa de un error de transmisión al concertar la entrevista— y de unos diez minutos según la prensa del día siguiente, que no alardeó precisamente de este asunto. A las seis y media, Franco y sus dos colaboradores abandonaban el *Erika*, pero sólo momentáneamente: volverían para cenar. Antes de la cena, Serrano Súñer y Von Ribbentrop se reunirían de nuevo para discutir por enésima vez el tratado redactado por los alemanes. Lo que éstos querían era nítido: adhesión de España al Eje o, como poco, acuerdo bilateral para tomar el Peñón (sin olvidar Portugal, aliada secular de Inglaterra). Lo que Franco y su gobierno deseaban era justo lo contrario; no entrar en la guerra, al menos por entonces. El subterfugio empleado por los españoles fue una letanía de peticiones irrealizables: demandaba trigo y petróleo (¡a Alemania!), cañones de medio y gran calibre, aviones, y munición en general. Y además planteaba las reivindicaciones territoriales sobre el Marruecos francés, el Oranesado, el Rosellón y la Cerdaña.

Acabada la cena aún no se vislumbraba ninguna posibilidad de acuerdo, pero Hitler exigió a Franco una contrapropuesta española para la mañana del día 24. Ribbentrop no aguantó tanto. A primeras horas de la madrugada envió al embajador español ante el Reich a por dicho documento. Que tampoco sirvió de mucho. El día 24, Hitler encarrilaba su tren hacia Montoire para entrevistarse con Pétain, sin haber conseguido que Franco estampara su firma en ningún protocolo.

La leyenda

Acabada la guerra comenzó a perfilarse el mito de Franco aguantando las exigencias de Hitler, especialmente en Hendaya. Para los franquistas, la suprema visión de Franco no sólo había evitado a España los horrores de otra guerra más, sino una guerra acabada en derrota. A esta leyenda contribuyeron también sus oponentes políticos. Los exiliados antifranquistas deploraban su mala fortuna de que Franco no se hubiera unido al Eje. De haberlo hecho, su régimen habría desaparecido en la historia con la rapidez del de Hitler o del de Mussolini.

Se magnificó, por parte franquista, el retraso ferroviario, como si hubiera formado parte de un plan de guerra de nervios ante la reunión. Lo cual podía ser apoyado por los testimonios escritos de diversas personas. El profesor Schmidt, del séquito de Hitler en Hendaya, publicó en *Europa entre bastidores* la destemplanza y la desilusión del *Führer* ante la negativa pertinaz de Franco. Con mayor dramatismo aún, el conde Ciano, yerno del *Duce* y ministro italiano de Exteriores, anotó en su famoso *Diario* que, la semana siguiente a la reunión de Hendaya, Hitler le había comentado que «antes de repetir de nuevo sus conversaciones con Franco, perferiría que le sacaran tres o cuatro muelas».

¿Franco con Hitler o Franco contra Hitler?

Independientemente de las conjeturas que puedan elucubrarse sobre la no beligerancia de España en la Segunda Guerra Mundial, es este hecho, la no intervención, lo más destacable de la entrevista de Hendaya, sus prolegómenos y sus secuelas, incluyendo otro viaje de Serrano Súñer a Alemania para tratar el tema con Hitler en su *Berghof.* Algunos autores destacan la actuación de la División Azul como beligerancia, lo cual podría aceptarse en el plano simbólico, pero no a nivel oficial estatal. Por otra parte, aunque a esta división le tocara vivir uno de los peores frentes de la guerra y tuviera un comportamiento heroico, su significación bélica es la



La Legión Condor, uno de los favores a devolver.

Arriba, una escuadrilla de aviones de la Legión Cóndor surca en perfecta formación el cielo madrileño durante el desfile conmemorativo de la victoria franquista sobre los republicanos al finalizar la Guerra Civil española. Constituida en octubre de 1936 al mando del general Hugo von Sperrle («el general de aspecto más brutal de mi ejército», según parece dijo de él el propio Hitler), la Legión Cóndor llegó a contar con 5.000 soldados de élite, 100 aviones (tres escuadrillas de bombarderos, tres de cazas y una de hidroaviones) y cuatro compañías acorazadas equipadas con 4 tanques cada una y moderno material antiaéreo y antitanque. Su perfecta organización fue un elemento importante en la victoria de Franco, ya que le dio a éste el control y la supremacía aérea en casi todos los frentes. Ahora, con la División Azul, Franco devolvía el favor a Hitler y continuaba «la santa Cruzada contra el comunismo». Abajo, postal con tres sellos con efigies de Hitler, Franco y Mussolini, los supuestos amos de la «Nueva Europa».



Los supuestos amos de la nueva Europa.

de un grano de arena al compararla con las 200 divisiones alemanas que actuaron en el frente del este, y con las más de veinte divisiones de voluntarios finlandeses, rumanos, húngaros y búlgaros que lucharon contra la Unión Soviética. De hecho, Churchill en *La gran alianza*, no individualiza a la División Azul al analizar los sucesos del 41 y el 42 en esta zona. Se ha escrito mucho acerca de las causas que movieron a Franco a la no beligerancia, pero ni él mismo ni su concuñado quisieron o supieron explicarlas del todo, ni entonces ni después. Un primer motivo era el temor a las represalias británicas, cuya armada era notablemente superior a la alemana. No obstante, los consejeros marinos de Franco no anduvieron en esto del todo esclarecidos, porque en sus análisis no apreciaron que la guerra naval pura estaba periclitando, como quedó demostrado en Pearl Harbour, en el hundimiento del *Prince of Wales* y desde la batalla de Midway hasta nuestros días: se imponía la guerra aeronaval.

Otras causas, psicológicas y soterradas, pudieron ser el miedo a implantar en casa el omnipotente poder nazi y el deseo de Franco de ser el mandamás incontestable en una España que quería regenerar a su modo.

Como contraste, la causa notoria más evidente era el paupérrimo estado de la nación, cuya deuda de la Guerra Civil era mayor que la generada por la pérdida de Cuba. El entonces ministro de Hacienda, Larraz, elevó a Franco en aquel otoño un informe sobre la economía española que los propagandistas del Movimiento no difundieron por la negrura de sus cifras. España iniciaba en aquellos momentos una débil reactivación económica que el esfuerzo de otra guerra hubiera truncado de raíz.

Por último no hay que olvidar que en esa época estaba aún vigente el pacto germano-soviético. A Franco, ese tratado entre Hitler y Stalin tenía que parecerle demoníaco, y decía bien poco de la calidad moral de los nazis en cuanto aliados. Curiosamente, en el momento en que el pacto se rompió con el ataque de Alemania a la URSS en el verano del año siguiente, Hitler dejó de apremiar la colaboración de España, que pasó a ser un objetivo secundario. Por último, la entrada de Estados Unidos en la guerra y el desembarco aliado en Argel en noviembre de 1942, equilibraron definitivamente la balanza española hacia la neutralidad. Y la reunión de Hendaya comenzó a entrar en la leyenda.

J. M. del V.

EL ASESINATO DE TROTSKI

EL 20 de agosto de 1940 es asesinado en la capital de México, donde vivía la última etapa de su atormentado exilio, León Davidovich Bronstein, más conocido en la historia del siglo XX por el sobrenombre de Trotski*, adoptado en 1902 para burlar a la policía política del zar.*

La decisión de asesinar a Trotski, explica Fernando Claudín, fue adoptada por Stalin. El plan para ejecutar el crimen estuvo a cargo de Leonid Eitingen, general del NKVD (la temible policía política del partido comunista soviético, antes llamada Cheka, luego GPU y actualmente KGB), y la ejecución material correspondió a Ramón Mercader, comunista español reclutado por los servicios secretos soviéticos.



1940



De un país a otro, revolucionario del principio al fin, para vivir y para morir.

Procedente de una familia de pequeños propietarios agrícolas, Trotski fue desde su juventud un agitador político, primero en las filas del populismo ruso y más tarde dentro del partido bolchevique de Lenin, artífice de la revolución soviética de 1917. Dos cosas fascinaban a Trotski dentro del socialismo: el internacionalismo proletario y la autoorganización de los trabajadores, algo que le llevaría al enfrentamiento directo con el práctico y dominador Stalin. En la foto, Trotski aparece leyendo un libro en su residencia mexicana de Coyoacán.

A su llegada a México, en enero de 1937, Trotski es escoltado por policías de paisano y de uniforme, a la vez que es recibido por algunos amigos y simpatizantes, entre ellos la mujer del pintor Diego Rivera, que aparece cogida del brazo de la esposa de Trotski, Natalia, en el centro de la fotografía superior, a la izquierda. Abajo, el matrimonio Trotski, fotografiado en su casa de México junto al pintor Diego Rivera. México, que contaba desde su abortada revolución de 1910-11 con una de las Constituciones más progresistas del mundo, con varios años de adelanto sobre la soviética, fue tierra de asilo para numerosos exiliados políticos —incluidos muchísimos republicanos españoles— durante la presidencia de Lázaro Cárdenas. Trotski pudo encontrar allí un refugio en su peregrinar por el mundo, tras la expulsión en 1929 del país soviético al que había contribuido a crear.



Escoltado y rodeado de amigos, Trotski llega a México.

Una dictadura de color rojo

El asesinato del célebre dirigente de la insurrección de octubre y organizador del Ejército Rojo, se inscribe en el contexto del terror desencadenado por Stalin en la segunda mitad de los años treinta para aplastar las resistencias sociales y políticas que se cruzaban en el camino de su poder autocrático. El proceso político que desemboca en ese terror y en el asesinato de Trotski puede resumirse esquemáticamente en los siguientes términos:

Muy pronto, después de la Revolución de Octubre de 1917, la «dictadura del proletariado», oficialmente instaurada en el inmenso espacio euroasiático del antiguo imperio zarista, revela claramente su verdadero contenido: dictadura del partido comunista. Todos los otros partidos políticos, incluidos los de izquierda —socialrevolucionarios, socialistas-mencheviques, anarquistas— son declarados ilegales y perseguidos hasta el aniquilamiento. Pero durante los años veinte existe todavía cierto margen para la discusión interna, cada vez más restringido, dentro del único partido legal, el partido comunista. El férreo control que este partido ejerce sobre las clases y capas sociales —obreros, campesinos, intelectuales— deja aún algunos resquicios a la expresión autóno-



El matrimonio Trotski en el jardín de su casa mexicana.



Fragmento de un mural de Diego Rivera.

1940

El asesinato de Trotski

El trotskismo es, según las enciclopedias, una doctrina política englobada dentro del comunismo que pone su énfasis en la necesidad de una «revolución permanente a nivel mundial», en «el internacionalismo proletario» y en «la autoorganización y democracia directa de las organizaciones obreras». Frente a la idea sustentada por Stalin de robustecer el socialismo construyéndolo primero firmemente «en un solo país» (la URSS) de donde sería luego «exportado» por medio de la Internacional Comunista y sus partidos satélites, Trotski defendía la autonomía de cada organización y la necesidad de plantear la estrategia revolucionaria a nivel mundial. Entre sus múltiples obras destacan: Las lecciones de Octubre *(crítica a la burocracia estalinista, publicada en 1924);* La Revolución permanente *(1930);* Mi vida *(1930);* Historia de la Revolución rusa *(1932), y* La Revolución traicionada *(1937). En la ilustración, fragmento de un mural del pintor mexicano Diego Rivera, gran artista de ideología comunista, al igual que sus compañeros de generación Orozco y Siqueiros.*

ma de las mismas. Las contradicciones y conflictos existentes en la sociedad se reflejan, aunque de manera atenuada e indirecta, en el seno del propio partido comunista y de sus «correas de transmisión» sindicales, culturales, etc. Destacados dirigentes de la revolución y del partido —Trotski, Zinoviev, Kamenev, Radek, Bujarin y otros muchos— se oponen en uno u otro momento a la política y al creciente poder del secretario general, Stalin, pero éste controla el aparato del partido y cuenta con mayoría en los órganos dirigentes.

A partir de 1929, frente a las crecientes dificultades económicas y sociales, Stalin opta por una *fuite en avant:* colectivización obligatoria e inmediata, industrialización acelerada a ritmos desorbitados, lo que implicaba grandes sacrificios para toda la sociedad. Esta política sólo podía aplicarse recurriendo a una represión implacable para vencer la resistencia de millones de campesinos —que constituían la gran mayoría de la población soviética—, de importantes sectores de la clase obrera y de la *intelligentsia,* e incluso de núcleos significativos del propio partido comunista que disentían de la política aventurera impulsada por Stalin. Millones de trabajadores e intelectuales fueron exterminados o recluidos en los campos de concentración, condenados a una muerte lenta. Y al mismo tiempo, Stalin desencadenó la represión contra los dirigentes y cuadros comunistas que se le oponían. Trotski fue expulsado del partido en noviembre de 1927 y deportado a Siberia en enero de 1928. Un año después, Stalin decide expulsarlo de la URSS.

En diciembre de 1934 es asesinado Kirov, en el que otros dirigentes del partido veían un posible sustituto de Stalin. En 1961 Jruschov revelará que el crimen fue obra, muy probablemente, del propio Stalin. En todo caso, el nuevo autócrata utilizó el asesinato de Kirov —endosándoselo a la oposición— para pasar al exterminio físico de los dirigentes y cuadros del partido, jefes del Ejército Rojo e intelectuales que resistían —o simplemente eran sospechosos de resistir— a su poder absoluto. Al exterminio físico le acompañaba la previa destrucción política y moral de las víctimas. Para conseguir este objetivo Stalin montó los famosos «procesos de Moscú», farsa inquisitorial en la que los más destacados dirigentes de la revolución eran enviados al patíbulo después de cubrirse de ludibrio al confesarse autores de inverosímiles «crímenes» y de reconocer, incluso, que eran simples agentes del «espionaje imperialista». Una singular combinación del uso de la tortura con la manipulación del «espíritu de partido» de las víctimas —el partido «siempre tiene razón» y el militante le debe no sólo la vida sino hasta el «honor revolucionario»—

Arriba, la viuda de Trotski hace declaraciones a la prensa sobre las circunstancias del asesinato de su esposo. Abajo, el líder comunista en su lecho de muerte, gravemente herido en la cabeza por los golpes de piolet del agente estalinista español, Ramón Mercader, falsamente documentado como Jacques Mornard, y a quien la policía no logró sacar nada en concreto. Un agente perfecto.

hizo posible que los héroes de la lucha contra el zarismo, de la insurrección de octubre y de la guerra civil, desempeñaran ante su pueblo y ante el mundo entero el miserable y trágico papel que Stalin les había asignado en la gran farsa de aquellos procesos, repetida una década después en las «democracias populares» del Este europeo. El libro de Arthur London, *La Confesión*, y la película del mismo nombre muestran el diabólico mecanismo interno, descrito por uno de los actores-víctimas, de este moderno espectáculo inquisitorial.



La viuda hace declaraciones a la prensa.



Herido de muerte. Stalin lo había logrado

Ser la presa en una cacería

Desde el momento en que Stalin emprende esa operación de exterminio de sus propios compañeros de partido, Trotski podía considerarse condenado a muerte. No sólo era el más famoso de ellos sino que disponía, por encontrarse fuera de la URSS, de mayor libertad de acción para organizar la lucha contra Stalin. Y a esta tarea, en efecto, se había consagrado Trotski, tanto en el terreno teórico —con sus escritos críticos del sistema soviético estaliniano, de la política de la Internacional Comunista y de diversos partidos comunistas inspirada por Stalin— como en el terreno práctico, al tratar de organizar la oposición en el interior de la URSS y crear una nueva Internacional. Aunque de momento estos intentos tenían escasos resultados, Stalin temía que la nueva guerra mundial, en ciernes, creara una situación favorable para el derrocamiento de su autocracia, análogamente a como la primera había hecho posible el derrocamiento de la anterior autocracia zarista.

Los agentes del NKVD comienzan a seguir los pasos del exiliado acechando la ocasión propicia. En 1936 falla un primer intento en Oslo. Ese mismo año es detenido el hijo menor de Trotski, que había quedado en la URSS, desapareciendo sin dejar rastro. Años después aparecieron indicios de que había sido asesinado en 1938 en el campo de concentración de Vorkuta, en el extremo noroeste siberiano. El hijo mayor muere en circunstancias misteriosas en un hospital de París, también en 1938, al parecer envenenado. Son asesinados dos antiguos secretarios de Trotski. El cerco se estrecha en torno a él, su familia y sus colaboradores.

En enero de 1937 Trotski llega a México, donde residirá hasta su trágico fin. Aconsejado por sus amigos, aunque él se resiste, la casa donde vive —situada en Coyoacán, dentro de México D. F.— es convertida en una especie de pequeña fortaleza, con una guardia interior permanente formada por militantes trotskistas de confianza. El primer intento de acabar con Trotski después de su instalación en Coyoacán se produce el 24 de mayo de 1940. Desde su llegada a México el partido comunista local había desencadenado una virulenta campaña de calumnias, acusando a Trotski de atacar a la «patria del socialismo» y a Stalin, pero no contento con esto lanzó la especie de que Trotski conspiraba contra el propio Lázaro Cárdenas, que como presidente de México le había dado asilo, y preparaba un golpe fascista contra el gobierno mexicano. Ni siquiera esta campaña pareció suficiente a Moscú, que criticó a los

dirigentes comunistas mexicanos por mostrarse «conciliadores» con el trotskismo. El famoso pintor David Alfaro Siqueiros era miembro del partido comunista, pero tenía conflictos con la dirección del mismo, lo cual fue utilizado por el NKVD para inducirle a montar por su cuenta una operación contra Trotski. Según el biógrafo de Trotski, Isaac Deutscher, David Alfaro Siqueiros estaba relacionado con el NKVD desde la Guerra Civil española, en la que el pintor había participado al frente de una brigada. Aprovechando el ambiente creado por la campaña del partido comunista —el primero de mayo de 1940 desfiló por las calles de México una manifestación al grito de «¡Fuera Trotski!»—, Siqueiros organizó un comando de comunistas para asaltar la casa-fortaleza de Trotski. En la fecha más arriba indicada y con la complicidad de uno de los guardianes, el comando logró penetrar en el recinto, reducir a los otros guardianes y ametrallar el dormitorio de Trotski y su mujer, Natalia, que escaparon milagrosamente con vida.

El hombre elegido para matar

Apenas unos días más tarde de este asalto fallido, el futuro asesino tuvo su primer encuentro con el hombre al que le habían ordenado suprimir. Los hilos que habían de llevarle a la intimidad de la víctima comenzaron a tejerse en 1938, pero es de suponer que la misión concreta de asesinar a Trotski le sería encomendada por el NKVD después de fracasar la operación Siqueiros. Ramón Mercader había nacido en Barcelona y tenía 22 años al iniciarse la Guerra Civil. Sirviéndose tal vez de su madre, Caridad Mercader, que era ya agente del NKVD, el hijo fue reclutado por los servicios secretos soviéticos en 1937, siendo comisario político en la 27.ª división, en el frente de Aragón. En la primavera de 1938, el NKVD lo envía a París con la identidad falsa de Jacques Mornard Vandendreschd, nacido en Teherán, hijo de un diplomático belga. La misión de Mercader-Mornard es seducir a Sylvia Ageloff, joven trotskista norteamericana, cuya hermana trabajaba en ocasiones como secretaria de Trotski. El NKVD se las arregla, a través de una agente suya amiga de Sylvia, para que la organización trotskista de Nueva York la envíe a París para participar en una reunión preparatoria de la fundación de la IV Internacional. Allí se produce su encuentro «casual» con Jacques Mornard, que consigue rápidamente su propósito. Posteriormente, Mercader, con una nueva identidad falsa, fabricada a base de la documentación de un miembro de las Brigadas Internacionales muerto en España, se reúne en Estados Unidos con Sylvia. En octubre de 1939 marcha a México, y desde allí escribe a su amiga pidiéndola que se reúna con él. El amor cegaba a la joven trotskista, que aun no viendo clara la vida de su novio —viajes y recursos económicos justificados con confusos negocios— nunca sospechó el terrible juego en el que ella y su amor servían de introductores a la muerte. Desde el primer día de sus relaciones con Sylvia, Mercader se presenta, naturalmente,

A la izquierda, la militante trotskista norteamericana Sylvia Ageloff, de quien se hizo amante el asesino para pocer acercarse físicamente a su víctima, en el momento de llegar a Estados Unidos, tras ser expulsada de México por las autoridades de este país.



En un principio, Sylvia Ageloff fue acusada como cómplice del crimen.



Mornard llega a la casa de Trotski para la reconstrucción del asesinato



Una declaración en presencia de su amante.



Confesar un crimen

El agente estalinista Mornard-Mercader llega acompañado por la policía mexicana a la casa de Trotski para la reconstrucción judicial del asesinato del líder bolchevique. A la derecha, arriba, declara en presencia de su amante, Sylvia Ageloff. Abajo, el asesino con la cabeza vendada. En la página opuesta, tres vistas de la residencia mexicana de Trotski, en la que los comunistas heterodoxos de ese país han levantado un monumento a su memoria con el símbolo de la hoz y el martillo.

pero sin exagerar, como simpatizante trotskista y hace ver que sus «convicciones» van afirmándose, al mismo tiempo que muestra aficiones periodísticas. Se valdrá precisamente de un artículo escrito por él sobre problemas internos del trotskismo, para conseguir que su víctima le reciba a solas y poder así consumar el crimen.

A través de Sylvia, en efecto, «Jackson» —es la nueva identidad falsa de Mercader— consigue ser admitido en algunas ocasiones en la casa de Coyoacán, y finalmente logra que Trotski le reciba en su despacho, el fatídico 20 de agosto de 1940, con motivo del citado artículo. Bajo su impermeable ocultaba una pistola, un cuchillo y un piolet de alpinista. A Trotski no le simpatizaba el personaje, pero se consideró obligado a leer el trabajo del joven «correligionario». Mientras estaba inclinado sobre el texto, el asesino esgrimió el piolet y descargó un terrible golpe sobre la cabeza de Trotski. En sus cálculos entraba que la víctima sucumbiría sin exhalar un suspiro y él podría escapar de la casa impunemente. Pero Trotski no murió en el acto, lanzó un terrible grito que alertó a toda la casa, y aún tuvo fuerzas para librar una lucha desesperada con el agente de Stalin, dando tiempo a que Natalia y los guardianes entraran en la habitación, le socorrieran y apresaran al asesino. A las pocas horas, Trotski moría en la clínica donde fue trasladado. Entre sus últimas palabras figuraban: «Lo han conseguido» y «Te amo», dirigiéndose a Natalia.

Quién es quién

Mercader no confesó nunca su verdadera identidad. Llevaba sobre sí una declaración escrita en la que justificaba su crimen acusando a Trotski de haberle ordenado ir a la Unión Soviética a organizar un atentado contra Stalin, y hacía otras aseveraciones en la línea de las acusaciones lanzadas en los «procesos de Moscú» contra los dirigentes bolcheviques. En realidad, el director de la operación, Leonid Eitingen, no había hecho otra cosa, sirviéndose de Mercader, que cumplir la *ejecución pendiente* de la sentencia dictada por Stalin contra la figura más célebre, junto a la de Lenin, de la revolución bolchevique. Como en México no existía la pena de muerte, Mercader escapó con la pena máxima —20 años—, cumplida la cual fue acogido en la Unión Soviética. Stalin ya había muerto y sus sucesores no podían alardear de aquella «hazaña», aunque siguieran sin rehabilitar la memoria de Trotski, como tampoco la de Bujarin, Zinoviev, Kamenev, etc. Mercader fue condecorado en secreto y acabó muriendo en Cuba, acogido por Fidel Castro. Según algunas referencias, cuya exactitud no ha sido posible verificar hasta ahora, el asesino de Trotski había perdido su antigua fe de comunista estaliniano y vivió los últimos años atormentado por el infame papel que el destino le había deparado.

Aparte de las voces trotskistas, pocas otras se alzaron en la izquierda occidental para denunciar el nuevo crimen de Stalin y extraer consecuencias. Verdad es que la Segunda Guerra Mundial, sus horrores, que en aquel verano de 1940 duraban ya un año y no se les veía fin, dejaban poco margen para que la atención de la opinión pública se fijara en otros acontecimientos. Pero lo esencial era, como cuando los «procesos de Moscú», que la gran mayoría de la izquierda política e intelectual seguía viendo en la URSS la «patria del socialismo», pese al terror estaliniano, pese al pacto de Stalin con Hitler. Cuando un año después Hitler invadió la Unión Soviética y ésta se convirtió en el gran aliado de las democracias occidentales, el asesinato de Trotski se hundió aún más en el olvido general. Habrían de pasar muchos años, morir Stalin, proferir Jruschov su famosa requisitoria contra el autócrata difunto, para que la figura de Trotski resurgiera ante las fuerzas progresistas del mundo entero, y se abriera camino la comprensión del verdadera significado del asesinato ordenado por Stalin.

F. C.







Tres instantáneas de la casa mexicana de Trotski.



Política internacional

Neville Chamberlain dimite como primer ministro de Gran Bretaña. Le sucede Winston Churchill.
Japón crea en China un gobierno separatista en Nankín bajo el mando de Wan Chingwei. Chiang Kai-shek traslada su sede a Chungking.
Las tropas rusas invaden Finlandia. El país cede los puertos del Báltico y otras tierras a cambio de su independencia.
Alemania ocupa Noruega y Dinamarca. En Dinamarca, el rey Cristián X y su gobierno continúan en el poder. En Noruega no hay acuerdo entre los invasores y el rey Haakon VII. Se forma un gobierno en el exilio con sede en Londres.
Las fuerzas alemanas ocupan Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En Gran Bretaña se crean los gobiernos en el exilio de estos países.
Con la rendición del ejército belga los ingleses evacuan unos 337.000 soldados aliados de Dunkerque.
Italia declara la guerra a Gran Bretaña y Francia e invade el sur de este país.
Las tropas alemanas rompen la Línea Maginot con dirección al Maas y a la costa del canal. En el mismo día entran en París. El primer ministro francés Paul Reynaud dimite. Le sucede el mariscal Philippe Pétain. Francia firma un armisticio con Alemania e Italia, cediendo tres quintas partes de su territorio a los alemanes. El gobierno francés se instala en Vichy.
El general Charles De Gaulle instala en Londres el gobierno de la resistencia.
Los británicos bombardean y destruyen la flota francesa en Dakar (África Occidental).
Empieza la batalla aérea alemana contra Gran Bretaña (La Batalla de Inglaterra).
Ofensiva del ejército británico, al mando del mariscal Archibald Wavell, en el norte de África.
León Trotski es asesinado en su exilio mexicano de Coyoacán.
Pacto de alianza militar y económica entre Alemania, Italia y Japón.
Entrevista Franco-Hitler en Hendaya.
Italia declara la guerra a Grecia.
El presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt es reelegido por tercera vez.
Mueren Neville Chamberlain y Manuel Azaña.

Sociedad

Apoyándose en una ley de 1939 sobre la eutanasia, comienza en Alemania la eliminación de los enfermos mentales incurables.
El prior Roger Schutz funda una hermandad evangélica en Taizé (Francia).

Economía

En España se dicta el decreto de venta obligatoria de la cosecha de cereales al Servicio Nacional del Trigo.

Alfred Hitchcock. (Fotografía de Philippe Halsmann).

Ciencia y tecnología

Descubrimiento de las pinturas rupestres de Lascaux (Francia).
Edwin Mattison McMillan descubre el elemento químico número 93 (neptunio), el primero de los no existentes en la naturaleza. En este mismo año se descubre el plutonio.
Creación del primer ordenador ENIAC (Electronic Numerical Integrator and Computer) en Estados Unidos.

Literatura

No se concede premio Nobel.
Mijail A. Shólojov: El don apacible.
Luis Felipe Vivanco: Tiempo de dolor.
Graham Greene: El poder y la gloria.
Ernest Hemingway: Por quién doblan las campanas.
Arthur Koestler: El cero y el infinito.
Ernst Jünger: Los acantilados de mármol.
Agatha Christie: Diez negritos.
Karl Gustav Jung: La interpretación de la personalidad.
Roger Martin du Gard: Los Thibault.
Muere Selma Lagerlöf.

Cine

Charles Chaplin: El gran dictador.
John Ford: Las uvas de la ira.
Walt Disney: Fantasía.
Alfred Hitchcock: Rebeca.
William Wyler: El forastero.
Oscar de Hollywood al mejor actor a James Stewart por Historias de Filadelfia, *y a la mejor actriz a Ginger Rogers por* Espejismo de amor.

Teatro

Eugene O'Neill: El largo viaje hacia la noche.
Bertolt Brecht: El señor Puntila y su criado Matti.

Música

Anton von Webern: Variaciones para orquesta, *opus 40.*
Olivier Messiaen: Cuarteto para el fin del tiempo.
Luigi Dallapiccola: Volo di notte.
Bela Bartok: Microcosmos.

Pintura y escultura

Max Ernst: Europa después de la lluvia.
Henri Matisse: La blusa rumana.
Constantin Brancusi: Pájaro en el espacio.
Piet Mondrian empieza en Nueva York la serie Boogie-Woogie.
Muere Paul Klee.

Arquitectura

Frank Lloyd Wright: Southern College, *Lakeland, Florida.*
Mies van der Rohe: Illinois Institute of Technology.



Selma Lagerlöf.

1940





1941

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: DE LA BATALLA DE INGLATERRA A PEARL HARBOUR

SUPERADA hoy la etapa triunfalista, que había llegado a aplicar a los hechos de Dunkerque un significado casi milagroso, se tiene una óptica diferente para la consideración de los mismos. Parece haberse demostrado suficientemente que esta detención de las fuerzas alemanas, que permitiría el embarque de los efectivos aliados, tuvo su origen fundamentalmente en una decisión personal de Hitler. El Führer todavía, a esas alturas, imaginaba posible un entendimiento con Inglaterra. Un gesto de manifiesta buena voluntad hacia ese país aparecería así, en su consideración, como un paso positivo hacia un futuro acuerdo. Muy pronto, sin embargo, los hechos habían de demostrarle la decidida voluntad de lucha que la Inglaterra, liderada por Winston Churchill, comenzaba ya a manifestar.



Religiosas católicas belgas huyen ante el avance nazi.

La «guerra relámpago» dio en pocas semanas a Alemania el control de Holanda, Bélgica, Luxemburgo y Francia. La neutralidad a ultranza de países como Bélgica no fue respetada en absoluto por la invasión hitleriana. En la fotografía, un grupo de religiosas católicas de un convento belga huyen empujando un carro con sus pertenencias ante el avance del invasor nazi.

Francia: derrota y división

La penetración alemana prosigue, apenas sin dificultades, su paso por territorio francés. Algunas batallas, muy mitificadas posteriormente por la historiografía bélica nacional, serían incapaces de contener el alud de las fuerzas germanas. El día 10 de junio, la situación obligará al presidente de la República y al gobierno al abandono de París, al que se declara «ciudad abierta». En Burdeos, sede transitoria de las más altas instituciones, las luchas políticas, entabladas entre los partidarios de la petición de armisticio y aquellos que preconizan la continuación de la lucha a toda costa, forman el marco de la dramática situación. Reynaud presenta su dimisión como jefe del gobierno el día 16; el presidente Lebrun encarga inmediatamente al prestigioso mariscal Pétain la formación de un nuevo gabinete ministerial. Con ello, la victoria de los partidarios de la petición de armisticio está asegurada.

Así, seis días más tarde —en el proceso de invasión y derrota de Francia, todo adquiere tonos de secuencia cinematográfica rápida— es firmado en el bosque de Compiegne el desigual *acuerdo* franco-alemán. Como consecuencia del mismo, el territorio francés será dividido en dos zonas: la norte-atlántica, que pasará a control alemán, y la sur-mediterránea, que habrá de constituir un denominado «Estado libre». Un verdadero eufemismo verbal que no es capaz de ocultar una realidad que convierte a la Francia fraccionada en un conjunto de protectorados alemanes organizados mediante formas de simple ocupación.

Los restos de las Cámaras legislativas, reunidos en la ciudad termal de Vichy, eligen como Jefe del Estado al anciano mariscal Pétain. Nace así, bajo la sombra oprimente del ocupante alemán, lo que se ha dado en llamar la *Francia de Vichy*. Sería la plasmación más clara del tradicionalismo francés más cerrado y retrógrado, que en ningún momento había aceptado el sistema republicano. Esta reunión de las fuerzas más conservadoras y antidemocráticas, realizada alrededor del mariscal y su camarilla, no tendrá inconveniente alguno en resurgir a la luz al amparo de unas fuerzas extranjeras de ocupación. Este especial «nacionalismo» de algunos sectores del conservadurismo francés pondrá en evidencia su verdadera naturaleza bajo unas circunstancias especialmente dolorosas para la vida del país.

1941

La Segunda Guerra Mundial: de la Batalla de Inglaterra a Pearl Harbour



Las cunetas recibían a todos, viejos y jóvenes, civiles y militares.

Tras el rápido avance alemán, en mayo de 1940, que llevó a las tropas hitlerianas a Holanda, Bélgica y Francia y supuso para los aliados una serie de derrotas en cadena que acabaron con el reembarco hacia Gran Bretaña (Dunkerque, 4 de junio) del Ejército expedicionario inglés, se inició la «segunda fase» de la Campaña de Francia, en la que el ejército galo sufrió derrotas continuadas ante las modernísimas fuerzas alemanas. Los nazis entraban en París el 14 de junio y tres días más tarde Francia pedía el armisticio, que se firmó el día 22. El 25 cesaban los combates. En la fotografía de arriba, civiles y militares franceses se refugian en una cuneta del ametrallamiento de un avión alemán sobre una carretera. Abajo, oficiales franceses estudian un mapa para intentar oponerse al avance germano.



Intentos vanos para evitar el avance.

Este Estado francés, teóricamente soberano, conserva el dominio sobre las colonias y mantiene la autoridad sobre la flota de guerra. Ha perdido su ejército, prisionero de los ocupantes tras la derrota, lo que supone un contingente de cerca de un millón de hombres. Hitler, por medio de un armisticio mínimamente tolerable, consigue apartar a Francia de la guerra. En esos momentos, la inmensa mayoría de los franceses de las dos zonas respaldan al mariscal. Y aceptando la situación impuesta como el menor de los males posibles, se dedica a reanudar su vida normal a partir de tres bases fundamentales: una masiva pasividad, resignada aceptación de la circunstancia; un destacable colaboracionismo con los ocupantes y, finalmente, un sentido de resistencia crecientemente aumentado con el paso de los años. Es, para los franceses, la instauración de lo que más tarde podrá ser calificado de *años negros*.

La Batalla de Inglaterra

En el momento de producirse la firma del armisticio en Francia, muchos ingleses se interrogan acerca de la posibilidad de un entendi-



miento con quien demuestra ser ya el verdadero árbitro de la situación en Europa. Incluso llegan a sugerirse nombres, entre ellos el del anciano Lloyd George, como posibles interlocutores británicos del *Führer*. Una cierta tendencia, dirigida a evitar en Gran Bretaña los horrores de la guerra directa, se hace entonces patente. Pero la decisión de Churchill y de los grupos que le siguen está ya tomada en sentido inverso; y contando con el apoyo norteamericano y el potencial que supone el imperio colonial, conseguirá imponerse al unir a su alrededor la mayoritaria voluntad del pueblo británico.

En aquel verano de 1940, la armada alemana estaba demasiado afectada debido a las acciones llevadas a cabo sobre la costa noruega, en un grado que hacía impensable cualquier triunfo en un ataque dirigido contra Inglaterra. De ahí, la imposición final de la voluntad del mariscal Goering, que decide librar la batalla en el plano aéreo solamente. En función de esto, a finales del mes de julio comenzarán las primeras acciones de lo que será denominado como la *Batalla de Inglaterra*, realizada por medio de bombardeos masivos sobre zonas muy localizadas de la isla.

Gran Bretaña, en posesión de un flota de guerra que podría defender el país en caso de un ataque alemán, había de contradecir los de-

Los pilotos de la Francia Libre corren hacia sus aviones.



La bandera con la cruz gamada ondea en el Senado de París.

En la página anterior, arriba, mapa donde están reflejados los movimientos de las tropas alemanas e italianas durante la campaña invasora de Francia. Abajo, pilotos de la Francia de Vichy, regida por el mariscal Pétain, corren hacia sus aviones durante un ejercicio táctico de alarma aérea sobre un campo de aviación militar en el sur del país. En esta página, el Senado de París en 1941, durante la ocupación alemana, según un dibujo de M. Jorgensen II. Tanto en el norte de Francia (zona ocupada, regida directamente por los alemanes), como en el sur (Gobierno de Vichy), los verdaderos dueños de la situación eran los vencedores, apoyados por los «colaboracionistas» y los círculos más conservadores y reaccionarios de la sociedad francesa. El «corporativismo fascista» puso fuera de la ley a los partidos políticos democráticos y desecadenó una feroz represión contra toda la izquierda gala. Pero, poco a poco, la Resistencia iría tejiendo la victoria popular sobre el fascismo y la restauración de la democracia política.

signios enemigos tendentes a la consecución de una profunda desmoralización e implantación del espíritu de derrotismo entre la población civil. Además, el uso del *radar* por parte británica desarticulaba de forma irreparable todos los planes alemanes concebidos sobre las operaciones aéreas, al favorecer el derribo de un número creciente de aparatos atacantes. El ataque indiscriminado, dirigido preferentemente sobre áreas muy pobladas, causaría en los meses siguientes importantes pérdidas humanas y materiales.

La ciudad de Londres y, en un plano arquetípico, la de Coventry —que daría nombre a una forma de casi absoluta destrucción— sufrirían durante meses los efectos de las incursiones de la aviación alemana. Pero la agresividad del atacante sería incapaz de doblegar la profunda tenacidad del pueblo británico, que soportó con progresiva energía los embates de la situación. Los ánimos de la población no se verían en ningún momento doblegados; la actividad económica consiguió mantenerse, fundamentalmente en el plano de las industrias básicas; y paralelamente, las actividades bélicas habrían de proseguir, tanto en la isla como en los escenarios exteriores.

Con todo ello, los fines perseguidos por el Tercer Reich se verán frustrados y, llegada la primavera de 1941, los bombardeos efectuados sobre Inglaterra cesan casi por completo. Por entonces, la invasión de la Unión Soviética acaparaba toda la atención y los efectivos alemanes. Gran Bretaña, después de largos meses de continuado horror, puede considerarse salvada y capaz de dedicarse a la reconstrucción, al tiempo que fortalece su presencia como fuerza dirigida contra el agresor. Churchill, punto de convergencia de esta determinación británica de oposición al sojuzgamiento exterior, señaló el mérito de los pilotos de la RAF, como instrumentos de la victoria en el aire. Su conocida frase, referida a la deuda que toda la población tenía contraída con un número tan reducido de hombres, quedó inscrita en los anales de la verdadera proeza comunitaria que fue la *Batalla de Inglaterra.*

Los escenarios mediterráneos

Dentro de esta amplia y estratégica área, Italia tendría un decisivo protagonismo, basado en su pretensión de erigirse en máxima potencia de la zona. En junio de 1940, cuando ya Francia había prácticamente caído víctima del ataque alemán, Mussolini le había declarado la guerra; y había lanzado, sin demasiado éxito,

La llamada «Batalla de Inglaterra» fue iniciada por la aviación hitleriana en el verano de 1940 y tenía como fin la destrucción de los centros industriales y las vías de comunicación británicos antes de la planeada invasión de la isla. Cuando, en septiembre de 1940, Hitler renunció a cruzar el canal, los bombardeos se hicieron sobre todo para minar la moral de la población civil británica. Londres fue, junto a Coventry (ciudad industrial reducida a escombros por la Luftwaffe el 14 de noviembre), el blanco preferido de los aviones alemanes que, debido a su superioridad numérica (1.700 aparatos frente a sólo un millar de los británicos) controlaban el espacio aéreo europeo. En la fotografía, arriba, un bombero londinense enseña a un grupo de niños una jaula con un pájaro rescatado con vida entre los escombros de una casa. Miles de personas no tuvieron tanta suerte. Abajo, instantánea de una estación del metro de Londres, utilizada por la población como refugio contra los devastadores bombardeos nazis. La fotografía se tomó el 10 de octubre de 1940.

una invasión particular por la frontera común. Tras el armisticio franco-alemán, Italia ocupaba varios departamentos limítrofes, de acuerdo con los manifiestos apetitos expansionistas del régimen fascista. Pero en definitiva, todas las reivindicaciones territoriales, relativas a los espacios de pretendido dominio italiano, habrían de verse ampliamente mermadas en la práctica. Así, aparte de esas ocupaciones sobre territorio francés, Italia solamente obtuvo con posterioridad el control de la isla de Córcega y, asimismo, el de una estrecha franja costera en la desmembrada Yugoslavia.

En octubre de 1940, prosiguiendo todavía esa tendencia expansionista, Mussolini había lanzado un ataque sobre Grecia, a partir de la anteriormente ocupada Albania. Además de las razones de prestigio que le inducen a ello, el intento por equilibrar la fuerte influencia alemana en los Balcanes será el móvil fundamental de la acción. Pero las fuerzas griegas, junto con las aportadas por Gran Bretaña, detendrán el avance e incluso harán retroceder a los agresores hasta más allá de sus puntos iniciales de ataque. Esa circunstancia hace que, aun contando con su precariedad, la presencia británica en los Balcanes ponga en peligro la seguridad de los yacimientos petrolíferos de Rumania, de los que esencialmente se surte el potencial bélico alemán.

La actitud en materia naval, por parte de Inglaterra, había sido desde el comienzo de las hostilidades claramente dirigida hacia la obtención del control del Mediterráneo. Siguiendo esta línea de actuación fue como el gobierno inglés llegó a decidirse por la destrucción de la flota francesa, fondeada en el puerto de Mers-el-Kebir, el día 3 de julio de 1940. Aun contando con las consecuencias que este duro hecho tendría entre la opinión del antiguo aliado, Gran Bretaña no podía arriesgarse a la posibilidad de una futura utilización de esa armada por los alemanes. Asimismo, además de lanzar sistemáticos ataques contra la flota italiana, incluso dentro de sus mismas bases peninsulares, Churchill decide alejar la guerra del escenario del canal de la Mancha. Para ello, envía tropas a Africa y, desde Egipto y Sudán, lanza victoriosos ataques sobre la Etiopía y la Libia italianas. En los primeros meses del año 1941, el predominio británico en aquella zona es ya indiscutible.

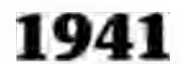
Llegado el mes de marzo de ese año, Yugoslavia aparece como el único Estado del área balcánica que todavía se encuentra fuera del ampliado pacto tripartito, del que ya forman parte Hungría, Rumania, Bulgaria y Eslovaquia. El gobierno de Belgrado, presionado en esta dirección, firmará el acuerdo el día 25 de ese



Tiempo para la humanidad entre los escombros.



Las estaciones de metro fueron la casa de todos durante los bombardeos.







mes; un golpe de Estado respondería inmediatamente a esta decisión. La réplica alemana, dada la fundamental situación estratégica del país, así como las innegables implicaciones británicas en el vuelco de la situación, no se hará esperar. El ataque sobre Yugoslavia será iniciado el día 6 de abril mediante un fortísimo *raid* aéreo sobre la desguarnecida capital y los demás nudos vitales de comunicación. Muy pronto, ante la presión incontenible de las fuerzas ocupantes, que en todo momento utilizarán profusamente el arma aérea, el gobierno capitulará. Al tiempo, fuerzas italianas, húngaras y



Desde las cenizas, con ayuda de todos, hacia el futuro.

Frente a lo que Hitler pensaba, la moral de la población británica no sólo no se derrumbó, sino que creció ante las acciones destructivas de la Luftwaffe. Miles de personas —entre ellas numerosas mujeres— se apuntaron voluntarias en los cuerpos del Servicio Civil (Civil Service), auxiliares de los tres Ejércitos. En la foto, bomberos y voluntarios, mezclados con periodistas y reporteros, remueven los escombros de una casa londinense bombardeada, en busca de supervivientes.

búlgaras, ávidas de aprovechar los despojos del derrotado, copan el país, que inmediatamente va a conocer la desmembración de su territorio nacional.

Grecia, por su parte, sufrirá un ataque lanzado de forma simultánea. Y a pesar de contar con el apoyo de las fuerzas inglesas allí estacionadas, verá destruidas y superadas sus defensas. El ejército griego capitulará en Salónica el día 21 y, seis días más tarde, las tropas británicas son barridas por los alemanes en las Termópilas. Atenas, todo el Peloponeso y las islas del Egeo serán rápidamente ocupadas.

Esta invasión de los Balcanes, denominada *Operación Marita*, habrá de completarse, el primer día de junio, con la conclusión de la invasión de Creta, por medio de fuerzas aerotransportadas, en una de las operaciones tácticas más espectaculares de todo el conflicto. Alemania se ha asegurado el control del área, así como la protección de sus fuentes de energía; pero ha debido retrasar la puesta en práctica de sus planes de invasión sobre la Unión Soviética, lo que se alzará como una de las causas


Artillería costera, un seguro ante la invasión por mar.

En esta página, arriba, potentes baterías de artillería costera británicas, garantía de la invulnerabilidad de la isla por mar, algo a lo que también contribuía su potente escuadra. Por aire las cosas eran bastante diferentes y los alemanes llevaban la ventaja a los esforzados pilotos de la RAF. En sólo una noche la Luftwaffe arrojó sobre la ciudad de Coventry 394 toneladas de bombas explosivas, 56 toneladas de bombas incendiarias y 127 minas de explosión retardada, utilizando 437 aviones de bombardeo, muchos de ellos iguales al Dornier DO 17 Z-2, que aparece en la parte superior de la página siguiente, escoltados por numerosos cazas. Fueron destruidos más de 70.000 hogares y una famosa catedral gótica del siglo XIV. La «hazaña» de Guernica se repetía en suelo europeo. Abajo, cartel británico llamando al reclutamiento voluntario de personal civil en los servicios auxiliares de la Royal Air Force (RAF).

fundamentales del fracaso final de la operación. Mientras, en los escenarios de Oriente Medio, los intereses estratégicos y económicos —sobre todo petrolíferos— enfrentan a Inglaterra y a la Francia de Vichy. El triunfo material de la primera en todos los enfrentamientos producidos asegurará a la causa aliada el dominio permanente de este fundamental flanco sudoriental.

La invasión de la Unión Soviética

El día 22 de junio de 1941, doscientas treinta y cinco divisiones de infantería alemanas, apoyadas por cuatro mil carros de combate y tres mil aviones, penetran en territorio soviético. Esta invasión, sin declaración de guerra previa, vendrá asimismo asistida por fuerzas rumanas, italianas, eslovacas y húngaras, además de una participación de *voluntarios* españoles y de los demás países ocupados por el Reich. La mayor sorpresa será la primera reacción de las autoridades soviéticas que, hasta esos mismos momentos, habían estado cumpliendo de la forma más escrupulosa sus obligaciones como aliados de Alemania. Las motivaciones de esta grave decisión de Hitler y su grupo han alentado, a partir de entonces, toda suerte de suposiciones entre quienes han observado la materia. Sobre ésta, se han barajado así infinidad de hipótesis, sin que haya podido esclarecerse de forma definitiva en sus puntos esenciales.

La concepción de una guerra preventiva por parte de Hitler ante la creciente presión soviética en el Este podría constituir un buen motivo; pero al lado de esta posibilidad, podría aducirse otra no menos válida; esto es, la consideración de la operación como un hecho de carácter puramente agresivo; la situación militar en Occidente no había colmado las esperanzas alemanas, una vez demostrada, de la forma más palpable, la absoluta cerrazón británica a una posible negociación.

Lo cierto es que esta invasión, perfectamente acorde por otra parte con los objetivos a largo plazo establecidos por el Reich, estaba ya preparada desde el otoño de 1940. Su retraso vendría dado tanto por la reacción bélica de una Gran Bretaña crecientemente comprometida con Estados Unidos, como por el hecho concreto de la previa invasión de los Balcanes. La Operación Barbarroja estaba prevista en Berlín como el primer acto de una maniobra de aislamiento de Inglaterra a partir de la ocupación sucesiva de la Unión Soviética y Afganistán, por una parte; siguiendo luego por la de Gibraltar, Magreb y Azores. Conjuntamente, Japón lanzaría sus fuerzas sobre el sudeste asiático hasta constituir una decidida amenaza sobre la India, como medida de aislamiento de toda posible acción emprendida por Estados Unidos en el área del Pacífico.

Poco se conoce, de igual forma, sobre el pensamiento de Stalin acerca de este trascendental hecho. Todavía no ha sido puesta en claro su actitud de los últimos tres años, y no es posible afirmar rotundamente que, durante ellos, solamente pretendiese ganar tiempo para conseguir una mayor preparación material ante un conflicto futuro. Puede creerse, también, que su decidida toma de posiciones sobre el Báltico y el mar Negro obedecía a unos claros proyectos tendentes al lanzamiento de un inesperado ataque contra su aliado alemán. La realidad es que las fuerzas armadas soviéticas, apenas sin mandos —desaparecidos en las precedentes purgas— y contando con un material anticuado, fueron sorprendidas sin la suficiente preparación.

El ataque estaría dirigido simultáneamente


Bombardero alemán Dornier Do 17 Z-2.

hacia tres objetivos primordiales: Moscú, Leningrado y Ucrania. Las dos primeras ciudades, las mayores aglomeraciones urbanas del país; la región del sur, centro de producción de trigo y hierro, además de puerta abierta a los yacimientos petrolíferos del Cáucaso. De la rapidez de la penetración hablan elocuentemente las fechas: el 2 de noviembre se cierra el cerco sobre la capital del norte; el 25, cae Kiev; una semana más tarde, se establece firmemente el asedio de los arrabales moscovitas.

Ante el posible hundimiento de todas las defensas, el gobierno soviético, además de preparar los elementos materiales necesarios, lanza una campaña entre la población, conminándola a la lucha que ya oficialmente se denomina como *guerra patria*. Además de esto, las terribles atrocidades cometidas por los ocupantes contra la población civil soviética habrán de anular muy pronto cualquier posibilidad de obtención de apoyo entre los habitantes de las zonas invadidas. Al mismo tiempo, y de forma lógicamente apresurada, miles de instalaciones industriales de carácter vital serán trasladadas, junto con la mano de obra necesaria, más allá de los Urales. Durante los meses siguientes, las alternativas de la lucha darán el predominio temporal a uno u otro bando; mientras, Stalin, mostrando una vez más su fundamental pragmatismo, se aliará con los occidentales. Estos, de forma inmediata, comenzarán a aprovisionar a las fuerzas soviéticas, con ánimo de convertirlas en una fuerza irresistible dirigida ahora hacia la misma Alemania.

Estados Unidos, en guerra

Washington, decidido a prestar a Gran Bretaña todo posible apoyo, tanto material como moral o político, evitaba en todo momento el compromiso militar. Las fuertes corrientes aisla-



Llamada a la población civil para ayuda en servicios auxiliares.

cionistas eran capaces incluso de minimizar los informes de los servicios de inteligencia, que hablaban de un futuro ataque japonés en el Pacífico. Por su parte, el Imperio japonés, ordenado según un autoritarismo de signo militarista, carecía en realidad de un plan bélico totalizador. Intentaba, mediante sucesivos actos de fuerza, el establecimiento de unos hechos consumados que, esperaba, serían suficientes para obligar a los anglosajones a la aceptación de una *paz de compromiso*. Un acuerdo que, por supuesto, le asegurase la posesión de todos los territorios obtenidos hasta entonces.

Así las cosas, los planes japoneses de rápida expansión por el área contaban, en primer lugar, con el seguro obstáculo que suponía la flota norteamericana del Pacífico. La destrucción por sorpresa de la misma se presentaba ante los círculos militares de Tokio como la condición previa a todo posible movimiento hacia el sur. Consecuentemente, en la mañana del día 8 de diciembre de 1941, la aviación japonesa se lanza sobre la rada de Pearl Harbour y, en dos horas, destruye prácticamente la totalidad del potencial naval norteamericano en la zona. En Estados Unidos, la noticia provoca la unanimidad de la población en el acuerdo sobre la necesidad de una entrada en la guerra. Churchill, desde Londres, observa alborozado el momento del establecimiento de la tan anhelada alianza occidental contra el fascismo, que tanto había preconizado hasta entonces ante Roosevelt. Tres días más tarde, Alemania declara la guerra a Estados Unidos, temerosa de que una posible derrota japonesa la dejase sola ante los aliados, en el caso de que Norteamérica decidiese lanzarse solamente en el frente extremo-oriental. Ahora, pues, Estados Unidos debería desplegar su potencial en dos frentes, lo que le haría más vulnerable.

El gran país norteamericano, no preparado materialmente para una entrada tan precipitada en la guerra, debe adecuar toda su economía a las necesidades del esfuerzo bélico, lo que será realizado con una enorme presteza. Mientras tanto, Japón, dueño absoluto de la situación en

Guerra en Rusia. Un frío paisaje para un gran desastre.



el Extremo Oriente, extenderá muy rápidamente su dominación por el continente. Pocos meses habrá de necesitar para establecer el más absoluto control sobre Indochina y Hong-Kong, Filipinas e Indonesia, Malasia y Singapur, Siam y los archipiélagos del Pacífico Sur... La India y Australia, directamente amenazadas, deben, sin embargo, enviar sus contingentes de tropas a los escenarios de Oriente Medio. La guerra ha alcanzado con esto proporciones realmente planetarias: el momento de la confrontación total ha llegado.

La Europa alemana

Durante la etapa de máximo poderío del Tercer Reich —esto es, entre diciembre de 1941 y febrero de 1943—, prácticamente la totalidad de la Europa continental se hallará, directa o indirectamente, en situación de dependencia con respecto a Alemania. Incluso Estados que mantienen una manifiesta neutralidad —cuya naturaleza se tratará más adelante— se verán determinantemente afectados por la imposición efectiva del *nuevo orden* germano.

Todas las sucesivas invasiones habían sido anunciadas como medidas tácticas de protección y, en esta línea, las primeras medidas adoptadas sobre los territorios ocupados vendrían dadas por este pretendido carácter bélico y temporal. La seguridad y aprovisionamiento de las fuerzas de ocupación, junto con las de los elementos civiles alemanes implantados al mismo tiempo, serían las iniciales finalidades de toda actuación. Al lado de esto, el establecimiento de una rígida escala de preferencias de los contingentes humanos invasores sobre las poblaciones de los países afectados en materia económica, habría de complementarse con la imposición del principio de no integración con los mismos, sobre todo en los espacios del Este poblados por eslavos.

En esos momentos, la Gran Alemania, que constituye el real centro de gravedad del continente, ha aumentado sensiblemente su extensión, población y recursos, y agrupa, alrededor del territorio original, a Austria, Bohemia, Moravia, la Polonia occidental, Luxemburgo, dos departamentos del norte francés, Alsacia, Lorena y —algo más tarde— el Tirol del Sur italiano. A partir de este conglomerado básico, toda una amplia red de sistemas de control compone lo que, con toda propiedad, puede calificarse de Imperio alemán sobre Europa. En primer lugar, en orden a una mayor independencia teórica, deben situarse los Estados aliados del Reich, en primer lugar Italia, primero bajo Mussolini, más tarde como República Social de Saló. A continuación, el bloque danubiano, compuesto por Hungría y Rumania, que soportan regímenes autoritarios proalemanes; Bulgaria, que mantiene una tensa posición de vigilada semineutralidad política, y, finalmente, la Eslovaquia *independiente,* creada tras la desmembración de la República Checoslovaca.

Estos países, formalmente iguales a su aliado alemán, en ningún momento dispondrán de autonomía exterior, y constituirán, aunque en grado menor que los ocupados, fuentes de aprovisionamiento material y humano para el Reich. Prosiguiendo, en orden a una mayor *autonomía* con respecto a Berlín, se encuentran aquellos países que, vencidos e invadidos, cuentan con instituciones propias. Serán la Francia de Vichy, Bélgica y Croacia las que dispondrán de una Jefatura del Estado, de un gobierno y de una administración propios. Sin embargo, en ellos, la actuación alemana —lo mismo política que militar y policialmente— se llevará a cabo de una forma absolutamente discrecional.

Un escalón más abajo se hallan los países sobre los que ha sido impuesta una directa administración alemana, presidida por un Alto Comisario del Reich. Son Dinamarca, Holanda, Noruega, Ucrania y los territorios denominados conjuntamente *Ostland,* que agrupan a los desaparecidos Estados bálticos y a la parte occidental de la Unión Soviética. El Gobierno General, que se establece sobre los restos de la desgajada Polonia, constituye un caso especial



Cementerio alemán cerca de Stalingrado.

Tras el ataque nazi a la URSS el 22 de junio de 1941 (Operación Barbarroja) el moderno Ejército alemán avanzó rápidamente a sangre y fuego (13 millones de rusos muertos durante la Segunda Guerra Mundial), adentrándose en territorio soviético más de 1.000 kilómetros, no pudiendo, sin embargo, conquistar ni Moscú ni Stalingrado (la actual Volvogrado). El sitio de esta última ciudad comenzó en septiembre de 1942, el año de guerra más crítico para la URSS, y terminó en febrero de 1943 con la primera gran derrota alemana. Tras emplear más de un millón de hombres, 5.000 tanques y 3.000 aviones la Wehrmacht *no pudo quebrantar la resistencia soviética que, siguiendo la orden de Stalin «no está permitido retroceder más» obligó a capitular a los germanos —los cercadores, cercados— y a rendir más de 100.000 hombres, incluidos 24 generales. El Ejército Rojo comenzó a avanzar y no se detuvo hasta Berlín. Stalingrado fue el mojón que marcó el cambio de rumbo de la guerra en Europa. En las fotos, un soldado alemán prisionero se abriga como puede de los rigores del invierno ruso. Abajo, cementerio alemán en Khutor Orchevo, al noroeste de Stalingrado. La intervención de los Estados Unidos en la guerra tras el ataque por sorpresa de Japón a la flota norteamericana en Pearl Harbour (Hawai) el 7 de diciembre de 1941 (fotos de la página siguiente), marcó el definitivo declive del Eje Berlín-Roma-Tokio. El tío Sam llama desde un cartel (página 51) a sus hombres a la defensa de los Estados Unidos.*



HIDEKI TOJO (Tokio, 1884-Tokio, 1948)

Hijo del teniente general Eikyo Tojo y perteneciente a una familia de *samurais*, Hideki Tojo siguió la tradición paterna estudiando en la Academia Militar Imperial y en la Escuela de Estado Mayor, donde se graduó en 1915. En 1919 fue destinado a Alemania como agregado militar. De allí volvió a la Escuela de Estado Mayor como instructor en 1922.

Sin embargo, la aventura colonial parecía adecuarse más a su carácter, y se trasladó a Manchuria, donde el gobierno japonés mantenía un *quasi* protectorado sobre el Estado de Manchukúo. Desde su puesto de jefe de la gendarmería, Hideki Tojo empezó a destacarse como uno de los líderes de las tropas japonesas de ocupación del ejército de Kuangtung, poderoso cuerpo de élite con una mentalidad muy próxima a los ejércitos coloniales europeos y que jugaría un papel destacado en la política japonesa de los años siguientes.

En 1937 ascendió a teniente general y jefe del Estado Mayor japonés en China. Llegado a la cumbre de la carrera militar, Tojo inició su carrera política aceptando el puesto de viceministro de la Guerra en el primer gabinete del príncipe Konoye.

Su primera experiencia en este terreno no fue demasiado alentadora, ya que sólo retuvo el cargo durante siete meses, y en diciembre de 1938 fue nombrado para un puesto exclusivamente técnico: director de la Aviación militar. Sin embargo, en julio de 1940 volvió al gobierno como ministro de la Guerra en el segundo gabinete de Konoye.

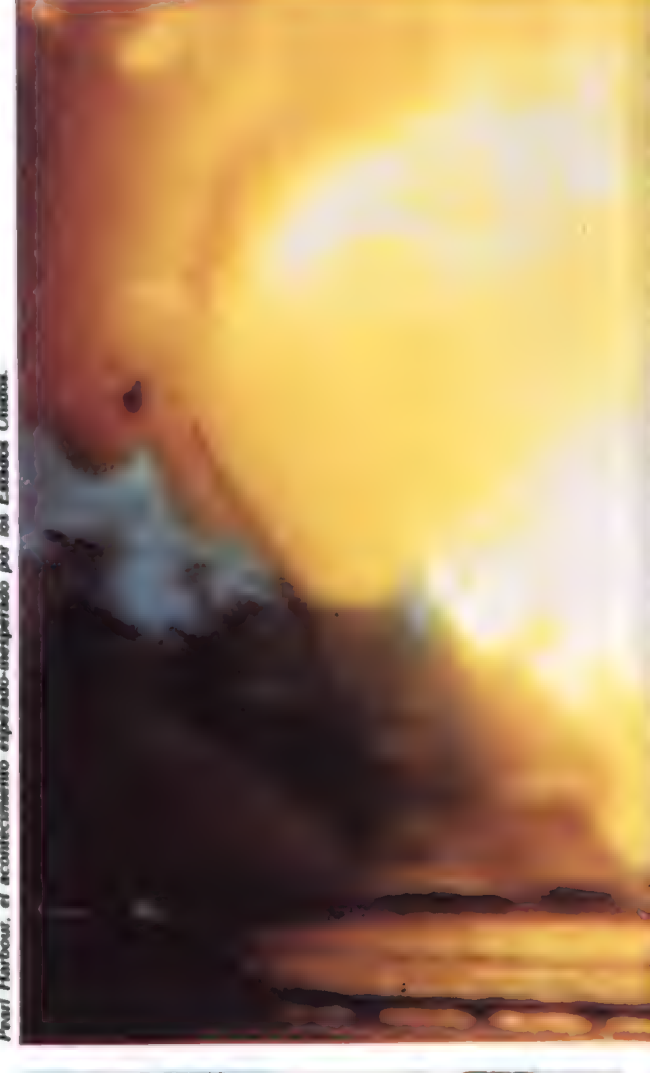
Dos líneas políticas opuestas se enfrentaban en aquellos momentos en los círculos gubernamentales nipones. Por una parte, los medios

muy próximo a los anteriores. Para concluir esta clasificación, es preciso señalar la presencia de los países situados bajo administración militar; generalmente en zonas más expuestas a un posible ataque aliado, como la Francia ocupada y Grecia; o destinatarios de tratamientos especiales como los casos de Servia y el resto de la Unión Soviética invadida.

Esta escala de intervención no resulta, sin embargo, igualitaria en absoluto para todos los componentes de cada uno de los grupos señalados. Dentro de ellos, y dependiendo en cada caso de situaciones concretas, la actuación alemana adoptaría gradaciones muy diferenciadas entre sí. De esta forma, la situación vivida entonces por Croacia resultó infinitamente más dura que la de Francia, compañera de clasificación; igualmente, nada más alejado que los efectos supuestos por la ocupación en Dinamarca y en Ucrania, poniendo un ejemplo especialmente ilustrativo. Estableciéndose *grosso modo* una calificación de situaciones y efectos, puede afirmarse que, en conjunto, el país que salió mejor parado de la prueba fue Francia; situándose Polonia en el extremo opuesto, como comunidad tratada con mayor rigor en todos los sentidos posibles.

Aparte de la utilización estratégica, será la explotación material por parte de la voracidad alemana el fin principal de todas las conquistas bélicas sobre el continente. Esta explotación, dirigida hacia una integración económica de todo el espacio europeo, habría de carecer en definitiva de una línea general fijada de antemano, aportadora de la consecución de unos frutos finales más sustanciosos. En la mayor parte de los casos, se produjeron evidentes contradicciones entre las medidas y fines militares y sus correspondencias en materia económica. Esto, por otra parte, no puede resultar extraño dadas las especiales circunstancias de fluidez que esos momentos supusieron en todos los ámbitos. Con todo, quedó constancia de que, en los lugares donde las condiciones previas —junto con las posteriores a la invasión— favorecen una cierta forma de suficiente «pacificación», se obtendrían altos niveles en cuanto a administración, servicios y rendimientos obtenidos, como es el caso de Francia.

En este plano, la materia económica también podría ser susceptible de una clasificación entre las diversas formas de intervención alemana sobre territorios ocupados. La ordenación económica sería llevada a cabo de una forma especialmente dura y tosca en los países situados hacia el este, especialmente en Polonia, Yugoslavia y la Unión Soviética. Por el contrario, en las zonas del centro y oeste de Europa, infinitamente más desarrolladas en todos los sentidos,



Pearl Harbour, el acontecimiento esperado-inesperado por los Estados Unidos.



Una gran flota a pique en un ataque relámpago.





El tío Sam se decide por fin.

la explotación adquiriría formas mucho más sofisticadas, sutiles y, por tanto, marcadamente más eficaces en definitiva. El *deutschemark*, convertido en moneda de ámbito europeo, se verá fuertemente sobrevalorado, lo que permitirá a Alemania la compra de productos en todo el continente, a precios sensiblemente más bajos que los reales. Junto a esta especie de saqueo indisimulado, la imposición de acuerdos comerciales sobre los Estados dependientes acabarán por destruir toda posibilidad de autonomía económica para cualquiera de ellos.

En este *nuevo orden* impuesto por la fuerza, además de la indiscutida dirección política, Alemania disfrutaría de la autoridad económica, basada en el monopolio de la industria pesada y de los bienes culturales. Los territorios vasallos aportarán obligatoriamente sus contribuciones en materias primas y productos alimenticios, viéndose reducidos de esta forma a una situación verdaderamente colonial. Para la voracidad alemana, los artículos manufacturados checos y belgas vendrían a unirse a las materias primas rumanas y polacas; junto con los productos alimenticios daneses u holandeses y la mano de obra francesa o ucraniana.

Finalmente, es necesario destacar, consecuentemente con la concepción de intemporalidad que el Tercer Reich tenía de sí mismo, el establecimiento de contingentes de colonos alemanes sobre territorios pretendidamente pertenecientes a una natural área de expansión germana. Estas instalaciones de cientos de familias, en el *Ostland*, en Lorena y en las Ardenas, vendrían de esta forma dadas por la voluntad de puesta en práctica de los principios del germanismo expansivo, que tan profundamente había tratado el mismo Adolf Hitler en su obra *Mein Kampf*.

J. M. S. M.

Bibliografía básica

CALVOCORESSI, P., y WINT, G.: *Guerra total. La Segunda Guerra Mundial en Occidente*. Alianza Ed. Madrid, 1979.

DAHMS, H. G.: *La Segunda Guerra Mundial*. Bruguera. Barcelona, 1965.

MICHEL, H.: *La Seconde Guerre Mondiale*. P. U. F. París, 1975.

PAXTON, R. O.: *La Francia de Vichy*. Noguer. Barcelona, 1974.

SHIRER, W.: *Auge y caída del Tercer Reich*. Caralt. Barcelona, 1976.

TOURNOUX, J. R.: *Pétain y De Gaulle*. Plaza y Janés. Barcelona, 1966.

TOYNBEE, A.: *La Europa de Hitler*, Vergara Ed. Barcelona, 1969.

WOODWARD, E. L.: *Historia de Inglaterra*. Alianza Ed. Madrid, 1974.

industriales y financieros se mostraban reticentes ante la política expansionista iniciada con la guerra de China; por otra, los militares estaban dispuestos a aprovechar la guerra europea para realizar adquisiciones territoriales en la «gran Asia Oriental». Tojo, que se había convertido en uno de los hombres más influyentes del partido imperialista, acaudillaba este grupo.

Konoye, presionado por los intransigentes, se vio obligado a dimitir el 16 de octubre de 1941. Dos días más tarde, Tojo le sustituyó al frente del gobierno, acumulando al mismo tiempo las carteras de la Guerra y del Interior. El camino estaba abierto para la política belicista. No habían pasado aún dos meses cuando se produjo el ataque por sorpresa a la base estadounidense de Pearl Harbour.

En el interior, Tojo intentó establecer un régimen dictatorial sustituyendo el partido de Konoye por la asociación política de Asistencia al Emperador, que, sin embargo, no consiguió funcionar nunca como partido único eficaz. Al mismo tiempo, aprovechando las resonantes victorias japonesas en los primeros años de guerra, continuó atribuyéndose poderes. Creó el ministerio de Material Militar y se hizo cargo de él. En febrero de 1944 se hizo nombrar jefe del Estado Mayor General, para lo que previamente había abandonado la cartera del Interior.

Sin embargo, cuando las tropas japonesas empezaron a replegarse ante el contraataque aliado en el Pacífico, especialmente tras la pérdida de las islas Marianas, Tojo, considerado responsable, fue obligado a dimitir el 22 de julio de 1944, y fue sustituido por el general Koiso, quien, como gobernador de Corea, no había estado mezclado directamente en la dirección de la guerra. Desde entonces vivió retirado hasta que, tras la derrota japonesa, fue detenido por el ejército de ocupación.

Tojo intentó suicidarse sin éxito. Juzgado por el Tribunal de crímenes de guerra de Tokio, fue condenado a muerte y ahorcado el 23 de diciembre de 1948.

El 2 de abril de 1954, después de que la Cruz Roja llegara a un acuerdo con la URSS sobre la repatriación de los voluntarios de la División Azul que habían caído prisioneros de los soviéticos luchando en las filas del Ejército alemán, el barco Semiramis, *de bandera griega, llegó al puerto de Barcelona transportando a 291 supervivientes de la aventura. Atrás quedaban 3.934 divisionarios muertos, 8.466 heridos y 326 desaparecidos, bajas de los 18.804 voluntarios que fueron a luchar «contra Rusia y el comunismo». Su valor y capacidad militar —dentro de un gran desorden que «escandalizaba» a los superordenados germanos— hizo que tanto Hitler como los aliados se lo pensaran dos veces antes de invadir España (plan* Backbone, *en apoyo de la operación* Torch *o desembarco aliado en el norte de Africa el 8 de noviembre de 1942). La llegada del* Semiramis *a Barcelona, retransmitida por radio y filmada por el noticiero NO-DO, con toda la fuerza emotiva de imágenes similares a algunas de las fotografías de este artículo, conmovió a toda España.*



Desde el infierno hacia el abrazo que espera en el puerto.

Las relaciones hispano-germanas en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial

Las, hasta ahora, buenas relaciones hispano-germanas, quedaron bastante distendidas cuando en vísperas de iniciarse la Segunda Guerra Mundial, y como preludio que la hacía posible, soviéticos y nacionalsocialistas firmaron en Moscú, el 23 de agosto de 1939, un pacto de no agresión que dejó estupefactas a las gentes de España sin distinción de ideas, pues la sorpresa no fue menor entre los vencidos que entre los vencedores. Para éstos la alianza entre Hitler y Stalin no estaba de acuerdo con el espíritu del pacto antikomintern y el recelo mutuo se acrecentó facilitando la postura neutralista de Franco, que fue reiterada solemnemente el 4 de septiembre, al tiempo que exhortaba a las potencias a resolver sus diferencias en paz.

La guerra se mantuvo de momento alejada de España, rodeada totalmente por naciones enemigas de Alemania, y ello le permitió mantener la neutralidad sin excesivas dificultades atendiendo más a sus intereses que a la gratitud que la unía a Alemania o a la hostilidad que sentía hacia Francia y Gran Bretaña, naciones con las que estableció sendos convenios comerciales en enero y marzo de 1940.

La situación cambió radicalmente a partir del 22 de junio de 1940 cuando Francia aceptó el armisticio y España se encontró fronteriza de Alemania.



1941

LA DIVISION AZUL

LAS relaciones entre Alemania y España siempre fueron buenas, pero nunca fáciles. La causa de sus frecuentes desavenencias estuvo en la resistencia de Franco a uncirse sin condiciones al carro de Hitler, y el momento más delicado, todavía durante la Guerra Civil, fue el de la declaración de la neutralidad de España en caso de conflagración europea en vísperas de Munich. Esta declaración irritó profundamente en Alemania y estuvo dictada por el decidido deseo de Franco de evitar cualquier acto que pudiera dar pretexto a la extensión de la guerra que libraba.

Sin embargo, según explica Ramón Salas Larrazábal, autor de este artículo, el régimen de Franco salió de la contienda ligado a Alemania por una deuda de gratitud; por otra, nada despreciable, económica; por su adhesión, el 27 de marzo de 1939, al pacto antikomintern y por un tratado de amistad firmado el día 31 de marzo del mismo año, y aunque ninguno de esos lazos obligaba a España a apartarse de su política de neutralidad, no le sería fácil mantenerse en ella.

Hasta entonces Franco había distribuido, de forma más o menos ponderada, sus solicitudes entre Alemania y las potencias occidentales, pero el cambio radical de la situación estratégica imponía una profunda modificación de la actitud española de forma paralela a como lo hicieron los restantes países europeos que aún permanecían neutrales. El 12 de junio de 1940, el gobierno de Madrid, a petición de Mussolini, que dos días antes había entrado en la guerra, cambió su postura neutralista por otra de «no beligerancia» que Franco explicó de la siguiente manera: «Ahora las nubes de la guerra han llegado mucho más cerca. Hay muertos italianos en los campos españoles y la simpatía de España por Italia es muy grande; en una palabra, la expresión de no beligerancia puede interpretarse como señal de simpatía más definida por Italia y de una actitud muy atenta».

Todo hacía suponer que Franco, como Mussolini, se uniría al carro del vencedor y permitiría a sus divisiones continuar hacia Gibraltar y el norte de Marruecos, a través de España.

Sin embargo, las cosas no fueron así, y Franco, ante las presiones de Hitler, terminó efectivamente firmando el 11 de noviembre de 1940 un protocolo por el que se comprometía a entrar en la guerra, pero... «una vez satisfechas sus demandas».

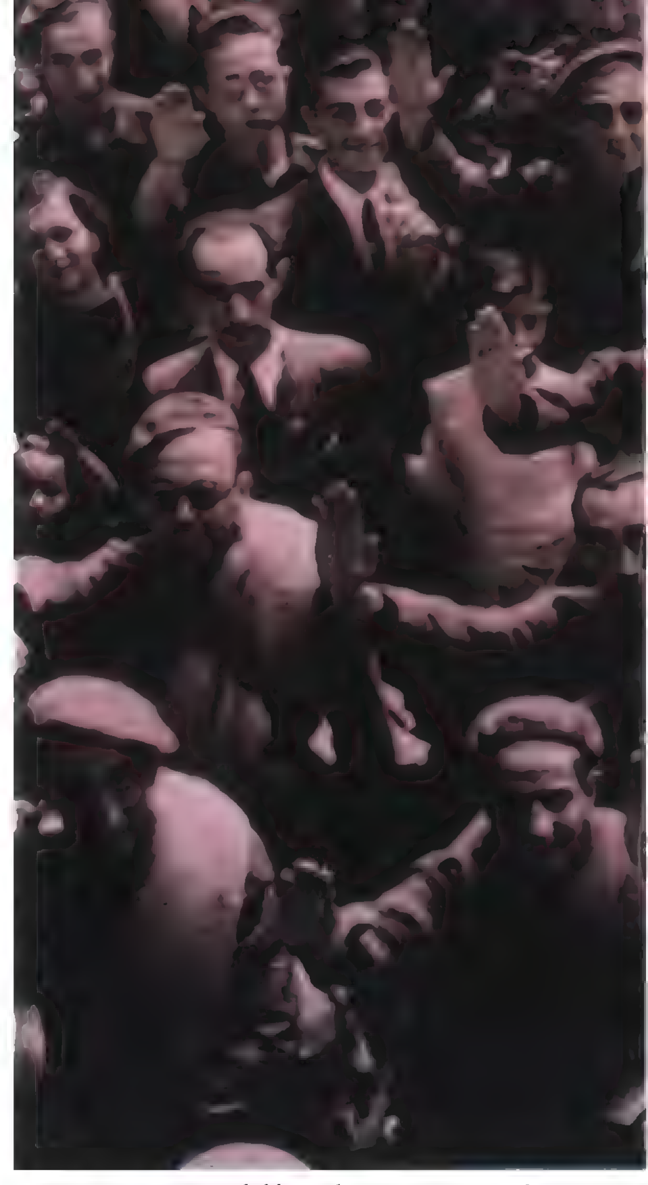
Como éstas, crecientes a medida que pasaba el tiempo, no podían ser atendidas, Franco consiguió demorar la fecha de su prometida participación en la contienda hasta que Hitler desistió y varió sus planes.

El proyecto de «arrojar a los ingleses del Mediterráneo occidental», previa ocupación de Gibraltar, fue cancelado el 10 de diciembre de 1940, y diez días más tarde se ponía en marcha el plan «Barbarroja» con el que los alemanes miraban al este con el fin de «aplastar a la Rusia soviética mediante una rápida campaña».

Pero tanto Hitler como Mussolini insistieron en que España entrara en la guerra para reforzar el flanco sur de Europa e impedir una acción aliada contra la retaguardia alemana con puntos de partida en la península Ibérica.

Fueron los momentos quizá más peligrosos para España, y sus relaciones con Alemania alcanzaron extremos de gran tirantez. Ribbentrop recordó a Franco que «sin la ayuda de Hitler y Mussolini, hoy no habría ni España nacional ni Caudillo» y que «a menos que el Caudillo decida inmediatamente unirse a la guerra de las potencias del Eje, el gobierno de Alemania no puede sino prever el fin de la España nacionalista».

La clara amenaza alemana fue seguida de una carta de Hitler a Franco, de la reunión de éste con Mussolini y de una final contestación del jefe del gobierno español al dictador alemán en la que le decía: «Recientes acontecimientos modifican sensiblemente el estado de cosas que existían en octubre, y sus negociaciones de entonces se encuentran superadas» En ese momento alemanes e italianos jugaron la baza de la deuda española de guerra, cuyo monto exageraron deliberadamente, pero Hitler terminó por ceder y escribió a Mussolini: «En resumen, toda esta fastidiosa palabrería española quiere decir que España no quiere hacer la guerra junto a nosotros y no lo hará... Estos últimos meses han demostrado que Franco no es un buen camarada».



En esta situación de tirantez se sucedieron proyectos alemanes y británicos de intervención en España. Los alemanes, contando siempre con la que creían previsible colaboración española, los británicos con la intención de ocupar Canarias y proteger así sus rutas altlánticas en caso de cierre de Gibraltar. El desvío hacia los Balcanes y el Mediterráneo oriental de la guerra, alejaron a España de ésta.



Muñoz Grandes, elegido para ser guía de los voluntarios.

Arriba, soldados voluntarios de la División Azul dispuestos a partir de España a Alemania y desde allí al frente ruso para devolver «la deuda de sangre» que la Legión Cóndor germana había hecho al Ejército nacionalista de Franco durante la guerra civil española. Al igual que las tropas aliadas-auxiliares del antiguo Ejército de Roma, los aliados del Ejército alemán fueron utilizados por los mandos de éste para realizar pequeñas acciones duras y arriesgadas. Los españoles derrocharon valor en el más duro de los frentes europeos. Abajo, el general Agustín Muñoz Grandes, jefe de la División Azul, aparece en portada de la revista Semana, una de las de más calidad gráfica de los primeros años del franquismo.

La invasión de la URSS. La División Azul y la Escuadrilla de Voluntarios

El 22 de junio de 1941 las tropas alemanas rebasaban la línea de demarcación que establecieron sobre suelo polaco en septiembre de




Dispuestos a partir hacia lo desconocido.

una unidad de voluntarios españoles como expresión de solidaridad en la guerra iniciada la víspera, aunque matizó el ofrecimiento, aclarando que «esta manifestación de solidaridad se hace, por supuesto, independientemente de la completa entrada de España en la guerra del lado del Eje».

Franco dio su consentimiento para que Serrano Súñer procediera a la recluta de voluntarios abierta por Falange, y mantuvo la teoría de que la guerra contra la Unión Soviética era distinta de la que se libraba en Occidente. En ésta, España se sentía neutral, pero en aquélla se consideraba obligada a participar aunque sólo fuera de forma poco más que simbólica. Los aliados, que no entendían de sutilezas, consideraron la postura española como una grave vulneración de su neutralidad aun a pesar de que no eran los españoles los únicos neutrales que contribuían con voluntarios a una lucha que iba teniendo un carácter cada vez más universal. Muchos norteamericanos combatían del lado británico contra los alemanes y del chino, contra Japón. Había suecos en las filas finlandesas, y republicanos españoles en las francesas y británicas.

La ayuda se concretó en la organización de una división de Infantería y de una escuadrilla de aviones de combate, que la serviría de apoyo. Según Demetrio Carceller, entonces ministro de Industria, se trataba de un «gesto sencillo para satisfacer al Eje» y añadió que «si

1939 e iniciaban su impetuoso avance sobre el territorio que los soviéticos habían arrebatado al desaparecido Estado. En España, la noticia de este acontecimiento, totalmente inesperado, produjo un efecto igual y contrario al que dos años antes causara el pacto germano-soviético. Las relaciones germano-españolas, difíciles en ese momento, mejoraron notablemente. La reacción oficial fue entusiasta y la popular, amplia. Los falangistas se lanzaron a las calles en manifestaciones jubilosas que reclamaban la presencia de España en la que ya empezo á llamarse «Cruzada anticomunista», y Serrano Súñer, ministro de Asuntos Exteriores y presidente de la Junta Política, dirigiéndose en Madrid a los manifestantes desde los balcones de la Secretaría General del Movimiento dijo que había llegado la hora de saldar la «deuda de sangre» contraída con Alemania y acusó a la Unión Soviética de ser causante de la Guerra Civil.

En ese ambiente de excitación, del que participaban multitud de españoles, incluidos muchos republicanos fervorosamente anticomunistas, Serrano Súñer, con autorización de Franco, ofreció al embajador alemán Stohrer


Favores caros de devolver.

Postal en color del desfile conmemorativo del Ejército franquista sobre los republicanos en la guerra civil española, en la que aparece la bandera de la Legión Cóndor, enviada por Hitler en auxilio del caudillo fascista español. Compuesta por unos 5.000 hombres escogidos entre lo más granado y efectivo del moderno Ejército alemán, 100 aviones y varias compañías acorazadas, su ayuda y ejemplo diciplinado fue valiosísima para el bando nacionalista durante la guerra de España. En España los alemanes empezaron a utilizar las nuevas tácticas bélicas —sobre todo en avión— que llenarían de muertos los campos y ciudades de Europa durante la Segunda Guerra Mundial. El masivo bombardeo aéreo de la villa foral vasca de Guernica fue una de las acciones más polémicas y comentadas de la Legión Cóndor, al servicio del cuartel general de Franco.

Arriba, un soldado voluntario de la División Azul come una naranja enviada desde España, precioso fruto en las heladas estepas del frente ruso. Abajo, el capitán general Busch, jefe del Ejército alemán en el Este, saluda al general Muñoz Grandes, jefe de la División Azul, a la llegada de los expedicionarios españoles al frente ruso. Para evitar malos entendidos entre el avión de Muñoz Grandes y los controladores aéreos alemanes que parece ser no entendían bien «el alemán» del radiotelegrafista español, con frenillo en la lengua, se acordó que el aparato se identificara al aterrizar transmitiendo la música del pasodoble español El Gallo, compuesto en honor de la célebre dinastía de toreros de ese nombre.



Una naranja para recordar el hogar.



El capitán general Busch saluda a Muñoz Grandes.

Franco hubiese actuado de otra manera, se habría equivocado totalmente». Entre los jóvenes que habían hecho o ansiado hacer la guerra en el bando victorioso, el deseo de participar en la campaña rusa, que consideraban como continuación de aquélla, fue espontáneo, sincero y entusiasta, y ningún gobierno hubiera podido sustraerse a esa realidad que coincidió con la pretensión alemana de capitanear una empresa que su propaganda señalaba como quehacer colectivo de Europa.

Serrano Súñer habría deseado que la embajada española hubiera estado constituida por falangistas y organizada por la Milicia, pero el gobierno decidió que fuera una unidad militar aunque se encargó de la recluta al general Moscardó, jefe nacional de Milicias. Actuaron como centros de reclutamiento las delegaciones provinciales de Falange, pero muy pronto se hizo cargo de todo el Ejército, y el acta de nacimiento de la División fue una orden general del Estado Mayor Central, de fecha 28 de junio de 1941, en la que se especificaba que más de la mitad de sus miembros debían ser militares, desde el general Muñoz Grandes, que la mandaría, a los soldados de filas.

En esa misma fecha el Estado Mayor del Aire dispuso la constitución de una escuadrilla de voluntarios y designó para mandarla al comandante Salas.

La elección de estos jefes daba clara idea de la importancia que en los medios militares españoles se dio a la contribución española «en la lucha contra el comunismo». El general Agustín Muñoz Grandes era uno de los más prestigiosos miembros del Ejército, en cuyas filas había sobresalido de forma muy notable. En Africa hizo famosa la «Jarca», que llevó su nombre; durante la República creó y mandó el nuevo Cuerpo de Guardias de Asalto y durante la Guerra Civil, que le sorprendió en Madrid, fue condenado a muerte e indultado, y el gobierno hizo notables esfuerzos por tenerle a su lado; logró pasar a zona nacional y mandó la 2.ª Brigada de Navarra en Santander, la 2.ª y 3.ª Brigadas de Navarra en Asturias, la 61 División en Teruel, la 150 en Aragón y el Cuerpo de Ejército de Urgell en Cataluña. Después de la guerra fue ministro general del Movimiento, y en el momento de su designación para la División Azul mandaba la 22 División y era gobernador militar del Campo de Gibraltar. El comandante Salas había sido uno de los más destacados aviadores durante la contienda, en la que se distinguió como piloto de caza al mando de una escuadrilla de aviones *Heinkel 51*, como segundo jefe del Grupo de Morato, y al frente del mismo desde septiembre de 1937 hasta el final de la guerra.



Y, sin embargo, la guerra era de verdad y estaba allí.

Un soldado corta los alambres de espino que frenan su avance en el frente ruso. Tras la vuelta a la neutralidad española el 9 de mayo de 1943, cuatro meses más tarde se ordena la repatriación de los voluntarios hispanos. No obstante preferirán seguir luchando junto a los alemanes unos 2.000 hombres que formaron la Legión Azul, a las órdenes de un coronel. Repatriados también en marzo de 1944, un pequeño grupo de estos entraría en la «guardia personal de Hitler» (admirador del valor suicida de los ibéricos) y morirían firmes en sus puestos en el búnker de la cancillería de Berlín, conquistado por el Ejército Rojo soviético el 2 de mayo de 1945. Hitler se había suicidado poco antes.

Los voluntarios afluyeron de toda España en número muy superior al requerido y finalmente fueron seleccionados 641 oficiales, 2.272 suboficiales y 15.780 soldados para la División, lo que arrojaba un total de 18.693 hombres. La escuadrilla, íntegramente reclutada dentro del Ejército del Aire, la compusieron 26 oficiales —de ellos 17 pilotos—, 4 suboficiales y 81 cabos y soldados, uno de ellos «polizón», cuya presencia no fue advertida hasta llegar a Berlín.

El conjunto, totalmente improvisado, carecía de la cohesión, la instrucción y el adiestramiento que hacen de una muchedumbre un instrumento militar apto para la guerra, y más parecía una milicia irregular que una tropa organizada. Como en la Guerra, predominaba el aire montaraz y guerrillero sobre la disciplina y la presentación.

Para transformar esa masa de combatientes, precipitadamente congregada, en una unidad militar eficiente, los voluntarios se encaminaron hacia Alemania, donde recibirían vestuario, pertrechos e instrucción. La salida se inició el 13 de julio en medio de un entusiasmo contagioso, y el 23 todos los divisionarios se concentraban en el campamento de Grafenwöhr, acantonamiento militar «a medio centenar de kilómetros de Nuremberg». Al día siguiente, el 24, salían de Madrid los miembros de la Escuadrilla Expedicionaria con destino al aeródromo de Werneuchen, situado a 28 kilómetros de Berlín, y donde se harían cargo del material aéreo y terrestre en cuyo manejo se adiestrarían.

La División española pasó a ser la 250 del Ejército alemán, pero nunca perdió su apelativo de *División Azul* o *Blau Division*, por el que siempre fue conocida. Una vez acoplada a la organización alemana, quedó integrada por los regimientos de Infantería 262, 263 y 269, sendos grupos de antitanques y cañones de exploración, el regimiento 250 de artillería, el batallón de depósito 250, un grupo de transmisiones, un batallón de zapàdores y los servicios de Transporte, Intendencia, Sanidad, Veterinaria, Orden y Policía y Correos.

El 31 de julio la División y el 16 de agosto la Escuadrilla, juraron fidelidad al «comandante supremo del Ejército alemán, Adolf Hitler, en la batalla contra el comunismo», con una fórmula redactada especialmente para el caso que limitaba el alcance del compromiso a una finalidad específica: la lucha en contra de la Unión Soviética.

La larga marcha hacia el frente

El 20 de agosto los españoles salían hacia el frente con apenas un barniz de instrucción y adiestramiento. Los alemanes se quejaban

constantemente de la mala presentación, la escasa disciplina, la poca marcialidad y el nulo interés de los voluntarios por adquirir esas virtudes. Se les había dicho que tendrían el honor de entrar en Moscú junto a sus camaradas alemanes, y eran tantos y tan espectaculares los éxitos que éstos lograban que tenían el temor de no llegar a tiempo para participar en tan magno acontecimiento y de ahí la gran alegría y el enorme entusiasmo con que se recibió la orden de partida. La División era un abigarrado conjunto que incluía, junto a los 17.046 hombres que la componían, 5.610 cabezas de ganado, 765 vehículos, un centenar de piezas de distintos calibres y cometidos y una copiosa impedimenta que dificultaba los movimientos y exigía para su transporte un orden y una organización que la División estaba bastante lejos de alcanzar.



Portada de la revista militar alemana Die Woche *en la que soldados germanos, vestidos con uniformes especiales para el frente ruso, se agolpan antes de un ataque en una trinchera de la gélida estepa oriental. Los voluntarios españoles de la División Azul sufrieron mucho los efectos del frío, tanto durante las campañas, como luego, en sus largos años de cautiverio.*

Una portada del **Die Woche** *dedicada al ejército del Este.*

Su aproximación al frente se efectuó en ferrocarril hasta Suwalky, ciudad situada próxima a la frontera de la Prusia Oriental y dentro del territorio polaco adjudicado a la Unión Soviética en septiembre de 1939. De allí siguieron a pie hasta el sector de Smolensko, donde debían incorporarse al grupo de ejércitos «Centro» que al mando del mariscal Von Bock tenía como objetivo la capital soviética; sin embargo, durante la marcha se fueron poniendo de manifiesto todas las deficiencias de la División, y los alemanes perdieron toda su confianza en ella. Los oficiales germanos se quejaban de que se estaba efectuando en la mayor indisciplina, sin respetar ni las señales ni las distancias; sin prestar la debida atención al cuidado de las armas, de la impedimenta y del ganado y con total incapacidad para hacerlo. El aspecto de los hombres era deplorable. Marchaban sucios, desaliñados, desabrochadas las guerreras y arrastrando los capotes, y las pérdidas que ocasionaban estos descuidos eran muy grandes. En estas condiciones, el mando alemán de la Gran Unidad a la que iban destinados se negó a aceptar a aquellos desarrapados, y la División se vio rechazada y desairada.

Su objetivo ya no era Moscú, sino Leningrado, y hacía allí se dirigió la División girando a su izquierda en dirección a Witebsk, donde embarcó en ferrocarril hasta Novogorod. Pocos días más tarde, en la noche del 10 de octubre, cansados de una larga marcha de dos meses de duración, los españoles comenzaban a entrar en posición a lo largo de la línea del río Volchov, en la que cubrieron un sector de 40 kilómetros dentro de la demarcación del 18 Ejército alemán, que mandaba el coronel general Von Küchler. La División española encontró finalmente acomodo «en un lugar tranquilo».

La Escuadrilla tuvo mejor acogida, y el 1 de octubre el escalón de vuelo llegaba al aeródromo de Moschna, en las inmediaciones de Smolensko, donde pasó a ser la 15 Escuadrilla del 27 Grupo de Asalto que mandaba el mayor Weis. Formaban parte del VIII Cuerpo de Ejército aéreo alemán del general Von Richthofen, que había sido jefe de la Legión Cóndor de España y que conocía perfectamente la capacidad y valor de los aviadores que iban a ponerse a sus órdenes.

En la línea del Volchov y sobre los cielos de Moscú

Los primeros en entrar en combate y conseguir laureles fueron los aviadores, que el 4 de octubre, en su 16 servicio de guerra, consiguen sus dos primeras victorias, ambas logradas por el comandante Salas, que el día 5 recibe la Cruz de Hierro, impuesta por Richthofen. Sus camaradas de la División, de los que quedarían definitivamente separados, empezaban a actuar en un sector que no iba a resultar tan tranquilo como pensaron los que creyeron que sólo podrían ser de utilidad en un sector pasivo.

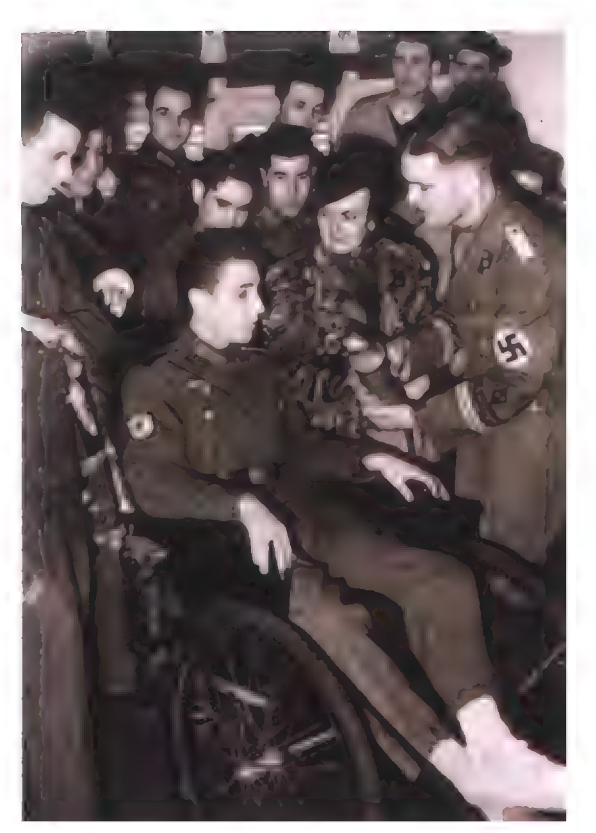
A los pocos días de entrar en línea, el grupo de ejércitos «Norte» se dispuso a cercar Leningrado avanzando en dirección a Tijvin, al sur del lago Ladoga para darse la mano con los finlandeses del mariscal Mannerhein. Los soldados españoles debían contribuir a la ofensiva

conquistando una cabeza de puente al otro lado del río Volchov para cubrir el flanco derecho de la penetración alemana. Contra lo que temían los alemanes, aquellos soldados de aspecto indolente, desaliñados y poco dados a las muestras de disciplina, cubrieron todos sus objetivos y los defendieron con tesón.

Terminado el avance, los españoles libraron una dura batalla defensiva que adquirió cotas de heroísmo en Possad, localidad que defendieron durante un mes y de la que solamente se retiraron cuando recibieron orden de hacerlo. La empresa costó 264 muertos, 791 heridos y 354 casos graves de congelación, pues aquel crudísimo invierno adelantó su aparición y ya desde octubre fueron frecuentes las intensas nevadas y las crudas heladas. «Los alemanes, que habían considerado desdeñosamente a los españoles, quedaron maravillados». La salida de los defensores de Possad coincidió en el tiempo con la entrada en guerra de Estados Unidos.

Este hecho, unido al cambio de la situación del frente ruso, en el que la iniciativa había pasado a los soviéticos, produjo un respiro en la grave situación de Leningrado y un obstáculo para los alemanes, que se vieron en dificultades para mantener el frente y rechazar las embestidas soviéticas. Los españoles se empleaban diariamente en pequeñas y penosas acciones, en una de las cuales acudieron a socorrer a la posición alemana de Wswad situada en la orilla sur del lago Ilmen. La misión se encomendó a la compañía de esquiadores, que inició su marcha sobre el lago helado el 10 de enero de 1942 y consiguió dar cima a su cometido y regresar a su base después de quince días de actividad que redujo sus efectivos de 206 hombres a únicamente 12. Su heroísmo fue premiado con la Medalla Militar colectiva y dos individuales.

Ante el cambio de situación Franco tomó postura, y el 14 de febrero afirmó que si los soldados soviéticos se abrían camino hacia Berlín «un millón de voluntarios españoles» tratarían de cerrarles el paso. Al mes siguiente el general Esteban-Infantes recibía el encargo de «estudiar y preparar el relevo de la División Azul española». Antes de que comenzara el verano se había sustituido un tercio de la División, y ésta pasó a descansar y reorganizarse. En diez meses de frente había perdido 1.400 hombres, los últimos durante los combates que se libraron para reducir la bolsa establecida por los soviéticos a poniente del Volchov y que quedó aniquilada a lo largo del mes de mayo después de combates muy duros y costosos. Entre los prisioneros capturados en esta ocasión se encontraba el general Vlassov.



Los heridos se consideraban afortunados.

Arriba, uno de los voluntarios de la División Azul herido en el frente ruso aparece sentado en una silla de ruedas, rodeado de sus compañeros de armas. Abajo, portada de la revista División Azul, *publicación editada por la sección de propaganda de la unidad española del mismo nombre en el frente del Este.*



La propaganda se encargó de la visión que todos debíamos tener.



Un pañuelo blanco, encontrarse y llorar



También el regreso se convirtió en propaganda.

Dos emotivas imágenes de la llegada del buque griego Semiramis al puerto de Barcelona, el 2 de abril de 1954. A la izquierda, uno de los que regresa saluda con un pañuelo a la multitud agolpada en el muelle. A la derecha, brazos que tienden a unirse durante la maniobra de atraque. El régimen franquista, que nada había hecho por devolver a los voluntarios a su patria, montó uno de sus «espectáculos» propagandísticos. Las negociaciones se iniciaron a la muerte de Stalin —quien durante la guerra se había negado a canjear a su propio hijo por más de un oficial alemán. «Un soldado por un soldado»», parece ser que dijo— por medio de la Cruz Roja y una congregación religiosa española. Los soviéticos no reconocían a los divisionarios como prisioneros de guerra, sino como «bandidos invasores nazis», ya que España nunca había declarado la guerra a la URSS. Los españoles hicieron varias huelgas de hambre en los campos de concentración soviéticos para reivindicar el status de prisioneros de guerra y poder tener correspondencia con sus familias.

Después de su descanso, la División Azul cambió de sector y se estableció en el de Krasnibor, inmediato a Leningrado, donde se mantuvo relativamente tranquila hasta febrero de 1943, en que los divisionarios tuvieron que hacer frente a una poderosa ofensiva soviética.

Mientras tanto, en España, Franco, que vio claro el giro de la guerra, preparó su adaptación, y el 3 de septiembre de 1942 Serrano Súñer era sustituido por Jordana en el Ministerio de Asuntos Exteriores y por el propio Caudillo en la Jefatura de la Junta Política. Era el momento oportuno. El general Warlimont, eminencia gris del Estado Mayor General Alemán, escribía el 31 de octubre: «Clara es la conclusión: el Ejército alemán y sus aliados han hecho cuanto han podido y ya no pueden hacer más». Cuatro días más tarde Rommel iniciaba su retirada, ocho más tarde los aliados desembarcaban en Marruecos y Argelia, y treinta y dos días después Von Paulus quedaba sitiado con su VI Ejército en Stalingrado.

El 12 de diciembre, el general Muñoz Grandes abandonaba el frente, era condecorado por Hitler con las Hojas de Roble sobre las insignias de Caballero de la Cruz de Hierro y le relevaba Esteban-Infantes, que ya desde agosto figuraba como adjunto suyo.

Los aliados se perfilaban ya como seguros vencedores y en esta situación, tan poco propicia para mantener elevada la moral, los divisionarios tuvieron que empeñarse en la más dura prueba que sufrieron en Rusia. El 10 de febrero de 1943 y después de violentas acciones previas al sur del lago Ladoga, en las que los españoles se distinguieron con su heroísmo, los rusos iniciaron una violenta ofensiva en cuya preparación intervinieron más de 800 cañones que concentraron su fuego sobre las líneas de la División. Esta, como siempre, resistió con una tenacidad increíble, y aunque se vieron obligados a retroceder, cediendo algunas posiciones, mantuvieron el frente a costa de extremados sacrificios. En la batalla fueron hechos prisioneros cerca de 300 divisionarios y en ella se distinguió de manera especial la compañía de zapadores mandada por el capitán Aramburu, que después de una notable defensa y una increíble retirada vio reducidos sus efectivos de 172 hombres a sólo 32 y algunos de ellos heridos. La batalla continuó hasta el 19 de marzo y costó a la División 3.200 bajas, pero el frente se mantuvo.

La guerra, mientras tanto, acentuaba su cambio de signo, y nuevas amenazas se cernían sobre España, sometida a las presiones simultáneas de alemanes y aliados, que prepararon distintos planes de invasión de la península. Los planes alemanes fueron rechazados por Hitler, pues, según él, «ocupar España sin consentimiento de los españoles es algo que ni siquiera merece discutirse: son los únicos latinos valientes y formarían guerrillas en nuestra retaguardia»; los aliados prefirieron el camino italiano, donde los fascistas fueron arrojados del poder y Badoglio firmó un armisticio con ellos, invirtió las alianzas y declaró la guerra a Alemania.

España vuelve a la neutralidad y retira la División

El 9 de mayo de 1943, Franco abandonaba la «no beligerancia» y volvía a la neutralidad. Si aquella se adoptó por simpatía hacia Italia, el cambio de actitud de ésta justificaba el de España. En septiembre se ordena la repatriacion;



Un barco llevó a los repatriados hasta Barcelona.



Otros quedaron atrás para siempre bajo el suelo ruso.

y los alemanes ofrecieron muy débiles reparos. El relevo de la unidad se inició el 9 de octubre, y el 17 de noviembre se disolvía la División, que dejó como testimonio de la presencia española la que se llamó *Legión Azul*. La formaban tres banderas de 500 hombres al mando del coronel García Navarro, y con sus órganos de mando y apoyo quedó constituida por unos 2.000 combatientes que el 15 de diciembre entraron en línea en el sector de Kostot, próximo al que ocupó inicialmente la División. Allí habrían de sufrir la dura ofensiva de invierno del ejército soviético, que en enero de 1944 obligó a los alemanes a retirarse definitivamente del frente de Leningrado. García Navarro conservó hasta entonces sus puestos con la misma tenacidad con que anteriormente lo habían hecho los divisionarios, y el 14 de marzo de 1944 el coronel general Lindemann se despedía de los legionarios, que también regresaban a España.

En esas fechas volvían igualmente a la patria los aviadores de la Escuadrilla Expedicionaria, que hasta entonces habían luchado en los cielos de la Rusia central. Cuatro veces se había sustituido su personal, y los aviadores dejaban como recuerdo unas hazañas que resistían perfectamente la comparación con las realizadas por sus compañeros de tierra. 163 aviones derribados con la pérdida definitiva de 25 pilotos y especialistas, dan idea de la gesta de estos hombres.

Pero no terminaría aquí la odisea de los españoles en tierras rusas, pues un cierto número de éstos, aventureros, idealistas y fanáticos, se incorporaron a las SS, y llegaron a constituir dentro de ellas tres compañías, fuera ya de la disciplina española y amenazados con la privación de su nacionalidad. Estos hombres lucharon hasta el final, y en su casi totalidad se integraron en las compañías 101 y 102, que resultaron aniquiladas en la defensa de Berlín. Muy pocos de ellos escaparon a la muerte, y 22 fueron hechos prisioneros uniéndose en los campos de concentración a los varios cientos de divisionarios que con ellos sufrieron prolongado cautiverio.

Para éstos el epílogo fue largo y en un número elevado de casos definitivo. Los supervivientes —291— regresaron a España a bordo del barco griego *Semiramis*, que atracó en Barcelona el 2 de abril de 1954, casi trece años después de que se iniciara la aventura. Millares y millares de españoles dieron su emocionada bienvenida a aquellos compatriotas que habían soportado con entereza los horrores de la guerra y los infortunios del cautiverio. Su sacrificio y el de los 3.934 muertos, 8.466 heridos y 326 desaparecidos, oficialmente contabilizados, no había sido estéril.

Su epopeya, fracasada en lo militar, había contribuido eficazmente a mantener a España alejada de la guerra, había saldado la deuda de sangre contraída con Alemania y había pagado una muy importante parte de las obligaciones pendientes con esta nación. Según Angel Viñas, los pagos en España por gastos de la División Azul redujeron en 138 millones de marcos el déficit de nuestras cuentas de guerra.

El comportamiento de los voluntarios fue causa suficiente para que tanto los alemanes como los aliados lo pensaran dos veces antes de intentar violar nuestra neutralidad, y la disminución de la deuda supuso un notable alivio en la penosa situación por la que atravesaba nuestro pueblo.

R. S.

A la izquierda, familiares y amigos de los voluntarios de la División Azul prisioneros de los rusos desde la Guerra Mundial, abrazan a los repatriados, tras la llegada de éstos a España en 1954. A la derecha, cementerio germano-español en el frente ruso. Sobre muchas de las cruces de las tumbas aparecen nombres de los voluntarios españoles caídos en «la nueva Cruzada contra el comunismo». Entre los más de 18.000 reclutados hubo de todo: desde fascistas fanáticos a republicanos (caso del director de cine Luis García Berlanga) que esperaban que su gesto librara de la pena de muerte a algún familiar encarcelado por Franco, pasando por idealistas, aventureros o pícaros. Hubo quien se alistó para no casarse o para escapar de una situación familiar insostenible. O sólo para cobrar las 1.000 pesetas de la prima de enganche.

VIRGINIA WOOLF



Virginia Woolf, 1902.

Si el XIX había sido el siglo de la novela (Dickens, Flaubert, Dostoievski, Henry James, son algunos de sus mejores representantes), lo cierto es que a comienzos del siglo XX parecía que la novela había llegado al límite de sus posibilidades expresivas, se había convertido en un género enmohecido, vacío, encerrado en unos esquemas demasiado rígidos. Era un arte agonizante y necesitaba urgentemente hallar nuevas vías.

A partir de la segunda década de nuestro siglo, varios escritores van a dar a la novela un impulso revitalizador y renovador. Cuando se habla de estos novelistas se citan los nombres de Marcel Proust, que en 1913 publicó Por el camino de Swann *(el primero de los siete volúmenes de* En busca del tiempo perdido*); de James Joyce y su novela* Ulises*, publicada en 1922; de Franz Kafka... Y con frecuencia se olvida a Virginia Woolf, cuando sin sus aportaciones la novela no habría podido convertirse en lo que hoy es: el género literario por excelencia, el arte que permite la expresión más amplia y más profunda de los sentimientos.*

Virginia Woolf (Londres 1882-río Ouse, Sussex, 1941) fue una de las inteligencias creadoras que marcaron la revolución total de la narrativa moderna, a la que aportó, por vez primera, una visión del mundo totalmente femenina —y feminista— mucho más amplia y globalizadora que el estrecho racionalismo masculino de los escritores anteriores a Freud, Proust o James Joyce, descubridores también, a su manera, de que la razón no es capaz de entender y describir la complejidad de la realidad y de que ésta también se compone de sentimientos, juicios y hasta prejuicios. Nacida en el seno de una familia de escritores victorianos, Virginia Woolf aparece en la fotografía, tomada en 1902, a los 20 años de edad.

La imagen masculina en Virginia Woolf

Virginia Woolf nació en 1882 en la Inglaterra asfixiante de la época victoriana, henchida de puritanismo, normas rígidas que impedían la menor expresión de los sentimientos, de cruel sometimiento de las mujeres... Y nació en una familia cuya cabeza, sir Leslie Stephen, padre de Virginia, era, según Rober Poole, «un representante típico de lo mejor del pensamiento de mediados de la época victoriana», lo cual quería decir que era un intelectual arrogante, incapaz de aceptar cualquier fenómeno que no encajase en su racionalismo estrecho. Sir Leslie era amable y abierto con los hombres, pero exigía de *sus mujeres* una dedicación absoluta, hasta el agotamiento, hasta la muerte. Julia Duckworth, madre de Virginia, murió en 1895, siendo veinte años más joven que su marido, y Stella, hija de un anterior matrimonio de Julia y que ocupó su lugar en la casa a la muerte de ésta, sólo vivió hasta 1897.

Esta fue la primera imagen de lo masculino y lo femenino que obtuvo Virginia: lo masculino, arrogancia, racionalismo, vacuidad, autocompasión, exigencia de conmiseración, incomprensión de cualquier idea o acto considerados «no lógicos»... Lo femenino, delicadeza, entrega, sensibilidad, intuición, placidez. Una imagen que no haría más que confirmarse a lo largo de su vida (lo que explica las relaciones que Virginia mantuvo con los hombres y las mujeres) y que aparece en todas sus obras.

Así, en *Fin de viaje* (1915) y *Noche y día* (1919), sus dos primeras novelas, el tema viene a ser el mismo: la imposibilidad de expresar los sentimientos, de compartir las emociones, separa a los hombres y las mujeres; la unión física es irrealizable; el amor es algo tibio, carente de pasión. En *Al faro* (1927) las referencias son aún más claras: por una parte, Virginia traza un retrato sutil de sus padres (su hermana Vanessa afirmó que los había visto casi vivos mientras leía la obra), pero también nos muestra al intelectual más joven, con la misma altanería, la misma ceguera que sus mayores. Los hombres



El padre que desde niña enfocó su vida hacia una dirección sin salida.

están tan preocupados de sí mismos que no comprenden nada. «Mrs. Ramsay compadecía siempre a los hombres, como si carecieran de algo...» (leemos en *Al faro*). En *Los años* (1937) el coronel Pargiter es un tirano, y Rose, de niña, ve a los hombres con rostros monstruosos y deformes. Finalmente, en *Entre actos* (1941), su última novela, que transcurre en 1939 durante una representación teatral en la campiña inglesa, sólo una mujer (Mrs. Swithin) es capaz de comprender el verdadero significado de la representación, organizada por otra mujer: no hay futuro, la muerte está próxima y son los hombres, embutidos en sus uniformes, quienes la traen (la misma idea aparece en su ensayo *Tres guineas*, escrito en la misma época).

Quizá lo único que puede salvar a los hombres sea la sencillez, como a Paul Rayley en *Al faro;* o una muerte prematura, como en *El cuarto de Jacob* (1922); o la adopción del espíritu andrógino, como en *Orlando* (1928).

Pero la imagen de sir Leslie o la injusticia de la condición femenina, no explican por sí solas la visión clarividente de Virginia del «verdadero carácter de los seres humanos», ni la referencia continua en sus obras a la dualidad sexual y a la necesidad de superarla, ni su inhibición sexual (sobre todo con los hombres), ni los estados depresivos que padecía y que todos consideraron como síntomas de su «demencia», sin preguntarse jamás por qué podían estar motivados.

Virginia sufrió más experiencias de lo masculino, algunas de ellas verdaderamente traumáticas y que servirían por sí solas para explicar la mayoría de sus depresiones. Por ejemplo, en su escrito autobiográfico *Apunte del pasado* (recopilado recientemente por Jeanne Schulkind en el volumen *Momentos de vida*), podemos leer: «Una vez, cuando yo era muy pequeña, Gerald Duckworth me puso encima de esta repisa y... comenzó a explorar mi cuerpo... Su mano exploró también mis partes íntimas. Recuerdo que esto me ofendió, me desagradó...». Gerald era hijo de Julia y, por tanto, hermanastro de Virginia. La huella que esta experiencia dejó en ella debió de ser definitiva, sobre todo si tenemos en cuenta lo que escribe en *Al faro:*

Su origen y experiencias familiares fueron fundamentales para crear los sentimientos femeninos y antimachistas que Virginia Woolf expresaría luego en sus libros, especialmente en Tres guineas *(1938),* Fin de viaje *(1915),* Noche y día *(1919),* El cuarto de Jacob *(1922),* Al faro *(1927) y* Orlando *(1928). Sobre estas líneas, la escritora británica aparece fotografiada en 1902 junto a su padre, el también escritor Sir Leslie Stephen Woolf, conservador, victoriano y déspota masculino en la relación con sus esposas —tuvo dos— e hijas.*



Vanessa Bell, pintora y escritora, hermana de Virginia.

«No... los niños nunca olvidan. Por eso debía tener uno tanto cuidado con lo que decía y con lo que hacía».

Curiosamente, fue la editorial de Gerald Duckworth la encargada de publicar las dos primeras novelas de Virginia; no es fácil imaginar el profundo desagrado que esto debía provocar en ella. A partir de 1916, en que los Woolf crean la Hogarth Press, las obras de Virginia serán publicadas por su propia editorial.

La tercera imagen masculina es, si cabe, más dañina. Se trata de George Duckworth, hermano de Gerald, de quien Virginia dice que «no sólo era el padre, la madre, el hermano y la hermana de aquellas pobres chicas Stephen, sino que también era su amante». En efecto, durante bastantes años George asedió sexualmente a Virginia, irrumpiendo muchas noches en su habitación y metiéndose en su cama, ante el horror de ella y la imposibilidad de hacer nada para evitarlo. En algunas de sus novelas hay claras referencias a George, y en *Fin de viaje* y en *Los años*, Virginia describe con toda exactitud una de estas incursiones nocturnas y la sensación de pánico que la invadía.

Cuando en 1904 muere sir Leslie y los cuatro hermanos Stephen (Vanessa, Virginia, Thoby y Adrian) se trasladan a una casa en el número 46 de Gordon Square, en Bloomsbury, barrio considerado «no elegante» por la familia, se produce el primer alejamiento de la vida anterior, lúgubre y opresiva. Bloomsbury constituía un mundo más confortable, más cálido y más interesante; sobre todo a partir de febrero de 1905, en que los antiguos compañeros de Thoby en Cambridge (entre los que se encontraban, por ejemplo, Saxon Sydney-Turner, Maynard Keynes, Lytton Strachey y Clive Bell) comenzaron a reunirse en Gordon Square, dando origen al «Grupo de Bloomsbury», ocasionando la ruptura definitiva con la familia (que no consideraba respetable que dos señoritas estuviesen hablando con hombres hasta la madrugada), y dando a Virginia la oportunidad de entrar en contacto con una nueva imagen de lo masculino: los sodomitas (como ella los denominaba). Esto no quiere decir que todos los miembros de Bloomsbury fueran homosexuales; la verdad es que nunca fue un grupo estático ni homogéneo (así, por ejemplo, aunque en 1914 la mayoría de sus componentes se opusieron a la guerra y se declararon objetores de conciencia, hubo algunos que participaron en la contienda). El grupo se formó mediante vínculos de amistad, y les unían su origen social y toda una serie de deseos comunes: renovación estética, abolición de muchos convencionalismos victorianos y, sobre todo, un ansia desmedida de conversación.



Anuncio de una exposición de los talleres Omega.

Arriba, la hermana de Virginia Woolf, Vanessa, pintora y autora también de pequeñas obras literarias en la misma línea feminina-feminista que la primera, a quien se sintió íntimamente unida. Casada en 1907 con el ensayista y crítico de arte Clive Bell, miembro del llamado Grupo de Bloomsbury, excelente fermento intelectual de la sociedad británica, Vanessa fue madre de un poeta, Julian Bell, que murió en la Guerra Civil española tras apuntarse como soldado voluntario en las filas republicanas. Clive Bell y Virginia Woolf también tuvieron un romance (con el consentimiento de Vanessa) que no cuajó en nada serio. La moral hipócrita de la sociedad victoriana británica se quebraba con la conducta de jóvenes como los del Grupo de Bloomsbury. Abajo, cartel de una muestra de artesanía organizada por el grupo para reivindicar todas las formas del arte.

A pesar de todo, los sodomitas eran en un primer momento los más llamativos. Muchos años después de conocerlos, en 1926, cuando ya Bloomsbury se había disuelto, Virginia escribió: «Encuentro a los sodomitas aburridos, como el macho normal». No era ésa la única similitud; en cuestiones fundamentales, los intelectuales de la generación de Virginia no habían conseguido liberarse de la carga que suponía su educación victoriana. Refiriéndose al Grupo de Bloomsbury, dice Gerald Brenan que «se negaban a admitir que presiones psicológicas obligaran a la gente a creer en cosas que no se podían probar racionalmente». Y eso era exactamente lo que le ocurría a Virginia. Los que iban a ser sus amigos para el resto de su vida también consideraban que estaba loca.

Finalmente, encontramos las dos imágenes masculinas que podemos llamar amorosas: Clive Bell y Leonard Woolf.

Clive Bell se había casado con Vanessa en 1907. Un año después, a raíz del nacimiento del primer hijo del matrimonio (Julian Bell, que moriría en la Guerra Civil española), Virginia inició con Clive un *flirt* que se iba a prolongar durante mucho tiempo. Virginia no estaba enamorada de su cuñado (Vanessa pensaba que sólo pretendía complicar las cosas), pero a ratos le halagaban sus galanterías y se sentía muy a gusto a su lado; otras veces, en cambio, no podía soportarle. La relación entre Virginia y Clive fue una mezcla de coqueteo y aversión que, en general, no debió de resultar desagradable.

Leonard Woolf representa la imagen masculina más permanente, y más ambigua también, en la vida de Virginia. Indudablemente, la imagen más decisiva.

Leonard Woolf y la «locura» de Virginia

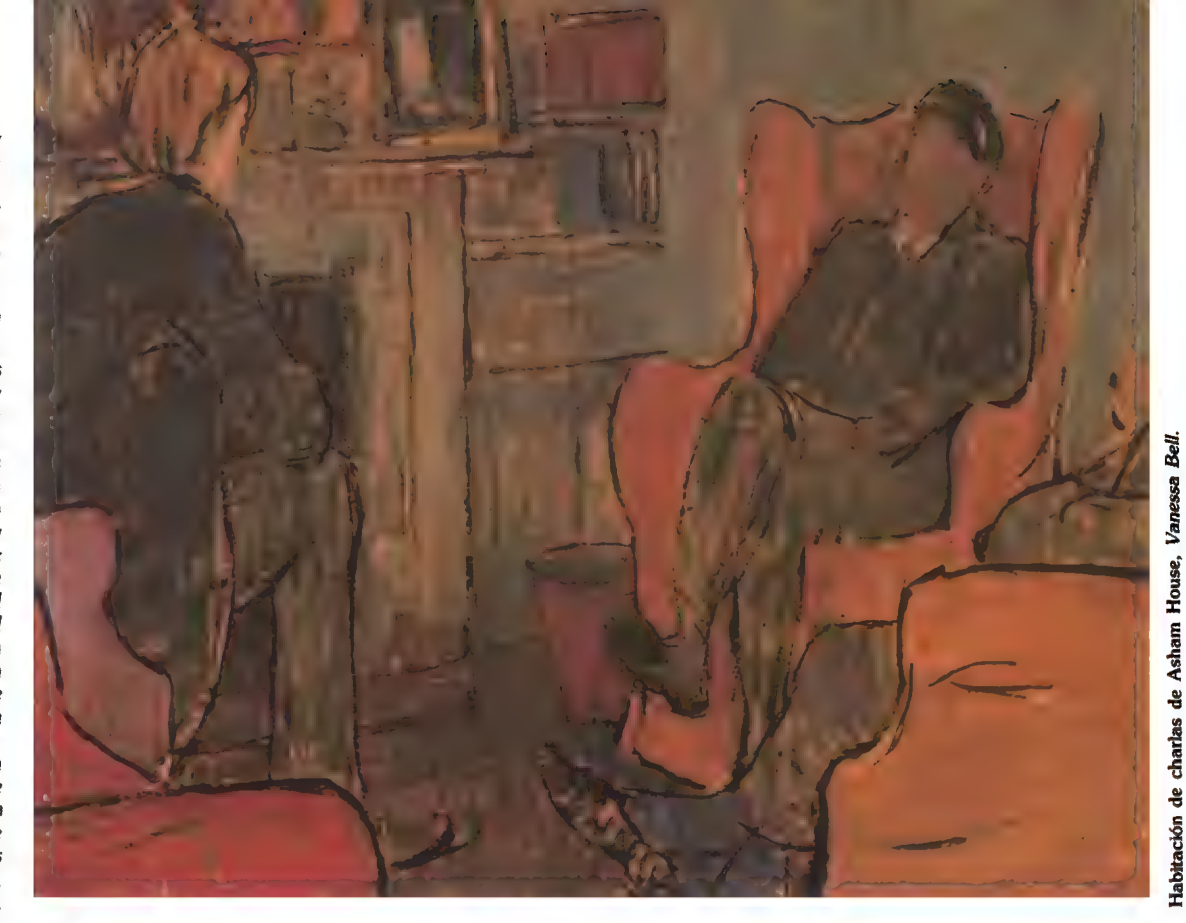
Leonard Woolf había estudiado en Cambridge con Thoby Stephen y había sido uno de los mejores amigos de Lytton Strachey. En 1904 se marchó a Ceilán como administrador colonial y allí permaneció siete años. Cuando en junio de 1911 regresó a Londres con un año de permiso, se puso en contacto con sus antiguos compañeros y se integró en el grupo de Bloomsbury. Leonard poseía dos atractivos: su inteligencia (según Brenan, se consideraba a sí mismo tan inteligente que opinaba que Bertrand Russell era solamente brillante) y la experiencia que le proporcionaba su larga estancia en tierras exóticas (fruto de la cual es su novela *La aldea en la selva*).



Adrian Stephen, hermano de Virginia, también perteneciente al grupo.

En la fotografía, Adrian Stephen (1883-1948), hermano de Virginia e hijo de sir Leslie Stephen, fue otro de los miembros que asistían a las tertulias inacabables del Grupo de Bloomsbury. Por los salones de la casa de los Woolf, en los que se hablaba y se cuestionaba todo lo humano y hasta lo divino, pasaron las personalidades más interesantes de la Inglaterra de la época, incluidos políticos como Raymond Asquith o Winston Churchill. Pero los creadores, escritores y artistas eran los que llevaban la voz cantante.

Poco después del regreso de Leonard, Adrian y Virginia, que desde la boda de Vanessa habían mantenido una convivencia poco gratificante en una casa de Fitzroy Square, decidieron buscar un nuevo alojamiento y compartirlo con algunos de sus amigos. Virginia (a quien siempre fascinó la tarea de buscar una nueva casa) encontró lo que quería en Brunswick Square. Ante el escándalo de algunos de sus amigos, Virginia iba a vivir con cuatro hombres: Adrian, Maynard Keynes, Duncan Grant y Leonard Woolf. Aunque no se trasladarían a su nuevo domicilio hasta comienzos de 1912, Virginia y Leonard se vieron alguna vez durante el otoño. Fue en septiembre, mientras paseaban juntos por los South Downs, cuando Virginia descubrió Asham House y decidió arrendarla inmediatamente. Asham era una casa de campo romántica, aislada pero cercana a Londres, y en ella iba a pasar largas temporadas durante los años siguientes. Fue, sin duda, junto con Talland House (la casa de Cornualles donde transcurrieron los veranos de su infancia) la casa que más amó Virginia.



Habitación de charlas de Asham House, *Vanessa Bell.*

El Grupo de Bloomsbury escandalizó a una parte de la sociedad británica, conservadora del puritanismo victoriano al menos hasta 1914 (la guerra siempre cambia muchas cosas), a pesar de que la reina Victoria había fallecido al iniciarse el nuevo siglo, pero supuso la afirmación de nuevos valores estéticos, literarios, políticos y hasta morales mucho más modernos y válidos. Buena parte de los dirigentes futuros de la sociedad británica (Gran Bretaña siempre ha tenido unas clases dirigentes muy responsables que, a la vez que dominantes, siempre se han sentido solidarias con el destino del conjunto del país), especialmente la izquierda laborista, fueron influidos por el «espíritu de Bloomsbury». El economista John Maynard Keynes, creador del nuevo orden neocapitalista con el que se reorganizó Occidente tras la Guerra Mundial, fue uno de los miembros más destacados del grupo, junto a los Woolf, los Bell, Lytton Strachey, Duncan Grant, Roger Fry, Desmond MacCarthy, George Edward Moore y otros muchos que «entraban y salían trayendo nuevos aires de renovación» como Gerald Brenan (escritor afincado en Andalucía), D. H. Lawrence, Bertrand Russell, T. S. Eliot, E. M. Forster, David Garnett, Edward Thomas, Ford Madox Ford, Galsworth, Arthur Walley o Bryl de Zöete.

Cuando a comienzos de 1912 se trasladaron por fin a Brunswick Square, Leonard se había enamorado de Virginia y le propuso el matrimonio. De pronto el matrimonio se presentaba ante ella como una posibilidad cercana, real. Las anteriores proposiciones no podían ser tomadas en cuenta: Edward Hilton Young, Walter Lamb, Sydney Waterlow... Quizá tan sólo la de Lytton Strachey le había planteado algunas dudas, aunque había demasiadas cosas en contra de esa unión (su homosexualidad, su rivalidad literaria) y él se había arrepentido casi instantáneamente. Sí, la proposición de Leonard era más seria. Por un lado, Virginia quería casarse. En junio de 1911 le había escrito a Vanessa: «No podía escribir y salieron todos los diablos: los diablos negros y peludos. Tener veintinueve años y no estar casada, ser un fracaso, sin hijos, loca además y ni ser escritora». Pero al mismo tiempo, el matrimonio suponía compartir emociones y sentimientos, suponía un contacto sexual, y eso la horrorizaba.

Ante sus vacilaciones, Leonard comenzó a presionarla para que tomase una decisión. Fue la tensión creada por esas presiones y por sus sentimientos contradictorios la que desencadenó la depresión. En febrero de 1912, Virginia ingresó en una casa de reposo de Twickenham.

Era la cuarta crisis que padecía, y su familia, sus amigos y los médicos pensaron que no era más que una recaída en la enfermedad que la aquejaba desde niña. Virginia fue consideraba desde pequeña como una persona extravagante, de reacciones imprevisibles. Nadie intentó descubrir a qué podían deberse sus «rarezas». Simplemente —como ocurriría siempre en adelante— decidieron que había en ella algo anormal, probablemente genético e incurable. Le pusieron el apodo de *La Cabra* y pensaron que lo único que podían hacer era soportarla tal como era.

Sin embargo, todas las crisis que sufrió no eran más que trastornos depresivos con unas causas claras. No es arriesgado suponer que una muchacha de trece años tan sensible como Virginia, que se sentía tan unida a su madre, se hundiese cuando ésta murió en 1985, fecha de su primera depresión. La segunda tuvo lugar en 1904, tras la larga enfermedad que acabó con la vida de sir Leslie y después de haber soportado durante años el acoso constante de George Duckworth. Las causas de la tercera crisis, en 1910, son más complejas, aunque también resultan claras; son los «diablos negros y peludos»: Virginia se sentía incompleta «en comparación con Vanessa, que educaba una familia, gobernaba una casa y aún encontraba tiempo para pintar»; por otra parte, recibía proposiciones de matrimonio de hombres a los que no amaba; todos consideraban que estaba loca, y no era capaz de avanzar en su novela (que, tras seis años y siete correcciones completas, acabaría siendo *Fin de viaje).*

A pesar de todo, Virginia había estado loca siempre y sus depresiones no eran más que un síntoma de su locura. Eso es lo que pensaban todos a su alrededor y también Leonard, quien, por consejo de Vanessa, dejó de ver a Virginia,

que pasó la primavera de 1912 con Catherine Cox, una de las jóvenes que frecuentaban Bloomsbury. Escribía y dudaba acerca de su matrimonio. Leonard, por su parte, veía cómo se acercaba la fecha de su regreso a Ceilán sin que Virginia se decidiese, por lo que en abril volvió a exigirle una respuesta.

El día 1 de mayo, Virginia le escribió una carta absolutamente sincera en la que, entre otras cosas, decía: «(...) Me digo a mí misma: En cualquier caso, serás feliz con él, y te dará su compañía, hijos... Y luego me digo: Cielo Santo, no puedo contemplar el matrimonio como una profesión... A veces siento que nadie nunca ha compartido, o nunca compartirá, algo... Así paso de estar medio enamorada de ti y querer que estés conmigo siempre y que sepas todo lo mío, a la reserva y la indiferencia más extremas. En ocasiones pienso que si me casara contigo lo tendría todo, pero luego... ¿es el aspecto sexual lo que se interpone?»

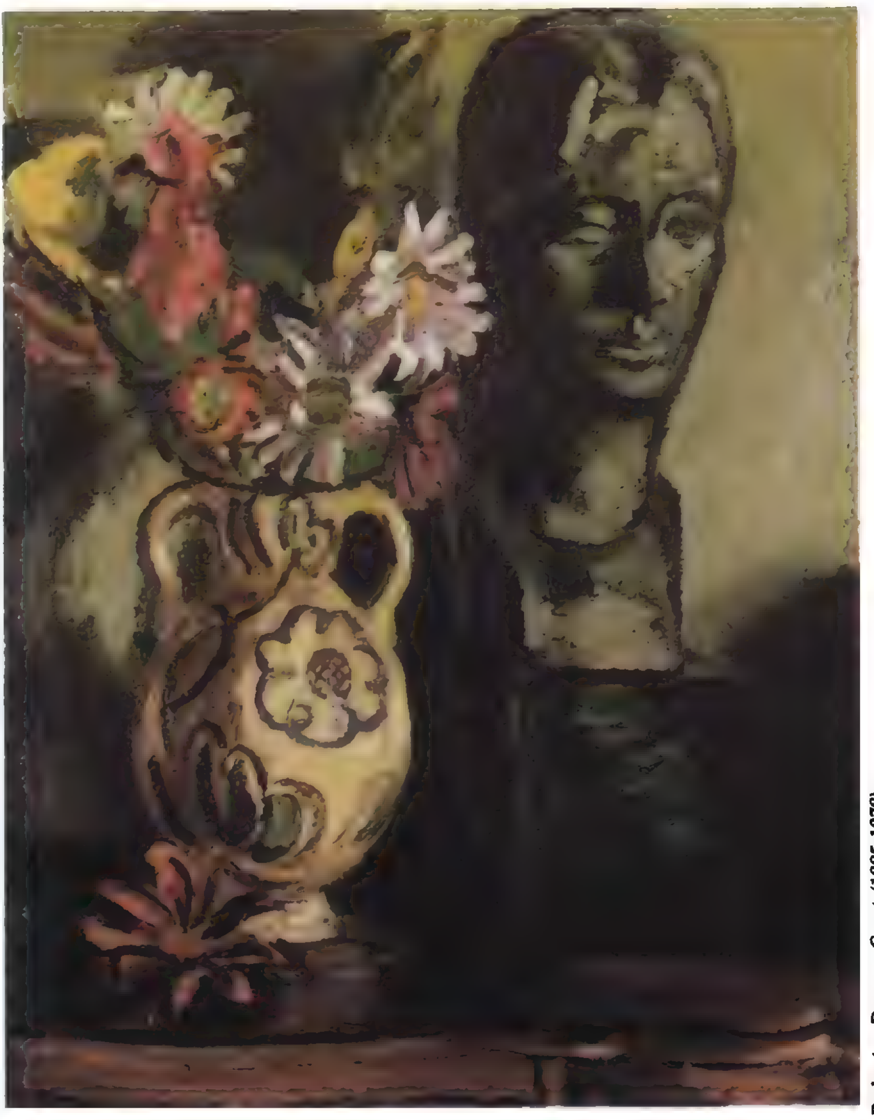
Las razones por las que Leonard Woolf tomó esta carta como una aceptación y decidió no regresar a Ceilán, son un misterio. Pero lo cierto es que el 29 de mayo Virginia accedió a casarse con él. Según Quentin Bell fue la decisión más inteligente que tomó en toda su vida, lo cual, además de exagerado, es falso, si tenemos en cuenta los resultados.

Fin de viaje es la traslación literaria del período anterior a su boda: el nacimiento de un amor desapasionado, la imposibilidad de expresar los sentimientos, la ausencia de unión física... Como ya hemos visto, el tema se repetirá en *Noche y día*.

Virginia era una enferma. Ese fue desde el principio el criterio de Leonard, que, siendo como era un racionalista, no podía tener en cuenta la opinión de su esposa: ella era una demente. Por eso antes de la boda (que se celebró el 10 de agosto de 1912), sin tratar el asunto con ella, Leonard consultó a varios médicos de quienes conocía previamente la respuesta: Virginia no poseía la suficiente estabilidad para tener hijos. No importaba que ella los desease, que considerase que podía tenerlos, que fuese uno de los motivos de su matrimonio («te dará hijos»)... Todo eso no era más que la opinión de una «demente». A partir de ese momento, la falta de hijos aparecerá en sus crisis como uno de los principales elementos depresivos.

Leonard ocupó una posición privilegiada desde la que podía haber ayudado a Virginia (de hecho, a su manera, lo intentó), mas habría sido necesario que la comprendiese, que no viese sus depresiones desde fuera, sino poniéndose en su lugar; debería no haberse quedado en la superficie, y haber interpretado los símbolos: su odio a la comida, la vergüenza de su cuerpo, el temor al ridículo, los pájaros que cantaban en griego (el griego siempre estuvo unido en su mente al fracaso, a sus deficiencias intelectuales)... Pero, como antes su familia, Leonard se dedicó a sobrellevar la «carga» que suponía estar casado con una enferma, intentó mitigar sus crisis mediante «curas» de reposo, aislamiento y sobrealimentación, sin comprender que dichas «curas» sólo servían para agudizar los estados depresivos de su mujer.

Cuando Virginia comprendió que su matrimonio la sumía más aún en la incomprensión y el aislamiento, sufrió la más terrible de las depresiones. Los intentos de Leonard para que aceptase que estaba enferma (cosa que nunca hizo), la hundían cada vez más. Nadie la escuchaba, nadie la creía. Sus sentimientos de impotencia a lo largo de esta crisis de 1913, han quedado plasmados en su novela *La señora Dalloway*, en la que Septimus Warren Smith atraviesa por una situación igual a la suya y acaba suicidándose (refiriéndose al médico de



Bodegón, *Duncan Grant (1885-1978).*

Arriba, John Maynard Keynes, quizá el economista más importante de todo el siglo XX, fotografiado junto a su esposa, la bailarina rusa Lidya Lopokova, miembro de los ballets de Diaghilev y amiga de Picasso. El peso del «espíritu de Bloomsbury» saltó los estrechos márgenes insulares de Gran Bretaña e influyó en los valores estéticos y morales a nivel universal. Abajo, el pintor Duncan Grant, uno de los últimos supervivientes del Grupo de Bloomsbury, fotografiado a los 91 años de edad en su abarrotado estudio-granja de Charleston, Sussex (Inglaterra), donde vivió durante mucho tiempo de los donativos que le mandaban sus amigos, ya que siempre se negó a vender sus cuadros (los regalaba) y a desprenderse de objetos de arte o cuadros donados a él por otros artistas, de los que poseía una valiosísima colección.*



John Maynard Keynes catalogado por Virginia como un hermafrodita mental.



Duncan Grant en su estudio de Charleston (Sussex).

Septimus, escribe: «... Encerró a los locos, prohibió partos, castigó la desesperación e hizo lo preciso para que los desequilibrados no propagaran sus opiniones...»). También Virginia, tras una visita al doctor Head, que confirmó la opinión de Leonard de que estaba enferma y debía aceptarlo, tomó una dosis mortal de Veronal, el 9 de septiembre de 1913. Consiguieron salvarla, pero ella sabía ya que lo único que la vinculaba a la vida eran sus novelas.

En marzo de 1912 Virginia había escrito: «(...) Ahora sólo pido alguien que suscite en mí la pasión, y me casaré con él». Leonard nunca suscitó en ella la pasión, y, si lo hizo, se apagó bien pronto. Probablemente sólo las mujeres lograsen apasionarla; mujeres como Madge Vaughan, Violet Dickinson, lady Ottoline Morrell, Vita Sackville-West (con la que Virginia mantuvo algún tipo de relación sexual y en homenaje a la cual escribió *Orlando*), suscitaron en ella la pasión. Leonard era cariñoso, en todo momento deseaba satisfacer a Virginia, pero nunca supo de verdad qué era lo que ella deseaba de él, y ella no podía expresar sus deseos: para su marido era una demente, y eso cortaba toda posibilidad de comunicación. No había pasión entre ellos dos, sólo les unía el afecto. Escribe Virginia en *Entre actos:* «Nada alteraba su afecto; ni las discusiones, ni los hechos, ni la verdad. Lo que ella veía no lo veía él; lo que él veía, ella no...». Así fue la relación entre Leonard y Virginia a lo largo de su vida matrimonial. El no supo comprender siquiera el último acto de Virginia: su suicidio, lanzándose al río Ouse el 28 de marzo de 1941. También eso lo interpretó Leonard como un signo de locura, sin recordar, según parece, que Virginia y él habían planeado suicidarse juntos cuando, en 1940, parecía que los alemanes invadirían Gran Bretaña...

El recurso del arte

Virginia se había quedado sola con su arte en 1913. Fue precisamente en marzo de ese año cuando dio por concluida su novela *Fin de viaje*, que, al igual que todas las posteriores, servirá para «apaciguar los fantasmas» del pasado. «Solía pensar en él —anotó Virginia, refiriéndose a sir Leslie— y en mi madre todos los días, pero escribir *Al faro* apaciguó sus fantasmas». Si escribir suponía una liberación, la publicación de sus libros le acarreó nuevos problemas. Por un lado, una persona que, como ella, tenía verdadero pánico al ridículo, sufría enormemente ante la perspectiva de dar al público una parte de sí misma. Por otro lado, la posibilidad de un fracaso la aterrorizaba, ya

que eso supondría perder el último vínculo con la vida, su única seña palpable de identidad.

Virginia quería superar la visión estrecha, parcial y resentida de los hombres principalmente, pero también de las mujeres. Unos y otras eran conscientes en todo momento de la desigualdad entre los sexos, y la desigualdad genera hostilidad, violencia, dogmatismo... Es decir, las condiciones que impiden la verdadera creación artística. Ella, que había padecido los efectos de la arrogancia masculina, que durante toda su vida se consideró deficientemente educada por no haber estudiado en Cambridge, como sus hermanos, y que fue siempre consciente de la injusta condición en que se hallaban las mujeres, planteó en su ensayo *Una habitación propia* (1929) no sólo la necesidad de superar la desigualdad entre los sexos en las cuestiones prácticas (las mujeres debían tener una habitación propia, como los hombres, para poder dedicarse al arte), sino también, y fundamentalmente, en las actitudes mentales: el verdadero artista debía superar la dualidad hombre-mujer (como, según ella, consiguieron en parte Shakespeare y Proust) y encontrar el «estilo andrógino».

En su búsqueda de ese estilo Virginia Woolf creó el «estilo femenino» (en el sentido más enriquecedor del término); incluso en sus dos novelas más clásicas y académicas, *Los años* y, sobre todo, *Noche y día*, lo fundamental sigue siendo su sensibilidad y su poesía, más que la trama o la caracterización de los personajes. Hasta entonces las mujeres no habían hecho más que imitar a los hombres. Virginia fue la primera mujer que escribió como tal mujer, aportando de esa manera una visión de la realidad totalmente nueva en la literatura. Era necesario mirar claramente, con ojos limpios, más allá de las apariencias; era necesario desechar lo que sólo eran reflejos de la realidad, para *ver* «el verdadero carácter de los seres humanos». Había que buscar el centro, el corazón de las cosas, «aunque no se sometan al embellecimiento del lenguaje»; porque cualquier buen escritor puede tratar las emociones «de modo tal que son bellas, y convierte estatuas en hombres y mujeres». Pero eso no bastaba: Virginia quería traspasar la coraza superficial de los personajes, dejándolos ante nosotros convertidos en seres humanos auténticos: fibras, recuerdos, emociones, sentimientos...

Dice Gerald Brenan que «ningún escritor puso tanto de sí mismo en sus libros como ella». Y es que Virginia creía que el «disparate» más imperdonable en literatura consiste en escribir sobre algo que no se siente profundamente, sobre emociones que no se comprenden. Ella se impregnaba de tal modo con todas las sensaciones, que era capaz de percibir facetas de la realidad inaprehensibles para todos los que la rodeaban. Por eso consideraron que estaba loca. Y ella se volcó en *su arte*, en sus novelas (quería «probarme a mí misma que no había nada anormal en mí...»), acercándose y acercándonos a la auténtica realidad, variada y multiforme, como pocos escritores modernos han conseguido hacerlo. Escribir era lo único que la identificaba como persona en un mundo, en un ambiente que siempre había mostrado incomprensión hacia ella.


Lytton Strachey, un gran talento crítico-irónico.

En 1941, Virginia creía que la guerra supondría el fin de la civilización, y ante ella sólo aparecía la imagen de la muerte. Pero además pensaba que ya no podía seguir escribiendo. El 21 de marzo afirmaba: «He perdido la habilidad... Estoy enterrada aquí... No tengo el estímulo de ver a la gente. No puedo ponerme a ello». No es extraño, pues, que siete días más tarde decidiera quitarse la vida: su arte ya no podía salvarla.

P. S. P.

Lytton Strachey (1880-1932), escritor y crítico literario británico miembro del Grupo de Bloomsbury, autor de bellísimos libros históricos y biográficos como Victorianos ilustres *(1918),* La reina Victoria *(1921),* Libros y caracteres *(1922) e* Isabel y Essex *(1928). Dotado de una gran sensibilidad y a la vez de un gran talento crítico-irónico, fue uno de los miembros del círculo de Bloomsbury más afines al temperamento y la dulzura resentida de Virginia Woolf, quien lloró mucho su relativamente temprana muerte. Decidida a suicidarse junto a su marido Leonard si Hitler invadía Inglaterra, Virginia dejó antes de arrojarse al río Ouse, en 1941, una carta en la que decía a su esposo: «Estoy segura de que me vuelvo loca otra vez. He empezado a oír voces y no me puedo concentrar. No puedo luchar más. No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido». Quince días más tarde su cuerpo —como el de una nueva Ofelia shakespeariana— aparecía flotando en el estuario del río con dos piedras en los bolsillos de su abrigo.*

Bibliografía básica

BELL, Q.: *Virginia Woolf*. Lumen. Barcelona, 1979.
El grupo de Bloomsbury. Taurus. Madrid, 1976.
BRENAN, G.: *Memoria personal*, Alianza Tres. Madrid, 1980.
Al sur de Granada, Siglo XXI. Madrid, 1980.
POOLE, R.: *La Virginia Woolf desconocida*. Alianza Tres. Madrid, 1982.



Política internacional

Comienzan en Washington conversaciones secretas entre los estados mayores de Gran Bretaña y Estados Unidos.
Grecia acepta el apoyo militar británico.
Creación de una base militar norteamericana en Groenlandia.
Josuke Matsuoka, ministro japonés de Asuntos Exteriores visita Berlín y Moscú. Con los rusos firma un pacto de no agresión.
Francisco Franco se entrevista con Benito Mussolini en Bordighera (Italia) y con Pétain en Montpellier (Francia).
Promulgación en Estados Unidos de la Ley de Préstamos y Arriendos, por la que se suministra material bélico a todas las naciones que luchan contra el Eje.
Los ingleses ocupan Addis Abeba obligando a las fuerzas italianas a capitular. El emperador Haile Selassie regresa a Abisinia.
Tropas germanas invaden Grecia y Yugoslavia. Rendición de ambos países a los alemanes.
Erwin Rommel ataca Tobruk sin éxito.
Rudolf Hess huye de Alemania a Escocia en un aeroplano.
Hundimiento del acorazado inglés Hood *y del acorazado alemán* Bismarck.
Los alemanes invaden la isla de Creta, en poder de los ingleses.
José Stalin asume la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo. Viatscheslav Molotov es designado ministro de Asuntos Exteriores.
Ofensiva alemana contra Rusia en un frente de 1.800 km. Las tropas del Reich sitian Leningrado y avanzan hacia Moscú.
Firma de la Carta del Atlántico entre Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt.
Los rusos, favorecidos por el crudo invierno, pasan al contraataque en la zona de Moscú.
Irán es invadido en el norte por fuerzas soviéticas y en el sur por tropas británicas. El sha Reza Pahlevi es obligado a abdicar. Le sucede su hijo Mohamed Reza Pahlevi.
Inglaterra declara la guerra a Finlandia, Hungría y Rumania.
Ataque naval japonés a la base norteamericana de Pearl Harbour (Hawai).
Los japoneses invaden Filipinas, Hong-Kong, Tailandia y la Malaya británica.
Estados Unidos e Inglaterra declaran la guerra a Japón.
Alemania e Italia declaran la guerra a los Estados Unidos.
Grupos de voluntarios españoles forman la División Azul, que marcha al frente ruso para luchar junto a los alemanes.
Muere en Roma el ex rey de España Alfonso XIII. Días antes había abdicado en su hijo Don Juan.
Muere el Kaiser Guillermo II.



***Henry Moore:* Refugiados en el metro.**

Sociedad

Los judíos son obligados en Alemania a llevar el distintivo de la estrella amarilla.
Los nazis construyen cámaras de gas en el campo de concentración de Auschwitz.

Economía

Bloqueo de los bienes japoneses en Estados Unidos y confiscación de los barcos comerciales alemanes e italianos que se encuentran en cualquiera de los puertos norteamericanos.
Creación en España del INI (Instituto Nacional de Industria) y la RENFE (Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles).
La Unión Soviética traslada hacia el este industrias y factorías productoras de armamento.

Ciencia y tecnología

Primer caza propulsado por cohete en Alemania (proyecto Peenemünde).
Aplicación clínica de la penicilina en Inglaterra.
Se inicia en Estados Unidos el proyecto Manhattan para la creación de un arma atómica.

Literatura

No se concede el premio Nobel.
Franz Werfel: La canción de Bernardette.
Alexei N. Tolstoi: El camino del sufrimiento.
F. Scott Fitzgerald: El último magnate.
Ilya G. Ehrenburg: La caída de París.
A. Joseph Cronin: Las llaves del reino.



El emperador Guillermo II (Museo de la guerra).

Mueren Rabindranath Tagore, Virginia Woolf, James Joyce y Henri Bergson.

Cine

Orson Welles: Ciudadano Kane.
William Wyler: La loba.
John Ford: ¡Qué verde era mi valle!
Oscar de Hollywood al mejor actor a Gary Cooper por El sargento York *y a la mejor actriz a Joan Fontaine por* Sospecha.
Bertolt Brecht llega a Hollywood, donde trabajará como guionista de cine.

Teatro

Bertolt Brecht: La irresistible ascensión de Arturo Ui.
Noël Coward: Un espíritu burlón.

Música

Arthur Honegger: Segunda Sinfonía.
Dimitri Shostakóvich: Sinfonía n.° 7 (Leningrado).
Benjamin Britten: Concierto para violín.
Michael Tippett: Un niño de nuestro tiempo.

Pintura y escultura

Paul Nash: Bombarderos sobre Berlín.
Henry Moore: Refugiados en el metro.
Max Ernst: Napoleón en el desierto.
Jackson Pollock: Espejo mágico.
Arshile Gorky: Jardín en Sochi.
Stuart Davis: Nueva York bajo la luz de gas.
José Clemente Orozco: Frescos del Tribunal Supremo de México.
Gran exposición de Joan Miró y Salvador Dalí en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.



La irresistible ascensión de Arturo Ui, *versión de Camilo J. Cela.*



Una mujer soviética se pasea entre las ruinas de Stalingrado tras la victoria del Ejército Rojo sobre los ocupantes alemanes en febrero de 1943, después de casi 5 meses de intensísimos combates, caracterizados por la mayor concentración de fuego artillero de toda la Guerra Mundial. Se combatió calle por calle y casa por casa, alternándose —a veces en el mismo día— las situaciones de sitiadores-sitiados. La lucha era a muerte, ya que los dos ejércitos tenían orden de no retroceder. Al final, la tenacidad soviética se impuso, a pesar de las grandes pérdidas humanas sufridas. Stalin pudo demostrar que la Wehrmacht *no era invencible y, poco a poco, con la ayuda material de los aliados democráticos, el Ejército Rojo se puso en marcha hacia el oeste. Su destino final: Berlín.*



Las ruinas, por qué no, son también parte de la victoria.

1942

SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: EL TERCER REICH EN LA CUMBRE DE SU PODERIO

EL año 1942 supondrá, bajo todas las formas posibles, la manifestación del auge alemán y japonés realizado por medio de la implantación armada sobre espacios extranjeros. A lo largo de esos meses, los escenarios de confrontación bélica adquirirán caracteres muy concretos y perfectamente delimitables, ya no solamente en el espacio, sino en una consideración tipológica. El frente oriental, localizado sobre el territorio de la Unión Soviética, conocerá el impulso inicial de la Wehrmacht, *seguido por su rápido declive que corresponderá al ascenso del Ejército Rojo como árbitro militar de la zona. En segundo lugar, el norte de Africa —desde Egipto hasta Marruecos— servirá como espacio de dilucidación de diferencias entre las fuerzas aliadas y las potencias del* Eje, *como reflejo de la situación en los centros neurálgicos de decisión. Finalmente, el amplio sector del Pacífico verá, asimismo, el auge y el declive del poderío nipón, progresivamente sustituido por la implantación de la hegemonía norteamericana.*



Un álbum de cromos habla de la guerra. Es el capítulo del desierto.

Los éxitos iniciales alemanes se repitieron también en el norte de Africa, donde el Afrika Korps de Rommel, con ayuda de sus aliados italianos, hizo retroceder a los británicos hasta El Alamein (Egipto) en julio de 1942. En la fotografía, reproducción de una página de un álbum de cromos con el título La guerra en el desierto, *algo capaz de sugerir aventuras y excitar la imaginación de los jóvenes europeos.*

Los escenarios de la guerra

La extensa y, en muchas ocasiones, difusa línea del frente sobre el invadido territorio soviético occidental soportará una larga serie de ofensivas alemanas, lanzadas sucesivamente, y contestadas por correspondientes reacciones soviéticas. Unas contraofensivas que habrán de alcanzar una mayor incidencia a partir del momento en que la ayuda del aliado norteamericano se manifieste mediante la aportación del material necesario, del que la Unión Soviética se hallaba inicialmente desprovista de forma prácticamente absoluta. En este capítulo de la guerra, cabría destacar ante todo la nota dominante de ferocidad que caracterizaría a las acciones emprendidas por ambos contendientes.

En los inicios del año 1942, ya los alemanes han efectuado la deportación forzosa de más de nueve millones de ciudadanos soviéticos, con la finalidad de utilizarlos como mano de obra en su industria bélica. Pero esta dura realidad, que podría servir como perfecta materia propagandística para el régimen estalinista, será rápidamente oscurecida por el dramático descubrimiento de las fosas de Katyn. En este lugar, los invasores habrían de encontrar millares de cuerpos de oficiales polacos, mandados asesinar por las autoridades soviéticas tras la partición de su país, en el otoño de 1939. Dentro de un panorama determinado por la máxima crueldad, tanto sobre el elemento combatiente como sobre la indefensa población civil, la penetración alemana seguirá orientada hacia sus objetivos iniciales hasta los mismos momentos de la retirada en derrota.

El ímpetu de la *Wehrmacht* se verá obligado a sufrir una serie de detenciones irresistibles, tanto en Leningrado como en Moscú, asediadas implacablemente durante meses. Los altos mandos del ejército alemán, progresivamente interferidos por las decisiones personales del *Führer*, se verán obligados a actuar, en ocasiones, de forma contraria a la que hubiera resultado lógica dadas las circunstancias. Así, realizando la ocupación de la cuenca industrial del Dontez, anularán la posibilidad de tomar la capital, desde donde el mismo Stalin prosigue lanzando órdenes militares y llamamientos al patriotismo del pueblo ruso.

Los meses de invierno de ese año de 1941 serán el momento escogido para el lanzamiento de la contraofensiva soviética, amparada en unas condiciones climatológicas ajenas a las que presumiblemente podría soportar el ejército invasor. Aquí es imposible evitar el establecimiento del paralelismo entre la *Grande Armée* napoleónica y la *Wehrmacht* alemana, que, tras haber sojuzgado a Europa, se lanzan a la imposible conquista de una Rusia que terminará por agotarlos. Hitler, tras haber ordenado a sus tropas una «resistencia fanática», asumirá por sí mismo el mando supremo del ejército alemán, en detrimento de los generales dotados de conocimientos técnicos, de los que él carece por completo. Los efectos de esta medida, conjuntados con la situación impuesta por el recuperado Ejército Rojo, no se harán esperar, manifestándose bajo formas drásticas en los hechos ocurridos en la ciudad de Stalingrado.

Esta ciudad, sede de importantes industrias militares y fundamental nudo de comunicaciones, constituirá, junto con los campos petrolíferos del Cáucaso, el objetivo alemán de esa etapa. Pero difícilmente será posible ya el ocultamiento de la realidad de un ejército extenuado, crispado y sometido a unas condiciones absolutamente hostiles en todos los sentidos. En el

1942

Segunda Guerra Mundial: el Tercer Reich en la cumbre de su poderío

Anexiones de 1939-40
Rusas
Húngaras
Búlgaras
Tropas Germanofinesas (Mannerheim)
Ejército del norte (Leeb, Kuechler)
Ejército del centro (Bock, kluge)
Ejército del sur (Rundstedt, Bock)
Ejército B (Bock, Weichs)
Ejército A (List, Hitler)
Contraofensiva Sovietica 6 Dic.1941-7 May 1942

FINLANDIA
Leningrado
Tallin
U. R. S. S.
Vyazma
Moscu
Mozhaisk
Riga
Smolensk
Bryansk
Minsk
Voronezh
Gomel
Kiev
Lubny
Jarkov
Stalingrado
POLONIA
Lvov
CHECOSLOVAQUIA
HUNGRIA
TRANSILVANIA
BESARABIA
Rostov
Mar de Azov
Maikop
Grozny
RUMANIA
Sebastopol
Mar Negro
BULGARIA
TURQUIA

Mapa sobre el desarrollo de la campaña del Este.

Arriba, mapa donde se reflejan los movimientos de los ejércitos alemanes en territorio soviético tras la invasión hitleriana de la URSS, en junio de 1941. La dura y tenaz resistencia de los soviéticos, unida al siempre fiel aliado de Rusia «el general Invierno» y el «deshielo» de primavera con sus inmensos barrizales, pronto atascarían el victorioso y rápido avance de las panzerdivisionen. Abajo, soldados alemanes muertos sobre la nieve tras un contraataque soviético en los alrededores de la cercada Stalingrado (hoy Volvogrado).

mes de noviembre de 1942, el Stalingrado ocupado por los alemanes comienza a soportar el decidido asedio por parte soviética. El *Führer*, en esa circunstancia extrema, prohíbe la retirada de sus tropas y, por supuesto, cualquier clase de rendición frente al enemigo. La prolongada batalla de Stalingrado, que habría de servir posteriormente para llenar miles de páginas en servicio del patriotismo soviético, alcanzará hasta el mes de febrero de 1943. La petición de capitulación, emitida por el general Von Paulus el día 31 de enero, significará el punto de inicio del declive del poderío alemán sobre Europa. Junto al Volga, unos cien mil prisioneros de guerra alemanes comenzarán a conocer una situación similar a las que su país ha hecho posibles sobre todo el continente desde cuatro años antes.

En el norte de Africa, todos los hechos béli-



Sólo la nieve abraza a los muertos tras el ataque.



Soldados italianos hechos prisioneros son conducidos a El Alamein.

Las operaciones militares del Afrika Korps alemán en el norte de Africa (Libia, Egipto, Tunicia) se vieron eclipsadas en varias ocasiones por los fracasos de sus aliados italianos, derrotados más de una vez por los británicos a pesar de la superioridad numérica y material de aquéllos. Así, en septiembre de 1940, 200.000 italianos, mandados por el general Graziani, fueron expulsados de Egipto a la Tripolitania (hoy Libia) por los sólo 50.000 soldados del inglés Wavell. En la fotografía, un grupo de militares italianos cogidos prisioneros por los británicos son conducidos a un campo de concentración en las proximidades de El Alamein, centro de operaciones de los aliados en la llamada «guerra del desierto».

cos sucedidos en esta etapa habrán de ir encaminados hacia la implantación de una incuestionable preponderancia aliada en la zona. En el mes de octubre de 1942, una ofensiva británica comandada por el general Montgomery se había lanzado sobre la Cirenaica, a partir del puesto de El Alamein. Esta acción venía a contrapesar el predominio que los ejércitos del *Eje*, dirigidos en última instancia por el general Rommel, habían conseguido establecer sobre el área durante los meses anteriores. El hecho decisivo en la confrontación bélica en el norte de Africa habrá de producirse un mes más tarde, cuando el desembarco aliado en las costas de Marruecos y Argelia consiga abrir un nuevo frente. En Argel, las autoridades *vichystas* terminarán por aceptar la situación, lo que favorecerá la progresión de una oscura lucha por el poder dentro de los ámbitos políticos.

De estas intrigas, generadas por la posibilidad de una liberación próxima del territorio metropolitano, saldrá vencedor el general De Gaulle, no demasiado bien considerado por los norteamericanos. En la misma Francia, estos hechos habrán de adquirir una gravedad muy marcada cuando, tras la negativa del primer ministro Laval a la formación de una alianza germano-francesa, las tropas alemanas ocupen —el día 11 de noviembre de 1942— la totalidad del territorio denominado *libre* hasta esos momentos. De forma inmediata, como medida de prevención contra posibles acciones aliadas, fuerzas alemanas e italianas ocupan el Túnez francés. Dentro de la fluidez general, poco se mantendrá esta situación, ya que dos meses más tarde —enero de 1943— las tropas del *Eje* se verán obligadas a retirarse de la Tripolitania y de la Tunicia. El día 13 de mayo de ese año tendrá lugar la capitulación del glorificado ejército alemán de Africa y, a partir de esos momentos, más de un cuarto de millón de soldados pasarán a control de los aliados como prisioneros de guerra. Las fuerzas angloamericanas se preparan ya a lanzarse sobre las costas de Sicilia, en busca del objetivo directo que supone la ocupación del flanco sur del monolítico bloque formado por el Reich y sus aliados.

En tercer lugar, el escenario del Pacífico habrá de servir como campo de liza para la lucha entablada entre el Japón y los Estados Unidos. La expansión nipona, mientras tanto, había conseguido el control absoluto sobre más de cuatrocientos cincuenta millones de personas, además de proveerse de una decisiva proporción de recursos materiales básicos a nivel mundial. En mayo de 1942, iniciando un claro viraje con respecto a la situación anterior, el triunfo norteamericano en la batalla del mar del

1942

Segunda Guerra Mundial: el Tercer Reich en la cumbre de su poderío



El general Von Thoma se rinde ante el jefe británico, Montgomery.



El Alamein fue el centro de operaciones de los aliados.

El desembarco en Libia del cuerpo expedicionario alemán, el Afrika Korps del mariscal Rommel, en febrero de 1941, significó una serie de victorias alemanas (con algún brillante contraataque británico, bajo las órdenes del mariscal Montgomery) y en el norte de Africa, especialmente la toma del paso de Tobruk (21 de junio de 1942) y el avance hasta las proximidades de El Alamein, cuartel general británico para toda la zona (julio 1942). Estratégicamente defendido por inmensos campos de minas que los alemanes (a pesar de su superioridad numérica y técnica) no pudieron desmantelar a tiempo, el alto de la ofensiva germana, motivado en parte por falta de repuestos y carburante (en un país donde hay petróleo a sólo 5 metros de profundidad, como se descubriría después de la guerra), dio a Montgomery un tiempo precioso para reorganizarse y contraatacar victoriosamente en octubre. Un mes más tarde, el general alemán Von Thoma, sustituto de Rommel («El zorro del desierto») al mando del Afrika Korps, se rendía ante el jefe británico, momento que recoge la fotografía superior. Abajo, un letrero en medio del desierto señala la dirección de El Alamein.



EL EJE

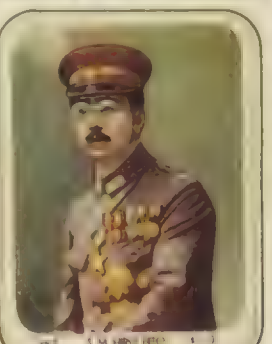
El "Eje" fué la denominación con que Alemania e Italia plasmaron su afinidad política y su alianza militar y económica, que aspiraban fuera el centro sobre que girara la política y la economía mundiales.

El Japón se siente atraído por estos postulados y asume su participación en Extremo Oriente.



El Rey de Italia, primer país del Eje que fué derrotado.







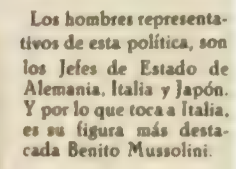


El Emperador del Japón, país colaborador del Eje en Extremo Oriente.

El "Eje" pues, aparte otros miembros satélites, está representado por el título con que la revista diplomática alemana rotulaba su primera página: "Berlín-Roma-Tokío"

Eliminada Italia de la Guerra por la invasión de su territorio por las tropas Aliadas, quiebra éste 'Eje' por su parte central. Y gráficamente puede representarse que con esta rotura falla el total conjunto.

Los hombres representativos de esta política, son los Jefes de Estado de Alemania, Italia y Japón. Y por lo que toca a Italia, es su figura más destacada Benito Mussolini.





El Führer del Nacional-socialismo y Jefe del III Reich alemán.

Benito Mussolini, Duce del fascismo, muerto por sus compatriotas el día 28 de Abril de 1945.

Cromos de la Segunda Guerra: los dirigentes del Eje.

Coral marcará el inicio del fin de la hegemonía japonesa. Y, al mismo tiempo, significará el inicio de las grandes operaciones que los norteamericanos habrán de llevar a cabo sobre toda el área afectada.

Los sucesivos desembarcos estadounidenses, efectuados en archipiélagos hasta entonces ocupados por Japón —Midway, Guadalcanal, Nueva Guinea, por citar algunos de los puntos más destacados—, harán posible la progresiva localización del Japón en actitudes defensivas, muy contrarias a las mantenidas hasta entonces. De esta forma, a principios del año 1943, se producirá en el escenario asiático una tendencia similar a la que tiene lugar por el mismo tiempo en Europa: el evidente e irreparable retroceso de la presencia armada de las fuerzas del *Eje* sobre los territorios ocupados muy poco tiempo antes con gran rapidez. Para entonces, la sola mención del vocablo *Stalingrado* servirá para ilustrar suficientemente el comienzo y el fin de la preponderancia autoritaria establecida mediante la fuerza sobre algunas de las zonas esenciales del planeta.

Las relaciones internacionales

Estabilizado en Europa, por imposición alemana, el denominado *Pacto de acero* entre Berlín y Roma, las relaciones mantenidas entre el Reich y el Japón militarista en ningún mo-

Arriba, cromos de la Guerra Mundial en los que están representados los dirigentes políticos del Eje Berlín-Roma-Tokio. De izquiera a derecha, Víctor Manuel II, rey títere de Italia; el emperador japonés Hiro-Hito; Hitler y Mussolini. Abajo, los camisas negras italianos saludan enfervorizados ante la tumba al soldado desconocido en la romana Piazza Venezia. La guerra real, con sus innumerables privaciones, pronto iría mermando su entusiasmo. En la página siguiente, reparto propagandístico del «plato único» en una ciudad alemana. Instaurado de forma obligatoria, tenía como fin ahorrar alimentos para no dejar desabastecidos a los soldados de frentes tan lejanos como Stalingrado o Tobruk. La población alemana sufría ya, también, los rigores de una guerra desencadenada por sus dirigentes.



En Italia aún se creía en el triunfo final.

mento habrían de presentar anormalidades dignas de ser reseñadas, dada la identificación entre ambas partes, así como su conjunción en la tarea de edificación de sistemas de dependencia, establecidos en favor de las respectivas metrópolis.

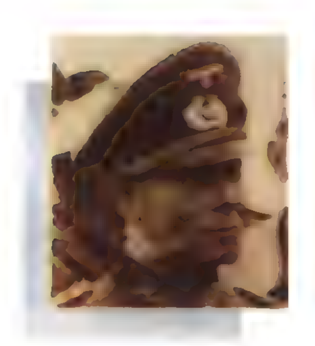
Contrariamente, el panorama ofrecido por el sector aliado presentaría una larga serie de vicisitudes, debido a la diferente —y, en ocasiones, opuesta— relación de principios e intereses establecidos entre los componentes de dicha alianza antinazi. Muchas de estas tensiones internas habrían de ser cuidadosamente ocultadas en su momento, debido al interés común en conseguir una acción eficaz que diese una básica impresión de acuerdo sin fisuras destacables. Pero lo cierto es que, mientras un Roosevelt animado a la lucha e ignorante del verdadero sentir del conservadurismo europeo hacia el poder soviético, actuaba con Stalin de forma que se aproximaba a una calificación de *amistosa*, la actitud de Churchill era muy diferente. Este, heredero de las tensiones y temores sufridos por la Europa demoliberal ante el amenazante poderío bolchevique, en ningún momento dejó de manifestar fuertes reservas hacia su forzoso aliado del Este.

Cierto es que la Unión Soviética, mediante la acción del Ejército Rojo y los partisanos, había reaccionado en contra de la penetración alemana que llegó a amenazar a la totalidad de sus puntos vitales. Pero lo había conseguido, desde un punto de vista material, gracias a la aportación que la entrada en la alianza anglosajona había supuesto. Armamento, vituallas y efectos de toda clase serían suficientes para favorecer la reacción del disminuido ejército soviético. Pero la alianza antialemana adolecería, desde su mismo principio, de los defectos que, una vez liquidada la guerra, saldrían a la luz de la forma más dramática. Si antinatural había sido el pacto establecido en 1939 entre Berlín y Moscú, el mismo calificativo podría perfectamente ser aplicado al acuerdo que, creado por razones puramente prácticas, uniría durante tres años a sistemas totalmente opuestos en sus concepciones básicas.

Pero, por el momento, los tres países se hallaban unidos en un compromiso dirigido hacia la consecución de unos objetivos prioritarios que destacaban por encima de toda posible disensión por marcada que ésta fuese. Winston Churchill era el más decidido partidario y el mayor animador de la resistencia antialemana, preconizando sistemáticamente actuaciones de lucha basadas en el valor, la firmeza, la tenacidad y la convicción. Roosevelt, por su parte, aparece como un destacable técnico, capaz de comprender perfectamente el alcance del compromiso norteamericano, que asume y potencia de forma plena. Finalmente, un Stalin capaz de dar permanentes muestras de rigorismo y vigor, aparece ante la visión de los anteriores como un futuro riesgo de incalculables alcan-



El plato único, propaganda de una Alemania triunfalista.



ERWIN ROMMEL (Heidenheim, Alemania, 1891-Herrlingen, 1944)

Hijo de un maestro, ingresó en el ejército en 1910. Hizo la Primera Guerra Mundial como teniente en Francia, Rumania e Italia. Destacó siempre por su valor, capacidad de mando, conocimiento de sus hombres y dotes pedagógicas. Sirvió siempre, por su propia voluntad, tanto bajo la república de Weimar como bajo el régimen nazi, en el arma de Infantería. En 1938 era coronel y dirigía una academia militar cerca de Viena. Al estallar la Segunda Guerra Mundial fue nombrado comandante de la guardia del Cuartel General de Hitler, un puesto en la retaguardia nada grato para quien, como Rommel, había gustado siempre de la lucha en primera línea. En febrero de 1940 fue nombrado comandante de la 7.ª División Blindada. Aunque nunca había mandado unidades de este tipo, pronto comprendió sus enormes posibilidades en el terreno ofensivo. En febrero de 1941 fue nombrado comandante de las fuerzas alemanas destinadas a sacar a sus aliados italianos de la difícil situación en que se encontraban en Abisinia; los desiertos africanos fueron escenario de sus más resonantes triunfos y de sus más completas derrotas. Los combatientes de ambos bandos le apodaron «el zorro del desierto» por sus audaces ataques por sorpresa. Sus brillantes victorias le dieron *enorme prestigio en* Alemania y Hitler no tardó en ascenderle a mariscal de cam-

po, a pesar de que consideraba secundarias las operaciones en Africa. Quizá también por ello exigió de Rommel más de lo que permitían las circunstancias. En pleno verano de 1942, desoyendo las indicaciones de la necesidad de un repliegue, le ordenó un ataque contra el Cairo y el Canal de Suez, cuyo éxito hubiera sido un duro golpe para los aliados. Los ingleses pararon su ofensiva en El Alamein, a 96 kms tan sólo de Alejandría. A pesar del cansancio de sus fuerzas no conoció la derrota definitiva hasta el otoño, en la segunda batalla del Alamein, tras cuya pérdida hubo de retirarse hasta Túnez. En 1944 Hitler le confió la defensa de la costa francesa del Canal de la Mancha, ante el peligro de una invasión aliada; de la guerra de movimientos a la de posiciones. También, en este cometido, nuevo para él, desplegó Rommel inusitadas habilidades en la preparación de las defensas costeras. Aunque estaba convencido de que si el enemigo no era rechazado en el mar o fulminantemente reducidas las cabezas de puente que lograra establecer, la invasión de Francia sería un hecho y se decidiría en los primeros combates, sus consideraciones estratégicas no fueron escuchadas. Consciente, por lo menos desde 1943, de que Alemania perdía la guerra y a pesar de su apoliticismo, fue uno más de los que creyeron en la posibilidad de una paz por separado con las potencias occidentales. Participó por ello en la conspiración contra Hitler, aunque ignorante, al parecer, de que en los planes de los conspiradores entraba el asesinato del dictador. Herido de consideración por un ataque aéreo el 17 de julio de 1944, en los momentos más críticos de la invasión de Normandía y tras el fallido atentado del 20 de julio de 1944 contra Hitler, mientras Rommel se recuperaba de sus heridas, recibió la visita de dos generales enviados por el propio Hitler que, temeroso de su prestigio, le dio a elegir entre el suicidio, asegurándole que su honor y el de su familia quedarían a salvo, y un juicio público. Rommel se envenenó. Fue enterrado con los máximos honores militares.

ces. La desconfianza mutua aparece, pues, como la característica más acusada de esta interesada relación. Esta *cualidad* en ningún momento habría de desaparecer en el trato entre las dos partes —angloamericanos por una y soviéticos por otra—, temerosos todos de que el *aliado-contrario* pudiese, en alguna ocasión, pactar con Alemania una paz por separado que le reportase beneficios superiores a los esperados tras un final normal de la confrontación.

La invasión alemana de la Unión Soviética, en junio de 1941, había supuesto un manifiesto alivio sobre dos frentes contrarios. Así, mientras la Gran Bretaña comprobaba la vertiginosa disminución de la presión ejercida sobre su suelo por la aviación alemana, el Japón había podido lanzarse con absoluta tranquilidad a su expansionismo por Asia, seguro de la imposibilidad material de una reacción soviética en el Extremo Oriente. Había sido la Unión Soviética en situación especialmente apurada la que, insistiendo sobre el beneficio común a obtener, iniciara las conversaciones tendentes al establecimiento de un pacto con sus enemigos de hacía muy pocas semanas. A partir de ahí, las sucesivas conferencias mantenidas entre los aliados —celebradas preferentemente en Washington, como demostración del ya manifiesto predominio norteamericano— decidirían la necesidad de apertura de un segundo frente en Europa, debilitador potencial y seguro de la presencia armada alemana sobre el continente.



No fue bastante para el Japon el apoyo prestado por los alemanes.

Ya Stalin, aún antes de entrar a formar parte de la alianza, había estado perfectamente informado de las decisiones angloamericanas, tales como las adoptadas en la conferencia de Casablanca —enero de 1943— que acordaría el desembarco conjunto en las costas de Sicilia, así como el plan de bombardeo sistemático sobre el territorio del Reich. A partir de entonces, las permanentes reuniones mantenidas entre los recelosos aliados harían posible la ordenación de una política conjunta, a efectuar en plazos señalados. Así, en Washington, Quebec o Moscú, habrían de ser adoptadas resoluciones relativas al desembarco en el norte de Francia; la reconquista de Birmania, el reconocimiento de las anexiones soviéticas de los años 39-40 o, un punto importante a destacar, las bases de lo que muy pronto se convertiría en Organización de las Naciones Unidas.

Cuestiones de interés común, tales como la guerra entre la Unión Soviética y el Japón, el desarme posterior a la finalización del conflicto, la creación de un tribunal de justicia internacional o la restauración de los usos democráticos en Italia y Austria serían tratados en sucesivos encuentros entre los que ya se erigen como futuros árbitros del orden internacional.



El avance y las victorias japonesas durarían poco tiempo.



Desembarco norteamericano en las playas de Guadalcanal.

En la Conferencia de El Cairo —noviembre de 1943—, Churchill, Roosevelt y Chiang Kai-shek negociarían acerca de las operaciones a realizar sobre el área del Pacífico, así como sobre la ordenación de Corea y los demás territorios ocupados por el Japón. La inmediata reunión celebrada en Teherán, entre los *tres grandes* del momento —diciembre del mismo año—, sería decisiva a la hora de establecer un acuerdo en relación con la estrategia política a adoptar sobre el espacio europeo. Como más adelante habría de ponerse de manifiesto, esta relación de interés entre integrantes totalmente opuestos en cuanto a concepciones básicas conseguiría obtener su fin más próximo a pesar de los condicionantes que su propia naturaleza suponía: esto es, la destrucción del enemigo común. Pero, al mismo tiempo, anunciaba las fricciones que enseguida habrían de enfrentar a los todavía aliados.

Pocos meses habrían de ser necesarios para que la voracidad soviética, manifestada sobre las fracciones de territorio europeo que habían sido liberadas por el Ejército Rojo, fuese puesta de manifiesto de la forma más dramática. La pretendida restauración de la soberanía nacional en aquellos países sería, en realidad, la mera máscara de un nuevo dominio, ejercido ahora por la potencia que se presenta como emancipadora del yugo nazi. Gran Bretaña, garantizadora de los derechos democráticos de los pueblos europeos, solamente conseguiría sustraer al predominio soviético a la Grecia enzarzada en cruel guerra civil entablada con la misma retirada alemana. Los demás países del área sufrirán las consecuencias del pacto antinazi, y quedarán englobados a perpetuidad dentro de la férrea órbita soviética de libre disposición.

Nacida de una apremiante necesidad mutua, la alianza dirigida contra los Estados totalitarios solamente sirvió para la manifestación de las contradicciones existentes entre sus miembros, desde un punto de vista teórico. Una visión pragmática, por el contrario, debe otorgarle el alto grado de eficacia que indudablemente alcanzó al conseguir sus objetivos materiales.

La resistencia europea

El nacimiento, desarrollo y logros de los diferentes movimientos de resistencia europeos han constituido —hasta ahora mismo— uno

Los Estados Unidos no estaban preparados para la guerra, pero, en un tiempo récord. reconvirtieron la producción de sus numerosas fábricas hacia el material bélico con el que inundó todos los frentes, tanto los propios (Pacífico, Extremo Oriente, primero; Europa, después), donde combatían los soldados norteamericanos, como los lugares donde se batían sus aliados, incluida la propia Unión Soviética. El material y el abastecimiento estadounidense era abundante y de buena calidad. Arriba, marines norteamericanos desembarcan numeroso armamento en las playas de Guadalcanal, Islas Salomón, en el frente del Pacífico. En la página anterior, un tren con ayuda alemana llega a una estación japonesa en un gesto más propagandístico que efectivo. Abajo, la infantería nipona realiza una marcha por los bosques de Natuma, una de los miles de islas que ocuparon en el Pacífico. Luego serían desalojadas por los norteamericanos una a una.



No todos los países pudieron dar a sus soldados las ayudas médicas con las que contaban los americanos.

de los temas que han aportado una mayor cantidad de bibliografía centrada sobre la Segunda Guerra Mundial. En todos los países que soportaron la dominación ejercida por las fuerzas de ocupación alemanas, la mitificación posterior de esas actitudes de oposición alcanzó niveles considerables. La edificación de toda una simbología, a partir de las actividades de la resistencia, serviría, con posterioridad, como puntal para respaldo de las nuevas instituciones surgidas tras la liberación.

En el momento de intentar el establecimiento de una clasificación acerca de las diferentes *resistencias* que se levantaron contra el ocupante, el criterio que podría resultar más efectivo sería precisamente el emanado de la posterior importancia de las mismas sobre la vida del país en el que hubiesen actuado. Esto hace posible unificar, por encima de condicionamientos geográficos, económicos y sociales, a las luchas partisanas de Francia, Italia y Yugoslavia; las tres secciones del movimiento resistente general que, actuando de manera simultánea, habrían de tener una incidencia más marcada sobre la inmediata reorganización de la vida política de sus respectivos países.

En Italia, la emigración antifascista había ejercido un importante papel como oposición moral al régimen en el período de entreguerras. A partir de la inicial base de los exiliados, localizada en París, el prestigio de esos sectores que rechazaban el sistema impuesto irá en progresivo aumento, correspondiéndose con la manifestación de los fracasos del sistema personificado en Mussolini. Aquí, los diversos partidos, aún surgiendo de bases ideológicamente irreconciliables, habían sido capaces de establecer un sistema de actuación en base a la unidad. Las necesidades del momento habían podido aplazar las divergencias y querellas que los planteamientos programáticos plasmaban pero que, en definitiva, únicamente hubieran actuado como elementos de debilidad y fragmentación. Los negativos efectos sobre la lucha, es obvio decirlo, hubieran estado presentes en todo momento.

El día 25 de julio de 1943, y mediante un ejemplar *golpe palaciego*, Mussolini será apartado del poder por la acción conjunta del Ejército y las fuerzas más conservadoras del espectro político italiano del momento. A partir de entonces, los partidos políticos, que no han tenido la menor intervención en los hechos, comenzarán a actuar sobre dos frentes distintos y complementarios. Por una parte, en las zonas ya liberadas por los aliados formarán —dentro de una ambigua legalidad basada en la tolerancia— comités de liberación. La finalidad más destacable consistirá en los intentos de ocupa-

ción de un espacio suficientemente amplio en el momento de la pacificación total, al tiempo que mantendrán su más absoluta condena hacia quienes hasta entonces habían favorecido la permanencia del sistema dictatorial sobre el poder. En el norte, ocupado por las fuerzas alemanas y organizado según formas autoritarias emanadas de la fantasmagórica *República Social Italiana* de Saló, la lucha resistente habrá de actuar de forma similar a la seguida por sus homólogas de los demás territorios ocupados de Europa. Y, como en ellos, recibirá una abundante ayuda moral y material por parte de los aliados, al tiempo que sustentará, de forma rígida, postulados orientados hacia el futuro que estarán mayoritariamente imbuidos de doctrinas de tendencia izquierdista.

Francia, por el contrario, había experimentado, tras la ocupación y posterior desmembración, un fraccionamiento de las fuerzas que se mantenían en actitud de resistencia hacia el invasor. El paso del tiempo, sin embargo, iría orientado a los diferentes movimientos enfrentados entre sí hacia una necesaria unificación. Esto hizo posible, llegado el año 1943, la formación de un movimiento resistente que, de entre todos los existentes en la Europa del momento, se destacó por la aportación de unos órganos de prensa e información que le alzaban al primer plano comparativo. El general De Gaulle había lanzado desde Londres un mensaje de resistencia, en las mismas horas en que su patria era invadida y derrotada. Tres años más tarde, después de una lucha no siempre centrada en los intereses nacionales, conseguirá imponerse sobre todos los demás grupos. Incluso habrá de controlar los movimientos de signo comunista, en nada afines a su particular ideología, de carácter conservador e incluso tendente a un cierto grado de claro autoritarismo personal.

Esta resistencia francesa, provista de servicios ciertamente avanzados, tales como agencias de prensa y de edición, sistemas de comunicación, comités de estudios y de obras sociales, etc., acabaría por unirse en un organismo de actuación común. El *Consejo Nacional de la Resistencia* ejercía unas funciones similares a las de un gabinete ministerial paralelo bajo el mando férreo del general De Gaulle; primeramente, desde Londres y, más tarde, a partir del Argel ya liberado. Esta unificación, al igual que lo sucedido en el caso italiano, aunque no exenta de permanentes fricciones, haría posible la formación de un ejército interior. Este habría de actuar, de forma planificada y sistemática, por medio de un extendido *maquis* hostigador del ocupante hasta los mismos momentos finales de la guerra. En ambos países, para la mayor parte de los miembros de la guerrilla nacional, la liberación del territorio se presentaba solamente como la condición previa a una verdadera y profunda transformación de las estructuras políticas, económicas y sociales, a iniciar a partir del momento de la victoria sobre el nazismo.

El tercer caso de presencia de una organización resistente de posterior trascendencia para la vida y evolución de su país lo presenta Yugoslavia. La lucha guerrillera en contra del invasor conocería muy pronto la indiscutible elevación de Josip Broz *Tito* como figura decisiva entre los mandos clandestinos. En este país, el

A la izquierda, un soldado estadounidense herido, de raza blanca, es auxiliado por un compañero de color. Bajo estas líneas, un póster invita a las mujeres norteamericanas a servir en las «WAVES» o cuerpos auxiliares de la Marina, para que los hombres «puedan regresar antes al hogar».



La propaganda vuelve a funcionar para convencer a la población civil.



La destrucción de la guerra no distingue a aliados de invasores.



Roosevelt y Churchill con sus mandos militares durante la conferencia de Quebec.

Arriba, un grupo de ciudadanos franceses observan los efectos de un bombardeo aliado sobre una zona de Francia todavía ocupada por el ejército alemán, mientras miles de personas intentan huir de los efectos devastadores de la guerra. El viejo continente volvió a ser, una vez más, el lugar más afectado por la destrucción bélica, perdiendo importancia económica y peso político en el nuevo mundo que surgiría de la posguerra y que estaría dominado por las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética.

movimiento resistente, asimismo fragmentado, había sufrido una prolongada serie de vicisitudes internas que lo hacían particularmente sensible al porvenir del desmembrado Estado. Los británicos, iniciales sustentadores de la opción resistente de cariz conservador. terminaron por otorgar su decisivo respaldo al izquierdismo nacionalista del futuro mariscal.

Tito habrá de erigirse en árbitro indiscutido de la situación yugoslava una vez las fuerzas de ocupación alemanas hayan abandonado el territorio nacional. Yugoslavia, entonces, sería el único país de la zona balcánico-danubiana que podía conseguir su liberación sin la presencia del Ejército Rojo. Esta nota tan diferenciadora habría de determinar, con posterioridad, la especial naturaleza del régimen *titista*, en contraposición a los que pudieran resultar comparables en cuanto a organización ideológica y consecuente estructura socioeconómica.

Los demás casos de movimientos de signo resistente, presentes en los países europeos ocupados, habrán de adquirir caracteres diferentes de manifestación, según los países en los que se desarrollen. En primer lugar. cabría señalar las actividades de la resistencia soviética, dedicada tanto a la lucha contra el invasor como a la reconstrucción del disgregado partido



Casablanca. Reunión entre los líderes de los países aliados.



comunista. Los partisanos soviéticos, perfectamente controlados y dirigidos por las autoridades, lucharían dentro de un clima de verdadera exaltación patriótica, capaz entonces de unificar ideas basadas en una *Rusia eterna* con la presente realidad determinada por el totalitarismo de matiz estalinista. Como fuerzas de preparación de las ofensivas del Ejército, obtendrían satisfactorios logros, pero una vez finalizada la guerra, al tiempo que sus acciones serían mitificadas en provecho del régimen, los protagonistas de las mismas habrían de conocer la más decidida persecución llevada hasta los máximos extremos posibles.

El movimiento de resistencia polaco presenta notas muy especiales, determinadas en primer lugar por la precariedad de su actuación en contra de las fuerzas y administración alemanas impuestas sobre el país. En el enfrentamiento civil entablado desde el principio entre sus componentes, Moscú habría de apoyar solamente a la fracción de índole comunista, oponiéndose en todo momento a los seguidores del gobierno polaco exiliado en Londres. Las más trágicas consecuencias de esta actitud habrían de ver su manifestación cuando, en el mes de agosto de 1944, los resistentes democráticos iniciaron un levantamiento en Varsovia en contra del ocupante alemán. Entonces, frente a un ejército soviético apostado en las afueras de la capital, Stalin permitiría el aplastamiento de la sublevación prosiguiendo su actuación como valedor de las fuerzas comunistas exclusivamente.

El mismo esquema habría de repetirse, aunque con resultados totalmente opuestos, en el ámbito de la guerrilla resistente griega. En este caso, Churchill, sustentador de los sectores democráticos, obtendrá de Stalin la retirada del apoyo a la facción comunista, fuertemente asentada en el movimiento antialemán. En los demás casos reseñables, la lucha resistente habría de estar definida por unas características particulares, producto de las circunstancias presentes y, en mayor medida, de la idiosincrasia de cada país. Así, mientras en Noruega la acción estará dirigida a la organización de sistemáticos sabotajes sobre instalaciones vitales del ocupante, en Dinamarca la resistencia será efectuada primordialmente a base de la organización clandestina de huelgas de trabajadores.

Y, si en los Países Bajos destacaría la acción solidaria hacia las víctimas de la ocupación, en Bélgica habría de organizarse un muy perfeccionado sistema de redes de evasión e información. De entre la masa de países del centro y este de Europa, solamente Checoslovaquia sería capaz de aportar un historial resistente suficientemente válido. La unidad nacional, por encima de cualquier otra cuestión, que el presidente Benes preconizaría incesantemente desde su exilio londinense, habría de lograr el acuerdo entre todas las facciones luchadoras en la clandestinidad. Checoslovaquia, debido a esta especial circunstancia favorecida por su alto nivel cívico de preguerra, aportaría también un modelo diferente al de los demás países del área. Una situación *sui generis* que retrasaría en tres años su forzada inclusión dentro del perímetro de decisión soviética.

J. M. S. M.

Bibliografía básica

AUTY, P.: *Tito*, San Martín Ed. Madrid, 1974.

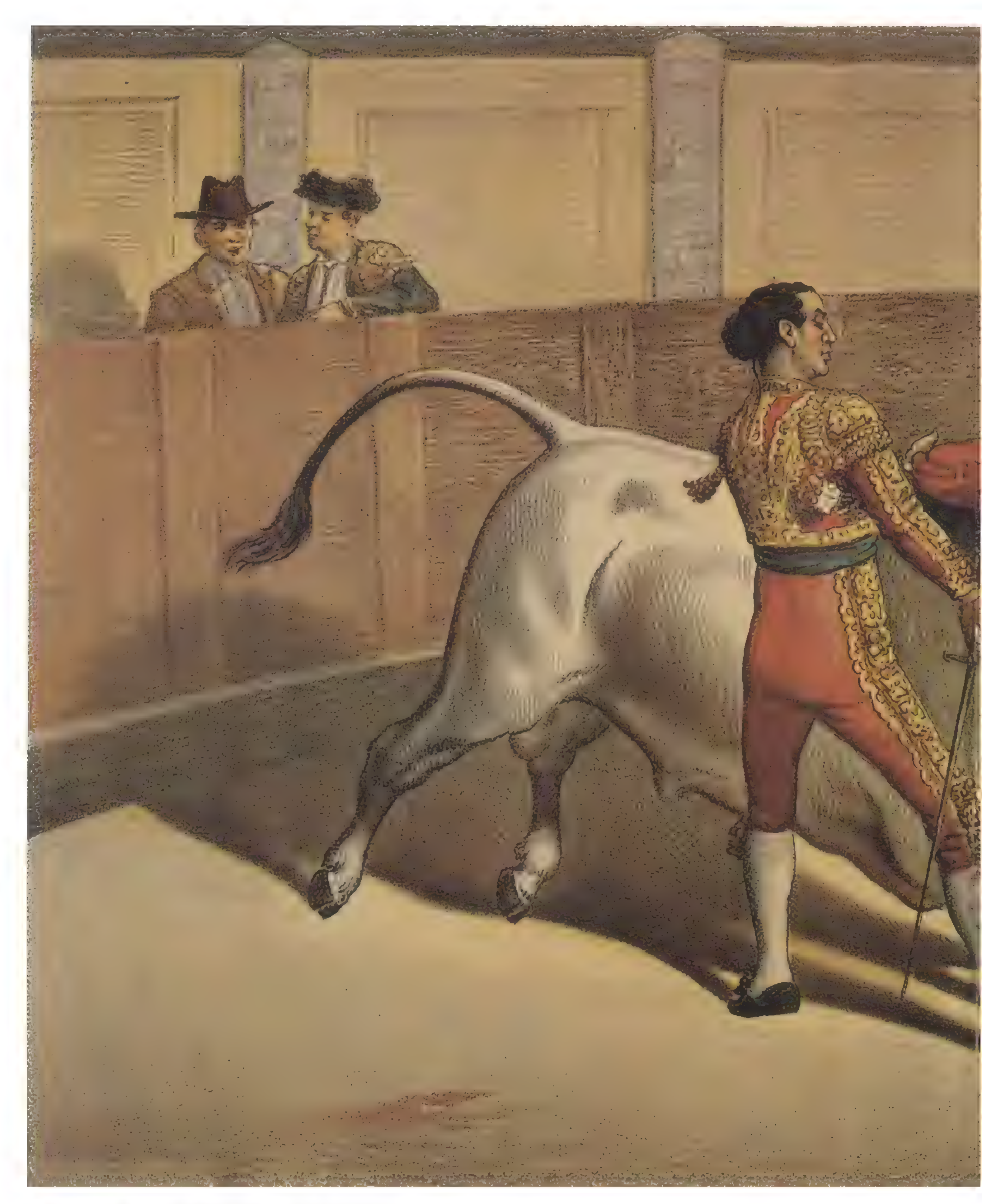
BERNARD, H.: *Historia de la resistencia europea*, Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1970.

DUROSELLE, J. B.: *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*, Labor. Barcelona, 1978.

MICHEL, H.: *Los movimientos clandestinos en Europa*, Oikos-Tau. Barcelona, 1971.

RENOUVIN, P.: *Historia de las relaciones internacionales*, Aguilar. Madrid, 1969.

Tras las sucesivas derrotas del Eje, a partir sobre todo de 1943, los dirigentes aliados efectuaron numerosas reuniones para decidir la reorganización económica y política mundial después de que se culminara la derrota bélica de los fascismos en los campos de batalla. Los recelos más grandes se daban entre Churchill (conservador británico) y Stalin (primer mandatario comunista de la URSS), frente a las exigencias norteamericanas del presidente Roosevelt de unirse rápida y fuertemente ante el enemigo común y el papel pasivo de la «Francia Libre», representada por De Gaulle. En mayo de 1942 se firmó por fin la alianza anglosoviética y en agosto de ese mismo año tuvo lugar la primera conferencia de El Cairo. En enero de 1943 se celebró la conferencia de Casablanca (fotografía de la página anterior, abajo), en la que aparecen de derecha a izquierda, Churchill, De Gaulle y Roosevelt (sentado) saludando a un militar. En ese mismo año hubo también las reuniones aliadas de Washington (mayo), Quebec (agosto, ver fotografía de esta página), Moscú (octubre), nuevamente El Cairo (noviembre) y Teherán (28 de noviembre-2 de diciembre). Tras una nueva reunión en Quebec, en septiembre de 1944, los acuerdos aliados de reparto del mundo en zonas de influencia se plasmaron en las decisivas conferencias de Yalta (4-12 de febrero de 1945) y Postdam (17 de julio-2 de agosto de ese mismo año).



Frascuelo dando un cambio en la cabeza. Grabado de la revista La Lidia.

1942



El color del capotazo pasó del grabado a la fotografía.

SOL Y SOMBRA: EL MUNDO DE LOS TOROS

«¡ANIMO, don Luis, y que no tenga usted que trabajar nada esta tarde!». Los aficionados, de aquel 1942 en que se consagró Manolete, vivían la corrida del domingo desde que se levantaban temprano por la mañana, y para ellos todos eran protagonistas. El cirujano de la plaza también. La ingenuidad de la época les hacía expresar con tan ingeniosos circunloquios sus deseos más nobles: que el cirujano no tuviera que trabajar; que no hubiese cogidas.

Pero había cogidas, más que ahora y más graves, aunque el toro era mucho más pequeño. El toro era torito. Ambos bandos de la Guerra Civil se habían comido los toros bravos de las dehesas, naturalmente porque tenían hambre. Suerte que, ya que andaban a tiros, por lo menos podían disfrutar de la naturaleza y los muchos bienes que reporta, entre ellos el vacuno. Porque en la urbe un manjar era la algarroba. Por 5 céntimos, los niños le comprábamos a la pipera un puñadito de algarrobas, que gulusmeábamos, y las madres nos dejaban comerlas, complacidas, porque, al menos, eran alimento. Joaquín Vidal, periodista y crítico taurino del diario El País, es el autor de este artículo.



Bailador, el toro que mató a Joselito.

Del toro al torito, al becerro o al gato

No todos los toros se comieron los contendientes, ni tantos como el mundillo taurino decía. Los empresarios, los apoderados, los toreros, habían encontrado la excusa del siglo (del siglo XX, aún en su primera mitad): como los toros habían sido pasados a cuchillo y tenedor, la ocasión se presentaba propicia para legalizar el becerro. Y la autoridad, con sospechoso apresuramiento, no dudó en hacerse permisiva para esta materia.

La afición de la época anterior, aquella que en cinco años había envejecido como si la hubiesen metido cincuenta dentro del cuerpo, estaba de un levantisco subido: «Con esos toros que no son toros, porque son becerros, no puede haber toreo, y si lo hay, no tiene mérito». A Manolete le miraba de través: «Cuando se ponga delante de toros de verdad, veremos si es el "monstruo" que dicen».

Cayó Manolete en el ruedo de Linares, corneado de muerte por un Miura, y el holocausto le llevó a la gloria.

El torito también ascendió a la gloria, pues los públicos empezaron a darle importancia.

«Lidiar» es, según los diccionarios, sinónimo de «batallar», «pelear», «luchar» o «combatir», a la vez que «conjunto de suertes que se practican ante un toro bravo, desde que se le da suelta del toril a la plaza hasta el arrastre que sigue a su muerte». La «batalla» entre hombre y bestia debe ser limpia, oponiendo aquél su inteligencia y destreza a la fuerza y nobleza del astado, cuyas defensas también pueden «repartir muerte» si el matador yerra en su técnica lidiadora. Torear no es una broma y exige tanto valor como un especial estado de ánimo casi mítico o religioso. Arriba, cabeza disecada del toro Bailador *que mató al valiente matador* Joselito *en la plaza de Talavera de la Reina (Toledo) el 16 de mayo de 1920. Abajo, el mismo diestro, en vida, se repone de una de sus múltiples cogidas rodeado de sus amigos.*



Joselito se repone de una de sus cogidas.

Todo cuestión de contrastes, paradojas y agravios comparativos. Pero desde nuestra perspectiva, que ya podría ser histórica, cabe decir, en propiedad, que aquel torito no era importante, comparado con los que se lidiaban en la década anterior, la de los años 30 —por cierto, la más completa de todo el devenir de la fiesta—, pero sí con el de la década posterior, la de los años 50, que de becerro pasó a gato y, aprovechando la feliz circunstancia, el plantel taurino se cuajó de «fenómenos».

La calidad artística, la plenitud técnica y el perfecto equilibrio entre las aptitudes del torero y los peligros del toro, que se traducían en emoción máxima, habían sido constantes del espectáculo taurino en los años 30, mientras en la década posterior empezaron a decrecer tales valores, o a desvirtuarse, y estuvieron a punto de desaparecer totalmente.

Héroes de otra década

Venían de aquellos años 30 un Domingo Ortega joven y ya maestro dominador, aunque se tomaba la ventajilla de caminar hacia el rabo en el remate de las suertes, y la izquierda apenas la utilizaba; un Cagancho siempre en decadencia, pero siempre también a flor de posibilidad de que se produjeran sus mágicos destellos de arte fulgurante; un Nicanor Villalta recio, seguro estoqueador, de crispado estilo; un Marcial Lalanda con su quite de la mariposa, su pasodoble y su sabiduría; un Gitanillo de Triana que también sacaba la veta genial —aunque fuera de tarde en tarde; hubo quien la vio mucho y quien nunca la vio—; un Victoriano de la Serna, universitario hasta para entender al toro, que era la exquisitez y, al propio tiempo, la cicatería del arte; un Chicuelo que rezumaba gracia en el manejo de los engaños, aunque le flojeaba el ánimo; un Juanito Belmonte que no podía hacer olvidar a su legendario padre, pero que también tenía su aquél; un Gallito que, si no le hubiera fallado el valor, habría representado con honor la continuidad de su famosa dinastía...

... Venían muchos más, todos toreros en la más amplia concepción de la palabra, imbuidos de la mística singularísima de su oficio, tal cual fuera desde los «padres de la tauromaquia», Pedro Romero, Cúchares, Pepe-Hillo, porque no se podía entender de otra manera. Tenían sitio en el concierto taurino, calidad evidente,

De los toreros, aparte de su valor y destreza en los ruedos, la afición suele pedir que siempre estén en el candelero de la moda, la actualidad y el lujo. Una imagen pública de riqueza y ornato que deben pagar como precio de su gloria y fama. En la fotografía, el mítico José Gómez Ortega, Joselito *(llamado también* Gallito*) (1895-1920), miembro de la familia española de matadores de toros más famosa y popular durante décadas (hijo y hermano de los dos matadores que fueron conocidos como* El Gallo*: Fernando Gómez y Rafael Gómez Ortega, respectivamente), sonríe desde un automóvil, símbolo del lujo en la España que lo aclamaba como a un ídolo.*



El famoso torero cambia el traje de luces por el de conductor.

El Ruedo

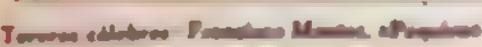
2

Toreros actuales · Luis Miguel Dominguín

ENRIQUE SEGURA

…rdo Torres Bombita




Toreros célebres · Francisco Montes, «Paquiro»



Toreros célebres · Rafael González, Machaquito

SE TOREA COMO SE SIENTE

El escritor José Bergamín (Madrid, 1895 - San Sebastián, 1983), en su libro *La música callada del toreo,* definía este arte como algo que se piensa: «Porque al hacerlo y al decirlo se salta el trecho que separa el hacer del decir toreros, pensándolo (...), porque este pensar es un sentir. Se siente el toreo por el torero cuando éste lo piensa de ese modo —que es su modo, su estilo— para hacerlo y decirlo bien según él lo siente. (...) La emoción del toreo, para el que lo hace como para el que lo ve, nace de ese pensamiento conmovido: "a cada paso que daba, se me saltaban las lágrimas", dijo Rafael El Gallo. Y su hermano José, y Juan Belmonte, nos hablaron de "la borrachera que da el toreo" cuando se hace y se dice de verdad. Porque cada torero de veras piensa y siente, hace y dice el toreo a su modo, a su estilo. Y ese estilo es el suyo propio, personal, único, singularísimo».



inequívoca vocación, pero no encaje en el nuevo espectáculo. Los modos de la época, más aún que el natural desgaste de la veteranía y del paso de los años, los habrían de retirar.

La revolución de Manolete no fue artística, ni técnica, sino mística, en el sentido de que trajo una nueva forma de entender el oficio. El torero total, el que es necesario muestre su torería, tanto dentro como fuera de la plaza, pasó a ser sustituido por el «fenómeno». A partir de la guerra, con mayor fuerza desde 1942, que es el año de la consagración de Manolete, la categoría no la habrían de dar los gestos y las gestas, sino los honorarios y las influencias.

Terreno abonado para el cambio

El ambiente social era terreno abonado para este cambio. El horror de la guerra y los sufrimientos de la posguerra habían influido de for-



Una vuelta al ruedo para Belmonte.



Carlos Arruza a hombros de sus admiradores.



Marcial Lalanda.

ma definitiva en el carácter de los españoles y, por supuesto, en su filosofía de la vida. Toda la angustia que llevaban dentro necesitaba liberación inmediata, para no explotar, para no volverse locos. No importaba que esa liberación fuera lúdica, o mejor si lo era. Necesitaban hacer realidad sus sueños, palparlos, aunque hubiera que personificarlos en otro. Buscaba y construía ídolos. El ídolo —en el fondo, el modelo de triunfador que creaban sus sueños— debía tener un origen humilde y un muy fastuoso presente.

La fortuna de Manolete que, al parecer, a su muerte ya era de quince millones de pesetas (cantidad de por sí fabulosa para la época), la imaginación popular la quintuplicaba. Manolete, en cuanto hizo fama, no era tan famoso por el dramatismo de su toreo vertical como por sus caudales. La foto del ídolo más comentada aquellos años no era taurina, como la de la cogida de Alicante, o la del pase mirando al tendido, sino una de Valencia, callejera, en la que aparecía con Arruza, ambos de pie, degustando una paella, y lo que admiraba era la elegancia del gesto, el bien cortado traje de fino paño, el bienestar y el señorío que se dejaban adivinar en aquella escena. «Miradle: ayer era pobre, hoy es un señor, rico, y no hay quien le tosa.»

Hubo dos toreros que sin excesivos esfuerzos habrían hecho imposible el fenómeno del manoletismo: Pepe Luis Vázquez y Antonio Bienvenida. Eran imparables, porque llevaban en el corazón la torería inequívoca de sus antecesores, conocían en profundidad los cánones de la tauromaquia, tenían el don del arte, y además, quizá sin pretenderlo, habían sabido evolucionar, impregnando de un nuevo sentido estético la interpretación de las reglas clásicas del toreo.

No arrinconaban los cánones, sino que los reinventaban, y, en realidad, estaban ejerciendo la dinámica propia del arte, el cual, si es conformista y se detiene en una determinada fórmula, pierde su naturaleza y pasa a ser oficio artesanal.

Manolete era el torero del valor, de la quietud, de la regularidad, siempre fiel a sí mismo, corto de repertorio, repetitivo, y aunque indudablemente emocionante, monótono y falto de inspiración. Pepe Luis y Antonio, por el contrario, eran la improvisación, el contraste, la sorpresa permanente, el valor y el miedo en completa amalgama, la inspiración, y eran eso o no eran nada.

Un temperamento vacilante y las consecuencias de cornadones que en la jerga taurina llaman «de caballo», los eliminaron de la competencia, merced a lo cual, Manolete pudo seguir adelante como figura indiscutible de la época.

Figura indiscutible a pesar de Carlos Arruza, o quizá —matizando al máximo— gracias a Carlos Arruza, que no le podía hacer sombra pero que a su lado servía para producir una ilusión de competencia. Arruza no era figura en su país, México. Llegó a España en el momento oportuno, justo cuando se reanudó el convenio taurino hispano-mexicano, y consiguió, desde el primer momento, ganarse la admiración del nuevo público con su toreo atlético y la espectacularidad de sus pares de banderillas.

Así como Manolete no resistía la comparación con los diestros artistas, Arruza no la resistía con la personalidad y la hierática verticalidad de Manolete.

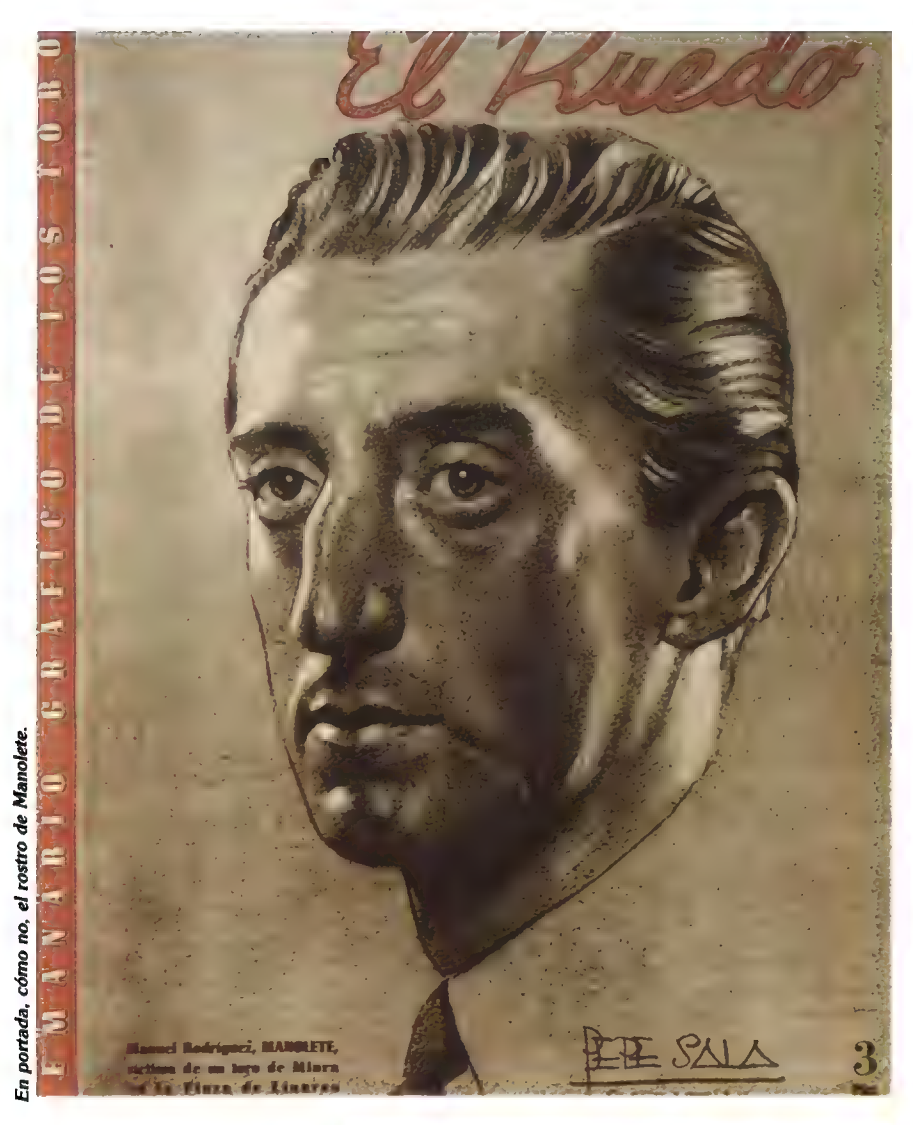
Nuevos estilos, nuevos tiempos

Por aquellos años bullían, cada uno en su estilo y con estimables condiciones técnicas o artísticas, Manolo Martín Vázquez, Paco Casa-

En la página anterior, arriba, Juan Belmonte saluda al público, mientras da la vuelta al ruedo. Abajo, Carlos Arruza, vestido de calle, es sacado a hombros por sus admiradores del Montepío de toreros. A la derecha, el diestro Marcial Lalanda, famoso por un quite de su invención, «quite de la mariposa», e inspirador de un bello pasodoble. Bajo estas líneas, el mexicano Rodolfo Gaona, con su característica cara de niño, larga coleta y un bellísimo traje de luces.



Rodolfo Gaona.



En portada, cómo no, el rostro de Manolete.

Arriba, portada de la revista taurina El Ruedo *con el rostro del famosísimo Manuel Rodríguez,* Manolete. *Abajo, cartel cinematográfico de la película* Recuerdo de Manolete, *«un filme inolvidable del malogrado diestro cordobés», realizado por José H. Gan.* Manolete *fue, junto a Carlos Arruza, el torero de moda de la década de los 40. A pesar de que no poseía una técnica excesivamente rica en recursos, su hieratismo y su valor —eran escalofriantes sus pases mirando al tendido— le granjearon una bien merecida fama.*



Su valor merecía la fama que tuvo.

do, Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín; Pepete Bienvenida —uno de los mejores banderilleros de todos los tiempos— y su hermano Angel Luis, que quizá sea quien mejor ha interpretado el toreo en su acepción «amanoletada», Manolete incluido, El Estudiante, Curro Caro, Morenito de Talavera, Paquito Muñoz, Juan Mari Pérez Tabernero, luego criador de reses bravas, y más, muchos más.

El capricho taurino de la época era Rafael Albaicín, gitano y agitanado; un personaje de literatura, intelectual a su manera, intérprete de múltiples facetas del arte, lo mismo en la pintura que en la música y, naturalmente, en el toreo; del cual tenía una visión barroca, que excluía la técnica elemental, y así le salía casi siempre; más bien desastrado. Excéntrico en la calle y en la plaza, se diseñaba sus propios trajes, tanto los de vestir como los de torear, y una vez quiso hacer el paseillo con montera blanca. Tenía una enorme personalidad.

Manolo Escudero era quintaesencia de la plasticidad. No sobrado de recursos —quizá porque el valor tampoco le desbordaba—, su toreo era un lujo, y el estilismo de su verónica aún no lo ha igualado nadie. El Andaluz tuvo una etapa de excelentes actuaciones, y la que giró en torno a su alternativa, el año 1942, hizo que se le presagiara un brillante futuro, que lamentablemente no llegó a producirse.

La mayor parte de los diestros de aquel tiempo manejaban el capote con profesionalidad y gusto, poseían un amplio repertorio de suertes, y en los tercios de quites arrebataban al público. He aquí una de las enormes diferencias que hay entre el toreo de los años 40 y el actual de la década de los 80: en la actualidad, el toreo de capa prácticamente ha caído en desuso. De nuevo Manolete está en el origen de la decadencia. Con Manolete se impuso el toreo de muleta como actividad casi exclusiva de la corrida, y aun éste hecho síntesis y reducido a su mínima expresión. Aquel concepto global del toreo, que iba paso a paso con el desarrollo de la lidia, desde el primer capotazo hasta la estocada, se fue perdiendo a ritmo acelerado; los tercios se reducían hasta dejarlos vacíos de contenido, y el último de ellos cambiaba, a su vez, de significado.

Lo que, durante un siglo, debió ser y fue dominio del toro, o mejor, expresión de dominio sobre el toro mediante la aplicación del más amplio repertorio de suertes posibles, ejecutadas sin solución de continuidad, pasó a ser repetición de sólo dos suertes fundamentales, con olvido de todas las demás. El mérito ya no estaba en desgranar el mayor surtido de pases, sino en reiterar, cuantas más veces mejor, esas dos suertes elegidas, que eran y siguen siendo

el natural y el derechazo, por supuesto acompañadas a continuación de un pase de pecho.

El toro era más chico, más joven; por tanto, más fácil que en la década anterior. Las viejas glorias , retiradas por razones de edad, contemplaban desde el tendido con desdén los nuevos rumbos que tomaba la fiesta: menos toro y, por añadidura, menos toreo. Lo cual no eliminaba de peligros el espectáculo. Las cornadas eran frecuentes, y la década se había abierto con dos víctimas: Félix Almagro y Pascual Márquez. Ambas tragedias se produjeron en Madrid. La de Almagro, en el verano de 1939. La de Pascual Márquez, en 1940. A este último, un toro de Conca y Sierra le asestó una terrible cornada en el pecho, que le dejó al descubierto el corazón.

Las bebidas embotelladas y el bajonazo

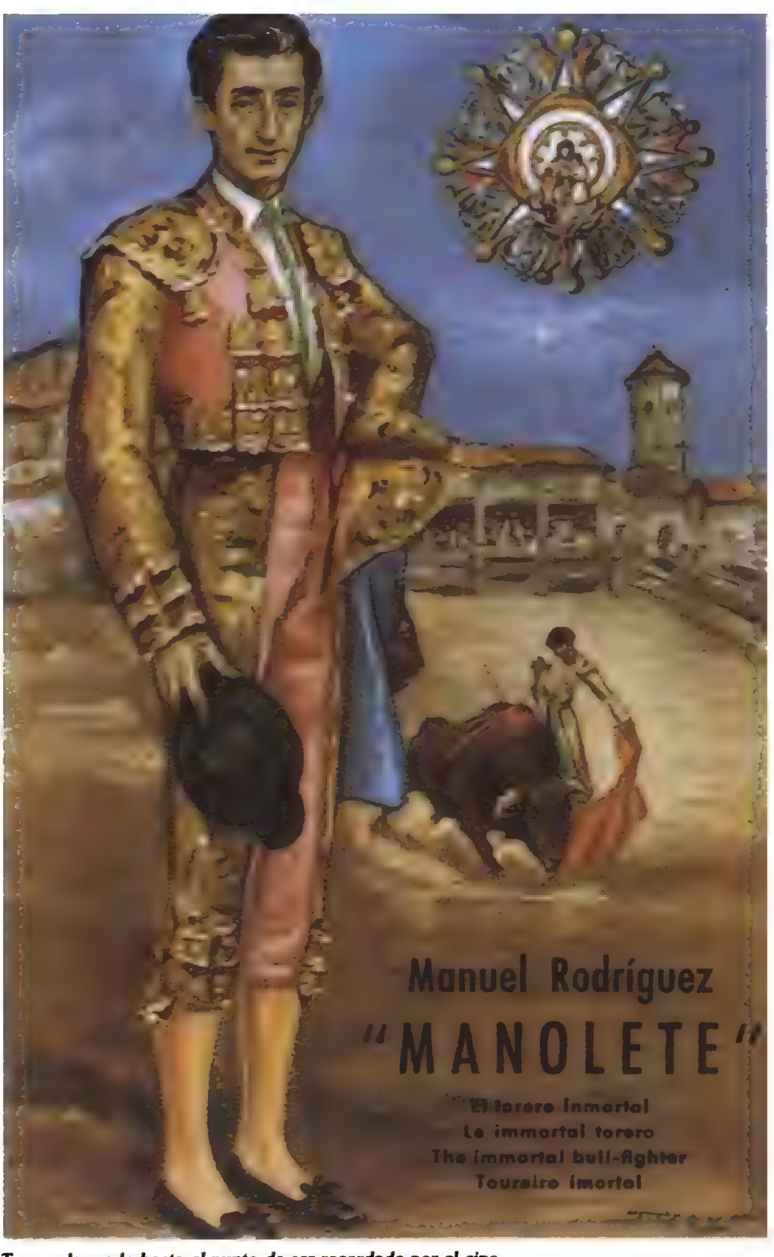
Ya los futbolistas adquirían fama durante aquellos años, pero seguían siendo los toreros las grandes figuras populares. Y los toros la pasión nacional, naturalmente. Las plazas estaban rodeadas de un gran ambiente, que se iba formando desde la mañana. En la de Las Ventas era famosa la cantinela de las vendedoras de agua, que cantaban su mercancía todas a la vez, y ya desde la calle Alcalá arriba se percibía el clamor. Decían, con soniquete: «Agua fresquita, querían aguaaa!». Llegabas, empinabas del botijo, te caía al gaznate aquel inolvidable agua de Lozoya que nadie habría cambiado por néctar. El agua de Madrid se la llevaban los parientes del pueblo en garrafas cuando venían a la capital a ver al médico, o a echar una cana al aire (normalmente no pasaban de verle las piernas a Celia Gámez, desde la prudente distancia que media entre la butaca de patio y el escenario), o a presenciar en la plaza una corrida de abono.

Nadie habría cambiado el agua de Lozoya por néctar, pero tampoco había un duro para semejantes lujos. Por diez céntimos te podías intoxicar de tabaco, y no siempre daba el sueldo para estos vicios. En la plaza se vendían gaseosas, aquellas de tapón de vela atado con una cuerda o, en plan fino, lo que llamábamos «orange», pero esa bebida era para títulos, o estraperlistas, o para festejar al niño si ese día era su santo.

Mas, en definitiva, la importancia del refresco que vendían en las plazas de toros no estaba en su contenido sino en su continente, que el público más incivil (muy abundante en aquella época) utilizaba como correctivo contra los toreros que se inhibían de su obligación de arrimarse o pegaban bajonazos, y en especial contra los picadores, cuando parecían olvidar las normas básicas del arte de Cúchares. Hasta a toros mansos he visto yo tirarles botellones (sólo porque eran mansos, angelicos míos), y uno que no embestía lo que se dice nada, al que le cayó de plano el botellón en plenos riñones, cuando sintió el golpetazo se puso a pegar coces, a correr, y no paró hasta que le metieron estoque por el morrillo.

Había entonces estocadas defectuosas, o francamente infamantes para el arte (lo que llamaban «sartenazo»), pero lo habitual, y desde luego lo que exigía la afición, era que los matadores mataran bien. Años más tarde, casi todos los toreros matarían de bajonazos descarados, de tal forma que ya parece norma, si es que no se trata de una manía. Dicen eruditos, sesudos

Desde la muerte de Manolete, tras su cogida por el toro Isleño, de la casta Miura, en la andaluza plaza de Linares (Jaén), en 1947, ha pasado a conocerse como «manoletina» un pase de adorno con la muleta, muy bello, en el que el torero lleva la muleta detrás, cogido el palo con la mano derecha y una punta del paño con la izquierda. Así, cita al toro de frente, pasándole la muleta por encima de la cabeza. Este «pase valiente» antes de ser popularizado por Manolete ya había sido inventado y usado por el culto y brillante matador Victoriano de la Serna.



Torero de moda hasta el punto de ser recordado por el cine.

Arriba, Manolete *es entrevistado en la misma plaza, entre faena y faena, por Matías Prats, uno de los locutores más populares de la radio de la posguerra española. Abajo, el valiente y temerario diestro cordobés es sacado a hombros de la madrileña plaza de Las Ventas, famosa en los ambientes taurinos por alardear su afición de ser «la más entendida del mundo» y por donde deben pasar todas las figuras del toreo para quedar «consagradas». La afición de la sevillana plaza de La Maestranza disputa a la del coso madrileño la posesión de la «sabiduría taurina» popular.*



Matías Prats entrevista a Manolete en la plaza.



Saliendo a hombros de la plaza de Las Ventas (Madrid).

estudiosos de la fiesta, que cuando la autoridad prohibió la venta de bebidas embotelladas en las plazas de toros, lo que en realidad hizo fue legalizar el bajonazo. Sin el miedo al botellazo, dirían toreros de la transición (la transición del vidrio, ha de entenderse), ¿por qué matar en corto y por derecho, perfilarse al pitón, arquear la pierna, bajar la mano del engaño, hundir el acero por el hoyo de las agujas, palmo a palmo y sin estirar el brazo?

A lo mejor tienen razón —nunca se sabe—, pero la fiesta, incuestionablemente, pierde. Desde la crucial década de los años 40, no ha hecho más que perder cosas, dejarse su propia esencia, a girones, en las burdas asperezas de las sucesivas modas estilísticas. La enorme afición que siempre hubo por la fiesta de los toros, hasta que llegaron los años 40, no se debía a que esa fiesta fuera producto de la época, sino a que la corrida se producía siempre emocionante y argumentada.

En realidad, la crisis de valores habría podido corregirse desde los poderes públicos, pero sobre que los poderes públicos necesitaban abonar el triunfalismo, para tener contento con algo a todo un pueblo que hacía arabescos para comer dos veces al día con la parva ración que le correspondía según la cartilla de racionamiento, la corrupción ya funcionaba en aquellos tiempos a tope. Además de chicos, los toros salían afeitados.

De la corrida y otros personajes

El afeitado, o manipulación fraudulenta de las astas de las reses, era habitual, principalmente para la gran figura del momento. El apoderado, en aquella etapa elemento angular dentro del entramado del espectáculo, era asimismo personaje clave en la aplicación de la corruptela del afeitado. El «hombre de las gafas negras», Camará, apoderado de Manolete, fue y aún es paradigma de este gremio. Cuanto hizo, cuanto tejió y destejió, ha creado escuela.

Por añadidura, al Jefe del Estado los toros le importaban una higa. Francisco Franco, gallego de los que ejercen, seguramente no entendió la fiesta jamás. Y como en su mediocridad intelectual no parecía tener ninguna sensibilidad para el arte (incluido el de Cúchares), dejó el espectáculo taurino a su suerte, que ciertamente fue mala suerte. De lo cual no debe inferirse que no lo utilizara en su beneficio pues, por el contrario, se sirvió de él, y mucho. Acudía a las corridas de Beneficiencia y sonreía paternalmente desde el palco de honor, mientras el público le aclamaba «¡Franco, Franco, Franco!». Durante aquellos minutos debía pasarlo en grande. Luego, cuando sonaba el clarín, se aburría de muerte, pero tenía claro que ese era el precio de la gloria.

Aprovechaba la popularidad de los toreros, a los que invitaba a cacerías; se relacionaba con los ganaderos, gente de noble cuna, propiedades, dinero. En la corte del dictador entraban estos famosos y estos capitalistas, y es justo señalar que no Franco sino los cortesanos —naturalmente haciendo valer su proximidad al que llamaban Caudillo— ponían en marcha el mercado de influencias. El caso era hacer negocios. Las licencias de importación, el estraperlo, la especulación, se producían a ritmo acelerado desde la alta camarilla, y es lógico que toreros adinerados, empresarios con caudal y ganaderos, fueran admitidos en ese círculo de élite, posiblemente en calidad de inversionistas.

De cualquier forma, el mundo taurino no fue de los más politizados de la época, aunque las generaciones posteriores le han hecho pagar cara la imagen fascista que hubo de ofrecer en alguna ocasión. Aquellas fotos de corridas «patrióticas» donde aparecen las cuadrillas (picadores incluidos) saludando brazo en alto, las han tenido los intelectuales de medio pelo como prueba irrefutable de que la fiesta es reaccionaria. Pobrecillos. En su ignorancia supina desconocen (o en su demagogia fingen desconocer) que en aquellos años el brazo lo levantaban hasta los mancos. A los niños, lo mismo chiquitines que bigardos, nos reunían los curas en el patio a la entrada del colegio, mañana y tarde, y teníamos que cantar brazo en alto el *Cara al Sol* (los curas también, desde luego). Y los futbolistas, en los partidos internacionales. Y los espectadores en el cine, porque al acabar la película se proyectaba en pantalla una foto de Franco —la famosa del gorro cuartelero—, y todo el público en pie saludaba brazo en alto, a los acordes del Himno Nacional.



Su aspecto frío y elegante formaba parte de su leyenda.

Toda una imagen de la chulería castiza y la sofisticación que se esperaba en la década de los 40 de los toreros de moda, queda reflejada en este característico perfil de Manolete. *Un repeinado diestro enciende complacido un cigarro. Participante en más de 70 corridas en la misma temporada, los años anteriores a su cogida y muerte* Manolete *fue un indiscutible héroe de la fiesta brava. El público le pedía desde los graderíos más y más temeridad, violando la frontera que debe existir entre ésta y el valor. Con la música de un pasodoble compuesto en su honor, la gente le cambiaba la letra y cantaba: «Manolete, Manolete, si no sabes torear pá que te metes», en plan provocación al hieratismo y fría tranquilidad del diestro cordobés.*

Tiempo adelante, hay quien ha creído que los toros los inventó Franco. En la sección de cartas al director de los periódicos, de cuando en cuando aparece la soflama de algún indocumentado argumentando que los toros son una fiesta fascista producto del anterior régimen.

Y era todo lo contrario. El espectáculo taurino, a pesar de su fuerte arraigo popular, que le venía de anteriores centurias y tuvo un origen rural, jamás gozó de apoyo, aliento, ni comprensión en el marco de la política del Movimiento. El fútbol, en cambio, sí; por ejemplo.

Lo que significaba ser torero

Ser torero de cartel era entonces una aventura, no sólo por los peligros de la lidia. Para poder cumplir sus contratos, los toreros se pasaban días completos viajando, bien en aquellos



Homenaje a Vicente Pastor en Las Ventas. El torero es llevado a hombros por José L. Pécker.

trenes que tardaban quince horas, o más, en hacer un trayecto Madrid-Valencia o parecido, bien en aquellos coches de gasógeno que rodaban trabajosamente por las carreteras agujereadas y polvorientas.

En el asiento de delante iban el mozo de espadas, de conductor, el apoderado y el matador; en el de atrás, picadores, banderilleros y a veces también un saco de carbón para alimentar el gasógeno. Llegaban molidos a la ciudad donde debían torear, con apenas tiempo para dormir un rato, y tampoco era fácil, pues normalmente no les dejaban las chinches. Después de jugársela en el ruedo, vuelta a empezar, carretera adelante, para las ferias del norte o para las del sur, qué más daba.

Los viajes a través del Atlántico para hacer la campaña americana ya se hacían en avión, pero muchos toreros preferían utilizar el barco. Después había que oír a las cuadrillas contar las travesías. Gentes rústicas, que sólo unos años atrás aún eran gañanía, vivían deliciosos episodios en los lujosos camarotes y al relacionarse con el distinguido pasaje. De estos viajes de toreros han quedado para la historia «trolas» monumentales. Entre ellas, la de don Manuel Mejías, fundador de la dinastía de los Bienvenida, Papa Negro del toreo en su tiempo, papá de los Bienvenida y también de este relato: «Estábamos en alta mar cuando los toros, que viajaban en la bodega del barco, rompieron los cajones y las puertas y se tiraron al agua. Yo veía que se iban a perder en la mar, de manera que me tiré también, con una muleta; los fui citando uno a uno, y dándoles pases mientras nadaba, conseguí que volvieran al barco».

Entonces, como ahora, en América tenían los toreros españoles gran cartel. Allí fueron señeros Belmonte y el mismo Cagancho, y Manolete se convirtió en ídolo nada más pisar la Monumental de México.

Ninguno de los diestros del país que protagonizaron la década de los cuarenta, había logrado eclipsar la personalidad y maestría de Rodolfo Gaona, y las nuevas generaciones de espadas españoles les superaban en cartel, tanto en las plazas mexicanas como en España. No obstante, muchos de ellos poseían magníficas cualidades técnicas y artísticas. Posiblemente había una crisis de identidad entre los mexicanos que, por cierto, aún no han llegado a resolver, cuarenta años más tarde.

El elegante Pepe Ortiz se retiró en 1942. También se marchaba Armillita, que fue un maestro de todos los tercios, a la manera de Joselito. Ambos dejaron un vacío que nadie supo cubrir. Alberto Balderas moría de una cornada en la plaza mexicana El Toreo el año 1940. Siete años más tarde, en Portugal, tam-


Chicuelo y Rafael Gómez, El Gallo.


El Cordobés toreando. Un nuevo estilo para una nueva época.

bién moría víctima de una cornada Carnicerito de México.

Lorenzo Garza inicia el toreo de perfil, que más tarde asumirá Manolete; Chucho Solorzano banderillea de maravilla, y su verónica es mágica; El Soldado hace gala de tosquedad y valor; El Calesero es esencialmente barroco; Cañitas triunfa con fuerza en Madrid, pero pronto se adocena; Luis Briones muestra oficio. Luis Procuna es un torero irregular, pero dotado del don de la genialidad para interpretar el toreo. Fue figura indiscutible en México, y su larga popularidad se vio acrecentada cuando interpretó la excelente película *Torero*, una de las más importantes de la filmografía taurina. Silverio Pérez es otra de las importantes figuras mexicanas de la época, por su arrojada forma de hacer el toreo, que se traducía en faenas realmente angustiosas. La paradoja es que este diestro rotundamente dramático en su frenesí por pasarse el toro a distancias inverosímiles, en ocasiones daba la espantada, no podía disimular el miedo, y ocasionaba tremendos escándalos.

Su hermano, Carmelo Pérez, tuvo también, en la década anterior, una popularidad máxima, incluso quizá superior a la de las figuras que le siguieron. Murió el año 1931, muy joven, a la edad de 23 años, como consecuencia inmediata de una pulmonía, pero la causa verdadera de su muerte fue la gravísima cornada que sufrió el año anterior.

La Monumental de México es la plaza más grande del mundo, con cabida para 50.000 personas, y desde el ruedo da la sensación de tubular, con un tendido altísimo y muy empinado. Una tarde toreaba Silverio Pérez, y desde la última fila de la grada un «manito» le llamaba, a grances voces: «¡Silveriooo! ¡Silveriooo!». Como es lógico, Silverio no le hacía caso, pero, ante la insistencia de los gritos (que seguramente le debían de llegar apagados, dada la gran distancia), miró hacia lo alto, para localizar al espectador, naturalmente sin conseguirlo. Y éste le orientó con otro vozarrón: «¡Eh, que estoy aquí, con tu hermano Carmelooo!».

Los mexicanos de la época apenas conseguían triunfar en España. Arruza sí, a pesar de que en México le tenían por mediocre diestro. En España fue figura y se hizo millonario. Análisis conceptuales aparte, llenó la década, con Manolete. Los aficionados puros dirán otra cosa, desde luego con razón. Pero la realidad es que en la fiesta de los toros el imperio de la razón no existe.

J. V.

En la página anterior, el viejo matador de toros Vicente Pastor da la vuelta al ruedo de la plaza de Las Ventas a hombros del locutor de radio José Luis Pécker, poco antes de iniciarse la corrida de homenaje que la afición madrileña le tributó el 17 de febrero de 1959. En el centro, dos generaciones de toreros cuyo estilo y personalidad son difíciles de igualar, Chicuelo *(izquierda), lleno de gracia en el manejo de los engaños y el mítico* Rafael Gómez Ortega*.* El Gallo*, un torero clásico, sobrio y auténtico. A la derecha.* El Cordobés *da un pase al toro.*



Política internacional

Pacto de Washington, por el cual los países que están en guerra con las potencias del Eje acuerdan no firmar ningún armisticio por separado.
Los países sudamericanos, excepto Chile y Argentina, determinan en la Conferencia interamericana de Río de Janeiro entrar en guerra contra las potencias del Eje.
Vidkun Quisling es nombrado presidente de un régimen nazi en Noruega.
Los japoneses toman Singapur.
Rendición de las Indias holandesas y Birmania a los japoneses.
Las tropas norteamericanas capitulan en Luzón (Filipinas); la fortaleza de Corregidor, enfrente de Manila, también es tomada por los japoneses.
Entrevista entre Francisco Franco y Oliveira Salazar.
Los buques y aviones norteamericanos frenan la expansión japonesa en el Pacífico Central y Sudoriental al derrotarles en la batalla del Mar del Coral y en Midway.
Atentado en Praga de la resistencia checa contra Reinhard Heydrich. Como represalia, los alemanes destruyen Lidice y matan a sus habitantes.
Las tropas del Afrika Korps al mando del general Erwin Rommel capturan la ciudad libia de Tobruk.
La infantería norteamericana desembarca en Guadalcanal (islas Salomón).
La ofensiva alemana en la Unión Soviética llega hasta Stalingrado.
Los ingleses, al mando del general Bernard Law Montgomery, derrotan al Afrika Korps en la batalla de El Alamein. Los alemanes son expulsados de Egipto.
Desembarco de tropas norteamericanas e inglesas bajo el mando del general americano Dwight D. Eisenhower en las costas del norte de Africa.
Hitler ordena la ocupación del resto de Francia. Al llegar a Toulon la flota francesa allí fondeada es hundida por su tripulación.
Estados Unidos rompe relaciones con el gobierno de Vichy.
Los rusos cercan al VI Ejército alemán en Stalingrado.
El almirante François Darlan es asesinado en Argel por un partidario del general De Gaulle.

Sociedad

Celebración de una Conferencia sionista en Nueva York en la que se pide la creación de un Estado judío en Palestina.
Empieza la aniquilación sistemática de todos los judíos que habitan en Alemania y países conquistados por el Reich.
Creación del Seguro Obligatorio de Enfermedad en España.

Economía

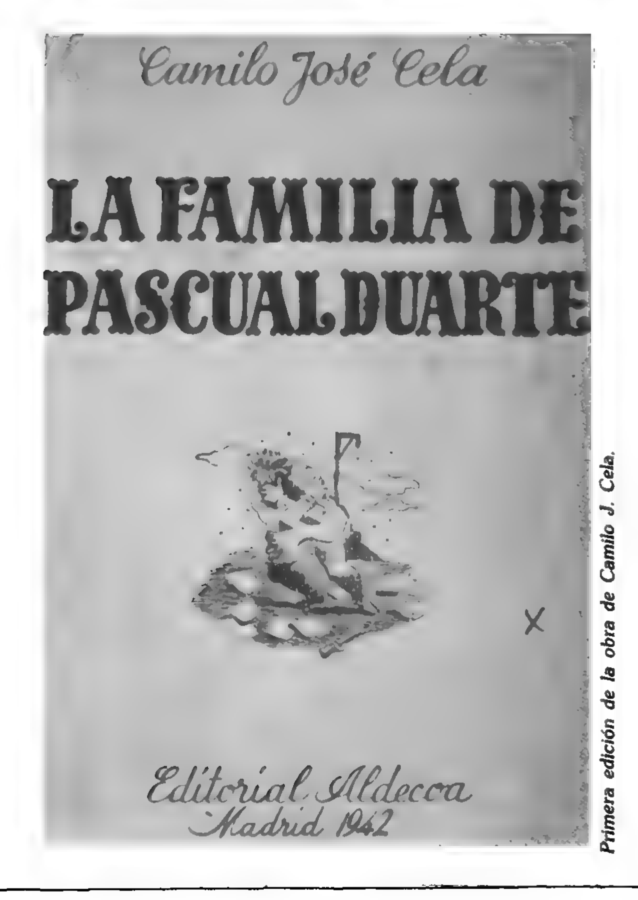
El presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt da a conocer su programa de 7 puntos contra la inflación.
En Alemania los campos de concentración son puestos al servicio de la economía de guerra.
Plan para desarrollar al máximo las posibilidades hidráulicas de los ríos en España.
España y Argentina acuerdan una operación comercial por un volumen de 500 millones de pesetas.
Joseph Schumpeter publica Capitalismo, socialismo y democracia.



Entierro de Reinhard Heydrich.



Greer Garson.



Primera edición de la obra de Camilo J. Cela.

Ciencia y tecnología

Enrico Fermi y un equipo de físicos norteamericanos ponen en marcha el primer reactor atómico en los laboratorios de la Universidad de Chicago.
Invención de la cinta magnetofónica.
Cable telefónico subterráneo de Nueva York a San Francisco.
Utilización del napalm con fines bélicos (Estados Unidos).

Literatura

No se concede el premio Nobel.
Camilo José Cela: La familia de Pascual Duarte.
John Steinbeck: La luna se ha puesto.
Albert Camus: El extranjero.
Jorge Luis Borges: Ficciones.
Thomas S. Eliot: La pequeña Gidding.
Edna Saint Vincent Millay: El asesinato de Lídice.
Paul Eluard: Poesía y verdad.
Mueren Miguel Hernández y Stefan Zweig.

Cine

William Wyler: La señora Miniver.
Orson Welles: El cuarto mandamiento.
John Huston: El halcón maltés.
Luchino Visconti: Obsesión.
Herni Georges Clouzot: El asesino habita en el 21.
Oscar de Hollywood al mejor actor a James Cagney por Yanki Dandy *y a la mejor actriz a Greer Garson por* La señora Miniver.
Fallecen Carole Lombard y John Barrymore.

Teatro

Jean Paul Sartre: Las moscas.
Thornton Wilder: La piel de nuestros dientes.
Sean O'Casey: Rosas rojas para mí.

Música

Arnold Schönberg: Oda a Napoleón.
Richard Strauss: Capriccio.
Manuel M. Ponce: Concierto para violín.
Sergei Prokofiev: Guerra y paz.

Pintura y escultura

Georges Braque: Bodegón con peces negros.
Edward Hopper: Los noctámbulos.
Roberto Matta: El hombre colgado.
John Piper: Windsor Castle.
Primera exposición individual en Nueva York de Piet Mondrian y Jackson Pollock.
Salvador Dalí publica su Vida secreta, *en Estados Unidos.*
Muere Julio González.

Arquitectura

Oscar Niemeyer: Casino en Pampulha, *Belo Horizonte, Brasil.*
Arne Jacobsen: Ayuntamiento de Slled, *Dinamarca.*

EL EXISTENCIALISMO

EL término «existencialismo» ha sido usado tan abusivamente y con significados tan dispares, que terminó por vaciarse de contenido. Hasta bien entrados los años sesenta, en España sonaba a un extraño «mal francés», implacablemente fustigado por el clero, con el cons-

Edward Hopper: Los noctámbulos.



1943

tante recordatorio para memorias frágiles de la inclusión de muchas de sus obras más representativas en el «Indice de libros prohibidos». En algún manual de historia de la filosofía, libro de texto en la Facultad correspondiente, se despachaba a un personaje de la talla de Sartre con estas palabras: «... el ateo Juan Pablo Sartre... nos ofrece una versión francesa de la doctrina de Heidegger y define el existencialismo como el intento de extraer todas las consecuencias de una posición atea coherente». La verdad es que no puede decirse que fuera mucho.



Bajo estas líneas una impresionante fotografía que recoge el momento en que un grupo de ciudadanos alemanes, tras la victoria aliada, son llevados por soldados estadounidenses a los campos de concentración nazis para que vean con sus propios ojos las atrocidades cometidas por los hitlerianos que los llevaron a la derrota. Recientemente aparecieron escondidos en el Museo Imperial de Guerra de Londres una colección de documentos rodados por Hitchcock y un grupo de cámaras del ejército británico poco después de la entrada de los aliados en los campos de exterminio nazis. La crudeza de las imágenes hizo que se decidiera su no exhibición pública.



Los horrores de la recién terminada guerra.

El absurdo y el horror del mundo moderno, tecnologizado y deshumanizado, expresado en la fotografía anterior, fue una de las raíces de la angustia existencialista. Existen cartas mecanografiadas por una secretaria, una persona normal, pidiendo, por ejemplo, al director de un campo nazi una nueva partida de «otros 100 presos judíos» para los experimentos de un centro químico-médico sobre la resistencia humana al frío o a la desnutrición.

Antecedentes

El existencialismo fue una doctrina filosófica con tendencias diversas y, en ocasiones, contradictorias, pero también una literatura, unas determinadas manifestaciones artísticas y, en sus expresiones más degradadas, una especie de moda intelectual, con aspectos más o menos folklóricos, como pudieran ser las famosas «caves» del barrio latino de París.

En el corto espacio de treinta y un años que transcurre entre el comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914) y el final de la Segunda (1945), Europa deja de ser protagonista de la historia universal. Las obras cumbres de la filosofía existencialista se producen en un lapso de tiempo aún más reducido, en los dieciséis años que median entre 1927 (*El Ser y el Tiempo*, de Heidegger) y 1943 (*El Ser y la Nada*, de Sartre); entre ellas se abaten sobre Europa la barbarie nazi y la guerra más sangrienta que, hasta ahora, ha padecido la humanidad. Es lógico que ante la magnitud de estas catástrofes entraran en barrena los valores y planteamientos filosóficos vigentes hasta entonces. Los nuevos problemas requerían nuevas respuestas; una de ellas va a ser el existencialismo, una filosofía problemática para una época de crisis.

Si por existencialismo se entiende, sujetándose a la obligada simplificación que impone un artículo de este tipo y expresándolo en términos convencionales, aquella filosofía que da prioridad a la existencia sobre la esencia, pueden encontrarse, claro está, numerosos antecedentes a poco que se rebusque en el surtido zoco de la cultura europea. Por ello, no es extraño que se haya pretendido encontrar antecedentes del existencialismo en Pascal, Montaigne, Tomás de Aquino, Agustín de Hipona y en el propio Sócrates. Sin alejarse tanto, puede afirmarse que algunas de las premisas del existencialismo se encuentran en Sören Kierkegaard (1813-1855), un farragoso pensador sueco, obsesionado por el pecado, psicológicamente inestable, víctima de una religiosidad enfermiza, asistemático por principio y hegeliano muy a pesar suyo y de su feroz animadversión contra el hegelianismo por entonces en boga. Kierkegaard hizo de la angustia —un tema tan caro a los existencialistas— uno de los ejes de sus meditaciones teológicas, que tan amplio eco iban a tener en Miguel de Unamuno (1864-1936).

Si Kierkegaard adelantaba el talante y el modo de abordar los temas, un filósofo alemán, Edmund Husserl (1859-1938), procedente del campo de la matemática y en continua revisión de sus planteamientos, va a proporcionar el método, el análisis fenomenológico, articulado, entre otras, en torno a las categorías de conciencia e intencionalidad. Con más o menos variantes la filosofía existencialista hizo de la fenomenología su instrumento de trabajo preferido.

La filosofía existencial alemana: Heidegger y Jaspers

Cronológicamente, el padre fundador del existencialismo fue Martin Heidegger (1889-1976), un filósofo alemán, discípulo directo de Husserl, del que fue alumno en Friburgo y al que sucedió en la cátedra. En 1933, en su universidad fue el «primer rector no elegido por su claustro, sino designado digitalmente desde la Cancillería del Reich...» (Jesús Aguirre, duque de Alba).

Heidegger fue un pensador oscuro, de difícil y exigente lectura y de talante radicalmente pesimista, que al hacerse la pregunta fundamental de su metafísica, se interroga por la nada («¿Por qué hay ser y no más bien nada?»). La nada vendría a ser el substrato, hasta cierto punto viscoso, en el que chapotearía el ser. Su obra más sistemática y amplia, *El Ser y el Tiempo*, que de algún modo abrió en 1927 la

filosofía existencialista, era un proyecto ambicioso del que no llegó a completar ni la primera parte. Posteriormente, la obra de Heidegger fue esporádica y fragmentaria, sin que llegara a exponer su complejo pensamiento de una forma completa.

Menos conocido fue Karl Jaspers (1883-1969), también alemán, procedente del campo de la medicina y de la psiquiatría, opuesto al nazismo que le desposeyó de su cátedra. Para Jaspers, la filosofía existencial es el ámbito en el que se da todo saber y todo posible descubrimiento del ser.

Mientras con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial el existencialismo se mantuvo dentro de las fronteras alemanas, no pasó del círculo de los especialistas. La elaboración y difusión que harían de él una ideología, fue un fenómeno francés y de posguerra.

Pero la popularidad del existencialismo no partió, como es lógico, de la filosofía, sino de la literatura. En 1938 había aparecido *La Náusea*, que sería la novela existencialista por excelencia; aunque en el momento de su publicación pasara prácticamente desapercibida, después de la guerra alcanzaría gran popularidad. *La Náusea* es una de las más tempranas producciones de Sartre y, al mismo tiempo, una de sus obras más famosas.

El existencialismo: Camus y Sartre

El fascinante producto cultural que fue el existencialismo francés, comerciado con la tradicional habilidad gala, se articuló en torno a dos figuras que probablemente tuvieron en común, al menos hasta la muerte de Camus, mucho más de lo que su amistad, agrias polémicas y distanciamiento final pueden hacer suponer: Albert Camus y Jean Paul Sartre.

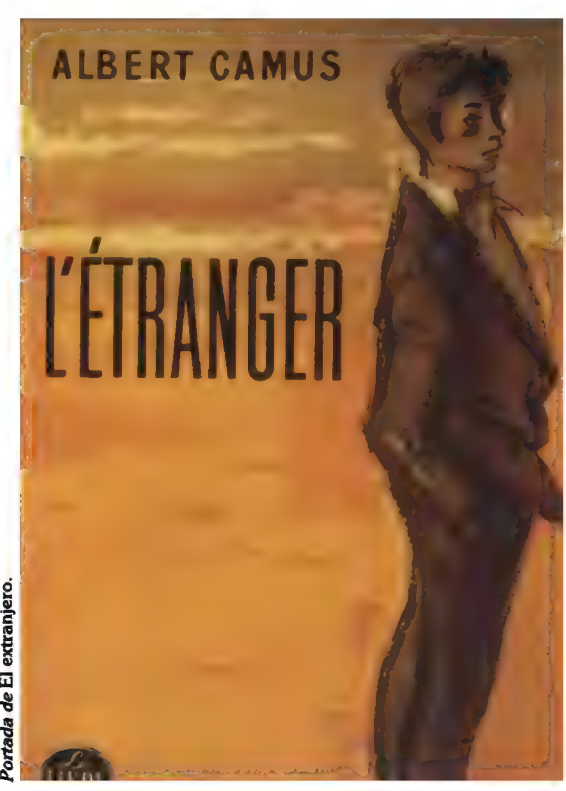
Albert Camus (1913-1960), fue uno de los literatos más brillantes de la Francia de posguerra. Sus coincidencias y divergencias con el existencialismo han sido muy discutidas. En 1942, en plena ocupación alemana, publicó *El Extranjero*, una de sus novelas más famosas junto con *La Peste* (1947), que le valieron el premio Nobel de literatura de 1957. Para Camus el problema filosófico primordial era el del suicidio; es decir, si tiene sentido la vida. Aunque se inclinó por una respuesta afirmativa, su propia muerte, en la inutilidad azarosa del accidente de automóvil, pareció quitarle toda razón. De él escribió Sartre, entre otras muchas cosas, que «... era indispensable para esa tensión que constituye la vida del espíritu».


Sartre fotografiado en el Pont Neuf de París por H. Cartier Bresson.



Albert Camus recibe el premio Nobel de literatura.

El escritor francés Albert Camus (1913-1960) expresó en sus primeras obras (El derecho y el revés, *1937;* Bodas, *1939) una personal visión de lo absurda que es la existencia humana, lo que le coloca en la línea general del existencialismo. En el mismo sentido publicó luego la novela corta* L'etranger (El extranjero, *1942), cuya portada aparece fotografiada abajo. No obstante, sus experiencias personales como militante de la Resistencia francesa en el grupo Combat durante la Guerra Mundial, le llevaron a la conclusión de que la solidaridad humana colectiva ante la adversidad y la «tragedia de vivir» podía vencer el sentimiento de lo absurdo de la vida. El mismo murió absurdamente en un accidente de circulación. Arriba, Albert Camus recibe de manos del rey de Suecia el premio Nobel de Literatura de 1957. Jean-Paul Sartre (1905-1980) renunciaría al mismo galardón en 1964.*



Portada de El extranjero.

Jean Paul Sartre (1905-1980) ha sido, sin duda, el representante más complejo del existencialismo francés, al menos hasta 1960. Su amplia producción, que abarcó la conferencia, la novela, el teatro, el ensayo, la biografía, la filosofía, se articula en torno a cuatro obras, *La Náusea* (1938), *El Ser y la Nada,* publicado en el París de 1943, en plena ocupación alemana, la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), que marca la superación de la filosofía existencialista y su aproximación al marxismo y *Las palabras* (1964), una autobiografía por la que, ese mismo año, le fue concedido el premio Nobel de Literatura. Sartre rechazó este premio, como hiciera en 1945 con la Legión de Honor, como hizo siempre con las distinciones oficiales, no sólo por razones políticas sino también porque, en su opnión, «un escritor que toma posiciones políticas, sociales o literarias no debe utilizar otros medios que los que le son propios, es decir, la palabra escrita... El escritor debe, pues, negarse a que lo conviertan en una institución».

Sartre, de quien Heidegger opinaba que era un buen escritor, pero no un filósofo, parte, como tantos existencialistas, de la fenomenología; no hay que olvidar que *El Ser y la Nada* se subtitula «Ensayo de una ontología fenomenológica» y en este sentido es, sin duda, deudor de Husserl. Pero dejando a un lado las influencias con las que pueda estar en deuda la ontología sartriana, que es labor de exegetas, lo cierto es que su filosofía se ha planteado numerosos temas como la soledad, la angustia, el compromiso, la libertad, que luego Sartre ha reflejado, de forma más asequible que en sus trabajos filosóficos, en muchas de sus obras de teatro, más adecuadas con frecuencia para la lectura que para la representación.

Tan importante como la filosofía de Sartre fue su actividad política, que data de antiguo, de su fuga del campo de concentración alemán, de su trabajo en la Resistencia, de su apoyo al mundo socialista en los tiempos de la guerra fría. Mucho más lúcido y crítico que la mayoría de lo que se dio en llamar «intelectuales de izquierda», Sartre criticó y marcó toda injusticia de la que tuvo conocimiento. Opuesto a la guerra de Argelia en los momentos más chauvinistas, destacado partícipe en las famosas jornadas de mayo de 1968, miembro del Tribunal Russell que juzgó los crímenes norteamericanos en Vietnam, se opuso por igual a la dictadura franquista que al burocratismo soviético, condenando la intervención en Checoslovaquía en 1968, defendiendo a «disidentes» como Solchenitzin o Stern, oponiéndose a los fusilamientos de 1975 en España, o al más que oscuro fin de Ulrique Meinhof en una cárcel

alemana en 1976. A pesar de sus errores o de las críticas que se le pudieran hacer —y que se le hicieron— desde todos los aparatos políticos, a pesar de que en sus últimos años reconociera el carácter anarquista de muchas de sus actitudes políticas, su coherencia e integridad hicieron de él una figura ejemplar, en muchos casos auténtica conciencia de una Europa de la que él fue, quizá, el último gran intelectual en el sentido tradicional del término. Además de pensador y de luchador incansable contra la injusticia, Sartre fue un extraordinario escritor, como se pone de manifiesto en *Les Mots* y un agudo estudioso de la literatura, como muestran su estudio sobre *Baudelaire* (1947) o su ambicioso trabajo sobre Flaubert titulado *El idiota de la familia* (1971).

La importancia del existencialismo no se agota en sus representantes más destacados. Hay otras figuras de menor relieve, de muy diversas procedencias, intereses y posiciones ideológicas. Hay que destacar entre ellas a Maurice Merleau-Ponty (1908-1961), autor, entre otras obras, de una importante *Fenomenología de la percepción* (1945); a Simone de Beauvoir (París, 1908), compañera de Sartre, ensayista y novelista, mucho más conocida por *El segundo sexo* (1949), un clásico del feminismo, que por su extensa producción literaria; al católico Gabriel Marcel (1889-1973), que cultivó la filosofía y el teatro, o al italiano Nicola Abbagnano. No hay que omitir tampoco a figuras como el psiquiatra suizo Ludwig Binswanger (1881-1966) o los teólogos Rudolf Bultmann (1884-1976) y Karl Barth (1886-1968), muy influidos los tres por Heidegger.

La filosofía existencialista ha encontrado, lógicamente, fuerte oposición desde planteamientos filosóficos y políticos muy diferentes, sobre todo desde el marxismo, el catolicismo y el positivismo lógico. El marxismo oficial considera al existencialismo como una filosofía propia de la burguesía en descomposición. No tuvo mucha mejor suerte el existencialismo por lo que respecta al mundo católico; en 1950 el papa Pío XII condenaba explícitamente el existencialismo en su encíclica *Humani Generis*, declarándolo radicalmente incompatible con el catolicismo. Para el positivismo lógico el existencialismo se reduce a puro verbalismo, a «un abuso del verbo "ser"» (A. J. Ayer). Sin llegar a estos extremos se le ha objetado al existencialismo, no sin razón, ser una filosofía antropocentrista, pragmatista con ciertos ribetes de irracionalismo. Por otro lado no hay que olvidar que, habiéndose ocupado el existencialismo de aspectos filosóficos tan diversos, sus representantes más destacados han mostrado siempre un desinterés notable por los profundos cambios que la ciencia está introduciendo constantemente en el mundo actual.

Pero el existencialismo no es sólo una filosofía. Su influencia se ha dejado sentir en otros muchos ámbitos muy distantes del arcano mundo filosófico; repárese, por ejemplo, en las novelas de Kafka (1883-1924) y en ciertos movimientos artísticos como el expresionismo y sobre todo el surrealismo o, más en general, en todos los que consideran la obra de arte no como una realidad externa al hombre, sino como libre expresión de la realidad humana, aunque tales planteamientos hayan llevado a ciertos movimientos artísticos a auténticos callejones sin salida.

Se podría decir que el existencialismo ha sido el intento de respuesta angustiada a un mundo en el que se disolvían rápidamente los usos y costumbres de otros tiempos, los lazos afectivos tradicionales y las relaciones interpersonales, en rápida consonancia con los rápidos y profundos cambios sociales experimentados por la vieja y cansada Europa después de dos terribles guerras.

F. R.



***El grito*, una obra de Munch que podría representar a la filosofía de la angustia.**

Escribe Jean-Paul Sartre en su novela filosófica La náusea *(1938): «(...) Existo. Pienso que existo (...). ¡Si pudiera dejar de pensar (...). No quiero pensar. No tengo que pensar que no quiero pensar. Porque es un pensamiento. ¿Entonces no se acabará nunca? Yo soy mi pensamiento, por eso no puedo detenerme. Existo porque pienso... y no puedo dejar de pensar (...)». En la ilustración, toda la angustia del mundo moderno, violento y competitivo, magistralmente expresada por el pintor noruego Edvard Munch (1863-1944) en su obra* El Grito, *conservada en el museo que lleva su nombre en Oslo.*

1943



Aunque la derecha fue siempre más proclive a la colaboración con el ocupante alemán, verdaderos exterminadores a muerte de la izquierda gala, numerosos franceses conservadores pero demócratas colaboraron activamente con los guerrilleros de la Resistencia en el interior de la Francia ocupada. En la foto, un grupo de partisanos afinan su puntería disparando contra el retrato de Adolf Hitler «canciller del Reich alemán que durará más de 1.000 años». El pueblo fraguó su derrota.

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: DE STALINGRADO A NORMANDIA

Así como el tema de la Resistencia constituiría, según se comentaba antes, uno de los emblemas a utilizar profusa e insistentemente por los dirigentes surgidos de la paz, el colaboracionismo supondría una cuestión en todo momento oscurecida y aún falseada por los mismos. Ni siquiera las mentes más abiertas a la hora del necesario establecimiento de un estudio riguroso del conflicto bélico han estado demasiado interesadas en una absoluta clarificación de este vidrioso tema. Modelo de esta realidad será el representado por Francia, que, con todo, será el país que aportará más datos a utilizar en un análisis interesado.



La Resistencia libró una dura batalla contra los ocupantes.

Bekanntmachung

Der Angeklagte

Marin POIRIER

wohnhaft in **NANTES**, hat im Zusammenwirken mit einem anderen die Flucht französischer Kriegsgefangener in das unbesetzte Gebiet gefördert.

Er wurde deshalb vom Kriegsgericht wegen gemeinschaftlicher Feindbegünstigung zum

TODE

verurteilt und am 30. August 1941

ERSCHOSSEN.

Den 1. September 1941. Das Kriegsgericht.

ARRÊT
de la Cour Martiale

Pour avoir favorisé, avec un autre, la fuite des prisonniers de guerre français en zone non occupée, l'accusé

Marin POIRIER

domicilié à **NANTES** (Loire-Inf.) a été condamné par la Cour Martiale à la

PEINE DE MORT

Il a été

FUSILLÉ

le 30 Août 1941

Fait le 1. Septembre 1941. La Cour Martiale.

Los castigos contra los resistentes eran utilizados para minar la moral del pueblo que les apoyaba.

A medida que aumentaba la resistencia popular contra los nazis y los colaboracionistas en la Francia ocupada o en la Francia títere de Vichy, aumentaban también las represalias alemanas contra los patriotas. En su retirada, fuerzas de las SS germanas llegaron a exterminar a pueblos enteros, concentrando a la población en una iglesia, por ejemplo, y luego prendiéndole fuego. En París se llegó a fusilar a 15 ciudadanos franceses (cogidos al azar en la calle) por cada soldado alemán muerto en atentado. Arriba, un cartel, redactado en alemán y francés anuncia la muerte de un ciudadano por haber ayudado a huir a prisioneros de guerra aliados en la Francia de Vichy. Abajo, entierro de un resistente muerto durante una acción contra el ocupante alemán.



Un pequeño ejército, un gran valor, una gran organización.

La colaboración

Ante todo, y por encima de decisiones adoptadas coyunturalmente debido a la situación impuesta por la guerra, es preciso destacar la presencia de elevados contingentes de potenciales colaboracionistas en el interior de todos los países afectados. Estarían compuestos por una fracción mayoritaria de los sectores sociales conservadores, aún dentro de aquellos que habían hecho del nacionalismo su lema de pensamiento y actuación. De hecho, el conservadurismo del período de entreguerras en ningún momento había manifestado un talante opuesto al auge de los autoritarismos de signo reaccionario que por entonces habían proliferado sobre Europa, antes bien, habían constituido un sólido puntal de apoyo para los mismos. Ahora, la fuerza del ocupante alemán se presentaba a su visión como un eficaz dique de contención contra el permanentemente temido y odiado revolucionarismo.

Esta realidad, que a ningún país interesado —incluida la misma Gran Bretaña— apetece reconocer, fomentaría durante los años de la guerra un amplio trasvase de voluntades hacia el apoyo expreso o la mera admisión del orden impuesto por las armas. El ocupante habría de dirigir su acción represora hacia la decidida anulación de los elementos que esas clases conservadoras siempre habían considerado como enemigos presentes o potenciales: izquierdistas y demócratas en general, judíos, marginales de toda clase, seres, pues, peligrosos para el orden tradicionalmente constituido. Naturalmente, esta tendencia no habría de agrupar a la totalidad de los miembros de estos niveles conservadores; pero sería capaz de dotar a sus posiciones de una amplia ambigüedad, facilitadora —muy pocos años antes del conflicto— de manifestaciones como las emitidas por Churchill, mostrando su admiración por las realizaciones llevadas a cabo en la Italia mussoliniana.

La colaboración, en sus aspectos más visibles, haría posible la formación de cuerpos militares, compuestos mayoritariamente por voluntarios, dispuestos a luchar al lado del ejército alemán en el frente del Este. Pero, junto a esta realidad especialmente espectacular, lo cierto es que en todas partes el colaboracionismo silencioso pondría a disposición del nuevo orden un verdadero ejército de apoyo entre la población civil. Una proporción muy significativa de los habitantes de la Europa ocupada estaría abierta a determinado tipo de acciones con tal de conseguir beneficios en la nueva situación. Otras fracciones respaldarían, expresa o tácitamente, a los que se presentaban como impositores de un sistema anulador de los usos democráticos, que hasta entonces habían *soportado* sin posibilidad de evitarlo.

Intereses y convicciones se mezclarán, pues, confusamente en el amplísimo espectro de la colaboración. Y, lógicamente, dentro del mismo una extensa teoría de actitudes habría de manifestarse, desde el mayoritario *attentisme* —espera pasiva— expuesto por la población francesa, hasta el más declarado acuerdo con el ocupante, vivo en todas sus formas posibles a través del continente. Y, si el noruego Vidkun Quisling acabaría dando su nombre a las más manifiestas formas de colaboración a nivel estatal, todos los demás países afectados pueden aportar figuras semejantes en cuanto a pensamiento y actuación pública.

El índice de colaboracionismo comparativamente considerado resulta, obvio es decirlo, de difícil establecimiento, dada la imposibilidad de contar con medidas aplicables a algo que trascendió muy ampliamente el ámbito de los actos constatables. En algunos países concretos, por ejemplo en Bohemia o en la Austria anexionada por el Reich, pudo hacerse visible, sin embargo, la presencia de una amplia y nada oculta tendencia a la colaboración, lo que tampoco sería suficiente para calificarlos como estados más proclives a la cooperación que los demás. Cada uno de los casos presentes aporta caracteres especiales, que alcanzarían sus nive-

En París, como en otros lugares de Francia, la Resistencia libraba una batalla diaria contra el invasor. Sabotajes, tiroteos callejeros, quema de retratos de Hitler, cualquier acción con tal de hacer incómoda la estancia de los alemanes en un país que no les pertenecía. A costa de grandes sacrificios, estos grupos en principio reducidos fueron haciéndose con el apoyo casi generalizado del pueblo, que les escondía y ayudaba aún a riesgo de perder sus vidas. Cuando se preparaba el desembarco aliado en Normandía, fue de gran importancia la colaboración que ofreció la Resistencia, conseguida a instancias del general De Gaulle.



Héroes de un ejército sin uniformes.



Iwo Jima, una escultura viviente para la primera victoria de los norteamericanos sobre los japoneses.

les de mayor incidencia en la Polonia y en la Unión Soviética ocupadas. En ambos casos, la asistencia civil a los alemanes incluiría la persecución y delación de los elementos considerados eliminables por el Reich. Esta dramática realidad, presente en niveles muy inferiores en todos los demás países, haría que cientos de miles de izquierdistas o judíos polacos y soviéticos terminaran su vida en los campos de exterminio, debido a denuncias efectuadas por sus mismos compatriotas.

Como en el plano económico, ya tratado, el esquema de la colaboración adoptaría rasgos marcadamente toscos en los territorios atrasados del Este, mientras en los países de buen nivel medio habría de manifestarse bajo formas más suaves y efectivas. En todos los casos, solamente es posible efectuar una aproximación a un incierto cálculo numérico, mediante la observación de los efectos legales de la purga que siguió a la liberación. En este punto, Noruega se alzaría con el más alto índice europeo, al haber procesado sus tribunales a 633 personas de cada cien mil por motivos relacionados con actividades de cooperación con el ocupante. Bélgica, para la misma proporción, llevaría a juicio a 596 personas, mientras Francia solamente lo haría con 94. Esta evidente diferencia no significa, por supuesto, una mayor o menor incidencia de la colaboración en uno u otro país, sino simplemente la manifestación de un desigual rigor en la persecución legal de los implicados.

El mismo tema del colaboracionismo francés, no demasiado extendido desde una óptica judicial, presentaría un panorama especialmente oscuro y vidrioso, que la población ha intentado en todo momento ocultar, incluso hasta hoy mismo. En Francia, frente al estricto respeto por las normas legales de que hicieron gala la mayor parte de los demás países democráticos, los aspectos más odiosos de la represión y la revancha facilitarían —como consecuencia más brutal— la ejecución sumaria, en realidad puro linchamiento, de una cifra muy superior a la de diez mil personas pretendidamente colaboracionistas. Allí, a pesar de la publicidad que la ejecución o detención de numerosas figuras conocidas del mundo de las letras o del espectáculo supuso para la purga, ésta habría de tener en realidad muy poca efectividad.

Y, si se produjeron represiones moderadas dentro de la policía, la administración, el mundo de la cultura, e incluso de la Iglesia —siete obispos fueron discretamente destituidos debido a un evidente colaboracionismo con los alemanes—, el compromiso mayoritario de la población con el régimen de Vichy era demasiado evidente como para arremeter contra él. Así, mediante la conjunción de métodos sucios —ilegales, pero tolerados— y escasos castigos de carácter ejemplar, la Francia liberada podía muy bien intentar continuar su vida como si nada hubiese ocurrido. El estudioso británico de la cuestión, David Littlejohn, ha expresado esto muy acertadamente al escribir: «Los que habían vivido felices bajo el Mariscal podían continuar igual bajo el General (De Gaulle). En realidad, la recuperación de Francia fue facilitada por el universal y tácito acuerdo de tratar a Vichy como si nunca hubiese existido...».

Finalmente, cabe señalar que la colaboración y la resistencia, como ejemplares vasos comunicantes, habrían de conocer una evolución en su extensión e intensidad exactamente contraria. A medida que se alejaba la posibilidad de una victoria total alemana, la colaboración mermaba y la resistencia se incrementaba. En Francia, se ha sabido distinguir, en consecuencia, entre los resistentes de la primera hora y los de la última hora. Lo cierto es que una inmensa mayoría de los que colaboraron, mental o materialmente, por intereses o por convicciones, hallarían bastante fácil la posibilidad de encontrarse en la resistencia —o, al menos, en la cómoda neutralidad— llegado el momento de la liberación.

Los neutrales europeos

La actitud de los Estados europeos que, por una u otra razón, lograron conservar su neutralidad durante la guerra habría de conocer —aún contando con las obvias diferencias establecidas entre ellos— una tendencia general común. Pasarían, así, de una situación de aceptación obligada de la imposición del poderío alemán, a una gradualmente creciente colaboración con los aliados, a partir de los momentos en que se manifiesta de forma abierta e imparable la nueva orientación del conflicto en favor de éstos.

Suecia se había visto libre de la ocupación alemana debido a una serie de especiales razones muy concretas. Si, por una parte, en Berlín se había considerado la necesidad de evitar cualquier riesgo para los aprovisionamientos del tan esencial hierro sueco, la vigencia del pacto germano-soviético había indicado la conveniencia de prevenir toda acción que pudiese parecer amenazadora a la Unión Soviética, empeñada en la ardua tarea de reducir a la pequeña y limítrofe Finlandia. Pero esta situación había obligado al gobierno sueco a la admisión de una serie de concesiones, iniciadas a partir del momento en que debe permitir el paso de fuerzas alemanas dirigidas a la ocupación de la



GEORGI ZHUKOV (Strelkova, 1896-Moscú, 1974)

Durante la Segunda Guerra Mundial, Georgi Zhukov fue el más popular de los generales de la URSS y uno de sus mejores jefes militares. En dos ocasiones ascendió a los puestos más altos de la jerarquía soviética y en ambas fue relegado al poco tiempo a puestos secundarios, primero por Stalin y luego por Jruschov, demasiado celosos de sus éxitos.

Hijo de campesinos, pasó su niñez en la pobreza, según relata en sus *Memorias*. A los once años empezó a trabajar como aprendiz de peletero. Movilizado en 1915 por el ejército zarista, consiguió dos cruces de San Jorge por su valor. En 1918 se incorporó al Ejército Rojo, participó en las operaciones contra Denikin y Wrangel e ingresó en el partido comunista al año siguiente.

Diplomado por la Academia Frunze, fue ascendido a jefe de brigada. Mandó el Cuerpo de Cosacos de Stalin y fue condecorado con la Orden de Lenin. En 1939 combatió contra los japoneses en Mongolia Exterior y su actuación le valió el título de «Héroe de la Unión Soviética». Durante la guerra con Finlandia formó parte del Estado Mayor a las órdenes del mariscal Timochenko. En 1941, Stalin le nombró jefe del Estado Mayor y vicecomisario de Defensa. Ese mismo año fue elegido miembro suplente del Comité Central del PCUS.

Defendió victoriosamente Moscú (octubre-noviembre de 1941) y desencadenó la ofensiva de invierno que detuvo definitivamente a las tropas alemanas. Hasta febrero de 1942 estuvo al mando de los ejércitos del frente occidental. En el otoño de ese año se trasladó a Stalingrado para supervisar la defensa de la ciudad y coordinar la contraofensiva en el frente del Don.

En enero de 1943 fue ascendido a mariscal y el 16 de noviembre de 1944 fue nombrado vicecomandante en jefe. Desde febrero de 1944 asumió personalmente el mando del primer frente de Ucrania, dirigiendo las operaciones destinadas a cercar a las fuerzas alemanas del frente del suroeste. Fue también uno de los organizadores de la ofensiva de Bielorrusia, que, tras expulsar a las tropas alemanas del territorio de la URSS, llevó a las fuerzas soviéticas hasta las puertas de Varsovia, donde entraron el 17 de enero de 1945. El 23 de febrero el ejército del mariscal Zhukov tomaba Poznan y alcanzaba la línea del Oder en la fortaleza de Küstrin (12 de marzo). Finalmente, el 25 de abril llegaba a las puertas de Berlín. El 2 de mayo las tropas alemanas, entre un mar de ruinas, capitulaban ante las de Zhukov. Seis días más tarde el mariscal soviético firmaba el armisticio final.

En enero de 1946 fue nombrado comandante en jefe del ejército soviético y viceministro de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, su inmensa popularidad terminó por despertar los recelos de Stalin, que al poco tiempo le relegó a puestos de segunda importancia. En 1953, después de la muerte del dirigente soviético, fue nombrado primer viceministro de Defensa y ministro de Defensa en 1955.

Jruschov se apoyó en él para enfrentarse al «grupo antipartido» y Zhukov fue el primer militar de carrera que accedió al Presidium del Comité Central del PCUS, pero terminada la lucha interna prescindió de él y le retiró todas sus responsabilidades en octubre de 1957.

Desde entonces vivió apartado de la vida pública, dedicado a la redacción de sus *Memorias*, hasta mayo de 1965, después de la caída de Jruschov, cuando volvió a aparecer en la presidencia del desfile que conmemoraba el XX Aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. Murió en Moscú el 18 de junio de 1974.



«Encuentra tu trabajo de guerra.»

vecina Noruega, en mayo de 1940. Un año más tarde, la misma operación, dirigida ahora sobre Finlandia, sería impuesta a Suecia. Los responsales políticos, en toda ocasión, aducirían caso de fuerza mayor para justificar tales hechos, lo que, por otra parte, no resulta del todo infundado.

Irlanda verá llegado el inicio de la guerra situada todavía en una difusa y nada satisfactoria ambigüedad legal con respecto a su tradicional dominadora, la Gran Bretaña. Una rigurosa neutralidad formal llevará a partir de entonces al gobierno de Dublín a la emisión de repetidas negativas a la utilización, por parte británica, de su territorio como medida defensiva frente a Alemania. Decisión ésta generada tanto por el rechazo a toda cooperación con Londres, como por el temor a las posibles reacciones germanas. Así, al mismo tiempo, Irlanda pretende, por medio de la plasmación de esta neutralidad, mostrar su propia capacidad de autodeterminación. Una posición que, por otra parte, enseguida va a sufrir las más fuertes presiones procedentes de los Estados Unidos ya en guerra. La estratégica situación de la isla la convertía en pieza codiciada por todos; pero en ningún momento De Valera permitiría el estacionamiento de fuerzas extranjeras sobre su suelo, independientemente de su procedencia. A Alemania, observando las dificultades que conllevaría una ocupación de Irlanda, le resulta más beneficioso el continuo fomento de esta situación.



«Haz más fácil el camino. Compra bonos de guerra.»

En Portugal, al igual que en los demás países europeos, las ideologías autoritarias habían encontrado señalados ecos entre las clases altas, la intelectualidad, el funcionariado, la prensa y la policía. Además, en este caso, la tradicional dependencia económica del país por parte británica se hallaba ahora contrapesada por la creciente presencia de los intereses alemanes. En el mismo mes de septiembre de 1939, la declaración de neutralidad, emitida por un ambiguo y vacilante Salazar, había aducido los beneficios de creación de una zona de paz dentro de una Europa en guerra. Durante el conflicto, pues, Portugal habría de convertirse en un verdadero territorio de encuentro entre los enemigos enfrentados en los escenarios bélicos.

Contando, además, con una opinión pública mayoritariamente inclinada a favor de los aliados, Lisboa habría de constituir el principal punto de trasbordo de personas y mercancías entre los dos continentes; así como el más des-

tacado centro de espionaje y de mercado negro de la época. Más adelante, los siempre considerados proyectos alemanes de invasión de las islas de Cabo Verde y Azores, realizadas tras la ocupación del Gibraltar británico, se manifestarían como impracticables. Llegado el mes de octubre de 1942, el gobierno de Lisboa habría de ceder ante las presiones anglosajonas, y permitiría el establecimiento de fuerzas británicas en las Azores. Esto, por supuesto, significaba el otorgamiento tácito de facilidades de todo tipo a los Estados Unidos. Había comenzado, por entonces, el declive alemán y los *neutrales* podían ya acercarse a las posiciones de los futuros vencedores.

Suiza presenta el más claro ejemplo —junto con el sueco— de interés manifiesto alemán por mantener la neutralidad de un país al que hubiera podido ocupar de forma inmediata, en caso de haber considerado la posibilidad de un beneficio tras la acción. Suiza, ya antes de la guerra, había sido presionada por Alemania en el momento del intento de obtención de su particular estatuto de neutralidad absoluta. El Reich, a cambio de este reconocimiento, había conseguido una serie de preferencias materiales, que Suiza debió otorgar de cara al conflicto que se avecinaba. Cuando cae Francia, el territorio nacional suizo se encuentra totalmente entre espacios dominados por el *Eje:* su situación no puede resultar más difícil. Por entonces, puesta a escoger entre fascismo y comunismo, la opinión pública suiza se inclinaría indudablemente en favor del primero. Pero, al mismo tiempo, aun habiendo manifestado una cierta tolerancia —y aun un no oculto agrado— hacia el régimen mussoliniano, en Suiza se sentía un marcado rechazo hacia la barbarie nazi.

Suiza, durante el conflicto, habría de significarse como una insólita isla de paz en medio de los trastornos bélicos, y como tal, serviría a todos los interesados desde dos vertientes. Para unos, actuaba como centro de evasión de refugiados de los países ocupados, para otros, era la principal ventaja abierta para el mantenimiento de contacto con aquellos con los que se enfrentaba en los campos de batalla como enemigos.

En el año 1939, una Turquía que se declara *no beligerante* mantiene tratados con la Unión Soviética, por una parte, y con Gran Bretaña y Francia por otra. Su ejército, acentuadamente arcaico en todos los órdenes, hará imposible toda concreción acerca de una defensa en caso de un ataque alemán o aliado. En la embajada alemana de Ankara reina el antiguo canciller del Reich, Von Papen, que representa los fuertes intereses económicos de Alemania.

A lo largo de los siguientes años, el gobierno que se ha anunciado como «aliado de Gran Bretaña y amigo de Alemania» irá inclinándose, muy oportunamente, hacia el bando aliado. A la prensa le es permitida la manifestación en dos direcciones opuestas, las ya conocidas posiciones aliadófilas y germanófilas, que parecen surgidas de un esquema viejo ya de veinticinco años. Y, mientras nadie oculta su apoyo a Alemania en el frente del Este, los niveles decisorios mantienen un velado apoyo a Gran Bretaña; aún considerando que, dos años antes, había permitido el paso de las fuerzas de Vichy para la confrontación en el Medio Oriente con los efectivos británicos en la zona. El día 23 de febrero de 1945, suficientemente claras las condiciones de la guerra, que manifiestan la evidencia de la derrota alemana, el gobierno

Uno de los fenómenos que la guerra trajo fue la incorporación masiva de la mujer a los puestos de trabajo creados por la industria de guerra y la sustitución de los hombres que se encontraban en el frente. En la página anterior, arriba, la mujer estadounidense es invitada a trabajar en las industrias de guerra. Abajo, emisión de bonos de guerra norteamericanos, y, a la derecha, cartel para el reclutamiento de enfermeras voluntarias.



«Bienvenida al cuerpo de enfermeras. Tu país te necesita.»



Churchill y Eisenhower se entrevistan antes del desembarco en Normandía.

de Ankara declara la guerra al *Eje*. Una semana antes, en la conferencia celebrada en la ciudad soviética de Yalta, los *tres grandes* del momento habían anunciado que solamente los países que se hallasen en estado de guerra con el *Eje* antes del día primero de marzo próximo, serían admitidos en la nueva ordenación del mundo a partir de la nueva organización supranacional que se esbozaba...

Finalmente, la situación de España tendría elementos que permitirían calificarla de «interesado y dependiente neutralismo». A unas deficientes relaciones con las potencias aliadas, correspondería una amistad hacia el *Eje*, nunca despojada de fuertes reticencias. La *España nacional*, victoriosa en la Guerra Civil, había firmado, aun antes de finalizar el enfrentamiento interno, el pacto antikomintern propiciado por Alemania. Tratados con el Reich y con Italia habían asegurado —para éstos— fecundas concesiones materiales en España, sobre todo en materia minera e industrial. Y, mientras la buena voluntad británica hacía todos los esfuerzos por evidenciarse en Madrid, en la prensa española se manifestaba un evidente apoyo hacia las potencias nazifascistas. En el mes de mayo de 1940, el gobierno del general Franco había manifestado oficialmente sus deseos de

Arriba, el premier *británico Winston Churchill y el general norteamericano David Eisenhower, vestidos ambos con uniforme militar, se entrevistan de incógnito en una estación de ferrocarril del sur de Inglaterra, poco antes del inicio de la invasión de Normandía el* día D *(6 de junio de 1944). Más de 200.000 hombres del ejército aliado cruzaron el canal de la Mancha a bordo de 4.000 barcos. Antes del* día D *se había concentrado en Gran Bretaña tanto material bélico, americano sobre todo, que en broma se decía que la isla se hundiría si la defensa antiaérea soltase de golpe todos los globos cautivos que impedían a los aviones alemanes bajar demasiado para bombardear con más puntería. Abajo, vehículos arrojados en paracaídas sobre las playas de la bahía de Anzio (Italia) como apoyo al desembarco aliado realizado el 22 de enero de 1944 con la intención de cortar la retaguardia alemana entre Montecassino y Roma.*



Material americano desembarcado en Italia.

permanencia al márgen de la conflagración europea. Pero, al mismo tiempo, y en orden a evitar el posible enojo de sus valedores nazis, había dotado a su comunicación de un especial carácter de *no beligerancia.*

A partir de ese momento, resulta evidente que —a pesar de declaraciones posteriores— la actitud de las clases gobernantes iría exclusivamente en dirección al mantenimiento de una *neutralidad* —de expreso apoyo al *Eje*— que permitiese el apuntalamiento del régimen surgido de la Guerra Civil. Y, si en algunas ocasiones los elementos más destacados del sistema habían pretendido la obtención de una supuesta ayuda alemana para la expansión española por el norte de Africa y el mismo Gibraltar británico, no existen suficientes pruebas para determinar voluntad alguna de intervención en la guerra general por parte española. Mientras, el nuevo *Estado Español,* a base de soldados regulares, miembros del partido falangista y elementos voluntarios, enviaba al frente del Este la fuerza expedicionaria denominada *División Azul,* en apoyo del ataque alemán en contra de su reciente aliada, la Unión Soviética.

Al mismo tiempo, en Madrid las actividades gubernamentales, aun contando con las premisas ideológicas básicas, que las sitúan en una decidida proximidad al *Eje,* va orientando su actividad en una nueva línea. Dejándose llevar por la marea general que inclina las voluntades en beneficio de los victoriosos aliados, el régimen español se prepara —llegado el año 1943— a la obtención del consentimiento de los mismos de cara a su propia permanencia al frente de la gobernación del Estado.

Los escenarios de la guerra

A lo largo de este penúltimo período de la guerra, los espacios físicos donde tiene lugar la confrontación se mantendrán perfectamente definidos. Y, a los ya tratados del Pacífico y el Este, vendrá a unirse ahora el de la península italiana. En el Extremo Oriente, el balance de fuerzas se presenta ya claramente inclinado hacia el bando norteamericano; y todos los hechos bélicos que en él se producen constituirán sucesivos movimientos dirigidos con absoluta firmeza hacia el sometimiento del poderío japonés. Así, el mes de enero de 1945 habrá de observar la decisiva liberación de Filipinas, así como la reconquista de la Birmania británica. Y, como fecha especialmente simbólica, el día

La campaña y conquista de la Italia fascista por el ejército aliado del Mediterráneo se desarrolló en tres fases, de 1943 a 1945. Primero, del 10 de julio al 16 de agosto del 43, los estadounidenses (muchos de sus soldados eran hijos de emigrados italianos que hablaban esta lengua, y parece ser que también se llegó a un pacto entre los servicios secretos norteamericanos y la mafia de Sicilia) desembarcaron y conquistaron Sicilia con una gran facilidad. Segundo, el 3 de septiembre los británicos de Montgomery y los estadounidenses de Clark desembarcan en la Italia meridional (Calabria y Salerno, respectivamente), avanzando hasta la línea defensiva alemana Gustav, *a la altura de Montecassino. El desembarco de Anzio, en enero de 1944, tras la retaguardia alemana, posibilitó la conquista de Roma a primeros de junio.*



Soldados alemanes hechos prisioneros en Italia por los norteamericanos.



«Este es el enemigo.» Italia tenía ahora que cambiar sus referencias.

La Resistencia italiana lanzó la orden de insurrección popular el 26 de abril de 1945 y los alemanes tuvieron que rendirse incondicionalmente a los aliados el 2 de mayo. Habían retrasado año y medio el avance aliado hacia la frontera sur del Reich, a costa de 836.000 soldados muertos y 8.000 aviones derribados. En la foto, cartel de propaganda italiano en el que se caricaturiza al contrincante con la leyenda «Este es el enemigo».

19 de ese mes tendrá lugar el primer desembarco estadounidense en territorio específicamente japonés, en el punto de Iwo Jima. Principio, pues, de la cuenta atrás para el militarismo nipón, que todavía habrá de arrastrar a su país al mayor desastre sufrido en la historia por una población civil: la aplicación sobre la misma del potencial atómico.

El prolongado frente del Este conocerá paralelamente una fuerte progresión del recuperado Ejército Rojo que, ahora equipado por la ayuda aliada, penetra profundamente en el corazón del continente. Los acontecimientos internos de los países afectados sufrirán correspondientemente, y de la forma más directa, los efectos del forzado repliegue alemán. Los respectivos gobiernos progermanos irán siendo sustituidos en medio de una situación especialmente fluida y ambigua. Así, si Rumania y Bulgaria pasan a ser administradas por gabinetes de precario democratismo vuelto hacia Moscú, Hungría soportará la imposición de un régimen estrechamente ligado a Alemania que, en un desesperado intento, toma la decisión de ocupar militarmente el país.

A lo largo de los cuatro últimos meses del año 1944, las fuerzas soviéticas irán ocupando sucesivamente Bucarest y los campos petrolíferos rumanos; Sofía y todo el territorio de Bulgaria, y, finalmente, la capital húngara, con lo que el camino hacia los centros neurálgicos del Reich queda ya definitivamente expedito. Todos estos países, dotados de administraciones de urgencia propiciadas por la Unión Soviética, tras declarar formalmente la guerra al *Eje*, firmarán sus respectivos tratados de paz con los aliados en Moscú. Sus territorios por entonces están ya conociendo la sustitución de una dominación por otra que, por el momento, todavía se presenta como liberadora.

El caso de Yugoslavia presenta, por su parte, unos caracteres propios que justifican una particular reseña. Aquí serán de forma determinante las fuerzas de la resistencia comunista del interior, liderada por el legendario *Tito*, las que harán posible la liberación del país. Esta fundamental circunstancia habría de generar en Belgrado una diferente posición y efectos futuros a los sufridos por los demás países del área, donde ahora se estaciona el ejército soviético. La vecina Grecia, por su parte, tras la forzosa retirada alemana, es administrada por el gobierno de la regencia personificada en el arzobispo Damaskinos. Este, aun siendo decididamente apoyado por Gran Bretaña, no será capaz de impedir el estallido de una confrontación civil entre los resistentes izquierdistas y los monárquicos. Será ésta una grave circunstancia que, durante los siguientes años, habrá de incidir fuertemente sobre el futuro del país, verdadera punta de lanza de la presencia occidental dentro de una amplia zona que está ya siendo ordenada según patrones manifiestamente colectivistas.

En Italia, el desembarco aliado, llevado a cabo sobre Sicilia entre los días 10 de julio y 17 de agosto de 1943, sería continuado por los desembarcos angloamericanos efectuados en Tarento y Salerno. Conquistada rápidamente la gran isla, las fuerzas occidentales suben hacia el norte de la península, al tiempo que los alemanes se repliegan en la misma dirección, ofreciendo para ello una áspera resistencia. En la capital, los acontecimientos políticos que habían provocado la sustitución de Mussolini al frente del gobierno habían hecho posible la petición de armisticio a los aliados el día 8 de septiembre. La reacción alemana, ya prevista, había sido dirigida hacia la ocupación de las

Mussolini tras su liberación en el Gran Sasso en 1943.

El fascismo italiano hizo pagar a su pueblo un precio muy alto por su participación en la contienda al lado del Reich alemán, que siempre se negó a considerarlos como iguales a los arios. Tras el lento pero incontenible avance aliado, Mussolini intentó negociar con EE. UU. una paz por separado, pero el Gran Consejo Fascista lo descubrió y fue detenido en una mansión de los montes Abruzzos en julio de 1943. Un comando de paracaidistas alemanes, dirigidos por el SS Otto Skorzeny (refugiado tras la derrota en la España de Franco), le liberó de su cautiverio el 12 de septiembre (fotografía de arriba) y le trasladó a Saló, junto al lago de Garda, donde le hizo instalar un gobierno títere que legalizaba la ocupación alemana del norte de Italia. Mussolini hizo ejecutar a los jefes fascistas que le habían recluido (incluido su cuñado, el conde Ciano) y grupos paramilitares del gobierno de Saló reprimieron duramente a los resistentes izquierdistas. Días antes de la rendición alemana en mayo de 1945, Mussolini intentó pasar a Suiza disfrazado, pero fue reconocido por los partisanos y ejecutado junto a su amante Clara Petacci.

principales ciudades y la división del país en dos partes en lucha.

Y, mientras en la zona sur la familia real y el gobierno del mariscal Badoglio se sitúan bajo la protección anglosajona, el liberado ex *Duce* será situado al frente de una denominada *República Social Italiana,* efímero Estado títere del Reich, que tendrá su sede en la ciudad de Saló, junto a los lagos del norte. Serán estos largos meses especialmente dramáticos para una población civil que observa a su país utilizado como *terreno* de batalla para la confrontación de intereses foráneos contrapuestos. La *Línea Gótica,* firme defensa establecida por la *Wehrmacht* sobre los Apeninos, se mantendrá estable hasta su rompimiento a la altura de Bolonia, el día 15 de abril de 1945. La prolongada *batalla de Italia* había ofrecido ya por entonces algunos de los más clásicos modelos para la iconografía y literatura posteriores acerca de la Segunda Guerra Mundial, tales como los bom-



Soldados ingleses avanzan entre el barro al norte de Italia.

bardeos efectuados sobre Roma o la batalla de Montecassino.

El Reich está ya, pues, amenazado por dos flancos, este y sur. La apertura de un nuevo y decisivo frente en la parte occidental, establecido por medio de los desembarcos en el norte de Francia, significará el golpe decisivo al poderío alemán. Este, después de un año y medio experimentando progresivos procesos de retracción, se verá obligado, llegado el verano del año 1944, a mantener posiciones de abierta defensa; incluso en zonas donde su presencia había sido, hasta muy poco tiempo antes, indiscutida. Ante el continente europeo se abre un futuro cargado de interrogantes, y, en muchos casos, solamente la presencia de las fuerzas norteamericanas se presenta como el factor clave para evitar la desintegración de las fuerzas nacionales en crispación.

América Latina en la guerra

La expansión de las ideas de carácter fascista en Iberoamérica había conocido un auge paralelo al experimentado en Europa durante los años treinta. Algunos países, como Brasil, Chile y Argentina, experimentaron entonces marcadas presencias de este tipo, si bien similares tendencias se manifestarían en la práctica totalidad de la zona. Llegada la segunda mitad de la década, con la masiva presencia de exiliados republicanos por una parte, y de emigrantes judíos alemanes por otra, la exacerbación de las fricciones entre posiciones favorables y contrarias al fascismo habría de alcanzar niveles especialmente elevados. En Iberoamérica, en los países donde se acusaba una presencia previa de fuertes contigentes de alemanes, éstos habrían de ejercer un decisivo papel como grupos de presión sobre los gobiernos, sirviendo como perfectas correas de transmisión de los intereses del Tercer Reich. Estas tendencias autoritarias, especialmente significativas en los tres países citados al principio, tendrían asimismo una concreta incidencia dentro de sociedades que, como la colombiana y la boliviana, se hallaban fuertemente impregnadas de las mismas en sus sectores castrenses.

La política norteamericana en todo momento había estado dirigida hacia la contención y anulación de estas inclinaciones opuestas a su posición de interesada neutralidad sustentadora de la Gran Bretaña en guerra con Alemania. En 1939, inmediatamente después del estallido de la guerra, la Conferencia Panamericana reunida en Panamá había declarado a todo el subcontinente zona neutral. Esta decisión conjunta, que supondría la primera presencia iberoamericana en la escena internacional, se presentó como un esbozo para la formación de una liga de estados neutrales con entidad propia.



Durante la Segunda Guerra Mundial, todos los países europeos, de los dos bandos, sufrieron privaciones materiales de los productos más necesarios. Las colas y los cupones de racionamiento formaron parte del paisaje europeo durante años y continuarían luego en la posguerra. En la foto, una cola para recibir distribución de alimentos en la Francia de Vichy. Sobre el escaparate, un bando del mariscal Pétain. La llegada de los americanos, con ingentes cantidades de productos de todo tipo, sorprendió a los europeos, acostumbrados ya a vivir en la extrema pobreza, quizá, simplemente, a sobrevivir.

Los europeos se fueron acostumbrando, cada vez más, a vivir en una extrema pobreza.

Pero lo cierto es que la presión norteamericana, dirigida gradualmente hacia la ineludible intervención en el conflicto, acabaría empujando a todos los demás países hasta posiciones del mismo carácter. Con todo, la siguiente conferencia, reunida en La Habana en diciembre de 1940, todavía podía preconizar una política de acción propia debido a la ambigüedad de la situación, en la que se unían las victorias del *Eje*, la resistencia de Gran Bretaña y el apoyo que éste recibía de Estados Unidos.

Cierto que los estados iberoamericanos conservaban su teórica neutralidad, pero esto no había impedido que, en diciembre de 1939, las aguas del Río de la Plata fuesen escenario de la batalla naval anglogermana que decía muy poco de una pretendida exclusión del espacio latinoamericano de los hechos bélicos. Tras el ataque japonés contra Pearl Harbour, la inclinación hacia la beligerancia abierta se manifiesta ya de forma incontenible. Así, al mismo tiempo que lo hacen los Estados Unidos, todos los pequeños países de su zona de influencia más próxima, esto es, los caribeños y centroamericanos, declaran la guerra a los estados del *Eje*. Mientras, Colombia, Venezuela, México y Ecuador se limitarán por el momento a decidir una ruptura de relaciones diplomáticas. Poco tiempo habrá de transcurrir, sin embargo, para que en la Conferencia celebrada en Río de Janeiro —enero de 1942—, la política de Washington recomiende abiertamente la adopción de posiciones más rígidas en contra de sus ahora ya enemigos declarados.

México efectuará, pues, su particular declaración de guerra cuatro meses más tarde, mientras que Brasil esperará hasta agosto para hacer la misma operación. Y, si el primero pretendía con ello una honorable vuelta a las relaciones normales con el vecino del norte, Brasil intentaba, por medio del respaldo norteamericano, la obtención de la anhelada preponderancia política y militar sobre todo el subcontinente. Chile, cuyos niveles decisorios están fuertemente influidos por los grupos alemanes de talante nazi allí asentados, tardará todavía un año en decidir la ruptura de relaciones. La República Argentina, por su parte, posee unos cuerpos militares profundamente contagiados de pensamiento autoritario, ciertamente afín al dominante en las potencias del *Eje*. En este último caso, además, la posición antibritánica de Alemania servía muy bien al peronismo, ya instalado sobre el poder, como demagógica explicación anticolonialista del régimen. Dos años habrán de pasar, de esa forma, para que el gobierno de Buenos Aires rompa sus provechosas y amigables relaciones con un Reich que ya se manifiesta, por entonces, situado en la pendiente final de su poderío.

J. M. S. M.

Cuando «la tenaza» aliada va apretando en todos los frentes y los hitlerianos son obligados a ir retirándose de los numerosos territorios ocupados, los alemanes comienzan a sentir en carne propia los desastres de la guerra por ellos iniciada. Hasta el desembarco angloamericano en Normandía el 6 de junio de 1944, el peso de la lucha lo llevarán los soviéticos en el frente del Este, quizá el más duro de la contienda. En la fotografía, un soldado del reorganizado ejército búlgaro, en primer plano, lucha codo con codo junto a un soviético del Ejército Rojo durante la campaña de reconquista de Hungría a los nazis en marzo de 1945. Pronto llegarían a Berlín.



Codo con codo, el invadido invade. Rusia y Bulgaria contra Alemania.



Política internacional

Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt deciden, en la Conferencia de Casablanca, el ataque de los aliados a la Europa nazi.
El mariscal Friedrich von Paulus capitula y se rinde en Stalingrado.
Los rusos se abren paso por tierra hasta Leningrado, levantando así el asedio que sufre la ciudad.
Primeros ataques diurnos de la aviación norteamericana, desde bases británicas, a Wilhelmshaven (Alemania).
Los japoneses son expulsados de Guadalcanal por las fuerzas estadounidenses.
Levantamiento en el gueto de Varsovia. Dura réplica alemana, que da muerte a más de 50.000 judíos.
Las tropas británicas conquistan Túnez, y las norteamericanas, Bizerta. Capitulación de las fuerzas germano-italianas en el norte de Africa.
Campaña norteamericana en Nueva Guinea al mando del general Douglas MacArthur.
La División Azul española es repatriada después de combatir en Rusia.
Desembarco aliado en Sicilia. Las tropas alemanas se retiran por el estrecho de Mesina.
Benito Mussolini es destituido y hecho prisionero. Le sustituye el mariscal Pietro Badoglio.
Ocupación alemana de Roma.
Los aliados invaden el sur de Italia. El gobierno italiano se rinde incondicionalmente.
Italia declara la guerra a Alemania.
El general Dwight D. Eisenhower es nombrado jefe supremo de las fuerzas británicas y norteamericanas de tierra, mar y aire para la invasión de Francia.
Indonesia y Birmania se declaran independientes.
Bombardeo sistemático de Berlín por la RAF.
El presidente norteamericano visita oficialmente México con el fin de mejorar las relaciones entre ambos países.
Benito Mussolini es liberado de su prisión por un grupo de paracaidistas alemanes.
Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt se entrevistan con Chiang Kai-shek, en El Cairo, y con José Stalin, en Teherán, para acordar el ataque contra Japón y los alemanes, respectivamente.
Unidades británicas hunden el acorazado alemán

Alexander Calder: **Costellation.**

Scharnhorst *en el mar de Barent. De una tripulación de 1.900 hombres sólo logran salvarse 36.*
Muere el rey Boris III, de Bulgaria. Le sucede su hijo Simeón II bajo un consejo de regencia.

Sociedad

Los mineros del carbón de Estados Unidos se declaran en huelga.
Se disuelve en Moscú la Tercera Internacional.
Nacimiento del movimiento de sacerdotes obreros en Francia.
En la Conferencia de Hotsprings (Virginia) se estudia una organización para víveres y agricultura, con el fin de paliar el hambre en el mundo (FAO).

Economía

Entra en funcionamiento la cartilla individual de racionamiento en todo el territorio nacional español.
La producción de material de guerra en Alemania aumenta un 50 por 100 respecto al año anterior.
Ramón Carande publica el primer volumen de Carlos V y sus banqueros.

Ciencia y tecnología

Se descubre la estreptomicina en Estados Unidos.
Otto M. Warburg aclara el proceso de la fotosíntesis.
Jacques-Ives Cousteau y Émile Gagnan inventan la escafandra autónoma en Francia.

Sucesos

Nacimiento del volcán Paricutín en el Estado de Michoacán (México).
España sufre una sequía sin precedentes.

Literatura

No se concede el premio Nobel.
Jean-Paul Sartre: El ser y la nada.
Thomas S. Eliot: Cuatro cuartetos.
Dylan Thomas: Nuevos poemas.
Upton Sinclair: Los dientes del dragón.
Graham Greene: El misterio del miedo.
Robert Frost: Un árbol es testigo.
Robert Musil: El hombre sin atributos.
Else Lasker-Schüler: Mi piano azul.
Antoine de Saint-Exupéry: El principito.
Hermann Hesse: El juego de los abalorios.

Cine

Michael Curtiz: Casablanca.
Emilio Fernández: María Candelaria.
Henri Georges Clouzot: Le corbeau.
Oscar de Hollywood al mejor actor, a Paul Lukas por Watch on the Rhine, *y a la mejor actriz, a Jennifer Jones por* La canción de Bernadette.

Teatro

Bertolt Brecht: Galileo Galilei.
James Bride: Mr. Bolfry.

Música

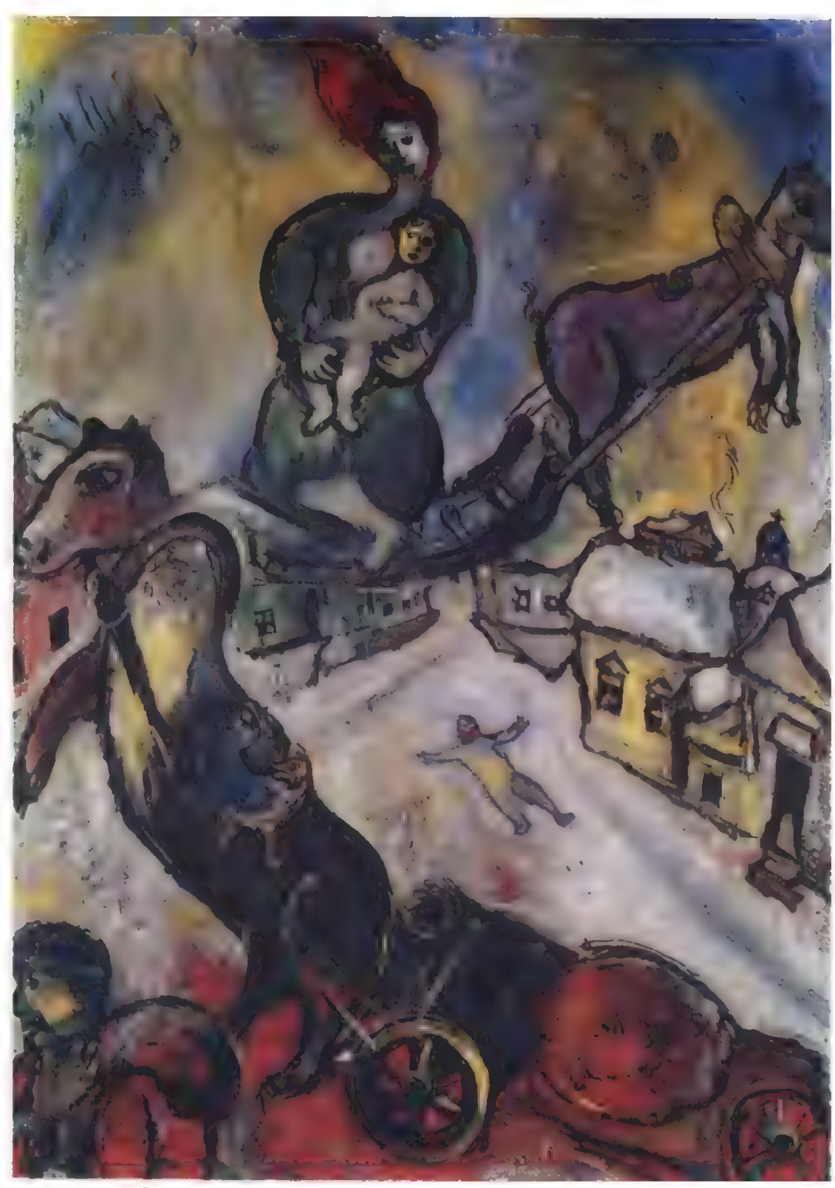
Lennox Berkeley: Divertimento en Si bemol.
Bela Bartok: Concierto para orquesta.
Darius Milhaud: Bolívar.
Carl Orff: Catuli Carmina.
Muere Serguei Rachmaninov.

Pintura y escultura

Jackson Pollock: Pasiphae.
Alexander Calder: Costellation.
Marc Chagall: Guerra.
Jacob Epstein: Busto de Yehudi Menuhin.
Henry Moore La Virgen de Northampton.
Fernand Léger: Ciclistas.
Pablo Picasso: Cabeza de toro.

Arquitectura

Oscar Niemeyer, Iglesia de San Francisco *en Pampulha, Brasil.*



Marc Chagall: Guerra.

LA CRUZ ROJA: UN PREMIO NOBEL DE LA PAZ EN MEDIO DE LA GUERRA

POCAS veces la Cruz Roja es noticia por sí misma. Y sin embargo es difícil leer un periódico o ver un noticiario en televisión sin encontrar alguna referencia a la Cruz Roja, o sin ver a alguno de sus miembros o alguno de sus vehículos evacuando heridos tras un bombardeo, por ejemplo, o efectuando labores de rescate tras una catástrofe natural. La Cruz Roja se ha convertido en algo cotidiano, presente de una manera constante en nuestras vidas: hospitales, ambulancias,



La Cruz Roja: Ayudar en cualquier batalla, a cualquier soldado, en cualquier país.

puestos de socorro en carreteras, playas, estadios... Su símbolo representa para todos, en cualquier parte del mundo y en cualquier circunstancia, la garantía de ayuda, de protección y de respeto.

Si la Cruz Roja se ha interesado de una forma tan profunda en todas las sociedades, no se debe sólo a la labor que realiza —y que constituye su razón de ser—, sino también al espíritu con que fue creada, que le ha permitido ampliar cada vez más sus actividades y su campo de acción.



Creación y desarrollo de la Cruz Roja

Ciertamente, y por desgracia, la guerra ha sido una constante en la historia de la humanidad; también sus secuelas de terror, muerte, represalias, destrucción... A partir de la Edad Media surgieron en Europa órdenes religiosas que intentaban paliar en lo posible los desastres de la guerra, como los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén (orden a la que pertenecía Joaquín Agulló, representante español en la conferencia fundacional de la Cruz Roja, en 1864), que durante las Cruzadas acompañaban a los guerreros y atendían a los heridos en el mismo campo de batalla; o la orden de los Mercedarios, que en la época de Jaime I se dedicaba a rescatar a los cautivos apresados por los berberiscos en el Mediterráneo.

Todos los ejemplos anteriores pueden ser considerados antecedentes de la Cruz Roja; y son antecedentes lejanos en el tiempo, pero también en los objetivos. No se puede concebir la creación y desarrollo de la Cruz Roja más que como consecuencia de la intervención de diversos factores: unas personas deseosas de evitar los padecimientos de la guerra, un espíritu humanitario y desinteresado, una voluntad inflexible para llevar a la práctica sus objetivos y, fundamentalmente, unas determinadas condiciones históricas que permitieron, por una parte, que dichos objetivos fuesen realizables y, por otra, que se extendiesen rápidamente por todo el mundo.

Las personas

Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja, nació en Ginebra (Suiza), el 8 de mayo de 1828, en el seno de una familia de banqueros y comerciantes, profesiones a las que también él se dedicará hasta 1860, en que se entregó por completo a la expansión de la Cruz Roja. En 1854, Henri Dunant creó en Suiza la Unión de Jóvenes Cristianos, y viajó por varios países europeos formando asociaciones de ese tipo.

Fue precisamente durante uno de sus viajes de negocios cuando asistió a la batalla de Solferino, que se libró el 24 de junio de 1859 entre Francia, Saboya y el Piamonte, por un lado, y las tropas de Austria por el otro. Henri Dunant pretendía entrevistarse con el emperador Napoleón III, y, junto con dos de sus colaboradores, se halló sin querer envuelto en la que probablemente sea una de las primeras batallas de la guerra moderna. Presenció escenas escalo-

En la fotografía, un soldado alemán herido en territorio soviético es ayudado por dos de sus compañeros, miembros de la Cruz Roja, a ser evacuado del sangriento frente ruso. El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) compuesto por 18 miembros, todos ellos de nacionalidad suiza para garantizar su neutralidad, nunca han dejado de luchar por «humanizar la guerra», enfrentándose a los abusos de cualquiera de los contendientes sobre los vencidos o prisioneros. Actualmente, sin embargo, la sofisticación y la enorme capacidad destructiva del material bélico moderno a partir de los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, hace que la única humanización posible de la guerra sea el evitarla a toda costa. La neutralidad suiza en todos los conflictos europeos y el prestigio de la Cruz Roja hizo que Hitler (invasor de Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania, Yugoslavia, Grecia, Dinamarca, Noruega, la URSS, Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Francia) respetara las fronteras del pequeño, montañoso y rico país centroeuropeo.

friantes: heridos y mutilados que se desangraban en el campo de batalla, si no eran rematados antes por el enemigo; soldados amontonados en carros y depositados en las calles del cercano pueblo de Castiglione, sin que nadie atendiese a los heridos o enterrase a los muertos. Henri Dunant, junto con sus compañeros, el médico de Castiglione y voluntarios —mujeres sobre todo— de los pueblos cercanos, organizó en la iglesia el que podemos considerar primer hospital de campaña de la Cruz Roja. En efecto, allí estuvieron presentes tanto la labor de asistencia a los heridos como los principios básicos de la Cruz Roja: el trabajo voluntario y desinteresado, la atención a cualquiera que lo necesitase, fuese cual fuese su uniforme (esto provocó enfrentamientos entre los militares franceses e italianos y Henri Dunant, pero éste se mostró inflexible).

Postal del período de entreguerras en la que aparece un perro de un grupo de rescate de la Cruz Roja, con una hucha colgada de su collar, recogiendo donativos en la calle para mantener los servicios de la humanitaria institución. El lema «ayúdanos para que podamos ayudarte» sigue estando plenamente vigente.



Postal de época.

El espectáculo presenciado en Solferino y sus experiencias en la iglesia-hospital de Castiglione, fueron relatados por Dunant en su libro *Recuerdo de Solferino*, que constituye el germen de la Cruz Roja y que sirvió para que, en 1860, la Sociedad de Utilidad Pública de Ginebra designase una comisión de cinco miembros para estudiar el proyecto de Henri Dunant. En 1863 esta comisión pasó a denominarse Comité Internacional, que promovió la firma del Convenio de Ginebra en 1864, por el que se creó la Cruz Roja Internacional.

En 1872, durante una estancia de Henri Dunant en Londres para dar unas conferencias, conoció a Florence Nigthingale. Esta dama, nacida en 1820 en Florencia (circunstancia a la que probablemente debe su nombre), opinaba que las mujeres podían desempeñar determinados trabajos con mayor eficiencia que los hombres, y que esos trabajos requerían una buena formación técnica, como la que proporcionaban algunas órdenes religiosas. Pasó varios meses con las Hijas de la Caridad, de París, y con las Hermanas de la Merced, de Dublín, y más tarde comenzó a trabajar en los hospitales de Londres, dedicándose a la formación de enfermeras.

Esa es la razón por la que, en 1854, el gobierno inglés decide enviar a Florence Nigthingale con 39 enfermeras a la guerra de Crimea (1854-56).

Al principio las autoridades militares se opusieron a la labor de las enfermeras, pero enseguida comprobaron que su actividad contribuía a salvar muchas vidas, por lo que, a su regreso a Londres, Florence Nigthingale recibió una acogida entusiasta. A partir de ese momento dedicó su vida a la formación de excelentes enfermeras en las escuelas que fundó en diversos hospitales ingleses.

Tanto Florence Nigthingale como Henri Dunant habían asistido a verdaderas masacres, los dos habían sido incomprendidos en un primer momento, pero su voluntad había acabado imponiéndose. Cuando se encontraron en 1872, comprendieron inmediatamente que sus objetivos eran los mismos, y Henri Dunant se dio cuenta de lo necesario que era para la Cruz Roja contar con enfermeras expertas. De aquel encuentro surgió el Cuerpo de Enfermeras y Damas Auxiliares de la Cruz Roja.

La inmensa tarea realizada por Henri Dunant fue reconocida en 1901, cuando la Fundación Nobel le concedió el primer premio Nobel de la Paz, juntamente con Frederic Passy (fundador de la Liga Internacional y Permanente de la Paz).

La tercera persona decisiva para la Cruz Roja fue Henry Davison. Podemos decir que Davison fue el impulsor y el creador de la Cruz Roja actual. Al igual que Henri Dunant, Davison era banquero, pero alcanzó las más altas cotas en la escala social y económica de los Estados Unidos desde unos orígenes humildes.

En 1917, Davison recibió el encargo de reorganizar la Cruz Roja de los Estados Unidos. En dos años, sus relaciones en el mundo de las finanzas le permitieron recaudar cuatrocientos millones de dólares. Para él estaba claro que, aunque la guerra hubiese terminado, y con ella la labor de la Cruz Roja en los campos de batalla, aún era mucho el trabajo que quedaba por hacer.

Consideró que quienes mejor conocían los problemas y las necesidades eran las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja; por tanto, se ganaría en efectividad si se establecían unos vínculos más estrechos entre ellas. Ya en 1876, Gustave Moynier presentó un proyecto de Federación de las Sociedades de Socorro a los militares heridos que existían en cada país, pero su proyecto no sería realizado hasta 1919 por Henry Davison.

En 1918, el presidente americano Wilson invitó a Davison a acompañarle a París. La Cruz Roja de los Estados Unidos le encargó entablar negociaciones con el Comité Internacional y con las distintas Sociedades Nacionales, para intentar crear una Federación. Davison se reunió en París con representantes de Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón, que constituyeron un Comité de Sociedades cuyo objetivo consistía en elaborar un programa de actuación inmediata. Al mismo tiempo, inició los contactos con el Comité Internacional de la Cruz Roja, que no acababa de admitir la propuesta de Federación de Davison.

Sin embargo, éste siguió adelante y el 11 de abril de 1919 se reunió el Comité de Sociedades con sesenta especialistas en las enfermedades que se consideraba más urgente combatir: tuberculosis, paludismo, enfermedades venéreas, así como los problemas de salud pública creados por la guerra (destrucción de los servicios higiénicos mínimos, infecciones, etc.). En esa reunión Davison expuso la necesidad de crear una Liga de Sociedades Nacionales de la Cruz Roja, propuesta que fue aprobada, y aceptada también por el Comité Internacional.

La Liga se constituyó oficialmente el día 5 de mayo de 1919, y fue reconocida por la Sociedad de Naciones en el artículo 25 de su pacto. Se creaba así la Cruz Roja de los tiempos de paz, la que está en contacto con todos los ciudadanos día a día y representa la coordinación de los esfuerzos de todas las Sociedades Nacionales para mejorar la salud y atenuar los efectos de las enfermedades y los sufrimientos del hombre en cualquier lugar del mundo.

Las circunstancias históricas

Entre 1856 y 1871, todas las grandes potencias europeas sufrieron profundos cambios territoriales, sociales y económicos. Surgieron nuevos estados (Alemania e Italia), los gobernantes se apropiaron de muchas de las ideas liberales y democráticas, y utilizaron la guerra para dirimir las diferencias entre las naciones. Es decir, fue una época contradictoria: tibiamente liberalizadora en la política interna,

Postal dedicada a las camilleras de la Cruz Roja Española impresa a primeros de siglo durante las campañas bélicas de Marruecos. España estuvo ya presente en las reuniones preparatorias de la fundación de la Cruz Roja Internacional, en 1863. Un año más tarde, el Estado español reconocía a la institución como una sociedad de utilidad pública.



Postal de época. Las camilleras de la Cruz Roja.

Premio Nobel de la Paz en 1901, el rico filántropo Henri Dunant (1828-1910), fundador de la Cruz Roja Internacional, fue una mente privilegiada que se adelantó a su época en muchos campos. Viajero infatigable y sagaz observador, ágil con la pluma, sus obras Un recuerdo de Solferino *(1862),* La esclavitud entre los musulmanes y en los Estados Unidos de América *(1863) y* Fraternidad y caridad internacionales en tiempos de guerra *(1865) conmovieron a*

pero sangrienta en la política internacional.

En este período se desencadenaron en Europa tres guerras: en 1864, entre Prusia y Austria, y Dinamarca; en 1866, entre Prusia e Italia, y Austria; y en 1870-71, la guerra franco-prusiana. En América se desarrolló la guerra civil de los Estados Unidos (1861-65).

Todas estas guerras tuvieron dos características comunes: fueron guerras controladas por los mecanismos de poder, que podían acabarlas rápidamente, impidiendo una generalización del conflicto (de hecho, el temor a una guerra general no comenzó a hacerse patente hasta comienzos del siglo XX). La segunda característica de estas guerras va a consistir en la utilización de una tecnología armamentista propiamente capitalista, que da lugar a la aparición de la guerra moderna. Por ejemplo, se utilizó el ferrocarril para el transporte de las tropas y del material; se pusieron en juego nuevas armas infinitamente más mortíferas que todas las anteriores: los barcos acorazados, la artillería, etc.



Henri Dunant.

la sociedad de su tiempo e impulsaron definitivamente la institucionalización de la Cruz Roja, una sociedad que quiere llevar a la práctica la solidaridad humana por encima de todos los credos y todas las fronteras. A la derecha, un voluntario británico del Servicio Civil, asociado a la Cruz Roja, consuela a una niña a la que acaba de rescatar de los escombros de su casa londinense, bombardeada por la aviación alemana y en la que perecieron sus padres.

Es indudable que la amenaza constante de la guerra, el temor a una generalización de ésta, la masificación de las batallas y la utilización de armas con mayor capacidad destructiva, ganaron la conciencia de que, ya que la guerra era inevitable, había que intentar, al menos, reducir sus desastrosos efectos. Cuando Henri Dunant propuso los medios para conseguirlo, su idea fue aceptada inmediatamente por los gobiernos y caló en el ánimo de las gentes, que veían de esa forma realizadas sus aspiraciones.

El ferrocarril y el telégrafo favorecieron el desarrollo de la Cruz Roja. Por un lado permitiendo el desplazamiento rápido de los heridos, las medicinas, los alimentos, etc., facilitando la posibilidad de comunicar urgentemente las necesidades existentes. Por otro, haciendo llegar a todo el mundo la imagen patética de la guerra y los objetivos perseguidos por la Cruz Roja.

Así pues, todo aquello que sirvió para extender y desarrollar la guerra, sirvió al mismo tiempo para extender y desarrollar la Cruz Roja.

Organización de la Cruz Roja

Componen la Cruz Roja Internacional diversos organismos cuyos fines últimos son los mismos, pero cuyas misiones específicas son diferentes.

El primero de estos organismos es la Conferencia Internacional de la Cruz Roja, órgano supremo de la institución, que está compuesta por delegados de las Sociedades Nacionales, de los estados firmantes de los Convenios de Ginebra, del Comité internacional y de la Liga de Sociedades. La Conferencia cuenta con una Comisión Permanente encargada de convocar las Conferencias y establecer el orden del día de las mismas, así como de hacer cumplir los acuerdos entre una Conferencia y otra.

El segundo organismo es el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). Es un organismo independiente, que cuenta con estatutos propios y que tiene su origen en la Comisión de los cinco, de la que formó parte Henri Dunant, que promovió los Convenios de Ginebra y que fue el órgano creador e impulsor de la Cruz Roja. Fue el CICR el que adoptó, en el primer Convenio de Ginebra (firmado el 22 de agosto de 1864 por doce estados europeos, a los que inmedatamente se sumaron muchos más), el emblema de la Cruz Roja, producto, casi seguramente, de la inversión de los colores de la bandera suiza (roja, con una cruz blanca en el centro). El CICR sólo podía intervenir, hasta la Primera Guerra Mundial, en conflictos internacionales; pero a partir de 1919, su campo de actuación se extendió también a las guerras civiles y a los conflictos internos. El prestigio al-

canzado por el CICR, que le ha permitido desempeñar sus misiones en todo el mundo, se debe al mantenimiento estricto de uno de los principios de la Cruz Roja: la neutralidad. Así, cuando el CICR vela por las condiciones de los presos, lo hace sin tener en cuenta el motivo de su encarcelamiento. A pesar de todo, ciertos países con regímenes dictatoriales (Chile o Guatemala, por ejemplo), han puesto obstáculos al desarrollo de la labor humanitaria de la Cruz Roja, debido a las denuncias que el CICR realizó contra ellos por el incumplimiento de los Convenios de Ginebra sobre el trato debido a los prisioneros.

Servirían como muestra del reconocimiento internacional de la labor del CICR, los premios Nobel de la Paz, concedidos a este organismo en 1917, 1944 y 1963 (este último conjuntamente con la Liga de Sociedades), así como el premio de las Naciones Unidas de Derechos Humanos, concedido al CICR en 1978.

Las misiones del CICR están dirigidas a la actuación de la Cruz Roja en tiempo de guerra: preparación del personal sanitario que debe intervenir en los conflictos, desarrollo de los Convenios de Ginebra con vistas a hacerlos más efectivos, medidas para que los estados firmantes de dichos convenios cumplan todas sus cláusulas, etc.

Como ya hemos visto, el organismo encargado de coordinar las acciones de la Cruz Roja en tiempo de paz es la Liga de Sociedades Nacionales de la Cruz Roja, cuyos fines son los mismos que los de las Sociedades Nacionales que la componen. Es decir, fomentar la máxima extensión de la Cruz Roja, creando Sociedades Nacionales en aquellos países en los que no existen; coordinar los esfuerzos, tanto materiales como humanos, necesarios para prestar atención médica a los enfermos, asistencia social a los necesitados y medicamentos, alimentos y viviendas a los afectados por alguna catástrofe natural (inundaciones, terremotos, incendios, sequías...).

La Liga de Sociedades comenzó sus actividades en 1923, en Japón, a raíz de un terremoto que produjo más de doscientas mil víctimas. Desde entonces, no sólo ha estado presente en cualquier lugar del mundo en que fuese necesaria su ayuda, sino que, con el desarrollo de las Sociedades Nacionales, ha ido ampliando su campo de acción. Y así hoy existe una Cruz Roja de la juventud, que dirije sus actividades hacia los jóvenes y las personas más desasistidas y una Cruz Roja del mar, dedicada al salvamento de náufragos y a labores de socorro

Desde que en 1880 las sociedades de Socorro pasaron a denominarse Sociedades Nacionales de la Cruz Roja, se convirtieron en los



Víctimas de la guerra que no estaban en las trincheras.

organismos básicos de la institución. En 1864, cuando se firmó el primer Convenio de Ginebra, sólo existían siete Sociedades Nacionales. Actualmente se puede afirmar que en todos los países existe una Sociedad de la Cruz Roja, o está en vías de constituirse.

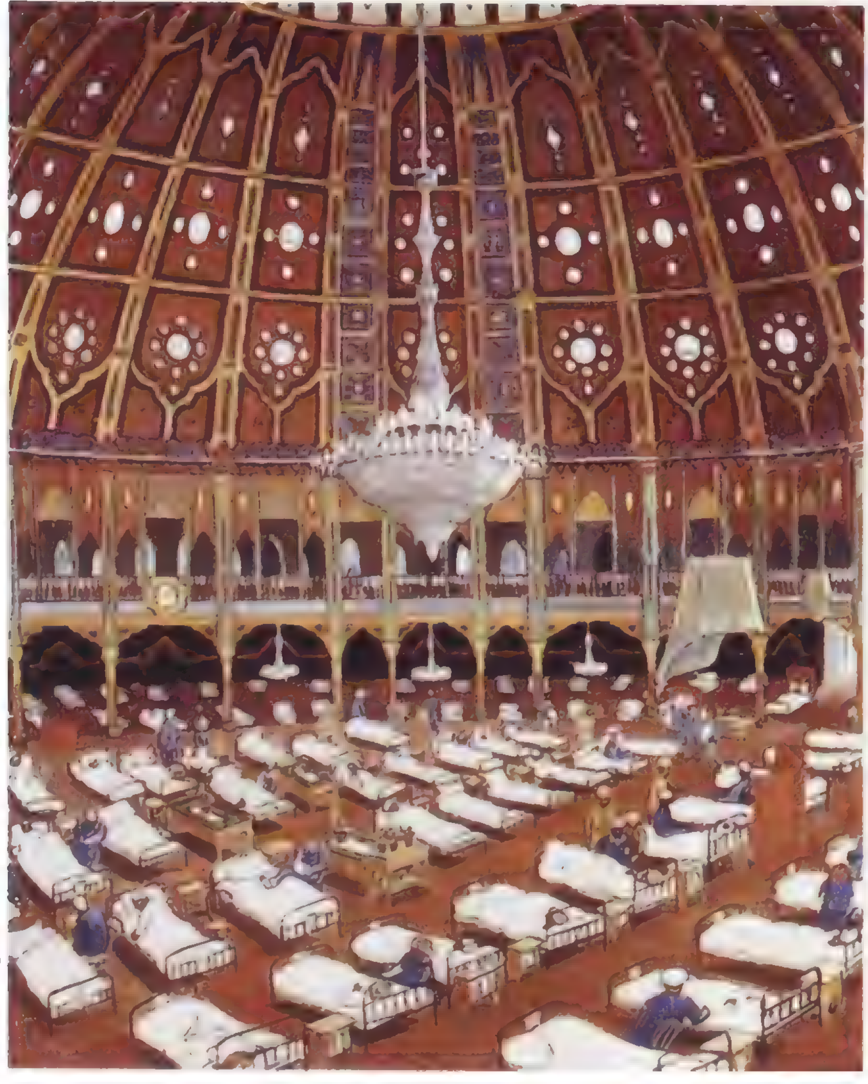
El desarrollo de la Cruz Roja no ha sido siempre fácil. En un primer momento, la institución no fue aceptada por los militares, aunque cuando comprobaron su eficacia los recelos desaparecieron. Por otra parte, si bien las ideas de Henri Dunant fueron bien acogidas por los gobernantes de los países europeos, el mantenimiento del principio de neutralidad aconsejaba que las Sociedades Nacionales se creasen por iniciativa privada, para evitar cualquier implicación política (en los casos de Holanda y España esto no fue así, ya que las respectivas Sociedades Nacionales fueron creadas por Decretos Reales). En esta iniciativa privada jugaron un papel destacado los médicos y las mujeres, que se convirtieron en los impulsores de la Cruz Roja en cada nación.

Aún así, es importante tener en cuenta que la aparición de la guerra moderna hacía necesaria la adopción de un nuevo planteamiento de la sanidad militar. La Cruz Roja vino a ocuparse de tareas que, necesariamente, habrían recaído sobre los gobiernos; de ahí el interés de éstos en el desarrollo de esa institución.

Las Sociedades Nacionales son autónomas e independientes dentro de sus respectivos países, pero al mismo tiempo son solidarias con las demás sociedades, manteniendo un contacto permanente dentro de la Liga.

En 1867, Turquía, considerando que el símbolo de la cruz poseía implicaciones religiosas cristianas, solicitó que fuese aceptado el símbolo de la Media Luna Roja (o Creciente Rojo). Esta decisión turca fue seguida más tarde por todos los países musulmanes. Por otra parte, Irán adoptó en 1923 el símbolo del León y Sol Rojos. Tanto estas denominaciones como los símbolos fueron aceptados por el Convenio de Ginebra de 1929, en el que se reafirmaba al mismo tiempo la Cruz Roja como el emblema general. Todas las Sociedades Nacionales, sea cual sea el símbolo que utilicen, mantienen su solidaridad dentro de la Liga.

Durante la Guerra Mundial la Cruz Roja se empleó a fondo en todos los países, si bien secciones como la alemana no supieron enfrentarse al poder instituido y denunciar la barbarie nazi. Nuevas sociedades independientes, como Amnistía Internacional, críticas ante los abusos de cualquier gobierno han suplido en la actualidad esta función desagradable e incómoda pero necesaria. En la fotografía, la Cruz Roja británica, con el apoyo de las iglesias anglicana y católica, organizó durante la Segunda Guerra un eficaz hospital en las naves de la catedral londinense de San Pablo, para atender a las víctimas de los bombardeos alemanes.



Hospital organizado por la Cruz Roja en la Catedral de San Pablo en Londres.

El espíritu de la Cruz Roja y los Convenios de Ginebra

Desde el mismo instante en que Henri Dunant comienza su labor para la creación de la Cruz Roja, esta institución se basa en unos principios inalterables, que le dan carta de naturaleza y que se han mantenido a lo largo de su historia, aunque sólo fuesen recogidos oficialmente como tales principios cien años después de la creación de la misma.

En efecto, hasta 1965, en que se celebró en Viena la XX Conferencia Internacional, los principios de la Cruz Roja no habían sido recogidos en los estatutos de la institución. Sin embargo, la Conferencia de Viena no hizo más que establecer como principios las que habían sido líneas irrenunciables de actuación de la Cruz Roja desde sus comienzos: humanidad, imparcialidad, neutralidad, independencia, servicio voluntario, unidad y universalidad.

Ha sido el mantenimiento claro de estos principios lo que ha conseguido que la Cruz Roja goce de tal prestigio en todo el mundo, que, en muchos casos, se constituya como único mediador aceptado por dos partes en conflicto. Han sido los principios de neutralidad e independencia los que han permitido al Comité Internacional «advertir», e incluso denunciar, a países que violan de una manera constante las normas del derecho humanitario internacio-

1944

La Cruz Roja: un premio Nobel de la Paz en medio de la guerra



Sellos conmemorativos de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja Internacional.

Sellos conmemorativos de la Liga de Sociedades de la Cruz Roja Internacional. En los países islámicos, combatientes durante siglos por la expansión de la media luna mahometana contra la cruz cristiana, éste símbolo ha sido sustituido por el primero, recibiendo la institución humanitaria —el espíritu sigue siendo el mismo— el nombre de «Creciente Rojo». En otros países asiáticos el símbolo escogido ha sido un «Sol Creciente Rojo». La Cruz Roja es desde su fundación totalmente neutral, aconfesional, no juzga la legitimidad de ningún régimen y reconoce la soberanía de quien de hecho manda en un territorio, siempre que se le permita trabajar y realizar su tarea de paliar el sufrimiento humano provocado, o bien por catástrofes, o, en la mayoría de los casos, por los propios hombres, una de las pocas especies animales (racionales) que mata y destruye a sus semejantes.

nal, recogidas en los Convenios de Ginebra. Y estas advertencias o denuncias, jamás han puesto en tela de juicio la independencia y la neutralidad de la Cruz Roja.

Los Convenios de Ginebra son tratados internacionales con el rango de ley; son promovidos por el CICR, y suscritos por los estados, que se comprometen a cumplirlos, aunque lo cierto es que las violaciones son continuas.

Actualmente están en vigor los cuatro Convenios que se firmaron el 12 de agosto de 1949. Redactados tras la Segunda Guerra Mundial, tendían a evitar que pudiesen repetirse situaciones como las que el mundo había tenido que sufrir entre 1939 y 1945. Así, por ejemplo, el Tercer Convenio, referido al trato que ha de darse a los prisioneros de guerra, incluye un artículo en el que se prohíbe la realización de experiencias científicas con los prisioneros. Esto es una clara alusión a las masacres cometidas en los campos de exterminio nazis. Los otros tres Convenios se refieren a los heridos y enfermos de los ejércitos (el Primero, que consta de un anexo sobre el respeto a las instalaciones y edificios sanitarios); a los heridos, enfermos y náufragos de los ejércitos en el mar (el Segundo), y a la protección a los civiles en tiempo de guerra (el Cuarto).

Tanto los Convenios de 1949 como los firmados anteriormente (en 1864, 1906 y 1929, más algunos desarrollos que intentaban completarlos), tienen dos características comunes. La primera, que siempre han aparecido tras los acontecimientos que intentaban combatir (como ocurre, por otra parte, con todas las leyes, sólo que este caso resulta más trágico, pues se trata de «leyes de guerra»). Así, en 1925, por ejemplo, se prohibió la utilización de gases y medios bacteriológicos tras su uso generalizado durante la Primera Guerra Mundial. Tras la prohibición, su uso no sólo no ha disminuido sino que ha aumentado considerablemente. Esta es, precisamente, la segunda característica común a todos los Convenios de Ginebra: que no se han cumplido jamás, a pesar de las reiteradas denuncias del CICR (la última, efectuada en 1984 ante los gobiernos de Irán e Irak, que con sus violaciones de los Convenios de Ginebra ponen «en peligro la vida y la libertad de decenas de miles de prisioneros víctimas del conflicto»).

A pesar de todo, la Cruz Roja continúa su labor, a costa muchas veces de las vidas de sus voluntarios, que con su sangre han venido a demostrar que el espíritu que animó a Henri Dunant y a todos sus continuadores aún sigue vivo. Y mientras así sea, aunque la guerra siga existiendo, será posible una esperanza.

P. S. P.

Bibliografía básica

Bosch Olcina, E.: *Apuntes de Historia e Instituciones de la Cruz Roja,* Imp. La Victoria. Alcoy, 1975.

Gómez-Trigo Ochoa, G.: *Organización, principios fundamentales y signos de la Cruz Roja Internacional,* Asamblea Suprema de la Cruz Roja española. Madrid, 1974.

Manual sobre Cruz Roja y Cruz Roja de la juventud, Cruz Roja española. Madrid, 1972.

Comité Internacional de la Cruz Roja: *Los Convenios de Ginebra del 12 de agosto de 1949,* Cruz Roja española. Madrid, 1970.



El día D, a la hora H, todo estaba preparado para la invasión; el resto dependía del valor de los soldados.

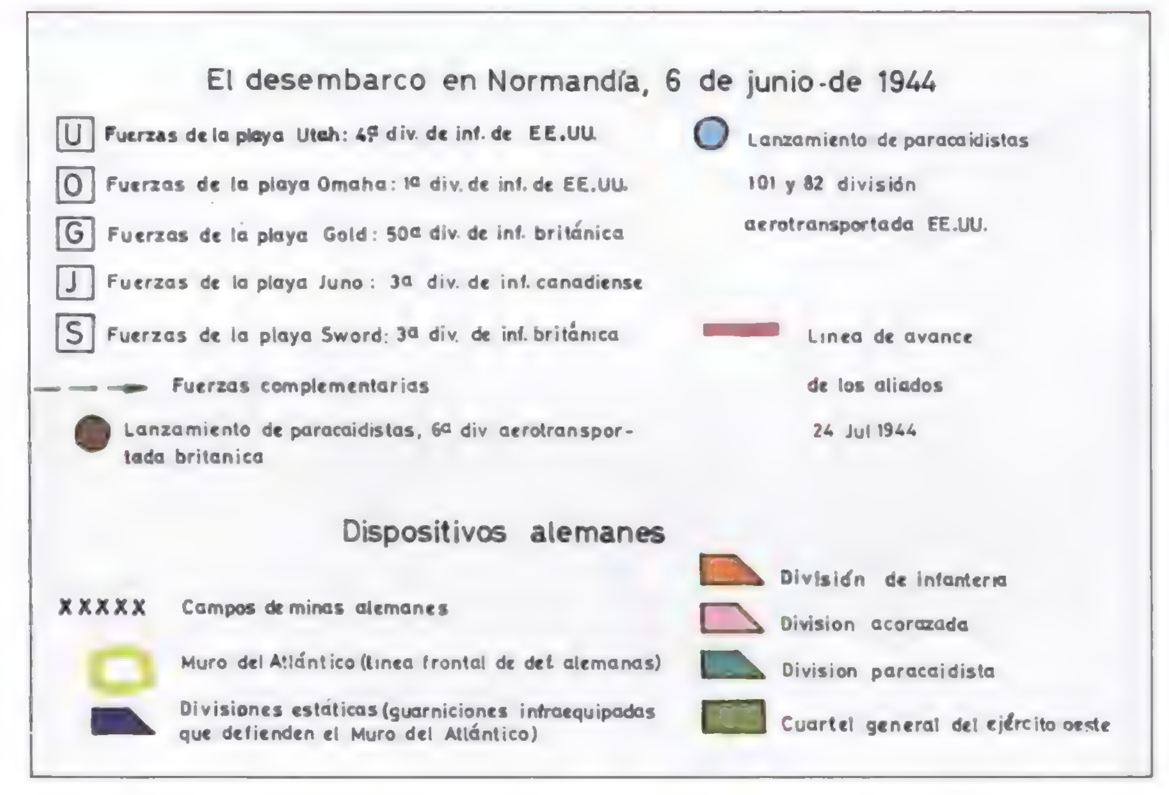


1944

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: EL FIN DEL CONFLICTO

RESULTA de especial interés una aproximación a los efectos que, sobre el cuerpo social y material de Estados Unidos, traería su participación en la Guerra Mundial. La que muy pronto iba a erigirse como potencia decisoria en el orden mundial, experimentaría en su interior las consecuencias del hecho que iba a favorecer su ascenso.

La guerra habría de actuar como decisivo elemento transformador de la sociedad norteamericana en todos sus órdenes. El New Deal *rooseveltiano, vigente desde el año 1933, había intentado llevar a cabo una reforma amplia de estructuras. Ahora, ante la lentitud manifestada por los organismos estatales encargados de llevarla a efecto, los años de guerra habrán de aportar un real e inmediato revulsivo para la tan necesaria transformación del país. En este orden, el sociólogo Geoffrey Perret ha afirmado, con toda exactitud, que la guerra, con respecto a Estados Unidos, ha sido «lo más parecido a una auténtica revolución social». El desarrollo de la situación previa resulta, a la luz de comprobaciones posteriores, suficientemente diáfano. Y si llegado el año 1941, todo el impulso reformista del gobierno se manifestaba abiertamente decaído, la entrada en el conflicto habrá de revitalizar —aunque modificándolo y orientándolo interesadamente— este espíritu.*



Mapa de operaciones y movimientos de tropas efectuados durante el desembarco de Normandía el 6 de junio de 1944. Arriba, zonas de concentración de los efectivos aliados en el sur de Inglaterra. Las playas de Utah, Omaha, Gold, Juno y Sword, fueron escogidas para el desembarco anglo-estadounidense-canadiense en el que participaron 4.266 barcos de transporte, 722 de guerra y más de 200.000 soldados, convirtiéndose en la operación militar más grande de la historia. En menos de una semana cruzaron el canal de la Mancha más de un millón de hombres con cantidades ingentes de material bélico. Los alemanes, incapaces de contener el desembarco y el avance aliado (hecho, por otra parte en una de las zonas más fortificadas por los germanos) bombardearon duramente, como represalia, varias ciudades inglesas en las que murieron 2.700 personas y hubo más de 8.000 heridos.



La playa de Omaha costó miles de vidas a los marines norteamericanos.

Las bajas aliadas durante el desembarco de Normandía fueron cuantiosas y repartidas muy irregularmente. La playa de Omaha costó miles de vidas a los marines estadounidenses y lo mismo les ocurrió a los 20.000 paracaidistas británicos lanzados en la noche sobre la retaguardia alemana y que cayeron en los lugares más insospechados y peligrosos. La Resistencia francesa por su parte, alertada por radio desde Londres, tras emitir la BBC un poema-clave de Paul Claudel, efectuó numerosas operaciones de sabotaje para impedir la llegada de refuerzos germanos a la zona. En la foto, cadáveres estadounidenses en una de las playas normandas donde se efectuó el desembarco.

Estados Unidos en guerra

Aun contando con ciertas disposiciones previas, de orden moderado, para una entrada en guerra, el ataque a Pearl Harbour sorprenderá a Estados Unidos sin una preparación adecuada a las necesidades ahora impuestas. La entrada en las hostilidades —tanto en Asia como en Europa— abrirá nuevos horizontes para la gran masa todavía desocupada.

El gobierno, por otra parte, y dadas las excepcionales características de la situación, adoptaría medidas tendentes al aumento de sus poderes, mediante —además— la imposición de una legislación fiscalizadora de todas las formas de expresión y manifestación. La reconversión de la economía norteamericana con fines bélicos habría de efectuarse, de forma material, por medio de una serie de decisiones concretas en el orden social que afectarían a la población laboral: la rápida resolución de los conflictos de trabajo se uniría a un rígido control de salarios; los precios, también controlados, y el racionamiento sobre algunos productos básicos, habrían de determinar el marco de la vida del trabajador en esos momentos.

Junto a la represión ejercida sobre todo sospechoso de posible connivencia con el enemigo, las reformas sociales preconizadas por el *New Deal* sufrirían una manifiesta desvirtuación. La clase empresarial volverá a recoger los beneficios de la anormal situación; al tiempo que aumenta el número de trabajadores en edad infantil, los gastos públicos dirigidos a necesidades internas —sanitarias, salariales, educativas, etc.— sufrirán fuertes recortes, en beneficio de la implicación bélica de la industria. Con ello, los ímpetus reformistas de los miembros de la administración rooseveltiana perderán de forma definitiva toda su fuerza. Y, si es visible un aumento en el número de puestos de trabajo considerado de forma global, cuestiones como la trascendencia del empleo permanente, las reivindicaciones salariales o un sistema de seguridad social válido, sufrirán una decidida merma en esos años de guerra.

Los efectos finales de la conflagración, en el plano interno, serían posteriormente considerados como bases para la incidencia ulterior de la que ya se configuraba como potencia decisora de ámbito mundial. Aquí, la presencia de una fuerte propensión a la uniformidad —que no igualdad— marcaría la pauta para la creación de la imagen del prepotente norteamericano de posguerra. Es cierto que las manifiestas diferencias existentes en el interior de la sociedad norteamericana no fueron resueltas en absoluto durante los años del conflicto; los grupos marginados se mantendrían en situaciones similares a las de antes del mismo. Pero resulta innegable que el esfuerzo colectivo —para unos, fuente de inmediata riqueza material, para otros, posibilidad de obtención de un trabajo que les permitiese subsistir— crearía dentro del país un estado de ánimo que serviría de



De Gaulle entra triunfal en París.



Militares alemanes hechos prisioneros tras la liberación.

eficaz soporte al desempeño del papel de orden mundial que la Unión se disponía a ejercer prontamente.

La guerra en Europa: la campaña occidental

La operación *Overlord*, denominación táctica del desembarco sobre las playas de Normandía, sería llevada a la práctica, bajo la dirección suprema del general Eisenhower, a partir del día seis de junio de 1944. A partir de esos momentos, el avance aliado por territorio francés mostraría la inexistencia del tan proclamado *muro del Atlántico*, que los alemanes pretendían haber elevado como medio de invulnerable defensa. Así, las fuerzas conjuntas norteamericanas, británicas y francesas «libres» irán liberando el territorio comprendido entre el mar y la capital. A mediados del mes de agosto, tras el aplastamiento total de las unidades blindadas enemigas, que intentan resistirse al avance, París se presenta ya como un objetivo próximo y fácilmente alcanzable. En la ciudad, ante la proximidad de las fuerzas liberadoras, estalla una insurrección en contra del ocupante, ahora situado en una forzosa posición defensiva.

Lo cierto es que esta movilización minoritaria —tan mitificada posteriormente por la hagiografía patriótico-bélica— no habría de constituir ningún instrumento de carácter decisivo a la hora de la caída de la urbe. En la mitad del día 24 de agosto, los destacamemntos aliados penetran ya por las puertas de la ciudad. La División Leclerc, integrada en una destacada mayoría por republicanos españoles, será la primera formación que ponga pie en el París en trance de liberación. Aquel mismo día, en una población todavía sacudida por la acción de los francotiradores aislados, el general De Gaulle efectúa su entrada oficial como cabeza de la Francia libre y de nuevo soberana. Recorrerá, así, a pie los Campos Elíseos, rodeado por una entusiasta multitud que, muy pocos días antes, se había proclamado todavía fervientemente *petainista*. El primer tanque aliado que había rodado aquella madrugada por las calles de París llevaba el nombre de *Teruel*...

El rápido avance dirigido, a pesar de la decidida resistencia alemana, hacia la frontera común hará posible —llegado el mes de octubre— la liberación total del norte de Francia y de Bélgica. De forma combinada, el día 15 de agosto, todavía antes de la entrada aliada en París, sobre las costas de Provenza se había efectuado un nuevo desembarco, la denomina-

da operación *Dragón*. Una semana más tarde, estas fuerzas del sur alcanzarán la frontera suiza. De forma inmediata, y actuando sobre dos bandas, ocuparán por una parte los fundamentales puertos mediterráneos de Marsella y Tolón; y, por otra, ascendiendo hacia el norte, expulsarán a los alemanes de las regiones fronterizas de Lorena y Alsacia.

La ofensiva alemana, dirigida en el mes de diciembre de ese año sobre la región de las Ardenas, no conseguiría detener la progresión aliada. Cuatro meses más tarde, ya en marzo de 1945, las tropas occidentales se hallarían fuertemente asentadas en el mismo corazón de Alemania, tras haber ocupado la zona industrial de la cuenca del Rhur. Las fuerzas de la *Wehrmacht* destacadas en los Países Bajos han quedado embolsadas sin posibilidad de efectuar movimiento eficaz alguno. Mientras, por el flanco sur, las unidades norteamericanas, tras alcanzar las regiones situadas más al oeste de Austria, han conectado con las que han ascendido por la península italiana. El cerco se halla, pues, cerrado, contando con la acción que paralelamente desarrolla en el frente del este el impetuoso Ejército Rojo.

La guerra en Europa: la campaña oriental

En esta amplia sección, la victoriosa ofensiva soviética lanzada sobre la llanura polaca había ocupado la destruida Varsovia y, poco después, la esencial zona minera e industrial de Silesia. Toda la Prusia Oriental queda, de esta forma, absolutamente aislada del resto del territorio alemán. Centenares de miles de personas huyen, en unas condiciones especialmente de-

En la página anterior, arriba, el general De Gaulle, acompañado por miembros de la Resistencia, se pasea por los Campos Elíseos de París el 25 de agosto. Abajo, tras la liberación de la capital francesa, militares alemanes son hechos prisioneros por miembros de la Resistencia en las proximidades del Teatro de la Opera, donde los germanos habían organizado fastuosas representaciones de las obras de Wagner, músico preferido de los dirigentes del III Reich. Bajo estas líneas, una francesa da a beber sidra —bebida típica de Normandía— a un soldado expedicionario británico.



Y de Francia al resto de Europa, con la ayuda de todos.



El general Eisenhower felicita a sus colegas tras el cruce del Rin.

ficientes, hacia el oeste, alejándose de las tropas soviéticas, que realizan una penetración de caracteres marcadamente inhumanos. Las consideradas «ciudades-fortaleza» de la zona, sobre todo Posen, Koenigsberg y Breslau, no serán capaces de resistir el ataque, y caerán una tras otra en poder del ejército soviético. Más al sur, la capital austriaca verá la entrada de las tropas enemigas el día 13 de abril.

Tras esto, unidades del Ejército Rojo conectarán con los norteamericanos sobre las regiones occidentales de Austria y, el día 24 de ese mismo mes, dará comienzo el cerco final sobre Berlín. Solamente veinticuatro horas más tarde, las orillas del río Elba, al sur de la capital, serán escenario de un nuevo encuentro entre las avanzadas de los dos ejércitos aliados. Berlín, metrópoli y símbolo máximo del Tercer Reich, es ya solamente un inmenso cúmulo de ruinas. Situada bajo la acción de la potente e incesante artillería soviética, se defiende de forma precaria hasta el día 2 de mayo, en que las fuerzas que todavía se mantienen en su interior solicitan la capitulación.

Tres días más tarde, y tras atravesar Eslovaquia y Moravia, el Ejército Rojo se sitúa en los arrabales de Praga. Aquí, como antes en Varsovia y París, la presencia de las fuerzas liberadoras induce a la Resistencia a una acción insurreccional, contando con el apoyo que recibiría de los atacantes. Cuatro jornadas de lucha en

El avance de los ejércitos aliados durante 1944 y 1945 se manifestó como imparable en todos los frentes. El 25 de marzo del 45 los estadounidenses llegaron al Rin, frontera histórica de Alemania, y cruzaron el río poco después, adetrándose en territorio germano. Arriba, el general David Eisenhower (izquierda) felicita a sus colegas y subordinados, George S. Patton (con el brazo levantado), Omar N. Bradley y Cortney Hedger, por el cruce victorioso del Rin. La guerra ya esta perdida para el Reich, a pesar de lo cual Hitler siguió ordenando una resistencia a muerte. Abajo, un soldado estadounidense desfila victorioso entre las mujeres y niños de un pueblo alemán recién conquistado. La derrota venía acompañada de la paz.



Soldados americanos cruzan Alemania. La derrota también era la paz.

las calles de la ciudad precederían a la entrada de los soviéticos, efectuada el día 9 de mayo. Al ocupar la capital checa, todos los planes del gobierno soviético se han visto cumplidos: dominan la totalidad de los países del área centrooriental del continente y controlan así zonas vitales del mismo, que a partir de esos mismos momentos van a comenzar a organizar según modelos propios.

La caída del Tercer Reich

El hundimiento del Reich, pretendidamente milenario, merece una especial atención, situándolo por encima de la mera aproximación a los hechos de carácter puramente bélico. Llegado el mes de septiembre del año 1944, con las fuerzas aliadas a punto de penetrar en territorio estrictamente alemán, el gobierno había ordenado la movilización obligatoria de todos los hombres disponibles situados entre los dieciséis y los sesenta años. La formación, a base de los mismos, de las *Deutscher Volksturm* (milicias populares) mostraría de la forma más descarnada la verdadera realidad de la situación. En el siguiente mes de febrero, las mujeres serán asimismo movilizadas con la finalidad de utilizar su trabajo en sustitución de los hombres ausentes en el frente. Este era el panorama interno de un Estado que, todavía dos años antes, se mostraba plenamente victorioso.

El pueblo alemán estaba acostumbrado a una década de brillante trayectoria, bajo la ordenación de un régimen que, de forma demostrada posteriormente, contaría hasta el fin con un mayoritario apoyo popular. Ahora, se veía obligado a soportar las privaciones materiales de todo tipo, en las que, a un progresivo aumento de las restricciones alimentarias, venía a unirse la sensación de temor y peligro físico creados por los incesantes bombardeos aliados sobre las poblaciones de cierta importancia. Como ejemplo más dramático de la acción de la aviación angloamericana sobre territorio alemán, aparece ante todo el recuerdo de la destrucción de la ciudad de Dresde, uno de los centros espirituales del clasicismo alemán. Allí, durante la noche del día 13 de febrero de 1945, las bombas británicas ocasionarían, en muy breve espacio de tiempo, la muerte de más de cuarenta mil personas.

La presión enemiga es ya, por entonces, asfixiante sobre todo los los frentes. Pero, con todo, un porcentaje nada desdeñable de la población alemana continúa confiando en el mando de su *Führer*. Hitler les ha prometido la utilización, en el último extremo, de unas armas secretas de poder irresistible; armas que, casi no queda ya duda, nunca existieron tal como se describían en la propaganda oficial. El

En la preparación del masivo desembarco aliado en Normandía a partir del «día D» —6 de junio de 1944— tuvo una labor destacada el ex anarquista catalán Juan Pujol, convertido en espía por libre y agente doble de Londres y Berlín, a donde comunicó que el desembarco auténtico sería sólo una pequeña maniobra de diversión para realizar uno masivo en otro lugar. Pujol fue condecorado en secreto con la Orden del Imperio Británico y se refugió en el anonimato en Sudamérica hasta poco antes del 40 aniversario de la hazaña de Normandía. A pesar de la potencia aliada en el frente Oeste, Hitler siguió manteniendo el gran grueso de sus tropas en el Este, sin lograr impedir que los soviéticos continuaran avanzando. Abajo, dibujo de Romagen Bridgehead sobre la Guerra Mundial, en el que unos soldados avanzan en medio del fuego artillero del enemigo.



El avance era imparable.

La población civil alemana sufrió también en carne propia los efectos de los masivos bombardeos aéreos inventados por la Luftwaffe. Arriba, aviones soviéticos sobrevuelan Berlín, capital del Reich. Abajo, una familia alemana, compuesta ya sólo por mujeres y niños, corre al refugio tras oír la alarma que advierte de la llegada de los aviones enemigos con su mortífera carga.





Aviones soviéticos sobrevuelan Berlín.

día 19 de marzo, Hitler ordenará la sistemática destrucción de toda la infraestructura del país: instalaciones industriales, centros de aprovisionamiento, redes de comunicación, sistemas de transporte, establecimientos militares, etc. Al mismo tiempo, exige de los combatientes y la población civil la más decidida defensa del espacio nacional. En función de esto, se formarán tribunales militares dispuestos a decidir la inmediata ejecución de todo aquel que muestre una tendencia al abandono de la lucha.

Y, mientras los alemanes de las regiones del este comienzan a soportar la barbarie de los nuevos ocupantes, que se lanzan al pillaje más desaforado y a las acciones más brutales sobre la indefensa población, las maquinaciones políticas enmarcarán los últimos días de la existencia del régimen nacionalsocialista. En Berlín, Hitler y su pequeño círculo de allegados han buscado refugio en el *bunker* subterráneo, situado bajo el ya destruido edificio de la Cancillería del Reich. El *Führer* ha decidido, consecuentemente con formulaciones anteriores, mantenerse en la ciudad hasta el final de la lucha, en la que todavía sigue afirmando espera obtener la victoria. Dentro de esa atmósfera de destrucción y temor, las intrigas seguirán determinando la situación del más alto nivel de poder de la dictadura. El mismo Himmler, cabeza de la organización SS, pide en las zonas del norte la capitulación a los aliados occidentales, en la esperanza de obtener así la recompensa del cargo de canciller. Una ocasión que su enemigo Goering, padre de la *Luftwaffe*, aprovechará para denunciarle ante Hitler y erigirse él mismo al cargo que el opositor había pretendido.



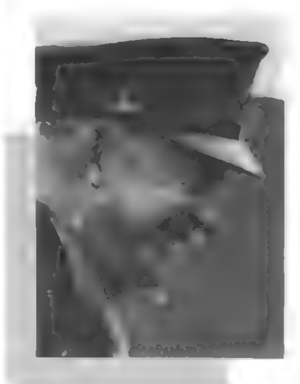
En un país antes victorioso, otras mujeres y otros niños correrán aterrorizados.



Y el Reichstag vino a acompañar al resto del decorado europeo.

1944

La Segunda Guerra Mundial: el fin del conflicto



En la profundidad de su refugio, Hitler se ve, pues, traicionado por los elementos más próximos a él. Decide nombrar presidente del Estado al almirante Doenitz; su fiel Goebbels, que permanece a su lado en esos momentos finales, se verá elegido para el cargo de canciller. Pero ya la situación carece por completo de posibilidades de recuperación para el Reich. Consciente de ello, el *Führer* se dará muerte el día 30 de abril. Dos días antes, sobre un camino del norte de Italia, su ex aliado Benito Mussolini ha sido sumariamente ejecutado por partisanos de izquierda; su cuerpo permanecerá expuesto al escarnio público en una plaza de Milán.

Su caída final no había supuesto, tal como ellos habían imaginado, la desaparición de sus respectivos países. Estos, tras las destrucciones humanas y materiales provocadas por la guerra iniciada por sus dirigentes, llevarían a cabo una decidida recuperación. Ambos pueblos —italiano y alemán— alcanzarían así rápidamente la superación del trauma, independientemente de la ordenación político-económica de que se dotasen tras la conclusión de las hostilidades. Los días finales de la vida del Tercer Reich pertenecen ya enteramente al ámbito de la decisión de los victoriosos oponentes. Así, el día 4 de mayo de 1945 se decide la capitulación de todos los ejércitos alemanes en lucha, solicitada a los aliados por los comandantes de las fuerzas estacionadas en el norte de Alemania, Holanda y Escandinavia. La sesión formal de la «capitulación incondicional» del ejército alemán tendrá lugar tres días más tarde, en el cuartel general de Eisenhower, situado en la ciudad francesa de Reims. Veinticuatro horas después, y a petición soviética, será repetida la misma escena ante el mariscal Zhukov, artífice del asedio y asalto final sobre Berlín.

La derrota de Japón

Superadas ya las precariedades de los primeros momentos de recuperación, la ventaja norteamericana en los escenarios bélicos del océano Pacífico se hace gradualmente más manifiesta y firmemente decidida a la obtención de una victoria absoluta sobre el enemigo.

En el interior de Japón, la situación se asemeja a la ya señalada en el caso de Alemania. A unos años de inicial lucha victoriosa, que había dado al país el control de la práctica totalidad del Este asiático, había seguido la creciente sensación de una guerra que terminaría de forma negativa para quien la había iniciado. Japón, aun siendo un Estado económicamente desarrollado, carecía de posibilidades suficientes para hacer frente a un conflicto más prolongado de lo que esperaba. Una rápida realización de sus planes se presentará, así, cada vez más alejada de la posible consecución. Ahora, la desmoralización más absoluta había comenzado a extenderse entre la población, e incluso hacía significativa mella en el ejército combatiente. También en Japón, los efectos de las privaciones y de los bombardeos se unían a la opresiva presencia de la vecina Unión Soviética, expectante sobre los acontecimientos que tuviesen lugar en el archipiélago.

Estados Unidos, por su parte, y una vez obtenida la victoria en Europa, se verá enfrentado

DWIGHT DAVID EISENHOWER (Denison, Texas, EE. UU., 1890-Washington, 1969)

Hijo de una familia humilde, destacó más por su afición al deporte que por sus dotes de estudiante. Se graduó en la Academia Militar de West Point, en 1915. No participó directamente en la Primera Guerra Mundial y siguió una carrera militar relativamente oscura. De 1922 a 1924 estuvo destinado en Panamá y en 1933 formó parte del cuartel general del general MacArthur, en Filipinas. Teniente coronel en 1935, ascendió a coronel en 1941, poco después de que EE. UU. interviniera en la Segunda Guerra Mundial, comenzando entonces lo que sería una carrera meteórica a la que debió mucho, sin duda, su capacidad organizativa, sus cualidades de estratega y sus habilidades de mediador. Brigadier general en septiembre de 1941, mayor general en marzo de 1942, teniente general en julio del mismo año, dirigió la invasión aliada del norte de Africa (noviembre 1942-marzo 1943), el desembarco en Sicilia y la liberación de Roma (junio 1944). Comandante supremo de las fuerzas expedicionarias aliadas en diciembre de 1943, dirigió el desembarco de Normandía (6 de junio de 1944). Sus

fuerzas liberaron París el 25 de agosto y, tras neutralizar la contraofensiva alemana en las Ardenas, cruzaron el Rin en marzo de 1945. Alemania se rindió el 7 de mayo. Desde diciembre de 1944 era general de cinco estrellas, el rango máximo en el ejército norteamericano. Abandonó el servicio activo en 1948, aunque en 1951 fue comandante supremo de la OTAN. Después comenzó una brillante carrera política a la que debió mucho su condición de héroe nacional. Ganó las elecciones presidenciales de 1952 por el partido republicano, con R. M. Nixon como vicepresidente. Por temor a enfrentarse con el ala más derechista de su partido fue incapaz de desautorizar claramente al macartismo imperante. Su política exterior fue tan dura como la de John Foster Dulles, su secretario de Estado, que llevó a cabo un cerco sistemático de la URSS. En su haber hay que citar el armisticio de Pan Mun Jon que puso fin a la guerra de Corea. Pero, de una u otra forma, su administración intervino en la crisis de Formosa y Suez. A pesar del ataque cardíaco que sufrió en 1955, se presentó a la reelección para un segundo mandato que alcanzó en 1956 por amplio margen de votos. Mientras su primer período presidencial puede considerarse la etapa culminante de la *guerra fría*, en el segundo, a partir sobre todo de 1959, se hace patente el comienzo de la distensión entre los bloques, debida también a la política de coexistencia pacífica de la URSS y a la capacidad negociadora de Jruschov, cuyo encuentro con Eisenhower en Camp David señala un momento importante en la historia de la distensión internacional. Todo ello no significó que Eisenhower no prestara un decidido apoyo a varias dictaduras, como en el caso de España. La firma de los acuerdos de 1953 fue la consagración internacional de la dictadura franquista, remachada por la visita de Eisenhower a Madrid, en diciembre de 1959. En 1961, en los meses finales de su mandato, Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas con Cuba. Pero tampoco hay que olvidar la denuncia explícita, formulada por Eisenhower al final de su mandato, del control de la política global norteamericana por parte del «aparato militar-industrial».


The Cedar Rapids Gazette

HITLER DEATH CONFIRMED

All Nazis in Italy Surrender; Berlin Taken

Near Million Germans in Capitulation

'Germany Is Done'-Head Of Gestapo

Un periódico da la noticia de la muerte de Hitler.

a dos manifiestos y graves riesgos sobre el Extremo Oriente. Por una parte, las ávidas apetencias de Moscú sobre los extensos territorios chinos controlados por Japón; por otra, el peligro cierto que supondría intentar una serie de desembarcos sobre las superpobladas islas, presumiblemente defendidas a toda costa por sus habitantes. Refiriéndose a la totalidad de la población de Japón, los dirigentes militares de Tokio habían mencionado la existencia de un «ejército de cien millones de personas» dispuestas a oponerse duramente a todo intento de invasión extranjera. Estas dos razones complementarias indicaban a los responsables norteamericanos la necesidad urgente de poner fin a la lucha de forma rápida y definitiva. Algo que los grupos de poder, que ahora rodean al nuevo presidente Truman, relacionan inmediatamente con la posibilidad de utilización de la energía atómica como arma.

Resulta imposible considerar si el entonces recientemente fallecido Roosevelt hubiera aceptado este hecho y ordenado, en función del mismo, los bombardeos atómicos sobre ciudades japonesas. Lo cierto es que había sido bajo su mandato cuando se habían iniciado las

Los cadáveres de Mussolini y Clara Petacci colgados en la plaza pública de Milán.

experiencias dedicadas a la investigación, que concluirían con la fabricación de los instrumentos de destrucción hasta entonces nunca conocidos. Los círculos dirigentes en Washington ven, llegado el verano de 1945, la necesidad de poner fin a la guerra y contener a la Unión Soviética, al mismo tiempo, como un fin que es preciso anteponer a cualquier consideración de otro carácter que pudiera ser aducida en contra. Esta grave decisión, junto con su puesta en práctica posterior, habría de constituir a partir de entonces —e incluso hasta hoy mismo— una cuestión de conciencia que muchos norteamericanos nunca podrían admitir.

El día 6 de agosto es lanzada la primera bomba atómica sobre la ciudad de Hiroshima. La cifra de muertes provocadas por la explosión del artefacto se aproximaría a las cien mil; los afectados, en diversas formas y grados, supondrán cantidades mucho más elevadas todavía. De forma especialmente oportuna, dos días más tarde, la Unión Soviética declara la guerra a Japón, y lanza sus fuerzas a través de las fronteras comunes. Manchuria, Corea y las grandes islas inmediatas quedarán, a partir de estos momentos, bajo control de Moscú. Con todo, la férrea decisión de los militares japoneses responsables de los mandos bélicos sigue oponiéndose a la aceptación de la derrota. La tensa espera que se produce por ambas partes no durará, sin embargo, muchas horas: el día 9, una segunda bomba es lanzada sobre la ciudad de Nagasaki, con resultados de índole muy semejante a los que había producido la anterior.

El emperador Hirohito, que había temido una revuelta militar en el caso de emisión de una orden de alto el fuego, aprovechará ahora la ocasión para imponer por sí mismo la idea de la necesidad de una rendición honorable en el mayor grado posible. El día 15 de agosto, lo anunciará así a su pueblo, y, el 2 de septiembre, es firmada la capitulación del Imperio japonés ante el general norteamericano MacArthur. Con esto, la Segunda Guerra Mundial, tras setenta y dos meses de vigencia, llega a su fin. Para entonces, en medio de la euforia de vencedores y el temor de vencidos, ya están trazados los rasgos de la situación de *guerra fría* que, cuando todavía no han cesado los combates bélicos, ha comenzado a enfrentar a los dos grandes aliados.

En la página anterior, arriba, la portada de una revista británica anuncia a sus lectores la noticia del suicidio de Hitler poco antes de la capitulación total del Reich. Abajo, en las dos fotografías, los cadáveres de Benito Mussolini y su amante Clara Petacci, mezclados con los de sus escoltas, tras ser fusilados por partisanos italianos que los sorprendieron cuando intentaban pasar a Suiza, disfrazados, mezclados con una columna militar alemana con la que se había pactado la retirada de suelo italiano. Capturados el 27 de abril, fueron pasados por las armas un día más tarde y sus cuerpos colgados boca abajo en una plaza pública de Milán (fotografía de la izquierda). Hitler duraría dos días más.



Un trágico fin para el líder y sus seguidores.



Hiroshima tras el lanzamiento de la bomba.

Arriba, panorámica de la ciudad japonesa de Hiroshima poco después de que los norteamericanos lanzaran una bomba atómica el 6 de agosto de 1945. Abajo, el general Gustaf Jodl firma ante los mandos aliados la rendición incondicional del ejército alemán el 7 de mayo de 1945 en la ciudad francesa de Reims. A la derecha, casi cuatro meses más tarde, el 2 de septiembre de 1945, la delegación japonesa acude a firmar la rendición incondicional del Imperio del Sol Naciente ante el general MacArthur (a la derecha) y otros mandos aliados, a bordo del portaaviones norteamericano Missouri, *fondeado ya en la mismísima bahía de Tokyo. En la página siguiente, hombres y mujeres comienzan la reconstrucción de las zonas devastadas por la guerra, en este caso las ruinas de la ciudad vieja de Dresde, actualmente en territorio de la República Democrática Alemana, una de las zonas más castigadas por los bombardeos.*

Los desastres de la guerra

Para intentar establecer una idea acerca de los costos humanos que la mayor guerra conocida en la historia de la humanidad supuso, basta observar una relación, por supuesto, siempre aproximada, de las pérdidas sufridas por los países que se vieron afectados por ella. Unas cifras, por otra parte, que, dada su evidente inexactitud, cabe pensar con toda lógica que se sitúan por debajo de la realidad, de difícil comprobación.

Un cálculo aproximado establece el número de muertes producidas en cincuenta y cinco millones; a éstos habría que sumar unos treinta y cinco millones de heridos y unos tres millones de desaparecidos. Las cifras acerca de combatientes muertos dan también idea de la dureza del conflicto en todos sus frentes: la Unión Soviética perdió más de trece millones y medio de soldados; Alemania cuatro millones; Japón más de un millón y medio. Por su parte, los aliados occidentales resultarían en definitiva mucho más favorecidos, situándose aquí en primer lugar Gran Bretaña, con cuatrocientos mil soldados muertos; Estados Unidos la seguiría con una cifra ligeramente inferior. Italia, combatiente marginal, perdería una cifra similar a la británica.

Además, existe un plano que todos los tratadistas del tema han destacado como elemento definidor de la conflagración, que debido a él merece una calificación muy especial dentro de la concepción clásica de la guerra. Es este aspecto el del altísimo número de pérdidas humanas entre la población no combatiente. Estas agrupaciones humanas afectadas, en la mayor parte de los casos totalmente indefensas frente a la acción de sus atacantes, servirían para calificar a esta guerra como un instrumento de asesinato indiscriminado e impune. Aproximadamente unos treinta millones de personas en todo el mundo perecerían bajo diferentes formas, aun a pesar de mantenerse apartadas de los campos de batalla efectivos. Los exterminios en masa, efectuados sobre todo por el Reich con las comunidades judías, aportarían en este apartado una cifra no inferior a los seis millones de bajas. La cuestión del exterminio del pueblo hebreo europeo será tratado en un capítulo posterior, por lo que aquí solamente se hace referencia numérica del mismo.

Los ataques aéreos, que alcanzarían una frecuencia e intensidad ni siquiera imaginada hasta entonces, producirían la muerte de más de un millón y medio de elementos civiles. Finalmente, la lucha partisana, las deportaciones a campos de trabajo, las represalias de los ocupantes de turno y las emigraciones forzosas impuestas por los mismos, aportarían el resto de





Firma de la rendición alemana.



Rendición de los japoneses.



Desde el final de la guerra comienza la reconstrucción y el miedo a una nueva guerra más trágica.



La guerra se convirtió entonces en juego para que los niños recordaran a sus victoriosos padres.

la cantidad aproximada de civiles muertos por causas cobélicas. Pero la población civil no solamente habría de sufrir duramente los efectos de acciones humanas concretas: las enfermedades no combatidas, la desnutrición, las condiciones climatológicas y tantos otros efectos de la situación impuesta, se alzarían con los resultados de un coste humano que es especialmente reseñable.

De todos los países afectados, la Unión Soviética se situaría en el primer puesto en cuanto a cifras absolutas de pérdidas humanas, con una cantidad que oscilaría entre los trece y los diecisiete millones, lo que supondría un 10 por 100 del total de su población. Pero, dentro del ámbito de esta dramática contabilización, sería Polonia la que sufriría un mayor porcentaje de pérdidas humanas: cinco millones de personas —la mitad de ellas de raza judía—, lo que supondría el 14 por 100 de su población. Grecia y Yugoslavia estarían inmediatamente detrás de Polonia en una escala comparativa, mientras que Alemania presentaría unas pérdidas humanas situadas en un 4,5 por 100 del total de su población. En el oeste, los Países Bajos soportarían, más que ningún otro país de la zona, pérdidas especialmente considerables; mientras Francia arrojaría la cifra, comparativamente muy inferior, del 1,5 por 100 del total de población. Finalmente, Gran Bretaña sufriría pérdidas situadas alrededor del 1 por 100.

Los traslados de poblaciones, que se producirán inmediatamente después de la finalización del conflicto, habrán de aportar a algunos países elementos fuertemente traumatizantes, en unos momentos en que la reconstrucción material se presenta como la tarea primordial. Alemania —su parte occidental—, teniendo en ruinas una importante proporción de sus zonas vitales, recibiría un contingente de inmigrados de origen germano situado en cantidades no inferiores a los doce millones de personas, obligados entonces a subsistir en condiciones muy precarias. Los países englobados en la esfera de control soviético, desde el Báltico al mar Negro, conocerán, por su parte, un traslado de poblaciones a la inversa. Stalin, preparando ya la instalación sobre esos territorios de regímenes afines al que él personifica, moviliza hacia el interior de Asia grupos de élite y contingentes étnicos que pudieran resultar «incómodos» en la nueva situación. En grado muy inferior a estos dos casos citados, todos los demás países afectados por la guerra sufrirán este fenómeno como consecuencia del retorno de los supervivientes nacionales movilizados durante el conflicto con diversos fines.

Quizá la mayor lección de la Segunda Guerra Mundial haya sido la de haber mostrado todos los posibles efectos de una confrontación general. Los gobernantes posteriores parecen haber aprendido esto y, huyendo de situaciones que pudieran haber favorecido el inicio de otro conflicto del mismo carácter, que hubiera tenido consecuencias infinitamente más graves, han preferido utilizar para su enfrentamiento el sistema de guerras localizadas en el espacio. Pero esta cuestión enlaza ya con planteamientos a tratar con posterioridad, al estar configurados como elementos de la historia más inmediata.

J. M. S. M.

Bibliografía básica

FONTAINE, A.: *Historia de la guerra fría*. Luis de Caralt. Barcelona, 1970.

FONVIEILLE-ALQUIER, F.: *El gran miedo de la postguerra*. Dopesa. Barcelona, 1974.

GILBERT, M.: *Las potencias europeas*. Grijalbo. Barcelona, 1966.

TOLAND, J.: *Los últimos cien días*. Bruguera. Barcelona, 1966.

TOYNBEE, A.: *El reajuste de Europa*. Ed. Vergara. Barcelona, 1969.

Tres páginas de una colección de cromos sobre la Segunda Guerra Mundial. A la izquierda, arriba, «Los Grandes».

Abajo, «Los Artífices de la Victoria».

Bajo estas líneas, «Los Vencidos».

La industria cultural de masas norteamericana haría de la participación de su país en la Segunda Guerra Mundial una verdadera epopeya inmortalizada en libros, tebeos, colecciones de cromos y postales, discos, carteles y, sobre todo, en los miles de películas de la industria de Hollywood, que difundieron a bombo y platillo «las hazañas bélicas» de sus compatriotas, tanto en Europa como en el Pacífico.



También los derrotados debían aparecer en los juegos.

Política internacional

Tropas aliadas desembarcan en Anzio y Nettuno, al sur de Roma.
Fuerzas rusas obligan a los alemanes a retroceder a Estonia y Polonia.
Golpe de Estado en Argentina. Dimisión del presidente Pedro Ramírez. Toma el mando como presidente, Edelmiro J. Farrel y como vicepresidente, Juan Domingo Perón.
Tropas norteamericanas ocupan Nueva Guinea y expulsan a los japoneses.
El V Ejército norteamericano ataca y conquista Montecassino, ocupado por los alemanes, y destruye su famoso monasterio benedictino.
Islandia se separa de Dinamarca y se proclama como república.
Los aliados entran en Roma, Pisa y Florencia.
Día D. Desembarco aliado en Normandía al mando del general Dwight D. Eisenhower.
Las primeras bombas volantes alemanas V-1 caen sobre Londres.
Atentado contra Adolf Hitler en el cuartel general Reducto del Lobo *en la Prusia oriental. Hay varios muertos, pero Hitler sólo resulta ligeramente herido.*
El mariscal Erwin Rommel, gravemente herido tras un ataque aéreo, es obligado por Hitler a suicidarse por participar en el atentado que intentó acabar con su vida.
Las tropas de Estados Unidos se apoderan de la isla de Guam.
Desembarco aliado en el sur de Francia.
El general De Gaulle entra en París con los ejércitos aliados.
Liberación de Bélgica.
Belgrado es liberada por guerrilleros yugoslavos y tropas soviéticas.
Batalla naval en el golfo de Leyte entre norteamericanos y japoneses, con grandes pérdidas para estos últimos.
Las fuerzas estadounidenses desembarcan en la isla filipina de Mindoro.
Primera intervención japonesa de aviadores kamikaze.
Franklin D. Roosevelt es reelegido presidente de Estados Unidos por cuarta vez.
Vietnam se declara independiente bajo el mandato de Ho Chi-minh.
Gran ofensiva alemana en las Ardenas. Los norteamericanos deben retroceder hasta el río Mosa. Los aliados relevan a las tropas de Estados Unidos en Bastogne.



***Bing Crosby en una escena de* Siguiendo mi camino.**

Sociedad

Conferencia en Dumbarton Oaks (Estados Unidos) en la que se plantea la creación de un organismo internacional con fuerza suficiente para mantener la paz.
El Documento Nacional de Identidad es creado por decreto en España.

Economía

Celebración de la conferencia de Bretton-Woods (Estados Unidos) en la que se llega a la necesidad de creación de un Fondo Monetario Internacional y del Banco para la Reconstrucción y el Desarrollo.
Estados Unidos deja de suministrar carburante a España.
John von Neumann y Oskar Morgenstern publican una teoría matemática del comportamiento económico con el nombre de La teoría de los juegos.

Ciencia y tecnología

Invención del primer riñón artificial, en Holanda.
Producción de los primeros discos de alta fidelidad, en Gran Bretaña.
Muere Alexis Carrell.

Sucesos

Grave terremoto en San Juan (Argentina) con un balance de más de 10.000 muertos.

Literatura

Johannes Jensen, premio Nobel.
José Revueltas: Dios en la tierra.
Karl Gustav Jung: Psicología y religión.
Jacques Maritain: De Bergson a Tomás de Aquino.
Samuel Beckett: Watt.
Somerset Maugham: El filo de la navaja.
Dámaso Alonso: Hijos de la ira.
Saul Bellow: Dangling Man.
Mueren Antoine de Saint-Exupéry y Jean Giraudoux.

Cine

Frank Capra: Arsénico por compasión.
Veidt Harlan: Kolberg.
Leo Mac Carey: Siguiendo mi camino.
Sergei Eisenstein: Iván el terrible, *(parte I).*
Oscar de Hollywood al mejor actor, a Bing Crosby por Siguiendo mi camino, *y a la mejor actriz, a Ingrid Bergman por* Luz que agoniza.

Teatro

Jean-Paul Sartre: A puerta cerrada.
Tennessee Williams: El zoo de cristal.
Jean Anouilh: Antígona.



Antoine de Saint-Exupéry pilotando su avión.

Música

Oliver Messiaen: Veinte miradas al Niño Jesús.
Richard Strauss: El amor de las Danaides.
Sergei Prokofiev: Cenicienta.
Arnold Schönberg: Oda a Napoleón.
Aaron Copland: Appalachian Spring.

Pintura y escultura

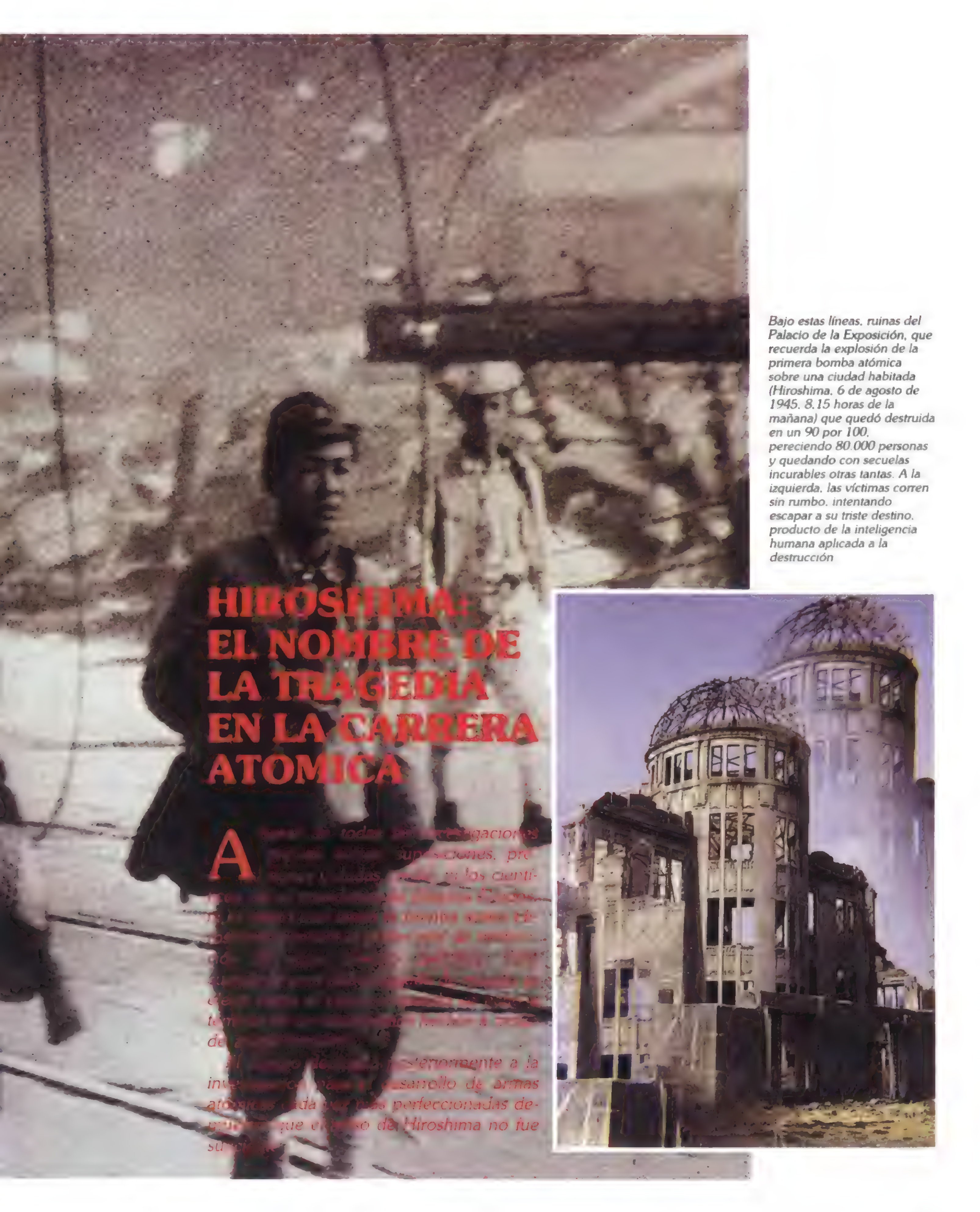
Francis Bacon: Tres estudios para la base de una Crucifixión.
Marc Chagall: En torno a ella.
Jackson Pollock: Don Quijote.
Graham Sutherland: Cristo en la cruz.
Henri Matisse: El vestido blanco.
Mueren Max Jacob, Piet Mondrian y Vasili Kandinski.

Arquitectura

Oscar Niemeyer: Centro aeronáutico, *en São José dos Campos (Brasil).*



Aquella nueva clase de muerte y aquellas heridas eran diferentes. Más aterradoras aún. Todavía más.



Bajo estas líneas, ruinas del Palacio de la Exposición, que recuerda la explosión de la primera bomba atómica sobre una ciudad habitada (Hiroshima, 6 de agosto de 1945, 8.15 horas de la mañana) que quedó destruida en un 90 por 100, pereciendo 80.000 personas y quedando con secuelas incurables otras tantas. A la izquierda, las víctimas corren sin rumbo, intentando escapar a su triste destino, producto de la inteligencia humana aplicada a la destrucción

HIROSHIMA: EL NOMBRE DE LA TRAGEDIA EN LA CARRERA ATOMICA

A [illegible] todas [illegible] investigaciones [illegible] suposiciones, pre[illegible] los cientí-[illegible] la bomba sobre Hi-[illegible]

[illegible] posteriormente a la investigación [illegible] desarrollo de armas atómicas cada vez más perfeccionadas de-[illegible] que el caso de Hiroshima no fue su[illegible]

Desde 1940 varios equipos de científicos habían comenzado la fabricación de la bomba atómica en territorio norteamericano. Muchos de ellos, como Albert Einstein, Niels Bohr o Enrico Fermi eran emigrantes europeos obligados por las circunstancias a abandonar sus respectivos países. El llamado proyecto Manhattan *en el que se invirtieron 2.000 millones de dólares, culminó a mediados de 1945 con la primera bomba lanzada el 16 de julio en Alamogordo, desierto del Estado de Nuevo México, un lugar que se sigue utilizando para las pruebas nucleares. Abajo, a la izquierda, el físico Niels Bohr (1885-1962) cuya descripción en 1913 de la «teoría del átomo» fue fundamental para descubrimientos posteriores. Aunque de nacionalidad danesa, se trasladó a los Estados Unidos tras la ocupación nazi de su país y colaboró en la construcción de la bomba. A la derecha, Robert Julius Oppenheimer (1904-1967), físico estadounidense formado en Harvard, Cambridge y Gotinga (Alemania) que dirigió de 1943 a 1947 el centro donde se construyeron las primeras bombas atómicas.*

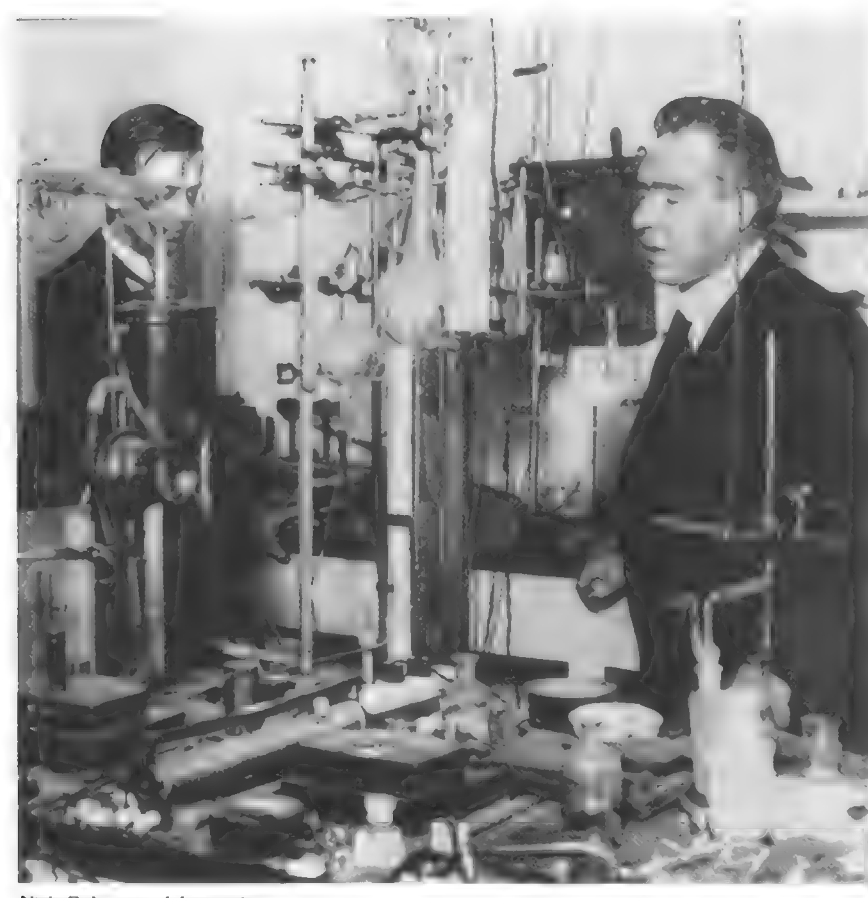
Físicos a la búsqueda de un isótopo del uranio

Desde que en 1919 el físico británico Ernest Rutherford logró desintegrar un átomo empleando para ello las partículas de radio para bombardear átomos de nitrógeno, un horizonte nuevo y lleno de incógnitas se abría ante los investigadores de la Física atómica. Ese horizonte era el de la energía producida por la desintegración del átomo. En 1938, el químico alemán Otto Hahn, llevó a cabo un experimento que tendría carácter decisivo: el bombardeo del uranio mediante neutrones. El uranio, metal pesado, se desintegraba dando lugar a dos sustancias distintas: el bario y el cripton. Posteriormente, el físico italiano Enrico Fermi confirmaría las inmensas posibilidades energéticas que producía la «fisión» del núcleo de uranio, la cual podía, gracias a los neutrones liberados, desintegrar otros núcleos de uranio, y así sucesivamente. En experimento de laboratorio se había conseguido la «reacción en cadena», prevista teóricamente por Joliot y Szilard. La liberación de energía que tal reacción podía desprender, encerraba unas posibilidades explosivas inmensamente superiores a todo lo conocido hasta entonces.

La sensación, entre los físicos dedicados a la investigación del átomo, fue extraordinaria. En Copenhague, una antigua colaboradora de Otto Hahn, la física Lise Meitner, que había tenido que emigrar de Alemania por su condición de judía, estableció, en colaboración con Frisch, el desarrollo teorético de la «fisión» nuclear. Desde aquel momento, las más adelantadas facultades de Física, desde la Universidad de Columbia hasta el College de France pasando por Cambridge y por Berkeley, se dedicaron febrilmente a la experimentación. Los resultados obtenidos confirmaron el estar ante una fuente de energía de una potencia inaudita.

Era el año 1939 y en el mes de septiembre estallaba la Segunda Guerra Mundial. La idea de poder fabricar un arma nueva, basada en la fisión del átomo, se vio empujada por las circunstancias aunque eran todavía muchas las incógnitas a despejar en cuanto a las consecuencias de una reacción en cadena, y en ellas se ocultaban los inmensos problemas tecnológicos que planteaba la instalación de una planta industrial capaz de desarrollar el complicadísimo proceso de fabricación. Una fabricación que tenía que partir de un determinado isótopo del uranio —el 235— que era el apto para la fisión.

En Estados Unidos, Enrico Fermi, exiliado por incompatibilidad con el régimen fascista, junto con Leo Szilard y Paul Wigner estaban en



Niels Bohr en su laboratorio.



Robert Oppenheimer.

vanguardia en la investigación nuclear. En Gran Bretaña, el profesor Chadwick, junto con Peierls y Frisch, trabajaban paralelamente y descubrían las posibilidades del plutonio, mientras en Francia el profesor Allier aclaraba el papel decelerador de neutrones del «agua pesada», una mezcla de oxígeno y el isótopo pesado del hidrógeno, material cuya única fuente productiva estaba en Noruega.

Como síntesis de todos estos trabajos y, fundamentalmente, por los de Peierls y Frisch, se demostró que la masa crítica de uranio necesaria para producir la reacción en cadena y capaz de autoalimentarse, no era cuestión de toneladas ni de quintales, sino de kilos.

Para Alemania, la huida de los físicos judíos y centroeuropeos como Meitner, Frisch, Szilard y Teller, todos ellos afectados por la persecución racial, había sido un serio quebranto para el progreso de las investigaciones. No obstante, los que quedaban, como Lenard y Stark, proseguían los trabajos aunque la escasez de minerales de uranio hacía difícil el progreso. En abril de 1940 se produjo el ataque alemán a los países nórdicos. Dinamarca y Noruega fueron invadidas y ocupadas. A los físicos americanos y a los de los países europeos refugiados en Gran Bretaña y en Estados Unidos, no escapó la gravedad de que la ocupación alemana de Noruega ponía en sus manos la más importante instalación de agua pesada que había en el mundo: la de la Norsk-Hydro situada en Hardengervidda.

Hacia el proyecto «Manhattan»

La dificilísima situación creada en 1940 cuando Gran Bretaña quedó sola frente a la Alemania nazi, dueña de casi todo el continente europeo, hizo que Churchill instara al presidente Roosevelt a una colaboración en los trabajos de investigación atómica. La urgencia del *premier* británico, venía dada por el temor a que Alemania pudiera adelantarse en la preparación de un explosivo atómico que fuera decisivo para el desenlace de la guerra. América, neutral todavía, no prestó excesiva atención a los requerimientos de Churchill. Sin embargo, en el otoño de 1940 uno de los investigadores ingleses más destacados, sir Henry Tizard, viajó a Estados Unidos para informar y prestar toda la ayuda posible a los físicos americanos, a fin de aunar esfuerzos en la mítica aspiración de fabricar un ingenio nuclear. A principios de 1941, Szilard, físico húngaro instalado en Norteamérica, requirió a Albert Einstein, también refugiado en Estados Unidos, para que poniendo todo el peso de su prestigio de sabio, llama-

En la fotografía, el físico italiano Enrico Fermi (1901-1954) trabajando en su rudimentario laboratorio romano. Premio Nobel de Física en 1938, un año más tarde emigró a Estados Unidos, donde sus experimentaciones sobre «la reacción en cadena» que produce la desintegración del átomo, fueron fundamentales para la construcción de la primera bomba, en cuya creación participó activamente. Estas primeras armas atómicas de 12 kilotones cada una (la potencia explosiva de un kilotón es igual a la de 1.000 toneladas de trinitrotolueno TNT) parecen ahora rudimentarias —a pesar de su gran capacidad destructiva— si se las compara con las cabezas nucleares que equipan los modernos misiles atómicos. Se calcula que, en conjunto, el mundo tiene hoy un arsenal de 50.000 cabezas nucleares con una potencia destructiva 1.600.000 veces superior a la «bombita» de Hiroshima.



Enrico Fermi.

Arriba, a la izquierda, el presidente de Estados Unidos, Harry Truman, que ordenó el lanzamiento de las bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, el 6 y el 9 de agosto de 1945, respectivamente. A la derecha, una hermana gemela de las bombas arrojadas sobre Japón. Abajo, el característico y mortífero «hongo atómico» se recorta sobre el cielo de Hiroshima poco después que el artillero Thomas Farebes y el piloto Paul Tibbets, a bordo del superbombardero norteamericano B-29 bautizado con el nombre de Enola Gay *lanzaran su mortífera carga sobre la ciudad japonesa.*



Harry S. Truman.



Modelo de bomba nuclear.



El hongo atómico cubrió Hiroshima.

ra la atención al gobierno americano acerca del peligro que amenazaba a Occidente si los alemanes llegaban a fabricar la bomba. Entre dudas y reticencias, el tiempo fue pasando hasta que el 7 de diciembre se produjo el ataque japonés a Pearl Harbour. Estados Unidos se veía sumido en una conflagración a escala mundial que iba a requerir la puesta en juego de todos sus inmensos recursos. En agosto de 1942 se llegó a un acuerdo para asociar los trabajos entre los gobiernos británico y norteamericano con objeto de comunicarse toda su información, estableciendo una colaboración estrecha. Fue así cómo nació el proyecto *Manhattan* cuyo fin último era la fabricación de la primera bomba atómica de la historia.

En el verano de 1942, las investigaciones habían llegado a la conclusión de que existían cinco caminos para fabricar un explosivo nuclear. El ejército americano recibió el encargo de dar prioridad absoluta al proyecto, recabando cuantos recursos fueran precisos, reclutando al personal necesario, coordinando los trabajos y controlando que toda la magna y complicadísima operación se llevara en el más alto secreto. En el otoño de 1942, el general Leslie Groves, nombrado responsable máximo del *Manhattan,* designó al físico Robert J. Oppenheimer coordinador general. Oppenheimer era un hombre de 38 años, brillante investigador cuya capacidad técnica, dotes de mando y de coordinación y poder de captación hacían de él la persona idónea para dirigir en lo técnico y aunar en lo humano la ingente suma de esfuer-

1945

Hiroshima: el nombre de la tragedia en la carrera atómica


Hiroshima tras el lanzamiento de la bomba atómica.

Tras la explosión de la bomba de Hiroshima se vio una inmensa bola de fuego —la temperatura subió en un segundo a 3.000 grados centígrados— y el suelo tembló como si fuera un terremoto, levantándose vientos que tiraban como hojas de papel edificios enteros. El 90 por 100 de las viviendas de la ciudad quedaron destruidas y en los dos primeros minutos más de 20.000 personas fueron totalmente desintegradas. Otras 60.000 tuvieron peor suerte, por encontrarse más lejos del centro de la explosión, y sufrieron lesiones irreparables (ceguera, quemaduras totales) que las llevaron a la muerte en horas, días o semanas, en medio de fuertes dolores.

zos que iba a requerir el gigantesco proyecto. El trabajo pudo ser comenzado con rapidez, gracias a que el científico belga Saenger había dado instrucciones en 1940 para que del Congo Belga —principal poseedor de minas de uranio— fuera enviada secretamente a Nueva York una gran cantidad de mineral rico en uranio. Alrededor de 1.140 toneladas de mineral fueron embarcadas en el puerto de Lobito en dos mil cilindros de acero. La materia prima estaba disponible.

Trabajándose sobre hipótesis, puesto que nadie había aislado uranio 235 a escala industrial, se ensayaron los cinco procedimientos. La movilización fue total. En el proyecto *Manhattan* se puso a trabajar un ejército de científicos, de técnicos, de militares; directa o indirectamente, más de cien mil personas, una gran mayoría ignorando la finalidad real de su trabajo, participaron en la grandiosa empresa. Cientos de millones de dólares se invirtieron en un esfuerzo tecnológico que abarcó: un laboratorio en Los Alamos, en Nuevo México, en el que los científicos debían descubrir, en el mayor aislamiento y lejos de cualquier centro habitado, cuál era el método idóneo para dejar el uranio en condiciones de producir la reacción en cadena; un grandioso laboratorio instalado en la Universidad de Columbia, dirigido por el físico Urey; otro laboratorio en la Universidad de California dirigido por el profesor Lawrence; y en Oak Ridge, en una zona desértica del Estado de Tennessee, se construyó una enorme planta industrial apta para desarrollar en gran escala el


Ruinas de Nagasaki.



No sólo dolían las heridas, también aquel terrible pánico que no podrían olvidar

Como siempre, la población civil es la que más sufre los efectos devastadores de la guerra moderna. Los heridos por la explosión atómica de Hiroshima padecieron o grandes quemaduras o la aparición de pecas en la piel (en realidad centenares de pequeñas hemorragias internas) que les producían un estado de angustia, en medio de diarreas, vómitos y hemorragias intestinales. Los supervivientes se hacinaron como pudieron entre las ruinas de los edificios, convertidos en rudimentarios e improvisados hospitales. De los 298 médicos que tenía la ciudad, 270 murieron en la explosión. Ante la magnitud de la catástrofe, hasta los más belicistas de los militares nipones optaron por la rendición.

método que superara las pruebas de laboratorio. En Chicago, Fermi y Szilard trabajaban en la construcción de la primera pila atómica, mientras en Hanford, en el Estado de Washington, se disponían las instalaciones necesarias para producir plutonio, otro metal apto para la desintegración aunque fuera por un método distinto: el de la «implosión».

Primera bomba y primera advertencia

Era muy difícil que aquella dispersión de laboratorios, de plantas semiindustriales e industriales, no traicionara el secreto exigido, pero los más severos controles y una estrechísima vigilancia evitaron cualquier filtración. En Los Alamos y junto a la planta atómica, se construyó una ciudad para los científicos y sus familiares.

Los trabajos se emprendieron a un ritmo «contra reloj». Los servicios de inteligencia multiplicaron sus esfuerzos para estar al corriente de los avances que llevaban a cabo los alemanes en el terreno de la investigación nuclear. Informes fidedignos dieron cuenta de que en Noruega la producción de agua pesada controlada por los alemanes había pasado de los 500 kilos a los 5.000 kilos anuales. Desde aquel momento, la factoría de la Norsk-Hydro se convirtió en objetivo preferente. En combinación con los elementos de la resistencia noruega, se preparó una operación de sabotaje que tuvo lugar en enero de 1943. En ella intervinieron comandos aerotransportados que sabotearon la planta de electrólisis, causando daños que perturbaron grandemente la producción.

El 7 de noviembre de 1942, Fermi llevó a cabo el experimento decisivo que puso de relieve la viabilidad de la esperada reacción en cadena. Desde aquel momento, el *staff* que coordinaba los trabajos estimó en un año el plazo necesario para tener lista la primera bomba atómica. Pero, pese al empeño puesto y a los colosales medios de que se disponía, se entró en el año 1944 con los trabajos muy avanzados y con el proceso de obtención completamente resuelto. La bomba, sin embargo, aún no estaba lista.

En aquella fecha, Alemania estaba en plena retirada en el frente ruso y ya se luchaba en las fronteras de Polonia. Su retaguardia se hallaba sometida al implacable bombardeo de la aviación aliada que, día y noche, no cesaba de martillear las instalaciones industriales y las ciudades. Circunstancias tales hacían imposible el ultimar y poner a punto un proceso tan sofisticado y exigente en materiales y alta tecnología como era la fabricación de un explosivo atómico.

Ante la nueva situación bélica, el premio Nobel de Física danés Niels Bohr —que había podido huir de la ocupación de su país y refugiarse en Estados Unidos— dirigió un memorándum al presidente Roosevelt previniéndole de «la terrible perspectiva de una competencia futura entre las naciones por un arma tan formidable como la bomba atómica». Era la primera voz de un científico que se alzaba contra el peligro atómico, considerando que el temor a que el enemigo pudiera disponer de la bomba que había inspirado el proyecto *Manhattan* había desaparecido. La bomba atómica ya no estaba justificada y su existencia vaticinaba los peores augurios para el futuro. La voz de alarma del científico danés no llegó a tiempo de parar el infernal mecanismo. La posesión de la terrorífica arma era objetivo —a los ojos de los políticos— en el que se había invertido demasiado dinero y demasiadas energías. Al llegarse a los comienzos del año 1945, Alemania, atacada por el este y por el oeste, estaba irremediablemente perdida. La marcha de las operaciones contra el Japón estaba cerrando el

cerco en torno a las islas del Sol Naciente. Einstein y Szilard, los mismos que tres años antes instaran a Roosevelt a fabricar un ingenio nuclear, compartiendo el punto de vista de Bohr, se dirigieron también al presidente de Estados Unidos aconsejándole no se hiciera uso de la bomba, so pena de contemplar en el futuro una demencial carrera de armamentos atómicos que pudieran llegar a poner en peligro a la humanidad. Su llamada tampoco fue escuchada. Los preparativos para experimentar la bomba se siguieron ultimando febrilmente.

Del fulgor de la prueba al infierno

En julio de 1945, todo estaba a punto para la primera prueba. Se había previsto como escenario el polígono de tiro de Alamogordo, una extensa faja desértica a 320 kilómetros de Los Alamos. Allí fue transportada la primera carga nuclear, recubierta mediante un envoltorio metálico que le daba la apariencia de una bomba convencional. La bomba fue colocada en una torre, adosándosele después las cargas explosivas necesarias para su estallido. En un punto de observación, a cubierto, se situaron los físicos que más destacado papel habían tenido en el complicado proceso: Oppenheimer, Fermi, Chadwick, Lawrence, Frisch, Bethe... Poco después de las cinco de la mañana del día 16 de julio, se inició la cuenta atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero... Y se produjo la explosión. Una luz blanca, deslumbrante, iluminó el desierto, las montañas en la lejanía... Oppenheimer en aquel histórico y temible momento, recordó unos fragmentos del *Mahabarata* que decían: «Si la luz de mil soles estallase en el cielo al mismo tiempo, sería como este glorioso resplandor...»

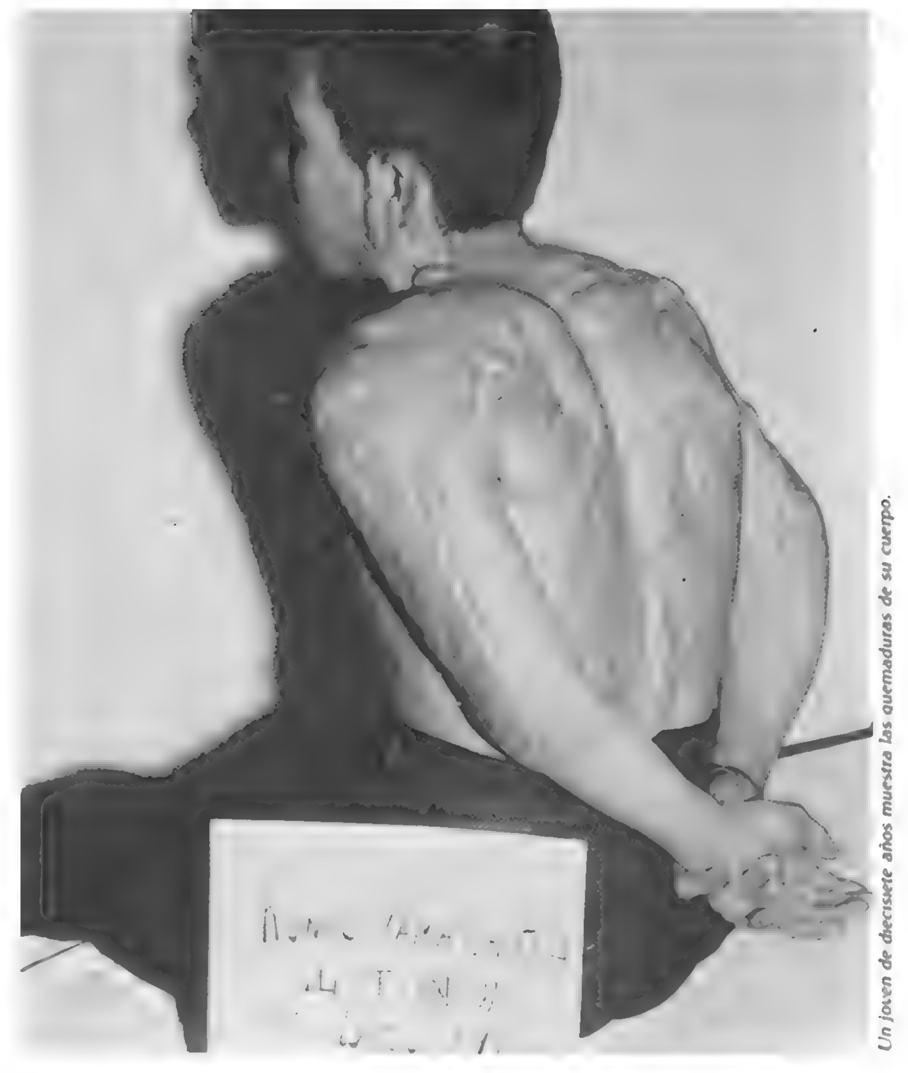
Por su parte, Frisch rememoró el sobrecogedor momento de esta manera: «De improviso y sin surgir sonido alguno, las colinas quedaron inundadas de luz como si alguien hubiera encendido el sol con un interruptor...».

Una esfera roja, refulgente, se había elevado hasta el cielo, unida al suelo por una tenue estela gris.

Se acababa de entrar en la era atómica. La bomba probada en Alamogordo tenía una potencia equivalente a 20.000 toneladas de trilita.

Todo quedó dispuesto para probar sobre una comunidad habitada los espantosos efectos —explosivos, lumínicos, calóricos y radiactivos— producidos por una bomba nuclear. La operación recibió el nombre en clave de *Bandeja de Plata,* y sería efectuada por una «superfortaleza volante». El día 5 de agosto, el presidente Truman, que había accedido al cargo de primer mandatario de Estados Unidos a la muerte de Roosevelt y sobre el que recaía, en exclusiva, la responsabilidad de desencadenar el ataque, dio luz verde a la operación. El azar climatológico designó a la ciudad de Hiroshima como víctima del primer holocausto nuclear.

El día 6 de agosto, una enorme bola de fuego arrasó la ciudad japonesa. Más de cien mil personas perdieron la vida quemados, volatilizados o irradiados. El mundo entero se conmovió ante la noticia, ante una barbarie cuya justificación oficial se apoyó en el argumento de que «la nueva arma aceleraba el fin de la guerra, con el ahorro de sangre americana que ello iba a reportar». Tres días más tarde, otro bombardero dejaba caer una nueva bomba sobre Nagasaki. Al día siguiente, el Japón se rindió incondicionalmente a los aliados. La Segunda Guerra Mundial había terminado, pero en el mundo se iba a producir la más directa competición en torno a la posesión del arma atómica, porque si el Japón había sido la víctima destinada a experimentar en carne propia los horro-



Un joven de diecisiete años muestra las quemaduras de su cuerpo.

La explicación que los EE. UU. dieron sobre la utilización de la bomba era que había sido lanzada para evitar más muertes en la conquista convencional del territorio nipón. Los historiadores opinan que el miedo al avance del Ejército Rojo soviético hacia Oriente, una vez liquidado el frente europeo, y las concesiones que pediría Rusia en ese caso, hicieron que Norteamérica quisiera acabar la guerra cuanto antes, por cualquier medio. Oppenheimer, director del equipo científico que construyó las bombas, y padre teórico también de las posteriores bombas de hidrógeno (bombas H, aún más potentes) se convirtió posteriormente en un fervoroso pacifista y como tal fue acusado de «comunista» en la época de «la caza de brujas» y «la guerra fría». En la fotografía, un joven de diecisiete años muestra las quemaduras producidas en su cuerpo por la bomba atómica de Hiroshima.

Orquesta formada por supervivientes de la bomba de Hiroshima.

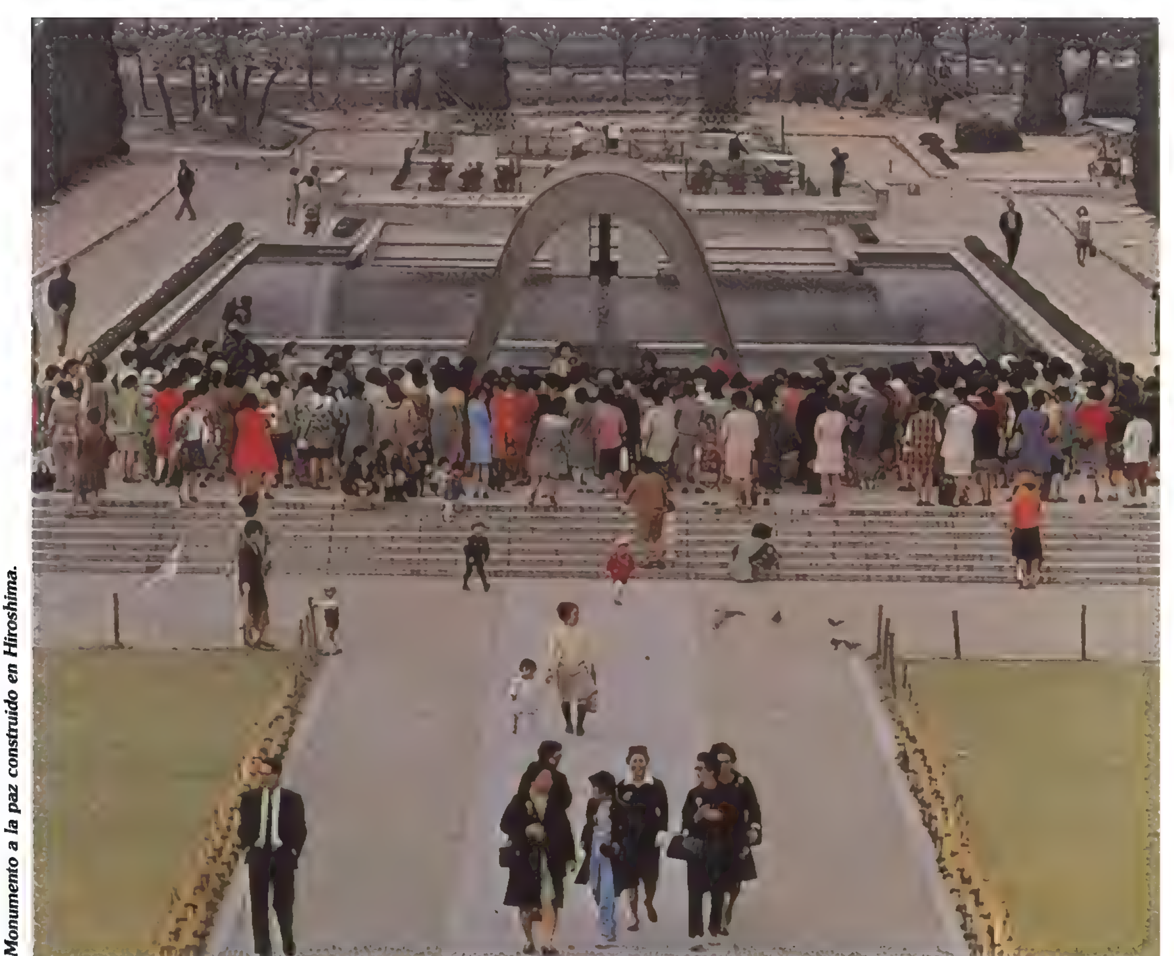


El Museo intenta mantener vivo el recuerdo de la tragedia.

res de la guerra nuclear, a los ojos de muchos observadores aparecía claro que ante la configuración del mundo de la posguerra y el ascenso de la Unión Soviética al rango de superpotencia, la horrible demostración de Hiroshima y Nagasaki tenía como finalidad intimidar a Stalin, que en Yalta y Postdam había mostrado asazmente que sus fines de guerra y su concepción del mundo, llegada la paz, entraban en abierto antagonismo con las ideas de sus ocasionales aliados de la contienda que finalizó en el año 1945.

En la inmediata posguerra, Estados Unidos pretendió mantener el monopolio de la bomba atómica negándose a toda cooperación angloamericana, pese a las solicitudes hechas por el primer ministro inglés Attlee, que había sucedido a Churchill en el cargo como consecuencia de la derrota electoral de los conservadores. De esta forma, Gran Bretaña hubo de iniciar su propio programa nuclear, como más tarde lo hizo Francia. Y quedaba la Unión Soviética, convencida de que el mundo de la posguerra se perfilaba formado por dos bloques antagónicos, el de los países capitalistas y el de las democracias populares, idea que forzó a acelerar las investigaciones que condujeran a la fabricación, lo más rápidamente posible, de un arma nuclear que le permitiera mantener su paridad

Hiroshima: el nombre de la tragedia en la carrera atómica



Monumento a la paz construido en Hiroshima.

En la página anterior, arriba, una orquesta de ancianos, antiguos supervivientes del bombardeo atómico de Hiroshima y desde entonces luchadores infatigables por la paz entre todos los pueblos del mundo. Abajo, uno de los cuadros expuestos en el museo dedicado a las víctimas de la primera bomba atómica usada con fines bélicos. En esta página, ruinas y monumento a la paz, construido en Hiroshima, en las cercanías de donde cayó la bomba. El 20 de noviembre de 1983 más de 100 millones de ciudadanos estadounidenses vieron por televisión, a través de la cadena ABC, la película El día después, *filme de ficción que «imagina» lo que pasaría al día siguiente de producirse una guerra nuclear a escala mundial entre las dos superpotencias que se dividen el planeta en zonas de influencia. Las imágenes conmovieron a un público que se estremeció ante la magnitud del supuesto desastre. Según los cálculos medios, en caso de un conflicto nuclear generalizado fallecerían inmediatamente 800 millones de personas, otros 15 millones padecerían enfermedades incurables de tipo cancerígeno, 40 millones quedarían estériles y 20 millones de niños nacerían con deformaciones genéticas graves. Alarma saber que, desde 1950, EE. UU. puso su arsenal atómico en estado de alerta en 20 ocasiones. La moraleja es que quizá haya que «luchar por la paz el día antes» para que nunca haya «un día después».*

militar con sus ex aliados occidentales. El recelo mutuo, los problemas sucitados por la división de Alemania y la conflictiva situación del Berlín ocupado ayudaron a crear el clima de *guerra fría* que constituía el mayor estímulo para la Unión Soviética, en lo que al incremento de fomento de la investigación atómica se refiere.

Caldo de cultivo para espías

Una teoría muy extendida entre los científicos americanos era la de creer que los rusos tardarían decenios en dominar las técnicas necesarias para llevar a buen fin un proceso tan complicado como el de fabricar una bomba de uranio. Pero la suposición era errónea por cuanto la URSS contaba con científicos propios de muy alto nivel como Kourchatov, Frenkel, Brodski, y a ellos se unirían los alemanes capturados que, de buen o mal grado se vieron obligados a cooperar en las investigaciones rusas. Y quedaba la gran baza soviética: los miembros de los partidos comunistas occidentales o, simplemente, los simpatizantes de la izquierda, imbuidos de un idealismo que les hacía considerar injusta la inferioridad atómica de los soviéticos. Muchas de estas gentes, comunistas o criptocomunistas, estaban en puestos clave en los países occidentales desde los que podían tener acceso a documentos secretos que transmitir a los agentes del espionaje ruso camuflados en las embajadas.

Por uno u otro medio, la carrera atómica estaba lanzada. Si en 1945 tan sólo Estados Unidos poseía la bomba, veinte años después eran cinco naciones las que, cada una por su cuenta, habían conseguido utilizar energía nuclear con fines militares.

Fue un período de la historia del mundo en el que, para muchos, las ideas estaban por encima de las nacionalidades en un mundo dividido en dos bandos. Y así, en esta etapa se darán casos de americanos, ingleses, franceses, alemanes y gentes de otras nacionalidades que serán, ante todo, comunistas, que se sentirán súbditos de la Unión Soviética, que considerarán a su patria de adopción en peligro ante la superioridad de Estados Unidos. Muchos de estos hombres romperán los lazos de patria, familia y amigos, poseídos por la creencia de que estaban ayudando al país que durante la guerra mayor precio en vidas y en devastaciones había pagado por la victoria final. Y el mundo salido de la guerra no podía aceptar la hegemonía de uno solo.

J. ROBERT OPPENHEIMER (Nueva York, EE. UU., 1904-Princeton, Nueva Jersey, 1967)

Hijo de emigrados alemanes dedicados a la importación de tejidos, hizo brillantes estudios. Graduado en Harvard en 1925, amplió conocimientos en Inglaterra, bajo la dirección de lord Rutherford en la Universidad de Cambridge, destacando ya por entonces por sus trabajos sobre la estructura del átomo. Invitado por Max Born, pasó a la Universidad de Gotinga, donde conoció a físicos de la talla de Niels Bohr y Paul Dirac y donde se doctoró en 1927. De regreso a EE. UU. fue profesor de Física en la Universidad de Berkeley, California, y en el Instituto Tecnológico de California. Su prestigio y conocimiento sobre Física hicieron que el gobierno norteamericano le pusiera al frente del proyecto *Manhattan* que dio a Estados Unidos el arma nuclear, cuya primera explosión experimental tuvo lugar en Los Alamos, Santa Fe, Nuevo México, el 16 de julio de 1945. En octubre de ese mismo año, Oppenheimer abandonó el proyecto, pasando a la Universidad de Princeton. Se opuso por todos los medios a su alcance al desarrollo de la llamada «bomba de hidrógeno», lo que le valió un proceso, acusado de comunista y poco menos que de espía, en 1953, en pleno apogeo de la *guerra fría*, basándose en su pasado de antifascista militante desde la Guerra Civil española y en sus relaciones con círculos izquierdistas. Marginado durante una década, fue de alguna manera rehabilitado en 1963 por el presidente Johnson, al presentarle al premio Fermi de la Comisión de Energía Atómica. Fue un ejemplo preclaro de científico consciente de que los usos militares de la ciencia llevan a la especie humana por el camino de su propio exterminio.



Un grupo de soldados estadounidenses siguen un curso de guerra radiactiva en el desierto de Nevada, en octubre de 1951, en el que asistieron a auténticas explosiones atómicas como la que recoge la fotografía.

Y, sin embargo, los experimentos e investigaciones siguen adelante sin otra meta que la destrucción

1945

Hiroshima: el nombre de la tragedia en la carrera atómica

Este, entre un gran número, sería el caso de Klaus Fuchs, físico alemán huido a Gran Bretaña al subir Hitler al poder y que, después de un internamiento en Canadá, entró entre 1943 y 1946 a trabajar en Los Alamos para, en 1949, ser nombrado director del centro de investigación atómica de Cherwell, el más importante de los situados en las islas británicas. Durante todo este tiempo estuvo suministrando información a Rusia, información del más alto interés, dados sus cargos. En 1950 fue descubierto, juzgado y condenado a catorce años de prisión, de los que cumplió sólo nueve. En 1959, al ser puesto en libertad marchó a la República Democrática Alemana, donde se hizo cargo del Instituto para la Investigación Nuclear en Dresde. Y fue, asimismo, el caso de Bruno Pontecorvo, italiano de origen judío y principal ayudante de Enrico Fermi, quien, después de trabajar en procesos experimentales del más completo secreto, huyó en 1950 a la Unión Soviética, donde se convertiría en hombre decisivo para que el país del comunismo fabricara su primera bomba de hidrógeno, lo que valió a Pontecorvo el ser distinguido con el premio Lenin. Y fue también el caso de Nun May, de Alger Hiss, de los Rosenberg, condenados a la silla eléctrica por espías. Y el de Burgess y Mac Lean, diplomáticos británicos que protagonizaron, junto con el famoso espía Philby, el más clamoroso caso de filtración de información hacia la URSS, país al que finalmente huyeron, tras incidencias dignas de la mejor novela de espionaje. Mac Lean estuvo destinado en la embajada británica en Washington, nada menos que en el centro mismo donde se desarrollaba el programa angloamericano de energía atómica.

El día 24 de septiembre de 1949, el mundo occidental se conmovió ante una noticia que retumbó en todas las cancillerías de la Alianza Atlántica: Rusia había hecho explosionar su primera bomba atómica. La carrera que había tenido como vencedor absoluto a Estados Unidos veía alzarse a un competidor del otro mundo antagónico. La carrera no podría ya detenerse. Y unos y otros se dispusieron a estudiar la segunda fase de la investigación que posibilitara la fabricación de la bomba H o de hidrógeno. De la fase nuclear se pasaría a la termonuclear. La simple perspectiva de un estallido del nuevo ingenio reducía la importancia de la bomba de uranio lanzada sobre Hiroshima al rango de bagatela.

La potencia destructiva del nuevo artefacto, la evidencia de estar poniendo en peligro la misma existencia de la humanidad, planteó los más agudos casos de conciencia entre los sabios que fueron convocados en Estados Unidos para participar en el proyecto. Y si unos mostraron su resistencia a intervenir en tan peligroso proyecto, no faltaron los que se aprovecharon de las negativas para elevarse a un nivel al que aspiraban y que los otros les cerraban.

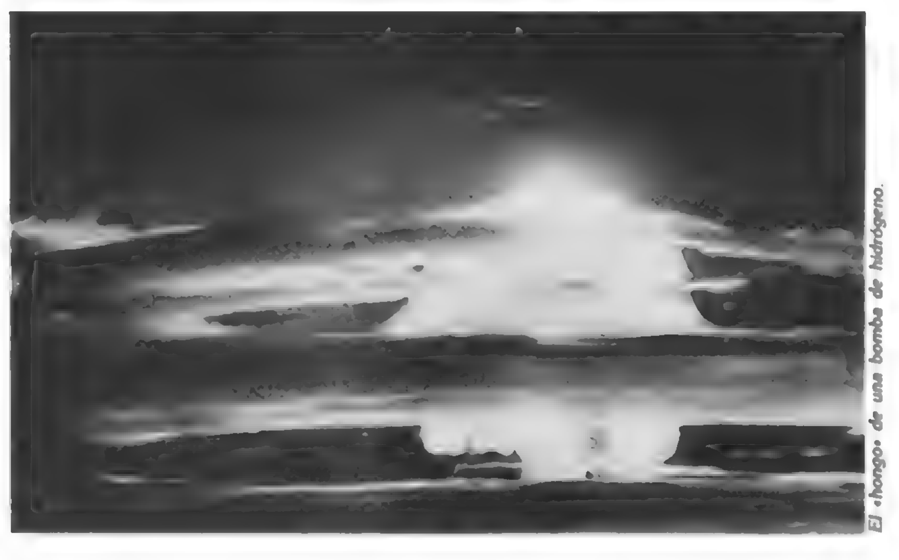
Se había abierto el gran debate sobre la responsabilidad del científico ante la magnitud destructiva de sus descubrimientos. Unos descubrimientos que, como en el caso del aprendiz de brujo, ponían en peligro a sus propios creadores, como parte de una humanidad más amenazada que nunca por la inmensa peligrosidad de sus descubrimientos y la irracionalidad de sus reacciones.

R. A.



Un recuerdo de la desolación causada por la primera bomba atómica.

La decisión del presidente norteamericano Harry S. Truman (1884-1972), elegido como vicepresidente y sustituto de F. D. Roosevelt tras la muerte de éste, el 12 de abril de 1945, de arrojar bombas atómicas sobre dos ciudades japonesas fue una de esas medidas que cambian el curso de la historia. La destrucción de Hiroshima (en la fotografía) y Nagasaki en agosto de 1945 ha pasado a engrosar la larga lista de desastres del siglo XX.



El «hongo» de una bomba de hidrógeno.

Pocos años después del lanzamiento de la primera bomba atómica sobre una ciudad habitada, los científicos inventaban una nueva arma, todavía con más potencia destructiva: la bomba de hidrógeno o «bomba H». Esta consta de una bomba atómica rodeada de elementos ligeros (hidrógeno, deuterio, litio, tritio) que se desintegran por una reacción en cadena de fusión provocada por las altas temperaturas que produce la explosión de la primera (basada a su vez en la fisión nuclear) y acrecientan enormemente sus efectos destructivos.



Sede central de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York.

1945

LA ONU, TRIBUNA AL SERVICIO DE LA PAZ MUNDIAL

ANTE los avances científicos y tecnológicos del siglo XX, que han convertido al mundo en «una gran aldea» donde las noticias viajan en un minuto —vía satélite— de un lado a otro del planeta y donde millones de personas pueden ser borradas del mapa con sólo apretar un botón atómico, se impone la consolidación de un nuevo derecho y un nuevo orden internacional que sirva para debatir los problemas y buscar, por encima de los egoísmos particulares y estatales, soluciones pacíficas a los conflictos. La ONU, a la que muchos acusan —no sin una cierta razón— de que «no sirve para nada», fue y es un eslabón importante de la cadena de progreso humano que mantiene el equilibrio y la «paz general» (manchada por numerosos conflictos bélicos locales) desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Su fin último es, en palabras del presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt, uno de sus impulsores, «salvar a la humanidad del azote de la guerra».

Antecedentes de la ONU

A pesar de los que acusan a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) de no servir para nada, la verdad es que no podría entenderse la fisonomía actual de nuestro mundo sin la labor ejercida desde 1945 por la organización internacional y sus múltiples filiales regionales y sectoriales. Casi cien nuevas naciones soberanas han alcanzado la independencia de sus antiguas metrópolis, gracias al proceso de descolonización alentado por la ONU. Y con los problemas que todos conocen (tensión entre los bloques, «guerra fría», racismo, luchas sociales y religiosas, carrera de armamentos, restos de colonialismo, etc.), la paz general ha podido mantenerse y el holocausto atómico no ha pasado de ser una amenaza.

De los 51 estados que el 26 de junio de 1945 firmaron en la ciudad norteamericana de San Francisco la Carta de las Naciones Unidas se había pasado en 1982 a 157, resultando mucho más fácil decir los países que no son miembros de la ONU (ni tienen solicitada su adhesión) que los que lo son. Hoy puede afirmarse que, a excepción de Andorra, las dos Coreas, Kiribati, Liechtenstein, Mónaco, Nauru, San Marino, Suiza (defensora a ultranza de su independencia y neutralidad internacional), Taiwán (la China nacionalista fue expulsada en 1971 para dejar su sitio a la República Popular China, que representa a más de una cuarta parte de la humanidad), Tonga, Tuvalu y Estado Vaticano, el resto de las naciones debate sus asuntos en el seno de la ONU. La ONU tiene su antecedente más claro en la Sociedad de Naciones, organización internacional fundada en 1919, tras la Primera Gran Guerra, para promover la cooperación y lograr la paz y la seguridad entre las naciones. Con sede en Ginebra (Suiza), la organización nació ya coja, puesto que los Estados Unidos no quisieron participar en ella y no se dotó de mecanismos eficaces sino sólo de autoridad moral.

Durante la Segunda Guerra Mundial, «los aliados» (EE. UU. y Gran Bretaña, primero; unidos a la Unión Soviética y Francia, después) establecieron numerosos contactos entre ellos y, poco antes de la victoria, acabaron dividiéndose el mundo en zonas de influencia —que con altos y bajos se han mantenido hasta hoy— en la conferencia de Yalta (febrero de 1945). En esta conferencia también se dio el visto bueno al plan de convocar una reunión internacional en San Francisco (EE. UU.), a partir de abril del mismo año, con el fin de mantener la paz y reorganizar los mecanismos de diálogo internacionales de la posguerra.

Crisis económica permanente, paro, hambre, miseria. Miles de muertos al día por una violencia soterrada. Enfrente, los muertos de la violencia al descubierto: guerras, rebeliones, terrorismo, represión. Los derechos humanos, un papel mojado para millones de personas que ni siquiera consiguen el número de calorías suficientes para sobrevivir y llegar a mañana. Sobre ello, una desigual e injusta relación de intercambio del comercio internacional que hace a los ricos cada vez más ricos y a los pobres cada vez más pobres. El porcentaje que los primeros destinan a ayudar a los segundos es ridículo si se le compara con el excedente dedicado a la fabricación y almacenaje de armamentos (cada vez más y más sofisticados) en una carrera loca hacia delante que ya ha reunido energía más que suficiente para destruir varias veces todo el planeta Tierra. Y en medio de todo este caos, producto de la inteligencia humana, el todavía incipiente Derecho Internacional que intenta ordenar la historia de la humanidad hacia la construcción de un orden nuevo, más justo, y evitar a toda costa la destrucción, quizá de la propia especie, y la violencia. La ONU intenta cumplir responsablemente, su papel moderador y mantener a toda costa el diálogo frente a la guerra. Pero muchas veces su voz no es escuchada y «clama inútilmente en el desierto».



Reunión de la Sociedad de Naciones en su sede de Ginebra (Suiza), en 1920.

Cada vez que una guerra termina y los pueblos —vencidos y vencedores— han sentido en su propia carne los efectos destructivos de las armas, se hacen buenos propósitos para «que sea la última» y evitar que un nuevo conflicto eche por tierra los logros y el vivir tranquilo —«la alegría de vivir»— de la paz. Después de la Primera Guerra Mundial (1914-1919) en la que ya los muertos se contaron por millones (unos nueve, aproximadamente), se organizó en Ginebra (Suiza) la Sociedad de Naciones, antecesora de la ONU, que no fue capaz de evitar el estallido de la Segunda Guerra Mundial, en la que murieron, de 1939 a 1945, unos 50 millones de personas. ¿Seremos capaces de evitar una Tercera Guerra Mundial? La ONU lo intenta día a día.

Los planes de trabajo se basaban en la llamada Carta Atlántica firmada en agosto de 1941 entre Gran Bretaña y Estados Unidos, en la Declaración de las Naciones Unidas ratificada en Washington en 1942 entre las dos naciones mencionadas y la Unión Soviética, y en la llamada Declaración de Moscú, firmada en 1943 en la capital de la URSS entre las tres anteriores y China, «los cuatro aliados». En el otoño de 1944, con Francia agregada a «los cuatro» (que pasaron a ser «los cinco» que aún conservan el polémico «derecho de veto» en el Consejo de Seguridad de la ONU), se celebró en Estados Unidos la llamada Reunión de Dumbarton-Oaks de donde salió el plan de creación de la ONU aprobado en febrero de 1945 en Yalta.

Paz y solidaridad internacional

Convocadas las naciones enemigas del Eje (Berlín-Roma-Tokio) en San Francisco, la redacción de la Carta de las Naciones Unidas comenzó en abril y acabó firmándose el 26 de junio de 1945 por 51 estados que se comprometieron a ponerla en vigor el 24 de octubre del mismo año. La Carta de la ONU, que se mantiene casi intacta hasta hoy (salvo pequeñas modificaciones hechas en 1963 y 1971), resume así en inglés, francés, español, ruso y chino, en su preámbulo, sus fines y principios fundamentales:

«Nosotros, pueblos de las Naciones Unidas, estamos decididos a preservar a las generaciones futuras del azote de la guerra que dos veces en el espacio de una generación ha infligido a la Humanidad sufrimientos indescriptibles.»

«Proclamamos de nuevo nuestra fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad de la persona, en la igualdad de derechos para todos los hombres y mujeres, y en la igualdad de derechos de las naciones, tanto grandes como pequeñas (...).»

«Para lograr estos fines nos comprometemos a practicar la tolerancia y a vivir en paz unos con otros dentro de un espíritu de buena vecindad. A unir nuestras fuerzas para mantener la



Firma de la Carta de las Naciones Unidas en San Francisco.

paz y la seguridad internacionales. A aceptar principios y métodos que garanticen la no utilización de la fuerza de las armas salvo para defender el interés común (...).»

Estructura organizativa de la ONU

Para lograr estos fines y organizar el diálogo entre pueblos tan dispares, la ONU cuenta con más de 20.000 empleados repartidos entre sus diferentes sedes y filiales. La sede central se asienta en un edificio moderno de 39 pisos, sito en Turtle Bay, Nueva York. Diplomáticos, administrativos, técnicos y auxiliares de todas las razas, ideologías y creencias tienen allí su punto de contacto. Actualmente todos los documentos oficiales generales se redactan en inglés, francés, español, ruso, chino y muchos de ellos también en árabe. Toda una Babel, pero muy ordenada, que se estructura en los siguientes órganos:

1) *Asamblea General.* Es el órgano plenario, respresentativo y deliberante de todos los estados miembros, cuyas delegaciones pueden tener hasta un máximo de cinco personas. En la Asamblea todos los estados son iguales e independientes y tienen un solo voto. En este órgano (dominado como es lógico por las naciones del Tercer Mundo, nacidas tras el proceso descolonizador) el voto de China (más de 1.000 millones de habitantes) vale lo mismo que el de microestados con poblaciones inferiores a 100.000 personas. La Asamblea General se reúne al menos una vez al año, acepta las nuevas adhesiones o decide las expulsiones de los miembros. Sus decisiones, expresadas por medio de *resoluciones*, se toman por mayoría simple (la mitad más uno) para los temas de menor importancia y por mayoría de dos tercios para los asuntos clasificados como de importancia.

2) *Consejo de Seguridad.* Si la Asamblea General puede considerarse como el órgano deliberante de la ONU, el Consejo de Seguridad es su órgano ejecutivo, el que lleva a la práctica las decisiones. Compuesto en un principio de 11 miembros (ampliados a 15 en

Tras la derrota nazi, los ya 56 estados miembros de la ONU, se reunieron en París en 1948 y tras largos debates aprobaron, el 10 de diciembre de dicho año, los 30 artículos de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, un texto que todavía no se ha logrado aplicar realmente en la mayor parte del mundo. Basado en las antiguas declaraciones de derechos de los ciudadanos norteamericanos (1776) y franceses (1789), el nuevo texto —a nivel universal— proclama en su artículo primero: «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros». En su preámbulo, la Declaración recuerda que «el menosprecio de los derechos humanos ha originado actos de barbarie ultrajantes para la conciencia de la Humanidad».

La compleja estructura administrativa de la ONU, necesaria para hacer frente a los múltiples problemas del mundo actual, se financia por medio de las cuotas de los países miembros, de acuerdo a unos baremos que tienen en cuenta su población y su nivel de desarrollo

1965), 5 tienen el privilegio de ser permanentes (Estados Unidos, Unión Soviética, China, Gran Bretaña y Francia, llamados «los cinco grandes») de ejercer además el polémico «derecho de veto», es decir, que si alguno de ellos vota en contra (aunque quede en minoría) la resolución no se ejecuta. Este es uno de los puntos que invalida en la práctica buena parte del trabajo de la ONU y crea esa sensación de supuesta «inutilidad» de la organización ante los intereses de las grandes potencias y sus amigos.

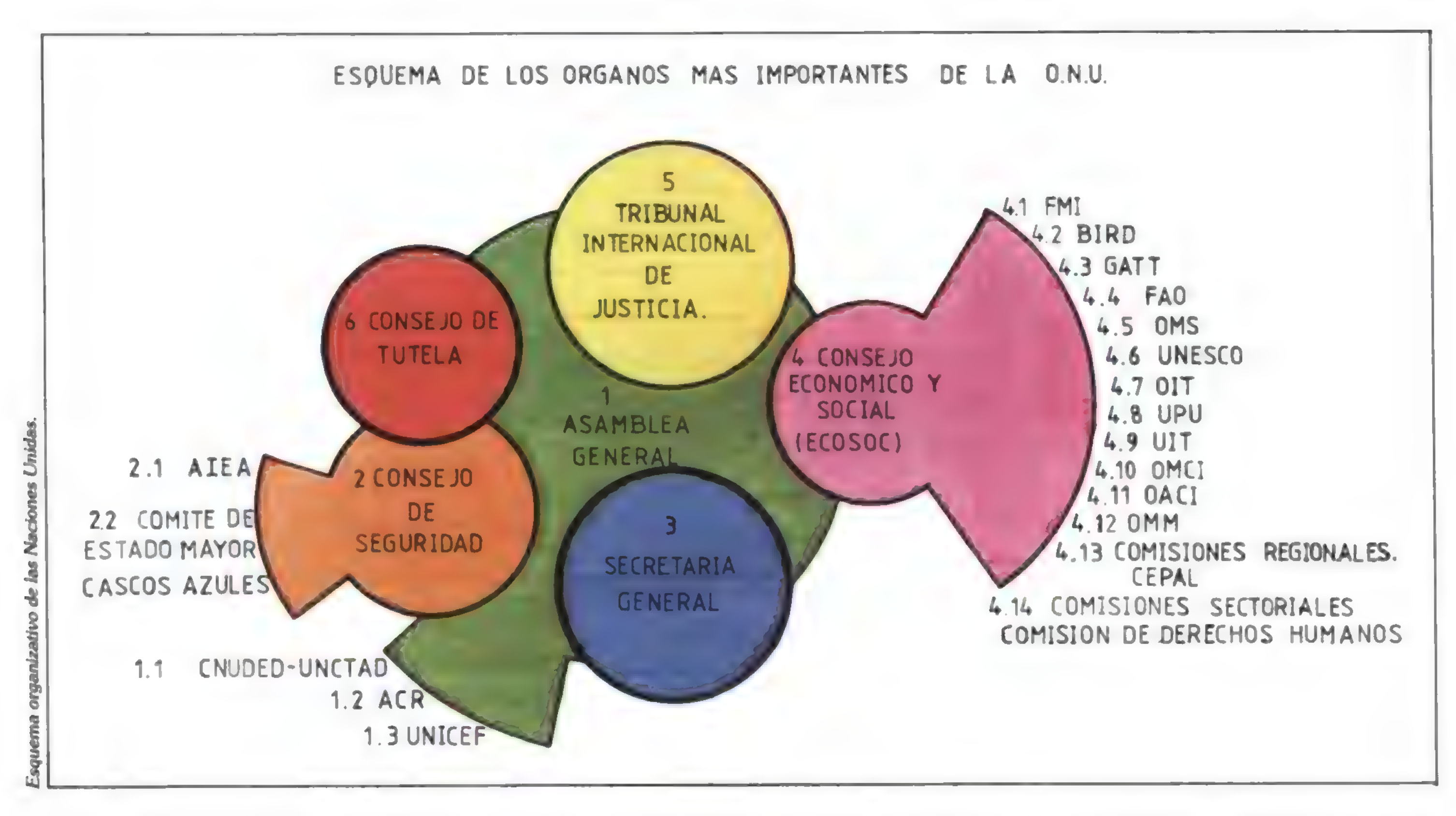
Los diez miembros restantes del Consejo de Seguridad son elegidos por la Asamblea para un período de dos años, respetando la siguiente proporción geográfica: 5 países afroasiáticos, 2 de América Latina, 2 de Europa Occidental y 1 de Europa Oriental. España, tras su ingreso en la ONU en 1955, fue miembro del Consejo de Seguridad durante 1980 y 1981.

3) *Secretaría.* Jurídicamente puede ser considerada como la cabeza u órgano principal de la ONU, dividida entre la Secretaría propiamente dicha y el secretario general. Este, elegido por la Asamblea para un período de cinco años, a propuesta del Consejo de Seguridad, es el representante personal, el jefe ejecutivo y administrativo de la organización. El secretario presenta un informe anual a la Asamblea y reúne al Consejo de Seguridad. Para el cargo suelen designarse diplomáticos y juristas con experiencia y neutralidad probadas. Hasta ahora, este alto cargo ha sido ocupado por las siguientes personalidades: Trygve Lie, de Noruega (1946-1952); Dag Hammarskjold, de Suecia (1953-1960); U Thant, de Birmania (1961-1971); Kurt Waldheim, de Austria (1972-1981), y desde el 1 de enero de 1982, el peruano Javier Pérez de Cuéllar, el primer diplomático de habla hispana en tan alto sitial internacional.

4) *Consejo Económico y Social, ECOSOC.* Compuesto de 27 miembros desde 1966 (antes eran 18), elegidos escalonadamente, 9 cada año para un mandato de 3 años, por la Asamblea General, es un órgano complejo, dividido en numerosas agencias especializadas, regionales o funcionales que actúan autónomamente.

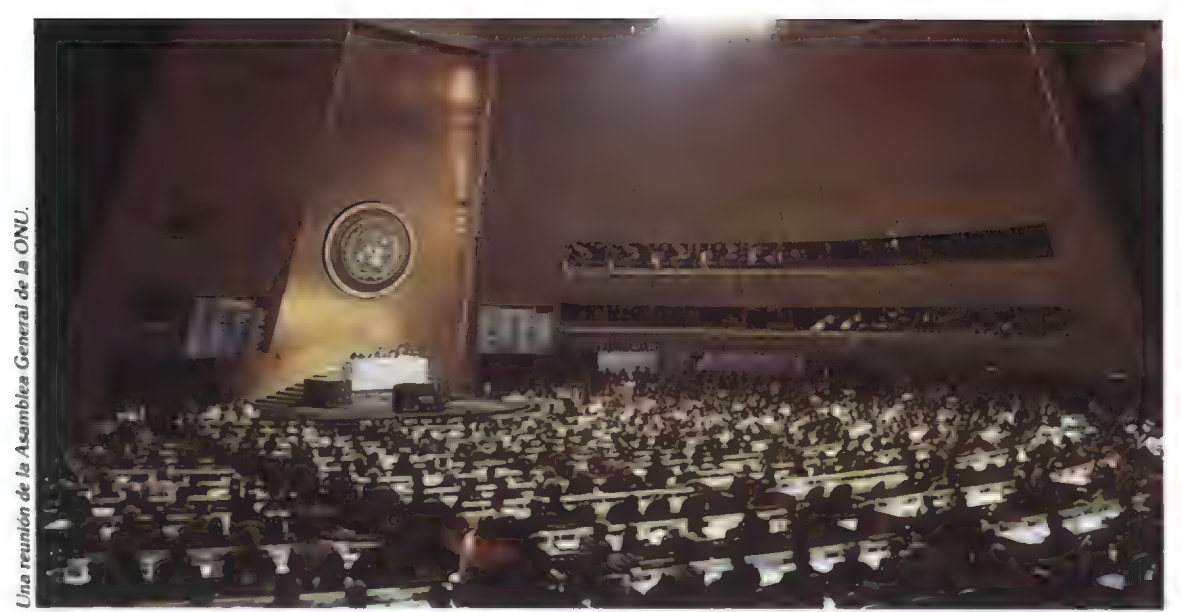
Entre éstas merecen destacarse por su importancia:

4.1) *FMI, Fondo Monetario Internacional.* Estrechamente ligado al BIRD (Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo o Banco Mundial), ambos son los mecanismos impulsores y de control de las políticas económicas de los países llamados occidentales o de «economía de mercado». Creados a partir de las reuniones de Bretton Woods (EE. UU.) en 1944, donde se trazaron las grandes líneas de reconstrucción económica de Keynes que dieron origen a las sociedades «de consumo de masas», ambos órganos se rigen por un Consejo de Gobernadores en el que cada Estado miembro tiene un voto y otros tantos por cada 100.000 dólares que aporte. A excepción de



Esquema organizativo de las Naciones Unidas.

En la página siguiente, abajo, dos «cascos azules» o soldados internacionales del cuerpo de paz de la ONU, utilizados en reiteradas ocasiones para velar por el cumplimiento de treguas y tratados de paz, interponiéndose entre los dos bandos contendientes para evitar choques armados. La fuerza moral de las «resoluciones, recomendaciones y advertencias» de la ONU carece casi siempre de la fuerza ejecutiva real que obligue a los estados miembros a cumplirlas.



Una reunión de la Asamblea General de la ONU.

Junto a estas líneas, una sesión de la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, celebrada en su sede neoyorquina. En esta magna asamblea internacional están representados todos los estados miembros de la ONU.

Yugoslavia, ningún país socialista o de «economía planificada» es miembro de estas organizaciones a las que acusan de estar al servicio «del capitalismo internacional» y estrechamente controladas por Estados Unidos.

4.2) *BIRD, Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo.* Más conocido como Banco Mundial (véase Fondo Monetario Internacional FMI, 4.1), concede préstamos a los países que lo solicitan bajo ciertas condiciones.

4.3) *GATT. Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio General (Agreement on Tariffs and Trade).* Organismo sucesor de la OCI (Organización de Comercio Internacional) y también estrechamente ligado al FMI y al BIRD, tiene su sede en Ginebra (Suiza) y persigue el máximo desarrollo del comercio internacional por encima de las barreras aduaneras. Según el Acuerdo General suscrito por sus miembros que se han asociado entre sí para la «cláusula de la nación más favorecida», es decir, las condiciones más ventajosas que haya firmado con cualquier otro del grupo. Los países socialistas participan desigualmente en la organización y han surgido conflictos entre los miembros que se han asociado entre ellos para crear zonas de libre cambio (EFTA, CEE, Pacto Andino, etc.). Los países del Tercer Mundo le acusan de favorecer a los ricos y perpetuar su subdesarrollo.

4.4) *FAO, Organización para la Alimentación y la Agricultura (Food and Agriculture Organization of the United Nations).* Se esfuerza en incrementar la producción agrícola, ganadera y pesquera para erradicar el hambre del mundo, a la par que canaliza la ayuda alimentaria del llamado Primer y Segundo Mundo desarrollado (países capitalistas y países socialistas, respectivamente) al cada vez más pobre Tercer Mundo. Tiene su sede en Roma y, pese



Dos miembros de los «cascos azules», tropas del cuerpo de paz dependiente de la ONU.

a sus esfuerzos, el hambre cada vez afecta a más personas. En su dramático informe de 1983 la FAO recordaba que diariamente mueren de hambre 100.000 personas (la mayoría niños) y que más de 1.000 millones de seres humanos están mal alimentados.

4.5. *OMS, Organización Mundial de la Salud.* Con sede en Ginebra (Suiza) funciona por medio de seis suborganizaciones regionales que intentan mejorar el nivel sanitario de la humanidad.

4.6. *UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization.)* Busca la paz a través de la elevación cultural de la humanidad. Tiene su sede en París y como órganos: la Conferencia General, que se reúne cada dos años y elige a los 34 miembros del Consejo Ejecutivo, y la Secretaría, presidida por el director general. Ultimamente los países del Tercer Mundo han intentado romper el monopolio informativo que sobre sus áreas ejercen las grandes agencias internacionales (americanas sobre todo) y Estados Unidos ha amenazado con retirarse de la organización, alegando que se pretende vulnerar la libertad de información y expresión.

Impresiona a cualquiera, por poco sensible que sea a los problemas del prójimo, el dato de que más de 100.000 personas mueren diariamente de hambre en nuestro mundo supertecnificado. De esos muertos sin rostro, la mayoría son niños de los países del Tercer Mundo, de las naciones subdesarrolladas de Africa, Asia y América, «olvidadas», o quizá «víctimas» del derroche, la opulencia o el armamentismo de los otros dos mundos dialécticamente enfrentados: el Oeste y el Este.



La labor de los organismos de la ONU se extiende a todo el mundo.

4.7. *OIT, Organización Internacional del Trabajo.* Nacida en 1919 como mandato expreso del Tratado de Versalles que puso fin a la Primera Guerra Mundial, tiene su sede en Ginebra y pretende mejorar las condiciones laborales, profesionales, sanitarias y sindicales de los trabajadores. Tradicionalmente, la organización ha denunciado las violaciones de derechos que los regímenes dictatoriales imponen por la fuerza a sus clases trabajadoras. Cada país tiene ante la OIT una delegación compuesta por dos representantes del gobierno, uno de los trabajadores y otro de los empresarios, elegidos democráticamente. Cada año se celebra una Conferencia que elije a 24 miembros del Consejo de Gobierno. Su secretaría recibe el nombre de Oficina Internacional del Trabajo y está presidida por un director general.

4.8. *UPU, Unión Postal Universal.*

4.9. *UIT, Unión Internacional de Telecomunicaciones.*

4.10. *OMCI, Organización Intergubernamental consultiva de la Navegación Marítima.*

4.11. *OACI, Organización de Aviación Civil Internacional.*

4.12. *OMM, Organización Meteorológica Mundial.*

4.13. Entre otras muchas organizaciones económicas regionales del Consejo Económico Social merece destacarse la *CEPAL* o *Comisión Económica para América Latina,* que desde su creación, en 1948, tiene su sede en Santiago de Chile y con sus estudios y recomendaciones ha mejorado, al menos informativamente, la situación económica de un gran continente, pleno de recursos, pero sometido a una ruinosa «relación de intercambio» y de dependencia económica de los mercados internacionales que controla EE. UU., «el gran vecino del Norte».

4.14. Entre las comisiones sectoriales del ECOSOC debe destacarse por su importancia jurídica y de principios la *Comisión de Derechos Humanos,* que auxiliada por numerosas organizaciones privadas humanitarias, denuncia y atiende las reclamaciones de ciudadanos que han visto violados los derechos que los estados miembros de la ONU aceptaron reconocer el 10 de diciembre de 1948, al firmar la Declaración Internacional de los Derechos Humanos, uno de los textos más avanzados del todavía incipiente Derecho Público Internacional del siglo XX.

5. *Tribunal Internacional de Justicia.* Es otro de los órganos fundamentales de las Naciones Unidas, creado por la Carta que fundó la organización en 1945. Conocido también como Tribunal de La Haya, por la ciudad holandesa en que radica su sede, es el único organismo jurisdiccional de la ONU. Teóricamente sus veredictos debían zanjar los litigios entre los estados, pero su soberanía —como la de la propia ONU y la de todo el actual derecho internacional— es limitada y está supeditada a la aceptación de las naciones implicadas.

6. *Consejo de Tutela o de Fideicomisos.* Otro importante organismo de la ONU, al que el tiempo y el proceso descolonizador han ido vaciando de contenido real. Su misión es controlar y supervisar la administración de territorios todavía no preparados para su autogobierno y puestos bajo la tutela de otras naciones. Está compuesto por los miembros permanentes del Consejo de Seguridad que no estén implicados directamente en ninguna tutela y otros elegidos por la Asamblea, de forma que el número total quede equilibrado en dos mitades: un 50 por 100 de estados que tutelan algún territorio y otro 50 por 100 de estados no implicados. Actualmente, sólo quedan pequeñas islas del Pacífico bajo tutela norteamericana y Sudáfrica que —«en rebeldía» y contra la ONU— ocupa y administra la antigua colonia alemana de Namibia, en el sudoeste de Africa.

Dependiendo jurídicamente de la Asamblea General de la ONU existen varios organismos, entre los que destacan:

1.1. *CNUCED-UNCTAD, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.* Convocada en 1962 por los países del Tercer Mundo para agruparse y defender sus intereses frente a lo que consideraban agresiones económicas del FMI-BIRD-GATT, a quienes acusaban de velar solamente por los intereses de los países desarrollados de Occidente, ensanchando cada vez más la fosa que separa a los países ricos de los pobres, lleva celebra-

«Dale un pedazo de pan a un hombre y comerá un día. Enséñale a cultivar la tierra y comerá toda su vida.» Esta vieja y simple máxima inspira la mayor parte del trabajo de la FAO (Food and Agriculture Organization-Organización para la Alimentación y la Agricultura), fundada en Canadá en 1945 y con sede en Roma. Financiada en su mayor parte con fondos de las Naciones Unidas, la FAO se preocupa de mejorar la nutrición introduciendo formas modernas de cultivo y mejorando el comercio y la ayuda internacional de productos alimenticios.



Madres de Bangladesh trabajan en un campo de maíz sembrado por uno de los programas educativos agrícolas de la FAO.



Todos los pueblos, incluso los privados de territorio o Estado, pueden hacerse oír en la ONU, como Yasir Arafat, líder del pueblo palestino

Entre 1945 y 1960 el llamado «proceso descolonizador» emprendido por la ONU y supervisado por el «Comité especial para la realización de la declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales» (designado coloquialmente como «Comité de los 24») dio la independencia política a 580 millones de personas, habitantes de las antiguas colonias de los estados europeos. Desde 1960, más de 40 nuevos estados han accedido a la independencia. Otros pueblos han perdido su territorio, como el palestino, arrebatado por Israel con la fuerza de las armas y en contra de las resoluciones de la ONU.

das seis reuniones (la última fue en Belgrado, Yugoslavia, en 1983), sin haber logrado «la unidad de todos los pobres», ni «forzado a la solidaridad a los ricos». Las conferencias norte-sur (ricos-pobres) que derivaron de ellas no han conseguido tampoco ningún resultado, y el sistema económico internacional nacido en 1944 sigue incólume y en manos del llamado «oasis de los 24 países ricos», «un oasis en medio del desierto de la inmensa pobreza de los demás, un oasis que será engullido por el desierto», como vaticinó amenazadoramente un representante africano en la VI UNCTAD.

1.2. *ACR, Alto Comisariado para los Refugiados.* Según el censo de la ONU de 1978 existen en el mundo más de 13 millones de refugiados, gentes que por motivos bélicos o políticos han tenido que abandonar su tierra y no han encontrado un nuevo hogar de acogida. Los dramas de Vietnam, Camboya, Laos, Líbano, Palestina, Angola, Mozambique, Zaire, Rhodesia-Zimbabue, Guinea y otros han condenado a millones de personas a la indigencia. Sin olvidar a los exiliados políticos, que, como los lationamericanos que huyen de las dictaduras, constituyen unas de las lacras de nuestro siglo, fruto de la violencia y la intolerancia.

1.3. *UNICEF, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.* Intenta paliar las miserias que los niños de los países pobres sufren doblemente, por ser uno de los sectores más indefensos y vulnerables de la escalofriante geografía de la pobreza. Tiene su sede en Nueva York y recibe ayuda de la ONU y de personas de buena voluntad de todo el mundo.

Dependientes del Consejo de Seguridad de la ONU, deben citarse, al menos, los siguientes organismos:

2.1. *AIEA, Agencia Internacional de la Energía Atómica.*

2.2. *Comité de Estado Mayor.*

Mirando hacia el futuro

Carrera de armamentos. Amenaza de guerra atómica generalizada. Estructura económica internacional que separa cada vez más a los países ricos de los países pobres. Derroche y miseria. Violencia que engendra violencia. Todo un panorama que haría las delicias de un catastrofista y que el secretario general de la ONU, el peruano Javier Pérez de Cuéllar, definió así en 1982: «El gran peligro es la tendencia a la anarquía internacional hacia la que se desliza el mundo». Un desorden producto de un viejo orden que se manifiesta insuficiente para hacer frente a los nuevos retos del mundo moderno. Intereses que se oponen a cualquier tipo de cambios. Y en medio del caos ideológico de un mundo tecnificado la voz de la ONU y de sus organismos clamando en el desierto. Hablando de paz, de derechos humanos, de contaminación, de navegación marítima, de guerra espacial y de hambre, de mucha hambre.

Los intereses egoístas de «los grandes» imponiéndose por la fuerza en fechas tan recientes como octubre de 1983 (invasión de la isla caribeña de Granada por Estados Unidos) o diciembre de 1979 (envío masivo de tropas soviéticas a Afganistán para apoyar a los comunistas afganos en el poder). Detrás de cada prueba de *Fuerza,* el fracaso de la *Razón* y el *Derecho* internacional que defiende la ONU. Fracasos que se remontan a la guerra de Corea de 1950 (aún inacabada); conflictos India-Pakistán de 1947, 1953 y 1957; intervenciones



La ONU, tribuna al servicio de la paz mundial

El papa Juan Pablo II se dirige a la Asamblea General de la ONU desde la tribuna

Una voz que siempre es escuchada con respeto en todos los foros internacionales por la fuerza moral que representa es la del papa, cabeza de la Iglesia católica. Religión mayoritaria, junto a las demás ramas y sectas del cristianismo en los países desarrollados y en América, su influencia es más reducida en los países del Tercer Mundo de Asia y Africa, donde la religión mayoritaria es con mucho el Islam, que puede ser una de las grandes fuerzas revolucionarias de transformación del mundo en lo que queda de siglo. El Islam engloba actualmente a más de 1.000 millones de creyentes, frente a los, aproximadamente 900 millones de cristianos (52 por 100 católicos, 26 por 100 protestantes, 20 por 100 ortodoxos y 2 por 100 de sectas diversas) que hay en el mundo.

norteamericanas en Guatemala (1954), Cuba (1961), Panamá (1964), República Dominicana (1965) y Vietnam (1964-1972); crisis del canal de Suez (1956-57), y del Congo (1960); guerras árabe-israelíes (1947, 1956, 1967, 1973) e invasión hebrea del Líbano (1982). Todos estos hechos de fuerza y otros similares han configurado el inquietante panorama internacional del siglo XX.

«Las soluciones hay que buscarlas entre todos porque los tres mundos están unidos en una misma suerte», dijo Pérez de Cuéllar tras ser nombrado cabeza de la ONU. Frente a los que acusan a la organización de no ser efectiva de ser sólo «un teatro, un foro de discusión», Kurt Waldheim, secretario general de la ONU de 1972 a 1982, declaraba que «ser un foro de discusión donde los países soberanos debaten sus problemas es ya ser mucho, eso ya es muy importante». Una tribuna abierta donde puede hablar Reagan o Fidel Castro y donde también puede escucharse la voz del papa y la de los países hambrientos. Una voz que llegará a ser una. Se plasmará en Derecho. Y será fuerte. La humanidad debe escoger entre el Derecho Internacional o la guerra y la barbarie.

J. R. A.

Bigliografía básica

Las Naciones Unidas y sus organismos especializados. Ediciones de la UNESCO. París.

ITURRIAGA, J. A.: *Participación de la ONU en el proceso de descolonización*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Madrid, 1967.

MUNIESA, B. y ESPINET, F.: *La Organización de las Naciones Unidas*. Madrid, 1977.

POU, V.: *Las organizaciones internacionales*, Salvat. Barcelona, 1973.





1945

Roberto Rossellini (sentado a la izquierda) durante el rodaje de El general de la Rovere.

ROSSELLINI Y EL NEORREALISMO

EN 1945, inmediatamente después de la guerra, todo estaba destruido en Italia. En el cine como en los demás campos. Casi todos los productores habían desaparecido. Se hacían aún, aquí y allá, algunos intentos, pero con ambiciones extremadamente limitadas. En aquel momento gozábamos de una libertad inmensa, ya que la falta de una industria organizada favorecía los proyectos menos habituales. Cualquier iniciativa parecía aceptable. Aquella situación nos permitió acometer empresas de carácter experimental; por otra parte, pronto nos dimos cuenta de que las nuevas películas, a pesar de su aspecto de experimentos, adquirían importancia, tanto en el plano cultural como en el del comercio. En tales condiciones empecé a rodar Roma, ciudad abierta», *explicaba el director italiano Roberto Rossellini diez años más tarde.*

José Oliver nos habla, en su artículo, sobre este nuevo cine italiano.

Descubrimiento de un estilo

A la izquierda, Ingrid Bergman (1915-1982) en una escena de *Stromboli, tierra de Dios*, rodada por Rossellini (1906-1977) en 1949, fecha en la que el director italiano comenzó a vivir públicamente con la actriz sueca. Esta, tras ver una proyección de *Roma, ciudad abierta* telegrafió a Rossellini ofreciéndose como artista y abandonando a su marido y a su hija. El escándalo Bergman-Rossellini, protagonizado por «la chica buena de Hollywood», conmovió al mundo y cerro durante años a la bella y trabajadora actriz sueca las puertas del cine americano. A la derecha, Silvana Mangano, estrella representativa del neorrealismo italiano en la película *Arroz amargo*.

En realidad, Rossellini había empezado a principios de 1944, unos meses antes de la liberación de Roma, el rodaje de un documental sobre un sacerdote de la Resistencia fusilado por los alemanes, por encargo de una anciana dama que aceptó posteriormente la financiación de otro cortometraje sobre la actuación de los niños romanos frente a los ocupantes. La idea de combinar ambos temas dio lugar a un largometraje de ficción basado en hechos reales acontecidos durante la ocupación de Roma por los alemanes. El historiador Georges Sadoul sugiere que «el guión de *Roma, ciudad abierta* fue casi literalmente dictado a Rossellini y a Sergio Amidei por un jefe de la Resistencia, quien les contó día a día los combates secretos que preparaban la Liberación». Pero todo el equipo aportó sus experiencias personales, porque *Roma* fue una película coral tanto en su contenido como por el clima emocional en el que surgió. El propio Rossellini ha dicho: «*Roma, ciudad abierta* es la película del miedo, del miedo de todos, pero sobre todo del mío. También yo tuve que esconderme, también yo huí, también yo tuve amigos que fueron capturados o asesinados».

El rodaje de la película estuvo presidido por la más absoluta provisoriedad: la destrucción de los estudios empujó a rodar en las calles, también destruidas, de la ciudad; la escasez de negativo obligó a utilizar colas de diferente longitud y calidad; la carencia de medios técnicos hizo trabajar al operador casi sin iluminación; la constante falta de dinero impidió el revelado del material impresionado, que no se pudo visionar hasta completarse el rodaje, y exigió la utilización de actores improvisados... La estructura fragmentaria, la desigualdad de tono y la apariencia inacabada de muchas escenas se tradujo en la acogida fría, cuando no abiertamente negativa, que obtuvo la película cuando se presentó en septiembre de 1945 en un pequeño festival italiano y al año siguiente en el de Cannes.

No obstante, el poderoso instinto de Rossellini, su extraordinaria sensibilidad y su innato



Ingrid Bergman en una escena de la película *Stromboli, tierra de Dios*.



Arroz amargo, de Giuseppe de Santis. A la derecha, Silvana Mangano.

1945

Rossellini y el neorrealismo

amor a la verdad habían transformado en virtudes todas estas limitaciones de la película. Mirada de urgencia sobre una historia que se escribe día a día, crónica en riguroso presente sobre la existencia de unos personajes enfrentados a una descarnada y apremiante lucha por la supervivencia, *Roma, ciudad abierta* introduce en el cine un sentido de la inmediatez desconocido hasta entonces. Rossellini prescinde de todo juicio moral sobre los protagonistas, las ideologías quedan abolidas (un comunista y un sacerdote católico luchan juntos contra el opresor alemán) y la película ofrece, con absoluta desnudez, un sobrecogedor testimonio sobre el sufrimiento de una ciudad entera que lucha desesperadamente por su libertad y sobre la dolorosa conquista de la dignidad por parte de sus hombres y mujeres, héroes anónimos de grandeza trágica.

Los valores de *Roma, ciudad abierta* fueron descubiertos cuando la película se estrenó poco después en París y algo más tarde en Nueva York, consiguiendo tan espectaculares como inesperados éxitos de crítica y de público. De la noche a la mañana, Rossellini fue aclamado como un genio y adquirió carta de naturaleza lo que en adelante se llamaría neorrealismo, el movimiento cinematográfico más sólido e influyente de la posguerra. De hecho, *Roma, ciudad abierta,* que es, por el cúmulo de circunstancias que concurren en ella, una película absolutamente clave en la historia del cine, no es en cambio muy significativa del estilo personal de su autor (que hasta el año siguiente no alcanzará su plenitud con *Paisà,* crónica en seis episodios, despojados de toda implicación estética o emocional, sobre la Resistencia a lo largo del país). Por otra parte, el acentuado melodramatismo de la película es un rasgo más propio del cine de la época fascista que de los ideales del neorrealismo, tal como los formularon más tarde sus más conspicuos teóricos. Pero por la fatalidad de las cosas, los nombres de *Roma, ciudad abierta,* Roberto Rossellini y el neorrealismo quedaron indisolublemente ligados en las historias del cine, provocando un enorme malentendido que nunca se acaba de deshacer.

El director Vittorio de Sica (1901-1974) que rodó a lo largo de su vida más de 40 películas, es sin duda el personaje más representativo del neorrealismo italiano junto con el Rossellini de la primera época. Películas como El ladrón de bicicletas *(1948) —una de cuyas escenas aparece bajo estas líneas—,* El limpiabotas *(1946) y* Milagro en Milán *(1950) han quedado escritas con letras de oro en la historia del cine.*




Escena de El ladrón de bicicletas *(1948), de Vittorio de Sica.*

De la ética a la estética

Si debemos hacer caso a su iniciador, «el neorrealismo era sólo una actitud moral: la de mirar objetivamente las cosas y reunir los elementos que las integran, sin tratar de establecer ningún juicio. Porque las cosas, en sí mismas, llevan su propio juicio». Pero esta definición vale sólo para Rossellini y, quizá, para los primeros años de la posguerra, cuando el entusiasmo provocado por la liberación creó esa atmósfera de solidaridad, ese clima de esperanza que se vivió en la Italia de aquel momento. Alberto Lattuada, uno de los cineastas vinculados a los inicios del neorrealismo, decía recientemente: «Nosotros salimos de la guerra y del dominio fascista con la seguridad de que estaba naciendo un mundo nuevo, más justo». Luego ese entusiasmo se desvaneció; empezaron a surgir las dificultades y con ellas el desaliento, que hizo mella en la mayor parte de aquellos cineastas. Pero la sinceridad y el vigor de esas películas, realizadas frecuentemente con medios de fortuna, ha sido la referencia moral a la que, desde entonces, ha vuelto su mirada prácticamente todo el cine italiano de algún mérito.

A posteriori ha querido buscarse toda suerte de precursores al neorrealismo, remontándose incluso al cine mudo. Con mayor insistencia se ha señalado como antecedente *Ossessiones*, realizada por Luchino Visconti en 1942 según la novela de James M. Cain *El cartero siempre llama dos veces.* Rodada en escenarios naturales y plena de sensualidad —lo que le acarreó graves problemas con la censura—, la película se apartaba netamente de las burguesas «comedias de teléfonos blancos» que habían dominado el cine de la época fascista. Pero más rasgos comunes con el neorrealismo pueden encontrarse en las tres películas que Rossellini dirigió bajo el fascismo; aunque sean obras de propaganda, su carácter antiépico y su acercamiento casi documental a la realidad preparan la eclosión de *Roma, ciudad abierta,* cuyo estilo responde tanto a la singular personalidad de su autor como a las imperiosas necesidades que presidieron su creación. Lo cierto es, en cualquier caso, que el neorrealismo como tal sólo podía surgir tras el derrumbamiento del fascismo, con el súbito despertar del pueblo italiano tras la pesadilla de la dictadura y la tortura de la ocupación.

Resulta lógico, pues, que los cineastas, siguiendo el camino abierto por Rossellini, dirigieran su atención primordial a los temas de la Resistencia, que son tratados desde todos los ángulos y en todos los tonos, desde el humor agridulce de *Vivir en paz* (Luigi Zampa, 1946) hasta el sombrío dramatismo de *Sin piedad* (Lattuada, 1947). A partir de 1948, la censura se hace más estricta en lo referente a la Resistencia, que cede paso a otros temas de acuciante actualidad: el paro, el problema de la vivienda, la miseria en las ciudades y el atraso en el campo, así como el acusado desequilibrio entre el Norte y el Sur, denunciado por Carlo Levi en su novela *Cristo se paró en Eboli,* llevada a la pantalla en 1978 por Francesco Rosi.

El éxito de *Roma* y *Paisà* provocó la rápida aparición de imitaciones, que trataban de reproducir deliberadamente algunos de los rasgos que en aquellas películas habían sido fruto de la necesidad y la improvisación. De este modo, la actitud moral de la que hablaba Rossellini se convirtió en actitud estética, cuando no en mera especulación comercial. Por otra parte, la libertad ideológica que había presidido

El periodista y escritor Cesare Zavattini, nacido en 1902, comenzó en 1935 a escribir guiones de cine y se convirtió, casi sin quererlo, en el ideólogo del neorrealismo italiano. Además de los guiones de las tres películas de Sica citadas en el pie de la página anterior, Zavattini escribió para A. Blasetti el del filme Cuatro pasos por las nubes *(1942) y para Luchino Visconti el de* Bellísima *(1950). Creador del luego llamado estilo literario del «realismo fantástico», su obra fue injustamente olvidada, quizá por su amarga crítica social.*



El escritor italiano Cesare Zavattini, guionista de muchas películas del neorrealismo

los primeros momentos del neorrealismo dejó paso a un rígido dogmatismo que propició manipulaciones y no pocas descalificaciones, incluso las de sus máximos creadores.

En cuanto a su formulación teórica, Cesare Zavattini, guionista de numerosas películas, entre ellas las de Vittorio de Sica, fue quien mostró mayor empeño en definir los postulados del neorrealismo, tanto en su aspecto social como estético. Para Zavattini, el cine no podía limitarse a entretener, sino que debía enfrentar al espectador con sus propios problemas para ayudarle a resolverlos; debía abolirse la ficción y el espectáculo y «volverse hacia la realidad de tal manera que fuera ésta la que se convirtiese en espectáculo». El mejor guión, para él, consistiría en «seguir por la calle a un hombre que anda y al que no le pasa nada». La película que más se acercó a este ideal fue *Umberto D* (De Sica, 1952), curiosamente considerada la última película neorrealista, aunque para Zavattini no era más que un punto de partida. La mayor desgracia para los neorrealistas puros fue que el público les volvió la espalda y, con él, los productores. El neorrealismo pretendía mostrar «las cosas tal como son» pero, como diría François Truffaut, el público prefiere las comedias americanas que lo presentan tal como le gustaría ser a las películas realistas que lo muestran como de verdad es.

Pero si ninguna de las grandes películas cumplía íntegramente los preceptos neorrealistas (ni siquiera *Roma, ciudad abierta*, que utilizó en parte decorados reconstruidos y actores profesionales, entre ellos Anna Magnani y Aldo Fabrizzi, más conocidos hasta entonces como estrellas de variedades), sí existió, por lo menos entre 1945 y 1952, un bloque de obras con suficientes rasgos en común para configurar un movimiento. Y todos los cineastas importantes del momento participaron en él. A Visconti se debe fundamentalmente *La terra trema* (1948), basada en una novela de Giovanni Verga, que muestra, con los propios personajes y en sus escenarios reales, la explotación que sufren los pescadores de una pequeña comunidad siciliana, aunque la denuncia social queda un tanto mediatizada por la sofisticación casi operística de su puesta en escena.

Vittorio de Sica es recordado en especial por cuatro películas que analizan, con cierto ternurismo melodramático no desprovisto de sinceridad, problemas de honda resonancia humana en el contexto de la posguerra: *El limpiabotas* (1946), sobre la infancia desamparada; *El ladrón de bicicletas* (1948), sobre el paro; *Milagro en Milán* (1950), violenta sátira contra el capitalismo en forma de fábula —quizá la única del neorrealismo—, y *Umberto D* (1952), amarga crónica sobre la soledad de un viejo jubilado. Giuseppe de Santis, que desarrolló una importante labor crítica en los comienzos del neorrealismo, consiguió un gran éxito con *Arroz amargo* (1949), mezcla de melodrama y documental ambientado en los arrozales del Po, que lanzó al estrellato a Silvana Mangano.



Ingrid Bergman y Roberto Rossellini.

Tras el idilio y la vida en común de Ingrid Bergman y Roberto Rossellini a partir de su «flechazo» de 1949, la pareja se estableció definitivamente en Italia y el estreno de Stromboli, tierra de Dios *coincidió con el nacimiento de Robertino, su primer hijo, al que seguirían las mellizas Isabella e Ingrid. El adulterio público de dos personajes tan famosos hizo que el Vaticano amonestase a Rossellini por su conducta. El telegrama que la Bergman mandó al director italiano dio la vuelta al mundo. Decía así: «He visto sus películas* Roma, ciudad abierta *y* Paisà, *y me gustaron mucho. Si necesita una actriz sueca que habla bien inglés, que no ha olvidado el alemán, que no es muy buena en francés y que de italiano sólo sabe decir* ti amo, *estoy lista para viajar y trabajar contigo. Saludos cordiales. Ingrid».*

La estela del neorrealismo

Poco a poco la inspiración neorrealista se apaga. Los creadores más grandes, como Rossellini y Visconti, dan un giro personal a su obra, aunque esporádicamente vuelvan a los temas neorrealistas: Rossellini, con *Fugitivos en la noche* (1960), profundo análisis histórico sobre la ocupación de Roma, y Visconti, con *Rocco y sus hermanos* (1960), melodrama de fondo social sobre la vida de una familia de



El filósofo, poeta, escritor y director cinematográfico, Pier Paolo Pasolini

emigrantes del sur en Milán. Los autores menos dotados o menos afortunados se hunden en la rutina comercial o quedan reducidos a la inactividad. Antonioni y Fellini (que se habían iniciado dentro del neorrealismo, el primero como autor de varios cortos y el segundo como colaborador de Rossellini) son rechazados por los puristas y la aparición de *La strada* (1954) provoca una violenta reacción de Zavattini, que acusa a Fellini de traidor a los principios del neorrealismo. El propio Rossellini era tachado de «involucionista» a partir ya de *Alemania, año cero* (1947), análisis nada complaciente de los efectos del nazismo en un Berlín en ruinas.

No obstante, la influencia del neorrealismo, como método crítico de acercamiento a la realidad, se hace sentir, por lo menos en algún momento, en la obra de todos los cineastas importantes. El escritor Pier Paolo Pasolini impuso nuevos moldes realistas en sus primeras películas, *Accattone* (1961) y *Mamma Roma* (1962), visión poética de los bajos fondos romanos. Francesco Rosi prolongaba el compromiso político del neorrealismo con su implacable denuncia de la corrupción de la sociedad en *Salvatore Giuliano* (1962) y *Las manos sobre la ciudad* (1963). Los hermanos Taviani, que debutaron con una obra sobre el poder de la mafia, *Hay que quemar a un hombre* (1962), alcanzaron su plenitud creadora en *Padre padrone* (1977), que muestra más bien la influencia del Rossellini posterior al neorrealismo. Lo mismo sucede con Ermanno Olmi, cineasta ligado siempre, por su profundo sentido de la dignidad humana, al neorrealismo, y cuya obra maestra, *El árbol de los zuecos* (1978), gran fresco histórico sobre la vida de los campesinos de Bérgamo, emana directamente de la última etapa rosselliniana.

El humanismo de Rossellini

La influencia de Roberto Rossellini (Roma, 1906-1977) ha sido, sin duda, la más penetrante y duradera en el cine de los últimos 40 años. Y no es la menor paradoja de este creador singular (que rechazaba el calificativo de artista) el hecho de que, ignorado por el público, denigrado por la crítica y huérfano de reconocimientos oficiales, haya sido sin embargo cineasta de los cineastas. «¡No se puede vivir sin Rossellini!», decía Bertolucci en *Antes de la revolución* (1964). «Han pasado de moda las ideologías, en compañía de Rossellini y Brecht», se lamentaba el cuervo de Pasolini en *Pajaritos y pajarracos* (1966). «Abre una brecha por la que el cine entero debe pasar bajo pena

de muerte», escribía Jacques Rivette en su famosa *Carta sobre Rossellini* (1955). Y de él decía el cineasta Jean-Luc Godard: «Ha partido ya de donde los demás llegarán sólo dentro de 20 años, quizá».

Rossellini ha abierto, efectivamente, las cuatro o cinco vías fundamentales del cine moderno. Tras su tan decisivo como breve paso por el neorrealismo, inició una obra más íntima que culmina en sus películas con Ingrid Bergman: *Stromboli* (1949), *Europa 1951* (1952), *Te querré siempre* (1953). Extraña mezcla —inédita hasta entonces— de ficción y documental, de relato autobiográfico y análisis sociológico, de ensayo fílmico y reflexión sobre el mundo contemporáneo, estas películas, las más innovadoras de la década, ejercieron años más tarde una influencia capital sobre un amplio arco de cineastas que va desde los jóvenes de la *nouvelle vague,* con Godard a la cabeza, hasta el Antonioni de *La aventura* (1960).

En medio de una tremenda crisis personal, que se refleja en *La paura* (1954), Rossellini emprende luego un casi desesperado viaje a la India en busca de las fuentes. La súbita revelación de un universo primigenio no sólo dio origen a un documental único, *India* (1958), «bello como la creación del mundo», según la expresión de Godard, sino que marcará el giro decisivo de su carrera, el más trascendente quizá de la historia del cine, porque tras algunas películas históricas que prepararon su futuro camino, Rossellini —decepcionado por la evolución del cine y del arte moderno en general— decide abandonar el cine de ficción y prepara para la televisión lo que él denominaba su «gran operación didáctica».

En su voluntad de ser humanamente útil, Rossellini concibió la realización de una obra histórico-científica que, con la poderosa ayuda de la imagen, ayudara al hombre a reinsertarse en la gran corriente de la historia (de la que parecía haberse extraviado) y le diese conciencia del progreso para poder disfrutar plenamente de él. La espina dorsal de esta obra totalizadora es *La lucha del hombre por la supervivencia* (1967), un programa de 12 horas que Rossellini define como «el intento de reescribir de forma extraordinariamente simple la historia del hombre, desde que aparece sobre la Tierra hasta que desembarca en la Luna, pero no en tanto que historia tradicional, sino como participación humana en problemas absolutamente cotidianos».

Para profundizar en los momentos cardinales de la historia, fueron apareciendo películas individuales cuya reordenación final debía constituir una reconstrucción total del progreso del hombre: *La edad del hierro* (1964), *Sócrates* (1970), *Los hechos de los Apóstoles* (1968), *La edad de los Médicis* (1972), *Pascal* (1972), *Descartes* (1973), *Viva l'Italia* (1961)... Aunque truncada (Rossellini preparaba *Marx* en el momento de su muerte), esta obra gigantesca, que rebasaba ya las 40 horas de proyección, no tenía precedentes ni ha tenido continuación en los medios audiovisuales y es, por su carácter enciclopédico y su esfuerzo de síntesis (que rechaza, no obstante, todo asomo de vulgarización), comparable tan sólo a las *summas* del saber antiguo.

Michelangelo Antonioni se inició en la escuela del neorrealismo italiano con Rossellini y De Santis con obras como Los vencidos *(1952) o* Amor en la ciudad *(1953). Su madurez creativa, muy personal, la alcanza con* El grito *(1958),* La aventura *(1960),* La noche *(1961) y* El desierto rojo *(1964).*



La actriz Monica Vitti junto al director Michelangelo Antonioni.

Por el alcance humanista de su obra, Rossellini es el único cineasta que puede situarse al nivel de Charles Chaplin (de quien era admirador y amigo) y los dos constituyen, sin duda, la mayor aportación del cine a la historia de la cultura. Chaplin, genio y culminación del cine clásico, virtuoso de la perfección creadora, es el artista por excelencia, el igual de Shakespeare y Molière, con cuya obra frecuentemente se ha comparado la suya. Casi en las antípodas de Chaplin por sus concepciones estéticas, pero con idéntica ansia de libertad en su creación, la obra de Rossellini sigue siendo, 40 años después de sus inicios, la más poderosa influencia subterránea del cine actual, y parece destinada a aflorar con la mayor intensidad en el cine del futuro.

J. O.

Pier Paolo Pasolini (1922-1975) es sin duda uno de los creadores más universales del siglo XX. Creyente cristiano hasta la médula, homosexual militante y comunista crítico, sus escritos (poesía, novela, ensayo, crítica artística y política) y sus películas, siempre levantaron polémica entre los círculos bienpensantes incapaces de entender combinaciones culturales que iban desde la mística y la teología a la crítica social y el erotismo. Preocupado y atraído por los mundos marginales que la sociedad crea en los cinturones de miseria urbanos, Pasolini los reflejó en obras como Los golfos *(1955),* Una vida violenta *(1959) y* Mamma Roma *(1962).*

CRONOLOGIA



Laboristas y conservadores celebran juntos la victoria

Política Internacional

Tropas soviéticas liberan las ciudades polacas de Varsovia, Cracovia, Tarnow y Lodz, ocupadas por los alemanes.
Firma de armisticio entre el nuevo gobierno húngaro y los aliados.
Celebración de una conferencia en Yalta entre José Stalin, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill. En ella se determinan las directrices a seguir en Europa una vez derrotado el régimen nazi.
Fuerzas norteamericanas entran en Manila y Luzón (Filipinas).
El I Ejército de los Estados Unidos logra cruzar el Rin y establecer una cabeza de puente para la invasión de Alemania.
Tokio es bombardeada por la aviación norteamericana.
Fundación de la Liga árabe.
Toma de Okinawa por los norteamericanos.
Muere el presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt. Le sucede el vicepresidente Harry S. Truman.
Tropas soviéticas entran en Berlín.
Los aliados atraviesan el río Elba.
Benito Mussolini es asesinado por un grupo de partisanos cuando intentaba huir a Suiza.
Adolf Hitler se suicida en el refugio de la Cancillería del Reich.
Berlín se rinde a los rusos.
Rangún (Birmania) se rinde a los ingleses.
Alemania capitula y se rinde incondicionalmente en Reims.
Fin de la guerra en Europa.
Los aliados dividen Alemania en cuatro zonas de ocupación: norteamericana, inglesa, francesa y rusa.
Liberación de las islas Filipinas.
Celebración de la Conferencia de Potsdam por los jefes de Estado de las potencias aliadas, con exclusión de Francia.
Victoria del partido laborista en Gran Bretaña. Clement Attlee sustituye a Winston Churchill como primer ministro.
Estados Unidos lanza una bomba atómica sobre Hiroshima y tres días más tarde otra sobre Nagasaki.
Rendición incondicional de Japón. Los generales japoneses firman la rendición a bordo del acorazado Missouri.
La Unión Soviética firma un tratado de amistad con China.
El general Charles De Gaulle es elegido jefe del gobierno provisional francés.
División de Austria en cuatro zonas de ocupación; asimismo queda dividida en cuatro partes la ciudad de Viena.
Ejecución de Pierre Laval, primer ministro del régimen de Vichy, y condena a muerte del mariscal Pétain, luego conmutada por cadena perpetua.
Alcide de Gasperi forma gobierno en Italia.
Corea es ocupada por tropas soviéticas y norteamericanas, que se la reparten, fijando el paralelo 38 como línea de demarcación.
Rómulo Betancourt es elegido presidente de Venezuela.

Sociedad

Entra en vigor la Carta de las Naciones Unidas. A finales de año es ratificada por 51 naciones. España no es admitida.
Creación del Tribunal Internacional de La Haya.
Disolución del partido nacionalsocialista en Alemania y orden de detención de sus funcionarios.
Comienza el proceso de Nuremberg contra los dirigentes nazis.
Promulgación del Fuero de los españoles.
Fundación de la UNESCO, con fines educativos, culturales y científicos.



La actriz norteamericana Joan Crawford.



Retrato del pintor Josep María Sert, por Ramón Casas.

Los alemanes que habitaban parte del territorio de la URSS y Polonia son expulsados.
Se celebra la boda entre Juan Domingo Perón y Eva Duarte.

Economía

Celebración de una conferencia interamericana en México.
Empieza en Alemania el desmontaje de las grandes industrias y el empleo de mano de obra alemana para pago de reparaciones.
Nacionalización del Banco de Francia.
Nacionalización de la Compañía Telefónica en España.

Ciencia y tecnología

El doctor Alfred Blalock logra el primer tratamiento quirúrgico de los niños azules en el hospital de Baltimore (Estados Unidos)
Invención de la fotocomposición por los norteamericanos Klinberg, Stadelman y Freund.
Wolfgang Pauli, premio Nobel de Física.
Alexander Fleming, premio Nobel de Medicina.

Literatura

Gabriela Mistral, premio Nobel.
Carlo Levi: Cristo se paró en Eboli.
George Orwell: Rebelión en la granja.
Miguel Angel Asturias: El señor presidente.
Albrecht Haushofer: Sonetos de Moabit.
Max Picard: Hitler en nosotros mismos.
Karl Popper: La sociedad abierta y sus enemigos.
Muere Paul Valery.

Cine

Roberto Rossellini: Roma, ciudad abierta.
Robert Bresson: Les dames du bois de Boulogne.
René Clément: La batalla de Rail.
David Lean: Breve encuentro.
Billy Wilder: Días sin huella.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Ray Milland, por Días sin huella, *y a la mejor actriz, a Joan Crawford, por* Alma en suplicio.

Teatro

Jean Giraudoux: La loca de Chaillot, *obra póstuma.*
Albert Camus: Calígula.

Música

Benjamin Britten: Peter Grimes.
Richard Strauss: Metamorfosis.
Arthur Honegger: Sinfonía litúrgica.
Igor Stravinski: Sinfonía en tres movimientos.
Dimitri Shostakovich: Novena Sinfonía.
Mueren Anton von Webern y Bela Bartok.

Pintura y escultura

Henry Moore: Grupo familiar.
Ignacio Zuloaga: El torero Domingo Ortega.
Ives Tanguy: La rapidez del sueño.
Karl Hofer: Florero.
Jean Fautrier: Rehén.
David Alfaro Siqueiros: Murales del Palacio de Bellas Artes, *México.*
Mueren Josep María Sert, Ignacio Zuloaga, José Gutiérrez Solana y Manolo Hugué.

Desnutridos prisioneros de un campo de concentración nazi lloran de alegría el día de su liberación por tropas aliadas.





1946

EL PROCESO DE NUREMBERG

TERMINADA la Segunda Guerra Mundial, los más destacados jerarcas del Tercer Reich alemán fueron juzgados por un Tribunal Militar Internacional, constituido por los aliados de acuerdo con las leyes internacionales y con las debidas garantías procesales. Se llama habitualmente a este juicio el proceso o juicio de Nuremberg.

Se ha discutido la legalidad, legitimidad y cuestiones afines, tanto del Tribunal como del proceso, en abundante bibliografía, pero lo cierto es que no se puede considerar como revancha de los vencedores ni como un caso insólito, puesto que los juicios contra criminales de guerra en épocas recientes se remontan a la guerra de Secesión americana, y también hubo precedentes tras la Primera Guerra Mundial.

Los orígenes y composición del Tribunal

A lo largo de la Segunda Guerra Mundial abundan las declaraciones de las potencias aliadas, tanto de cada nación como conjuntas, dejando clara su intención de castigar con arreglo al Derecho Internacional los crímenes de guerra y contra la humanidad cometidos por las potencias del Eje.

Los precedentes más importantes son la Declaración de Moscú del 1.° de noviembre de 1943, en la que EE. UU., Gran Bretaña y la URSS manifiestan su intención de juzgar los crímenes de guerra y contra la humanidad, aludiendo «a los casos de los principales criminales de guerra, cuyos crímenes no quedan delimitados por fronteras geográficas y que serán castigados de acuerdo con una resolución conjunta de los gobiernos aliados». En la Declaración de Potsdam del 26 de julio de 1945, los firmantes eran EE. UU., Gran Bretaña y China —más tarde se sumó la URSS—, con respecto a Japón. De acuerdo con la Declaración de Moscú y tras diversas negociaciones entre los aliados, el Tribunal quedó constituido en Berlín el 18 de octubre de 1945, bajo la presidencia del soviético I. T. Nikitchenko.

Por parte de la URSS componían el Tribunal, además del general Nikitchenko, el teniente coronel A. F. Wolchkow. Del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, sir Norman Birkett y sir Geoffrey Lawrence, presidente del Tribunal. Francia estaba representada por Henri Donnedieu de Vabres y Robert Falco, y los EE. UU., por Francis A. Biddle y el juez adjunto John J. Parker.

La acusación estaba formada por sir Hartley Shawcross, del Reino Unido; François de Menthon y Auguste Champetier de Ribes, de Fancia, y el general R. A. Rudenko, de la URSS, todos ellos bajo la presidencia del fiscal general Robert H. Jackson, en representación de EE. UU.

Algunos datos

El proceso de Nuremberg duró más de diez meses y celebró 403 sesiones públicas. Los sumarios ocupan 42 volúmenes con más de 27.000 páginas. La acusación presentó 2.630 pruebas frente a 2.700 de la defensa. Declararon 240 testigos y se recibieron 300.000 declaraciones juradas. Los acusados contaron con 27 defensores, 54 ayudantes y 67 secretarias. Para mecanografiar toda la documentación en

Los nazis ejecutaron a más de tres millones de judíos polacos.

los cuatro idiomas en que se sustanció el proceso (inglés, francés, ruso y alemán), fueron necesarias más de 20 toneladas de papel. Se revelaron 780.000 fotografías, se grabaron 27.000 metros de cinta y 7.000 discos. Estas cifras dan idea de la imponente máquina judicial que se puso en marcha. La certeza de los hechos juzgados y la responsabilidad de los acusados en los mismos, quedaron establecidos de forma incontestable. Las sesiones comenzaron en Nuremberg el 20 de noviembre de 1945. Había más de 250 corresponsales de prensa de todo el mundo, entre ellos el célebre novelista norteamericano John Dos Passos. La elección de la ciudad de Nuremberg se debió no sólo a que su palacio de justicia había sufrido pocos daños durante la contienda, sino también a que había sido la ciudad de las grandes concentraciones y fastos del nazismo.

La acusación y los acusados

La acusación se basaba en cuatro cargos que comprendían los numerosos crímenes de los que se consideraba responsables a los acusados.

1. Crímenes contra la paz. Habían planeado, iniciado y llevado a cabo guerras de agresión, violando para ello 36 tratados internacionales en 64 ocasiones.
2. Crímenes contra la humanidad. Habían cometido auténticos genocidios contra pueblos enteros, como los judíos, por el hecho de serlo, y contra la población civil.
3. Crímenes de guerra. Habían maltratado, deportado, torturado y asesinado a cientos de miles de hombres, mujeres y niños de los territorios ocupados.
4. Conspiración, por todos los medios a su alcance, para conquistar el poder necesario para cometer los delitos indicados en los puntos anteriores.

El Acta de acusación del juicio empezaba así:

«Los Estados Unidos de América, la República Francesa, el Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del Norte y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas acusan a Hermann Goering, Rudolf Hess, Joachim von Ribbentrop, Robert Ley, Wilhelm Keitel, Ernst Kaltenbrunner, Alfred Rosenberg, Hans Frank, Wilhelm Frick, Julius Streicher, Walther Funk, Hjalmar Schacht, Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, Karl Dönitz, Erich Raeder, Baldur von Schirach, Fritz Sauckel, Alfred Jodl, Martin Bormann, Franz von Papen, Arthur Seyss-Inquart, Albert Speer, Konstantin von Neurath y Hans Fritzsche, individualmente y como miem-



La muerte por hambre era uno de los castigos que los nazis imponían a sus prisioneros.



Cada día miles de prisioneros morían en los campos nazis.



Un camión lleno de cadáveres en el campo de exterminio de Buchenwald.

Las sesiones del proceso de Nuremberg y los escalofriantes testimonios y documentos exhibidos en la sala del juicio sirvieron para mostrar al mundo los horrores que se escondían tras la fastuosa organización del Tercer Reich y la supuesta «superioridad de la raza aria» que proclamaba el nazismo. Especial repugnancia despertaron los experimentos genéticos hechos con prisioneras embarazadas judías, polacas y rusas, para conseguir que todos los niños nacieran con los ojos azules y que provocaron la ceguera o la muerte a muchos de ellos. Un médico de las SS, jefe sanitario del campo de Auschwitz (Polonia), Josef Mengele (descubierto su paradero en Argentina en 1956 pero todavía en libertad), fue «el experto en raza aria» que dirigió tales «experimentos» y llegó a montar un museo privado con fetos conservados en formol de gemelos, mellizos, enanos, minusválidos y mongoloides que eran diseccionados para aumentar la macabra colección.

bros de los siguientes grupos y organizaciones, mientras pertenecieron a los mismos: el Gobierno del Reich, el Cuerpo de los Jefes Políticos del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, las Escuadras de Protección del Partido Nacionalsocialista (conocidas generalmente por las SS), incluido el servicio de Seguridad (denominado generalmente SD), la Policía Secreta del Estado (más conocida como Gestapo), las Secciones de Asalto del Partido Nacionalsocialista (conocidas por SA), el Estado Mayor General y el Alto Mando del Ejército Alemán.»

Si se ha transcrito tan larga cita no es sólo porque en ella se relacionan los acusados, sino porque aparecen también muchos de los organismos e instituciones del régimen nazi.

Los que no se sentaron en el banquillo

De los acusados citados en el acta, Robert Ley (1890-1945) ocupó, entre 1932 y 1945, los siguientes cargos: miembro del partido nazi, Reichsleiter (dirigente del Reich), jefe de la organización del partido, miembro del Reichstag (Parlamento), jefe del Frente del Trabajo y general de las SA. En la noche del 25 de octubre de 1945 logró asfixiarse en la cárcel de Nuremberg con un lazo fabricado con el cierre de su guerrera, que ató al grifo del retrete. Se había tapado la nariz y amordazado con trozos de tela de sus calzoncillos.

Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, propietario del más importante complejo industrial alemán —las célebres factorías Krupp, que habían incrementado extraordinariamente sus beneficios gracias a la industria de guerra (de más de 57 millones de marcos en 1935, a más de 111 millones limpios en 1941)—, no fue juzgado por su precario estado de salud física y mental, convenientemente certificado por una comisión médica internacional.

Por último, en la época del proceso no se tenía certeza de la suerte corrida por Martin Bormann, nacido en 1900, miembro del partido nazi, del Reichstag, del Estado Mayor de la Jefatura de las SA, Reichsleiter, jefe de la Cancillería, lugarteniente del *Führer,* miembro del Consejo de Ministros para la Defensa del Reich, general de las SS y de las SA, y uno de los personajes que más poder tuvo en los últimos tiempos del Reich. Sobre su desaparición y muerte han corrido ríos de tinta.

¿Qué se juzgaba en Nuremberg?

En el proceso de Nuremberg no sólo se juzgaba a los máximos jerarcas nazis en el banquillo, sino también al Tercer Reich.



Un carro de combate estadounidense en el campo de exterminio de Mauthausen.



Un prisionero, apilando huesos humanos en un montón.

En sus orígenes se entremezclan una serie de complejos condicionamientos de tipo económico, social e ideológico. La crisis general del capitalismo de 1929 sacudió con especial dureza a la República de Weimar desde 1930. En marzo de ese año había en Alemania 2.258.000 parados, que en febrero de 1932 ascendía a 6.128.000. Paralelo al brutal aumento del paro fue el fortalecimiento del partido nazi, que pasó de 178.000 miembros en 1929 a 800.000 a finales de 1931. Claro que no fue sólo el paro la causa del auge del nazismo; un factor nada despreciable fue el firme apoyo, no sólo político e ideológicò, sino también económico de amplios sectores de la burguesía. Estos sectores colaboraron activa y entusiastamente en la consolidación de lo que se les antojaba el mejor medio —y lo era, ciertamente— de frenar el ascenso de los partidos obreros, sobre todo del Partido Socialdemócrata Alemán, cuyo parlamentarismo y reformismo estaban muy lejos del fantasma revolucionario que quitaba el sueño a amplios sectores de la derecha.

Políticamente, el autoritarismo monarquizante del canciller Hindenburg, que desde 1930 prácticamente acabó con el sistema parlamentario en Alemania, el apoyo de los partidos derechistas —en el que el Centrista Católico tuvo no poca responsabilidad— y la incapacidad de los socialdemócratas, coadyuvaron a la llegada de Hitler al poder en 1933.

Ideológicamente, el nazismo no pasó nunca

Tras la condena en Nuremberg de los máximos responsables del nazismo, la mayoría de los casi 10 millones de afiliados al Partido Nacionalsocialista Alemán (instalados en la retaguardia, no murieron muchos de ellos en los frentes), continuaron en libertad y, aunque se calcula que 150.000 de ellos actuaron como criminales de guerra, sólo 35.000 fueron procesados. Tras la aparición de la «guerra fría» entre el Oeste y el Este, muchos ex nazis hicieron valer su «anticomunismo» para volver a escalar puestos de poder en la República Federal de Alemania. Ya en 1960, 15 de los 20 ministros conservadores de Adenauer habían ocupado algún cargo durante el III Reich. El presidente de la RFA, el demócrata cristiano, Karl Carstens, elegido en 1979, había solicitado el ingreso en el partido nazi en 1937. «Todavía es fértil el vientre del fascismo» escribió el dramaturgo alemán Bertolt Brecht, alarmado por la impunidad de miles de ex nazis.



Guerrilleros franceses de la Resistencia observan un horno crematorio en un campo nazi.

Minusválidos, tullidos, subnormales, enanos y enfermos, junto a los miembros de las minorías condenadas de antemano «por manchar la pureza de la raza aria» (judíos, gitanos, latinos, eslavos) fueron víctimas propiciatorias de la barbarie nazi. Los opositores políticos de cualquier ideología, especialmente los izquierdistas, también fueron «depurados» en gran número, como les ocurrió a los 10.000 republicanos españoles internados por los hitlerianos en el campo de Mauthausen (Austria), donde perecieron en más de un 60 por 100 y sufrieron todo tipo de vejaciones y torturas. Los múltiples experimentos realizados con los prisioneros todavía hacen estremecerse de horror.

del nivel de las patrañas más vulgares, pero tales vaciedades nacían en un caldo de cultivo muy antiguo y con gran arraigo en Alemania. Se mezclaban el antisemitismo y el antimarxismo más primarios y paranoicos con vulgarizaciones pseudocientíficas del darwinismo social y con un nacionalismo racista a ultranza retroalimentado por la derrota de 1918. Sin olvidar la ancestral e incondicional sumisión a la autoridad imprescindible a la hora de crear una infraestructura jerárquica de la solidez que ostentaba la que se creó entonces para estructurar el nazismo, y que por otra parte tenía gran arraigo en Alemania.

Tan heterogénea mezcla dio lugar a un Estado totalitario, racista, belicista, esclavista y genocida que, con Italia y Japón, llevó al mundo a la guerra más sangrienta conocida por la humanidad. Eso fue el Tercer Reich.

Los crímenes de guerra

La guerra era consustancial a tal sistema político belicista. Como indica K. D. Bracher, «el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial... fue, indudablemente, una consecuencia lógica de la ideología y del sistema de dominación del nacionalsocialismo.» Para Hitler, la Primera Guerra Mundial no había terminado jamás, y su continuación se desarrolló con métodos coherentes con tal sistema después de haber superado lo que para muchos es considerado ahora como el mero paréntesis del período de entreguerras.

Y fueron precisamente el desencadenamiento y los métodos los que constituyeron los monstruosos crímenes de guerra juzgados en Nuremberg.

En los territorios ocupados por Alemania, en especial en los del frente Este, la consigna explícita era la despoblación. Para ello era necesaria la deportación y el exterminio de las poblaciones ocupadas. A ello se aplicó, con probada eficacia, la inmensa máquina burocrática, policíaca y militar del Tercer Reich.

Un ejemplo, entre los cientos que aportó el proceso, fue la llamada «orden de los comisarios» de 6 de junio de 1941. Por ella, y antes del ataque contra la URSS, se ordenaba al ejér-

cito alemán el fusilamiento, inmediato y sin juicio, de todos los comisarios soviéticos que fueran hechos prisioneros. La misma orden ampliaba tales medidas a «todos aquellos elementos entre los prisioneros de guerra rusos, seleccionados previamente por el SD, que eran los elementos contagiados por el bolchevismo o miembros activos del bolchevismo». (Declaración ante el Tribunal de Erwin Lahousen, del Servicio Secreto, a las órdenes del almirante Canaris.)

Tales órdenes facilitaron el exterminio masivo de prisioneros de guerra rusos:

«... de los 3.600.000 prisioneros de guerra soviéticos, sólo unos centenares de miles han podido reanudar sus trabajos habituales. La mayor parte de ellos están enfermos. Muchos murieron de hambre... En muchos casos, cuando los prisioneros de guerra se desplomaban por las calles eran fusilados allí mismo por sus guardianes... En numerosos campamentos... habían de permanecer al aire libre aunque lloviese o nevase.»

Y estos datos no son de ningún miembro de la Cruz Roja Internacional. Forman parte de una carta que escribió Alfred Rosenberg a Wilhelm Keitel el 28 de febrero de 1942.

Esta era la tónica general del trato reservado a las poblaciones polaca y rusa, contra las que se desarrolló un terror sistemático. Cuando no era suficiente con las medidas relatadas, se recurría al hambre cuidadosamente planeada e impuesta. Uno de los acusados, Hans Frank, miembro del partido nazi, del Reichstag, general de las SS, ministro sin cartera, comisario del Reich para la Justicia nacionalsocialista, presidente de la Cámara de Derecho Internacional y de la Academia de Jurisprudencia alemana, jefe de la Administración civil de Lodz, jefe administrativo de las zonas militares de la Prusia Oriental, Posen, Lodz y Cracovia y gobernador general de las zonas polacas ocupadas, era hombre meticuloso. En agosto de 1941 anotaba en su diario:

«El doctor Waldbaum ha hablado sobre el estado de salud de la población polaca. La investigación ha dado como resultado que la población recibe solamente unas 600 calorías diarias.»

Y todavía el 14 de enero de 1944, en los umbrales del fin, escribía:

«Con tal de haber ganado la guerra, me da lo mismo que se haga carne picada de los polacos ucranianos y cuanto anda por aquí. ¡Se puede hacer lo que se quiera!»



Zyklon B, el gas utilizado en los campos de concentración y exterminio nazis.



Oficiales médicos alemanes experimentan la resistencia del cuerpo humano ante el frío.

THE ILLUSTRATED LONDON NEWS

CHARGED WITH CRIMES AGAINST PEACE, WAR CRIMES AND CRIMES AGAINST HUMANITY: THE 24 WAR CRIMINALS TO BE TRIED AT NUREMBERG WITHIN THIRTY DAYS OF INDICTMENT

Los encausados en el juicio de Nuremberg aparecen en portada del Illustrated London News.



El fiscal muestra las cicatrices de una prisionera judía.

El interés de los aliados de dar a conocer al público los crímenes de las altas jerarquías hitlerianas fue disminuyendo en la zona occidental según iba pasando el tiempo, con la excepción de Israel, el Estado judío fundado en 1948 y cuyos servicios secretos no han dejado de perseguir y descubrir a ex nazis en todo el mundo. Luchadores individuales como el judío austriaco Simon Wiesenthal reunieron durante años el mayor archivo del mundo sobre los crímenes nazis y colaboraron en el desenmascaramiento y la caza de los culpables.

Los datos, ejemplos y testimonios se podrían acumular *ad nauseam*. De las represalias contra los rehenes y población civil inocente, recordaremos sólo tres casos mundial y tristemente famosos: el exterminio de las poblaciones de Oradour-sur-Glane, cerca de Limoges, en Francia, en Julio de 1944; el de la aldea checa de Lidice, en junio de 1942 y la matanza de las Fosas Ardeatinas, cerca de Roma, el 24 de marzo de 1944.

El carácter esclavista del régimen nazi se mostró a las claras en el reclutamiento forzoso de millones de hombres por toda Europa, obligados a trabajar en las fábricas alemanas en condiciones de esclavos, muchos de los cuales ni siquiera eran prisioneros de guerra. Otra vez los datos son de las más altas jerarquías:



Aspecto parcial de la sala del juicio de Nuremberg. Al fondo los acusados,



El proceso de Nuremberg

Tras la derrota militar de los hitlerianos, el Ministerio de Información de Gran Bretaña, dirigido por lord Bernstein, llevó a los campos de concentración nazis a un equipo de cámaras dirigido por el famoso Alfred Hitchcock. Las filmaciones obtenidas en los campos de Dachau y Bergen-Belsen superan todo lo imaginable, lo que hizo que el gobierno británico ordenara su destrucción para evitar que su proyección perpetuara el odio a Alemania y dificultara el espíritu de reconciliación y reconstrucción de la posguerra. Una copia de cincuenta minutos fue encontrada en 1983 en una sección del archivo del Museo Imperial de la Guerra de Londres. La voz del veterano periodista de sucesos, Colin Wills, recogida en la banda sonora, resume así la filosofía diabólica de los campos nazis: «Todo está organizado para que nada sea normal. Para que todo sea lo contrario a la vida». El grupo de Simon Wiesenthal y otros cazadores de nazis han denunciado en alguna ocasión la existencia de una organización internacional nazi que responde al nombre de Odessa, se financia por cuantiosas cuentas bancarias en Suiza depositadas por personas privadas antes del fin de la Segunda Guerra Mundial y ayuda a antiguos servidores del III Reich escondidos por todo el mundo, concentrados especialmente en América del Sur, siempre dispuestos a colaborar con las dictaduras ultraderechistas.

«De los cinco millones de obreros extranjeros que han llegado a Alemania, sólo unos 200.000 lo han hecho voluntariamente.»

El testimonio, del 1 de marzo de 1944, se debe esta vez al propio Fritz Sauckel, entre 1921 y 1945, miembro del partido nazi, Gauleiter y gobernador general de Turingia, miembro del Reichstag, plenipotenciario para el Trabajo en el marco del Plan Quinquenal y general de las SS y de las SA.

Los crímenes contra la humanidad

En ellos se puso de manifiesto el carácter genocida del régimen nacionalsocialista. Locos, subnormales, ancianos, enfermos, incluso heri-



precedidos de sus numerosos abogados.

dos de guerra fueron víctimas de las medidas «eugenésicas» necesarias para conservar la supuesta pureza de la raza aria superior.

Pero también católicos, liberales, adversarios políticos —en especial marxistas y comunistas—, gitanos y, sobre todo, judíos.

Carece de sentido extenderse en el irracionalismo subyacente en todas las teorías racistas. El antisemitismo alemán venía de antiguo; la paranoia antisemita convirtió al judío en *cosa* —que no persona, eso sólo lo eran los arios— *mala* por naturaleza, culpable absoluto de todos los males sociales y nacionales, reales o ficticios, que padeciera Alemania. Pero fue el nacionalsocialismo el que hizo del antisemitismo programa político, y del exterminio de los judíos «misión histórica de alcance universal».

Los procesados de Nuremberg dispusieron para su defensa de 27 abogados, 54 ayudantes y 67 secretarias, junto a todo tipo de garantías procesales. Una oportunidad que ellos nunca dieron a sus millones de víctimas, conducidas en masa, como rebaños de animales, a los campos de concentración y exterminio, verdaderos mataderos humanos presididos por la cruz gamada.

El holocausto judío, la «solución final» en la jerga burocrática del Reich, fue una operación decidida, minuciosamente planeada y ejecutada con una eficacia espeluznante por todo un aparato del Estado, ejército incluido.

Sobre las supuestas ignorancias de la persecución de los judíos, conviene recordar que ya el punto 4.° del Programa del Partido Nazi, de febrero de 1920, declaraba taxativamente que «ningún judío puede ser ciudadano alemán». De modo que las cosas estaban claras desde el principio. Todos los acusados en el proceso de Nuremberg habían participado en mayor o menor medida, como quedó fehacientemente probado en el juicio, en el meticuloso programa de exterminio de la población judía en todas las zonas ocupadas por los ejércitos del Reich, aparte de los propios judíos alemanes.



El hijo del ministro de Asuntos Exteriores nazi, Von Ribbentrop.

Pero el máximo responsable de tan histórica misión fue, junto con Hitler, el temido *Reichsführer* SS, Heinrich Himmler (Munich, 1900-Lüneburg, 1945), jefe de toda la policía del Reich desde 1936 y, como tal, dueño y señor de toda la cadena de campos de concentración y exterminio; ministro del Interior en 1943, comandante en jefe de la agrupación de ejércitos en 1945. Quien, por cierto, visitó España después de la Guerra Civil, no se sabe si para enseñar a sus victoriosos amigos algo de lo mucho que sabía de organización de los servicios policiales y de las soluciones para acabar con ciertos problemas. Tan siniestro personaje logró escapar de la justicia, suicidándose poco después de ser identificado por miembros del II Ejército inglés. Sus más directos colaboradores fueron Reinhard Heydrich (1904-1942), cuyo asesinato desencadenó la matanza de Lidice, y Adolf Eichmann, ahorcado en Israel en 1962.

Una vez más son los propios verdugos los que explican con burocrática precisión sus acciones. Dieter Wislency, lugarteniente de Eichmann en Eslovaquia, declaró en Nuremberg:

> «Hasta 1940 se tenía previsto solucionar el problema judío, en Alemania y en los territorios ocupados por Alemania, obligándoles a emigrar. La segunda fase fue la concentración de todos los judíos en Polonia y en las restantes regiones del este ocupadas por Alemania, preferentemente en forma de guetos. Este período duró aproximadamente hasta principios del año 1942. La tercera fase fue la denominada solución final del problema judío, es decir, el exterminio sistemático de todo el pueblo judío. Esta fase duró hasta octubre de 1944...»

Los judíos fueron deportados a grandes guetos (Lodz, Varsovia, Cracovia, Lublin, Radom, Lemberg, etc.) y de allí, trasladados a los campos de exterminio, situados la mayoría en Polonia. Los que tenían cámaras de gas de mayor capacidad eran los de Treblinka (25.000 personas diarias), Sobibor (20.000) y Belsen (15.000), seguidos de Dachau, Buchenwald, Mauthausen, Maidanek, Oranienburg... Pero el centro de extermino mayor fue el terrible campo de Auschwitz-Birkenau, en el que, según

declaraciones de Rudolf Hess, comandante del mismo entre 1940 y 1943, murieron en esas fechas tres millones y medio de personas; de ellas, dos y medio en las cámaras de gas, víctimas del «zyklon B», un gas preparado a base de ácido cianhídrico. Se ha discutido mucho sobre cifras, lugares y métodos. Eichmann pudo jactarse alegremente de tener 5 millones de judíos sobre su, sin duda, ancha conciencia. Los cálculos oscilan entre 5 y 7 millones de judíos asesinados. Muchos de ellos fueron víctimas de espantosas torturas so pretexto de experimentos supuestamente científicos (inyecciones de sangre de enfermos de tifus, viruela, fiebre amarilla, cólera, etc.; aire en las venas, petróleo bajo la piel, quemaduras de fósforo, balas envenenadas en las extremidades, esterilización por rayos X, sobre todo de mujeres). Los niños eran sistemáticamente asesinados por no ser aptos para el trabajo forzado. Los intentos de rebelión en Sobibor, Treblinka (otoño de 1943), o el heróico levantamiento del gueto de Varsovia (abril-mayo de 1943) fueron brutalmente aplastados.

Las sentencias del Tribunal y su cumplimiento

El 31 de agosto de 1936 los acusados tuvieron ocasión de hacer su alegación final antes del veredicto. El 30 de septiembre comenzó la lectura de los considerandos de la sentencia, que se dictó el 1 de octubre de 1946.

Fueron absueltos Hans Fritzsche, Franz von Papen y Hjalmar Schacht.

Karl Dönitz, gran almirante, comandante en jefe de la Marina alemana, consejero de Hitler, fue condenado a 10 años de cárcel y fue el único que cumplió la totalidad de la condena. Quedó en libertad el 1 de octubre de 1956.

Konstantin von Neurath, miembro del partido, del Reichstag, ministro del Reich, de Asuntos Exteriores, presidente del Consejo de ministros secreto y protector del Reich para Bohemia y Moravia, fue condenado a 15 años de prisión e indultado el 6 de noviembre de 1954, debido a su avanzada edad y mal estado de salud.

En febrero de 1978 el coronel de las SS, Kappler, responsable del fusilamiento inmediato, sin juicio de ningún tipo, de 330 ciudadanos italianos (10 por cada alemán muerto por los partisanos de la Resistencia), en las Fosas Ardeatinas de Roma, se fugó con ayuda externa del hospital romano donde estaba detenido. Todavía no ha sido reencontrada su pista.



La esposa y la hija del dirigente nazi Hermann Goering le escriben una carta a la cárcel.

Ejecución de Franz Strosser en la prisión de Landsberg.



Adolf Eichmann durante su proceso por un tribunal israelí en 1961.

Baldur von Schirach, miembro del partido, del Reichstag, jefe de las Juventudes hitlerianas, comisario de Defensa, gobernador general de Viena, fue condenado a 20 años de cárcel. No los cumplió en su totalidad.

A la misma pena fue condenado Albert Speer, ministro para el Armamento, que tampoco los cumplió en su totalidad.

A cadena perpetua fueron condenados Walther Funk, ministro de Economía del Reich y presidente del Reichsbank, que fue puesto en libertad en 1957; Erich Raeder, comandante en jefe de la Marina de guerra, gran almirante, miembro del Consejo de ministros secreto, que fue puesto en libertad en 1955, y Rudolf Hess, lugarteniente del *Führer*, general de las SS y de las SA, que permanece todavía encarcelado en la prisión de Spandau.

Fueron condenados a muerte Martin Bormann, en rebeldía; Hans Frank, Wilhelm Frich, miembro del partido, general de las SS, ministro del Interior y protector del Reich para Bohemia y Moravia, Hermann Goering, *Reichsführer* de la SA, general de las SS, presidente del Reichstag, presidente del Tribunal Supremo





Cadáver de Joachim von Ribbentrop.



El cuerpo de Hermann Goering tras su suicidio.

Los grandes responsables de los crímenes nazis han ido cayendo uno tras otro, si bien muchos personajes secundarios permanecen ocultos con nombres falsos en Sudamérica, donde parece que estaría uno de los más buscados: Martin Bormann, albacea testamentario de Hitler. En 1960 fue localizado y raptado en Buenos Aires Adolf Eichmann, coronel SS responsable del exterminio judío en el Este, por los servicios secretos de Israel. Eichmann, que había vivido en Argentina, Brasil, Paraguay y Bolivia (una ruta seguida por muchos otros nazis) fue juzgado públicamente en Jerusalén en 1961,condenado a muerte y ahorcado. Contra él testificaron antiguos prisioneros, víctimas de su crueldad.

del Partido, ministro del Aire, mariscal del Reich y presunto sucesor de Hitler; Alfred Jodl, jefe del Estado Mayor General del Ejército; Ernst Kaltenbrunner, general de las SS, de la Policía, secretario de Estado para la Seguridad en Austria y jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich; Wilhelm Keitel, mariscal de campo, jefe del Alto Mando del Ejército; Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores, miembro del Consejo de ministros secreto, general de las SS; Alfred Rosenberg, el ideólogo del nazismo, miembro del partido, del Reichstag, director del periódico del partido —el *Völkischen Beobachter*—, ministro del Reich para las regiones ocupadas del este, general de las SS y de las SA; Fritz Sauckel; Arthur Seyss-Inquart, miembro del partido general de las SS, ministro de Interior y para la Seguridad en Austria, canciller federal de Austria, miembro del Consejo de ministros secreto, jefe de la Administración para el Sur de Polonia y Comisario del Reich en los Países Bajos, y Julius Streicher, miembro del partido y del Reichstag, *Gauleiter* de Franconia y general de las SA.

Goering se suicidó pocas horas antes de la ejecución, sin que hasta ahora se haya probado taxativamente cómo logró hacerse con el veneno. Los restantes condenados a muerte fueron ahorcados en la noche del 15 al 16 de octubre de 1946, en el gimnasio de la cárcel de Nuremberg.

Con grandes precauciones para evitar a la prensa, sus cadáveres se trasladaron a Munich, donde fueron incinerados y sus cenizas arrojadas a un río que se pretendió mantener en secreto, aunque años después se supo que era el Isar.

F. R.

Bibliografía básica

CARSTEN, F. L.: *La ascensión del fascismo,* Seix Barral. Barcelona, 1971.

GRUNBERGER, R.: *A Social History of the Third Reich,* Penguin Books. Harmondsworth, 1971.

BRACHER, K. D.: *La dictadura alemana.* 2 vols., Alianza Editorial. Madrid, 1973.

HEYDECKER, J. J., y LEEB, J.: *El proceso de Nüremberg,* Bruguera. Barcelona, 1966.

1946



Fotografía oficial de Perón como presidente de la República.

PERON AL PODER

EL 24 de febrero de 1946, el coronel Juan Domingo Perón era votado por el 54 por 100 de la ciudadanía argentina. Tres años antes nadie conocía la existencia de este militar de cincuenta años de edad, buena talla, sonrisa fácil y palabra abundante, que había logrado triunfar sobre todos los partidos políticos, la gran prensa, el estudiantado y los representantes de las más poderosas fuerzas económicas del país.

El ascenso de Perón es, según la opinión de Félix Luna, autor de este artículo, uno de los procesos más fascinantes de la historia contemporánea.

Alegría popular en las calles de Buenos Aires tras el triunfo de Perón.



De las jornadas de octubre, al poder

En el invierno de 1945, el gobierno militar, resultado del golpe de 1943, parecía arrinconado y sin salidas. Pero, paralelamente a los muchos errores que cometía y que le iban dejando huérfano ante la opinión pública, un profundo proceso social con implicaciones políticas se desarrollaba en Argentina. Una oficina gubernativa alentaba este proceso: la Secretaría de Trabajo y Previsión. El titular de esa oficina era Perón.

A pocos meses de la revolución de 1943, Perón se había hecho cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión y desde allí empezó a hacer su propia revolución. Instaba a los trabajadores a sindicarse, apoyaba sus reivindicaciones, tronaba contra el egoísmo patronal, beneficiaba con «estatutos» a determinados gremios, agredía a los sindicatos socialistas o comunistas, seducía a los dirigentes tibios y lanzaba nuevos dirigentes a enfrentar a los insobornables, se hacía proclamar «el primer trabajador argentino», lograba aumentos de sueldos y prometía obtener un decreto estableciendo un aguinaldo anual, un fuero judicial especializado para temas laborales y un salario móvil que anulara los efectos de la inflación. Al mismo tiempo, sus funciones de ministro de Guerra y vicepresidente del gobierno *de facto* le aseguraban el manejo de las intimidades del régimen y le permitían controlar las reacciones que en las filas castrenses no dejaron de provocar sus actitudes. Además, coqueteaba con los partidos tradicionales, asegurándoles que, entre sus camaradas pronazis, él era el único que buscaba una salida democrática.

El enfrentamiento llegó a su *climax* en octubre de 1945.

Trabajada por la creciente marea opositora, la guarnición militar de Buenos Aires exigió la renuncia de Perón a todos sus cargos. Así lo hizo, no sin despedirse de los trabajadores con un discurso que dejó la sensación de una inminente frustración de todas las mejoras que estos habían obtenido. Después de dejar esa carga explosiva en el corazón del pueblo, Perón se retiró a una quinta cercana a Buenos Aires, en compañía de Eva Duarte, una actriz con la que vivía desde hacía unos meses.

Al enterarse de la dimisión del coronel, la oposición no atinó a reaccionar con eficacia. En sus filas se propusieron diversas tácticas, desde «copar» el gobierno militar hasta exigir su renuncia colectiva y la entrega del poder a la Corte Suprema de la nación. Mientras se perdían días preciosos en estas discusiones, la Ar-

Perón habla en público en presencia de su esposa Evita, ya desmejorada por su enfermedad.

La inmensa popularidad del coronel Juan Domingo Perón no puede entenderse racionalmente sin la presencia de su segunda esposa, María Eva Duarte —Evita para millones de argentinos— que fue la gran impulsora de su carrera política. Hija de emigrantes españoles, Evita fue artista secundaria de teatro y cine, logrando una gran popularidad como protagonista de novelas radiofónicas. La muerte en 1952 de la «Evita de los descamisados» (la historia del embalsamamiento de su cuerpo y su traslado a Madrid es toda una novela) hizo entrar al peronismo en una grave crisis, y Perón dimitió en 1955. En 1973 volvería a ser elegido con el 61,85 por 100 de los votos.

gentina desconocida, ignorada, empezó a moverse lenta y poderosamente, conmovida por la noticia de la detención de Perón, que había sido confinado en Martín García, una isla del Río de la Plata. Alentado por los muchos peronistas que todavía manejaban hilos importantes en el gobierno, ocho días después de la caída de Perón una inmensa multitud invadía pacíficamente Buenos Aires y se congregaba frente a la Casa Rosada para reclamar el regreso del coronel.

La jornada del 17 de octubre de 1945 fue caótica. Nadie, ni siquiera el propio Perón, trasladado de la isla al Hospital Militar de Buenos Aires, supo hacer bien su papel. Salvo el pueblo, esos millares de hombres y mujeres —muchos de los cuales llegaban por primera vez al centro de la ciudad— que durante todo el día recorrió sus calles sin el menor acto de violencia pero exhibiendo una asombrosa fuerza numérica y voceando obsesivamente el nombre del nuevo líder.

Finalmente, en la alta noche, habló Perón desde los balcones de la Casa Rosada. Había triunfado y ahora no tenía ninguna duda. El ejército, que días antes lo había defenestrado, no estaba dispuesto a enfrentarse con la multi-



Conmemoración peronista del Día de la Lealtad a su líder.

tud. Los partidos políticos habían demostrado su impotencia. Hasta los sindicatos fueron desbordados por un pueblo que no obedeció otras consignas que las dictadas intuitivamente por su amor a Perón.

A partir de estos sucesos comenzó el proceso electoral que debía clausurar el intervalo *de facto*. Perón no volvió al gobierno: tenía allí las espaldas bien guardadas con la designación de un nuevo Ministerio. Solicitó su retiro militar, se casó con su amante y se lanzó a una actividad política que desde luego no era nueva para él (no había hecho otra cosa desde Trabajo y Previsión), pero ahora presentaba otras características y exigía otro estilo. La oposición, a su vez, unificó sus fuerzas vinculando a los cuatro grandes partidos históricos —el radicalismo, el socialismo, la democracia progresista y el comunismo— en torno a un binomio presidencial honorable pero de escaso atractivo, bajo el lema común «Por la libertad, contra el nazifascismo», una consigna que sonaba anacrónica en plena posguerra.

Por su parte, Perón improvisó sus cuadros sobre la marcha, formando un partido con elementos disidentes del radicalismo y otro, el laborista, con dirigentes obreros de diversa extracción. Pero, sobre este endeble marco partidario, era su nombre, su figura, su voz, lo que marcaba los límites del enfrentamiento.

Las cifras le dieron la presidencia, casi todas la gobernaciones de provincias y una amplia mayoría en el Congreso. El 4 de junio tomaba las insignias del poder e iniciaba una era de apasionantes alternativas, que todavía no ha terminado totalmente.



Tras el fracasado golpe de Estado de 1955, Perón acompañado de militares leales.

Euforia y dilapidación

Para llevar a cabo su programa, el nuevo presidente necesitaba lo que él denominaba una «comunidad organizada». En pos de este objetivo empezó por disolver las caóticas huestes que lo habían llevado al triunfo, para unificarlas en un partido que bautizó con su propio nombre, liquidando con extraordinaria saña toda discrepancia interna: cierto dirigente obrero que encabezó una rebeldía fue acusado de conspirar contra el presidente y permaneció detenido hasta 1955. Una reorganización parecida sufrió la central de los trabajadores, ya que, en enero de 1947, su secretario general —de poca confianza a juicio de Perón— fue obligado a renunciar, y la organización se convirtió en una de las tres «ramas» que componían el Partido Peronista.

Paralelamente a estos avances, el gobierno intervino todas las universidades, produciendo una vasta ola de cesantías y reemplazos de profesores, e hizo iniciar, en octubre de 1946, un juicio a los miembros de la Corte Suprema, que fueron separados de sus cargos.

Al mismo tiempo que apretaba los nudos de los dogales políticos y restringía la acción de los opositores en el Congreso y fuera de él, Perón llevaba adelante una política económica que tuvo una primera etapa de realizaciones espectaculares.

A la nacionalización del Banco Central y la creación del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio —comprador de las cosechas que revendía en el exterior con buenos márgenes de ganancia, expoliando a los productores argentinos— siguió la repatriación de la deuda externa, la expropiación de los elevadores de granos, la compra de la Unión Telefónica a la ITT y su transformación en una empresa estatal, que se agregó a la creación de Gas del Estado, Flota Aérea Mercante Argentina (luego Aerolíneas Argentinas) y la Flota Mercante Argentina. La culminación de esta política fue la compra de los ferrocarriles británicos, concretada en marzo de 1948, una operación cuya conveniencia todavía se sigue discutiendo pero

Populismo es, según los tratados de política, «la doctrina que se dice defensora de los intereses y aspiraciones del pueblo». El peronismo argentino (junto al getulismo —Getulio Vargas— de Brasil, el aprismo de Perú, el velasquismo de Ecuador y el Partido de Acción Democrática de Venezuela) es su ejemplo vivo más palpable, mezcla de misticismo y demagogia pero capaz de servir a un pueblo para elevar el nivel de vida de la mayoría y reafirmar su independencia nacional (el nacionalismo es otro rasgo característico de todo populismo) frente a los intereses y los capitales extranjeros. Alguien definió al peronismo como «un sentimiento que entra por la piel». Contradictorio, como todos los sentimientos, sus eslóganes iban desde el oficialista: «¡Perón, Perón, qué grande sós. Mi general, cuánto valés»! hasta el crítico de las bases sindicales: ¡«Sinvergüenza y ladrón, queremos a Perón!».

En su cita con las urnas el peronismo obtuvo el 52 por 100 de los votos en 1946, el 62,49 por 100 en 1951, el 49,59 por 100 y el 61,85 por 100 en 1973 —elecciones de Campora y Perón, respectivamente— y sólo el 40 por 100 (frente al 52 del Partido Radical) en 1983. Un cruel chiste definía así su última derrota: «Un circo abandonado, el dueño murió, el mago se rajó, la bailarina está en España y los animales están sueltos».

que, sin duda, constituyó un paso importante hacia la liberación de la economía de dependencias foráneas y contó con una fervorosa adhesión popular.

Obviamente, esta orgía nacionalista y estatalizante debía tener alarmantes consecuencias a corto plazo: a fines de 1947 ya se habían evaporado el 32 por 100 de las divisas acumuladas durante la guerra, sin que se hubiera intentado renovar el utillaje industrial, reponer la infraestructura básica o importar bienes de capital. Las nuevas empresas estatales crecían en sus déficit, no sólo por errores y despilfarros en su administración, sino por la nula reposición de sus obsoletos equipos.

El descenso de la producción presentaba síntomas catastróficos; en 1951 se llegó al punto más bajo de la superficie cultivada y de las exportaciones agrícolas.



Evita, un factor de importancia en los triunfos del peronismo.



Una inmensa muchedumbre llena la plaza de la República para escuchar a Perón.

Oficialismo y oposición

Así se fue llegando a los finales del primer período presidencial de Perón. En 1950 —el año del conflicto de Corea—, la mayoría parlamentaria despojó de sus fueros al doctor Ricardo Balbín, presidente del bloque radical, a fin de permitir su procesamiento por desacato a Perón; nueve meses permaneció el dirigente radical en la cárcel, de la que salió convertido en un auténtico líder de toda la oposición. En los primeros meses de 1951 estallaron algunas huelgas que fueron sofocadas en diversas formas. La secuela de una de ellas fue la expropiación del diario *La Prensa* y su entrega a la CGT. Al igual que el despido de los jueces de la Corte Suprema y la prisión de Balbín, el despojo de *La Prensa* tuvo un alto costo ante la opinión pública internacional, en momentos en que Perón ansiaba un apoyo de Estados Unidos a través de un mayor acercamiento de sus capitales. El líder argentino se veía arrastrado a situaciones difíciles llevado por el creciente anquilosamiento de su movimiento. A mediados de 1951 se dio una de estas situaciones, la precandidatura a vicepresidente de Eva Duarte de Perón.

El 22 de agosto los nombres de Perón y de su esposa fueron aclamados por una inmensa multitud convocada por el Partido Peronista. Fue, virtualmente, una proclamación de la fórmula presidencial oficialista. Sin embargo, días después Evita publicó una declaración declinando esa postulación. Era la primera vez que Perón daba un paso atrás en el terreno político, lo que daba idea de que tenía conciencia del espacio del que disponía. Esta prudencia no pudo evitar, sin embargo, el estallido de una sublevación militar un mes más tarde. Fue la prematura concreción de una conspiración que venía fraguándose en algunos círculos del ejército, que veían con preocupación la estructuración de un Estado cada vez más unipersonal. La sublevación, de todos modos, no llegó siquiera a combatir; por falta de coordinación, así como por cierta precipitación en sus actuaciones, sus principales protagonistas debieron dispersarse y fueron detenidos, imponiéndoseles severas penas de prisión.

En noviembre de 1951 se realizaron las elecciones presidenciales. Perón casi no hizo campaña electoral, no tenía necesidad puesto que todo el aparato de propaganda del gobierno estaba a su servicio. El radicalismo postuló a Balbín como candidato a presidente, y al doctor Arturo Frondizi a vicepresidente; ambos realizaron una campaña agotadora, en la que tuvieron que enfrentarse con toda clase de restricciones y dificultades. En los comicios —donde por primera vez votaron las mujeres— el presidente obtuvo 4.580.000 votos contra 2.300.000 del radicalismo.

El 4 de junio de 1952 Perón asumió por segunda vez la primera magistratura de la nación, ahora sí disponía de tiempo y espacio para llevar a cabo las indispensables rectificaciones que requería su averiada política económica. Sólo un elemento podía impedir estos reajustes: la presencia de su esposa, situada en una posición mucho más intransigente. Pero veinte días más tarde fallecía Eva Perón, víctima de un cáncer de rápido desarrollo. El multitudinario velatorio y su entierro fijaron su recuerdo en el corazón de los humildes.

Rectificaciones

Perón iniciaba su segundo período en condiciones muy diferentes a las de 1946. Tocaba fondo una política populista, estatalizante y sin duda demagógica, que en la búsqueda de una autarquía económica imposible y en el mantenimiento de un bienestar social sin bases sólidas había tenido que sacrificar cosas muy importantes.

Pero también hay que decir que, al lado de esos fracasos (que podrían incluir algunos episodios que pertenecen a la picaresca, como el anuncio, hecho por Perón, de que Argentina estaba en condiciones de producir energía atómica... en 1948), había algunas poderosas realidades populares que no pueden dejar de computarse. Las grandes mayorías se sentían partícipes reales del proceso histórico, se veían compartiendo la elaboración de la grandeza de la nación. Eran millones los trabajadores que gozaban de condiciones de vida más dignas de las que sus padres o ellos mismos habían conocido antes. Los sindicatos, ahora poderosos, daban a los trabajadores un estimulante apoyo en múltiples campos, como vacaciones sociales, cursos de capacitación, préstamos, deportes, asistencia médica.

De todas formas, la burocratización del partido oficial —que nunca tuvo autoridades elegidas por sus afiliados, sino delegados del presidente o su esposa hasta en la última «unidad básica»— y la atmósfera de obsecuencia que campeaba en el gobierno, hacían más difíciles los necesarios cambios. Esto se apreció en los primeros meses de 1953, cuando Perón ordenó hacer una investigación sobre la escasez de carne que afectaba a los consumidores. La averiguación del oscuro negociado llegó hasta Juan Duarte, hermano de la difunta esposa del presidente, que era su secretario privado. La renuncia de Duarte a su cargo cayó como una bomba, pero esta repercusión fue pequeña al lado de la que provocó, días después, la noticia

Aunque Perón prometió la industrialización necesaria para lograr la independencia económica del país y se enfrentó verbalmente con la aristocracia criolla de los latifundios cerealísticos y ganaderos, sus enemigos reales fueron los grupos de la izquierda tradicional: comunistas y socialistas.



Perón saluda a sus seguidores con gesto triunfal.



Juan Domingo Perón, un rostro símbolo para un pueblo.

El Perón de la primera época fue todo un símbolo y una esperanza de emancipación social para el incipiente proletariado industrial y amplios sectores de la clase media argentina. A caballo entre el fascismo, el folklorismo y la demagogia populista el nuevo caudillo de los descamisados supo arrancar a millones de seguidores aquel grito desgarrador de «¡La vida por Perón!»

de su suicidio. Horas antes Perón había pronunciado un discurso de tono exasperado: «Estoy rodeado de ladrones y alcahuetes», llegó a decir.

Fue en este pesado ambiente de negociados e intrigas palaciegas en el que la CGT convocó a un acto en la plaza de Mayo en adhesión a Perón, el 15 de abril de 1953. Mientras el presidente hablaba desde el balcón de la Casa Rosada, estallaron bombas que mataron a cinco personas e hirieron a una veintena; un grupo de opositores había apelado a este bárbaro recurso. La reacción popular también fue brutal. Grupos de activistas incendiaron el Jockey Club, tradicional centro de reunión de las clases altas porteñas, y las sedes partidarias del radicalismo, el socialismo y el conservadurismo. Fue la primera vez que el enfrentamiento entre argentinos se dio en términos de agresión física deliberada, por una y otra parte.

Errores en evidencia

Todo el proceso iba marchando hacia un choque entre el gobierno y la oposición. Perón no acertaba a buscar la fórmula de una convivencia pacífica entre él y sus adversarios, y la oposición, por su parte, se sentía acorralada. Menudeaban las detenciones de dirigentes sin forma alguna de juicio, y la asfixia de la opinión independiente era casi total. Además, desde 1951 se aplicaba una mañosa ley electoral que reducía al mínimo la representación opositora en el Congreso; mediante su vigencia, en las elecciones de aquel año los peronistas, con 800.000 votos en la capital federal, obtuvieron 14 escaños, mientras que los radicales, con 600.000 sufragios, apenas lograron dos. Mientras la oposición no sintiera que formaba parte del aparato del Estado, su acción iría resbalando progresivamente hacia la conspiración; y lo cierto es que nada hacía el gobierno para acortar distancias con las minorías, políticamente débiles pero temibles en tanto que algunos de sus sectores podrían manejar todavía factores reales de poder.

Sin embargo, nada conmovía de modo inquietante la adhesión popular a Perón. En abril de 1954 se realizaron elecciones para cubrir la vacante de vicepresidente, pues el compañero de fórmula de Perón en 1946 y 1951 había fallecido. El voto oficialista dobló al candidato radical con 5 millones de votos contra 2.500.000, pero la incógnita no radicaba en la vigencia electoral del peronismo, sino en la capacidad del régimen para hacer todos los ajustes necesarios para su reciclamiento.

Por fin, Perón tenía a su disposición aquella «comunidad organizada» en la que tanto había insistido. Con esta aclaración: fuera cual fuera el grado de asfixia de las libertades públicas, su poder se apoyaba en una voluntad abrumadoramente mayoritaria, expresada a través de elecciones formalmente correctas.

Así estaban las cosas cuando, en octubre de 1954, el presidente lanza un ataque verbal contra la única institución que permanecía ajena al control del Estado: la Iglesia católica. Fue tan intempestivo su *impromptu* —centrado en algunos obispos y sacerdotes a los que acusó de sabotear al gobierno— que todavía hoy resulta difícil de explicar. Lo cierto es que, antes de un año, la estructura aparentemente inconmovible que había montado se derrumbaría.

Pues Perón no pudo detenerse. Siguió hostilizando a la Iglesia, y ésta, rodeada por toda la oposición, se convirtió en un bastión cuya solidez milenaria prevaleció sobre el Estado peronista.

En este último año de su gobierno, Perón pareció un aprendiz de hechicero, incapaz de detener su creación, en un proceso rápido, violento y revestido de ese aire fatal que transmiten los dramas clásicos cuando quieren describir la caída de un hombre condenado por el destino.

A estas alturas de su trayectoria, los errores ya resultaban imposibles de ocultar, aunque su aparato de propaganda los minimizara y continuara la adhesión popular hacia su persona.

Su apoyo a la industria ligera no había incluido la base de siderurgia, petróleo, petroquímica y tecnología que necesitaba; de este modo, el aparato productivo se tornaba ineficiente y vulnerable. La infraestructura no renovada se deterioraba cada vez más, y los transportes y comunicaciones, sobre todo, además de las fuentes de energía, constituían frenos para el desarrollo. La producción agropecuaria estaba en retroceso, y se manifestaba en un ingreso cada vez más magro de divisas, frente a mercados exteriores que, pasada la etapa de la posguerra, se habían reconstituido. Y algo todavía más importante: Perón no entendía que estaba agotándose el período de la guerra fría y que se entraba en el de coexistencia pacífica; seguía soñando con un enfrentamiento entre EE.UU. y la URSS del que Argentina pudiera sacar ventajas.

Era inevitable que la reacción opositora fuera rodear a la Iglesia. La única institución independiente del país se había de constituir, a pesar suyo, en la trinchera donde se concentraron todos los enemigos de Perón. El pueblo argentino es católico, aunque la copiosa inmigración que lo ha formado le diluyó toda forma de fanatismo, así es que el apoyo a la Iglesia no se hizo a la manera de los «cristeros», sino como una forma de oposición política al autoritarismo y arbitrariedad de la conducción peronista.

Los Cien Días de Perón

Desde la época colonial, la fiesta de Corpus Christi es celebrada por un grupo de beatas y ancianos caballeros que dan una vuelta a la plaza de Mayo llevando bajo palio una hostia consagrada. El día que decimos, una inmensa multitud llenó el histórico espacio y desbordó por la avenida de Mayo hasta concentrarse en la plaza del Congreso. Era la primera vez, desde 1946, que las calles de Buenos Aires asistían a una concentración opositoria de semejante magnitud.



Pancarta del grupo peronista Comando Evita: *«Nada sin Perón».*



Perón y su tercera esposa, María Estela Martínez, en la jura presidencial en 1973.

Toda la tarde desfiló la concentración, entonando consignas antigubernativas y, en menor medida, cánticos religiosos. Al fin, la multitud se desconcentró sin incidentes. Fue entonces cuando al ministro del Interior y al jefe de policía se les ocurrió una estratagema para neutralizar el impacto de la reunión: urdieron la versión de que los católicos habían quemado una bandera nacional. Perón aceptó, encantado, el rumor, hizo expulsar a dos prelados del país (lo que motivó una fulminante excomunión contra su persona que los diarios no registraron) y ordenó la movilización de todo el aparato oficial para hacer una «reparación» a la supuesta ofensa contra la enseña patria.

Frente a las clásicas dictaduras del golpismo militar «a la sudamericana» y el dominio económico de las oligarquías tradicionales dependientes del capitalismo extranjero, la izquierda argentina no tuvo más remedio, en 1972, que apoyar con sus votos la vuelta del peronismo a través de la coalición Frejuli (Frente Justicialista de Liberación) cuyo candidato presidencial, el peronista de izquierda moderada, Héctor J. Campora (los militares no dejaron que se presentara Perón) obtuvo el 49,59 por 100 de los votos en las elecciones de agosto de 1973. Un mes más tarde Perón volvería a ser presidente.

La muerte acabó con El Macho *Perón, 10 meses más tarde de su regreso y tercer acceso a la presidencia argentina. Le sucedió su esposa y vicepresidenta Isabelita Perón (María Estela Martínez), que abandonó toda moderación y neutralidad, giró su política claramente a la derecha (olvidando el apoyo electoral no sólo de la izquierda sino inclusive de la extrema izquierda montonera). y al amparo de la corrupción y el misticismo mafioso de su valido López Rega (1974-1975) los militares volverían a «golpear» y a instaurar una cruel dictadura en marzo de 1976, dictadura que duró hasta octubre de 1983.*

De inmediato, un servicio de informaciones militar estableció la mentira que contenía el episodio denunciado. Esta evidencia apuró un golpe que estaban preparando en las últimas semanas elementos de la Marina, con el apoyo de algunos grupos civiles. El 16 de junio debía realizarse un desfile aéreo como parte de la «reparación» debida. Ante el horror de la gente, que circulaba por el centro de la ciudad en sus ocupaciones habituales, los aviones hicieron vuelos rasantes sobre la plaza de Mayo y la Casa de Gobierno, lanzando bombas que hicieron impacto sobre el edificio y en los alrededores y dejaron un número indeterminado de muertos y heridos. Al mismo tiempo, grupos de infantes de marina y de civiles tomaron la Casa Rosada en una rápida operación.

Perón no estaba allí. Alertado por una confidencia —se dijo que fue el embajador norteamericano quien le hizo saber la inminencia del ataque— se había trasladado al ministerio de Guerra, algunos centenares de metros más allá de la Casa Rosada. Desde allí dirigió la represión. El ministerio de Marina, donde se encontraba el núcleo de los insurrectos, fue tomado; uno de los jefes se suicidó y los pilotos sublevados, con algunos civiles comprometidos, cruzaron el río de la Plata para aterrizar en Montevideo.



El cadáver de Perón, expuesto ante el pueblo en 1974.

Esa noche Perón pronunció un torvo discurso prometiendo «ajusticiar» a los sublevados, tras de lo cual, grupos peronistas se lanzaron a incendiar iglesias como represalia. La Curia Eclesiástica, con su precioso archivo colonial, los viejos templos de San Ignacio, Santo Domingo, San Francisco, San Nicolás y otros fueron parcial o totalmente quemados ante la pasividad de las fuerzas de seguridad.

En los días que siguieron, silenciosas manifestaciones de fieles visitaron los escombros de los templos; el espectáculo borraba la barbarie del indiscriminado bombardeo efectuado por los revolucionarios. Para la oposición, la jornada del 16 de junio marcaba un punto de no retroceso; para el oficialismo, iniciaba una etapa de cien días en cuyo transcurso Perón habría de evidenciar la pérdida de su sentido de la realidad y de sus cualidades de estratega.

El 6 de julio rompió el silencio que había guardado desde la trágica noche del 16 del mes anterior, pronunciando un discurso sensacional. Anunciaba que daba por concluida la etapa revolucionaria de su régimen, entrando en un período legalista. Se refirió con cierta consideración a los opositores y los invitó a dialogar sobre la necesaria pacificación.

Al mismo tiempo, se desprendió de los funcionarios más aborrecidos de su elenco y llamó a algunos dirigentes de la primera época del movimiento. Eran tan insólitas estas palabras y decisiones en el estilo de la conducción peronista, que nadie las interpretó como una sincera rectificación, sino como una confesión de debilidad sobre la cual había que presionar hasta lograr el derrocamiento.

Por lo pronto, la apertura ofrecida por el presidente sirvió para romper el cerco de silencio que ahogaba a la oposición. El 27 de julio, Arturo Frondizi, presidente del máximo organismo del radicalismo, planteó a través de la radio las condiciones que exigía la pacificación anunciada, desde la devolución de las libertades perdidas hasta la anulación de la concesión petrolera de la Patagonia. Fue un discurso que reveló la talla de un estadista. Pero en ese momento, el impacto que recibieron millones de radioescuchas residió en el hecho de oír una voz contraria al gobierno, después de nueve años, a través del éter.

Fue Perón quien rompió este *impasse*. El 31 de agosto, por la mañana, todas las radios del país transmitieron una novedad asombrosa: el presidente renunciaba. «Con mi retiro —decía Perón— presto al país el último servicio desde la función pública». Pero al mismo tiempo y

como para denunciar la poca sinceridad de la decisión, todo su aparato de propaganda empezó a difundir expresiones de adhesión y la CGT convocó a una concentración en la plaza de Mayo para pedir el retiro de la renuncia presidencial.

Era una fría y desapacible tarde invernal la que enmarcó la última reunión de masas del régimen peronista. Ante una multitud que respondía mecánicamente a las consignas que se impartían desde los altavoces, Perón pronunció un discurso demencial: «A la violencia hemos de contestar con una violencia mayor —afirmó—. Cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos... Hemos ofrecido la paz: no la han querido. ¡Lucharemos hasta el final! ¡Esta lucha que iniciamos no ha de terminar hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado!»

Fueron palabras insensatas. En primer lugar, porque terminaron abruptamente con las vacilaciones de los conspiradores y los escrúpulos de los militares legalistas. Después, porque no fueron seguidas por medidas consiguientes; nada se hizo en los días sucesivos para «aniquilar y aplastar» a la oposición, aunque ocurrió algo que sobresaltó a los hombres de armas, cualquiera que fuera su actitud frente a Perón: la CGT ofreció organizar «milicias populares» en defensa del régimen, oferta que el ministro de Guerra declinó con cierta molestia, atribuyéndola al «entusiasmo patriótico» de la central obrera.

En los círculos de la conjura, a su vez, Aramburu anunció que no seguía adelante; consideraba insuficientes los efectivos comprometidos, pero se puso a disposición del nuevo jefe revolucionario, el general retirado Eduardo Lonardi, cuyo concepto estratégico era distinto. Pensaba Lonardi que bastaba crear y mantener un foco rebelde en cualquier punto del país, para que el régimen se derrumbara.

Los hechos dieron la razón a la estrategia de Lonardi. En los días que siguieron, las unidades que se enviaron contra el foco revolucionario cordobés sufrieron sospechosas parálisis o se plegaron, en plena marcha, a la revolución. Los aviones que se mandaban a hostilizar el foco rebelde se unían a Lonardi, mientras la flota avanzaba inexorablemente y amenazaba bombardear diversos objetivos.

Perón se iba quedando solo. No hubo una iniciativa coherente para defenderle. Su aparato monolítico había perdido la vertebración íntima; estaba quebrado, carecía de motivaciones y su anquilosis lo incapacitaba para pasar a la ofensiva. Ante la evidencia de esta situación, el presidente envió una carta a la junta de generales que estaba apreciando el panorama en el ministerio de Guerra; en su ambiguedad, la comunicación parecía contener su renuncia. Tras una tormentosa discusión, fue interpretada como tal y desde ese momento Perón fue marginado del poder.

La madrugada del 20 de septiembre, el que fuera el líder de las masas argentinas pedía asilo en la embajada del Paraguay, desde donde se le condujo apresuradamente a un buque de guerra de este país que se encontraba ocasionalmente en el puerto de Buenos Aires. El 2 de octubre trasbordó a un hidroavión militar paraguayo. Empezaba su largo exilio. En ese momento, mientras una mitad del país aclamaba a la «Revolución Libertadora» y la otra mitad lloraba silenciosamente, nadie podía suponer que casi dos décadas más tarde Perón volvería a la Argentina como presidente, por tercera vez, ungido por una aplastante mayoría.

La historia, como los hombres, tiene a veces caprichos asombrosos, y lo que falta contar de la trayectoria de Perón es acaso tan apasionante como lo que hemos relatado en las páginas anteriores.

F. L

Dicen los comentaristas políticos que el éxito popular del peronismo o el justicialismo se basaba en la demagogia y la hipocresía de que «Perón dijese a cada argentino lo que éste quería escuchar de él», es decir, un discurso diferente en cada ocasión, dependiendo del auditorio. Pero la leyenda de Evita Perón, su rostro rubio de piel blanca y labios muy rojos, sigue vivo en muchos hogares de los suburbios. Escribía Evita en su libro-testamento La razón de mi vida *(1952): «Estuve muchos días triste cuando me enteré que en el mundo había pobres y había ricos; y lo extraño es que no me doliese tanto la existencia de los pobres como el saber que al mismo tiempo había ricos». Era un mensaje infantil pero que llegaba al corazón de los* descamisados.



El busto de Eva Perón colgado cabeza abajo por antiperonistas.

CRONOLOGIA


Jean Cocteau con manos y palomas, *de Philippe Halsman.*


El retorno del viajero, *de Adolph Gottlieb.*

Política internacional

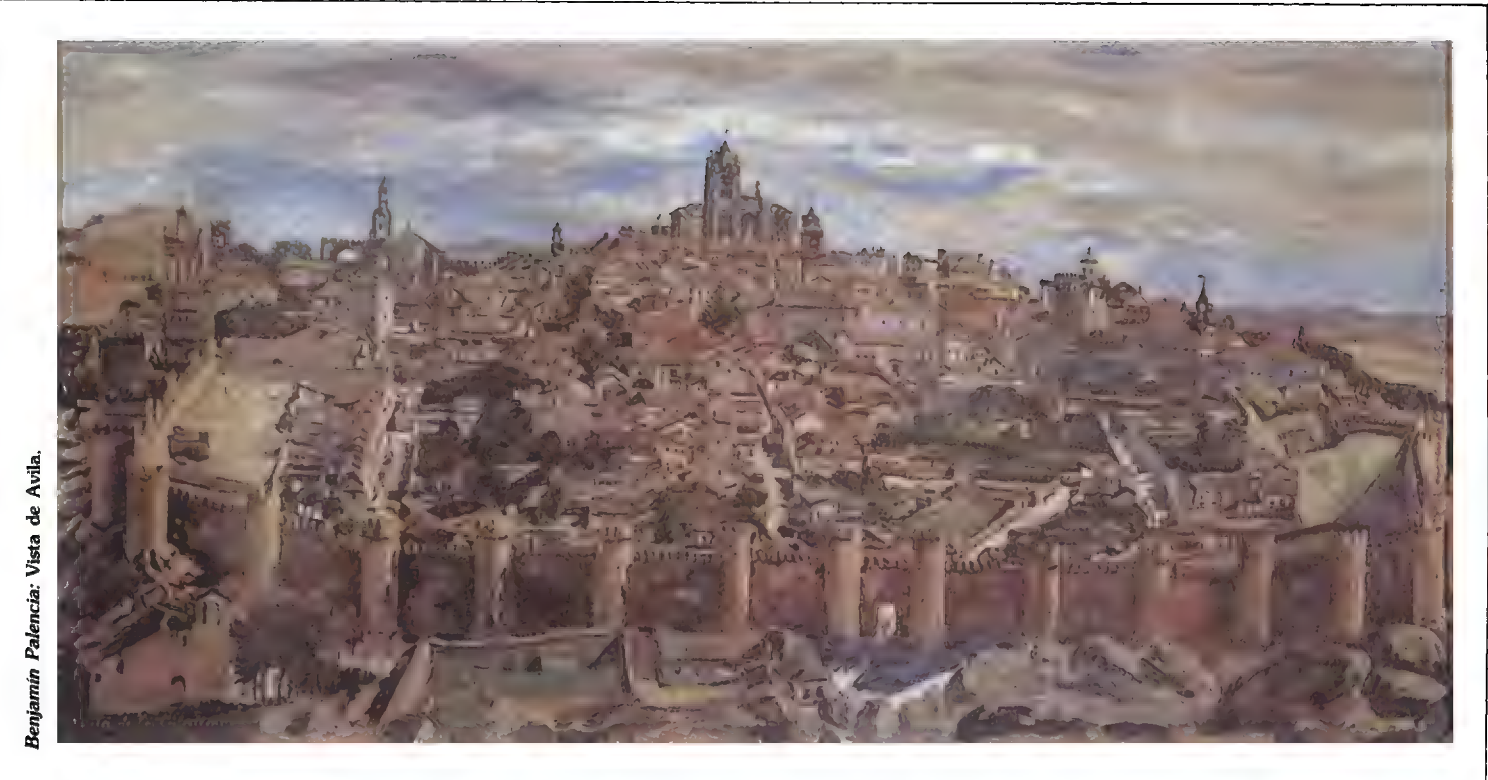
Proclamación de la República Popular de Albania.
Las tropas soviéticas se retiran de Manchuria.
El general Charles De Gaulle dimite como primer ministro francés.
Juan Domingo Perón es elegido presidente de Argentina.
Firma de un tratado de alianza entre Gran Bretaña y Transjordania.
Modificación de la Constitución en la Unión Soviética. El Consejo de Comisarios del Pueblo se llamará Consejo de Ministros.
Hungría se proclama república.
Democratización de Japón bajo directrices norteamericanas. Shigeru Yoshida elegido presidente del Consejo de Ministros.
Winston Churchill, en un discurso pronunciado en Fulton, Missouri, emplea el término «telón de acero» al referirse a la política empleada por la Unión Soviética para separar Occidente de la Europa del Este. Empieza la «guerra fría».
Estados Unidos devuelve las Azores a Portugal.
Georges Bidault es elegido presidente del Consejo de Ministros de Francia.
El rey Víctor Manuel III de Italia abdica a favor de su hijo Humberto II.
Las votaciones celebradas en Italia dan mayoría a la formación de una república. Humberto II se exilia.
Formación de un gobierno provisional en la India. Jawalharlal Nehru es elegido presidente interino.
Proclamación de la independencia en Filipinas.
Reinstauración de la monarquía en Grecia. El rey Jorge II regresa del exilio.
Mariano Ospina Pérez es elegido presidente de Colombia.
Aprobación de una nueva Constitución en Japón. El poder político del emperador pasa al Parlamento.
Después de un plebiscito, Bulgaria se convierte en república popular. El rey Simeón y su madre abandonan el país.
La Asamblea General de las Naciones Unidas condena el régimen español. Retirada de embajadores en Madrid y bloqueo a España.
Guerra civil en China.
Muere el dirigente socialista español Francisco Largo Caballero.

Sociedad

Celebración de la primera Asamblea General de la ONU. Trygve Lie es elegido secretario general.
Autodisolución de la Sociedad de Naciones.
Publicación de las sentencias del proceso de Nuremberg.
Fundación de la Organización Mundial de la Salud.
Aprobación del sufragio femenino en Italia.
Coronación de la Virgen de Fátima en Portugal.

Economía

Argentina envía ayuda económica a España.
Las minas, compañías de gas, electricidad y seguros de Francia son nacionalizadas.
Las empresas alemanas en zona soviética son confiscadas.



Benjamín Palencia: Vista de Avila.

En Yugoslavia es nacionalizada toda la economía.
Celebración de la sesión inaugural del Banco Internacional, con sede en Washington.

Ciencia y tecnología

El almirante estadounidense Richard Byrd emprende la cuarta expedición a la Antártida.
Invención en Estados Unidos del primer sistema automatizado de producción.
Descubrimiento en México de los restos de Hernán Cortés.
Obtención de una foto de la Tierra desde una altura de 130 kilómetros por un cohete V2 lanzado desde White Sands (Estados Unidos).
El presidente estadounidense Harry Truman funda la Comisión de Energía Atómica.

Literatura

Hermann Hesse, premio Nobel.
André Gide: Diario, 1939-1942.
Carl Zuckmayer: El general del diablo.
Simone de Beauvoir: Tous les hommes sont mortels.
Pär F. Lagerkvist: Barrabás.
Nikos Kazantzakis: Zorba el griego.
Juan Ramón Jiménez: La estación total.
Robert P. Warren: Todos los hombres del rey.
Rober Lowell: El castillo de lord Weary.
Hermann Broch: La muerte de Virgilio.
Mueren Gerhart Hauptmann y H. G. Wells.

Cine

Roberto Rossellini: Paisà.
Jean Cocteau: La bella y la bestia.
Marcel Carné: Las puertas de la noche.
William Wyler: Los mejores años de nuestra vida.
Vittorio de Sica: El limpiabotas.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Frederick March por Los mejores años de nuestra vida, *y a la mejor actriz a Olivia de Havilland, por* Vida íntima de Julia Norris.

Teatro

Jean-Paul Sartre: Muertos sin sepultura.
Eugene O'Neill: La cometa de hielo.
Jean Cocteau: El águila de dos cabezas.

Música

Gian Carlo Menotti: La médium.
Benjamin Britten: El rapto de Lucrecia.
Igor Stravinski: Concierto de ébano para jazz band.
Muere Manuel de Falla.

Pintura y escultura

A. Gottlieb: El retorno del viajero.
Fernand Léger: Composición con rama.
Kurt Schwitters: Sobre la marcha.
Benjamín Palencia: Vista de Avila.
Inauguración en el Museo de Arte Moderno de Nueva York de la exposición sobre Picasso Picasso. Fifty Years of his Art.

Arquitectura

Le Corbusier construye «módulos habitables» en Marsella.



«Gracias America», proclama este buque francés a su salida de Nueva York

1947

EL PLAN MARSHALL

[illegible] Plan Marshall, lanzado por Estados [illegible] en el verano de 1947 con- [illegible] la economía y el orden [illegible] tras la Guerra. Permitió [illegible] y sentó las bases [illegible] de la prosperidad indus- [illegible] Además, al cubrir casi [illegible] «vacío de dólares» surgido [illegible] continente, Norteamérica ex- [illegible] zona de influencia crea- [illegible] América Latina y Cana- [illegible] «buen vecino» del presidente Roosevelt. Lo de menos fue el precio, siempre rentable, de montar un imperio, pues la «siembra de dólares» continuó tras 1952 en otras formas y lugares. Su recepción dio contenido al multilateralismo, la integración y cooperación de Occidente.

La otra cara de la moneda es que se iniciaba así la política de bloques, se posibilitaba la «guerra fría» y nacía un esquema internacional altamente insatisfactorio para el Tercer Mundo.



Invertir para reconstruir

La derrota del Tercer Reich hitleriano en los campos de batalla y la paz que le siguió, lamentablemente no trajo la abundancia. Los aliados del Este y el Oeste de Europa habían vencido al nazismo con el apoyo de Estados Unidos, pero, a diferencia de éstos, que mantenían su estructura productiva intacta por no haber sufrido la guerra en su territorio, la mayor parte de Europa estaba completamente destruida y con la victoria siguió imperando el hambre, tanto entre los vencedores como entre los vencidos. La Europa desangrada por los dos conflictos bélicos mundiales del siglo tuvo que dejar paso a los Estados Unidos de América como nación hegemónica y superpotencia económica y militar de la segunda mitad del siglo XX.

Los niveles de vida de Europa durante la Segunda Guerra bajaron mucho más que en el anterior conflicto; inferiores a las necesidades de subsistencia en la URSS, Polonia, Yugoslavia y Grecia, en países como Francia, Bélgica y Holanda el consumo se redujo a la mitad, pues la producción había descendido por debajo de los dos tercios con respecto a la de 1938 al tiempo que los impuestos de ocupación absorbían otra tercera parte. Las pérdidas de bienes de capital, de acuerdo con los datos recopilados por Aungus Maddison, oscilaron de 1939 a 1945 entre el 25 por 100 de la URSS y el 3 por 100 de Noruega, pasando por el 18 por 100 del Reino Unido, 16 por 100 de Austria, 12 por 100 de Alemania, 10 por 100 de Francia y 7 por 100 de Italia.

En este marco, sin embargo, se iba a producir el «milagro»: gracias al éxito de la reconstrucción, la renta real del europeo medio se triplicaría en dos décadas; mientras entre 1913 y 1950 la producción por habitante aumentó sólo el 1 por 100 anual, a partir de entonces el crecimiento fue cuatro veces más rápido, en uno y otro bloque.

Cuando empezó a verse clara la victoria, los estudios de los economistas y las conversaciones entre aliados y gobiernos libres tenían algo muy claro: no repetir la experiencia, desastrosa para muchos, de los intentos de normalización económica tras la Primera Guerra.

Teorías como la del economista británico Keynes estaban destinadas a encajar en los intereses de los Estados Unidos, que antes de la guerra se aseguraron en América Latina y Canadá un área privada del dólar, donde invirtieron durante el conflicto 12.000 millones de dólares. A cambio de productos como azúcar, café, frutas, cobre, estaño y petróleo, se aseguraban las ventas de manufacturas.

Siguiendo lo que luego fueron conocidas como directrices keynesianas, gobiernos de tres continentes, que elevaron el mantenimiento de altos niveles de empleo a la categoría de responsabilidad nacional, según Robert Lekachman, se preparaban a influir sobre la demanda global estimulando el consumo, la inversión privada, la inversión pública, o los tres a la vez. La conferencia celebrada en Bretton Woods en el verano de 1944 fue el intento aliado de prepararse con tiempo para aquellas necesidades. Allí, frente a las más ambiciosas aspiraciones del economista británico (un organismo que administrara la liquidez internacional mediante una unidad de cuenta que impidiera los desajustes del pasado con el oro), prosperó la propuesta atenuada del norteamericano Harry Dexter White: crear un Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y, paralelamente, el Fondo Monetario Internacional (FMI) para pro-



Los franceses celebran la capitulación del Tercer Reich.



mover la estabilidad de cambios, mediante la rigidez de paridades en torno al dólar y eliminar barreras a los pagos. En vez de un banco central que poseería su propia moneda, se acordó una sociedad por acciones (cada país depositaría oro y monedas) que limitaría la tendencia de los deudores a aumentar sus deudas y no incrementaría sus recursos en proporción al futuro comercio internacional. En la práctica, al dejar de relacionar la acumulación de oro con la de ventas al exterior, los países tendrían que reunir dólares, lo que provocó fuertes aumentos de la circulación de dicha divisa de 1949 a 1968.

El nacimiento y vida del nuevo sistema monetario, que iba a ser engrasado rápidamente por la lluvia de dólares sobre Europa, fue eficaz y rentable en los aspectos económico y político, según Ramón Tamames. Los países europeos salían de la guerra con sus industrias destruidas, sin *stocks* de materias primas, con grandes deudas frente a Estados Unidos (derivadas de la Ley de préstamos y arriendos para el conflicto), o con importantes reparaciones por pagar (Alemania e Italia). Como lo precario de la situación empujaba a los partidos socialistas y comunistas a reclamar la socialización, sólo había dos salidas: o la ayuda de EE. UU., único país en condiciones de concederla, o la planificación socialista, con la esperanza de que la fuerte reducción temporal en el consumo permitiría la inversión y la rápida recuperación. La primera fue adoptada por Europa del Oeste; la segunda, por los países del Este.

Durante la guerra, los Estados Unidos habían transferido a sus aliados alrededor de 43.600 millones de dólares del Fondo de Préstamo y Arriendo (en torno al 4,75 por 100 de la renta nacional en el período). Su reparto —son datos de Maddison— fue: Reino Unido, 30.000; URSS, 10.700; los demás países, 2.900.

El Reino Unido, que también había recibido gratis mil millones de dólares de Canadá, se sorprendió en septiembre de 1945, cuando el presidente Truman anunció la suspensión de todos los préstamos y arriendos. Keynes fue enviado al otro lado del Atlántico a por el dinero necesario para salir del paso. Esperaba una donación pura y simple, según Lekachman, y consiguió 3.750 millones de dólares al 2 por 100 de interés y a devolver a partir de 1951; luego fue criticado por la operación en ambos países, y el propio Galbraith la califica de fiasco.

Poco iba a durar este cambio de actitud de Truman, que había complicado a Gran Bretaña su recuperación económica y de prestigio (durante la Guerra casi paralizó las ventas a América Latina y acumuló deudas comerciales a egipcios, indios, canadienses, sudafricanos y australianos). Si en principio los EE. UU. parecían más preocupados por sus problemas internos, la desmovilización de doce millones de

Era muy difícil para los europeos empezar de cero. A los sufrimientos físicos y morales de la guerra —la divulgación de las barbaridades que los nazis hicieron en los campos de exterminio impactó gravemente a la mayoría de la población alemana— había que añadir el hambre y la desolación de la posguerra. En Berlín, por ejemplo, no había un trozo de leña con que calentarse en el frío invierno de 1946, y el hallazgo de una piel de patata en un cubo de basura podía considerarse un milagro. Enfermedades que se creían erradicadas como el tifus y la tuberculosis se cobraban miles de víctimas. Y en eso llegaron los americanos con aviones repletos de medias de seda y chocolatinas.



Una ciudad devastada por los bombardeos.



Los berlineses miran el desfile de los aliados.



La ayuda americana llega a la capital de Francia.

El Plan Marshall o Programa para la recuperación europea (European Recovery Program) fue una necesidad propia de la economía norteamericana —en plena expansión y producción masiva— que necesitaba de países estables y mercados consumidores para poder mantener su ritmo de crecimiento. Paralelamente, ya habían estallado las tensiones con los hasta entonces aliados soviéticos y cada bloque tenía necesidad de apoyar y promocionar su propio modelo de sociedad. Frente al comunismo, acusado de «repartidor de miseria», los Estados Unidos «vendieron» en su zona de influencia el american way of life, *la abundancia material, la sociedad de consumo de masas y convencieron a la mayoría de los europeos.*

soldados, que por la creciente influencia soviética en el oeste y su afianzamiento al este, la influencia en Norteamérica de tesis como la del «telón de acero», de Winston Churchill, fue espoleada por la denuncia británica del avance comunista en Grecia y Turquía. Su plasmación fue el discurso —la doctrina Truman—, que el presidente pronunció el 12 de marzo de 1947 ante el Congreso: «Creo que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que están resistiendo a las tentativas de subyugación por parte de minorías armadas o presiones extranjeras (...) Creo que debemos ayudar a los pueblos libres a elaborar su propio destino según sus propios métodos». Era el anuncio oficioso de lo que cuajó en la Ley European Recovery Program, conocida por Plan Marshall, aunque sólo se habló entonces de la ayuda a Grecia y Turquía contra la «subversión comunista».

El programa de George Catlett Marshall

El general que dio nombre al Plan, George Catlett Marshall, luego premio Nobel de la Paz de 1953, seis años antes de morir a los 79 de edad, había dirigido la guerra desde el Estado Mayor del Ejército y acababa de intentar convencer a Chiang Kai-shek para que saneara el gobierno chino, cuando Truman le nombró secretario de Estado. Dean Acheson, que actuó como adjunto y luego le sustituyó al pasar Marshall a la presidencia de la Cruz Roja Norteamericana, el mismo año que entraba en vigor el Plan, enmarcó el 8 de mayo las palabras de Truman en los problemas de la reconstrucción europea. El discurso programático lo pronunció G. C. Marshall el 5 de junio en la universidad de Harvard.

Tras repasar la situación de Europa, Marshall dejó claro que los intereses de Estados Unidos estaban en juego, por lo que se comprometía a suministrar «ayuda incondicional» a «un programa europeo en el que se reuniesen varias naciones europeas o todas ellas». «La política norteamericana», dijo «no está dirigida contra ninguna doctrina ni país en particular, sino contra el hambre, la pobreza, la desesperación y el caos».

Washington y Moscú debían estar convencidos del alcance de la oferta. «Ningún gobierno que maniobre para bloquear la recuperación de otros países», palabras del general, «puede esperar ayuda de nuestra parte. Aún más, los gobiernos, los partidos políticos o los grupos que traten de perpetuar la miseria humana o aprovecharse de ella políticamente o de otro modo, tendrán que enfrentarse con la oposición de Estados Unidos».

No se ocultaba a nadie que en esta actitud tan generosa de Estados Unidos hacia Europa habían influido, junto al tema de Grecia y Turquía, el *putsch* de Checoslovaquia, el bloqueo de Berlín y las relaciones de los partidos comunistas francés e italiano con las coaliciones en el poder —de hecho, 1947 marca su ruptura—. También se habían cortado las negociaciones sobre préstamos de los Estados Unidos y del Banco Mundial para la URSS y Polonia. Los más avezados, según Michael Barrat, podían saber que desde 1944 en la Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Rehabilitación (UNRRA) se operaba con una lista negra de abastecimientos de Estados Unidos hacia países socialistas, luego interrumpidos ante la opinión de que «no existía necesidad de una mayor ayuda», pese a su mayor devastación.

No obstante, en la oferta Marshall se guardaron las formas, posiblemente porque después de 1945 hubo una gran expansión del intercambio Oriente-Occidente. Incluso las conversaciones consiguientes con el ministro soviético Molotov daban la impresión en principio, de una disposición favorable a la cooperación, aunque no hasta el punto de permitir una interferencia norteamericana. Sin embargo, la URSS anuncia su rechazo en la Confe-



Vagones del llamado Tren de la amistad.

En la década de la posguerra, es decir, desde 1945 a 1955, los Estados Unidos distribuyeron en ayuda exterior unos 51.000 millones de dólares, de los cuales vinieron a suelo europeo (el Reino Unido y Francia primero, y Alemania Occidental más tarde, fueron las naciones más beneficiadas) unos 33.500 millones de dólares. La ayuda sirvió para restañar las heridas de la guerra, establecer sólidos lazos comerciales entre el viejo y el nuevo continente y colocar al frente de los nuevos regímenes europeos a los aliados estratégicos de los Estados Unidos (conservadores, centristas y liberales) desplazando a los izquierdistas (el caso Italia es enormemente ilustrativo), que habían llevado el mayor peso de la lucha contra los fascismos.

rencia de París, por considerar que EE. UU. intentaba «volver a poner a Europa bajo sus pies», y no admite divergencias. Checoslovaquia y Polonia la siguen.

Las comisiones encargadas en EE. UU. de dictaminar la viabilidad del Plan —la Krug, para investigar los recursos disponibles; la Nourse, para informar de posibles repercusiones interiores, y la Harriman, para prever los problemas generales— dictaminaron en pocos meses su conveniencia. Al fin y al cabo, la economía de los EE. UU., al igual que durante la anterior guerra, había registrado rápidos avances del excedente exterior, mientras las europeas decaían. La balanza de pagos llegó a alcanzar un superávit de 10.000 millones de dólares anuales y la escasez de moneda en Europa amenazaba la posterior expansión del comercio norteamericano, necesidades de política exterior aparte.

Fechas, conclusiones y objetivos

El 2 de abril de 1948 el presidente Truman firmó la ley del Programa de recuperación europea, para el que se fijaba una duración de cuatro años (hasta el 30 de junio de 1952) y con el objetivo final de devolver el equilibrio a las balanzas de pagos de los países europeos. Cada país podría disponer gratuitamente del 85



Estibadores franceses descargan la ayuda americana.



Reunión de dirigentes de países beneficiados por el Plan Marshall.

La derrota del Tercer Reich supuso la ocupación militar de Alemania por los soviéticos (zona oriental y Berlín), norteamericanos, franceses y británicos (zona occidental y sectores de Berlín) y su división posterior en dos países diferentes, dada la desigualdad de regímenes y modelos de sociedad impuestos por los vencedores. En septiembre de 1949 nacía en Bonn la República Federal de Alemania (RFA) con modelo occidental, gobierno conservador y englobando a dos tercios de la población alemana, más de 10 millones de refugiados procedentes de las zonas ocupadas por el Tercer Reich en otros países, más cerca de millón y medio de alemanes del Este que prefirieron pasarse a Occidente. Un mes más tarde nacía en Berlín la República Democrática Alemana (RDA), inspirada en el modelo de Estado del comunismo soviético. Ambos países figuran hoy a la cabeza económica de sus respectivos bloques.

por 100 de la ayuda acordada; el otro 15 por 100 correspondía a préstamos a largo plazo. Dos organismos se encargarían de la administración: la agencia federal ECA (Economic Cooperation Administration), que formalizaría acuerdos independientes con los países participantes; y la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica), formada el 16 de abril de 1948 para coordinar la distribución de la ayuda.

El Plan tenía cuatro grandes bases: fomentar la integración y la cooperación internacional entre los países miembros, aumentar la producción mediante la modernización del equipo productivo, mantener la estabilidad financiera interna, y promover las exportaciones para superar el déficit de las balanzas de pagos.

En palabras de Ramón Tamames, «los norteamericanos (...) se dieron perfecta cuenta de que cualquier clase de asistencia económica sería ineficaz si desde el mosaico de pequeños mercados separados del viejo continente no se evolucionaba hacia una mayor libertad de tráfico». Si el FMI y el BIRF servían para pasar del bilateralismo al multilateralismo en los pagos y tender hacia la liberalización, hasta la llegada de las ayudas Marshall no empezó a funcionar realmente el sistema. Y éstas llegaron de la mano de la cooperación e integración. El solo anuncio del Plan puso en marcha el primer convenio intraeuropeo de pagos y permitió superar los problemas de la reciente Unión Aduanera creada por Bélgica, Holanda y Luxemburgo, que habían protagonizado en 1930, con otros cuatro países nórdicos (Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia), los tímidos e infructuosos esfuerzos de la Convención de Oslo para poner un límite al creciente proteccionismo arancelario suscitado en Europa a raíz de la Gran Depresión.

Desde abril de 1948 a principios de 1952, período de duración inicial del Plan Marshall, la ayuda (5/6 en donativos y 1/6 en préstamos) superó los 12.000 millones de dólares. Cerca de la mitad quedó en Gran Bretaña y Francia, que recibieron respectivamente —en cierta proporción a sus pérdidas y dimensión económica— el 26 por 100 y el 23 por 100 de la ayuda. Pero si este primer dinero sirvió para impulsar la recuperación tras reequipar las industrias y proveerse de materias primas —los niveles anteriores a la guerra se alcanzaron en torno a 1950, gracias al anticipo de los avances en la agricultura, que resultó favorecida por la motorización y electrificación y fue capaz de aumentar la productividad y ceder mano de obra a la industria—, los límites de la ayuda se desdibujan más tarde, tomando diversos aspectos: ayuda militar, préstamos a largo plazo, subvenciones, etc.

En la década inmediata a la guerra (1945-1955), los Estados Unidos distribuyeron por el mundo unos 51.000 millones de dólares, de los cuales Europa recibió unos 33.400. Entre prés-

tamos y cesiones durante el período del Plan de Recuperación Europea, el total pudo ascender a unos 20.000 millones de dólares. Las cifras oficiales para toda la ayuda económica y militar entre mediados de 1945 y mediados de 1971 apuntan a 33.616 millones de dólares en subvenciones a Europa Occidental y 13.095 millones en préstamos brutos (de ellos, 9.831 reembolsados entre principal e intereses). Con las transferencias a Europa Oriental y a los organismos regionales (2.733 y 2.381 millones de dólares sólo en subvenciones), el dinero enviado al continente ronda los 50.000 millones de dólares (38.729 en subvenciones y 14.424 en préstamos, de ellos devueltos 10.617).

Realizaciones y milagros

La eficacia de los apoyos Marshall fue grande y rápida, pero desigual, en los países europeos. Se iba a notar enseguida el empuje liberalizador del comercio mundial promovido por Estados Unidos desde el nuevo armazón institucional (FMI, GATT, etc.). Y también la inexistencia de períodos de extrema deflación como en 1921. En este ambiente, hasta un país con tantas pérdidas, problemas y errores como Gran Bretaña pudo encauzar las ayudas, mediante el laborismo triunfante en 1945, hacia una política de fuerte aumento de las exportaciones, nacionalización de sectores intensivos en capital (hulla, electricidad, gas, Banco de Inglaterra, etc.) y montaje de una potente Seguridad Social, que luego popularizaría el llamado Estado del Bienestar. Los racionamientos duraron poco, aunque la austeridad y los impuestos de apoyo distaron de ser populares en un principio.

Otra cosa fue el reparto del aumento de la riqueza, origen de descontentos especiales en Francia, donde los 7.000 millones de dólares de ayuda total (2.000 en créditos, antes del Plan Marshall, otro tanto durante el mismo entre 1948 y 1952 y 3.000 más hasta 1955 como ayuda económica, militar o pago de tropas norteamericanas estacionadas) se emplearon para financiar las importaciones necesarias para despegar o para ejecutar el Plan Monnet, fuente de logros importantes en la construcción de viviendas y que restauró el equilibrio en las industrias de equipamiento, las cuales tiraron luego del consumo. El ejemplo de «milagro» en la recuperación y en la redistribución, de acuerdo con los estudios de Sergio Ricossa, lo proporcionó Italia, al menos hasta 1963, año hasta el cual el aumento medio de la producción industrial fue del 8,1 por 100, resultados sólo superados en los países industrializados no socialistas por Japón y, posiblemente, Alemania Occidental. Gracias a los 2.000 millones de dólares recibidos del exterior —hasta 1946 la UNRRA, luego la ayuda provisional y a partir de 1948 el Plan Marshall—, Italia dio impulso a la economía a través de importaciones gratuitas o semigratuitas, en principio, de cereales, carbón, petróleo, materias primas, artículos médicos y, al fin, de equipos y conocimientos industriales.


George C. Marshall.

George Catlett Marshall (1880-1959) fue un militar norteamericano (Filipinas, Primera Guerra Mundial, China) que se especializó en cuestiones de intendencia y organización. Posterior presidente de la Cruz Roja de EE. UU. y premio Nobel de la Paz en 1953, fue el secretario de Estado encargado por el presidente Harry Truman (el que ordenó arrojar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki) de organizar la ayuda material norteamericana a los países devastados por la guerra, especialmente a Europa. Fue también uno de los reorganizadores del potente ejército estadounidense de la posguerra que pronto intervendría en el conflicto de Corea.

Pero el «milagro» conocido por todos es el de apellido alemán, acaso por la mala conciencia occidental de que la ocupación retrasara el relanzamiento hasta mediados de 1948. En cuatro años, el PNB aumentó un 67 por 100, pese a las diversas cargas posbélicas como la división, el desmantelamiento de un millar de fábricas, la desconcentración y descartelización de empresas, las exportaciones forzosas, las prohibiciones de producción y los refugiados. Y eso que, según ha estudiado Karl Hardach, el valor de las cargas impuestas por los aliados excedió a la ayuda recibida (hasta 1954 unos 4.400 millones de dólares), inferior en los años de mayor intensidad al 5 por 100 del producto nacional.

Otra causa de la imagen del «milagro alemán» radica en la comparación con la República Democrática de Alemania, surgida de la zona de ocupación soviética. Hardach recuerda que la política de desmantelamiento acordada por los vencedores en Potsdam fue cumplida con especial energía por la Unión Soviética: 20

por 100 de reducción de la capacidad industrial, seguida de la toma de propiedad de un tercio de la capacidad restante cuando la URSS se dio cuenta de que la anterior política disminuía los envíos. El valor de bienes y servicios tomados durante la primera década de posguerra se calcula en 20.000 millones de dólares, cifra que casi duplica la cantidad gastada bajo los auspicios del Plan Marshall en Europa hasta finales de 1951. Pese a todo, incluida la emigración de tres millones de personas a la otra Alemania tras la construcción del muro de Berlín en 1961, en 1958 los dirigentes de la RDA siguieron el ejemplo de los líderes soviéticos (superar a EE. UU. antes de 1970), y anunciaron la intención de sobrepasar a finales de 1961 el índice de consumo por habitante de la RFA. Las estadísticas dicen que rara vez alcanzó el 70 por 100. Era otro modelo. Además, las estadísticas señalan también que los productos nacionales de Europa oriental crecieron más que en la occidental.

El ejército de Estados Unidos, primero, y los constantes envíos de material norteamericano del plan Marshall, después, significaron un sueño para millones de europeos, curtidos en las privaciones de la guerra y la posguerra. El reparto de mercancías iba desde juguetes —escena que recoge la fotografía— a ropa interior de señora, pasando por medicinas y los clásicos paquetes de tabaco rubio, chicle o chocolatinas.



Regalos americanos de Navidad para los niños de París.

Durante la «guerra fría», en la Europa del Este, en la zona del rublo, se reprodujo el entramado institucional del Oeste en lo económico y lo defensivo, con la diferencia ya indicada de los pagos indemnizatorios —Polonia y Rumania los tuvieron como la RDA—, así como la inexperiencia mercantil soviética (antes de la guerra, el comercio agregado de Europa oriental era cuatro veces superior al de la URSS). No obstante, las prohibiciones capitalistas al intercambio con el Este, sobre todo a raíz del triunfo comunista en China (1949), provocaron la concentración del comercio dentro del bloque, que en realidad creció a ritmos superiores. Pero había otra diferencia importante que observa Barrat: mientras la esencia de los convenios del Mercado Común se basa en la liberalización de las restricciones sobre el movimiento de bienes de mano de obra y capital, la esencia del COMECON (Consejo para la Asistencia Económica Recíproca) reside en la empresa mancomunada, la consulta mutua y el desarrollo planificado. La totalidad del área era potencialmente autosuficiente (salvo en caucho, copra, café y diamantes), pero estaba en gran parte subdesarrollada. Y la URSS, primero con la división internacional de trabajo, después con la especialización en la manufactura, aplicó en ella su modelo: aparejar con los niveles de las partes más adelantadas el estándar de vida de las más atrasadas con relación a escuelas, servicios médicos, servicios sociales. Con el deshielo, se reanudaron los intercambios entre bloques, lejanos siempre de la importancia que adquirieron entre Europa y los Estados Unidos.

Lo que ganó Estados Unidos

Con la ayuda a la reconstrucción europea, al margen de haber cumplido sus intereses estratégicos, los EE. UU. se aseguraron un mercado estable para sus productos: entre 1938 y 1970 pasó de vender 1.250 millones de dólares a 14.620 millones. Sin embargo, entre 1955 y 1970 las exportaciones europeas a EE. UU. se elevaron el 10 por 100 anual, en tanto que las ventas norteamericanas a Europa lo hacían en el 7,1 por 100. Hay autores, como Barrat y Celso Furtado, que dan gran importancia al hecho de que Norteamérica se asegurara un imperio, considerado por el segundo como «una tercera fase en la evolución del capitalismo industrial» iniciada con el proceso de integración de las economías nacionales y coronada por la formación de un gran mercado internacional de capitales a partir de la segunda década de 1960. «El oligopolio», dice Furtado, constituye la cúspide de esa evolución: permite que un pequeño grupo de grandes firmas creen barreras a la entrada de otras a un sector determinado de actividad económica y administren conjuntamente los precios de ciertos productos».

El caso es que, mediante ayuda militar, préstamos, organizaciones internacionales, excedentes de alimentos, etc., los Estados Unidos

distribuyeron por el mundo entre 1945 y 1959 un total de 70.300 millones de dólares, de los cuales correspondieron a Europa 44.100. Unidos a los capitales privados, estos millones han extendido sus confines lejos de América Latina y Canadá, primer área del dólar.

Gracias al orden económico surgido tras la Segunda Guerra, el imperio del dólar se ha afianzado. Hoy, Estados Unidos, acusado por Europa de complicar sus problemas con la atracción de capitales que buscan seguridad y financian sus ingentes déficit fiscal y exterior, dominan en el entramado de los 21 países industrializados de Occidente (los de la OCDE). Tienen casi la mitad de la oferta monetaria de la zona, la quinta parte de las compras y de las ventas totales, el 40 por 100 del comercio interior de bienes de consumo, el 31 por 100 del empleo y el 35,5 por 100 de la producción industrial. Pero las críticas fundamentales, aparte de las ideológicas, le vienen de los eufemísticamente llamados Países en Vías de Desarrollo (PVD), cuya participación en el comercio internacional pasó de representar el 31,6 por 100, en 1950, al 21,4 por 100, en 1960, y no deja de disminuir.

El alegato fundamental de los subdesarrollados radica en que los mercados libres no favorecen su desarrollo, en que acentúan las distancias entre ricos y pobres, ya abismales. En un año como 1964, los EE. UU. añadieron a su renta nacional el equivalente al volumen de toda la renta nacional de los países africanos.

La insatisfacción de los PVD ha articulado, frente al librecambismo, a niveles teóricos, una estrategia reformista (trabajos de Raúl Prebisch y de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL) y otra radical (André Gunter Frank, Cardoso y Faletto). Momentos de uno y otro signo ha tenido, en el doloroso terreno de la realidad, la búsqueda de un nuevo orden económico internacional, a través del diálogo Norte-Sur (países industrializados-países subdesarrollados). Las presiones de los momentos reformistas, basadas en la evidencia de que el mercado tiende sistemáticamente a perjudicar a los menos poderosos, han pasado por intentar convencer a los países desarrollados de que, más que redistribuir su riqueza, persiguen repartir mejor la que pueda crearse. La estrategia radical, en sus versiones de desvinculación o de confrontación, busca transformar la situación en sentido revolucionario.

Todos los intentos por configurar un nuevo orden han topado, además de con el escaso peso económico y político de los países subdesarrollados, que cuando ejercieron su mayoría numérica en la ONU encontraron ante ellos el voto de calidad occidental, con la poca voluntad de la mayoría de los países desarrollados y el dudoso interés de la Unión Soviética en el movimiento reivindicativo del Tercer Mundo. La URSS ve en la brecha Norte-Sur un subconflicto derivado de otro central: la contradicción Este-Oeste, que no se resolverá hasta el inevitable triunfo socialista.

G. M.

Bibliografía básica

CIPOLLA, C. M.: *Historia económica de Europa*, Ariel. Barcelona, 1980.
BARRAT BROWN, M.: *Después del imperialismo*, Siglo XXI. Madrid, 1976.
FURTADO , C.: *El desarrollo económico: un mito*, Siglo XXI. Madrid, 1979.
GALBRAITH. J. K.: *La era de la incertidumbre. Memorias*, Plaza y Janés. Barcelona, 1981.
LEKACHMAN, R.: *La era de Keynes*, Alianza Editorial. Madrid, 1970.

Estos niños de una escuela parisina no sólo reciben diariamente una ración de leche en polvo y un trozo de queso norteamericano, sino que en Navidad se les entrega ropa de abrigo y juguetes que vienen del otro lado del Atlántico, junto a las características tabletas de chicle. Sus compañeros europeos del otro lado del «telón de acero» no tendrán tanta suerte y su infancia será mucho más dura.



Chicle y chocolatinas americanas para la nueva Europa.

1947



Mezquita Bibi Ka Maqbara en Aurangabad.

Frente al sueño de Gandhi, el apóstol de la no violencia, de una Unión India, pacífica y unitaria, donde musulmanes e hindúes convivieran bajo la misma bandera, la fuerza del fanatismo religioso impuso la división del país en dos estados: la India y el Pakistán, este último subdividido a su vez en Pakistán Occidental y Pakistán Oriental (la actual Bangladesh, independizada en 1972), separado del anterior por más de 2.000 kilómetros de territorio indio. Sólo en los meses posteriores a la independencia hubo disturbios religiosos que ocasionaron más de 100.000 muertos y el desplazamiento forzoso de unos 17 millones de personas.

LA INDEPENDENCIA DE LA INDIA

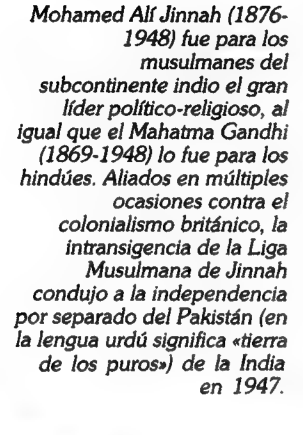
LA historia de la Unión India resulta impensable sin un cuadro de confrontación religiosa entre los hindúes, la religión-cultura más extendida, y la mayor de las minorías, la musulmana, ambas permanentemente en lucha despiadada por hacerse un espacio a costa de desplazar a la rival. Dos formas de vida diametralmente diferentes, con estructuras de clase antagónicas y sistemas de valores enfrentados, han pugnado durante los últimos cuatro siglos con una crueldad insospechada. La violencia, partera de la historia, contribuyó en la India a lograr en su tregua el surgimiento de un Estado gigantesco, labrado por la reivindicación común de la independencia entre hindúes y musulmanes desde el año 1916, en el que, mediante el pacto de Lucknow, Gandhi y el líder islámico Mohamed Alí Jinnah comenzaron a invocarla de consuno utilizando la no violencia del Mahatma como terrible arma.

La codiciada independencia llegaría en 1947, tras una densa cadena de represión y de reformas adoptadas por los británicos, dueños absolutos del subcontinente desde que la victoria de Plassey, en 1757, allanara la penetración de la omnipotente Compañía de las Indias Orientales al derrotar a los franceses, que también codiciaban aquellas tierras y mercados.



Lord y lady Mountbatten, últimos virreyes británicos de la India, bromean con Nehru en 1947.

La carrera imperial



Mohamed Alí Jinnah (1876-1948) fue para los musulmanes del subcontinente indio el gran líder político-religioso, al igual que el Mahatma Gandhi (1869-1948) lo fue para los hindúes. Aliados en múltiples ocasiones contra el colonialismo británico, la intransigencia de la Liga Musulmana de Jinnah condujo a la independencia por separado del Pakistán (en la lengua urdú significa «tierra de los puros») de la India en 1947.

Con su sagaz política diseñada con miras estratégicas, los británicos se habían asegurado la penetración en la India desde que asediaron y tomaron Bombay en 1661, Madrás en 1679 y Calcuta en 1696, importantísimos puertos enclavados en cada uno de los lados de la gigantesca pirámide invertida de la India. Las rutas quedarían aseguradas por las innumerables bases del contorno africano, más Adén y Ormuz, de donde los británicos expulsaron a los portugueses ya en 1622.

Consolidado, pues, su dominio a partir de 1757 tras Plassey, los británicos comenzaron a dotarse de privilegios fiscales y administrativos que heredaron de los *zamindars,* jefes locales a los que muy pronto sometieron, lo mismo que a los amos de éstos, los decrépitos emperadores mongoles, que cedieron sin resistencia algunas de sus facultades fiscales, *divani,* a los hijos de Albión.

Tras sucesivas leyes, la Compañía de las Indias Orientales, bajo la cual anidaban en proporciones simétricas el pillaje y el comercio, pasó a depender primero de los gobernadores y luego del Parlamento de Londres. En numerosas ocasiones, los jefes locales intentaron unirse contra el invasor, como a finales del siglo XVIII, cuando la Liga de los Marathas se vinculó sin éxito al Nizam musulmán de Heyderabad y a Hayder Alí del sureño Mysore. No tardaría casi nada lord Wellesley en desarmar al Nizam, en someter a vasallaje a Mysore, en desbaratar la Liga y en anexhionarse Delhi, Agra y Bengala.

Muchos historiadores se han preguntado por las causas de esta penetración británica tan rotunda, constante e irreversible, que en ningún momento halló, hasta la presencia de Jinnah y de Gandhi en pleno siglo XX, verdaderos obstáculos consistentes que la evitaran.

Las razones de ello son complejas. La India se caracterizaba, antes de la llegada de los británicos, por ser un sistema formado por pequeños soberanos que mandaban, pequeños ejércitos que los sostenían y numerosos campesinos que corrían con los gastos de unos y otros.

El líder musulmán, Jinnah, habla en la Casa India de Londres.

El soberano mongol era dueño de la tierra, que no podía comprarse o venderse, sino que el soberano asignaba a su antojo. Una legión de funcionarios aseguraba el mantenimiento del régimen por los impuestos que recaudaban en las aldeas, casi siempre a sangre y fuego, con el propósito de enriquecerse a su costa. Todo ello en medio de la desconfianza de los soberanos, que recelaban de sus funcionarios por el riesgo de que éstos pudieran establecer sobre las aldeas la base de un poder territorial enfrentado al central del señor.

Los soberanos acostumbraban a ceder a las tentaciones explotadoras de los administradores locales, sobre el campesinado, a cambio de que no atentaran contra la unicidad soberana del señor. Para evitar, empero, la secesión, el sistema institucional impedía a los sátrapas la transmisión de sus bienes y de las tierras por ellos administradas a sus descendientes. Los bienes, al igual que las funciones o cargos asignados por el soberano, revertían nuevamente al tesoro y al arbitrio regio una vez que el administrador fallecía, en no pocas ocasiones por la antelación voluntaria del fatal plazo por decisión del soberano.

Las dificultades de atesorar bienes cristalizaron en una exacerbación desaforada del lujo, una de las características perennes de los regímenes vigentes en la India, que siempre ha subsistido junto con una expansión de la miseria sin precedentes en toda la historia de la humanidad.

Despotismo oriental

En virtud de los obstáculos que a la acumulación ofrecía la burocracia agraria instalada por los mongoles, una de las formas más burdas del despotismo oriental, el excedente económico que en otras áreas del mundo permitió el nacimiento de la industria desde estructuras agrícolas, en la India no tuvo este destino. Incluso hoy, algunos consideran que el país permanece adscrito a la era preindustrial, ya que aquel excedente económico continúa siendo absorbido por terratenientes y prestamistas, quienes, junto a los conquistadores de toda laya que por allí se asentaron, y por succión del excedente económico se convirtieron en los principales factores del atraso y de la miseria todavía imperantes.

A esta estructura económica permanentemente deprimida y aprovechada de modo sagaz por el capital privado británico, la Compañía de las Indias Orientales, transformada luego en monopolio estatal al servicio de la corona británica, habría que sumar, para explicar las causas de la contundente penetración imperial inglesa, una estructura social marcada por un sistema de castas enraizado del todo y de muy difícil transformación. Las castas constituyen un sistema de organización social hereditario de carácter endogámico, en el que el individuo tiene asignada una función social intrascendible. Base consustancial al hinduismo, la casta abarcaba al individuo desde la concepción hasta la muerte, y sólo era remontable en el más allá, cuando el individuo podía reencarnarse en una casta superior si se había atenido a los preceptos de aquella a la que quedó asignado en su primer nacimiento.

Con esta estructura, cuya cúpula la ocupaban los sacerdotes, brahmanes, monopolizadores del saber sobrenatural, y cuya base la sufrían los intocables, parias desheredados, la movilidad social resultaba inconcebible y la pasividad, como actitud ante el sistema autorregulado de las castas, se convertía en la constante de la estática social. Existían consejos de castas y la vida de estas organizaciones tenía ámbito local, sin trascendencia nacional-estatal alguna.

La lucha por la independencia de la India fue un largo camino de movilizaciones de masas y protestas pacíficas —salpicadas siempre por miles de muertos— de los nacionalistas hindúes y musulmanes del virreinato de la India contra los colonialistas británicos, acostumbrados a mantener su dominio durante siglos, basado en el lema Divide and rule *(«Divide y gobierna»).*



Estudiantes indios se manifiestan en Londres con una efigie de Gandhi.

Si a ello unimos un sistema de explotación política como el encarnado por los mongoles, (solían destinar de por vida hasta siete hombres a cada elefante de los poseídos por ellos) que tenía por objetivo exprimir al campesinado hasta ese umbral inmediatamente anterior al éxodo del explotado y su familia, hallaremos algunas de las principales razones para explicar esa suerte de resignación que se ha venido atribuyendo tradicionalmente a los habitantes de la India.

Además de todo ello, la tosca tecnología agrícola empleada en el subcontinente y sin desarrollo aún hoy, ha determinado una serie de cultivos extensivos en el campo muy vulnerables a las condiciones climatológicas, especialmente dramáticas en la India, siempre pendiente de los monzones, en la frontera entre la lluvia benéfica y la inundación desastrosa. La agricultura del gigantesco país es, como se ha dicho, un verdadero desafío a las lluvias, y un sempiterno riesgo que roza el hambre, singularmente cruel con los pobladores del subcontinente.

Los ingleses se fueron de la India en 1947 (a nivel político se entiende, ya que a nivel económico y financiero dejaron intactas sus redes comerciales) con la despedida del último virrey, lord Mountbatten, de los dirigentes de los dos nuevos estados, Pakistán (en la foto, Jinnah) y Unión India.



M. Jinnah (izquierda) y lord Mountbatten en un acto oficial.

Cultivos extensivos, fatalidad religiosa, arbitrariedad meteorológica y explotación imperial acostumbran dar por resultado una sumisión social abrumadora. Esta será una ecuación perenne en la India hasta que una generación de jóvenes, estudiosos de las tradiciones de su pueblo y conocedores de la cultura imperial por haberse educado en la metrópoli, comenzaron en la cuarta parte del siglo XIX a establecer círculos conspiratorios en Londres, París, Berlín y San Francisco. Sobrevienen los primeros pronunciamientos nacionalistas en Bombay, sobre la costa occidental del país, y en la densa y mísera Bengala, hogar de los primeros activistas revolucionarios.

Años antes, en 1876, la reina Victoria de Inglaterra se hizo coronar en Delhi emperatriz de la India, mientras del pensamiento hindú surgían las primeras fórmulas sincréticas mixtas entre la filosofía de la India y la cultura occidental, duramente combatidas por los partidarios del retorno a las enseñanzas védicas, como Dayanand Sarasvati, enfrentando a la Brahma Samaj fundada en los años veinte del siglo XIX por Ram Moham Rey, reelaboradas y perfeccionadas por Ramakrishna años después.

Nace el Congreso Nacional Indio

En este caldo de cultivo, de creación y confrontación ideológica, así como de apogeo imperial, se crea en el año de 1885 el Congreso Nacional Indio, un movimiento independentista dirigido por sectores ilustrados comprometidos en el propósito de hacer salir a las masas miserables de la India de la postración en la que se hallan bajo el dominio imperial.

Con su lucha tenaz por la autonomía, consiguen inicialmente la irradiación de algunos efectos derivados de la aplicación de los principios del sistema democrático formal británico hacia los naturales de la India y logran el derecho de los nativos a nutrir el funcionariado de la Administración estatal, el del Consejo del Virrey —institución que detenta el máximo poder ejecutivo imperial— y en los Consejos Provinciales que a la sazón Gran Bretaña ha ido estableciendo por todos los principados del país, no tanto por filantropía política, sino más bien por la presión de las clases ilustradas locales y por la necesidad de dar una respuesta articulada a una pluralidad religiosa, política y social siempre próxima a la anarquía y a los brotes de violencia. Tilak, el incansable precursor de la emancipación, fustiga desde su diario *Kesari* a los rapaces virreyes ingleses. Su partido, el Congreso, se refuerza a pasos agigantados mientras, sagazmente, los británicos comienzan a segregar las provincias donde los musulmanes son mayoría. La impugnación política se amplía a la lucha de los nativos contra las medidas económicas que intentan a toda costa sumergir la economía de la India a un nivel en el que no ponga en peligro la desorbitada riqueza de los inversores británicos. Sobrevienen los primeros boicoteos contra los productos metropolitanos textiles, acompañados de sucesivas oleadas de terrorismo y represión, que desde entonces, primeros años del siglo, constituirán una constante.

1947

La independencia de la India



INDIRA GANDHI (Allahabad, 1917)

La historia contemporánea de la India ha ido estrechamente ligada a la de la familia Nehru. Indira Priyadarshini (literalmente «a la que es agradable mirar»), hija única de Jawaharlal Nehru, se inició pronto en la política: a los doce años militaba ya en las filas del Charja Sangh, movimiento de la juventud que apoyaba la acción del Mahatma Gandhi.

Su padre la envió a estudiar a Oxford, a Suiza y a la Universidad de Santiniketan, donde enseñaba Tagore. En Londres conoció a Feroze Gandhi (sin ningún parentesco con el Mahatma), un abogado de una casta y una religión diferentes, un *parsi*, con el que contrajo matrimonio en 1941, a pesar de la oposición de Nehru. Poco después de su viaje de bodas, Indira fue detenida durante trece meses por su actividad política.

Con la independencia de la India (1947), Indira comenzó una carrera a la sombra de su padre que la llevaría, en 1959, a la presidencia del partido del Congreso, en el que había ingresado nueve años antes. En 1960 murió de un ataque al corazón Feroze Gandhi, del que se había separado años antes. Del matrimonio habían nacido dos hijos, Rajiv y Sanjay.

A la muerte de su padre, en 1964, Indira ocupó el puesto de ministra de Información y Radiodifusión en el gobierno Sastri. Dos años más tarde, tras el fallecimiento de éste, consiguió la presidencia del Grupo Parlamentario del Congreso, que llevaba aparejado el puesto de primer ministro, por 355 votos contra 169 de Morarji Desai. Los jefes del partido,

Mujer y niña india ante una puerta ornamentada.

que habían creído encontrar en ella una persona fácilmente manejable, tendrían pronto ocasión de comprobar lo equivocado de sus previsiones. Aprovechando un fracaso electoral del Congreso en 1967, la primera ministra comenzó una larga batalla contra el aparato del partido que terminaría con la escisión dos años más tarde.

Las elecciones de 1971, fuertemente personalizadas bajo el eslogan «la India es Indira, Indira es la India», en las que el Congreso (de Indira) consiguió una aplastante mayoría, supusieron su consagración definitiva. Para millones de indios pasó a ser *la Madre*.

Su política vendrá marcada por un signo progresista: nacionalización de la banca, de los seguros, de las minas de carbón, abolición de la servidumbre, distribución de tierras a los campesinos pobres, lucha contra los especuladores... En diciembre de 1971, su prestigio se vio acrecentado por la victoria del ejército indio contra Paquistán en Bangladesh. Sin embargo, los problemas fundamentales de «la mayor democracia del mundo» hacen difícil su modernización. El hambre crónica (la cantidad de cereales disponibles por individuo era menor en 1976 que en 1961) los conflictos sociales y religiosos, el paro creciente, junto con las maniobras de sus enemigos políticos, fueron minando su imagen.

En junio de 1975 fue acusada de actos de corrupción electoral y sentenciada a la inhabilitación política. Como respuesta, la primera ministra declaró el estado de excepción, prohibió las actividades políticas y encarceló a centenares de opositores. En marzo de 1977 convocó nuevos comicios que dieron la victoria al partido Janata de la oposióin. En su caída influyó la política de su hijo Sanjay, envuelto en casos de corrupción y que había conducido una campaña de esterilización masiva que encontró una oposición popular muy fuerte.

Apartada del poder y encarcelada, en 1978, aunque puesta en libertad poco después, algunos creían su carrera terminada. Sin embargo, Indira mostró una voluntad ilimitada para reconquistar la influencia perdida. Las elecciones de 1980 en las que su partido conseguía de nuevo la mayoría, colmaron sus esfuerzos. El 10 de enero de ese año, *la Madre* recibía una vez más el encargo de formar gobierno.

La Liga Islámica de Mohamed Alí Jinnah nacerá de su mano en 1906, caracterizada por una tenacidad sin precedentes en la historia de la emancipación de los pueblos del Tercer Mundo, pero oscurecida por la brillante odisea de *Mahatma* Gandhi, *el Magnánimo,* el hombre que convirtió la no violencia en la forma suprema de presión y de lucha nacional para expulsar al dominador imperial británico.

El pacto de Lucknow

Con el pacto de Lucknow entre los seguidores de Gandhi y los de Jinnah, la reivindicación de la independencia es conjunta entre los hindúes y los musulmanes. La matanza de Amristar —más de mil personas desarmadas muertas a tiros por tropas al mando de británicos— es la respuesta imperial a la exigencia de los juramentados de Lucknow, pero no tardan en llegar las reformas Montagu-Chelmsford, que transfieren a los órganos autóctonos de poder, de cariz fundamentalmente local, competencias como las de la salud, la educación y otras, quedando las de policía y fiscalidad en manos de los virreyes.

Se racionalizan también las esferas centrales y provinciales del poder, en lo que será el bastidor político sobre el cual los padres de la independencia edificarán lo que algunos han denominado «la democracia parlamentaria más grande del mundo».

Entre estos líderes destacaba, junto a Gandhi, Jawaharlal Nehru. Todos ellos tomaron buena nota de las ventajas políticas que la organización administrativa del sistema democrático metropolitano podría deparar a su país una vez independizado. Con un tino extraordinario, edificaron su estrategia a largo plazo sobre la base de ir extrayendo parcelas de autogobierno peleadas palmo a palmo contra virreyes dictatoriales, como lord Reading, que no dudaba en matar o mutilar a miles de nacionalistas para mantener un principio de autoridad cada vez más contestado por el curso de la historia y por la bravura de los libertadores.

Modificando asimismo los aspectos más inhumanos del inamovible sistema de castas y con una atención permanente hacia la futura configuración industrial necesaria para los nuevos estados nacientes, los líderes del Congreso Nacional Indio alternaron con brillantez las reivindicaciones pacíficas con los motines insurreccionales, sin dar tregua alguna a los virreyes y a su sistema de dominio basado en las armas, empuñadas allí, paradójicamente, por tropas reclutadas entre la población nativa, pendjabíes y sikhs, sobre todo.

La contribución de la India a las filas antigermanas durante las dos guerras mundiales estuvo cerca de ser decisiva —llegó a tener en armas un millón de hombres, en el Oriente Me-



Asamblea constituyente del primer Parlamento de la Unión India. Nehru en primer plano.

dio y en Europa— de tal modo que en 1942, cuando Gran Bretaña atravesaba los peores momentos de su historia ante el enemigo hitleriano, el imperio se comprometió a otorgar la independencia a su ambiciada colonia, entonces «dominio», una vez finalizada la guerra.

Separación de Pakistán

Sobre la base de la Constitución ideada por Motilal Nehru ya en 1928, el final de la Segunda Guerra Mundial vio alumbrar la esperanza de la independencia. No obstante, la esperanza habría de venir sesgada por la dolorosa separación de Pakistán, zona dominada por los musulmanes de la tesonera Liga de Mohamed Alí Jinnah quien, como Gandhi, contemplaría su obra sólo unos pocos meses, al morir en 1948, un año después de la emancipación.

Cuando el 15 de agosto de 1947 la India adquirió la independencia, tras más de tres siglos de sujeción al Imperio británico, quedaba por delante una obra de titanes para edificar un Estado democrático avanzado, arrasado por sus colonizadores y postrado en la miseria de una explotación milenaria interiorizada, además, por una buena parte de sus paupérrimos pobladores.

Sin fronteras delimitadas, con un rosario de estados principescos en su seno que la independencia había dejado permanecer soberanos, así como otros tres estados que no habían optado ni por integrarse a la Federación India ni tampoco al Pakistán nacido independiente el mismo 15 de agosto, las armas comenzaron a vomitar fuego.

India se anexionó el Estado fronterizo de Jummu, y el de Heyderabad, en pleno corazón del país, mediante una operación de policía, según definieron las autoridades federales de Delhi. La exacerbación del sentimiento religioso entre las comunidades hindúes y musulmanas descolocadas por la partición indo-pakistaní, unida a los obstáculos abandonados adrede por los británicos en su retirada, hicieron surgir la llamarada de una guerra que en el disputado Pendjab limítrofe costó más de 200.000 vidas.

Un año después, tribus pathanes aleccionadas por Pakistán invadieron Cachemira, el territorio septentrional de la India rayano con Afganistán y China. Se logró un armisticio gracias a los generales británicos presentes aún en ambos ejércitos, pero China observaba con recelo de gran potencia, el mismo que mostró durante la secesión del Pakistán Oriental 31 años después, el despliegue de la Unión India en su bajo vientre geográfico.

El 26 de enero de 1950, tras una laboriosa redacción de cuatro años en la que se distinguió la mano del jurista Ambedkar, líder de la casta de los desheredados, la Constitución de la India veía la luz y alumbraba un sistema republicano federal con contrapesos centralizadores, un parlamento bicameral central, con parlamentos locales monocamerales o bicamerales en los Estados de la Unión, y una estricta delimitación entre las competencias de unos y otros.

Incluía también normas detalladas del gobierno presidencial, en previsión de situaciones de vacío de poder en los estados federados, así como férreas disposiciones para garantizar los derechos fundamentales del individuo, la separación estricta de poderes y un anexo orientado al favorecimiento de las a partir de entonces inconstitucionales limitaciones de los parias adscritos a la casta de los intocables. Las relaciones entre los poderes se establecían de un modo original, primaba el sufragio universal directo y secreto y el principio de la responsabilidad del Ejecutivo ante el Legislativo.

Todo este entramado constitucional, soporte de uno de los regímenes políticos más libres, sobrevenía tras siglos de expoliación por conquistadores extranjeros, después de haberse vertido ríos de sangre a manos de fanáticos, aventureros y emperadores.

R. F.

La Unión India se constituyó en agosto de 1947 como una República integrada por 17 estados autónomos y 10 territorios de administración central, poblados actualmente por más de 600 millones de personas. Pakistán, autoproclamado en la misma fecha como una República Islámica, cuenta actualmente con 83 millones de habitantes, tras la secesión, en 1972, de su gran provincia oriental, independizada con el nombre de Bangladesh y que englobaba a la mayoría de su población, 88 millones de habitantes. A nivel económico la división India-Pakistán supuso una grave disfunción para ambos países, ya que la primera concentraba las industrias y el segundo las zonas agrícolas.



Nehru propone a la Asamblea india la constitución de una República independiente.

1947

El Concorde en pleno vuelo.

MAS RAPIDO QUE EL SONIDO. DESARROLLO DE LA AVIACION COMERCIAL

LA Segunda Guerra Mundial, al igual que había ocurrido con la Primera, contribuyó de manera fundamental al desarrollo del transporte aéreo, y su final marcó el comienzo de la aviación moderna. Mientras en Europa se seguían construyendo aviones de combate, los Estados Unidos se habían convertido en el líder de la fabricación de aviones civiles de pasajeros y se dirigían claramente hacia un objetivo: volar más rápido que el sonido.

La meta no era fácil de alcanzar. La aviación se enfrentaba ahora a problemas de tecnología y de aerodinámica con muchas incógnitas pendientes de despejar.

El 14 de octubre de 1947, el piloto norteamericano Charles Yaeger rebasó la barrera del sonido a bordo del Bell X-1.



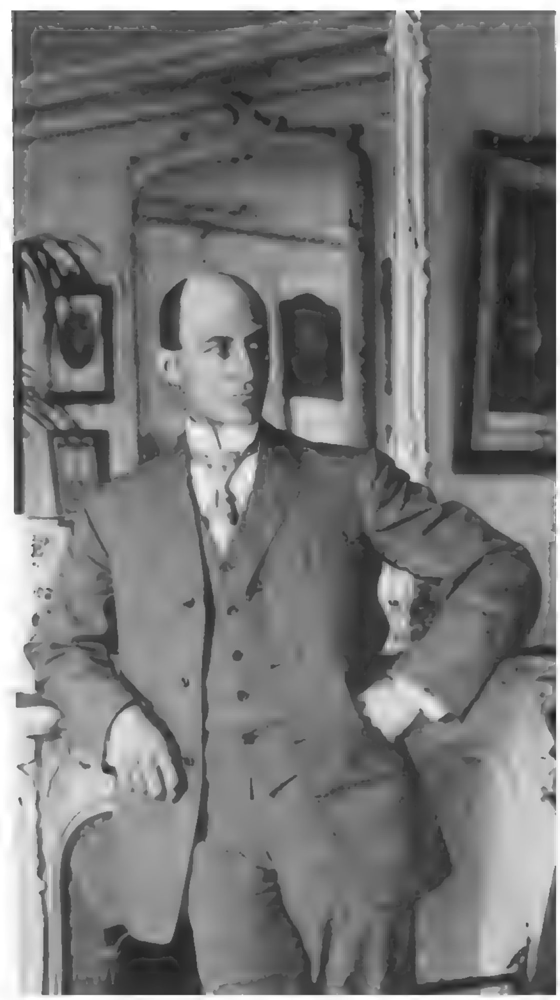
Antecedentes

Sin embargo, la aviación comercial nació como consecuencia de la Primera Guerra Mundial. El gran empuje que la guerra dio a la aviación en general abrió el camino para el desarrollo de las primeras operaciones comerciales. Se acondicionaron viejos bombarderos bimotores para el transporte de viajeros y comenzaron los primeros vuelos comerciales aislados en Inglaterra, Estados Unidos, la Unión Soviética y la India.

En 1919 ya funcionaban en Europa tres líneas diarias entre Berlín y Weimar, París y Bruselas y Londres y París. Estas operaciones se ampliaron rápidamente a medida que se fue obteniendo una mayor experiencia, tanto en vuelos nacionales como internacionales. El enfoque económico del transporte aéreo fue distinto según el país. Durante la década de los años 20 se realizaron grandes esfuerzos para producir aviones que fueran baratos de mantener, fiables en su servicio, atractivos para los pasajeros, seguros y razonablemente confortables. No obstante, el radio de acción de los aviones era muy limitado, ya que era preciso reabastecerse en puntos intermedios si la longitud del vuelo era superior a 500-600 kilómetros. Estas primeras aeronaves podían acomodar unas 12 o 15 personas, y hasta la década de los treinta no se consiguieron los primeros aviones de pasajeros económicamente rentables, gracias al desarrollo de la tecnología de los motores, la hélice de paso variable, las superficies de control móviles *(flaps)* y el tren de aterrizaje retráctil. En Gran Bretaña, Alemania y Francia comenzaron a operar aviones con una capacidad de 30 a 40 pasajeros, y al comienzo de la Segunda Guerra Mundial ya estaba en funcionamiento una red mundial de servicios aéreos.

En las rutas nacionales de los Estados Unidos se introdujo el más famoso avión de los anteriores a la guerra, el Douglas DC-3. Este avión hacía el viaje de Nueva York a Los Angeles en 24 horas (18 de las cuales eran en vuelo), con tres o cuatro paradas intermedias. En Europa, los imperios coloniales de Gran Bretaña y Francia y las ambiciones territoriales de Alemania e Italia favorecieron el desarrollo de los vuelos de larga distancia. La Unión Soviética también comenzó vuelos de larga distancia para unir con Moscú sus regiones más alejadas. Así, en 1937, la British Imperial Airways Ltd. comenzó un servicio de hidroaviones entre Southampton y el Lejano Oriente, con un vuelo inaugural a Nueva Zelanda. En esta fase del desarrollo de la aviación, los planes de posibles

La Segunda Guerra Mundial, al igual que todos los conflictos bélicos, supuso un período de notable incremento y desarrollo de los inventos modernos, entre los que la aviación se encontraba en lugar preferente. Arriba, Orville Wright, el piloto que junto a su hermano Wilbur, consiguió realizar en 1903 el primer vuelo mecánico (59 segundos, 266 metros) en Kitty Hawk (Carolina del Norte). Abajo, un bombardero alemán durante la guerra, en la que los germanos experimentaron diversas técnicas aeronáuticas y mejoraron muchísimo sus aparatos.



Orville Wright, pionero de la aviación.

rutas estaban determinados por el radio de acción de los aviones y por los escasos medios disponibles en cuanto a elementos de navegación y pistas de aterrizaje. Así, por ejemplo, la línea de Imperial Airways a Ciudad del Cabo (Africa del Sur) incluía tres segmentos servidos por aviones (Londres-París, El Cairo-Jartum y Kisumu-Ciudad del Cabo), dos segmentos servidos por hidroavión (Brindisi-Alejandría y Jartum-Kisumu) y dos días de ferrocarril (París-Brindisi y Alejandría-El Cairo,).

Se desarrolló una gran competencia entre la Royal Deutch Airlines (KLM), que operaba con DC-3 y la Imperial Airways, que operaba con hidroaviones, de modo que para mediados de 1938 ambas compañías tenían un servicio entre Europa Occidental y Sydney (el viaje duraba ocho días).

Air France servía rutas desde París, a través de Tanger y Dakar, en Africa; a Río de Janeiro, Montevideo y Santiago de Chile, en América del Sur, y hacia el este a El Cairo, Beirut, Calcuta y Hong-Kong. La compañía alemana Deutsche Lufthansa, por su parte, servía rutas a América del Sur, vía Lisboa, y a Bangkok, vía Bagdad y Karachi.

Por esta época, Alemania inauguró los servicios con dirigibles. Entre 1932 y 1937 operó una línea transatlántica servida por los dirigibles *Graf Zeppelin* y *Hindenburg*. Estas dos líneas iban de Francfort a Main, a Lakehurst,



Un bombardero alemán se dispone a despegar durante la Segunda Guerra Mundial.

Nueva Jersey y a Pernambuco (Recife) en América del Sur. Estos servicios transatlánticos finalizaron tras la destrucción, por un incendio, del *Hindenburg* en Lakehurst. Inglaterra también utilizó dirigibles en sus líneas a la India y Canadá, los modelos R-100 y R-101; estas líneas se suspendieron igualmente a consecuencia de un accidente, el de un R-101 en Beauvais (Francia), en 1929.

La posguerra

La nueva estructura de la organización del transporte aéreo surgió como resultado de las conferencias internacionales de Chicago (1944) y Bermudas (1946). La conferencia de Chicago dio como resultado la creación de la Organización Internacional de Aviación Civil (OIAC), que aún existe y que ha demostrado ser muy efectiva.

Los problemas respecto al tráfico aéreo entre Gran Bretaña y los Estados Unidos se resolvieron en la conferencia de Bermudas, donde, además, se decidió que las tarifas debían ser establecidas por los distintos gobiernos tras el visto bueno de la International Air Transport Association (IATA), organización privada constituida por las principales líneas aéreas de ámbito internacional. Las distintas conferencias de la IATA sobre distintos aspectos de tráfico, financieros y técnicos han ayudado de manera notable al desarrollo de la industria del transporte aéreo de la posguerra. En 1969, los miembros de IATA pasaban de cien, y esta participación contribuyó a la estandarización de aviones y equipo auxiliar.

En los Estados Unidos, al final de la guerra se pusieron en servicio los nuevos cuatrimotores DC-4 y Lockheed L.049 Constellation, capaces de servir, con un mayor número de pasajeros, las rutas desde Nueva York a San Francisco, Los Angeles y Chicago. La Transcontinental and Western Air (actualmente Trans World Airlines o TWA) introdujo el Constellation en la ruta Nueva York-Los Angeles en febrero de 1946, unas semanas antes de que la American Airlines hiciera lo mismo con el DC-4. El gran número de DC-3 y DC-4 disponibles, que habían sido utilizados como transporte de tropas durante la guerra, así como la gran demanda de transporte aéreo, determinaron la fuerte expansión de las actividades de líneas aéreas; así, la TWA, en febrero de 1946, inauguró la línea Nueva York-Londres con los Constellation de largo radio de acción y dotados de cabina presurizada.

En Europa, fue Gran Bretaña la que marcó la pauta en el transporte aéreo. En 1946 se fundó la British European Airways Corporation (BEA) que se hizo cargo de las operaciones europeas, extendiendo rápidamente su radio de acción a la costa del norte de Africa y este del Mediterráneo. En 1970 la BEA era la octava línea aérea mayor del mundo (con la excepción de Aeroflot, de la Unión Soviética, las mayores líneas eran las de Estados Unidos). La rápida expansión de BEA fue propiciada por la incorporación a sus líneas, en septiembre de 1946, del Vickers Viking, mucho más rápido que el DC-3. Air France fue reformada al comienzo de 1946 y estableció rápidamente una red de líneas europeas y transatlánticas. En julio de 1946 se creó la Scandinavian Airlines System (SAS), consorcio formado por las principales líneas aéreas de Noruega, Suecia y Dinamarca. No es posible resumir el desarrollo de todas las líneas aéreas durante este período, pero es de destacar que no sólo se produjo en los Estados Unidos y Europa, sino también en zonas del mundo mucho menos desarrolladas.

La turbina

El período entre 1946 y la mitad de la década de los 50 sirvió para la consolidación de las mayores compañías aéreas. Douglas y Lockheed ofrecían aviones cuatrimotor con mayor

Charles Lindbergh (Detroit, 1902-Kipahulu, Hawai, 1974) fue quizá el piloto más famoso de la historia de la aviación tras su travesía del Atlántico en solitario (Nueva York-París), hazaña realizada el 20 de mayo de 1927, a bordo del monoplano Spirit of Saint Louis.



Charles Lindbergh pilota un avión durante unas pruebas.



Los ejercicios de acrobacia aérea (militar o civil) sirven para experimentar variaciones en los prototipos y observar su funcionamiento real (fotografía de abajo) en situaciones difíciles. Los resultados luego se materializan en nuevos diseños de aviones como los Harrier *británicos de despegue vertical o los grandes supersónicos comerciales como el* Tupolev *soviético o el* Concorde *francobritánico, comenzados a explotar en viajes regulares en 1976, 14 años después de iniciada su construcción experimental. El* Concorde *(fotografía de la derecha), con 58,48 m de longitud, 25,6 m de envergadura, un peso vacío de 70 toneladas y equipado con 4 reactores* Olympus *de 15.900 kg de empuje cada uno, es capaz de transportar de 120 a 140 pasajeros a una velocidad de 2.336 kilómetros por hora (mach 2, 2), y alcanzar una altura de 19.500 m. Un pasajero del* Concorde *tarda en «cruzar el charco» de Londres a Nueva York sólo 3 horas y 45 minutos, frente a las 7 horas y media de un* Boeing 707 *convencional.*

autonomía, más confortables y con menores costes de operación. Los DC-4 y Constellation, inmediatos al fin de la guerra, fueron gradualmente reeemplazados por los Douglas DC-6 y DC-7, y el Lockheed Super Constellation; en las rutas pequeñas y medias el DC-3 dio paso a los bimotores Convair y Martin 404.

En Gran Bretaña el proceso de readaptación a una economía de paz impidió la competencia directa con la industria aeronáutica de los Estados Unidos, pues no estaba en condiciones de competir en el campo de los grandes motores de aviación; sin embargo, contribuyó con el desarrollo del motor de aviación de turbina. El británico Vickers Viscount fue el primer avión de hélice dotado de turbina (turboprop). La BEA encargó 20 Viscount, que estaba propulsado por motores Rolls-Royce Dat, en agosto de 1950, poniéndose en servicio en abril de 1953 en la ruta Londres-Chipre. Este avión atrajo la atención de numerosas compañías aéreas, llegando a venderse 440 unidades.

Mientras el Viscount imperaba en las rutas de corta distancia, las rutas largas aún dependían de los motores a pistón americanos. Cuatro años después de la aparición del Viscount se pone en servicio el Bristol Britannia, primer avión a turbina para largas distancias. El Britannia entró en servicio con la BOAC en febrero de 1957 en la ruta Londres-Johanesburgo. Un mes más tarde entró en servicio en la ruta a Australia, reemplazando a los Constellation y reduciendo el tiempo de vuelo a Sydney de 56 a 47 horas. El Britannia 300 entró en servicio en diciembre de 1957 para cubrir la línea Londres-Nueva York. El Lockheed Electra fue el único .avión de gran radio de acción a turbina que se produjo en los Estados Unidos para el

Aviones militares americanos hacen acrobacia aérea.


El Concorde recorta su moderna silueta contra el cielo.



mercado civil. Sin embargo, tanto el Electra como su competidor inglés, el Britannia, fueron aviones que vieron la luz demasiado tarde para que las compañías aéreas los adoptaran masivamente, pues ya había comenzado la era del motor a reacción. En mayo de 1952 la BOAC puso en servicio el British De Havilland Comet 1, para su línea Londres-Johanesburgo. Air France hizo lo propio en 1953 para sus rutas al Lejano Oriente, India y Africa. Sin embargo, en 1954 dos serios accidentes afectaron al Comet 1, de modo que fue retirado del servicio. Investigaciones posteriores revelaron que los accidentes habían sido motivados por un problema de fatiga del material, previamente desconocido, consistente en un gradual debilitamiento del mismo bajo condiciones constantes de tensión y vibración. De Havilland mantuvo su fe en el Comet y modificó su diseño básico, para crear el Comet 4, mayor en capacidad y radio de acción, que entró en servicio con la BOAC en 1958.

Los reactores

El 13 de octubre de 1955, Pan American encargó 20 Boeing 707 y 25 Douglas DC-8. Este pedido da origen a la era de los grandes aviones comerciales a reacción. Sin embargo, fue el Tupolev Tu-104 el primer reactor en entrar en servicio de una manera continuada, y lo hizo en septiembre de 1956. Las líneas aéreas de la Unión Soviética solamente habían operado con bimotores a pistón, de modo que el TU-104 supuso un gran impacto en el desarrollo de las comunicaciones aéreas de ese país. Los vuelos transatlánticos con reactores comenzaron en octubre de 1958 con la línea Londres-Nueva York de la BOAC servida por el Comet 4.

Esto ocurrió tan sólo tres semanas antes de que la Pan American introdujera el Boeing 707-120 en la misma línea. La Pan American se afianzó en su posición de líder en la ruta del Atlántico Norte con la incorporación, diez meses más tarde, del Boeing 707-320. Este fue el primer reactor comercial específicamente diseñado para vuelos intercontinentales, y fue utilizado por la mayoría de las compañías que operaban a través del Atántico. Otro competidor, el DC-8-30, se incorporó a la ruta del Atlántico Norte, dentro del seno de la KLM, en abril de 1960.

A lo largo de 1960 y 1961 las principales compañías aéreas que servían rutas de larga distancia incorporaron a sus flotas el 707 y el DC-8.

De los primitivos aeródromos de una sola pista, hangares de madera y pisos de hierba o tierra, hasta los modernos aeropuertos equipados con todos los servicios para las aeronaves y sus pasajeros, han pasado casi 40 años de desarrollo acelerado de la aviación comercial, en la que Estados Unidos fue nación pionera. En la foto, un viejo aeropuerto norteamericano en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Otras optaron por el Comet 4, el Convair CV880 o CV990 o el Boeing 720, versión reducida del 707.

Mientras tanto, Francia luchaba para reducir los costes de operación de los reactores en líneas de longitud pequeña y media. El birreactor Caravelle (de Sud-Est, más tarde Sud-Aviation y posteriormente Aéroespatiale France) fue el más original, ya que fue el primer avión en adoptar los motores traseros como filosofía de diseño. Air France dio un gran apoyo al desarrollo de este nuevo modelo, haciendo un pedido inicial de 12 unidades en febrero de 1956, nueve meses después del primer vuelo de pruebas. Cuando el Caravelle entró en servicio en mayo de 1959 la cartera de pedidos ascendía a más de 50 unidades, principalmente destinados a compañías europeas. Ya en febrero de 1961 nueve compañías aéreas operaban con el Caravelle en líneas europeas a las que se unió la United Air Lines, única compañía americana que compró el Caravelle, entrando en servicio en la línea Nueva York-Chicago en julio de 1961. La BEA optó por una versión de corto radio de acción del Comet, llamado Comet 4B, mientras que la KLM y Lufthansa continuaron operando con aviones turbopropulsados a la espera de la segunda generación de reactores de corto radio de acción.

La necesidad de un avión de capacidad media y corto radio de acción originó la aparición del Comet 4C y de los Boeing 720/720B. Los Boeing fueron masivamente utilizados en los Estados Unidos debido a la flexibilidad en sus operaciones y a su parecido con el Boeing 707, del cual se derivaba el 720. El éxito, tanto del 707 como del 720 colocó a la Boeing como líder mundial en la fabricación de reactores comerciales; a estos éxitos siguió otro aún mayor gracias al Boeing 727. El diseño de este avión incluía la incorporación de la cola en T, lo que permite la colocación de tres motores, una escalerilla trasera integrada y un generador auxiliar que permite disponer de energía eléctrica y aire acondicionado en tierra con los motores principales parados. Este avión, junto con la versión alargada 727/200, desarrollada a partir del primitivo 727/100, ofreció a las compañías aéreas de todo el mundo un avión flexible y económico capaz de satisfacer el *boom* de tráfico aéreo que trajo como consecuencia el desarrollo de los reactores comerciales durante la década de los 60. Durante 1970, United Air Lines contaba con 150 unidades del 727. Los fabricantes británicos intentaron competir con Boeing y Douglas mediante el Havilland Hawker Siddeley Trident y el Vickers BAC VC10, pero debido a su menor tamaño y mayores costes nunca consiguieron venderse con éxito fuera de Inglaterra.

A mediados de los años 60 comenzó la más competida campaña de ventas de la historia de la aviación comercial; se trataba de sustituir los aviones de corto radio de acción del tipo de los Viscount. El BAC One-Eleven de Inglaterra fue el primer reactor de corto radio de acción que entró en servicio, seguido ocho meses después del Douglas DC-9-10. La Douglas ofreció rápi-



Carga de un avión en un aeropuerto norteamericano al final de la década de los 40.

damente una versión alargada, el DC-9-30, consiguiendo con este avión la mayor parte del mercado de birreactores de corto radio de acción.

En 1970 se dio un gran paso en el desarrollo del transporte aéreo gracias a la aparición del Boeing 747; éste fue el primero de los reactores de fuselaje ancho, comúnmente llamados *jumbo*, ya que pueden acomodar hasta 500 pasajeros en clase turista. Sus primeros competidores fueron el Lockheed 10-11 y el McDonnell Douglas DC-10, seguidos por el Airbus, fabricado por un consorcio europeo que agrupa a varios países.

El transporte supersónico

En 1970 comienza la era del transporte supersónico de la mano del Concorde, proyecto anglo-francés, y el Boeing 2707, así como del Tu-144 en desarrollo por la Unión Soviética. El Concorde comenzó los vuelos transatlánticos en 1975; sin embargo, el futuro se presenta problemático para el transporte supersónico (SST). En el caso del Concorde por graves problemas financieros; para el Tu-144 debido al accidente sufrido en la exhibición de Le Bourget en 1973, y, en el caso del 2707, debido a que el Congreso americano votó en 1971 la no concesión de fondos para el desarrollo de ese proyecto. En cualquier caso, la explosión sónica originada al sobrepasar la velocidad del sonido hace problemática su utilización sobre zonas habitadas, a lo que se añade el problema de la contaminación que producen en la capa de ozono de la alta atmósfera.

Tras dos años de disminución, en 1970 comenzó un aumento sostenido de las operaciones de las líneas aéreas; en ese año se transportaron 307 millones de pasajeros que aportaban el 80 por 100 de los ingresos de las mismas. Mientras en la década de los 60 el incremento anual de pasajeros era del 15 por 100, en la década de los 70 ese incremento se redujo al 12 por 100 y en la década de los 80 puede estimarse en un 10 por 100, aproximadamente. Estos incrementos están referidos exclusivamente a los pasajeros transportados en vuelos regulares, pero hay que considerar un hecho que apareció a comienzo de los años 50: los vuelos *charter*. Estos vuelos no regulares, propiaciados por la expansión del turismo mundial, llegaron a transportar en 1970 unos 10 millones de pasajeros, sufriendo un incremento del 16 por 100 (contra un 12 por 100 de los vuelos regulares) durante la década de los 70, y con aún mejores perspectivas para la década de los 80. El mayor crecimiento de los vuelos *charter* junto con la aparición de aviones cada vez de mayor capacidad, ha hecho que las líneas aéreas aumenten sus esfuerzos en la planificación de un mayor número de servicios *charter* así como de vacaciones «todo incluido», basadas en grandes descuentos en los vuelos regulares.

M. R. E.



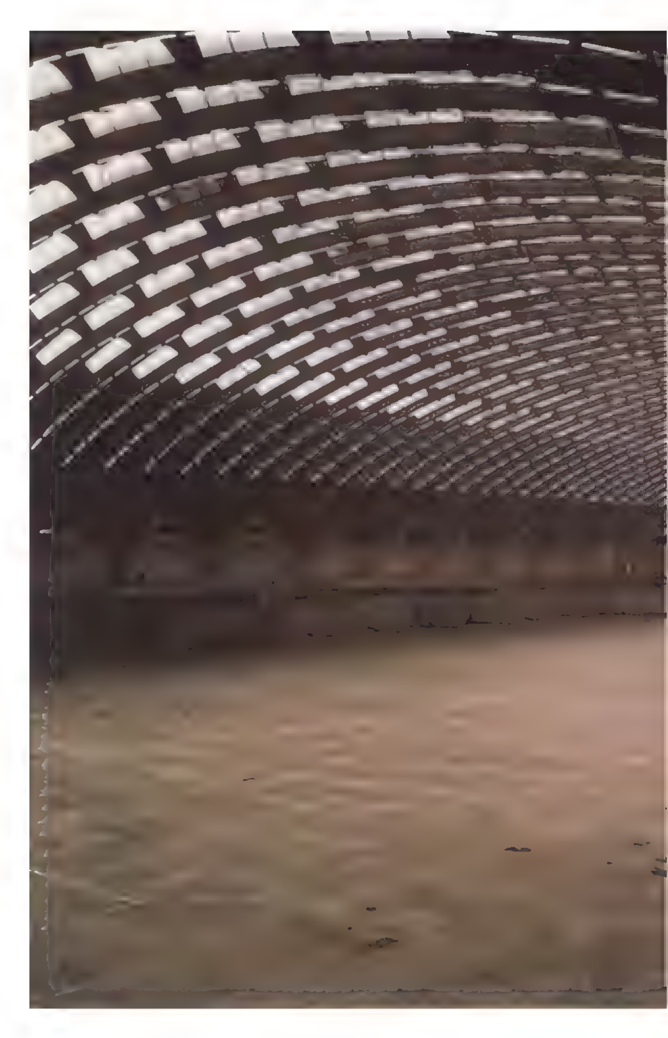
Robert Goddard, físico y técnico aeronáutico estadounidense.

Tras el primer vuelo espacial pilotado por un hombre, el soviético Yuri Gagarin, en abril de 1961, los aviones han dejado de tener hélices en su gran mayoría y se han convertido en aparatos con motores a reacción, similares a los de los cohetes espaciales, a los que inclusive han comenzado a parecerse cada vez más, como puede observarse comparando las siluetas de la nave espacial Columbia *con los aviones* Concorde *o* Tupolev. *En la foto, el físico e ingeniero aeronáutico norteamericano, Robert Hutchings Goddard (1882-1945), gran diseñador de cohetes estratosféricos y estudioso de los nuevos combustibles de los ingenios espaciales que comienzan a utilizar también los modernos aviones supersónicos, llamados así porque pueden volar a más de 1.062 kilómetros por hora (mach 1, en lenguaje técnico).*



Política internacional

Vincent Auriol, primer presidente de la IV República francesa.
El presidente norteamericano Harry Truman anuncia la doctrina que lleva su nombre, por la que se compromete a ayudar económica y militarmente a todos aquellos países que vean amenazadas sus libertades.
Muere el rey Jorge II de Grecia. Le sucede su hermano Pablo I.
Firma del tratado de Paz en París entre la Unión Soviética y Finlandia, Italia, Bulgaria, Hungría y Rumania.
La Comisión de la ONU decide dividir Palestina en un estado judío y otro árabe, dejando Jerusalén como enclave internacional. Protestas de árabes y judíos.
Tropas norteamericanas abandonan Islandia.
Birmania elige una Asamblea Constituyente y es expulsada de la Commonwealth por Gran Bretaña.
India se independiza, escindiéndose en dos estados independientes: India y Pakistán.
Golpe de Estado en Thailandia. El mariscal Luang Pibul Songgram implanta una dictadura militar.
Celebración de un referéndum nacional en España, cuyos resultados confirman la vuelta a un sistema monárquico.
Conferencia Panamericana de Río de Janeiro. Compromiso de apoyo mutuo en caso de ataque extranjero.
Abdicación del rey Miguel de Rumania. Rumania pasa a ser República Popular.
Guerra civil en Grecia. Jorge II pide ayuda a los Estados Unidos para luchar contra la guerrilla comunista.
Fallece el ex rey de Italia Víctor Manuel III.





Sociedad

Escisión del partido socialista en Italia. Giuseppe Saragat funda el partido socialdemócrata.
Se crea la «Oficina de Información Comunista», Kominform, con la finalidad de dar información y tomar contacto entre la URSS y los partidos comunistas de Europa.
Concesión del derecho a votar a la mujer argentina.
Charles De Gaulle funda el movimiento RPF (Agrupación del pueblo francés).
La pena de muerte es abolida en la URSS.
Creación del Consejo Mundial de Alimentación, FAO.
Aprobación de la ley Taft-Hartley sobre la libertad de agrupación de los trabajadores, en los Estados Unidos.



Bernardo Houssay y Federico Luis Leloire.

Economía

La Unión Aduanera de los países del Benelux entra en vigor.
Reforma monetaria en Austria, Suecia y la Unión Soviética. Italia efectúa una devaluación.
Nacionalización de los ferrocarriles en Argentina.
Gran Bretaña nacionaliza las minas de carbón.
George Marshall, secretario de Estado norteamericano, propone un plan de ayuda americana para la reconstrucción de Europa (Plan Marshall).

Ciencia y tecnología

El argentino Bernardo Houssay, premio Nobel de Medicina y Fisiología.
Charles Yaeger, de Estados Unidos, consigue superar la barrera del sonido a bordo de un Bell X-1.
Descubrimiento de los manuscritos más antiguos de la Biblia en Qumrán, junto al mar Muerto.



Cúpula del Salón de Exposiciones de Turín.

Peter Goldmark, de la compañía Columbia, inventa el disco de 33 revoluciones.

Sucesos

Se estrella un avión en Gredos, España, y fallecen todos sus ocupantes.
Muere el torero español Manuel Rodríguez Manolete, *a consecuencia de una cogida.*

Literatura

André Gide, premio Nobel.
Albert Camus: La peste.
Hermann Kasack: La ciudad detrás del río.
Thomas Mann: Doctor Fausto.
Malcolm Lowry: Bajo el volcán.
Gabriel Celaya: Movimientos elementales.
Muere Manuel Machado.

Cine

King Vidor: Duelo al sol.
Charles Chaplin: Monsieur Verdoux.
René Clair: El silencio es oro.
Jean Pierre Melville: El silencio del mar.
Elia Kazan: La barrera invisible.
Henri-Georges Clouzot: En legítima defensa.
Carol Reed: Larga es la noche.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Ronald Colman por Doble vida *y a la mejor actirz a Loretta Young por* Un destino de mujer.
Muere Ernst Lubitsch.

Teatro

Arthur Miller: Todas mis canciones.
Jean Genet: Las criadas.
Tennessee Williams: Un tranvía llamado deseo.

Música

Benjamin Britten: Albert Herring.
Arnold Schönberg: Un superviviente de Varsovia.
Gian Carlo Menotti: El teléfono.
Gottfried von Einem: La muerte de Danton.
Carl Orff: Las Bernardinas.
Paul Hindemith: Canciones de María.
Werner Egk: Abraxas.
Igor Stravinski: Orfeo.

Pintura y escultura

Constantin Brancusi: Prometedor.
Marc Chagall: La virgen del trineo.
Arshile Gorky: Agonía.
Alberto Giacometti: Hombre señalando.
Henry Moore: Tres figuras de pie.
O. Domínguez: Bodegón con imperdible.
Exposición internacional del superrealismo en París.
Muere Mariano Benlliure.

Arquitectura

Montuori y Asociados: Estación Términi, *Roma.*
Richard Neutra: Casa Kaufmann, *California.*
Alfonso Eduardo Reidy: Urbanización Pedregulho, *Río de Janeiro.*
Pier Luigi Nervi: Salón de Exposiciones *de Turín.*

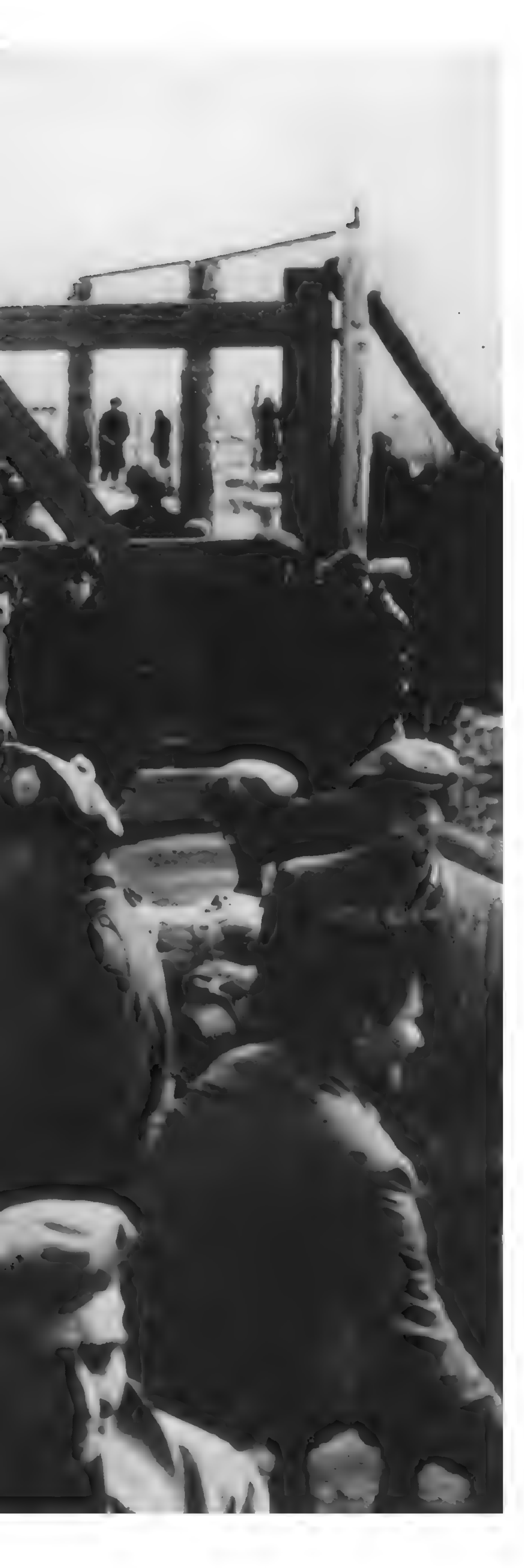


Bodegón con imperdible, ***de Oscar Domínguez.***

La creación del Estado de Israel, independiente desde el 14 de mayo de 1948, como refugio de la diáspora judía esparcida por el mundo y aprobada por las grandes potencias tras el exterminio intentado por los nazis, es una de las operaciones políticas más originales del siglo XX. Producto de la constante e inteligente actividad —violenta también cuando fue necesario— de los sionistas y otras organizaciones judías, activas desde mediados del siglo XIX, cuando los hebreos comenzaron a emigrar a Palestina y a comprar tierras a los árabes desde 1870. Los 60.000 judíos que vivían en Palestina en 1918 eran ya medio millón en 1940 y 600.000, en 1948. Desde entonces se han multiplicado por cuatro. Los grandes perdedores, los palestinos, son casi 2 millones de refugiados en otros países árabes y otros tantos viviendo bajo el dominio judío (7 por 100 de la población de Israel).



Judíos refugiados en Chipre salen de un campo con destino a Israel.



EL ESTADO DE ISRAEL

CUANDO agonizaba, Kafka soñaba con Palestina. Decía a la última mujer de su vida: «Vámonos a Jerusalem, y allí trabajaré de jardinero...». Luego, temiendo que se confundiera su ansia con una forma poética de lirismo, añadía: «O de camarero, o de lo que sea...». Cuando Kafka murió (1924) había en el mundo unos 15 millones de judíos, la mayor parte de ellos en Europa. Vivían diariamente la sensación de exilio: formaba parte de su vida cotidiana y de su lamentación. La frase «El año que viene, en Jerusalem» es del profeta Isaías, unos 700 años a. de JC., y sigue estando en sus oraciones. Es la consigna del sionismo: una fuerza milenaria que comenzó a tener valor político a finales del siglo XIX, que cuajó con la proclamación del Estado de Israel en 1948 y que vive hoy una considerable angustia dentro de una zona ensangrentada, móvil y en una perpetua agitación. Mucho dolor, muchos muertos, propios y ajenos: una historia de rudeza y crueldad que es parte de la historia del mundo en este final de siglo. Está sin dirimir.

Primera parte de la historia del pueblo de Dios

La primera parte de la historia comienza tres mil años antes de la era cristiana (todas estas fechas son, naturalmente, discutibles), y venía ya de un exilio, el de los semitas de Mesopotamia que, conducidos por Abraham, llegaron a una península del Asia Menor: Palestina. No estaban solos. Era una tierra rica, extendida en un largo valle entre el río Jordán y el Mediterráneo, y otros pueblos aprovechaban esa riqueza, entre ellos los filisteos (pilisteos, pilistinos: de ellos el nombre de Palestina, anterior a la llegada de los hebreos) y los recién llegados, hambrientos y sedientos, guerrearon con ellos: su larga trashumancia les daba fuerzas y estímulos frente a los acomodados sedentarios. Un descendiente de Abraham, Jacob, le dio el nombre de Israel (significado dudoso: los lingüistas vacilan entre «Combate de Dios», «Gobierne Dios», «El que ve a Dios»). Saul, David, Salomón, agrandaron el territorio. Después de Salomón, el reino se partió en dos, Israel y Judá (dentro de este último, Jerusalén) y comenzó la decadencia: llegaron otros nómadas, otros trashumantes, y se fueron imponiendo a los que se habían convertido ya, con el paso de los siglos, en sedentarios. Asirios, persas, griegos... Y, en fin, el gran imperio expansivo de aquel momento: los romanos. En el año 70 Tito ordenó la destrucción del Templo (una conmemoración de duelo que permanece en el calendario hebreo), y su sucesor, Adriano, ordenó la primera gran matanza de judíos de la historia. Algunos se ocultaron, se disfrazaron, se mantuvieron; otros, la mayoría, consiguieron huir y comenzar lo que se llama la diáspora: el larguísimo exilio. La estancia en Palestina (Israel, Judá) había durado mil años. La diáspora dura casi dos mil: siguen viviéndola y sintiéndose dentro de ella los judíos que no han regresado a Israel.

La postura británica de apoyo «al establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío», a partir de la Declaración Balfour hecha el 2 de noviembre de 1917 (Balfour era el secretario del Foreign Office o ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña), fue decisiva para los posteriores apoyos de Francia, Estados Unidos y el visto bueno de la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial. El líder sionista Theodor Herzl (Budapest, 1860-Austria, 1904), organizador del I Congreso Sionista en Basilea (Suiza) en 1897 y fundador de la Banca Nacional Judía para comprar tierras palestinas, creía en la superioridad de la raza (no de la religión) judía. En sus Memorias (publicadas en 1922) dejó escrito que «las fronteras del Estado judío deben ser: al norte, las montañas frente a Capadocia; al sur, el canal de Suez. Nuestro lema: La Palestina de David y Salomón». Toda una base ideológica que explica muchas de las guerras posteriores del expansionismo israelí.

Ben Gurion proclama la independencia de Israel.



El emir Abdallah de Jordania con el mayor británico Glubb Pachá.

La diáspora

Nada distinguiría este exterminio y este exilio infinito del pueblo judío de tantos sufridos por otros pueblos en la lamentable historia de la humanidad a no ser por dos razones que se mezclan la una con la otra hasta ser inseparables, y esta es la segunda parte de la crónica. Los judíos, o hebreos, o israelitas (la diferencia de nombres no atañe a la cuestión, aunque actualmente se distingue entre israelitas, como pertenecientes a esa comunidad mundial, e israelíes, o ciudadanos del Estado de Israel) tomaron durante ese primer milenio una noción enormemente valorada de sí mismos. Su monoteísmo, como fuerza cultural y civilizadora, unificadora, les dio una superioridad sobre los otros pueblos próximos; la lucha por la vida, el apiñamiento religión-estado, les envolvieron en unos preceptos duros que partían de la noción de «pueblo elegido». No la han perdido. Raza, religión, costumbres, una capacidad extraordinaria de transmisión de sus principios de generación en generación, fueron las sensaciones que se llevaron al exilio. Esta es la primera de las dos razones básicas de su persistencia. La otra se la dieron sus enemigos. Dispersos por Asia, Africa y sobre todo Europa, fueron mal acogidos en todas partes. Su propia exaltación les llevó a la discriminación, la cual a su vez aguzó su necesidad de sobrevivir, de ayudarse mutuamente y de no perder su identidad. Un círculo vicioso. Separados de los círculos de poder, imposibilitados de participar de las tres grandes esferas en que Europa iba formándose (aristocracia, ejército, iglesia, tan estrechamente



Vista general del valle del Jordán, el lago Tiberíades y las colinas del Golán.

unidos) tuvieron que desempeñar actividades paralelas: el comercio, la ciencia, la invención. Por esas vías obtuvieron parte pequeña del poder. Lo cual, a su vez, les distanciaba del pueblo; formaban una clase intermedia, presionada por las otras dos que se unían fácilmente contra ellos (el pueblo, en los países cristianos o mahometanos, se consideraba triunfante y dominante, y era más proclive a unirse con su opresor de las castas superiores que con los judíos, de los que se consideraban, a su vez, «superiores»). De esta larga época (que forma parte indisoluble de la historia de España) se pueden deducir las acusaciones peyorativas contra el «carácter» judío: la astucia, que necesitaban para disimularse de enemigos que querían exterminarles; el amor por el oro y las piedras preciosas, que eran bienes que podían llevar consigo mismos en casos frecuentísimos de persecución; la usura, que formaba parte del comercio y del principio de la banca. Se han desdeñado, en cambio, los grandes rasgos de laboriosidad, inteligencia y hasta genialidad de que han dado muestras. Podría afirmarse que el pueblo judío no es mejor ni peor que ningún otro, es su situación dentro de unas sociedades la que les ha dado lo que hoy consideramos características raciales, y que no son más que fruto de esa forma de vida.

Las dos grandes ramas en que se dividió la diáspora, y que existen aún muy fuertemente, son las de los sefarditas (*sefaradim,* de Sefarad, nombre que dieron a España), y la de los askenazim, desplazados por Europa. Los sefarditas, perseguidos especialmente a partir de la Reconquista, y por la Inquisición, huyeron hacia el norte de Africa y los países mediterráneos, y conservan en muchos núcleos el habla españo-

DAVID BEN GURION (Plonsk, Polonia, 1886 - Tel Aviv, Israel, 1973)

Político sionista cuyo verdadero nombre era David Gruen. Aprendió el sionismo en el seno de su familia y muy joven, en 1906, emigró a Palestina trabajando como granjero. Al año siguiente militaba en el partido socialista sionista. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, las autoridades turcas expulsaron a Ben Gurion, que se trasladó a Nueva York, donde, además de contraer matrimonio con Pauline Munweis, estableció firmes y duraderas relaciones con los grupos sionistas. Tras la Declaración Balfour (2-11-1917) se alistó en la Legión Judía del ejército británico. Conquistada Palestina y bajo mandato británico, fue uno de los creadores, en 1920, del Histadrut (Confederación de Trabajadores Judíos en Palestina), llamado a convertirse en una importante fuerza política que, aglutinando diferentes sectores sionistas, llevaría en 1930 a la fundación del Partido Obrero Israelita. Fueron los años de consolidación de las colonias judías en Palestina bajo el dominio inglés. En 1935 Ben Gurion fue elegido presidente de la Ejecutiva Sionista, organismo dirigente del sionismo mundial. La consolidación de las comunidades judías en Palestina, alentada por el colonialismo británico, llevaron a violentos enfrentamientos, que por otra parte venían de antiguo,

con los palestinos que se vieron progresivamente expulsados de sus tierras. En 1939, al hilo siempre de sus intereses, cambió la política británica en Oriente Medio, pretendiendo limitar la emigración judía a Palestina y el establecimiento de colonos. Ben Gurion no dudó en ponerse a la cabeza de la lucha armada terrorista, que duró prácticamente hasta 1948, año en que se reconoció oficialmente el Estado de Israel, de acuerdo con una resolución de las Naciones Unidas. Ben Gurion fue elegido primer ministro y ministro de la Guerra del Estado recién creado. Gracias a la constante ayuda de Estados Unidos y del sionismo, que aportó ingentes sumas, y a sus inagotables dotes políticas, que le permitieron dividir y negociar con los estados árabes que rodean a Israel, Ben Gurion organizó no sólo el Estado, sino también un temible ejército que libró varias guerras victoriosas en 1948, 1956 y 1967. Ben Gurion se mantuvo en el poder desde 1948 hasta 1963, con un breve paréntesis entre 1953 y 1955, a base de gobiernos de coalición, lo que habla por sí solo de sus dotes políticas. Durante varios años mantuvo una interesada alianza con Francia, cuando la guerra de Argelia y la crisis de Suez de 1956. Bajo su mandato Israel conoció una época de prosperidad económica y en los últimos años de su vida pública Ben Gurion intentó diversos acercamientos a los dirigentes árabes. En 1963 dejó el gobierno, al no tener ya un sólido dominio de su partido, el Mapai (laborista), en el que se empezaba a discutir su dirección. En 1965 con un pequeño grupo de seguidores fundó el Rafi, un partido de oposición cuyo control no logró mantener mucho tiempo. Siguió perteneciendo activamente al Knesset (Parlamento) hasta 1970, año en que se retiró a un *kibbutz* del desierto de Negev, dedicando sus últimos años a escribir sus memorias. Su pragmatismo fue, sin duda, una de sus más sobresalientes cualidades políticas, que gustaba de resumir en tajantes manifestaciones como ésta: «Lo importante no es lo que digan los gentiles, sino lo que hagan los judíos». A él se debe, en buena medida, la creación y consolidación del Estado de Israel y, también, uno de los más graves e inhumanos problemas de la actual situación internacional.

la del Renacimiento; en Israel se sienten discriminados por los askenazim (que hablan yiddish, un idioma hecho de jergas y desinencias sajonas y eslavas). Han heredado parte de la pobreza de las culturas en que han vivido, así como los otros han tomado mucho —fuerza, dinero, talento— de los países del norte.

Mientras esta diáspora se extendía por Europa y por el mundo, Palestina seguía un destino incierto. Pasó por los romanos, que cayeron con su imperio; se islamizó y las otras ramas semitas predominaron; los Cruzados apenas se mantuvieron allí y el Imperio otomano fue el más largo, hasta su propia caída. Apuntaba en el mundo otro imperio, el británico, y llegaron los ingleses, que la convirtieron en protectorado a partir de 1917. Nunca ha dejado de haber una población judía, tan discriminada y tan desalentada como las de la diáspora. Pero sus descendientes pretenden tener una especie de relación de nobleza. Son los que no huyeron nunca, mantuvieron el culto y estuvieron cerca de los lugares sagrados. Sin embargo, su fuerza es nula en el Estado actual.

El sionismo

La tercera parte comienza con la aparición del «sionismo». Queda dicho que la fuerza de regreso a Sión no ha cedido nunca, pero pareció una fantasía hasta que los intelectuales europeos de raza judía comenzaron a plasmarla como una realidad posible. Entre ellos, Teodoro Herzl, a quien se considera fundador del sionismo contemporáneo. Hay que sacar su esencia de cuatro partes básicas: las profecías y la leyenda, el mantenimiento de una población judía sin contaminar por las conversiones, la falta de estabilidad en la tierra prometida —Palestina— y las persecuciones europeas que se han manifestado en estos siglos en todas sus gamas: desde las simples discriminaciones hasta los millones de asesinados en los campos de concentración de Hitler (seis millones de personas, entre un 60 y un 90 por 100, judíos), pasando por matanzas locales *(pogroms),* la obligación de vivir en barrios antiguos y desatendidos por las autoridades (guetos, quizá del italiano *borghetto,* burgo pequeño), la negación de estudios, títulos superiores o pertenencia al Ejército... Y, naturalmente, la de matrimoniar con no judíos, que ha fortalecido su tendencia a la endogamia y la perpetuación racial. Volviendo a Kafka, hay quien analiza su *Metamorfosis* como la verdadera sensación de sentirse insecto que podía tener un judío (aún relativamente privilegiado) en la Europa de los últimos cien años. Cuando Kafka, en sus diarios, cartas y memorias, relata la sensación de horror que tenía al acudir a la escuela judía de Praga cada mañana, no hay que olvidar que, aunque él nunca lo supo porque murió antes, la mayor parte de sus condiscípulos sería asesinada años después en las cámaras de gas.



Chaim Weizmann vota para la elección de la Knesset. Foto de R. Capa.

Herzl era, como Kafka, un escritor judío del Imperio austrohúngaro; fue a Viena, trabajó como periodista, se percató de la magnitud del «problema judío», trató de salir de ese mundo y se fue como corresponsal de un periódico vienés a París. Se sorprendió de ver que la Francia revolucionaria e igualitaria producía también el antisemitismo. El «caso Dreyfus» conmovía la opinión del mundo: el capitán Alfred Dreyfus, judío francés, fue condenado por alta traición en 1894, y su proceso y condena fueron escoltados por los gritos de «los judíos venden la patria», que ya Herzl había oído tantas veces. Sin embargo, había bastantes evidencias de que era inocente. Se lanzó un manifiesto de intelectuales (es la primera vez que se empleó en la historia contemporánea este término como sinónimo de conciencia pública), se celebró un nuevo juicio con el mismo resultado; se volvió a abrir más tarde el caso y en 1906 se demostró que Dreyfus no era culpable. De toda esta experiencia, Herzl sacó la conclusión de la universalidad del drama, y formuló la idea de que los judíos tenían que tener su propio Estado. No se limitó a la propaganda y a la escritura, sino que movilizó a sus correligionarios, comprometiendo especialmente a quienes habían acumulado dinero, periódicos, editoriales, alguna forma de poder. En 1897 se reunió en Basilea el primer congreso sionista, que levantó fuertes polémicas y muchas enemistades, dentro mismo de los medios hebreos (hay que distinguir entre «antisemitismo» o enemistad por todos los judíos, y «antisionismo», enemistad hacia la creación de un Estado judío). Ya en esa reunión se constituyó un fondo para comprar tierras en Palestina: la primera moción sobre la recuperación de la tierra prometida proponía comprarla. Así comenzó la primera emigración (*haluzim*, pioneros). En 1914 eran 80.000 y habían fundado Tel-Aviv.

El primer reconocimiento

Fue por entonces (1917) cuando llegaron los ingleses que ocupaban los girones del Imperio otomano, y emitieron la declaración que iba a servir de base para todo el desarrollo posterior: «El gobierno de Su Majestad considera favorable el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará todos sus esfuerzos para facilitar la realización de tal objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina, o los dere-



Beguin recluta hombres para el Irgún en 1950.

Arriba, Menagen Beguin, líder sionista nacido en Polonia en 1913 fue encarcelado por los soviéticos en Siberia (1940-1941) y, tras su fuga, dirigió en Palestina la organización terrorista Irgún, transformada después de la independencia en el partido de extrema derecha nacionalista Heruth. Ministro sin cartera de 1967 a 1970, en 1973 fundó el nuevo partido derechista Likud que ganó las elecciones de 1977 y convirtió a Beguin en primer ministro de Israel hasta su retirada, por motivos de salud, en 1983. Abajo, parte de los casi millón y medio de judíos que llegaron a Israel tras la independencia.



Un barco repleto de judíos europeos llega a Israel en 1948.



Campamento militar israelí.

chos y el *status* jurídico y político de los judíos en otros países». Firmaba Balfour, secretario del Exterior del Reino Unido y estaba dirigida al barón de Rothschild, el más rico de los sionistas. Aquí aparece la coyuntura internacional como factor decisivo. Gran Bretaña estaba en guerra con Alemania: necesitaba el dinero judío, y el apoyo de los medios judíos de Estados Unidos —prensa, grupos de presión, capital— para arrastrarles a la guerra europea. Tenía además, y ha tenido siempre, una táctica colonial: la división de los territorios ocupados. Frente al mundo árabe trataba de introducir en el Oriente Próximo una fuerza de división; los judíos de Europa y Estados Unidos podrían ser los que rompieran el frente árabe islámico. No sabía hasta qué punto lo iba a conseguir y provocar la situación en que se vive hoy, sesenta y siete años después, cuando ya los intereses británicos en la zona han desaparecido. Al ampa-

Israel ha sido desde su fundación —y sigue siendo— un país artificial, a caballo entre la modernidad —sobre todo en lo referente a temas militares— y la tradición más arcaica. Estado confesional por propia naturaleza, los rabinos y el Sanedrín tienen un gran peso político de apoyo a los partidos derechistas, si bien la moderada izquierda laborista ha ganado las elecciones la mayor parte de las veces. En las calles de una ciudad israelí cualquiera, los trajes negros y los sombreros de los rabinos pueden alternarse con los uniformes de las bellas mujeres soldados, especialistas en cohetes, por ejemplo, y graduadas en alguna universidad norteamericana. A una economía de mercado de lo más puro —capitalismo al 100 por 100— muy dependiente de Estados Unidos (Israel es acusada por sus enemigos de ser «gendarme de EE. UU. en Oriente Próximo»), se le unen islotes colectivistas como los kibbutz, granjas inspiradas en la filosofía última del comunismo: «Cada individuo aporta según sus posibilidades y recibe según sus necesidades».

Rabinos ante el muro de las Lamentaciones, en Jerusalén.

ro de la declaración llegaron nuevos pioneros, incluso combatientes que se ponían junto a los británicos contra el Imperio otomano; pero también, en aquellos momentos, los árabes estaban ya con Gran Bretaña y contra los turcos. En 1922 la Sociedad de Naciones encargó a Gran Bretaña que aplicase la citada «declaración Balfour» en todos sus términos.

Se ha supuesto que Gran Bretaña nunca creyó realmente en la posibilidad de ese Estado, sino que imaginó que habría siempre una minoría de judíos en Palestina que le serían manejables. Pero otro ciudadano nacido en el Imperio austrohúngaro iba a cambiar la situación. Se llamaba Schilkelbrünner y tomó el nombre de Adolf Hitler. Proclamó, como se sabe, la doctrina de la culpabilidad global del pueblo hebreo y, cuando llegó al poder, lanzó las primeras persecuciones. Consecuencia de ellas fueron las emigraciones masivas a Palestina. Los que llegaban se encontraban con la hostilidad de la mayoría árabe y con la restricción de los ingleses que en 1939 implantaron medidas severas contra nuevas llegadas de inmigrantes y adquisiciones de tierras. Ya era tarde. La gran ola del sionismo estaba en marcha. En Europa los judíos caminaban pasivamente hacia su exterminio; en Palestina combatían. Formaron un ejército secreto (Haganah); luchaban contra árabes y contra ingleses y favorecían desde dentro la llegada de nuevos colonos, cuyos barcos estaban fletados por el capital sionista europeo y americano. Cuando Hitler fue finalmente derrotado creyeron que tendrían el camino expedito, pero no fue así, Gran Bretaña estaba más interesada que nunca en mantener el imperio sobre el mundo árabe: el petróleo y el canal de Suez. Se formaron nuevas fuerzas paramilitares, o ejércitos clandestinos, dentro de Palestina: el Irgún Zvai

Los judíos han conseguido un Estado fuerte y estable en el siglo XX, a costa de condenar a otro pueblo, los palestinos, a vivir sin Estado propio ni territorio nacional. A las presiones indirectas de la preindependencia han seguido la represión, el terrorismo e incluso las matanzas masivas. El anexionismo territorial judío ha sido condenado reiteradamente por la ONU, si bien, en varias ocasiones, Estados Unidos ha utilizado su derecho al veto para proteger a su aliado estratégico.



Seglares y rabinos judíos caminan hacia el muro de las Lamentaciones.



David Ben Gurion (izquierda) junto a Moshe Dayan.

Los constantes éxitos militares de Israel frente a sus vecinos árabes no lograron sin embargo cuajar en una paz estable y duradera que reclama ya una gran parte del pueblo hebreo, cansado de vivir en una perpetua sensación de inseguridad. La paz por separado con Egipto, firmada tras los acuerdos de Camp David en septiembre de 1978 (auspiciados por EE. UU.) no ha sido aceptada por el resto de los países árabes, incluidos los prooccidentales. Los firmantes del acuerdo, Menagen Beguin por Israel y Anwar el Sadat por Egipto, recibieron el premio Nobel de la Paz de 1978. Una curiosa situación para dos personas que dirigieron organizaciones terroristas en su juventud.

Leumi (Organización militar nacional), el Stern (Estrella) de la izquierda. La mayor parte de sus objetivos de guerra (la época del terrorismo) eran ingleses.

El tema ganó fuerza internacional. Gran Bretaña pidió la intervención de las Naciones Unidas. Si la Agencia Judía (órgano mundial del sionismo) explicaba sus derechos históricos, el Alto Comité Arabe establecía la razón islámica, la presencia continua árabe en Palestina desde que en el 637 el califa Omán tomó Jerusalén. Pero ya la fuerza mundial era distinta. Gran Bretaña perdía velozmente su imperio y también el de Oriente Próximo: habría querido descolonizar como lo había hecho en otros sitios (en Africa, en India), dejando atrás una división conveniente que le produjese beneficios poscoloniales. El nuevo imperio era el de Estados Unidos; que favorecía discretamente la construcción del Estado de Israel. En 1947 Gran Bretaña hizo pública su decisión de abandonar Palestina; y las Naciones Unidas comenzaron el estudio de un plan de partición. El 2 de marzo de 1948 el Consejo Nacional Judío nombró un gobierno provisional; el 14 de mayo proclamó el Estado de Israel (primer jefe de Estado, Chaim Weizmann), que fue reconocido inmediatamente por los Estados Unidos, pero también por la Unión Soviética. Pero los países árabes comenzaban la guerra... La primera guerra, que fortalecería la sensación de protección divina de los colonos soldados.

Nacimiento de un país

Se había formado así un país de rara psicología nacional. Sumaba los factores de lejanísima historia, religión y promesas mesiánicas a la necesidad de recuperarse de la vieja persecución. Era antiguo y moderno, científico y pastoril. Destrozado en Europa, atribuía esa destrucción a su propia pasividad, a la mansedumbre con que se había dejado conducir a las cámaras de gas, y preconizaba la violencia como nueva reacción. Esa violencia, convertida en terrorismo, le había dado sus primeras satisfacciones históricas desde la destrucción del Templo y, elevada a Ejército nacional, había asentado sus fronteras: móviles, porque los dos factores del irredentismo histórico y de la seguridad nacional le llevaban, cada vez más, a la conquista de otros territorios. Nutrido por esa seguridad en sí mismo, comenzó una operación inversa: redujo a los palestinos árabes a condiciones de servilismo, reprimió con crueldad sus intentos de recuperación o de «status», les llevó al éxodo. Víctimas de la vieja diáspora los israelitas provocaban otra. Víctimas de campos de concentración, abrían campos de concentración.

Las guerras ganadas

Ganaron la guerra de mayo de 1948 (cinco países árabes invadieron Palestina, formando una Legión Arabe: entre el 22 de marzo y el 20 de julio firmaron sus armisticios) y fueron reconocidos por la ONU (11 de mayo de 1949). Pero los guerrilleros palestinos, los *fedayim,* continuaron la lucha desde el Sinaí, desde Gaza. En 1953, Egipto, por su parte, nacionalizó el canal de Suez, del que eran propietarios (accionistas) los antiguos colonizadores, Francia e Inglaterra, y decretó la prohibición a los barcos israelíes de utilizarlo. Por este desafío se encontró enfrentado con una nueva guerra lanzada ya por Gran Bretaña y por Francia junto al propio Israel; el asalto israelí fue fulgurante, pero la ofensiva fue contenida. Una advertencia enérgica de la URSS de llevar su ayuda

militar a los árabes aun a costa de una guerra mundial fue comprendida por Estados Unidos, que contuvo a Israel, Francia y Gran Bretaña. Aún habría, hasta ahora, dos guerras más, sin contar con la invasión del Líbano en 1982. La de 1967 se llamó «de los seis días», aunque en la práctica duró menos. Israel volvió a ganar. La de 1975 es la del Yom Kippur, porque los egipcios la lanzaron en esa festividad judía (el Día del Perdón), y el ejército israelí respondió con tal fuerza que llegó a situarse a las puertas de El Cairo.

Cada una de estas acciones estuvo seguida y precedida por diferentes negociaciones, por diferentes tomas de posición de cada uno de los países árabes y de las grandes potencias, por la mediación de los presidentes de los Estados Unidos. El objetivo primordial de estas negociaciones o conferencias era el de fijar posiciones realistas entre árabes y judíos. Porque ya el problema no es el judío, o la seguridad del Estado de Israel, sino el de los palestinos, duplicado por una sensación de revuelta del mundo islámico en busca de la recuperación de su identidad perdida, del honor arrebatado y de las condiciones de vida posibles. La aparición del Imán Jomeini, el asesinato de Sadat y otros acontecimientos ya ajenos a la geografía de Israel (desde la lucha de los saharahuis contra Marruecos a la de los afganos contra la URSS) tienen ese carácter de intento de un renacer de la fuerza islámica en el mundo.

La situación actual

En 1982 el ejército de Israel se lanzó abiertamente contra el Líbano, con el objeto de fortalecer su gobierno (cristiano) y forzar la evacuación de Siria y del ejército palestino. Una operación llamada de seguridad, puesto que debía tender a alejar de sus fronteras al enemigo. Puede hoy decirse que fracasó, aunque no sea tan fácil considerarla una «guerra perdida». El Líbano tiene encendida desde hace años una guerra civil que puede compendiarse para este caso en una frase: los cristianos, de extrema derecha, contra una mayoría demográfica árabe que trata de resurgir. Líbano tiene dentro un ejército sirio que protege a los musulmanes y una parte armada de los palestinos que encontraron apoyo en su éxodo. Israel hizo uno de sus avances fulgurantes: colocó en el gobierno al falangista cristiano Gemayel (asesinado después, fue sustituido por su hermano), permitió, favoreció o ayudó al exterminio de los civiles palestinos de Sabra y Chatila... Y no pudo ir más allá. Perdió la estimación del mundo por su acto de agresión y por la crueldad manifiesta; consiguió borrar la conciencia de «pueblo perseguido», y no pudo hacer que se retiraran más que parte de los palestinos (los fieles a Arafat), mientras los otros continúan con las armas en la mano, junto a los libaneses chiítas (la secta de Jomeini), los drusos, los sunnitas... La lucha por la real independencia del Líbano se mezcla con el irredentismo musulmán, el factor local con el revolucionarismo islámico.

Si en el mundo los acontecimientos del Líbano provocaron esas reacciones consignadas, dentro mismo de Israel fueron también muy duras. Una dura polémica entre «duros» y «negociadores». La reacción contraria produjo la caída de Sharon, general que había dispuesto las operaciones y ministro de Defensa; pero esta caída no pudo evitar la del primer ministro Beguin, antiguo guerrillero terrorista, luego premio Nobel de la Paz (con Sadat, porque firmaron el pacto entre Israel y Egipto), que parecía predestinado a gobernar hasta su muerte. Le sustituyó, en espera de elecciones, un gobierno de su propia coalición. Puede que las elecciones próximas las gane la izquierda (los laboristas, contrarios a la agresión), puede que no. Pero en ningún caso debe haber confusiones: todo el pueblo de Israel tiene la misma noción de su consistencia como Estado, de su necesidad de defensa frente a los árabes y del peligro de la reislamización. Unicamente, unos creen que el peligro puede ser conjurado por la negociación y el acuerdo con los moderados, y otros que no hay más seguridad que la fuerza total.

E. H. T.



Tropas de la ONU en las calles de Gaza.

Tras la tercera guerra árabe-israelí, en 1967, uno de los territorios ocupados por el efectivo ejército judío fue la llamada «franja de Gaza», territorio habitado por casi medio millón de palestinos que en un principio fueron agrupados en ocho campos de refugiados administrados por la ONU y protegidos por «cascos azules», una de cuyas patrullas aparece en la fotografía. A pesar de las condenas de las Naciones Unidas a la ocupación israelí (1974-1975), ésta se ha mantenido hasta la fecha e incluso se ha realizado una «política de hechos consumados», construyendo numerosas colonias de asentamientos judíos (granjas y pueblos de voluntarios con autoprotección militar) que se han incrementado en vísperas de las elecciones generales de julio de 1984.


La 82.ª División Aerotransportada norteamericana hace maniobras en la RFA.


Helicópteros norteamericanos esperan la orden de despegue en territorio alemán.

1948

LA OTAN, «ESCUDO Y LANZA DE OCCIDENTE»

LA Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN según sus siglas en español, y NATO según las inglesas) es un pacto multilateral de defensa conjunta que agrupa militarmente a Estados Unidos y Canadá con las naciones más importantes del Occidente europeo. Seiscientos millones de personas financian un ejército de casi cinco millones de soldados equipados con sofisticado armamento en el que no faltan los misiles atómicos. «Escudo y lanza de Occidente», este ejército se contrapesa con el que los países socialistas del Pacto de Varsovia mantienen desde 1955 al otro lado del llamado «Telón de acero». Europa vive pendiente de este precario «equilibrio de fuerzas» y teme que si falla «la disuasión» y se produce una nueva guerra mundial, el viejo continente esté una vez más «condenado» a sufrirla sobre su territorio.



Antecedentes de la OTAN

El 4 de abril de 1949 los representantes (por orden alfabético) de Bélgica, Canadá, Dinamarca (con Groenlandia incluida), Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Islandia, Italia, Luxemburgo, Noruega y Portugal firmaban en Washington el Tratado del Atlántico Norte y creaban un sistema conjunto de defensa multilateral para «salvaguardar la paz y la seguridad y conseguir la estabilidad y el bienestar en la región del Atlántico Norte». La Alianza fue desde el primer momento un pacto militar para evitar «la expansión soviética al Occidente de Europa» y para «frenar a la Revolución Socialista» en el viejo continente. Así se cumplían físicamente las palabras que el *premier* británico Winston Churchill había pronunciado al final de la guerra contra Hitler y poco después del «reparto de zonas de influencia» que los «aliados» (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética) habían pactado en las conferencias de Potsdam y Yalta. Las palabras de Churchill fueron: «Un telón de acero ha caído sobre el continente europeo». Desde entonces, dos poderosos «superejércitos» han militarizado a las sociedades que los mantienen y se acechan uno a cada lado del telón. Sus argumentos morales «nosotros nos limitamos a defendernos, los malos, los que van a atacar, son los otros» son idénticos a uno y otro lado de esa barrera política que divide a Europa.

Recién terminada la guerra, dos países aliados que la habían sufrido cruelmente en su territorio, Francia y Gran Bretaña, firmaron en Dunkerque, en 1947, un tratado de defensa mutua con una validez de cincuenta años. En 1948, ambas naciones hicieron lo mismo con las del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo) en el tratado de Bruselas.

Tras el «reparto» de Europa, la URSS había retirado sus tropas de Irán y dejado a merced de los británicos a los guerrilleros comunistas griegos que casi habían liberado solos su territorio después de cruentísimos combates con los hitlerianos. La «roja» Grecia, entregada a Occidente, se cambió por la «católica» Polonia, que tuvo que alinearse por la fuerza en el bando comunista. Alemania se dividió en dos mitades y los intentos de la desarrollada Checoslovaquia por mantener el sistema democrático fueron abortados por los soviéticos, que impusieron el partido único y la «democracia popular» comunista. En ese ambiente de «guerra fría» y de consolidación de posiciones hegemónicas de las grandes potencias dentro de cada bloque nació la OTAN, para vertebrar política y militarmente a uno de ellos, a Occidente. Las bases económicas del que pasó a llamarse «mundo libre» frente a «las dictaduras comunistas» se encargaría de sentarlas el Plan Marshall, que reconstruyó la Europa Occidental bajo ayuda y control norteamericano, forzando la imagen de bloque económico.

De forma inmediata a la constitución de la OTAN, la Unión Soviética intentó entrar en la nueva organización para boicotearla, y al ser excluida denunció el Tratado del Atlántico Norte ante la ONU como «una amenaza para la paz» y una «alianza agresiva». Para contrapesarla, la URSS y sus aliados-satélites (Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania, Checoslovaquia, República Democrática Alemana y Albania, que se retiraría en 1968 al alinearse con China) se agruparon en el Pacto de Varsovia el 14 de mayo de 1955. Anteriormente, ante la unión económica de los países occidentales en la OECE (Organización Europea de Cooperación Económica, constituida en 1948 y antecesora de la OCDE, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, que la sustituyó en 1961), los países socialistas hicieron lo mismo en 1949 en el COMECON (Consejo de Asistencia Económica Mutua), una especie de Mercado Común comunista. Por su parte, la

La sede central de la Organización del Tratado del Atlántico Norte se constituyó primitivamente en París, pero tras los roces diplomáticos y las tensiones políticas surgidas entre los Estados Unidos y la Francia nacionalista del general Charles De Gaulle (que llevaron a la retirada francesa del Comité Militar de la organización, en 1966), el cuartel general atlantista se trasladó a Bruselas, la capital belga, en 1967. En la fotografía la antigua sede parisiense con la torre Eiffel al fondo. A la derecha, el secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, firma la adhesión de EE. UU. al Tratado del Atlántico Norte en presencia del vicepresidente Alben Barkley, el presidente Harry Truman y el diplomático John W. Foley (de izquierda a derecha).



La primitiva sede central de la OTAN, en París.

CEE (Comunidad Económica Europea o Mercado Común Europeo) nacería tras la firma del Tratado de Roma en 1957 como un frente económico unido ante el bloque comunista y las cada vez más fuertes presiones de la superpotente Norteamérica.

Nuevas adhesiones al Tratado del Atlántico Norte

El Tratado del Atlántico Norte, que en 1949 dio vida a la OTAN, sufrió posteriores reformas, siendo la más importante la de 1974, de donde salió convertido en la llamada Carta Atlántica. El 18 de febrero de 1952, dos nuevos Estados entraron a formar parte de la organización: Grecia y Turquía. Los detractores y críticos de la OTAN no han cesado de afirmar que ninguno de estos países tiene «Atlántico Norte por ningún lado» y sí fronteras con la URSS y posibilidad de controlar la salida de los buques soviéticos al Mediterráneo. Otra de las fuertes críticas que se hacen a la OTAN es que, contra su teoría de que «defiende la libertad y la democracia en Occidente», en varias ocasiones ha apoyado a gobiernos dictatoriales (Portugal, Grecia, Turquía) contra la voluntad de sus propios pueblos y que su supuesta «defensa de la libertad» se limita a la «defensa del sistema económico capitalista de libre mercado», controlado a nivel internacional por el dólar norteamericano.

Una nueva ampliación de la OTAN se produjo el 9 de mayo de 1955 con la entrada en la organización de la República Federal de Alemania (RFA). Una vez rearmadas las dos Alemanias, una en cada bloque, se han convertido en las respectivas «puntas de lanza» de los Ejércitos Occidental y Oriental.

España, el último miembro de la OTAN

Tras la restauración de la democracia en España en 1977, después de la muerte del general Franco en 1975, todo el abanico de centro-derecha que gobernó el país como consecuencia de las elecciones de 1977 y 1979 se inclinaba por la entrada de España en la Alianza Atlántica. Los socialistas, comunistas y otros pequeños grupos de la oposición se oponían a tal medida y aunque defendían el compromiso moral de España con la democracia y con Occidente, estimaban que era preferible conservar la tradicional política de neutralidad hispana. Sorprendió a todo el mundo que el último gobierno centrista de Leopoldo Calvo Sotelo, con las encuestas electorales dando vencedores a los socialistas, planteara urgentemente al Parlamento la adhesión de España a la OTAN. El 30





Estados Unidos firma en Washington su adhesión al Tratado.

de octubre de 1981, por 186 votos contra 146, el Congreso aprobó la moción del ingreso, que fue ratificada un mes más tarde por el Senado (también con mayoría centrista). España firmó pues el protocolo de adhesión a la Alianza Atlántica el 10 de diciembre del mismo año y fue admitida el 31 de mayo de 1982. Desde las 16,20 horas de ese día la bandera española ondea en la sede de la OTAN en Bruselas, junto a las de los otros 15 países miembros de la organización.

Sólo cinco meses más tarde, el 28 de octubre de 1982, los socialistas ganaban por amplísima mayoría las terceras elecciones generales de la España democrática. En su programa, la voluntad de abandonar la Organización Atlántica después de consultar al pueblo español por medio de un referéndum sobre el tema. Mientras tanto, España ha «congelado» su proyecto inicial de «adhesión plena» y no participa en el Comité Militar de la organización, de donde también se ha autoexcluido Francia desde 1966 y Grecia desde 1974 a 1980. Las últimas encuestas de opinión realizadas por el oficial Centro de Investigaciones Sociológicas recogen que el 56 por 100 de los españoles (de ideologías muy plurales) se oponen a la permanencia de España en la OTAN y defienden la neutralidad de su país ante la política belicista de los bloques. El gobierno socialista, sin embargo, ha retrasado *sine die* el prometido referéndum sobre la adhesión atlantista de España.



El general Hans Speidel con pilotos de la República Federal de Alemania.

Estructura interna de la OTAN

Nacida con un fin puramente defensivo y militar, que sigue siendo fundamental en su estructura, la OTAN ha ampliado también su radio de acción en las esferas económicas y políticas de sus miembros, en un mundo en el que la producción de armamentos —tecnológicamente cada vez más sofisticados— va estrechamente ligada a la economía y ésta, a su vez, a la política.

El órgano ejecutivo de máximo rango de la OTAN es el llamado *Consejo Supremo* o *Consejo Atlántico*. Está compuesto por los ministros de Defensa, Asuntos Exteriores y Finanzas de los países miembros, presididos por el Secretario General de la organización y, honoríficamente, por los representantes de los países de forma rotatoria. Se reúne en su sede de Bruselas dos o tres veces al año y a las sesiones también pueden asistir excepcionalmente los primeros ministros o los jefes de Estado de los países «aliados». Cada semana suelen reunirse los representantes permanentes de los países (con rango de embajadores) para dar las directrices y controlar las actividades de los comités militares políticos y económicos. Todas las decisiones deben votarse por unanimidad o consenso. Cualquier negativa sería un veto.

Otro órgano clave para el funcionamiento de la OTAN es la *Secretaría Internacional*, a cuyo frente está un *Secretario General*. Este, aunque teóricamente está supeditado al Consejo Supremo, posee mucha iniciativa ante los aliados y es el jefe administrativo de la organización. Desde su fundación hasta nuestros días han ocupado el cargo de secretario general de la OTAN las siguientes personalidades: Lionel Ismay, británico (de 1949 a 1957); Paul Henri Spaak (1957-1961); Dirk Stikker, holandés (1961-1964); Manlio Brosio, italiano (1964-

1948

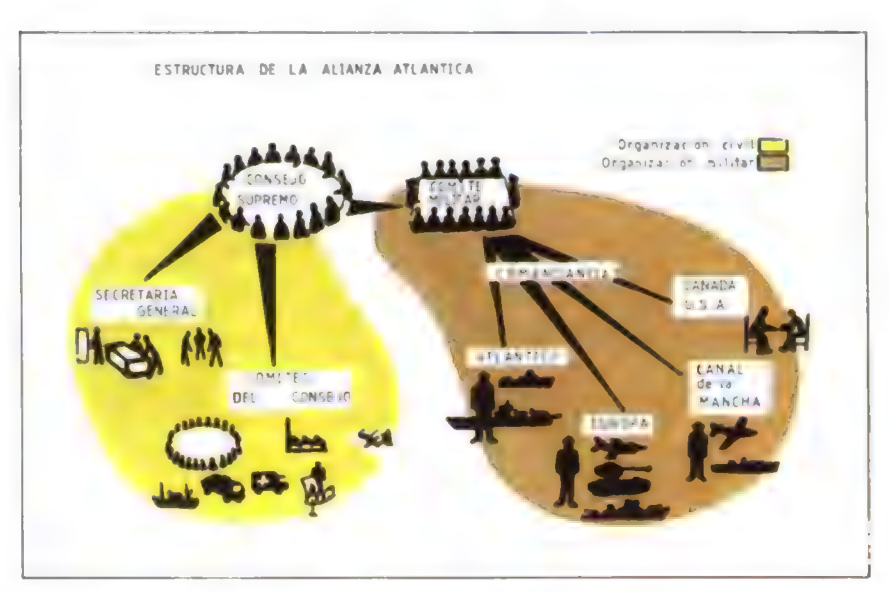
La OTAN, «escudo y lanza de Occidente»

Las razones geopolíticas siempre han tenido un gran peso en la formación de las alianzas militares. «En nuestros tiempos, el tablero de ajedrez está constituido por lo continentes y por los mares», declaró recientemente el general francés Beaufré, añadiendo que «el destino de la Europa occidental y democrática es indivisible». Los partidarios de la OTAN argumentan que, desde la constitución de la organización en 1949, Europa ha vivido el período de paz más largo de su historia y que un conflicto entre países occidentales es hoy impensable. Poco a poco, Estados Unidos ha estado dispuesto a ir cediendo parcelas de poder en la OTAN a sus aliados europeos. Junto a la «unanimidad» necesaria para aprobar sus conclusiones, recientemente se ha instaurado el sistema llamado de «doble llave», por el que, ante una supuesta alarma nuclear, los cohetes instalados en Europa sólo podrán dispararse por decisión conjunta de Estados Unidos y del país en que estén colocados.

1971); Joseph Luns, holandés (1971-1983) y lord Carrington, conservador británico que, elegido el 9 de diciembre de 1983, tomó posesión el 25 de junio de 1984.

El Secretario General también dirige cuatro departamentos (Información, Asuntos Políticos, Asuntos Económicos y Producción y Logística), y dos despachos (Estadísticas y Control de Finanzas), así como supervisa todo el trabajo práctico de la compleja organización, que va desde la propaganda a la investigación tecnológica.

Del Consejo Supremo emana, aparte del nombramiento de Secretario General, la constitución de los diversos comités de la OTAN. A *grosso modo*, éstos pueden dividirse en civiles y militares. Entre los primeros estaría la llamada *Oficina de Producción*, que se encarga de cum-



Esquema organizativo básico de la OTAN.

plir los objetivos económicos del Consejo o el *Comité sobre los Retos de la Sociedad Moderna;* entre los segundos, se encuentran los más importantes, entre otros: *Comité de Jefes de Estado Mayor, Comité Planificador de la Defensa, Grupo de Planificación Nuclear,* y *Comité de Representantes Militares.* Dependiendo del Comité de Jefes de Estado Mayor, el mando militar se estructura fundamentalmente en tres zonas.

El Comité Militar o *Comité de Jefes de Estado Mayor.* Compuesto por los jefes de los Estados Mayores de los países miembros (excepto Islandia, Francia y España) ordena y supervisa la actuación de los comandantes de la OTAN e informa al Consejo Supremo y al Comité Planificador de la Defensa. El Comité Militar designa a otro, llamado *Comité de Representantes militares* (uno por cada país) con sede en Washington, que supervisa la labor del *Grupo Permanente (Standing Group),* compuesto por los representantes de Estados Unidos y Gran Bretaña (Francia también hasta su retirada).

El Comité Militar, de acuerdo con el Consejo Supremo, dirige a los siguientes grupos de combate:

1) *Mando Aliado del Atlántico* (SACLANT). Con sede en Norfolk, Virginia (EEUU) controla las costas de América y Europa desde el polo Norte al trópico de Cáncer. y se subdivide en tres subzonas: WESTLANT (Atlántico Occidentel), EASTLANT (Atlántico Oriental) e IBERLANT (Mando Atlántico Ibérico) con sede en Lisboa y de quien, en principio, dependería el occidente de España.

2) *Mando Aliado en Europa* (SHAPE o SACEUR). Su sede se trasladó de Rocquencourt (Francia) a Casteau y luego a Mons (Bélgica) tras la retirada francesa del Comité Militar. Su zona de actuación es toda Europa y el Mediterráneo, dividiéndose en tres subzonas militares: Septentrional (AFNORTH), Central (AFCENT), y Meridional (AFSOUTH), cuyas sedes respectivas son: Kolsaas (Noruega), Brunssum (Holanda) y Nápoles (Italia). El cuartel general europeo dirige desde Bélgica a 66 divisiones, 3.100 aviones y más de 7.000 cabezas nucleares entre las que se encuentran los recientemente polémicos euromisiles.

3) *Mando Aliado del Canal de La Mancha* (CHANCOM o CINCCHAN). Con sedes centrales en Northwood (Gran Bretaña), donde también se asienta su fuerza aérea, y Portsmouth, puerto inglés de quien dependen sus efectivos navales. Dividido en tres subzonas: PLYMCHAN con base en Plymouth (Gran Bretaña), BENCHAN (Mando del Canal en el Benelux) y NORECHAN (Mando del Canal en Nore), se ocupa de la defensa del canal de la Mancha y la zona meridional del mar del Norte.

Existen también comités regionales o consultivos como el *Grupo estratégico regional de Canadá y Estados Unidos* que eleva al Comité Militar planes para la defensa del subcontinente de América del Norte.

Costos y presupuestos

La OTAN moviliza todo un impresionante arsenal militar concentrado en la zona europea,

No es cómodo ni barato mantener en pie de guerra unos efectivos militares como los de la OTAN o el Pacto de Varsovia. Tras las maniobras de otoño de 1981 (operación Espada Afilada) *en las que participaron 300.000 soldados repartidos desde el flanco norte noruego hasta la frontera oriental de Turquía con la Unión Soviética, sólo en gasolina la RFA gastó más de 200 millones de pesetas, y otros tantos tuvieron que ser destinados a indemnizaciones a particulares por daños causados por la enorme movilización militar. Los ejercicios* Empresa Confidencial, *realizados en la RFA en septiembre de 1983, levantaron numerosas protestas pacifistas, ya que en ellos se realizaron simulacros de enterramientos masivos (posibles víctimas de un ataque nuclear general) en inmensas fosas comunes hechas con excavadoras y* bulldozers.







Un soldado negro norteamericano patrulla una carretera noruega.

pero que en cifras globales se eleva a cinco millones de soldados, más de 11.000 cabezas nucleares (7.000 en Europa), 10.200 aviones, 23.000 carros de combate, otros tantos cañones, 77 submarinos nucleares, 20 portaaviones, 140 submarinos convencionales y casi 500 buques de más de 1.000 toneladas cada uno. El presupuesto necesario para mantener este «aparato disuasor» —reforzado ahora con los polémicos euromisiles (108 Pershing 2 y 464 Cruiser)— se estimaba en 1977 en 165.000 millones de dólares. De ellos, Estados Unidos (los comandantes supremos de la OTAN en Europa, por ejemplo, hasta ahora han sido norteamericanos) aporta casi la mitad, pero buena parte de las armas que compran otros países occidentales son producidas y dejan los beneficios del valor añadido en Estados Unidos. Aportando casi la mitad del presupuesto (cada vez menos) de la OTAN, las cifras finales relativas dedicadas a Defensa suponen para Estados Unidos un 59 por 100 de su Producto Nacional Bruto, frente al 6,9 por 100 de Grecia o al 9 por 100 de Turquía.

Curiosamente, el Tratado del Atlántico Norte que dio origen a la OTAN y fue reformado en 1974 para convertirse en la Carta Atlántica sólo prevé los conflictos y agresiones del otro bloque, sin pensar en los que pueden surgir entre los propios aliados. Y han surgido conflictos, por ejemplo, entre Grecia y Turquía por la cuestión de Chipre en 1974 (Grecia se retiró del Comité Militar desde esa fecha hasta 1980), entre Gran Bretaña e Islandia por las aguas jurisdiccionales y la «guerra del bacalao», también en 1974, etc. Entre Portugal y Estados Unidos ha habido roces por el mando militar sobre las islas Azores, que actualmente pertenece a los norteamericanos, y el Gobierno de Lisboa ya ha hecho saber —tras el ingreso de España— que no cederá el mando de su territorio a jefes españoles. Una ardua polémica se levantó años atrás ante la posibilidad de que en Italia ganaran las elecciones los comunistas y fueran ministros de esta ideología al Consejo Supremo Atlántico. Otra polémica futura si España permanece en la organización será el contencioso hispano-británico sobre Gibraltar, actual base naval de la OTAN que controla el estratégico estrecho del mismo nombre, que une el Mediterráneo con el Atlántico.

Frente al hermetismo y unidad forzada del Pacto de Varsovia donde rige el principio de «soberanía limitada» a favor de la URSS, en el seno de la OTAN caben la discrepancia y el diálogo, propios de los sistemas democráticos y pluralistas de la mayoría de los países que la forman. Aunque la OTAN ha apoyado a algunas dictaduras derechistas, hasta ahora sus tropas no han intervenido militarmente por la fuerza en ningún país. Esta es su gran fuerza moral. Por encima del miedo al otro lado del Telón.

J. R. A.

Bibliografía básica

BALL, M.: *La OTAN y la cooperación atlántica*, Hispano Europea. Barcelona, 1963.

POU, V.: *Las organizaciones internacionales*, Salvat. Barcelona, 1973.

La OTAN no es sólo una organización militar, sino que sus decisiones tienen una gran importancia económica, especialmente para la gran industria bélica norteamericana que puede llegar a firmar contratos multimillonarios como el del famoso avión Starfighter (fotografía de la derecha). El Secretario de Estado norteamericano, George Shultz, recordaba tras la tensa reunión de Atenas, en diciembre de 1983, que «no hay que olvidar que el comercio entre EE. UU. y la CEE es de 92.000 millones de dólares y que la seguridad y la economía están muy relacionadas». (...) «Queremos que Europa resuelva sus problemas económicos, pero de una forma que no dañe a los Estados Unidos», añadió Shultz.



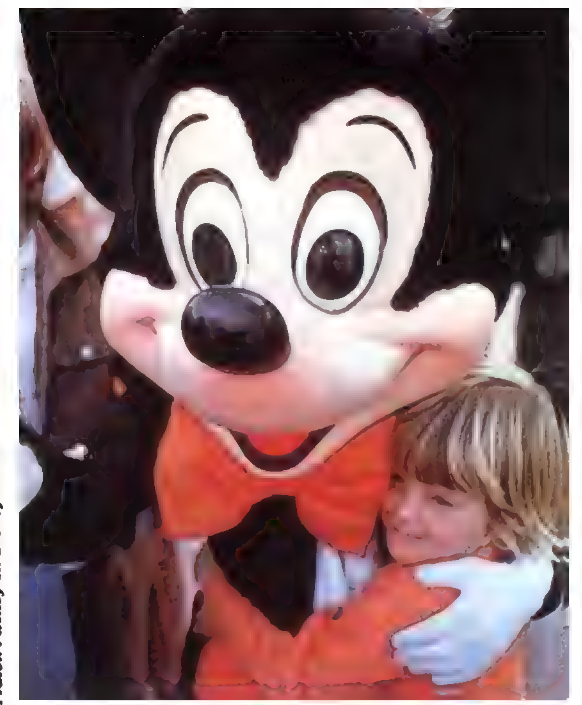
Conferencia en la cumbre de la OTAN. París, 1957.



Acuerdo para la fabricación conjunta por la OTAN del Starfighter F-104G norteamericano.



1948



El ratón Mickey en Disneylandia.

Tras su muerte en California, en 1966, Walt Disney dejaba una larga carrera de ilustrador, dibujante y sobre todo, hombre de empresa con grandes y atrevidas ideas. Un año antes de su fallecimiento la empresa Disney compró el 43 por 100 de todo el territorio del condado de Orlando (Florida) con la intención de la ampliación de Disneyland a Disneyworld. En una extensión superior a la de la ciudad de Madrid se dieron unas inversiones de casi 1.000 millones de dólares que han hecho realidad las fantasías imaginadas por Disney y su equipo. Allí hay desde un pabellón de cada país a un verdadero mar interior con un banco de coral viviente, que puede ser observado desde pequeños submarinos.

WALT DISNEY, EL MAGO DE BURBANK

WALTER Elias Disney, nacido en Chicago el 5 de diciembre de 1901, llegaría a ser conocido en todo el mundo de la mano de sus personajes —Mickey the Mouse, Minnie, Donald the Duck...— antes de cumplir los treinta años. No está nada mal para un hombre que, en la mejor tradición norteamericana del self-made-man, empezó prácticamente de cero y que, sorprendentemente, no pasó nunca de ser un muy mediano dibujante. Efectivamente, a partir de 1926, momento en que los personajes de Disney empiezan a alcanzar notoriedad pública, el propio Walt dejó de contribuir, ni siquiera con una línea, a sus producciones.

Y si es cierto que de sus personajes famosos sólo el primero, el ratón Mickey, le debe su diseño original, también lo es que en la cabeza de Disney había algo mágico e indiscutible, algo fuera de lo común en sus ideas y en la forma de dirigir a su gente, que hizo de él un genio de la industria cinematográfica comparable a Charles Chaplin, según la opinión de H. G. Wells y René Clair.

Una escena de la película Peter Pan.

«The Two Walts»

Al nacer Walt, su padre, Elias, tenía una modesta empresa de construcción. Siguiendo la tradición de cambio y trashumancia de su país y su época, en 1906, adquiere en Marceline, estado de Missouri, una granja, a donde se traslada con toda la familia durante cuatro años. Alguno de los biógrafos de Walt ha señalado que es de este temprano contacto con el ambiente rural y, concretamente, con los animales de aquella granja, de donde le vino el gusto casi obsesivo por dibujar, primero, producir después, personajes animales, más o menos antropomórficos.

En 1910, Elias Disney se cansa también de la granja y toda su familia vuelve a trasladarse, esta vez a Kansas City, donde el ex constructor y ex granjero adquiere un negocio de distribución de prensa. Walt, a sus nueve años, se encuentra inopinadamente trabajando en el negocio paterno. Ello quiere decir que tiene que estar levantado todos los días a las tres y media de la mañana, momento en el que daba comienzo la distribución del *Kansas City Star*. En este período se le empieza a afianzar un gusto por el dibujo que ya había surgido en la granja de Missouri. Sin embargo, tiene una afición más fuerte aún: el teatro. Tanto es así que su adusto padre consiente en que empiece a asistir a clase, los sábados por la mañana, en el Instituto de Arte de Kansas City.

A sus 14 años, el joven Walt es ya un alevín de actor. Junto con un compañero de clase funda un dúo, bautizado *Los Dos Walts*, que alcanza rápidamente cierto éxito a nivel local. Las fotografías que se conservan de este efímero dueto de artistas muestran inequívocamente que Walt había tomado su inspiración, para caracterizarse, en el personaje de *The Little Tramp (El Pequeño Vagabundo)*, que ya entonces había popularizado Charles Chaplin. Esa admiración por el artista inglés no le abandonaría nunca, aunque no llegó a conocerle personalmente hasta 1935.

Aquel joven admirador de Chaplin y alma de *Los Dos Walts* sigue a rastras de un padre errático que regresa a Chicago cuando éste cuenta 16 años. Al tiempo que asiste a la «High School», la escuela secundaria, recupera su afición anterior al dibujo y empieza a publicar algunos trabajos en el periódico de la escuela.

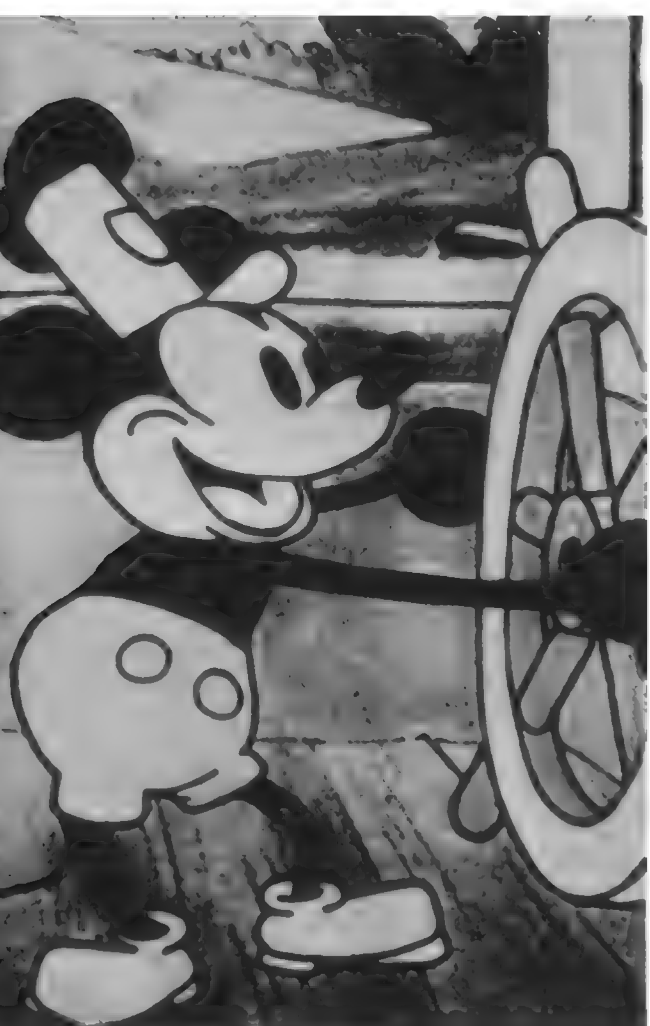
El tráfico de pasajeros en el aeropuerto de Orlando (Florida), sito en las proximidades de Disneyworld, *pasó de un millón en 1971 a 12 millones en 1982, tras la apertura de parte de las nuevas atracciones. Y es que Disney supo captar perfectamente las aspiraciones de diversión de la sociedad norteamericana, entre una fantasía infantil, un erotismo larvado y una competitividad cercana al darwinismo social. Las braguitas de Daisy, la novia del pato Donald, y los arrebatos eróticos de éste (recuérdense sus hazañas en las playas de Acapulco en la película* Los tres caballeros, *hecha en 1944) todavía siguen conmoviendo a los gabinetes sexológicos, lo que no impedía su utilización «inocente» por asociaciones caritativas, dentro de la gran tradición ingenua norteamericana (fotografía de la izquierda). A la derecha, la primera película hablada de dibujos animados,* Steamboat Willie, *hecha por el equipo de Disney en 1928 con el famoso ratoncito Mickey como protagonista.*



Walt Disney ausculta a uno de sus personajes, utilizado en una colecta con fines sanitarios.

Su primera influencia profesional le viene de la mano segura de Leroy Gossett, un conocido *cartoonist* de la época. En ese momento, Estados Unidos se decide a intervenir en la guerra, la primera de las llamadas mundiales, que arde en Europa desde 1914. El joven siente la llamada bélica y, ayudado por su madre, Flora, falsifica papeles para hacerse un año mayor y conseguir enrolarse en el cuerpo de ambulancias. El armisticio sobreviene poco después, pero de todas formas es enviado a Francia, donde pasa algún tiempo en una cantina militar en Neufchateau.

A su regreso al país, en 1919, Walt se establece en Kansas City, donde consigue un empleo en un estudio de arte. Allí conoce a Ubbe Iwerks, llamado familiarmente *Ub*, con el que traba una buena y sólida amistad que, salvo algunos nubarrones, años más tarde, duraría toda una vida. Este encuentro fue decisivo, ya que Ub será su primer socio y dibujante, siendo el alma artística de la mayor parte de las que serían las famosas criaturas de Disney. El poseía ese certero instinto artístico y la mano segura que Walt no tenía, al menos a ese nivel, y fue éste el primero en darse cuenta, cuando encontró a Ub en su primer trabajo como animador, en la Kansas City Slide Company, con el salario de 40 dólares a la semana.



***Mickey Mouse* en Steamboat Willie.**

Llegan los «Risogramos»

Asociado con Iwerks, Walt trabaja en la producción de dibujos animados humorísticos, con el título de *Laugh-O-Grams*. Los cortos empiezan a venderse bien, directamente a salas cinematográficas. Ambos fundan entonces una empresa, llamada también *Laugh-O-Grams*, pero que a pesar de tener un comienzo prometedor termina desgraciadamente poco después. Fue la quiebra de la primera empresa Disney.

Quizás aquel fracaso le ayudó a tomar la decisión que cambió el rumbo de su vida: partir hacia un lugar que, ya entonces, había atraído a buena parte del talento disponible en dos continentes, Hollywood. Aún no había sido bautizado como «La Meca del Cine», pero los grandes estudios de las más importantes productoras de la época habían surgido profusamente en los antiguos naranjales que bordeaban la ciudad que, hasta la anexión de California a Estados Unidos, se había llamado Pueblo de Nuestra Señora Reina de los Angeles. Allí le había precedido su hermano mayor, Roy, que se convertirá rápidamente en su socio y principal apoyo. Apoyo que irá más allá de la muerte de Walt, ya que Roy seguiría siendo durante años la mente rectora de las empresas Disney.

Sólo un aviso y Ub Iwerks acude presto a la llamada de su amigo. El y los hermanos Disney se rascan los bolsillos y Walt y Ub producen su primer éxito de alguna envergadura: la serie *Alice in Cartoonland*, combinación de dibujos animados y personajes reales. En 1923 tiene lugar la primera venta, no ya a cines aislados, como hasta entonces, sino a una distribuidora neoyorquina, Margaret J. Winkler. En 1925, los negocios empiezan a ir bien; en consecuencia, se amplía la plantilla del pequeño estudio y contratan a una joven, Lillian Bounds que, en julio de ese mismo año, se convierte en Lillian Disney, por el tradicional sistema de casarse con el jefe.

Es por esas fechas cuando el joven grupo de Disney decide lanzar otra serie, *Oswald the Little Rabbit* que también obtiene inmediatamente un gran éxito. Es el primer trabajo, de una larga serie en el futuro, protagonizado exclusivamente por animales. Aún se seguirá produciendo durante años «Alicia», cuya protagonista es una niña, pero la joven modelo llamada Virginia Davis habrá de ser sustituida a medida que pasa el tiempo. En cambio,

Oswald, el conejo negro de largas orejas, no permanecerá mucho tiempo con Disney. En efecto, el nombre no había sido registrado por Walt, sino por su distribuidor, Charles Mintz quien, ante el éxito inicial de la serie, convence a algunos de los dibujantes de Disney a asociarse con él y empieza a producir la serie por su cuenta.

El ratón Mickey

Una constante que todos los biógrafos señalan en la vida de Walt Disney es su nula propensión al desaliento. Tras la jugarreta de Mintz, la pérdida de parte de su equipo y de una serie que empezaba a producir jugosos beneficios, éste vuelve al trabajo y de él sale, en 1928, el primer corto de Mickey Mouse, *Plane Craze*, al que sigue rápidamente *Gallopin' Gaucho*. A estos dos *cartoons* mudos sigue *Steamboat Willie*, que ya está provisto de un primitivo sistema de sonido. El ratoncillo sonriente y decidido obtiene inmediatamente un éxito sin precedentes. Es el primer personaje de dibujos animados con personalidad propia. Esto, en producciones que nunca exceden los ocho minutos de duración, es muy importante, porque no hay que perder el tiempo explicando quién es el protagonista. En cuanto aparece el ratón negro, con su pantalón corto con botones, sin guantes ni zapatos —al principio—, tanto niños como adultos se encuentran con un personaje familiar, conocido, que puede pasar a la acción inmediatamente.

Mickey se va perfilando y cambiando de imagen en los tiempos que siguen. Adquiere pantalones largos, guantes, zapatos... y una novia, Minnie, dotada de todos los atributos que el norteamericano medio pedía a esa ideal chica-de-al-lado: coqueta, maquillada, con largas pestañas y una femineidad subrayada —en ello insistiría mucho Walt a sus animadores— por la visión de unas braguitas que asoman constantemente bajo una falda corta, a la altura exigida por la moda de entonces. En Mickey deja Disney su huella directa, aunque la mayor parte de los admiradores del ratón lo ignoren. En efecto, la voz atiplada que es una de las características de Mickey es la del propio Walt y lo seguirá siendo durante unos veinte años.

Parece ser que Mickey nació durante el largo viaje de regreso, en tren, de Nueva York a Los Angeles, después de perder con Charles Mintz la batalla por *Oswald the Little Rabbit*. Es conocida, aunque no garantizada, la anécdota sobre el ratoncillo que Walt alimentó, con las escasas migas que le sobraban, en sus inicios profesionales, en Kansas City. De cualquier forma, la idea básica del diseño es muy sencilla, destinada a facilitar y agilizar el trabajo de los animadores. Se trata de dos círculos, uno menor para la cabeza y otro mayor para el cuerpo. A ellos se añaden las cuatro extremidades, las típicas orejas y la no menos típica nariz de botón. Con el tiempo, a medida que Mickey va madurando, la operación se complicará algo, pero básicamente el personaje seguirá siendo el mismo.

En sus primeras apariciones, el ratón tiene un carácter travieso, burlón a veces, que Walt irá suavizando con el tiempo y por el éxito de su personaje, hasta hacerlo el prototipo de buen chico que será su forma definitiva. Hay que tener en cuenta que, a medida que su popularidad crece, también aumenta la repercusión que Mickey tiene en el público. Repercusión que se materializa, entre otras cosas, en el aluvión de correo que reciben los estudios Disney, procedente de todo el país, primero, y más tarde de todo el mundo, criticando o alabando tal o cual detalle de tal o cual película de Mickey.

El iracundo Donald

Se diría que Walt se quedó con la nostalgia de aquella travesura burlona de que se vio obligado a privar a su favorito, porque esa característica, realzada y acompañada de otras características negativas en principio, como una fácil propensión a la ira, aparecen pronto en otro personaje, Donald Duck. El pato Donald nace en 1934, como simple personaje secundario —aunque ya dotado de todos los atributos mencionados— en el corto *The Wise Little Hen (La Gallinita Sabia)*. Pese a su escaso papel, obtiene inmediatamente un gran éxito. En pocos años, será una *star* de primera magnitud, al nivel de Mickey y Minnie. Los estudios Disney explotarán el filón Donald, a lo largo de los años, añadiéndole una numerosa familia: tres sobrinitos igual de traviesos, pero con más inventiva que su irascible tío, con el que mantendrán constantes pugnas. Además, un tío supermillonario y avaro, la abuelita, etc.

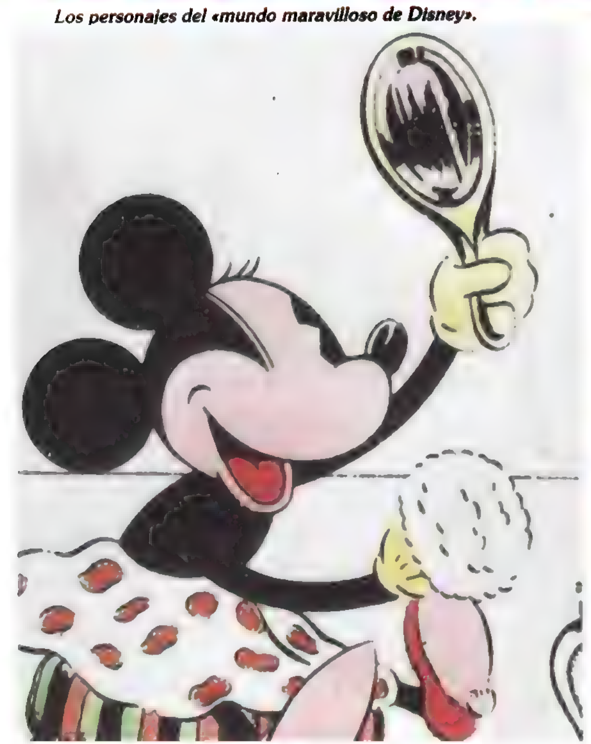
Desde finales de la década de los veinte, *the happy twenties*, como hemos visto, los estudios Disney son ya una realidad tangible y en constante expansión. Desde 1929 se pone en producción una nueva serie, *Silly Symphonies*, que se inicia con un tema macabro *The Skeleton Dance*. Esta serie es el resultado de una polémica entre Walt Disney y Carl Stelling. Stelling es otro de los personajes clave, junto con Iwerks —y, por supuesto, el propio Walt y

1948

Walt Disney, el mago de Burbank

Los personajes del «mundo maravilloso de Disney».

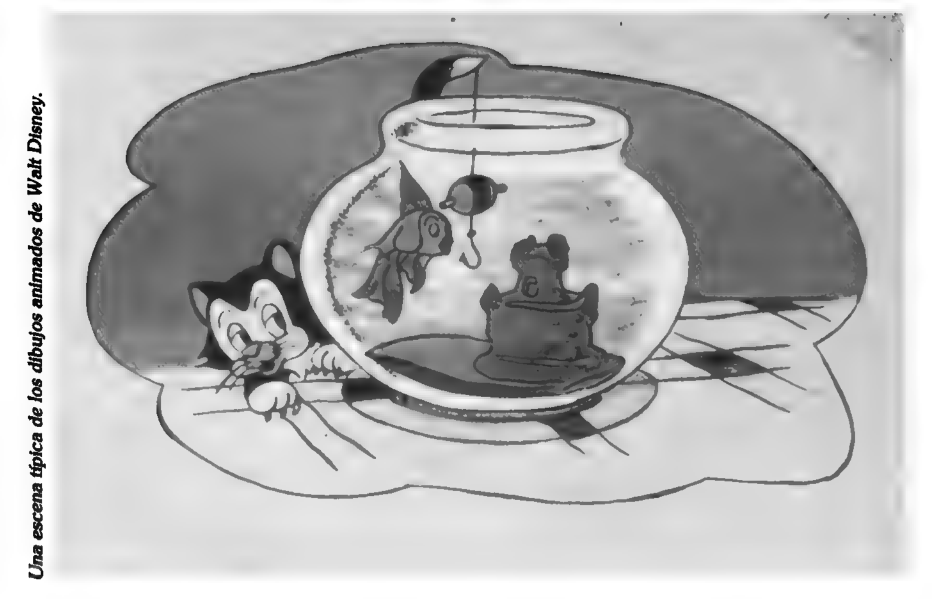
Arriba, varios personajes del «mundo maravilloso de Walt Disney».
Estos dos fueron sin duda los personajes más populares del creador gráfico norteamericano, reflejando el primero buena parte de los ideales de su padre artístico: ciudadano perfecto, trabajador, reaccionario, alegre pero siempre preocupado por su familia, la moral y las buenas costumbres, etc. Prohibido en la Alemania nazi a causa de que en una historieta se reía de soldados ataviados con cascos prusianos, el ratón Mickey fue mascota de las tropas aliadas durante el desembarco de Normandía en 1940. Donald era más popular, sin embargo, entre las fuerzas norteamericanas del frente del Pacífico. En la competencia filmográfica personal desatada entre los dos personajes, Donald tiene en su haber 126 películas, cinco más que Mickey. A finales de la década de los 40, Walt Disney se inclinó definitivamente hacia posiciones ultraconservadoras y se afilió a la Alianza del Cine para la Defensa de los Ideales Americanos, organismo creado por los propietarios de Hollywood para ayudar al senador McCarthy en su «caza de brujas», es decir, supuestos comunistas infiltrados en la industria cinematográfica.



Minnie, la coqueta amiga de Mickey.



El pato Donald.



Una escena típica de los dibujos animados de Walt Disney.

su hermano Roy— en la creación del «mito Disney». Cuando Walt empieza a producir *cartoons* sonoros, se trata naturalmente de musicales. ¿Cuales eran las películas de mayor éxito de Hollywood entonces? Los musicales, claro está. Pues los *cartoons* serán musicales también. Director y colaboradores tienen que inventar todo un sistema que, en sus líneas básicas, sigue hoy día en vigor, para acoplar los dibujos animados al ritmo de la melodía.

Ahí es donde entra en escena Carl Stelling, un músico a quien Walt había conocido en Kansas City, donde trabajaba como pianista en los cines, acompañando a las películas mudas. Esta experiencia le hacía particularmente valioso para el trabajo que Disney había emprendido. Stelling es contratado inmediatamente y puesto al frente del departamento musical. Y es entonces cuando surge la aludida polémica. El sistema de producción de un *cartoon* musical era el siguiente: primero se hacía un boceto con la historia que se iba a relatar. El músico realizaba la partitura sobre este boceto y cuando los animadores habían terminado el filme, se adaptaba la música a la imagen. Este era el sistema que, tras diversos tanteos, había sido finalmente adoptado por Walt, antes de la llegada de Stelling. Pero éste, esencialmente músico, no está de acuerdo y mantiene la tesis contraria: es la imagen la que tiene que acoplarse a la partitura. Walt, inflexible cuando toma una decisión, pero también comprensivo y diplomático, llega con su músico jefe a un acuerdo. Se seguirá utilizando el sistema antiguo con el trabajo ya existente, pero se lanzará una nueva serie en la que, de acuerdo con la tesis de Stelling, será la imagen la que se acoplará a la partitura.

Silly Symphonies, la obra creada aplicando el criterio de Stelling, no llegaría a alcanzar el éxito de las otras series de Disney, pero se siguió produciendo, con éxito aceptable y buena distribución, durante muchos años. Tuvo además imitadoras, como la serie *Merry Melodies,* que el propio Stelling produciría, años después, para la Warner Brothers, después de abandonar los estudios Disney. Son estas experiencias las que motivarían la opinión, recogida al principio, del compositor Kern: «Walt Disney ha realizado la única contribución importante del siglo XX a la música, al utilizarla como lenguaje».

La simplicidad de las escenas de muchos episodios de dibujos animados es resultado de un largo estudio de motivación y una depurada técnica gráfica. Su impacto es casi total en la mente de muchas personas, especialmente entre el público infantil al que van dirigidas. En algunos países avanzados, como Suecia, han llegado a prohibirse algunas historietas del pato Donald, un personaje especialmente cruel, violento y agresivo. El éxito del pato «feo, solterón, libidinoso, egoísta, chapucero y cobardica» motivó que su saga fuera incrementándose con una parentela de «novia coqueta» Daisy, tres sobrinos «imposibles de distinguir» y el «viejo avaro» Tío Gilito.



Un ratoncillo domador amaestra al pacífico elefante Dumbo.


Walt Disney contempla el prototipo del avión Dumbo.

El peor negocio del siglo

Stelling dejó de trabajar con Disney, en 1930, al año siguiente de ser lanzada *Silly Symphonies.* Su marcha estuvo motivada por la del otro pilar del estudio, el viejo amigo y compañero de Walt, Ub Iwerks, que se dejó tentar por otra oferta, con lo que no sólo cometió el mayor error de su vida, sino que también hizo uno de los peores negocios que se han realizado en la historia reciente, ya que vendió su parte en los estudios a los hermanos Disney, por menos de 3.000 dólares. Volverá a los estudios Disney diez años después, pero no como socio, sino como simple jefe de animación. Su indudable genio artístico no llevaba parejo un talento comercial y organizativo como el que le sobró toda su vida a Walt Disney.

En 1933 ven la luz otros tres personajes de Disney, cuya popularidad, igual que sucedió con Mickey, Minnie o Donald, está inmediatamente asegurada. Se trata de tres cerditos juguetones y melómanos, *The Three Little Pigs,* que cantan su imprudente falta de temor al villano de la fábula, el Lobo Feroz, en una canción, *Who's Afraid of the Big Bad Wolf (Quién teme al lobo feroz),* que se convirtió instantáneamente y por muchos años en un *hit.*

En estos años, Disney se concentra en el hallazgo o mejora de técnicas, con un indudable afán de perfeccionismo. Ya desde 1931 utiliza un primitivo sistema de color. A mediados de la década, todas las producciones Disney están en color, por el procedimiento del Technicolor. Otra incorporación fundamental es la cámara multiplano, con la que Disney consigue dar a sus *cartoons* su característica profundidad. Muy pronto, a los beneficios obtenidos con los dibujos, Walt Disney añade los resultantes de la venta de objetos relacionados con sus personajes. Esto se convierte pronto en toda una industria. La venta o alquiler de patentes para la

El excelente hombre de negocios que era Disney sólo se convenció de que había acertado plenamente en su personaje de Mickey, creado en 1928, a los 27 años, cuando un fabricante de material escolar le ofreció dos años después 300 dólares para reproducir la imagen del simpático ratón en sus productos. La gran industria del merchandising *había comenzado. En medio siglo, la Walt Disney Productions se ha convertido en una multinacional que controla 11 grupos de empresas en EE. UU. y tiene filiales en otros 12 países. En 1978, por ejemplo, facturó por valor de 52.000 millones de pesetas, obteniendo casi 7.000 millones de beneficios. En la foto, Disney con el avión* Dumbo, *instalado en Disneylandia en 1955.*

fabricación a otras industrias se extiende pronto por todo el país y salta luego al exterior. Poco tiempo después, en Estados Unidos hay ya 80 fabricantes de objetos Disney y alrededor de 150 en el resto del mundo. Se reproducen los personajes de Mickey en todo tipo de objetos: mermeladas, cubertería, jabón, naipes, relojes de pulsera, cepillos de dientes, ropa, paraguas y un largo etcétera.

En 1935, las exportaciones de estos objetos alcanzan los cinco millones de dólares. Las ventas totales suben a 35 millones de dólares. En un plazo de ocho semanas se venden dos millones de relojes Mickey. Cartier, el gran joyero, llega a poner en venta una pulsera de diamantes con la imagen de Mickey por el módico precio de 1.150 dólares (de la época, por supuesto).

Es en este momento, con los estudios de Burbank y su producción sólidamente afianzados, cuando Walt Disney decide pasar a mayores empresas. A principios de año, llama a su jefe de animación y le da una simple orden: «Necesito 300 dibujantes más. Búscalos». Co-



Personajes de Walt Disney ante el castillo de Disneylandia.

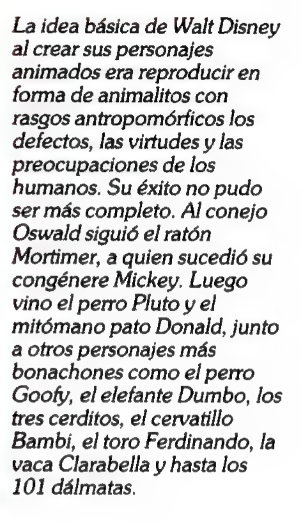
Escena de **La dama y el vagabundo**, *hecha por Disney en 1955.*

1948

Walt Disney, el mago de Burbank



Alicia en el país de las maravillas.



La idea básica de Walt Disney al crear sus personajes animados era reproducir en forma de animalitos con rasgos antropomórficos los defectos, las virtudes y las preocupaciones de los humanos. Su éxito no pudo ser más completo. Al conejo Oswald siguió el ratón Mortimer, a quien sucedió su congénere Mickey. Luego vino el perro Pluto y el mitómano pato Donald, junto a otros personajes más bonachones como el perro Goofy, el elefante Dumbo, los tres cerditos, el cervatillo Bambi, el toro Ferdinando, la vaca Clarabella y hasta los 101 dálmatas.

mienza entonces el proceso creador que, tres años después y a un coste —enorme para la época— de millón y medio de dólares, da como resultado *Snow White and the Seven Dwarfs (Blancanieves y los siete enanitos)*, el primer largometraje de dibujos animados de la historia. Con él, Disney ganó una apuesta en la que toda la industria cinematográfica había apostado unánimemente contra él: se podía hacer y, además, tener éxito. En efecto, el éxito es fulgurante desde el estreno. Las canciones, con la voz que la cantante Adriana Caselotti presta a Blancanieves, se convierten en favoritas y son transmitidas por todas las emisoras.

Una «fantasía» polémica

Y los largometrajes de dibujos animados se suceden a lo largo de los años. En 1940, Disney presenta *Fantasía*, quizá el más controvertido en un principio, aunque con los años las iras iniciales de los puristas musicales llegarán a aplacarse. Se trata de una combinación de excelente animación y excelente música clásica, parte esta última que Disney encargó nada menos que a Leopold Stokovski.

En 1941 tiene lugar la segunda gran crisis Disney: una huelga, seguida de un despido masivo de un numeroso sector de dibujantes, entre los que están algunos de los más dotados. Lo que pudiera haber representado un grave quebranto para Walt Disney y, en general, para el mundo artístico se saldó al final favorablemente para todo el mundo. Walt Disney contrató otros dibujantes, también excelentes, y los desertores formaron la United Productions of América, la famosa UPA, que proporcionó la única alternativa existente al hasta entonces monopolio Disney.

La férrea disciplina —que algún disidente calificara de «sistema dictatorial»— que Disney imponía a su personal, para someterlo a su criterio, fue la causa de la crisis. En UPA, al contrario que en los estudios Disney, todo director de un *cartoon* trabajaba según su criterio, con lo que los resultados fueron variopintos y, en general, excelentes. Recuérdese, como muestra de ello, el famoso *Unicornio en el Jardín*.

Por su parte, Disney sigue yendo hacia adelante, innovando. En 1950, se estrena *Treasure Island*, su primera película de acción real. En el año 1953, da comienzo la serie *True Life Adventures*, de tipo documental, cuyo primer filme, *The Living Desert*, obtiene el éxito acostumbrado. En 1967, las producciones Walt Disney habían obtenido ya 29 Oscars de Hollywood. Para redondear su sistema, Disney funda su propia distribuidora, *Buena Vista Film*. En 1954, se inicia una serie semanal de televisión, que continúa proyectándose en la actualidad.

Con los estudios funcionando como una maquinaria bien aceitada, la imaginación creadora de Walt Disney da un nuevo salto. El resultado

se llamará, primero, *Disneyland,* el enorme parque de atracciones que fue fundado en 1955. Más tarde, en 1971, se inaugura un proyecto más ambicioso, *Walt Disney World,* en Florida. Sin embargo, Walt, que fallece en 1966, seis meses antes de que den comienzo los trabajos, nunca llegó a verlo realizado.

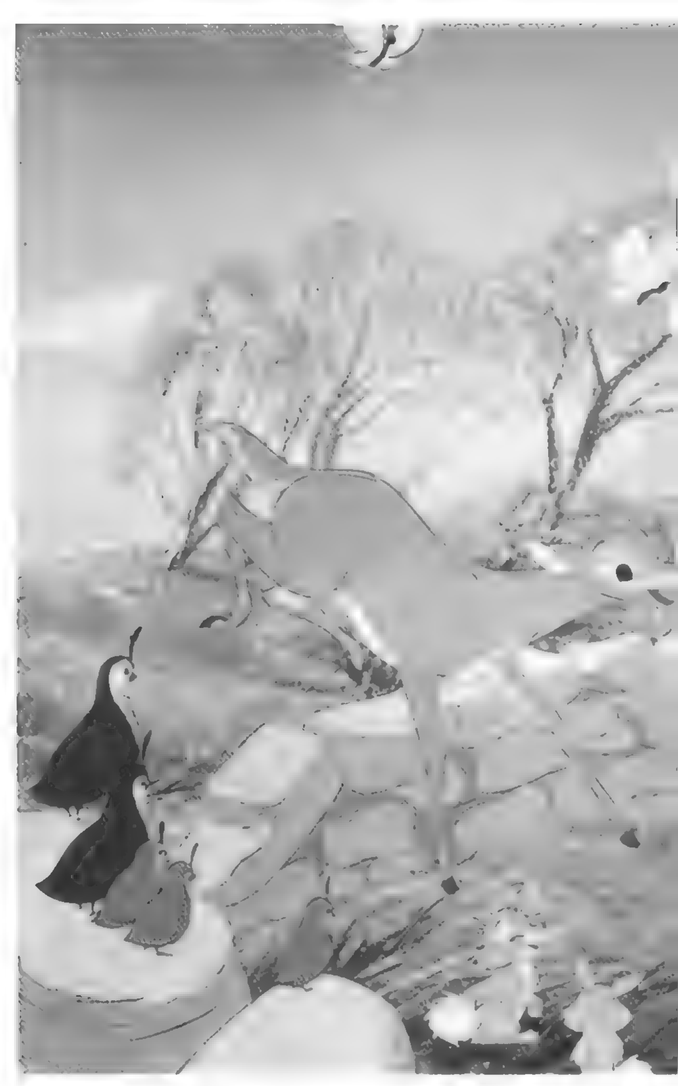
Disneyland fue concebido como un parque de atracciones para chicos y grandes, y desde el principio contó con el favor de todos. A la inauguración, el 17 de julio de 1955, acudieron 30.000 invitados y millones de estadounidenses pudieron contemplarla también por TV. Esta fue otra de las muchas ideas de Walt Disney en las que él fue el único en creer, al principio. Ya en 1952, había fundado una sociedad independiente, Disneyland, Inc., que se ocupaba de desarrollar el proyecto. La financiación fue dificultosa, los bancos se negaron a adelantar capital. Walt Disney convence de entrada a 30 empresas de importancia para que alquilen espacio en el futuro parque. Las empresas firman un contrato por cinco años y pagan el alquiler del primero y del quinto años. A continuación Disney, que estaba siendo cortejado desde hacía años por la gigantesca American Broadcasting Company, ABC, dueña asimismo de la enorme cadena de los Paramount Theaters, accede finalmente a firmar un magnífico contrato por siete años, a cambio de que la ABC adquiera, al contado, el 35 por 100 de las acciones de Disneyland, Inc.

Los bancos se pelean

Esta exhibición de virtuosismo financiero y el sustancioso capital ya obtenido convencen a los bancos, que empiezan a pelearse por completar la financiación de ese parque imposible antes de que den comienzo los trabajos, aunque sí existía el terreno, unas 64 hectáreas que Disney había adquirido a precio módico en una zona rural en el condado de Anaheim. Desde el día de la inauguración hasta el 30 de septiembre del mismo año, pasan por Disneyland más de un millón de visitantes. Durante el primer año fiscal se contabilizan cuatro millones de dólares.

Con la experiencia de Disneyland presente, era casi inevitable que a Walt Disney se le ocurriera mejorarla y agrandarla. Tras mucho cálculo, elige una zona situada al otro lado del continente, en Florida, cerca de la ciudad de Orlando, en la que adquiere, esta vez, once mil hectáreas. Es el equivalente en extensión de la ciudad de San Francisco y dos veces toda la isla de Manhattan. Disney paga por este terreno unos cinco millones de dólares, aunque el total de la inversión inicial ascendería a 400 millones de dólares.

Y es que esta vez el proyecto es mucho más ambicioso que en el parque de atracciones californiano. Se trata de establecer un conjunto de parques de atracciones —Disneyland, corregida y aumentada—, pero además, hoteles, áreas de camping, parques deportivos, una exposición industrial permanente, urbanizaciones tanto para residentes fijos como para turistas en vacaciones, ríos, lagos y canales, y todo ello inmerso en un entorno natural, en un paisaje en el que lo verde, las praderas y los bosques predominan sobre todo lo edificado. El lugar elegido por Disney es el idóneo. El Estado de Florida, en aquella época, atraía ya a veinte millones de turistas al año, procedentes de la mitad oriental del país, por lo que El Mundo de Walt Disney no representa en absoluto una competencia para su hermana mayor y más pequeña, Disneyland. El clima es similar al del sur de California. Tanto por ello como por otras características (turismo, playas, etc.), este nuevo enclave es similar al de California.



Escena de* Mary Poppins, *personaje interpretado por Julie Andrews.

Aparte de los pequeños y trepidantes —por su acción y enorme ritmo cinematográfico— episodios de dibujos animados (del pato Donald y el ratón Mickey se estuvo haciendo al menos uno al mes durante muchos años), Walt Disney fue el primero en producir largometrajes de dibujos animados. A Blancanieves y los 7 enanitos *(1937) siguió* Pinocho *(1940),* Fantasía *(1941),* Bambi (1942), Los tres caballeros *(1944),* Dumbo *(1947),* Alicia en el país de las maravillas *(1951) y* La dama y el vagabundo *(1955). Disney produjo también documentales como* El desierto viviente *(1954) y películas con actores de carne y hueso que dieron vida a personajes tan entrañables como* Mary Poppins, *interpretado por la actriz Julie Andrews, en la fotografía.*

Una muerte prematura

Walt Disney morirá el 15 de diciembre de 1966, de resultas de complicaciones surgidas tras una operación por un tumor pulmonar. La primera excavadora no empezará a funcionar en Florida hasta seis meses después y será Roy Disney quien seguirá al frente del proyecto detalladamente elaborado por su hermano, y quien inaugurará Walt Disney World en octubre de 1971. El primer año fue visitado por tanta gente como peregrina anualmente a la capital federal, Washington, D.C., unos once millones de personas.

Citaremos sólo algún dato: WDW posee, para pasear a sus visitantes por sus numerosas vías fluviales, una flota de 200 barcos, que es —en número— la novena flota mercante del mundo. Posee asimismo una flota de submarinos que es —en tonelaje— la quinta de todo el mundo.

Walt Disney fue un personaje muy controvertido. Su inicial obsesión por los personajes animales, su control absoluto sobre todas las etapas de la producción, el supuesto amaneramiento de su estilo, le hicieron objeto de muchas críticas. Quizá alguna sea acertada, y no meramente el producto de las envidias que despierta el éxito. En todo caso, su vida y su obra tienen el suficiente interés como para merecer, al menos, un estudio atento.

J. R. C.

Bibliografía básica

ARNOLDI, E. M.: *Zshizn i Skazki Walt Disney*, Ed. Iss Koosstro. Leningrado, 1968.

BENAYOUN, R.: *Le dessin animé après Walt Disney*, Ed. J. J. Pauvert. París, 1961.

FINCH, Ch.: *The Art of Walt Disney*, Ed. Harry N. Abrams, Inc. Nueva York, 1973.

GUBERN, R.: *Historia del cine*, Ed. Lumen. Barcelona, 1973.

MARTIN, P.: *The Story of Walt Disney, como Diane Disney se la contó a Peter Martin*, Ed. Holt. Nueva York, 1957.

La enorme fantasía de Walt Disney no se detenía en la creación de personajes sino que, a veces, era aplicada a su propia vida. Hubo una época en la que el ya millonario norteamericano hizo veladas declaraciones sobre su posible origen español, aludiendo a que era hijo de una lavandera (Isabel Zamora) y un barbero (José Guirao Zamora) del pequeño «pueblo blanco» de Mojácar, situado en las cercanías de la costa de Almería (España). Nada pudo demostrarse. En un viaje realizado a España en 1963, Disney se entrevistó con el pintor Dalí y quiso comprar con un cheque en blanco el museo de autómatas que se exhibe en el parque de atracciones barcelonés del monte Tibidabo.





Walt Disney y su esposa visitan a Dalí en Port Lligat (Gerona).

Política internacional

Birmania se proclama República independiente.
La isla de Ceilán se independiza aunque sigue unida a la Commonwealth británica.
Formación de un gobierno mayoritariamente comunista en Checoslovaquia. Su presidente es Klement Gottwald. El ministro de Asuntos Exteriores, Jan Masaryk es hallado muerto en circunstancias un tanto oscuras.
Proclamación de la república popular en Corea del Norte.
Asesinato del dirigente colombiano Jorge Eliécer Gaitán. Como reacción a este hecho se producen graves sucesos en Bogotá.
Firma del tratado de Bruselas entre Francia, Gran Bretaña y los países del Benelux. Se comprometen a una alianza defensiva por un período de cincuenta años.
Francia abre de nuevo sus fronteras con España.
Una Asamblea Nacional adopta una Constitución en Corea del Sur. Syngman Rhee, elegido presidente de la República.
El pacto de amistad y no agresión entre España y Portugal se prolonga por diez años más.
Proclamación del Estado independiente de Israel. Chaim Weizmann es el jefe de Estado y David Ben Gurion es presidente del Consejo de Ministros. Primera guerra árabe-israelí.
Bloqueo soviético del Berlín Occidental. Las potencias occidentales crean un «puente aéreo» para el abastecimiento de la población.
Yugoslavia es excluida del Kominform. Ruptura con la Unión Soviética.
Fundación de la Organización de Estados Americanos (OEA).
Luigi Einaudi es elegido presidente de la República italiana.
Harry S. Truman es reelegido presidente de Estados Unidos.
Se firma el protocolo Franco-Perón.
La reina Guillermina de Holanda renuncia al trono. Le sucede su hija Juliana.
Asesinato del conde Folke Bernadotte, mediador de la ONU en Palestina, por terroristas judíos.
Triunfo del partido segregacionista en las elecciones sudafricanas. Se lleva a cabo una mayor diferenciación de razas y una política de appartheid.

Sociedad

Asesinato de Mahatma Gandhi por un fanático religioso.
La Organización Mundial se encarga de abastecer a los fugitivos de Palestina.
Publicación de la sentencia del proceso contra los criminales de guerra en Japón. El ex primer ministro Hideki Tojo y otros seis dirigentes son condenados a muerte.
Fundación de la Universidad Libre en Berlín Occidental.
El cardenal Joseph Mindszenty es detenido en Hungría por oponerse a la nacionalización de las escuelas católicas.
En la Conferencia Mundial de las Iglesias celebrada en Amsterdam se crea la Institución del Consejo Mundial de Iglesias.



La roca, ***obra de Peter Blume.***

Economía

El Congreso de los Estados Unidos aprueba el Plan Marshall.
Devaluación del franco francés.
Francia suprime fronteras aduaneras con el territorio del Sarre.

Ciencia y tecnología

William Shockley, Walter Brattain y John Bardeen de los Estados Unidos, inventan el transistor.
Instalación del telescopio de mayor alcance del mundo en Monte Palomar, Estados Unidos.
Descubrimiento de la producción sintética de cortisona en Estados Unidos.
Empieza la construcción de los diques que regularán el río Damodar, en la India.
Se construye en Estados Unidos la primera casa con calefacción solar.

Deportes

Celebración de los Juegos Olímpicos en Londres.
El corredor checo Emil Zatopek gana la medalla de oro en los 10.000 metros.

Literatura

Thomas S. Eliot, premio Nobel.
Graham Greene: El revés de la trama.
Thornton Wilder: Los Idus de marzo.
Ezra Pound: Pisan Cantos.
Américo Castro: España en su historia.
Norman Mailer: Los desnudos y los muertos.
F. R. Leavis: La gran tradición.
Hans Sedlmayr: El arte descentrado.
Hervé Bazin: Vipère au poing.



El cardenal Mindszenty en las calles de Budapest en 1956.

Cine

Vittorio de Sica: El ladrón de bicicletas.
Luchino Visconti: La terra trema.
Jacques Tati: Día de fiesta.
Laurence Olivier: Hamlet.
John Huston: El tesoro de Sierra Madre.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Laurence Olivier por Hamlet *y a la mejor actriz a Jane Wyman por* Belinda.

Teatro

Henry de Montherlant: El Señor de Santiago.
Jean-Paul Sartre: Las manos sucias.
Tennessee Williams: Verano y humo.
Terence Rattigan: La versión de Browning.

Música

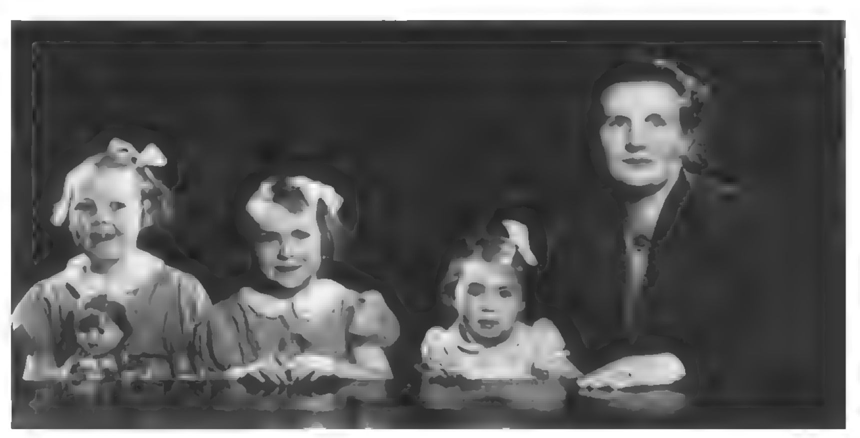
Oliver Messiaen: Sinfonía Turangalila.
José María Castro: La zapatera prodigiosa.
Pierre Boulez: Sonata.
Richard Strauss: Las cuatro últimas canciones.
Alberto Ginastera: Segunda sinfonía.
Muere Franz Lehar.

Pintura y escultura

Alberto Giacometti: Hombre andando bajo la lluvia.
Peter Blume: La roca.
Rafael Zabaleta: Campesinos.
Fernand Léger: Homenaje a David.
Karel Appel: Grito de libertad.
Jackson Pollock expone en la galería Betty Parsons de Nueva York.

Arquitectura

Le Corbusier: Edificio Corrutchet, *La Plata, Argentina.*



La reina Juliana de Holanda y sus hijas.

BERLIN, DEL BLOQUEO A LA GUERRA FRIA

EL bloqueo de Berlín supuso el acontecimiento clave de los últimos años cuarenta en la evolución de la política internacional de bloques y en la consolidación de lo que más tarde habría de denominarse «guerra fría», en contraposición a la cálida y cruenta lucha de la que se acababa de salir en 1945, tras la derrota de la Alemania de Hitler. Ocupada, repartida y en proceso dificultoso de reconstrucción, la nación alemana seguía siendo la piedra de la discordia de la pacificación europea, y esta vez por motivos ajenos a su voluntad, causados por la ambición de las superpotencias por consolidar un status quo no demasiado claro aún, tras las conferencias de Potsdam y de Yalta.



Un avión C-54 norteamericano lleva suministros a Berlín oeste durante el bloqueo.



Once meses de puente aéreo

El 24 de junio de 1948, tras una serie de antecedentes en la obstaculización del tráfico y transporte del Berlín ocupado por los aliados, los soviéticos imponían el corte total de comunicaciones terrestres con los sectores occidentales de Berlín. Un aislamiento que haría otra vez famosa a la capital alemana y que daría paso al puente aéreo más largo de la historia: desde finales de junio de 1948 hasta mayo del año siguiente se transportaron por vía aérea casi dos millones de toneladas de mercancías para asegurar el abastecimiento de los berlineses de los sectores aliados. Fueron 235.314 los vuelos realizados, con un recorrido total de 160 millones de kilómetros, partiendo de trece aeródromos de la zona occidental unificada y aterrizando en los tres de Berlín, convenientemente mejorados y reconstruidos. Sin duda, fue un esfuerzo sorprendente que logró demostrar la superioridad técnica aliada en este género de operaciones, llevado a cabo además en duras condiciones climatológicas y teniendo que ajustarse los aviones a un pasillo aéreo de sólo 32 kilómetros de ancho, muy insuficiente si pensamos que el promedio de vuelos diarios superaba los 700.

Los aviones y los tripulantes fueron norteamericanos en su mayoría, aunque también participaron numerosos aparatos y tripulaciones británicos y de la Commonwealth, especialmente canadienses. Habría que levantar un monumento al Douglas DC-3 *Dakota*, el aparato estrella de la operación, sin el que posiblemente los aliados no habrían podido llevar a cabo en tal escala el puente salvador del Berlín occidental. Igualmente, el mando norteamericano y británico utilizó todo el excedente de bombarderos y aviones de transporte procedente de las escuadras disueltas al final de la guerra, por lo que no hubo problema de material. La paradoja fue ver a muchos berlineses contemplando cómo los mismos aviones que apenas tres años antes les machacaban a bombas, les traían ahora víveres, ropas, enseres y medicinas para evitar el colapso de la vida urbana impuesto por los soviéticos. Hubo días en que se juntaron en el estrecho pasillo aéreo más de mil aviones a la vez, del mismo modo que hubo tripulaciones que realizaron en un día ¡más de sesenta servicios! Cuando la niebla o la nieve impedían los aterrizajes o los reducían en número se recurrió, también con verdadera precisión, al lanzamiento en paracaídas de numerosas cargas sobre los puntos de concentración marcados por las autoridades aliadas. La precisión cronométrica y la eficacia del

El desafío económico norteamericano a los soviéticos y la unificación monetaria del sector occidental de Berlín con la República Federal de Alemania fue la causa principal del bloqueo decretado por las autoridades de Moscú. El resultado constituyó otra oportunidad de oro para que los Estados Unidos hicieran ostentación de su gran abundancia de material y de su enorme capacidad de organización y suministro. El «bloqueo de Berlín» duró casi un año, del 24 de junio de 1948 al 12 de mayo de 1949. El abastecimiento aéreo fue un éxito. Los berlineses, tras los duros años de la guerra, hacía mucho que no disfrutaban de unos suministros materiales tan completos.



El aviador Gale Halverson prepara caramelos para arrojarlos en Berlín oeste.



puente aéreo fueron sin duda uno de los factores de disuasión más poderosos para que los soviéticos optaran finalmente por levantar el bloqueo en la primavera de 1949.

Historia de un descontento

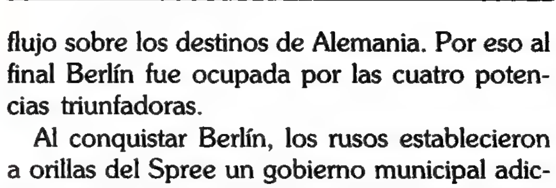
Pero hagamos un poco de historia para ver cuáles fueron los desencadenantes del bloqueo ruso al sector occidental berlinés. La situación de Berlín en 1945 seguía siendo una extraña anomalía en el conjunto del reparto de controles de los vencedores. El avance ruso, al final de la contienda, se centró sobre el norte y centro de Alemania, mientras los aliados se dedicaban más al frente occidental y meridional. Esto dejaba previsiblemente Berlín en manos de los rusos, y la Comisión Asesora Europea que, formada por los aliados, funcionaba en Londres, mantenía el criterio de que Berlín debería ser la capital de una Alemania ocupada, tanto para los aliados como para los soviéticos. Dentro del plan de zonas trazado por esa misma Comisión, Berlín quedaba muy dentro de la zona soviética, a 176 km de la frontera ruso-aliada dentro de lo que fuera el Reich. Eisenhower no era demasiado partidario de defender a toda costa la presencia aliada en Berlín, a la vista de su situación, pero prevaleció el criterio del presidente Truman y de los ingleses y franceses. Este criterio, al fin y al cabo, no era otro que el de los mismos rusos, que tenían más conciencia del valor político de la capital del Reich y, por tanto, de la ventajosa situación que disfrutaría quien lo ocupara, si fuera una sola potencia, respecto de las demás en cuanto a su in-



Un avión C-47 aliado llega al aeropuerto de Tempelhof, Berlín occidental.




Carga y descarga en un aeropuerto berlinés en 1949.

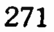


flujo sobre los destinos de Alemania. Por eso al final Berlín fue ocupada por las cuatro potencias triunfadoras.

Al conquistar Berlín, los rusos establecieron a orillas del Spree un gobierno municipal adicto. Esto les permitió ejercer su influencia directa sobre el control de la ciudad, que tuvo un carácter prácticamente soberano y se extendió hasta octubre de 1946, en que las urnas reflejaron el verdadero sentir de los berlineses del sector oriental. Las fuerzas soviéticas de ocupación fomentaron la fusión de socialdemócratas y comunistas en el nuevo Partido Socialista Unificado, pero no todos los socialdemócratas aceptaron esta unión impuesta, y ello se reflejó claramente en el resultado electoral: de los 130 escaños del parlamento municipal, los socialistas unificados sólo obtuvieron 26, superándoles socialdemócratas y cristianodemócratas. El Ayuntamiento original se disolvió tras estas elecciones con el consentimiento de los rusos, que comprendieron que Berlín debería tener un gobierno más conforme con la voluntad popular. De este modo, la influencia rusa iba disminuyendo, a la par que crecía la de los occidentales, quienes contaban con la adhesión de la mayoría de los berlineses. A 175 km de la frontera con el sector occidental Berlín se reveló, en el corazón del sector soviético, como un enclave anticomunista, hostil a la URSS y a sus aliados alemanes. Se convertía así en una posición avanzada del mundo occidental de inmenso valor político, lo que era considerado por Moscú como extraordinariamente perjudicial para sus intenciones de lograr una «homogeneidad» política en su sector. Lógicamente esta actitud no iba a ser consentida sin réplica por las autoridades soviéticas.

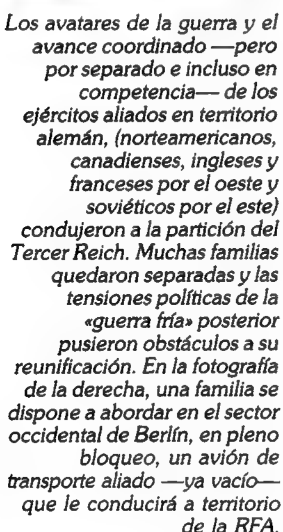
Reunificación económica: el verdadero motivo

La primera propuesta rusa fue la de convertir a Berlín en una ciudad libre bajo control de la ONU, pero los occidentales se negaron formulando una contrapropuesta para constituir un gobierno mixto de los cuatro sectores —que ya eran en realidad dos, el ruso, y el aliado—. Pero la participación de unos y otros en ese gobierno mixto fue el punto de desacuerdo, ya que la URSS quería que fuese paritario y los occidentales proporcional a la población de los sectores —casi un millón más de habitantes en los tres sectores aliados sobre el soviético—. Fracasadas las negociaciones, a principios de 1948, los occidentales dieron el primer paso hacia la unificación de sus zonas y resolvieron




Un almacén de intendencia militar durante el bloqueo de Berlín.


Una familia berlinesa dispuesta a viajar a territorio de la RFA.


Los avatares de la guerra y el avance coordinado —pero por separado e incluso en competencia— de los ejércitos aliados en territorio alemán, (norteamericanos, canadienses, ingleses y franceses por el oeste y soviéticos por el este) condujeron a la partición del Tercer Reich. Muchas familias quedaron separadas y las tensiones políticas de la «guerra fría» posterior pusieron obstáculos a su reunificación. En la fotografía de la derecha, una familia se dispone a abordar en el sector occidental de Berlín, en pleno bloqueo, un avión de transporte aliado —ya vacío— que le conducirá a territorio de la RFA.

crear el núcleo de un futuro gobierno alemán en sus tres zonas de ocupación. El fracaso soviético en las elecciones del 46 se vio amplificado por la campaña de propaganda desencadenada por los Estados Unidos con motivo de su Programa de Recuperación Europeo (ERP), más conocido por el nombre del político padre del mismo: el Plan Marshall. Los EE. UU. decidieron incluir a la Alemania ocupada por los aliados en su plan de ayuda económica, y para ello necesitaban proceder a una unificación política y, sobre .todo, económica. La emisión provisional de moneda, la depreciación de los marcos del Reich, etc., amenazaban con una situación de crisis similar a la vivida en la anterior posguerra, durante la república de Weimar. Así, para poner en marcha la economía alemana fue preciso llevar a cabo una reforma monetaria con objeto de eliminar la inflación, reforma que se aplicó el 20 de junio de 1948 con la creación del nuevo marco alemán. Este paso, que suponía consagrar la economía de libre mercado en las zonas occidentales, desagradó a Moscú, cuya respuesta fue crear un marco alemán oriental en su zona de ocupación. Y el principio elemental del bloqueo se produjo cuando los aliados se negaron a reconocer el marco oriental como medio válido de pago en Berlín. La respuesta es conocida: el 24 de junio se iniciaba el largo y duro bloqueo terrestre a la ex capital del otrora imponente Imperio alemán.

El principio del cisma

El cisma pues, quedaba consumado por lo económico. Los berlineses occidentales aprovecharon la ocasión para acelerar su uniformidad administrativa con el resto de los sectores occidentales unificados, que constituía el embrión de la futura República Federal. Al término del bloqueo, los occidentales salieron reforzados, concediendo al Berlín ocupado por ellos un nuevo estatuto en mayo de 1949, con el que la administración de esa parte de la ciudad adquirió más independencia y mayores atribuciones bajo la autoridad del alcalde socialdemócrata Ernst Reuter. Sin embargo, aunque con este pulso se salvaba la «occidentalidad» berlinesa, lo que quedó también de manifiesto fue la imposibilidad de integrar como miembro de pleno derecho al Berlín occidental dentro de los *lander* de la nueva *Bundesrepublik*, esto es, dentro del esquema federal germano occidental. Berlín habría de permanecer para siempre como algo distinto a la República Federal Alemana.

Los orientales tampoco perdieron su tiempo; en pleno bloqueo, y aprovechando la ruptura de contactos, se dio carta jurídica a la nueva República Democrática Alemana (DDR, Deutsche Democratik Republik), cuya Constitución fue proclamada el 7 de octubre de 1949, tras haber finalizado el aislamiento. La proclamación de la nueva república alemano-oriental, bajo tutela soviética, tampoco estuvo exenta de dificultades. La capitalidad se fijó en Berlín, como desafío a Occidente, en el barrio de Pankow, y su organización política se hizo con un Parlamento y un gobierno derivado del mismo. Aunque en las elecciones que dieron vida a la DDR participaron diversos partidos, el apoyo soviético y la propaganda se centraron en el Partido Socialista Unificado —más tarde de los trabajadores— que era en realidad el partido comunista alemán. El presidente era en teoría el primer mandatario, pero en la práctica el secretario general del partido —como en la URSS— se convertía en el jefe supremo del

país. La Cámara popular quedó instituida y el gobierno popular contó con todos sus atributos de soberanía, incluido el departamento de Asuntos Exteriores (mientras que, por ejemplo, en la Alemania occidental éstos dependían aún de la Alta Comisión aliada).

Dos Alemanias, dos Berlines

Pero mientras se creaban los dos estados paralelos, ambos se ignoraban. El Congreso del Pueblo Alemán, celebrado en Berlín este en 1948 seguía reclamando la representatividad para toda la nación alemana, mientras que las potencias occidentales se negaban a reconocer a la RDA por «no haber recurrido en su formación al cuerpo electoral», y el canciller Adenauer, de acuerdo con la oposición socialdemócrata, reivindicó ante el Bundestag el derecho a hablar en nombre de toda Alemania. La tirantez creada por el bloqueo entre los representantes de los dos sectores en pugna en el municipio de Berlín aconsejó en septiembre de 1948 el paso de la mayoría de los socialdemócratas, demócratas cristianos y liberales al sector occidental, abandonando el soviético, y estableciendo su gobierno en Schöneberg, en el sector británico. De esta manera quedaron prefigurados los dos ayuntamientos o administraciones de la ciudad. El 5 de diciembre de 1948, en pleno bloqueo, se celebraron elecciones en el sector occidental berlinés, y en ellas triunfaron ampliamente los socialdemócratas. Por último, tras un período de incertidumbre durante el cual continuó la tensión, los rusos y los occidentales accedieron a un compromiso impuesto por las circunstancias. Tras el fracaso del bloqueo, el convenio entre las superpotencias fijó una división del Gran Berlín en dos sectores, uno oriental, bajo control de la RDA y otro occidental bajo tutela aliada en el que se mantenían los sectores norteamericano, británico y francés. Los 880 kilómetros cuadrados de la municipalidad berlinesa tenían dos gobiernos independientes y extraños el uno del otro.

Del final del bloqueo al nacimiento de la RFA

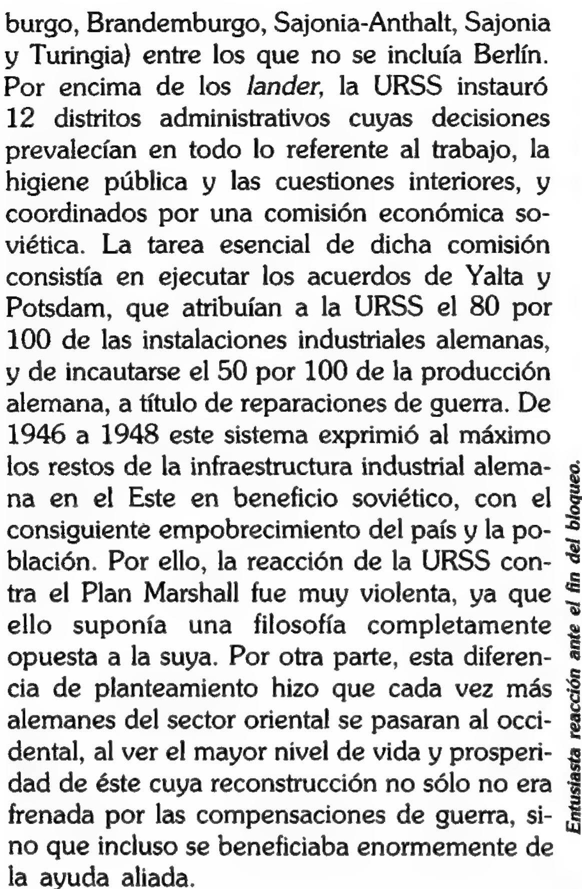
En la evolución del bloqueo, los primeros meses fueron decisivos para ver hasta dónde estaban dispuestos a llegar cada uno de los ocupantes. Inglaterra y Francia se situaron incondicionalmente al lado de los Estados Unidos y se ratificaron el 6 de julio de 1948 en su decisión de permanecer en Berlín, lo que resaltó más al tener ambos países gobiernos socialistas y laboristas, en aquel momento. Al bloqueo de Berlín, los occidentales respondieron con el contrabloqueo de la zona de ocupación soviética, lo que a la vista del menor nivel de suministros de los rusos y de su incapacidad para mejorarlos, produjo un descenso en el nivel de vida germano-oriental y afectó al prestigio del país ocupante. Así se facilitó la apertura de nuevas negociaciones para terminar con una situación absurda que empezaba a volverse contra sus promotores. Sin olvidar tampoco que para Occidente el inmenso coste del puente aéreo no podía ser mantenido indefinidamente. A últimos de mayo de 1949 se reunieron en París los ministros de Asuntos Exteriores de las cuatro potencias ocupantes para tratar del problema de Alemania. El 25 de mayo del mismo año nacía oficialmente la República Federal Alemana con la promulgación de su Constitución, la Ley Fundamental de la República Federal de Alemania. De acuerdo con la Constitución, el 14 de agosto de 1949 se formaron las elecciones generales para formar el Bundestag, el parlamento federal. Los democristianos obtuvieron 133 de los 402 escaños de la asamblea; 131 los socialdemócratas y 15 los comunistas. Los liberales lograron 52 escaños, y el partido alemán (extrema derecha), 17. Cerraron la lista los 10 escaños de los centristas y el único de los autonomistas daneses. El profesor Heuss, perteneciente al ala izquierda del partido demócrataliberal fue elegido presidente, y, como canciller, el democristiano Konrad Adenauer. Los democristianos formaron gobierno con el apoyo de los liberales, y los socialdemócratas fueron la oposición. La RFA estaba ya en marcha.

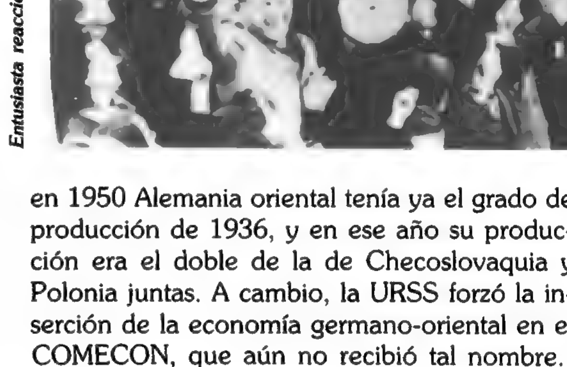
RDA: El precio de la derrota

La estructura federal alemana fue impuesta por los aliados como un medio de contrapesar el pangermanismo y el nacionalismo exacerbado fomentado por los nazis. Pero la misma estructura regional y social de la Alemania occidental se prestaba bien a esta fórmula, con su abundancia de católicos y calvinistas. El plan establecido por Byrnes en 1946 para convertir a Alemania en un Estado federal tropezaba, sin embargo, con el monolitismo social y cultural de la parte oriental.

La zona ocupada por los soviéticos en Alemania contaba con 18 millones de habitantes, y estaba formada por cinco *lander* (Mecklem-

burgo, Brandemburgo, Sajonia-Anthalt, Sajonia y Turingia) entre los que no se incluía Berlín. Por encima de los *lander*, la URSS instauró 12 distritos administrativos cuyas decisiones prevalecían en todo lo referente al trabajo, la higiene pública y las cuestiones interiores, y coordinados por una comisión económica soviética. La tarea esencial de dicha comisión consistía en ejecutar los acuerdos de Yalta y Potsdam, que atribuían a la URSS el 80 por 100 de las instalaciones industriales alemanas, y de incautarse el 50 por 100 de la producción alemana, a título de reparaciones de guerra. De 1946 a 1948 este sistema exprimió al máximo los restos de la infraestructura industrial alemana en el Este en beneficio soviético, con el consiguiente empobrecimiento del país y la población. Por ello, la reacción de la URSS contra el Plan Marshall fue muy violenta, ya que ello suponía una filosofía completamente opuesta a la suya. Por otra parte, esta diferencia de planteamiento hizo que cada vez más alemanes del sector oriental se pasaran al occidental, al ver el mayor nivel de vida y prosperidad de éste cuya reconstrucción no sólo no era frenada por las compensaciones de guerra, sino que incluso se beneficiaba enormemente de la ayuda aliada.





Entusiasta reacción ante el fin del bloqueo.



Una vez terminado el bloqueo por carretera y ferrocarril en 1949, los soviéticos continuaron poniendo trabas administrativas y políticas para el libre tráfico de personas y bienes entre la RDA y la RFA. En 1961 se construyeron los 40 km del llamado «muro de la vergüenza» (posteriormente ampliado y reforzado), y las comunicaciones telefónicas entre los dos sectores de Berlín, suspendidas en 1952, no se reanudaron hasta 1971. Un año más tarde —y coincidiendo con la distensión y la política de apertura al Este de la RFA— se firmó un acuerdo para la reunificación familiar y la libre circulación de personas.

Por ello la URSS cambió de táctica a partir de 1948, estableciendo un plan bienal de reconstrucción económica para la Alemania oriental. El plan coincidió con la creación del nuevo Estado, y gracias a él, un centenar de fábricas incautadas fueron separadas del control soviético y cedidas a sus propios medios. Las reparaciones de guerra fueron reducidas en un 50 por 100 y las incautaciones de productos notablemente disminuidas. El plan funcionó, y en 1950 Alemania oriental tenía ya el grado de producción de 1936, y en ese año su producción era el doble de la de Checoslovaquia y Polonia juntas. A cambio, la URSS forzó la inserción de la economía germano-oriental en el COMECON, que aún no recibió tal nombre.

La era del milagro

Mientras tanto, la RFA ya había despegado industrialmente, con la ayuda de los 1.400 millones de dólares del Plan Marshall, y sus nueve *lander* bajo la hábil dirección de Adenauer —y de su ministro de Economía, Ludwig Erhard— empezaban a ser ya el motor industrial de Europa. La diferencia entre una y otra Alemania es que las dos cumplían idéntico papel, pero orientadas hacia dos mundos contrapuestos: una hacia Occidente, y la otra hacia Oriente, abriéndose un foso ideológico insalvable para la prosperidad económica. Berlín quedó en medio, como símbolo de ese enfrentamiento; el fin del bloqueo no hizo sino confirmar la existencia de dos áreas de influencia de las superpotencias, dos mundos enfrentados que, en el caso de Berlín, se miran abiertamente de un lado a otro del muro de división levantado en 1961, que con sus 40 kilómetros separa los dos bloques. El Berlín occidental *es de facto*, aunque no *de jure*, una parte de la RFA, cons-



Convoyes de berlineses occidentales cruzan territorio de la RDA para llegar a la República Federal.



La población del Berlín occidental, en principio superior a la del sector oriental, ha ido disminuyendo poco a poco debido a su elevada edad y su baja tasa de natalidad. Actualmente ronda los 2 millones (un 10 por 100 de ellos trabajadores extranjeros, turcos en su mayoría) y sigue bajando. Barrios enteros de casas muy deterioradas por la guerra y el abandono están siendo ocupados —a veces de forma violenta— por miles de jóvenes que cambian su domicilio de la RFA a Berlín para evitar hacer el servicio militar. Son los hausbesetzer, *que alternan en las calles su radicalismo y sus melenas con los uniformes de los 12.000 soldados norteamericanos, británicos y franceses que siguen constituyendo «la fuerza de ocupación del sector occidental», una fuerza que se calcula no podría resistir ni 48 horas un ataque de sus vecinos comunistas.*

tituida como un *land* y un municipio a la vez (el mismo caso de las ciudades hanseáticas de Hamburgo y Bremen), y representada a nivel internacional por la RFA. A despecho de sus dos y medio millones de habitantes —casi— Berlín oeste es un ente extraño que se aproxima más a una ciudad-estado que a otra cosa. Conforme las posibilidades de reunificación alemanas se alejan, más fácil parece que las relaciones entre ambos Berlines se distiendan. De hecho, el muro es permeable. En la Navidad de 1963, se abrió por primera vez, y desde entonces, según las crisis, ha tenido épocas de mayor o menor facilidad de paso. En 1968, el gobierno de Pankow exigió pasaporte y visado a los alemanes que viajaban entre la RFA y Berlín, pero el acuerdo de 1970 permitió mejorar sensiblemente la situación. Aparte de la reglamentación del transporte terrestre entre ambos sectores, se establecieron los primeros vínculos jurídicos, económicos y culturales entre ambas partes. La URSS reconoció a la RFA y la representación por la misma de los intereses del Berlín occidental. El Consulado General Soviético en Berlín oeste dejó de depender de la embajada rusa en el Berlín este para pasar directamente a ser competencia del Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, y no tuvo atribuciones políticas, sino solamente funciones consulares. Los berlineses occidentales con pasaporte de la RFA y sellado en Berlín pudieron visitar la zona oriental y la RDA al igual que el resto de los ciudadanos de la RFA. La guerra fría empezaba a serlo menos.

Sin embargo, antes ya hubo algún aviso de que Berlín oeste no era la RFA. Cuando el 7 de abril de 1965 se reunió en el mismo la Cámara baja del parlamento federal, las autoridades de la RDA interrumpieron los accesos, y durante la sesión del Bundestag, aviones rusos y de la RDA efectuaron una serie de maniobras sobre el sector occidental. El propio mando aliado, en cartas al gobernador de la ciudad y al presidente del parlamento federal recordó que Berlín oeste no pertenece a la RFA. De este modo, se ha consolidado un estado de cosas que hace de Berlín occidental el escaparate de no sólo la RFA, sino de todo el Occidente liberal capitalista. Un escaparate que, desde la Marienkirche, con los nuevos edificios de la Kurfurstdendamm, desafía al limpio y frío urbanismo del otro lado de la Puerta de Brandemburgo. Los tiempos del bloqueo han dado paso a una vida de espaldas, en la que un Belín ignora —o finge ignorar— al otro. Una ignorancia imposible cuando la radio y la televisión de ambos lados se captan en los dos Berlines, y cuando desde el agua hasta el «metro» se comparten por las dos ciudades.

J. R.

Bibliografía básica

MASTNY, V.: *Russia's Road to the cold war. Diplomacy, warfare and Theopolitics of comunism, 1941-1945,* Columbia University Press. Nueva York, 1979.

RAMOS OLIVEIRA, A.: *Historia social y política de Alemania,* Fondo de Cultura Económica. México, 1964.

VERMEIL, E.: *L'Allemagne contemporaine, social, politique et culturelle, 1890-1950,* Ed. Aubier. París, 1953.



El bloqueo soviético paralizó también los ferrocarriles.



Lectura colectiva del Libro Rojo *de Mao Tse-tung en un acuartelamiento de la Armada de la República Popular China.*



1949

LA REPUBLICA POPULAR CHINA

EL 1 de octubre de 1949 el líder revolucionario y luego presidente del nuevo régimen, Mao Tse-tung (Mao Zedong, según el nuevo sistema de transcripción pinyin*), proclamaba en Pekín la nueva República Popular de China. Como recordaron los oradores en sus discursos, el triunfo revolucionario no fue un regalo. Atrás quedaban casi treinta años de guerra civiles permanentes y de resistencia a invasiones extranjeras. Más atrás, siglos y siglos de corrupción, decadencia, ignorancia y atraso. El nuevo régimen partía de una China unificada (con la excepción de la isla de Taiwán-Formosa, ocupada por los nacionalistas del derechista Chiang Kaishek), que en la mente de Mao se enlazaba con la forzada por el primer emperador, el mítico Tsin She Huang-ti, el constructor de la Gran Muralla, a principios del siglo* III *antes de Cristo. Como Mao gustaba de recordar, «el pueblo chino volvía a ser dueño de su destino» y «si hacemos lo que debemos hacer, China volverá a ser China».*

Una dura tarea a realizar

«Larga fue la noche y el alba tardó en llegar a esta tierra; durante siglos, los demonios se entregaron a su danza frenética, / y los quinientos millones de hombres estaban separados. Pero ha cantado el gallo, está iluminada la tierra, / y he aquí junto a la música de todas partes (...), la alegría del poeta.» Este poema, escrito por Mao, poco después de la proclamación de la República Popular, expresa la alegría de muchos corazones de los 550 millones de habitantes que entonces tenía China. Alegría que iba unida a inmensos esfuerzos por reorganizar un gigantesco Estado con problemas en todos los frentes: Reeducar a millones de personas para la paz tras 30 años de guerra ininterrumpida, luchar con la ideología del viejo régimen. Hacer frente al aislamiento internacional; al reto de la rearmada Taiwán (sostenida por los norteamericanos); a la amenaza estadounidense en la guerra de Corea (1950), que al acercarse a la frontera china originó la intervención militar de la nueva república, y a su condena posterior por la ONU, acusada de «agresión»; al enfriamiento de relaciones con la URSS; al conflicto del Tibet y los roces fronterizos con la India, etc.

En 1954 se promulgó la Constitución de la nueva República Popular (luego reformada en 1975, 1978 y 1982), que acometía una ambiciosa tarea de unificación, modernización y reformas —económicas (agrarias, industriales), sociales y culturales—. La soberanía nacional se expresaba por medio de los 3.000 diputados elegidos cada 4 años y que se reunían en la Asamblea Nacional del Pueblo. Esta designaba al presidente de la República y refrendaba la elección del gobierno, que pasaba a llamarse Consejo de Estado, dirigido por un presidente. El país se dividía en 22 provincias, 5 regiones autónomas y dos municipios autónomos. El poder real era ejercido junto a estos órganos por el Partido Comunista y el ejército. En este texto constitucional, China se definía como «un Estado de dictadura democrática popular, dirigida por la clase obrera y basada en la alianza de los obreros y los campesinos».



La inquebrantable fe en la victoria militar de los comunistas chinos, en pie de guerra durante más de un cuarto de siglo, es expresada por Mao en este poema, escrito tras la retirada estratégica de 1934-1935, conocida como La Larga Marcha: «El Ejército Rojo no teme los rigores de una larga marcha, / mil montañas, diez mil ríos no significan nada. / Las Cinco Cordilleras para él son leves ondas / y los colosales picos del Wumín, simples terrones que ruedan / (...) las frías cadenas de hierro del puente que el Dadú atraviesa / y más la nieve infinita del Minshán, nos alegran e incitan / y cuando las cruzamos en cada rostro estalla la sonrisa».

Mao Tse-tung, joven, vestido con uniforme militar.

Guerra y revolución

El éxito popular del ejército comunista, durante la resistencia al invasor japonés (1937-1945) y la guerra civil posterior (1946-1949), se debió sin duda a la honradez a toda prueba de sus miembros (cualquier exceso era castigado severamente), a su trato de cooperación con los campesinos (acostumbrados al saqueo secular de los señores de la guerra, a la rapiña del

1949

La República Popular China

Chu En-lai, nacido en el Kiang-si en 1898, fue un joven chino de buena familia, enviado por ésta a estudiar al extranjero, que se afilió al Partido Comunista durante su estancia en Francia y destacó como organizador de los estudiantes chinos en Europa. Tras vivir también en Gran Bretaña y Alemania, se trasladó a China en 1924 y fue uno de los primeros comisarios políticos del Ejército Rojo, participando en la insurrección obrera de Cantón (1927) y en la instauración de una república comunista en el Kiang-si. Encargado durante la guerra civil y la invasión japonesa del «frente diplomático» y de mantener conversaciones tanto con el enemigo como con los aliados, tras la victoria de 1949 fue nombrado primer ministro y responsable de la cartera de Asuntos Exteriores.

Recepción ofrecida por Chu En-lai, presidida por una fotografía de Mao.



Un suburbio de Shanghai, cuna del comunismo chino.

ocupante japonés, a los abusos del Kuomintang) y a la construcción, allí donde triunfaban, de «un nuevo orden» que infundía esperanza y fe en sus propias fuerzas a las masas del campo. Los juicios sumarios a colaboracionistas y terratenientes, el reparto de tierras a los campesinos pobres y la institucionalización de la democracia directa dejaban huella en las poblaciones ocupadas por los comunistas. Aunque luego esas zonas volvieran a caer en manos japonesas o del Kuomintang, la semilla bien plantada da su fruto, nada podía volver a ser como antes.

El pueblo empezó a engrosar en masa las filas del Ejército de Liberación e incluso divisiones enteras del Kuomintang se pasaron a los comunistas. Derrotados los japoneses tras el lanzamiento norteamericano de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, Estados Unidos consiguió (con apoyo soviético), que los ocupantes nipones de China se rindieran sólo ante Chiang Kai-shek, y que el gobierno del Kuomintang fuera reconocido como el único de China.

Aislado una vez más internacionalmente (incluso con los comunistas soviéticos en contra), el Ejército Popular tuvo que lanzarse a fondo a una nueva guerra civil. Curiosamente, entre 1946 y 1949, a pesar del enorme apoyo material extranjero que recibió el Kuomintang no pudo alzarse con una sola victoria frente a los comunistas, apoyados por la inmensa mayoría de la población. Y la teoría de Mao se cumplió: un ejército de campesinos conquistó las ciudades. En 1948 se llegó al mítico río Azul (Yangtsé) y a principios de 1949 a la frontera indochina. En agosto de ese mismo año se constituyó formalmente el primer gobierno popular, en octubre se proclamó el nuevo régimen, y el 8 de diciembre (con cobertura aérea y naval norteamericana), las últimas tropas del derechista Chiang Kai-shek abandonaban el continente y se refugiaban en la isla de Formosa-Taiwán. Con el general del Kuomintang se retiraban 25 divisiones. Para entonces los grandes esfuerzos de los comunistas habían logrado reunir alrededor de doscientas.

Mao, convertido desde 1936 en cabeza del movimiento que luchaba por la «nueva China», hablaba muy claramente a sus partidarios: «Quien tiene el ejército tiene el poder; la guerra lo decide todo... Todos los comunistas deben asimilar esta verdad: El poder está en la punta del fusil..., con el fusil se puede conseguir todo... Quien quiera apoderarse del poder del Estado y conservarlo, debe poseer un fuerte ejército... Nosotros queremos crear una república realmente democrática. La experiencia de la lucha de clases en la época del imperialismo enseña que las clases trabajadoras no pueden vencer a las clases armadas de la burguesía y los terratenientes más que por la fuerza de los fusiles. Se puede decir que no se puede transformar el mundo más que con el fusil (...).

Los años de la Gran Revolución Cultural Proletaria (1966-1969) fueron un turbulento período de dominio izquierdista en la vida política china que supuso alteraciones importantes para una gran parte de la población (34.000 muertos y unos 100 millones de personas obligadas a trasladarse a trabajar en el campo). Los cuadros dirigentes y numerosos «intelectuales» tuvieron que realizar trabajos físicos, y las nuevas medidas revolucionarias deterioraron la producción, si bien en otros campos como la sanidad obtuvieron algunos éxitos. El frente más fuerte de la ofensiva izquierdista fue el cultural, educativo, ideológico y artístico. Los profesores fueron criticados y reprimidos, así como todo el arte calificado de «burgués», especialmente el procedente del extranjero. En la fotografía, un dazibao o cartel mural —vehículo de expresión de ideas típico de la Revolución Cultural— criticando el cine occidental que había comenzado a entrar en China.



Campaña contra el cine occidental durante la Revolución Cultural.


El presidente Mao visita a los obreros que construyen un pantano.

Los cinco amores revolucionarios. Las cien flores

Tras la proclamación de la República Popular se lanzó la gran campaña de «los cinco amores revolucionarios»: «Amor a la Patria. Amor al Pueblo. Amor al Trabajo. Amor a la Ciencia. Amor a la propiedad pública». Frente a ellos, la necesidad de oponerse «al egoísmo y la propiedad privada», «a la mentira y el fraude», «a la corrupción», «al soborno», «al despilfarro» y «al burocratismo». En 1955 Mao lanzó su famosa consigna: «Que se abran cien flores y que florezcan cien escuelas de pensamiento». Fue la primera campaña contra los abusos del nuevo poder («El Partido Comunista debe servir al pueblo y no viceversa»), que luego se repetiría a gran escala durante los turbulentos años que la Gran Revolución Cultural Proletaria (1966-1969), con coletazos hasta la muerte del propio Mao, en 1976..

Como si se tratara de una ley de supervivencia física, a todo período de agitación ideológica y crítica política sigue en China otro de disciplina y trabajo masivo. Este movimiento pendular ha sido una constante desde la proclamación de la República Popular en 1949 hasta nuestros días. En 1957, las críticas y autocríticas del nuevo régimen dejaron paso a una necesidad imperiosa: la reconstrucción y modernización económica del país.

El Gran Salto hacia delante

El período 1957-1960 quedará en la historia de China como un gran intento —frustrado en su mayor parte— de modernizar rápidamente el país y construir una sociedad económicamente fuerte. Las prioridades de la política económica se desplazaron del campo a la industria y se intentó, según la consigna oficial «Ganar veinte años en un día». Millones de personas fueron movilizadas y enviadas a trabajar de sol a sol, en plan estajanovista, a las comunas y a las nuevas fábricas que se construían por doquier.

Tras esta política triunfalista, digna del más típico desarrollismo, había un canto colectivo a la productividad y una fe inquebrantable en que el trabajo conjunto de obreros, campesinos e intelectuales, guiados por la doctrina marxista-leninista podría vencer todas las dificultades y «llegar a mover las montañas». Tal ingenuidad sólo sirvió para lograr algunos éxitos locales, pero a nivel nacional se saldó con un gran fracaso económico (hubo que tirar casi la mitad de la producción de acero, hecha deficientemente en instalaciones cuasi artesanales y a un coste de horas de trabajo absolutamente ruinoso, por ejemplo), que algunos historiadores han calificado como «la gran demolición económica de China», en contraposición a la triunfalista propaganda oficial. Quedó claro, desde entonces, que, aparte de trabajo y entusiasmo, para crecer económicamente también se necesitaba capital y tecnología moderna. No obstante, el esfuerzo de millones de personas mejoró sustancialmente la red nacional de carreteras y regadíos y demostró internacionalmente la cohesión social y la disciplina de la nueva China.

La Gran Revolución Cultural Proletaria

Tras unos años en los que «el gigante asiático» lame sus heridas económicas y es reconocido poco a poco como interlocutor internacional por muchos países (desde siempre los socialistas, luego los del Tercer Mundo, por fin los de Occidente), y gana fácilmente el conflicto del Tibet ante la India (1962), un nuevo movimiento de agitación y crítica política dirigido por el propio Mao Tse-tung estalla en su seno.

Un *dazibao* o cartel mural, firmado por el líder comunista y pegado por estudiantes el 25 de mayo de 1966 en la Universidad de Pekín, con el explosivo título de *Bombardead el cuartel general,* lanza a las masas a la calle con la

Mausoleo de Sun Yat-sen, fundador de la República China en 1911.

Uno de los éxitos que nadie discute a los comunistas chinos es haber logrado dar de comer —por primera vez en la historia— a la ingente población del gran país asiático, eliminando todas las bolsas de hambre. Aunque China sigue siendo un país eminentemente agrícola (el 80 por 100 de la población activa trabaja en este sector de la economía) se han sentado las bases para la industrialización, acelerada desde la muerte de Mao Tse-tung en 1976. Y no hay que olvidar que China constituye el primer mercado en potencia a nivel mundial.



Refinería petrolífera en Shanghai.





consigna de oponerse al fin de la revolución y «luchar contra quienes detentan poderes absolutos y siguen la vía capitalista, desenmascarando a la nueva burguesía que se agazapa en el seno del Estado y del Partido Comunista». El nuevo movimiento, estructurado en torno a los «Guardias Rojos» (estudiantes y obreros jóvenes, en su mayoría) que enarbolan el famoso *Libro Rojo* (recopilación de frases escogidas de Mao Tse-tung) y utilizan la violencia si es necesario, pronto se extiende a todo el país y siembra el pánico entre «los bien colocados» y la inquietud en todo el mundo. La nueva doctrina establece «el deber de ir contra corriente», y su entusiasmo juvenil se contagia tanto a los críticos de los comunismos oficiales de la URSS y sus aliados como a los revolucionarios occidentales. En los turbulentos días de mayo de 1968 en París, las frases del presidente Mao, «El Gran Timonel», estarán en boca de todos los revoltosos e intelectuales renovadores.

Vista ahora globalmente, la Revolución Cultural significó un freno importante al proceso de burocratización de la administración china, pero su coste económico y social quizá fue demasiado elevado (34.000 muertos y unos 100 millones de personas obligadas a cambiar de trabajo o de hogar). En aspectos concretos como el de la medicina, la actuación masiva de los nuevos «médicos de pies descalzos» (una especie de ayudantes técnicos sanitarios cualificados, formados a caballo entre la medicina china y la occidental) mejoraron notablemente la salud pública. Pero en «el río revuelto» hubo muchos abusos y venganzas personales. Numerosos «intelectuales» fueron obligados a vivir en el campo y «trabajar como los campesinos». Los generales y los directores de hospital entraban como cualquier otro trabajador en los turnos de limpieza, etc. Fue un ejemplo moral, manchado por la censura literaria y artística, y la represión. Su precio fue demasiado caro. Mao conservó su puesto de líder, apoyado en las masas, por encima de los aparatos. En frase célebre, dirigida al escritor francés André Malraux, Mao resumió así sus intenciones: «Nuestra Revolución no puede ser exclusivamente una estabilización de la victoria (...). El Pueblo ha reemplazado a los antepasados. El Pueblo, no el Partido Comunista (...)».

Mujeres chinas trabajando en un telar.

«Andar sobre las dos piernas»

Mao sabía que en un país como China era necesaria una sabia combinación de unificación y flexibilidad. Compuesto por más de 30 millo-

nes de miembros, en el PC chino siempre ha habido «corrientes de opinión». Mao gustaba decir que «había que andar sobre las dos piernas» y que «un carro anda mejor tirado por dos caballos» y combinar —o turnar— en el ejercicio del poder real a las corrientes derechistas (ejército, tecnocracia, inmovilistas) con las izquierdistas (jóvenes obreros, intelectuales, revolucionarios permanentes). El problema era que la «lucha por el poder» originaba siempre conflictos y muertos, pero la lucha de clases no se había detenido con la toma del poder por los comunistas en 1949 y se admitía «la existencia de contradicciones en el seno del pueblo». Este «vitalismo» del socialismo chino se contraponía a la «arterioesclerosis» del modelo soviético, que suponía «que una vez hecha la revolución se acaba la historia y desaparece toda contradicción». La ruptura definitiva entre los comunismos se realizaría entre 1960 y 1962, más que por los conflictos fronterizos que le sirvieron de pretexto, por los intereses nacionales de China que nunca aceptó el principio de «soberanía limitada» a favor de la URSS.

En 1954, China es sacada de su aislamiento internacional y toma parte en las conversaciones de paz de la Indochina francesa. Un año más tarde, la República Popular aparece como nación líder del Tercer Mundo en la Conferencia de Bandung. En 1964, coincidiendo con la explosión de la primera bomba atómica china, la República Popular es reconocida por la Francia de De Gaulle, al que siguen muchos otros países occidentales hasta que, en 1971, China es admitida en la ONU y expulsada Taiwán. En 1972 el presidente norteamericano Nixon visita Pekín y se restablecen relaciones plenas con EE.UU. en 1979.

Potencia del ayer y del mañana

China, a pesar de las innumerables vicisitudes de su larga historia, ha sido cuna de una viejísima civilización (absolutamente ignorada por la supuesta Historia Universal escrita desde Occidente) y sigue siendo un país eternamente joven. El más poblado del mundo —el censo de 1982 contó a 1.008.175.288 personas que se elevarían a 23 millones más incluyendo a la población de Taiwán, Hong-Kong y Macao; territorios reivindicados por Pekín—, China es el tercer país del globo en extensión, sólo superado por la Unión Soviética y Canadá. Curiosamente, el 60 por 100 de la

La victoria comunista, tras casi treinta años de lucha armada en todos los frentes, trajo por fin un largo período de paz para la exhausta China. Frente a lo que cabría esperar, las nuevas autoridades de la República Popular, prefirieron en muchos casos la «reeducación» a la represión y el exterminio de sus rivales políticos vencidos. El propio emperador, Pu-Yi, fue reeducado, aceptó totalmente el nuevo régimen de «dictadura del proletariado» y fue empleado como jardinero en el parque de su antiguo palacio, en la Ciudad Prohibida de Pekín, escribiendo un interesante y ameno libro de Memorias.



La policía del Kuomintang ejecuta en plena calle a dos comunistas detenidos. Shanghai, 1927.

población de este viejo país tiene menos de treinta años y casi el 80 por 100 siguen siendo campesinos —800 millones—, viviendo en las ciudades sólo el 20,6 por 100. En el año 2000, y a pesar de los planes de control de natalidad, los chinos serán más de 1.200 millones de personas.

En 1982 su número de analfabetos (su sistema de escritura sigue siendo simbólico y muy difícil de aprender) superaba a la población total de un país como los Estados Unidos (236 millones, 23,5 por 100 de la población china), y su número de titulados universitarios (cuatro millones y medio) a la población total de Noruega, por ejemplo.

Los sucesos de la historia de China siempre tienen una repercusión social, de masas, desconocida en otras partes.

China se ha convertido en una gran potencia, combinando el marxismo-leninismo con el nacionalismo y el espíritu pragmático. Hoy, en su inmenso territorio viven «decentemente» millones de personas que fueron parias durante siglos. De períodos oficialmente «izquierdistas», como «la campaña de las cien flores» (1955-56) o la Revolución Cultural (1966-69), se ha pasado por otros «derechistas» o «productivistas», como el Gran Salto hacia delante (1957-1960) o el de «apertura a Occidente y al mercado» que vive el país desde la muerte de Mao y que se ha plasmado en la nueva Constitución de 1982.

En esta nueva etapa, «la lucha de clases» ha perdido categoría frente a «la productividad», el progreso y el bienestar material. A Mao se le considera como el fundador que «acertó en un 70 por 100 y cometió un 30 por 100 de errores» y sólo se citan sus textos anteriores a la Revolución Cultural. El Orden triunfa ahora sobre la Revolución. Mañana quizá siga habiendo cambios para que todo siga igual.

Bibliografía básica

CHASSIN, L. M.: *La conquista de China por Mao Tsé-tung,* Alianza Editorial. Madrid, 1966.

GONZALO, J.: *Política exterior de China Popular (1949-1973),* Editora Nacional. Madrid, 1973.

GOODRICH, L. C.: *Historia de la China moderna,* Salvat. Barcelona, 1953.

SNOW, E.: *Red China Today (The other side of the river),* Penguin Books. Londres, 1970.

TALON, V.: *Adiós, Mao (Mao Tsé-tung, 1893-1976),* Sedmay Ediciones. Madrid, 1976.

MAO TSE-TUNG: *Obras completas.* Ediciones en lenguas extranjeras. Pekín.

Los enclaves de Macao (colonia portuguesa) y Hong-Kong (británica) fueron las «espitas comerciales» de China con el mundo económico occidental tras el triunfo del régimen comunista. Mao escribió en 1961 el siguiente poema en honor de sus compatriotas del sexo femenino: «El porte airoso, la actitud resuelta y el fusil al hombro / en el campo de maniobras al primer resplandor del horizonte. / Las hijas de China tienen aspiraciones excelsas, / desprecian las sedas y aman su uniforme».



La gimnasia colectiva, un deporte popular en China.



Hong-Kong, que supuso durante años el único contacto de China con los mercados occidentales.

1949

EL MAYOR ESPECTACULO DEL MUNDO

CORRÍA una cálida tarde de julio de 1949. Un jovencito de diecinueve años quería hacer méritos sobre el alambre en la Escuela de Arte Circense de Moscú. El joven se llamaba Oleg Popov, y su nombre daría la vuelta al mundo unos años más tarde como el del payaso más famoso de la historia. Con su éxito, el circo conoció de nuevo años de gloria tras el brusco declive impuesto por la guerra mundial, que acabó con la alegre trashumancia circense en Europa con la excepción del Circo Knie, en la neutral Suiza.

Carmen Fernández, autora de este artículo, es periodista especializada en temas de ocio y viajes.



La ilusión del circo en directo difícilmente puede ser igualada por otros espectáculos.



Característico cartel de circo con elefantes amaestrados.

El nacimiento del circo

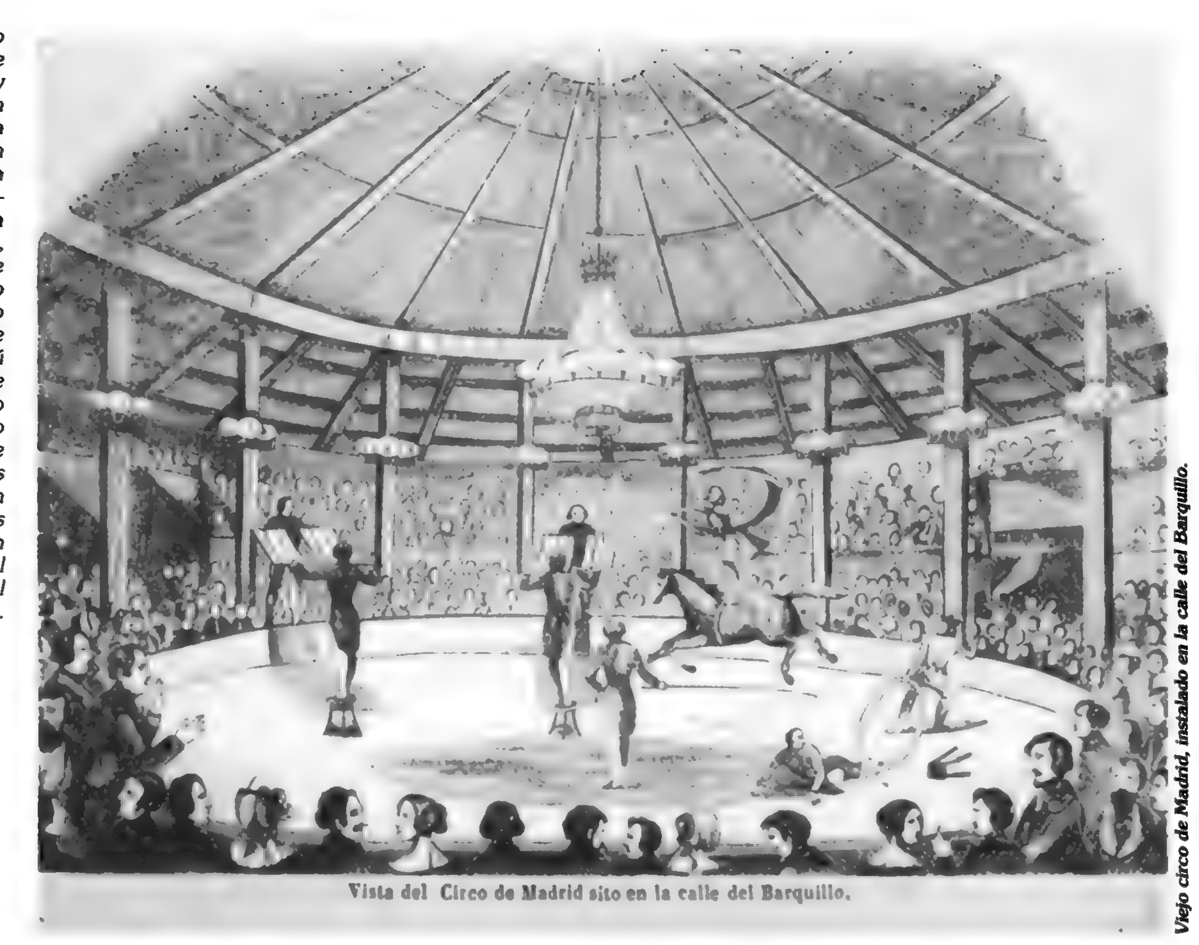
Contrariamente a lo que la gente piensa, el circo, tal como lo entendemos ahora, es un espectáculo de origen bastante reciente, aunque compuesto por elementos que ya existían antes de que Philip Astley crease el llamado Circo Moderno. Corría el año 1770 y era la época del circo ecuestre. Pero, desde hacía siglos, los carromatos de los cómicos iban recorriendo los pueblos y ciudades de Europa. El espectáculo del circo es tan viejo como el propio mundo.

El primitivo circo romano era una imitación de los antiguos hipódromos griegos. Era un local de grandes dimensiones, que tenía dos largos lados paralelos y un extremo semicircular con asientos, a modo de anfiteatro. El famoso Circo Máximo, de Roma, tenía un ruedo de 400 por 80 metros, con una capacidad para 180.000 asientos. En el circo romano se desarrollaban diferentes competiciones y exhibiciones: carreras de carros y caballos, luchadores, bailarines, músicos. Otro de los números fuertes era el de las fieras; por el ruedo desfilaban camellos, elefantes, perros, tigres, leones...

Durante la Edad Media no se construyeron edificios especiales para el espectáculo del circo. Normalmente, estas diversiones se realizaban al aire libre y, sobre todo, con motivo de las ferias (la feria de Nizhni-Novgorod, Gorki, en Rusia; la feria de Troyes, en Francia; y la feria de Stourbridge, en Inglaterra, son algunas de las más famosas de la época). En este tipo de circo jugaron un papel muy importante los juglares y trovadores. Ellos fueron los que dieron lugar más tarde a las danzas, pantomimas y parejas cómicas. Es el momento en el que aparecen las grandes dinastías circenses italianas, tales como los Bartoletti, los Feroni, los Zavatta, los Zeroni, los Guillaume, los Tacconetti o los Chiarini. Siglos más tarde, ya en 1700, en otros lugares de Europa surgen también grandes familias circenses, como los Lalanne (Francia), los Blumenfeld (Alemania) o los Chipperfields (Inglaterra). Esta última posee, hoy en día, uno de los más importantes circos del Reino Unido. Durante un tiempo, la aristocracia de estas familias circenses se refugió en las sociedades secretas, en las logias masónicas, en los rosacruces, ya que les aseguraban una cierta protección y poder. Tal fue el caso de Cagliostro, un ilusionista de talento, en cualquier caso.

Con el nacimiento del siglo XVIII, el público volvió a requerir los grandes espectáculos visuales, tal como se celebraban en la Roma antigua. En 1755, en Viena, el francés Defraine creó el Hetz Theater, una especie de anfiteatro

Si bien el espectáculo circense es tradicionalmente un montaje efímero y multicolor bajo una gran carpa de lona que se traslada incansablemente actuación tras actuación, también ha habido —y todavía hay— circos estables, llamados en ocasiones «circos de invierno», en los que el espectáculo se realiza dentro de un edificio tradicional o de alguno constituido con ese fin. Entre estos destacan los de Moscú y el famosísimo Circo de Invierno de París, construido en 1852 por el arquitecto Hittorf, que todavía sigue siendo modelo para los modernos circos que se han construido en Estados Unidos. En España fueron circos fijos de renombre el Price, de Madrid, y el Olimpia, de Barcelona.



Viejo circo de Madrid, instalado en la calle del Barquillo.

a cielo descubierto, en el cual se desarrollaban escenas de caza, combates de animales y exhibiciones ecuestres. Por esos años y a ejemplo del anterior, se crearon el Vaux Hall, de Londres, y el Coliseo de París, aunque este último fue demolido en 1780.

Philip Astley, creador del circo moderno

Para la historia del circo moderno, 1770 es una fecha clave. Fue en este año cuando el jinete inglés Philip Astley se presentó, junto a su *troupe*, en una pista circular al aire libre con tribunas de madera, situada en la calle Stangate, enfrente de lo que actualmente es uno de los anexos de la estación Waterloo, de Londres. La pista no fue la gran innovación, ya que anteriormente, en el siglo XVII, el caballista inglés Beates había construido una en París. Lo revolucionario era fundamentalmente la composición del espectáculo, que todos los días se presentaba a las cinco de la tarde, siempre y cuando el tiempo lo permitiera. El espectáculo consistía, aparte de los consabidos ejercicios de equitación, en la presentación de una compañía de equilibristas sobre la cuerda, saltarines, acróbatas y juglares. A estos últimos se les puede considerar como los antepasados de los actuales cantantes de los *music-hall* londinenses.

En 1779, Philip Astley construye el primer circo con techado, el Amphithéâtre Riding-House. Decidido a la conquista europea, Astley monta en París, el 16 de octubre de 1782, el Amphithéâtre Anglais, que es el primer circo parisiense. En 1799, el fuego destruye el Amphithéâtre Riding-House, será un mal año para Astley, pero este hombre genial no se deja abatir y comienza la construcción de otro nuevo circo. Encarga el trabajo al arquitecto-escenógrafo John Henderson Grieve, quien pone en pie el Royal Amphithéâtre of Arts. Este circo tenía una capacidad de 3.000 personas, cifra más que considerable para la época.

Por estos años, Astley contó en el Reino Unido con una serie de rivales, como Charles Hughes, quien, junto con Charles Dibdin, creó el Royal Circus. De este mismo circo surgirá Andrew Ducrow (1793), uno de los nombres más importantes de la historia del circo inglés y del circo ecuestre en general. Apodado el «Hércules infantil», comenzó a trabajar con su padre a la edad de cuatro años. En 1824 pasó a dirigir el Anfiteatro de Astley. A Ducrow se deben innumerables creaciones, como «El correo de San Petersburgo», uno de los más increíbles espectáculos ecuestres.

Franconi, un veneciano, alma del circo francés

Curiosamente, fue un veneciano, exiliado en Francia, quien dio un gran empuje al circo francés. Antonio Franconi fue el hombre a quien Astley encargó la dirección de su anfiteatro inglés, en París. Sus hijos continuarían con esta labor, y uno de ellos, Laurent Franconi, construyó el primer hipódromo parisiense: el hipódromo de L'Etoile. En él cabían alrededor de los 8.000 espectadores.

Otro gran nombre en la historia del circo francés es Louis Dejean figura clave en la construcción del Circo de Les Champs Elysées. Tres años antes de que viera la luz el siglo XX, los parisienses oirían un nombre mágico en la historia del circo: Medrano, uno de los más grandes *clowns* de todos los tiempos, conocido por el público con el nombre de «Boum-Boum». El circo que llevaba su nombre se mantuvo en pie hasta 1963. El eslogan de la casa se resumía en estas sencillas palabras: «Reír con Medrano».



«La princesa Nouma-Hawa. La dama más pequeña del mundo.»

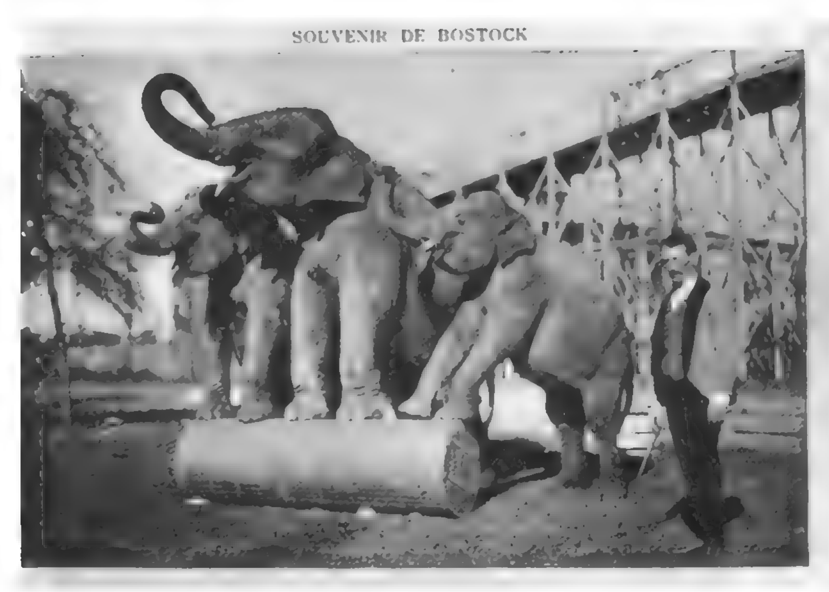
El gran circo americano: de Phineas Barnum a los hermanos Ringling

La característica principal del circo americano es su increíble obsesión por el gigantismo. Podríamos afirmar que es la fiesta por excelencia. Esto ha hecho, probablemente, que los americanos hayan sabido conservar a lo largo de todos estos años el gran «encanto» del circo, cosa que muy pocos circos europeos han preservado, en aras de las modas del momento. «El mayor espectáculo del mundo» estará ya para siempre unido al gran circo americano.

Fue el 3 de abril de 1793 cuando John Bill Ricketts, uno de los jinetes del Circo Real de Hughes, en Londres, edificó, en Filadelfia, el primer circo americano. Tal fue su éxito, que tuvo que construir otro en Nueva York, destruido desgraciadamente por el fuego en 1799. Pero el gran espectáculo se había asentado ya con firmeza en el nuevo continente. Años más tarde, en 1826, Aaron Turner, asociado con Nathan B. Howes, utilizó por primera vez la lona, completando así la fisonomía externa del circo.

Durante los años que van de 1820 a 1835, el circo americano crece vertiginosamente. Fue precisamente en 1835 cuando aparece en escena uno de sus nombres mágicos: Phineas Taylor Barnum, un hombre con una gran capacidad para los negocios que tuvo la ocurrente idea de presentar al público a una negra, Joice Heth, de la que afirmó que tenía «160 años y había sido la nodriza de George Washington». La anciana resultó ser un increíble camelo, pues murió al año siguiente, a la edad de 75 años. Este fue uno de los muchos montajes del avispado y poco escrupuloso empresario, que había cimentado su fama y dinero con la exhibición de increíbles fenómenos humanos: el «general Tom Thumb» (un enano llamado

Todo cabe dentro del «mayor espectáculo del mundo», desde la exhibición de una familia de enanos a los difíciles e increíbles números de los elefantes amaestrados, pasando por los domadores de otras fieras, los acróbatas, los trapecistas, los forzudos, los ilusionistas y, cómo no, terminando por los insustituibles payasos. El primero en utilizar elefantes en la arena circense fue Hackaliah Bailey, uno de los grandes creadores del circo moderno, en 1815. Años más tarde, otro gran innovador, Phineas T. Barnum, haría famoso su número con el gran elefante Jumbo, comprado al zoo de Londres.



Entrenamiento de un grupo de elefantes por su domador.

BUFFALO BILL'S WILD WEST AND CONGRESS OF ROUGH RIDERS OF THE WORLD

AMUSEMENTS DES COWBOYS

Un personaje seguramente denostado por los ecologistas por su profesión de matar miles de búfalos sin ton ni son, mientras protegía de los indios a los constructores del ferrocarril en las inmensas praderas norteamericanas, fue el famosísimo William F. Cody, alias Búfalo Bill, *quien en sus últimos años triunfó por todo el mundo con su espectáculo circense* El Oeste salvaje, *que dejaría toda una larga escuela de imitadores. En estos números se combinaba la habilidad ecuestre con la acrobacia, la puntería con rifle y pistola y la pericia en el manejo del lazo vaquero. Nacía la mitología del* cow-boy *americano.*

Charles Stratton), la «mujer barbuda» y la pareja de «siameses». El 10 de abril de 1871 fundó el primer circo que se desplazaba con tren propio, al que denominó como «El mayor espectáculo del mundo». El P. T. Barnum's Great Circus Museum and Menagerie se fusionaría, en 1881, con el de su mayor rival: James Anthony Bailey. Los dos juntos presentaron al público americano una de las mayores atracciones circenses de todos los tiempos: *Jumbo,* un elefante traído del zoo de Londres.

A finales del siglo pasado se desarrolló en América otra gran compañía circense, la de los hermanos Ringling, formada al principio por los 7 hijos de August Rüngeling. Era el año 1882. El éxito fue tal que, en 1918, ya habían absorbido al circo de Barnum y Bailey. Y diez años más tarde controlaban los mayores circos norteamericanos. Su gigantesco espectáculo se desarrollaba en tres pistas y cinco pisos. Las dificultades de transporte de este impresionante circo obligaron a los Ringling a realizar exhibiciones en locales permanentes. En la actualidad, los Ringling Brothers forman la mayor compañía circense del mundo.



Búfalo Bill, héroe para muchos niños.

El circo ambulante: el circo más puro

La atmósfera cálida y ruidosa, la sensación de fragilidad y casi de milagro es lo que hace que el circo ambulante sea la esencia misma del circo. En él, dirigido generalmente por el jefe de una gran familia circense, se conjugan perfectamente las dos características esenciales del espectáculo: tradición y diversión popular. Fueron precisamente las compañías ambulantes que se formaron a principios de este siglo las que, recorriendo el mundo, hicieron del circo el gran espectáculo que hoy todos conocemos. De los circos ambulantes salieron muchas de las grandes figuras circenses de este siglo, como Grock, Antonet, Los Codona, Colleano, Jarque...

El Gran Circo Frediani fue uno de los que más fama tuvo en su tiempo. Estaba dirigido por Willi Frediani y en él trabajaban todos los miembros de su familia. En su programa ofrecían gran cantidad de números ecuestres. Su principal atracción era la «columna de tres a caballo», creada, en 1900, en el Nouveau Cirque de París, un legendario local en la historia del circo francés.

Otro de los grandes circos europeos fue el alemán Circo Krone. Veinte elefantes, treinta y seis tigres, treinta caballos y una serie de animales más trabajaban simultáneamente en tres pistas distintas. El cartel anunciador rezaba: «Seis mástiles y tres arenas». El gran número de este circo eran los ejercicios aéreos: en lo más alto de la cúpula los cuatro Rudenco, los ocho Leotaris y los Flyng-Renos creaban un espectáculo de una perfecta armonía. La historia de este circo es muy parecida a la de muchos otros de su época. Herr Karl Krone, su propietario, heredó de su padre una *menagerie*. Su segundo hijo, Harl, que pensaba estudiar, tuvo que ocupar el sitio del domador, al ser destrozado su hermano por un león. En 1908, montó un circo-*menagerie*, que muy pronto se convirtió en uno de los más importantes de Alemania. Después de la Primera Guerra Mundial, fue este circo el primero en iniciar de nuevo las giras por Europa. Junto a su gran circo ambulante, Karl Krone tenía otro estable en Munich, en el que actuaban durante la temporada de invierno. En 1944 fue destruido por las llamas, pero el 23 de diciembre de 1963 una soberbia construcción de 3.000 plazas ocuparía su lugar.

Sarrasani y sus 220 camiones pintados de verde y blanco

El principal contrincante de Karl Krone fue, sin duda, Hans Stosch-Sarrasani, uno de los personajes más extraordinarios de la historia del circo moderno. Sarrasani había sido doma-

Los hermanos Cherpillod, acróbatas ganadores de un campeonato mundial de circo.

La acrobacia ha sido desde siempre uno de los números más tradicionales de cualquier circo. Así como los trapecistas suelen adoptar un tono serio, de emoción y riesgo, muchos acróbatas prefieren fingir fallos y caídas inesperadas dentro de un tono jocoso que hace reír al público. Pero detrás de sus «inocentes» ejercicios hay una preparación atlética fuera de serie y horas y horas de entrenamiento diario. Personajes tan importantes en el mundo del circo, como el payaso español Charlie Rivel, comenzaron de jóvenes realizando números de acrobacia.
Suelen actuar en grupos familiares o de amigos (todos dependen de todos), como los hermanos Cherpillod, que aparecen en la foto.

dor de caballos en las cuadras del Circo Ciniselli, antes de convertirse en propietario de uno de los mejores circos del mundo, el único en Alemania que utilizaba la carretera para sus desplazamientos durante las giras. Disponía de 220 vehículos, por lo que tenía una gran agilidad en sus desplazamientos. Todos sus camiones y remolques iban uniformemente pintados de verde y blanco, llevando sobre sus flancos la palabra Sarrasani, en letras de cuero rojo, de cinco centímetros en relieve. Sus métodos publicitarios eran muy avanzados para la época. El circo publicaba su propia revista, ampliamente distribuida, con multitud de fotografías y un diseño muy moderno.

Frente a las agresiones que el circo sufre por otros espectáculos más acordes con el ritmo de vida moderna y que lo hacen obsòleto y poco competitivo, se han realizado numerosos intentos de crear escuelas para evitar la desaparición de números realmente valiosos. Los soviéticos, recogiendo la tradición milenaria rusa de grandes artistas de circo, han creado varias, de donde salen los actores de circos tan afamados como el de Moscú. En España hay que destacar la labor del padre Silva al frente del Circo de los Muchachos (primitivamente Ciudad de los Muchachos), creado en Orense en 1956 y famoso ya internacionalmente, hasta el punto de haber organizado en Madrid un Festival Mundial del Circo en 1982.

Pero en São Paulo (Brasil) Hans Stosch encontraría la muerte en el mes de septiembre de 1934, quedando su hijo a cargo de la dirección. Once años después, en 1945, el circo estable que la familia Sarrasani tenía en Dresde fue destruido por un bombardeo, con lo cual se extinguió la gloria del gran Sarrasani hasta 1956, en que las caravanas verdes y blancas volvieron a recorrer las carreteras alemanas: un nieto del antiguo creador lo había resucitado.

Si bien los circos de grandes dimensiones desaparecieron en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, no lo hizo e amor entusiasta por las artes de la pista. Mientras países como Francia o Inglaterra atravesaban períodos más o menos difíciles, en Alemania surgían numerosas compañías circenses. Una de ellas fue la de Franz Althoff, que creó después de la guerra un gran hipódromo de tres pistas, en donde se ofrecieron espectáculos de gran calidad. En 1967, Althoff inauguró un nuevo circo con un montaje revolucionario, que ya por entonces utilizaba en Italia el Circo Darix Togni. La lona estaba sostenida por diez mástiles en doble línea, con lo que la visibilidad de los espectadores aumentaba considerablemente. Víctima de su gigantismo, el Circo Althoff desapareció en 1970, aunque muchos de sus animales pasaron a formar parte de otros circos europeos.



Un grupo de artistas en «la arena» de un circo.

La asociación circense europea

Un descendiente de los Althoff, Adolf, creó, junto con su mujer Carola Williams, el Circo Williams, uno de los mejores circos alemanes de los años sesenta. En 1962, el Circo Williams se asoció con los célebres empresarios españoles Manuel Feijóo y Arturo Castilla, directores del Circo Americano y del Circo Price, un bello establecimiento, fijo en Madrid, hoy tristemente desaparecido. Precisamente en este año, Feijóo, Castilla, Williams y Togni se unieron para presentar en Italia una grandiosa versión del Circo Americano. El espectáculo tenía nada menos que una *troupe* de 25 elefantes. Tal fue el éxito de esta asociación que el Circo Ringling Bros. and Barnum and Bailey decidió viajar a Europa para intentar la competencia. Esta magnífica asociación europea duró unos años más, hasta que, en 1968, Carola Williams vendió su material y sus animales al Greatest Show on Earth, que más tarde pasó a formar parte del Circo Ringling.

Mills, todo un símbolo del circo inglés

Otro de los que utilizaban la carretera para sus desplazamientos era el circo inglés Mills. Era un modelo de organización, limpieza y orden. El propietario, Bertam W. Mills, organizador, cada año, del concurso hípico de Londres, fue el inventor de los carritos ligeros sobre ruedas neumáticas. En este circo actuaron las más importantes figuras del circo, como los Codona, los Colleano y, por supuesto, los grandes artistas americanos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, los vagones de ferrocarril propiedad del Circo Mills fueron requisados por el ejército inglés. Con las crecientes dificultades provocadas por la gue-

rra, el circo tuvo que ser desmontado el 18 de junio de 1940. Hasta 1945, año en que fueron liberados por la RAF, los hermanos Mills no pudieron volver a organizar su empresa. El Circo Mills volvió a abrir sus puertas en 1946. El éxito fue total. Los beneficios fueron tales que, en 1947, los hermanos Mills decidieron constituirse en sociedad anónima. Después vendrían años buenos y malos. La fiebre por el circo fue bajando y los hermanos Mills decidieron dar el cierre definitivo el 21 de enero de 1967.

También Holanda ha sido un país de una gran tradición circense. Uno de los circos más célebres, hoy en día, es el de Toni Boltini, que comenzó siendo ambulante después de la guerra, en 1946. Fue en 1962 cuando Boltini abrió en Soesterberg, donde se encontraban sus cuarteles de invierno, un enorme circo: El Paraíso. Desde entonces, Toni Boltini, director del circo, ha hecho de todo para que éste siga manteniéndose en pie, incluso trabajar como periodista.

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los circos se encontraban destrozados. El único que sobrevivió fue el suizo Knie, gracias a que su país no participó en la contienda. Este circo estaba dirigido por Fred Knie, que procedía de una antigua familia circense. Su zoo era muy importante, por lo que muchos de sus animales eran exhibidos en otros países, aunque el circo no saliese nunca de Suiza. El Knie editaba una revista en la que daba cuenta de sus actividades, lo que da una idea de su importancia.

El Circo de Invierno de París: escenario de la película «Trapecio»

En el período comprendido entre las dos guerras, los circos ambulantes franceses tuvieron una gran popularidad en toda Europa. Uno de los más importantes fue el Zoo-Circus de los hermanos Court, creado en 1921 y que ofrecía como principal atractivo los números de fieras presentados por el propio Alfred Court.

Otros hermanos, los Bouglione, adquirieron también importancia por esa época. Antes de la Primera Guerra Mundial, los Bouglione eran dueños de una pequeña *menagérie* con la que iban por los caminos, de feria en feria. Años después llegaron a ser los dueños del famosísimo Circo de Invierno de París. Tenían una de las más importantes colecciones zoológicas de Francia. Los Bouglione pusieron en la pista grandes pantomimas musicales, como *La reina de la Sierra, La perla de Bengala* o *Las aventuras de la princesa de Saba.* Sus producciones eran bastante exóticas. Después de la pausa de la Segunda Guerra Mundial, tras numerosas reparaciones, los Bouglione celebraron, en 1952, el centenario del Circo de Invierno. Este circo fue el escenario, en 1955, del rodaje de una famosa película, *Trapecio,* en la que trabajaban como protagonistas principales Burt Lancaster y Gina Lollobrigida. El Circo de Invierno-Bouglione ha continuado su carrera hasta nuestros días, dirigido por Joseph Bouglione. En la actualidad, este circo estable es la más vieja pista sedentaria del mundo.

Hubo unos años, a partir de la muerte del primero de los Bouglione, en los que este circo acusó una ligera decadencia, momento que aprovechó otra gran dinastía circense, la de los Amar, para lanzarse de lleno a la pista. Genuinos domadores, los Amar consiguieron convertir su circo en el más importante de Francia. Su espectáculo era excelente. Junto a la familia se encontraban nombres de talla mundial, como el antipodista Bassi, los Alicardi, los Florentino o los Alexin, con sus trapecios volantes. Durante los descansos, el público podía visitar el zoológico. Contrariamente a otros circos, el de los Amar no cerró sus puertas durante la guerra, ni siquiera durante la ocupación.

Otro gran nombre de la historia del circo francés es el de Pinder, dirigido durante muchos años por el genial Charles Spiessert, que

«La vida bajo la carpa es muy dura. El circo no da dinero para vivir. Las actuaciones en teatros o las galas privadas son mucho más positivas para los artistas desde el punto de vista económico y ahí es donde he ganado yo el dinero. Pero vuelvo al circo por vocación. No puedo estar sin trabajar. Cuando no lo hago me duele todo y cuando trabajo no me duele nada». Esto declaraba en diciembre de 1982, Charlie Rivel, a los ochenta y seis años, poco antes de su muerte en julio de 1983. Y Rivel sabía lo que se decía, ya que lo había sido todo en el circo: levantador infantil de pesas de cartón, acróbata, funambulista, imitador de personajes y finalmente payaso de fama universal.



«Ultima semana del circo.» Un espectáculo en crisis.



trajo a las pistas del Pinder figuras tan conocidas como el boxeador Marcel Thil, el cantante George Milton, el ciclista André Leducq, la actriz Gloria Lasso o el inolvidable Luis Mariano. En 1955, presentó por primera vez en Europa un espectáculo sobre hielo. En 1971, el Circo Pinder cerraría definitivamente sus puertas, para pasar a manos de Jean Richard, un caso increíble en la historia del circo. Este hombre, hijo de un tratante de caballos de Niort, se convirtió, poco antes de que estallase la Segunda Guerra Mundial, en uno de los cómicos franceses más populares. Era la gran estrella del cine y del teatro, pero su gran pasión siempre había sido el circo. Con los ingresos que le proporcionaban sus películas, fue montando, poco a poco, su propio zoo, instalado en una parte del jardín de su casa de Ermenonville. Pero la gran sorpresa de Francia fue cuando, en 1957, apareció el nombre de Jean Richard iluminando la fachada de un gran circo ambulante. El mismo presentaba, de una forma cómica, un número de leones, hacía bailar a tres elefantes e interpretaba varios *sketsches* de cabaret. En la actualidad, los Circos Jean Richard y Pinder-Jean Richard son las más importantes empresas de circo francesas.

Italia: un gran amor por el circo

Existe en Italia una ley especial para el mantenimiento de los circos. Ya que este espectáculo es muy caro, las leyes italianas protegen ampliamente su mantenimiento. Los terrenos municipales tienen que estar, en la medida de lo posible, a su disposición, y el precio no puede exceder de ciertas normas. El gobierno suministra anualmente una importante subvención al Ente del Circo Italiano, lo que le permite organizarse sin excesivas dificultades económicas (esta ejemplar legislación tan sólo se encuentra en los países de la Europa del Este, donde el circo es una institución nacionalizada). El resultado es extraordinario: 180 circos recorren Italia durante todo el año. Dos de los más importantes son los Togni y los Orfei.

El primer circo Togni se creó, en 1876, por Aristide Togni. Su sucesor, Ercole, dio al circo un «aire» muchos más americano, convirtiéndolo en un espectáculo de primera calidad. En 1953, Ercole decide multiplicar los establecimientos familiares: junto con su hijo Darix crea el Circo Nazionale, los hijos de su hermano Ugo toman la dirección del Circo Massimo, mientras que Ferdinando, otro de los hermanos Togni, lanza junto con sus hijos el Circo Italiano. Ercole controló también otros circos italianos hasta su muerte, en 1959. El circo familiar tomó entonces el nombre de Circo Darix Togni. Uno de los hijos de Ferdinando, Enis, dirigirá más tarde la versión italiana del Circo Americano, que contaba con 5.000 plazas. Uno de los grandes espectáculos de este circo fue el de *Disney on Parade,* la célebre revista de circo-*music-hall* de Walt Dinsey, con la que se presentaron en España.



Los trapecistas «vuelan» en la cúpula de la gran carpa multicolor.

La belleza de líneas de una mujer frente a la fuerza y brutalidad de una masa animal como la del elefante dan como resultado una imagen muy atrayente, como queda de manifiesto en la fotografía de la izquierda. A la derecha, los trapecistas, otro de los números fuertes de cualquier circo que se precie. Excelentes gimnastas, sus ejercicios y saltos mortales aceleran los corazones del público. Cualquier fallo, el más mínimo error de cálculo, puede dar con sus cuerpos —mejor sería decir con sus músculos— en la pista, o en el mejor de los casos, en la red protectora, obligatoria ya en la mayoría de los países. En el circo todo es en directo, el riesgo también. La retransmisión de los espectáculos circenses por televisión puede ser un buen aliado para evitar la desaparición definitiva del «mayor espectáculo del mundo».

Arriba, la trapecista española Pinito del Oro, estrella del Circo Price de Madrid durante muchos años. Bajo estas líneas, los payasos Pompof, Thedy e hijos, sucesores de Gabriel Aragón y creadores de una larga dinastía de payasos españoles de fama mundial que llega hasta nuestros días. Abajo, el catalán Josep Andreu Lasserre, alias Charlie Rivel.





La trapecista española Pinito del oro *en 1969.*



Pompof, Thedy e hijos.



Charlie Rivel en el escenario.

El gusto refinado de los italianos se ha visto reflejado también en sus circos. Los de los Orfei son un claro ejemplo de ello. Los Orfei tienen tres grandes circos en Italia. Uno de los más lujosos es el que dirigen Liana, Riandlo y Nando Orfei. Es una gran arena de tres pistas, cuyos bordes están maravillosamente iluminados. El circo cuenta incluso con un coche-restaurante.

La maravilla del Circo Price

España, al igual que Italia, ocupa un lugar muy importante en el mundo del circo, ya que ha sido una enorme cantera de artistas, sobre todo de caballistas y payasos. Uno de los grandes logros del circo español fue, sin duda, el bellísimo escenario del Circo Price, en Madrid. Este circo fue creado en 1877 por William Parish, quien sucedió a Thomas Price, descendiente de una ilustre familia de caballistas y acróbatas ingleses. Price había instalado un pequeño circo en Madrid, en 1855, en el paseo de Recoletos, el cual se desplazó, años más tarde, a la plaza del Rey. En 1868 contrató a Parish como caballista, el cual le sucedería en la dirección del circo. En 1929 pasó a manos de Mariano Sánchez Rexach, padre de las futuras mujeres de Manuel Feijoo y Arturo Castilla, personalidades indiscutibles en el resurgimiento de este circo como uno de los más importantes de Europa. Abatido por las bombas durante la Guerra Civil española, fue reconstruido en 1940. Tristemente, la bellísima pista del Circo Price cerró definitivamente sus puertas en el año 1970.

En un país con una gran tradición circense de payasos, no podía faltar un circo, que estuviera dirigido por alguno de ellos. El Circo de los hermanos Tonetti ha sido, durante años, uno de los más famosos de España.

Rusia: la nacionalización del circo

Después de la revolución de 1917, las artes del circo han conocido en la URSS, y en el resto de los países del Este un extraordinario auge, de tal forma que se suelen sumar a la vida cultural del país, recibiendo una protección muy especial por parte de los gobiernos. Uno de los más importantes logros fue la creación, en 1927, de la Escuela de las Artes del Circo de Moscú. Los alumnos son admitidos a partir de los once años y reciben una formación circense a lo largo de siete años. De esta escuela han salido artistas tan significativos como Karandache, Oleg Popov o Leonid Enguibarov.

Esta escuela sirve para nutrir de artistas a los 60 circos estables de la URSS (30 circos estables y 10 formaciones de «circo sobre la escena»). Pero, curiosamente, la demanda continúa siendo superior a la oferta.

Uno de los legendarios circos rusos es el Circo de Stvietnoï Boulevard, en Moscú. El local, con capacidad para 2.000 personas, tiene una cúpula sujeta por doce columnas de capiteles corintios.

Muy cerca de la Universidad, se encuentra el Nuevo Circo de Moscú, abierto en 1972. Este circo ultramoderno tiene una capacidad para 3.500 personas y dispone de los últimos adelantos técnicos. Uno de los más sorprendentes es la instalación de las pistas telescópicas.

La ciudad de Leningrado sigue conservando aún el bello circo de Ciniselli, convertido en un

importante museo abierto a historiadores y estudiantes.

De todas las *troupes* que recorren anualmente la URSS y también el resto de los países europeos, una de las más originales es la del Circo sobre hielo, donde el espectador se encuentra con los números tradicionales del circo, ejecutados sobre una pista de hielo.

Grandes nombres del circo

Los payasos son, sin duda, la verdadera alma del circo. Un alma doble, pues desde el pasado siglo se complementan en la eterna pareja del *clown* y del augusto. Una de las parejas más significativas de esta unión fue la formada por Footit y Chocolat. Los dos se presentaron en París, en 1899, creando para siempre esta eterna pareja. Otra figura singular dentro de los payasos fue el valenciano Frank Pichel. Su parodia de lucha contra sí mismo obtuvo un éxito resonante. Los payasos más famosos españoles fueron los hermanos Pompof y Thedy, hijos de Gabriel Aragón, fundador de esta famosa dinastía circense que todavía hoy continúa en la brecha. Pero el más genial de todos los payasos durante estos años ha sido Josep Andreu, más conocido por Charlie Rivel. Uno de sus números más conseguido fue el de la imitación de Charlot, hasta tal punto que el propio Chaplin le llegó a preguntar en cierta ocasión, después de verle actuar, quién imitaba a quién.

De todas las atracciones circenses, una de las más fascinantes es la del trapecio. La figura máxima de esta especialidad fue J. Léotard (1838-1870), a quien se puede considerar como el inventor del género. Fue el primero en saltar de un trapecio a otro. Edmundo Rainat es otro nombre a destacar en la historia de esta especialidad. Fue el primero en realizar saltos mortales. Pero los mejores trapecistas del mundo han sido, sin lugar a dudas, los famosos hermanos Codona. Cuando en París Alfredo, uno de sus componentes, realizó el triple salto mortal, a quince metros de altura, la emoción de los asistentes no tuvo límite. En cuanto a España, hablar de trapecio es hablar de Pinito del Oro, la gran artista del Circo Price, en el que tuvo más de un percance por la dificultad de sus ejercicios. En la actualidad, está retirada.

Otra forma de acrobacia, el funambulismo, ha dado a la historia del circo un nombre muy importante: Colleano, quien realizó la formidable hazaña de dar el salto mortal sobre la cuerda.

En una lista imaginaria sobre las grandes personalidades circenses, no podía faltar Enrique Rastelli, el malabarista; Moreno, el ventrílocuo; el legendario Búfalo Bill, cazador de bisontes antes de hacerse famoso con su espectáculo «El salvaje Oeste de Búfalo Bill»; Alfred Court, el domador; el ruso Kalganov, en el difícil arte de montar a caballo...

El futuro del circo

Se ha dicho que el circo ha muerto, pero esta afirmación está muy lejos de la realidad. Una buena prueba de ello es el Festival Internacional de Circo, que todos los años, desde su creación en 1974, se celebra en el Principado de Mónaco. El Festival se ha convertido en un gran acontecimiento para el mundo del espectáculo.

Las dificultades económicas han supuesto un punto importante a la hora de la desaparición de numerosos circos, pero junto a estas desapariciones han surgido otros nuevos.

Todavía encontramos por las carreteras alguna caravana de circo ambulante que parece haberse equivocado de época. Todavía muchos niños piden a sus padres que les lleven a un circo que no conocen pero que intuyen como algo fantástico. Todavía hay personas que sueñan con ser payaso o trapecista y creen que merece la pena serlo. Todavía hay mujeres barbudas, forzudos y enanos que esperan otra oportunidad circense. Todavía una carpa de circo provoca recuerdos siempre buenos, y quizás, todavía haya algún que otro elefante o león que añora desde su zoológico su papel de gran estrella.

El famoso Jean Richard dijo en cierta ocasión que el circo del mañana sería el de antes de ayer. Y no hay nada más cercano a la realidad. Lo que se desarrolla en las pistas es eterno. Lo que fue un éxito hace 100 años, puede volver a serlo ahora. El porvenir del circo está en volver a sus fuentes. Personalidades como Astley, Phineas Barnum, Bailey, Sarrasani o Mills, estarán ya para siempre en la historia del circo.

C. F.

Bibliografía básica

HAMID, G. A.: *El circo*, Ed. Sterling Publishing Co. Nueva York, 1950.

JANDO, D.: *Histoire Mondiale du Cirque*, Editions Universitaires. París, 1977.

LITOVSKI, A.: *El circo soviético*, Editorial Progreso. Moscú, 1975.

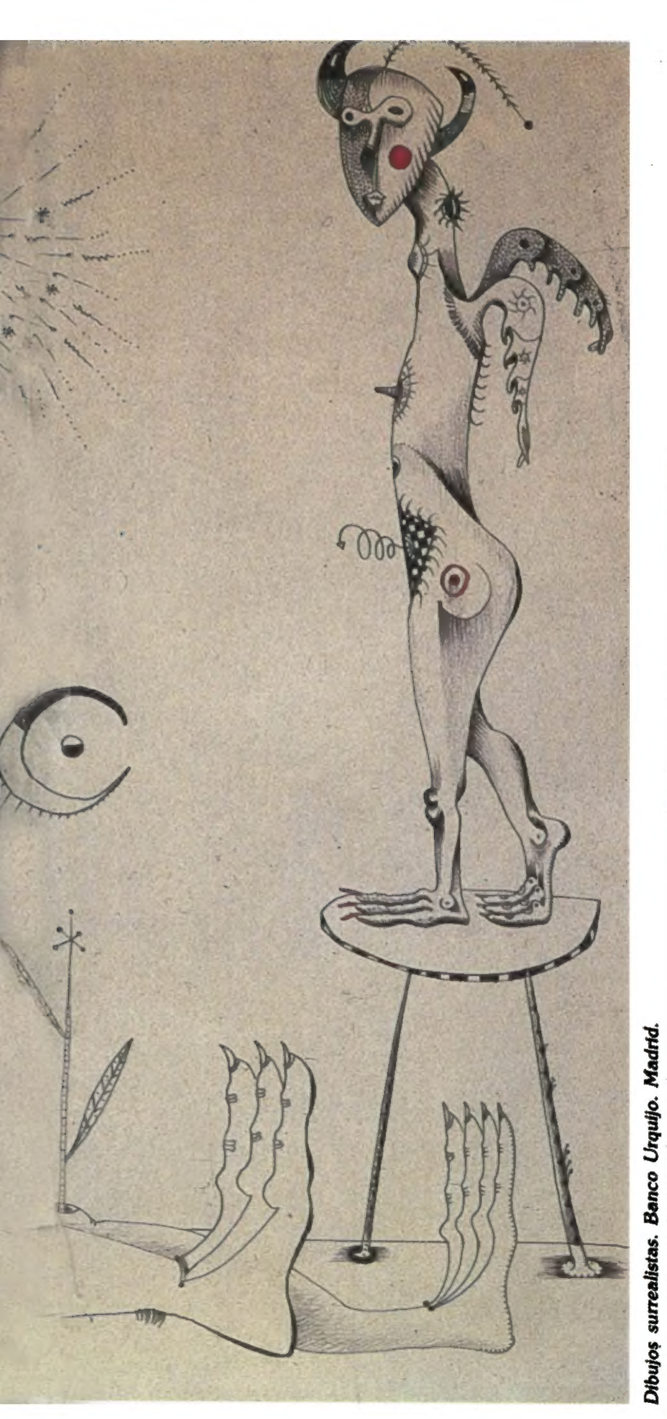
WALLACE, I.: *El fabuloso empresario* (La vida y la época de P. T. Barnum), Grijalbo.

Josep Andreu, más conocido en el mundo circense como el payaso Charlie Rivel, nació en Cubelles (Barcelona) el 23 de abril de 1896, después de que su madre, la funambulista francesa de diecisiete años, Marie Luise Lasserre, interrumpiera su número en el circo ambulante familiar y fuera acogida para dar a luz por una matrona del pueblo. Y en ese pueblo de Cubelles fue enterrado este clown *universal el 28 de julio de 1983, que poco antes de su muerte declaraba: «En Cubelles tengo una casa, un panteón, una estatua y hasta una calle dedicada, pese a lo cual, no tengo intención de morirme. El médico me ha dicho que puedo seguir trabajando quince años más. Y seguiré trabajando para los niños de tres a cien años. Amo a los niños porque son los únicos que dicen la verdad» (...) En la homilía de sus funerales, el padre Silva, fundador del Circo de los Muchachos, recordó que «en el mundo existe mucho odio. Se maltrata a los niños, cada minuto se mata a 47 niños, de hambre, de guerra, de crueldad y, si eso no os hace llorar, un día os vais a arrepentir (...). Charlie Rivel quería ayudar a construir un mundo de hermanos unidos (...), hoy Charlie estrena carpa nueva, una carpa azul, camiseta blanca y peluca brillante con muchas estrellas, para celebrar su debut en la gala más hermosa de la historia (...)» ¡Señoras! ¡Señores! ¡Niños! ¡Charlie Rivel!*



Política internacional

Triunfo del partido liberal demócrata en el Japón.
Andrei Vischinski sustituye a Viatscheslav Molotov como ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética.
La antigua colonia alemana de Africa del Suroeste recibe la autonomía y entra a formar parte del Parlamento de la Unión Sudafricana.
Reelección del general Fragoso Carmona como jefe de Estado de Portugal.
Nueva Constitución en Thailandia. El gobierno está formado por un Consejo de Estado nombrado por el rey.
Israel es aceptado en la ONU.
Terranova entra a formar parte de Canadá, convirtiéndose en su décima provincia.
Firma del Tratado del Atlántico Norte entre el Benelux, Dinamarca, Francia, Gran Bretaña, Islandia, Italia, Noruega, Portugal, Canadá y los Estados Unidos. Su compromiso es de mutua ayuda en caso de cualquier agresión. Se forma un alto mando común.
Irlanda se convierte en República.
Los comunistas chinos conquistan Pekín, Nankín y Shanghai.
Suspensión del bloqueo ruso a Berlín.
Instauración de la República Federal Alemana en la Alemania Occidental. Es elegido como presidente federal Theodor Heuss y como canciller Konrad Adenauer.



Dibujos surrealistas. Banco Urquijo. Madrid.

Constitución de la República Democrática Alemana en la zona soviérica. Wilhelm Pieck es elegido jefe de Estado y Otto Grotewohl pasa a ser presidente.
Acercamiento político-económico de Yugoslavia a Occidente.
Francia reconoce la independencia de Vietnam, Laos y Camboya, pero sigue conservando en sus territorios bases militares y controla parte de su política exterior.
Holanda concede la independencia a Indonesia. Achmed Sukarno es nombrado jefe de Estado y Mohamed Hatta presidente.
Finaliza la guerra civil en Grecia con la derrota de los comunistas.
El Partido Popular Austriaco gana las elecciones en Austria. Leopold Figl es elegido canciller.
El mariscal soviético de origen polaco Konstantin Rokossovski es designado ministro de Defensa, en Polonia.
Proclamación de la República Popular en China.
Su presidente es Mao Tse-tung, y el ministro de Asuntos Exteriores, Chu En-lai.
Chaing Kai-shek se retira a Formosa.
Mueren Niceto Alcalá Zamora y Alejandro Lerroux.

Sociedad

Creación del Consejo de Europa, con sede en Estrasburgo. El belga Paul-Henri Spaak es nombrado presidente de la Asamblea Consultiva.

El poeta español Leopoldo Panero. Dibujo de Alvaro Delgado. Ateneo de Madrid.



Aprobación de un nuevo programa social en Estados Unidos, el Fair Deal, *con el fin de estabilizar la economía.*

Economía

Nacimiento del COMECON (Consejo para la ayuda mutua económica) entre la URSS, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania y Checoslovaquia.
Devaluación de la libra en Gran Bretaña.

Ciencia y tecnología

La Unión Soviética hace estallar su primera bomba atómica experimental. Finaliza el monopolio de Estados Unidos en este campo.

Sucesos

El sha del Irán sufre un atentado cometido por miembros del partido Tudeh.

Otto Grotewohl (izquierda) y Walter Ulbricht depositan sus votos en Berlín este.

Literatura

William Faulkner, premio Nobel.
Simone de Beauvoir: El segundo sexo.
Leopoldo Panero: Escrito a cada instante.
George Orwell: 1984.
Edith Sitwell: El cántico de la rosa.
Albert Camus: El hombre rebelde.
Jorge Luis Borges: El Aleph.
Karl Jaspers: Sobre el origen y la meta de la Historia.

Cine

Carol Reed: El tercer hombre.
Robert Rossen: El político.
Joseph L. Mankiewicz: Carta a tres esposas.
John Ford: La legión invencible.
Jean Cocteau: Orfeo.
Oscar de Hollywood al mejor actor a Broderick Crawford por El político, *y a la mejor actriz a Olivia de Havilland por* La heredera.

Teatro

Arthur Miller: La muerte de un viajante.
Thomas S. Eliot: The Cocktail Party.
Antonio Buero Vallejo: Historia de una escalera.

Música

Carl Orff: Antígona.
Jesús Guridi: Cuarteto en La menor.
Karl Amadeus Hartmann: La juventud de Simplicius Simplicissimus.
André Jolivet: Concierto para piano.
Mueren Richard Strauss y Joaquín Turina.

Pintura y escultura

Fernand Léger: Los ocios.
Pablo Picasso: La paloma.
Alberto Giacometti: Plaza de la ciudad.
Joan Miró: Mujeres y pájaros a la luz de la luna.
Victor Pasmore: Motivos en espiral.
Graham Sutherland: Retrato de Somerset Maugham.
Robert Motherwell: A las cinco de la tarde.
Ossip Zadkin: Monumento a la destrucción de Rotterdam.
Muere José Clemente Orozco.

Arquitectura

Philip Johnson: La Casa de Cristal *en New Canaan, Connecticut.*
Mies van der Rohe: Apartamentos 845-860, *Lakeshore Drive, Chicago.*
Walter Gropius: Centro de graduados *en Harvard.*